



Por la autora de *Crónicas del mago negro*

TRUDI  
CANAVAN

LA REINA  
TRAIDORA

LA ESPÍA TRAIIDORA, III



Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Se avecinan tiempos revueltos en Sachaka. Cuando Lorkin, el hijo de la Maga Negra Sonea, regresa de su exilio en el seno de la sociedad de los rebeldes Traidores, todo parece encaminarse hacia un punto culminante.

La reina de los Traidores le ha encomendado al joven la difícil tarea de negociar una alianza entre kyalianos y Traidores. Por otra parte, Lorkin se ha visto obligado a violar las leyes del Gremio y aprender la magia negra, con el fin de aprovechar la fuerza contenida en unas piedras de propiedades inéditas. Estos valiosos conocimientos podrían quebrantar las bases del Gremio y transformar la sociedad kyaliana por completo... o podrían condenar a Lorkin al destierro de por vida.

En Imardin, Sonea se dispone a marcharse al encuentro de su hijo, en compañía de un hombre que despierta en ella sentimientos profundamente contradictorios. Y la nueva Maga Negra Lilia tendrá que poner a prueba tanto su dominio de los poderes mágicos como su fe en el Gremio cuando unos íntimos amigos de los bajos fondos se ven amenazados de muerte.

**L≡LIBROS**

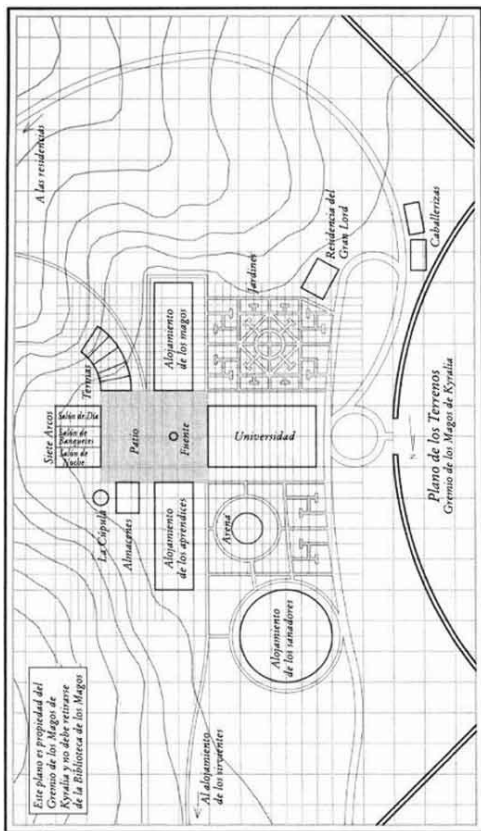
Trudi Canavan

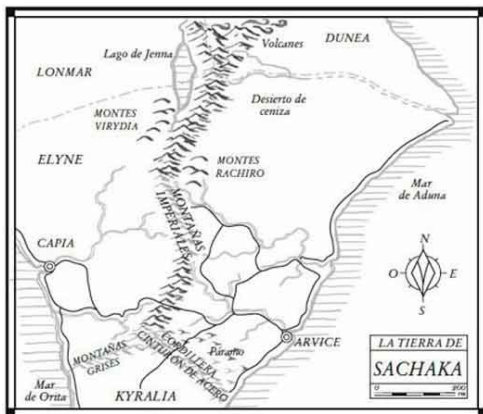
**La reina traidora**  
**La espía traidora - 3**

Escribir esta segunda trilogía ha supuesto un gran esfuerzo para mí que ha resultado de lo más satisfactorio. Por eso agradezco el trabajo entre bastidores de todos y el apoyo de los estupendos libreros y lectores que tan buena acogida dan a mis libros cuando por fin salen a la luz. Gracias a Anne Clarke y al equipo de Orbit; a Fran, mi agente, y a Liz, su maravillosa ayudante; a mis primeros lectores Paul, Donna y Nicole. Habéis contribuido a que este libro sea lo mejor posible.

Dedico un agradecimiento especial a Fran por coordinar la organización de mi gran gira por Europa, junto con Rose, de Orbit, y Berit, de Verlagsgruppe Random House; a todos los empleados de las librerías en las que realicé lecturas y firmas de libros: ojalá tuviera espacio para nombraros a todos; al fantástico personal de la editorial que publica mis obras en Polonia, Galeria Książki, que me trató como a una reina durante los dos fabulosos días que pasé en Varsovia; a la organización del extraordinario festival Imaginales de Francia; y al increíble equipo reunido por Verlagsgruppe Random House para celebrar noches dedicadas a autores alemanes.

Y, sobre todo, gracias a mis lectores: estoy particularmente agradecida a todos los que acudisteis a verme en mi gira europea, o a mis firmas de libros en otros lugares del mundo. Es un placer enorme conocerlos. Espero que hayáis disfrutado tanto como yo este retorno al mundo de las Crónicas del mago negro, y que me acompañéis en la siguiente aventura de la imaginación.





## PRIMERA PARTE



## Asesinos y aliados

En Imardin existía la creencia errónea de que la imprenta había sido inventada por magos. Debido al ruido espectacular y los movimientos convulsivos de la máquina, no era difícil que alguien que ignorara cómo funcionaba tanto la magia como la imprenta supusiera que en el interior de esta tenía lugar algún tipo de alquimia, pero en realidad la magia no era necesaria, siempre y cuando hubiera alguien dispuesto a hacer girar los volantes y accionar las palancas.

Sonea le había explicado a Cery la verdad sobre el artilugio hacía años. El inventor había presentado prototipos de la máquina al Gremio, que había decidido utilizarla para elaborar copias baratas y rápidas de libros. Más tarde, se instauró un servicio gratuito de impresión para las Casas, y uno de pago para los miembros de las otras clases. Se dio pábulo a la idea de que las imprentas eran mágicas para evitar la competencia. No fue hasta que el Gremio empezó a admitir como miembros a personas de origen humilde que el mito se vino abajo y los talleres de impresión proliferaron en la ciudad.

La parte negativa de esto, reflexionó Cery, fue la popularidad repentina de la novela romántica de aventuras. Una de ellas, publicada recientemente, estaba protagonizada por una rica heredera a quien un ladrón joven y apuesto rescataba de su vida lujosa pero aburrida. Las peleas eran ridículas e inverosímiles, y los bajos fondos estaban poblados por demasiados hombres atractivos con conceptos poco prácticos del honor y la lealtad. La novela presentaba a una parte de la población femenina de Imardin una imagen del submundo de maleantes que estaba muy alejada de la realidad.

Naturalmente, él no había dicho una palabra de esto a la mujer que yacía en la cama a su lado y que había estado leyéndole sus pasajes favoritos de aquellos libros todas las noches desde que lo había dejado alojarse en su bodega. Cadia no era una rica heredera. « Ni yo soy un ladrón gallardo y bien plantado ». Se sentía sola y triste desde que su esposo había muerto, y mantener a un ladrón oculto en su sótano constituía una distracción agradable para ella.

En cuanto a él..., prácticamente se había quedado sin lugares donde esconderse.

Se volvió hacia la mujer, que dormía respirando con suavidad. Cery se preguntó si Cadia creía de verdad que él era un ladrón, o si él simplemente se ajustaba lo suficiente a su fantasía como para que a ella no le importara si era cierto o no. No era el ladrón joven y apuesto de la novela, y desde luego no tenía las energías necesarias para emular las proezas que describían sus páginas, ni en la cama ni fuera de ellas.

«Me estoy ablandando. Ni siquiera soy capaz de subir escaleras sin que se me acelere el corazón o me falte el aliento. Hemos pasado demasiado tiempo hacinados en escondrijos reducidos y entrenado demasiado poco para la lucha».

Se oyó un golpe sordo en la habitación contigua. Cery irguió la cabeza y dirigió la mirada hacia la puerta. ¿Estaban despiertos Anyi y Gol? Ahora que él lo estaba, dudaba que pudiera pegar ojo en un buen rato. Nunca dormía bien cuando estaba encerrado.

Se levantó de la cama, y, de forma mecánica, se puso los pantalones y cogió su abrigo. Mientras deslizaba un brazo en una manga, extendió la mano hacia el pomo de la puerta y lo hizo girar de forma silenciosa. Cuando la abrió, vislumbró a Anyi. Estaba inclinada sobre Gol, empuñando un cuchillo que destellaba a la luz de las lámparas, a punto de asestarle una puñalada. El corazón le dio un vuelco a Cery, presa del horror y la incredulidad.

—¿Qué...? —titubeó. Al oírlo, Anyi se volvió hacia él con la envidiable velocidad de la juventud.

No era Anyi.

Con la misma rapidez, la mujer que no era Anyi centró de nuevo su atención en Gol, y el cuchillo descendió velozmente hacia él, pero unas manos se alzaron para asir la muñeca de la asesina y evitar la cuchillada. Gol se levantó de la cama a toda prisa. Para entonces, Cery ya había cruzado la puerta, pero aflojó el paso cuando lo asaltó un pensamiento que prevaleció sobre su intención de parar los pies a la mujer.

«¿Dónde está Anyi?».

Al volverse, vio que estaba produciéndose otro forcejeo en la segunda cama improvisada, aunque en este caso era el intruso quien tenía la espalda contra el colchón e intentaba apartar de sí las manos que sujetaban una daga justo por encima de su pecho. Cery se llenó de orgullo por su hija. Sin duda se había despertado a tiempo para sorprender al asesino y hacerle frente.

Sin embargo, su rostro estaba crispado en una mueca mientras se esforzaba por empujar el cuchillo hacia abajo. A pesar de la corta estatura del asesino, este tenía bien desarrollados los músculos de las muñecas y el cuello. Anyi no saldría vencedora de aquella competición de fuerza bruta. Su punto fuerte era la agilidad. Cery dio un paso hacia ella.

—Vete de aquí, Cery —bramó Gol.

Esto distrajo a Anyi, y sus brazos cedieron. De un salto, se situó fuera del alcance del asesino, que bajó de la cama, adoptó una postura de combate y se sacó rápidamente de la manga un cuchillo largo y fino. Pero no avanzó hacia ella. Su vista se posó en Cery.

Este no tenía la menor intención de dejar a Anyi ni a Gol solos en la lucha. Quizá tendría que abandonar a Gol algún día, pero ese día aún no había llegado. A su hija jamás la abandonaría.

Había insertado el otro brazo en la manga del abrigo en un gesto automático. Retrocedió aparentando temor mientras se llevaba las manos a los bolsillos para enrollarse en torno a las muñecas las correas de sus armas favoritas: dos puñales, con la funda cosida al interior de los bolsillos de modo que pudiera desenvainarlos con facilidad.

El asesino se abalanzó hacia Cery. Anyi saltó sobre el asesino. Cery la imitó. No era lo que el hombre esperaba. Tampoco tenía previsto que su cuchillo quedara atrapado entre los dos puñales. O que una daga bien dirigida atravesara la carne suave de su cuello. Se quedó paralizado de asombro y pavor.

Cery esquivó el chorro de sangre mientras Anyi extraía su daga, hacía caer el cuchillo de la mano del asesino y lo remataba con una puñalada en el corazón.

«Qué eficiente. La he entrenado bien».

Con la ayuda de Gol, claro está. Cery se volvió para ver cómo le iban las cosas a su amigo, y comprobó aliviado que la asesina yacía en el suelo, en un charco de sangre cada vez mayor.

Gol miró a Cery y desplegó una gran sonrisa. Tenía la respiración agitada. «Yo también», advirtió Cery. Anyi se inclinó, palpó la ropa y el cabello del asesino y se frotó los dedos.

—Hollín. Ha bajado por la chimenea de la casa de arriba. —Dirigió una mirada especulativa hacia la antigua escalera de piedra que ascendía del sótano a la puerta.

Esto desalentó a Cery. Independientemente de cómo habían conseguido entrar aquellos dos, o de cómo habían dado para empezar con su escondite, la guarida ya no era un lugar seguro. Contempló con el ceño fruncido los cadáveres de los sicarios, pensando en las pocas personas que quedaban a las que podía acudir en busca de ayuda, y en cómo ponerse en contacto con ellas.

Oyó un grito ahogado procedente de la puerta. Cuando se volvió, vio que Cadia, tapada únicamente con una sábana, miraba con los ojos desorbitados a los asesinos muertos. Esta se estremeció, pero al posar los ojos en él, su horror dio paso al desencanto.

—Supongo que eso significa que no te quedarás otra noche, ¿verdad?

Cery sacudió la cabeza.

—Siento dejarte todo este desorden.

Ella contempló la sangre y los cuerpos con una mueca, antes de arrugar el entrecejo y alzar los ojos hacia el techo. Cery no había oído nada, pero Anyi había levantado la cabeza al mismo tiempo. Todos intercambiaron miradas de preocupación, resistiéndose a hablar a menos que vieran confirmadas sus sospechas.

Cery percibió un crujido débil, amortiguado por las tablas del entarimado que tenían sobre sus cabezas.

Lo más silenciosamente posible, Anyi y Gol cogieron sus zapatos, sus mochilas y los faroles, siguieron a Cery a la otra habitación, cerraron la puerta tras de sí y la reforzaron colocando contra ella un viejo arcón. Cadia se detuvo en medio de la habitación, suspiró y dejó caer la sábana para vestirse. Tanto Anyi como Gol volvieron la espalda hacia ella de inmediato.

—¿Qué hago? —le susurró Cadia a Cery.

Este recogió el resto de su ropa y el farol de Cadia, y reflexionó.

—Síguenos.

Ella parecía más asqueada que emocionada cuando se escabulleron por la trampilla que conducía al antiguo Camino de los Ladrones. Allí, los pasadizos estaban sembrados de escombros y no resultaban del todo seguros. Aquel sector de la red subterránea había quedado aislado de los demás cuando el rey había reconstruido una vía cercana y levantado edificios nuevos allí donde antes había casas de las barriadas. Aunque aquella zona caía más bien fuera de los límites de su territorio, Cery había pagado a un viejo constructor de túneles para que excavara un nuevo pasaje de acceso, pero había dejado que los caminos de antes siguieran pareciendo abandonados a fin de que nadie sintiera la tentación de utilizarlos si topaba con ellos. Había sido un buen lugar donde ocultar cosas, como objetos robados y algún que otro cadáver.

Sin embargo, él nunca se había planteado la posibilidad de esconderse allí. Cadia escrutó la galería repleta de cascotes con una mezcla de desaliento y curiosidad. Cery le entregó el farol y señaló en una dirección.

—Unos cien pasos más adelante, verás una rejilla en lo alto de la pared izquierda. Al otro lado, encontrarás un callejón que discurre entre dos casas. Hay unas muescas en la pared de las que podrás agarrarte para subir, y la rejilla debería abrirse hacia dentro. Llama a la puerta de alguno de tus vecinos y avísale que unos maleantes han entrado en tu casa. Si encuentran los cadáveres, diles que son de los delincuentes y que supones que uno de ellos atacó al otro.

—¿Y si no los encuentran?

—Sácalos a rastras hasta los pasadizos, y no dejes entrar a nadie en la bodega hasta que se disipe el olor.

Aunque la cara de Cadia reflejó un asco aún mayor, ella asintió y enderezó la espalda. Cery sintió una oleada de afecto hacia ella por su valentía, y esperó que no topara con otros asesinos o sufriera represalias por haberlo ayudado. Se le

acercó y la besó con firmeza.

—Gracias —dijo en voz baja—. Ha sido un placer.

Ella sonrió, y los ojos le brillaron por unos instantes.

—Ten cuidado —le dijo a Cery.

—Siempre lo tengo. Y ahora, vete.

Ella echó a andar apresuradamente. Quedarse para seguirla con la vista mientras se alejaba habría sido un riesgo demasiado grande. Gol encabezó la marcha y Anyi permaneció en la retaguardia mientras avanzaban por los túneles ruinosos. Varios pasos más adelante, sonó un portazo tras ellos. Cery se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Cadia? —murmuró Gol—. ¿Eso ha sido la rejilla que se ha cerrado después de que ella saliera a la calle?

—Estamos demasiado lejos para alcanzar a oír eso —dijo Cery.

—No ha sido el golpe de una rejilla contra ladrillos o piedra —musitó Anyi—. Ha sido... algo de madera.

A continuación se oyó un golpeteo, el crujir de ladrillos y piedras pisados por alguien. Un escalofrío le bajó a Cery por la espalda.

—Vamos, deprisa. Pero sin hacer ruido.

Gol alzó su farol, pero a causa de los escombros que cubrían el suelo, apenas podían trotar en algunos trechos. Cery contuvo más de una palabrota, lamentando no haber limpiado un poco mejor los pasadizos. Después de un tramo recto del túnel, Gol soltó una maldición y se detuvo con un patinazo. Al echar la vista por encima del hombro de su corpulento amigo, Cery advirtió que una parte del techo se había derrumbado recientemente y les impedía seguir adelante. Giró sobre sus talones y los tres retrocedieron con paso veloz hacia el último cruce que habían pasado.

Anyi suspiró cuando tomaron otro camino.

—Estamos dejando un rastro.

Cery bajó la mirada y vio las pisadas en la tierra. Su esperanza de que los perseguidores siguieran las huellas hasta el túnel sin salida quedó truncada cuando se percató de que las de Gol conducían ahora al pasadizo lateral, por lo que resultaba evidente que habían vuelto sobre sus pasos.

« Pero si surge otra oportunidad de dejar huellas falsas... ».

Sin embargo, no se presentó ninguna. Lo invadió un gran alivio cuando llegaron por fin al pasaje que conducía a la parte principal del Camino de los Ladrones. Se arrepintió una vez más de no haber prevenido la situación en que se encontraba: aunque había disimulado la entrada de los túneles aislados, no había hecho el menor esfuerzo por ocultar la salida a cualquiera que explorara el interior.

Una vez que cerraron la puerta tras ellos, examinaron la galería en que se hallaban, que estaba más limpia y mejor cuidada. No había nada que pudieran

usar para obstruir la puerta e impedir que sus perseguidores abandonaran los pasadizos antiguos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gol.

—Al sudeste.

Ahora caminaban más deprisa, con la tapa del farol cerrada casi por completo, de modo que solo un fino haz de luz iluminaba el camino. En otra época, Cery habría continuado avanzando a oscuras, pero había oído rumores de que había trampas diseminadas para proteger el territorio de otros ladrones, instaladas por saltadores con iniciativa o por los misteriosos Slig. Aun así, Gol impuso un ritmo peligrosamente rápido, y a Cery le preocupaba que su amigo no pudiera eludir las amenazas con que se encontraba.

Al poco rato, Cery estaba jadeando, le dolía el pecho y empezaban a flaquearle las piernas. Gol se adelantó un poco, pero unos momentos después aflojó el paso y volvió la vista atrás. Se detuvo para esperar a Cery, pero no suavizó su expresión ceñuda ni reanudó la marcha cuando este lo alcanzó.

—¿Dónde está Anyi?

El vuelco que le dio a Cery el corazón fue doloroso como una puñalada. Giró rápidamente, pero detrás de ellos no vio más que oscuridad.

—Estoy aquí —dijo una voz por lo bajo, y se oyeron unas pisadas suaves antes de que ella emergiera de la penumbra—. Me he parado a escuchar si nos seguían —explicó con el semblante sombrío—. Me temo que sí. Son más de uno. —Agitó la mano mientras se acercaba con rapidez—. ¿A qué esperáis? No les llevamos mucha ventaja.

Cery siguió a Gol, que continuó andando, incluso más deprisa que antes. Aunque el hombretón tomó una ruta tortuosa, no lograron burlar a sus perseguidores, lo que parecía indicar que conocían los pasadizos tan bien como Cery y él. Gol se acercó a los túneles del Gremio, pero estaba claro que quienes los seguían no se sentían lo bastante intimidados por los magos para dejar escapar su presa.

Se aproximaban a la entrada a los túneles que discurrían bajo el Gremio. «No se atreverán a seguirme hasta allí. —A menos que no supieran adónde conducían las galerías—. Si nos siguen, descubrirán que el Gremio no mantiene vigilados sus pasadizos subterráneos. —Lo que significaba que Skellin se enteraría también—. Y entonces no solo no podré volver a huir por allí, sino que tendré que advertir al Gremio. Cegarán los túneles, lo que nos privará de la ruta más segura para llegar hasta Sonea y Lilia».

Prefería no escapar por los pasadizos del Gremio salvo como último recurso. Si tenía otra alternativa...

A unos veinte pasos largos de la entrada a los pasadizos del Gremio, oyó un sonido procedente de atrás que confirmaba que los asesinos estaban cerca. Demasiado cerca; no habría tiempo de abrir la puerta secreta antes de que les

dieran alcance. Cuando Gol aminoró la marcha y se volvió hacia Cery —con las cejas arqueadas en un gesto inquisitivo—, el ladrón lo pasó de largo y tomó un rumbo distinto.

Si que tenía otra alternativa, una más arriesgada. Incluso era posible que entrañara un peligro mayor que aquel del que huían. Pero al menos sus perseguidores tendrían que enfrentarse a la misma amenaza, si se atrevían a ir tras ellos.

Al comprender lo que Cery pretendía, Gol maldijo entre dientes. Pero no discutió su decisión. Aferró a su amigo del brazo para frenarlo y se situó de nuevo al frente.

—Qué locura —farfulló, encaminándose hacia Ciudad Slig.

Hacía más de una década —casi dos— que varias docenas de golfillos callejeros se habían instalado en los túneles tras la destrucción de su barrio. Al poco tiempo se habían convertido en protagonistas de historias de miedo que se contaban en las casas de bol y a los niños desobedientes para asustarlos. Se rumoreaba que los Slig nunca se exponían a la luz del sol y solo salían de noche, a través de cloacas y sótanos, para robar comida y jugar malas pasadas a la gente. Había quien creía que se habían reproducido y habían engendrado a seres larguiruchos y pálidos con ojos enormes que les permitían ver en la oscuridad. Otros aseguraban que su aspecto era igual al de cualquier otro niño vagabundo, hasta que abrían la boca y dejaban al descubierto sus largos colmillos. En lo que todos estaban de acuerdo era en que adentrarse en territorio Slig era tentar a la muerte. De vez en cuando, alguien desafiaba esa creencia. La mayoría de estas personas desaparecía para siempre, pero unas pocas lograban salir a rastras, sangrando por las puñaladas que les habían infligido agresores silenciosos y ocultos en las sombras.

Los vecinos les dejaban ofrendas en la calle con la esperanza de evitar invasiones subterráneas de sus hogares. Cery, cuyo territorio coincidía en una esquina con el de los Slig, había encargado a alguien que llevara comida a uno de los túneles cada pocos días, en un saco marcado con un dibujo de un ceryni, el pequeño roedor del que había tomado su nombre.

Hacía tiempo que no comprobaba que continuaran cumpliendo sus órdenes. «Si ya no lo hacen, seguramente no tendré ocasión de castigarlos por ello».

No tardó en vislumbrar las señales que les advertían que estaban entrando en territorio Slig. Después dejó de verlas. Oía la respiración agitada de Anyi a su espalda. ¿Se habían aventurado los asesinos a seguirlos?

—No te pares —jadeó Anyi cuando él redujo la velocidad para mirar atrás—. Nos... pisan... los talones.

A Cery le faltó el aliento para proferir una palabrota. El aire entraba y salía de sus pulmones con un silbido ronco. Le dolía todo el cuerpo, y las piernas le temblaban mientras él las obligaba a seguir trotando. Hizo un esfuerzo por pensar

en el peligro que corría Anyi. Sería la primera víctima de los asesinos si los alcanzaban. Él no podía permitirlo.

Algo lo asió de los tobillos, y Cery cayó hacia delante.

No se dio de bruces con la superficie plana o dura que se imaginaba, sino con algo que resollaba, se mecía y emitía maldiciones apagadas. Era Gol, ahora invisible en la negrura absoluta. Los faroles se habían apagado. Cery rodó hacia un lado.

—Cállate —susurró una voz.

—Ya lo has oído, Gol —ordenó Cery. Gol guardó silencio.

En el pasadizo, tras ellos, unos pasos sonaban cada vez más fuertes. Aparecieron unas luces que se movían, filtradas a través de una cortina de un tejido basto que Cery no recordaba haber visto. «Deben de haberla dejado caer después de que pasáramos por debajo». Las pisadas se hicieron más lentas hasta detenerse. Se oyó un sonido procedente de otra dirección: más pasos apresurados. Las luces se alejaron mientras sus portadores reanudaban su búsqueda.

Después de una larga pausa, unos suspiros rompieron el silencio. Un escalofrío le recorrió el espinazo a Cery cuando cayó en la cuenta de que lo rodeaban varias personas. Un fino rayo de luz surgió de uno de los faroles. Lo sujetaba un desconocido.

Cery alzó la vista hacia un joven, que lo miraba con fijeza.

—¿Quién? —preguntó el hombre.

—Cery ni de Ladonorte.

—¿Y estos?

—Mis guardaespaldas.

El hombre enarcó las cejas y luego asintió. Se volvió hacia los demás. Cery miró en torno a sí y vio a otros seis jóvenes, dos de ellos sentados encima de Gol. Anyi estaba agachada en posición de combate, con un cuchillo en cada mano. Los dos jóvenes que la flanqueaban se mantenían a una distancia prudente, aunque daba la impresión de que no dudarían en arriesgarse a recibir un tajo si su líder les ordenaba que la redujeran.

—Guárdalos, Anyi —dijo Cery.

Sin apartar los ojos de ellos, Anyi obedeció. A una señal del líder, los dos hombres se levantaron de encima de Gol, que soltó un gruñido de alivio. Cery se puso de pie, se encaró con el líder y enderezó los hombros.

—Pedimos paso franco.

Los labios del joven se torcieron en una media sonrisa.

—Eso ya no existe. —Se apuntó con el pulgar al pecho—. Wen. —Se dirigió a sus acompañantes—. Conozco su nombre. Es el que deja comida. ¿Qué hacemos?

Intercambiaron miradas y mascullaron palabras que lo hicieron sacudir la



cabeza. «¿Matar?, ¿libre?».

—¿Lombriz?—dijo uno de ellos, y Wen se quedó pensativo. Asintió.

—Lombriz—dijo con aire decidido.

Por algún motivo, esto ocasionó que los otros movieran la cabeza arriba y abajo, aunque Cery no logró distinguir si eran gestos de aprobación o conformidad.

Wen se volvió hacia Cery.

—Vendréis con nosotros. Os llevaremos con Lombriz. —Devolvió su lámpara a Gol y miró a uno de los que se habían sentado encima del hombretón—. Ve a avisar a Lombriz.

El muchacho se alejó con paso rápido hacia la oscuridad que se extendía detrás de Wen. Cuando este giró para seguirlo, Anyi extendió el brazo y arrebató su farol al chico que lo sujetaba. Dos de los jóvenes se apresuraron a unirse a Wen, su líder, y los demás cerraron la marcha.

Nadie habló mientras caminaban. Al principio, Cery no sentía más que un alivio inmenso por el mero hecho de no tener que seguir huyendo, aunque aún le temblaban las piernas y el corazón le latía a toda velocidad. Advirtió que a Gol parecía faltarle el resuello tanto como a él. Conforme recuperaba el aliento, la preocupación se apoderó de él otra vez. Nunca había oído de nadie que hubiera conocido a un Slig llamado Lombriz. A menos que...

«A menos que Lombriz no sea en realidad una persona, sino una criatura que devora a los intrusos.

» Basta —se dijo—. Si nos quisieran muertos, no nos habrían ocultado de nuestros perseguidores. Nos habrían acuchillado a oscuras o nos habrían conducido a un túnel sin salida».

Tras avanzar durante un rato, una voz surgió de las sombras, ante ellos, y Wen farfulló una respuesta. Al punto, un hombre salió a la luz y el grupo se detuvo. Miró a Cery de hito en hito y asintió.

—Eres Ceryni—dijo, tendiendo la mano—. Yo soy Lombriz.

Cery le ofreció a su vez la mano, sin saber muy bien qué significaba el gesto. Lombriz se la estrechó por un momento, se la soltó y le hizo señas para que se acercara.

—Ven conmigo.

A esto siguió otro trecho a pie. Cery notó que el ambiente era cada vez más húmedo, y de cuando en cuando se oía un murmullo de agua que corría al final de un pasaje lateral o detrás de las paredes. Llegaron a una sala amplia y sombría, inundada por el rumor de un torrente, y todo cobró sentido.

Los rodeaba un bosque de columnas, cada una de las cuales se ramificaba en lo alto para formar un arco de ladrillo que la unía a la columna vecina. La red en su conjunto componía una bóveda baja que recordaba un tejido drapeado o una tela de farén. Debajo, en vez del suelo, se extendía la superficie reflectante del

agua. Ahora su guía caminaba por lo que parecía la parte superior de un muro grueso. El agua fluía a ambos lados. Debido a la oscuridad, costaba determinar su profundidad.

Por fortuna, el camino estaba seco y no resultaba resbaladizo en absoluto. Al volver la vista atrás, Cery vio que la corriente se internaba en unos túneles que, a juzgar por la inclinación de su techo, descendían aún más por debajo de la ciudad. A derecha e izquierda vislumbró otros muros que sobresalían del agua, demasiado lejanos para alcanzarlos de un salto. La única iluminación procedía de los faroles que llevaban.

El líquido en sí estaba sorprendentemente libre de objetos flotantes. Solo alguna que otra mancha aceitosa pasaba por su lado, y casi todas oían a jabón y perfume. Sin embargo, algunas partes de las paredes estaban cubiertas de moho, y se respiraba una humedad malsana en el aire.

Un grupo de luces apareció más adelante, y Cery pronto distinguió una especie de plataforma grande tendida entre dos de los muros. Había varias personas sentadas en ella, y un leve rumor de voces resonaba en la enorme sala. Al otro lado de la plataforma, Cery entrevió unos círculos oscuros en una zona más clara, y al cabo de un momento logró discernir suficientes detalles para comprender que se trataba de otros túneles, excavados a mayor altura, que vertían sus aguas en el gigantesco depósito subterráneo.

Sus pasos hicieron crujir la plataforma cuando la cruzaron en pos de Lombriz. Al fijarse en las personas, Cery se percató de que ninguna de ellas contaba más de veinticinco años. Dos de las mujeres jóvenes tenían bebés en brazos, y un niño pequeño estaba atado con una cuerda a la columna más cercana, seguramente para que no correteara cerca del borde de la plataforma y se cayera al agua. Todos observaron a Cery, Gol y Anyi con ojos muy abiertos y llenos de curiosidad, pero ninguno de ellos abrió la boca.

Lombriz echó una mirada a Cery e hizo un gesto en dirección a los conductos de desagüe.

—Esto viene de los baños del Gremio —dijo—. Más al sur están las alcantarillas, y los túneles del norte son cloacas y también sumideros de las cocinas. Pero aquí el agua es más limpia.

Cery asintió. No era un mal lugar para vivir, si a uno no le importaba estar bajo tierra en una atmósfera permanentemente cargada de humedad. Al mirar hacia los lados divisó otras plataformas, pobladas también por Slig, y puentes estrechos que las conectaban entre sí.

—No tenía idea de que aquí había todo esto —reconoció.

—Justo delante de tus narices. —Lombriz sonrió, y Cery cayó en la cuenta de cuánta razón tenía el hombre. Aquella zona del territorio Slig se extendía por debajo del suyo. Cery se volvió hacia Lombriz.

—Tu gente nos ha ocultado de unas personas que querían matarnos —declaró

—. Gracias. No habría entrado en tus dominios de haber tenido otra opción.

Lombriz ladeó la cabeza.

—¿Los túneles del Gremio no?

«Así que sabe que tengo acceso a ellos». Cery negó con la cabeza.

—Eso habría significado revelarlos a mis enemigos. Tendría que avisar de ello al Gremio, y ellos tomarían unas medidas que seguramente no me gustarían. Supongo que tampoco os haría mucha gracia que bajaran a fisgonear por aquí.

—No —dijo el hombre, arqueando las cejas. Se encogió de hombros y suspiró—. Si dejáramos que el que envió a los cazadores a por ti te encontrara, nos encontraría también a nosotros. En cuanto se quede con lo tuyo, nada le impedirá quedarse con lo nuestro.

Cery contempló a Lombriz, pensativo. Los Slig estaban mucho más informados de lo que ocurría en el mundo exterior de lo que Cery había imaginado. Tenían razón respecto a Skellin. Tan pronto como se adueñara del territorio de Cery, querría apoderarse del de los Slig también.

—O Skellin o yo. Menuda elección —comentó Cery.

Lombriz sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—Él no nos dejará en paz como haces tú. —Señaló los túneles con la barbilla

—. Querrá controlarlos porque quiere controlar el lugar adonde conducen.

«El Gremio». Cery se estremeció. ¿Era una suposición inteligente por parte del líder Slig, o estaba al corriente de los planes concretos de Skellin? Abrió la boca para preguntárselo, pero Lombriz clavó la vista en él.

—Te enseño esto para que lo sepas. Pero no podéis quedaros —aseveró—. Os llevaremos fuera, a un sitio seguro, pero eso es todo.

Cery movió la cabeza afirmativamente.

—Es más de lo que esperaba —contestó, en un tono que expresaba toda su gratitud.

—Si tienes que volver, di mi nombre y vivirás, pero te llevaremos fuera otra vez.

—Entiendo.

Lombriz sostuvo la mirada de Cery por unos instantes más y asintió.

—¿Adónde queréis ir?

Cery se volvió hacia Anyi y Gol. Su hija parecía preocupada, y Gol, pálido y agotado. ¿Adónde podían ir? Les quedaban pocos favores por cobrarse, y no conocían ningún lugar cercano en el que refugiarse. No tenían aliados fiables o a los que pudieran arriesgarse a poner en peligro. Excepto una. Cery devolvió su atención a Lombriz.

—Llevadnos de vuelta por donde hemos venido.

El hombre conferenció brevemente con los jóvenes que habían rescatado a Cery y a sus acompañantes. Indicó a estos últimos que los siguieran; a continuación, sin una palabra de despedida, se alejó. Cery supuso que era una

costumbre Slig y dio media vuelta también.

Salieron del territorio Slig a paso más tranquilo, y Cery se sintió agradecido por ello. Ahora que tanto el miedo como el alivio habían quedado atrás, estaba cansado. El pesimismo se apoderó de él. Gol también arrastraba los pies. Anyi por lo menos tenía a su favor el aguante de la juventud. Cery empezó a reconocer las paredes que los rodeaban, y de pronto sus guías Slig se desvanecieron en las sombras. El farol que llevaba Cery chisporroteó y se apagó al quedarse sin aceite. Gol no protestó cuando Cery le quitó su lámpara y los condujo hacia la entrada a los túneles del Gremio.

Una vez que todos habían pasado y que la puerta volvía a estar cerrada, Cery notó que buena parte de la tensión y el temor se disipaba. Por fin estaban a salvo. Se volvió hacia Anyi.

—Bueno, ¿dónde está ese cuarto en el que te ves con Lilia?

Ella cogió el farol y guio a Gol y a su padre por la galería larga y recta. Después de torcer hacia un lado, llegaron a un complejo de habitaciones conectadas entre sí por pasillos tortuosos. A Cery le vino a la memoria el recuerdo desagradable de cuando lord Fergun lo había encerrado en la oscuridad, y un repeluzno le bajó por la espalda. Pero estas habitaciones eran distintas: más antiguas y con una disposición deliberadamente caótica. Anyi los llevó a una sala limpia de polvo, con unas cajas de madera a modo de muebles y un montón de cojines raídos sobre los que sentarse. En un extremo había una chimenea tabicada. Ella dejó el farol en el suelo y encendió varias velas en hornacinas excavadas en las paredes.

—Aquí lo tienes —dijo—. Habría traído más muebles, pero no podía cargar con cosas pesadas ni quería llamar la atención.

—No hay camas. —Gol se dejó caer con un gruñido sobre una de las cajas. Cery sonrió a su viejo amigo.

—No te preocupes. Ya nos las apañaremos.

Sin embargo, la mueca de dolor de Gol no se suavizó. Cery arrugó el ceño al reparar en que tenía las manos debajo de la camisa y se apretaba con ellas un costado. Entonces vio la mancha oscura que relucía a la luz de las velas.

—¿Gol...?

El hombretón cerró los ojos y se bamboleó.

—¡Gol! —exclamó Anyi, plantándose a su lado casi al mismo tiempo que Cery. Sujetaron a Gol antes de que se cayera de la caja. Anyi arrastró varios cojines hacia él—. Recuéstate —ordenó—. Déjame echar un vistazo a eso.

Cery no podía hablar. El miedo le había paralizado la mente y la garganta. La asesina debía de haber herido a Gol durante la pelea, o tal vez antes de que él despertara, y Cery solo lo había visto parar la segunda puñalada.

Anyi obligó a Gol a bajar de la caja y tenderse sobre los cojines, le apartó la mano y retiró la camisa para revelar un corte pequeño en el vientre que

sangraba lentamente.

—Llevas así todo este rato. —Cery meneó la cabeza—. ¿Por qué no habías dicho nada?

—No era tan grave. —Gol se encogió de hombros y se le crispó el rostro—. Ha empezado a dolerme cuando estábamos hablando con Lombriz.

—Pues se nota que ahora te duele —señaló Anyi—. ¿Crees que la herida es muy profunda?

—No mucho. No lo sé. —Gol tosió, dolorido.

—Podría ser peor de lo que parece. —Anyi se puso en cuclillas y alzó la mirada hacia Cery—. Voy a buscar a Lilia.

—No... —protestó Gol.

—Solo faltaban unas horas para el amanecer cuando salimos de casa de Cadia —le dijo Cery—. Es posible que Lilia ya esté en la universidad.

Anyi asintió.

—Es posible. Solo hay una manera de averiguarlo. —Lo miró, arqueando una ceja con aire inquisitivo.

—Ve —la autorizó él.

Ella tomó la mano de su padre y la colocó sobre la herida del hombretón, haciendo fuerza. Gol soltó un quejido.

—Mantén la presión y...

—Ya sé lo que tengo que hacer —la interrumpió Cery—. Si no la localizas allí, al menos consigue una tela limpia que podamos usar como venda.

—Hecho —respondió ella, recogiendo el farol.

Se alejó a toda prisa en la oscuridad hasta que el sonido de sus pasos se apagó.

## Convocados

—¿Llevo el anillo de sangre de mi madre? —preguntó Lorkin cuando Dannyl entró por la puerta abierta en sus aposentos de la Casa del Gremio.

Dannyl bajó la vista hacia el anillo que Lorkin sostenía en la mano, una esfera de vidrio rojo engastada en una montura de oro. « Si algo saliera mal durante esta reunión con el rey de Sachaka, sería conveniente que ambos tuviéramos un medio de comunicarnos con el Gremio —pensó—. Por otro lado, si las cosas se torcieran hasta ese punto, encontrarían los anillos de sangre de los dos, nos los quitarían y podrían utilizarlos como instrumentos de tormento y distracción contra Osen y Sonea».

Esa era la limitación de las gemas de sangre; transmitían los pensamientos del portador al mago cuya sangre se había utilizado para elaborarlas. El inconveniente residía en que el creador no podía dejar de percibir los pensamientos del portador, lo que resultaba especialmente desagradable si alguien lo torturaba.

Era lo que uno de los desterrados sachakanos —también llamados ichanis— que habían invadido Kyralia veinte años atrás le había hecho a Rothen, su viejo amigo y mentor. El hombre había capturado a Rothen, pero, en vez de matarlo, había fabricado una gema a partir de su sangre y se la había puesto a cada una de sus víctimas a fin de bombardear a Rothen con un torrente de sensaciones de kyalianos aterrorizados y agonizantes.

¿A quién afectaría más que se apoderaran de su anillo, a la Maga Negra Sonea o al administrador Osen? Dannyl se estremeció cuando le vino a la mente la respuesta más obvia.

—Déjalo —aconsejó—. Yo llevaré el anillo de Osen. Dame el de Sonea y lo esconderé, por si te leen la mente y se enteran de su existencia.

Lorkin miró a Dannyl con una expresión extraña y medio irónica.

—No te preocupes, no me leerán nada —aseveró.

Dannyl contempló al joven mago, sorprendido.

—¿Sabes cómo...?

—Dentro de ciertos límites. No tuve tiempo de aprender a engañar a quien trate de leerme el pensamiento, una habilidad que poseen los Traidores. Si alguien lo intenta conmigo, no lo conseguirá, pero notará que se lo estoy impidiendo.

—Espero que no llegue a darse esa situación —dijo Dannyl. Retrocedió un paso hacia la puerta—. Voy a esconder esto. Nos vemos en la sala maestra.

Lorkin asintió.

Dannyl regresó con paso rápido a sus aposentos y, tras ordenar al esclavo que se retirara y no dejara entrar a nadie, buscó un lugar donde guardar la gema. «¡Lorkin sabe cómo bloquear una lectura mental! —El ashaki Achatí, el consejero del rey con quien Dannyl había entablado amistad desde su llegada a Arvice, había dicho que los Traidores tenían un sistema para ello. ¿Cómo, si no, evitaban los espías disfrazados de esclavos que los descubrieran?—. Me pregunto qué otras cosas no me ha contado Lorkin. —Lo acometió un sentimiento de frustración. Desde que había vuelto a Arvice, Lorkin se había mostrado reacio a hablar de la sociedad rebelde con la que había convivido durante los últimos meses. Dannyl era consciente de que a su ex ayudante le habían confiado secretos que no podía revelar sin poner muchas vidas en peligro—. Pero da la impresión de que su lealtad está más con ellos que con el Gremio y con Kyralia».

El joven mago había vuelto a vestir con túnica, lo que indicaba claramente que aún se consideraba un mago del Gremio, a pesar de que, cuando se había encontrado con Dannyl en las montañas, le había dicho que el Gremio debía actuar como si él ya no fuera un miembro.

Las patas del baúl de viaje de Dannyl estaban talladas de modo que parecieran tocones de árbol, con una corteza áspera y retorcida. Dannyl se había valido de la magia para desprender un segmento de una de las curvas y practicar un pequeño hueco detrás, por si algún día tenía que esconder el anillo de Osen. Aflojó la pieza suelta, introdujo el anillo de Sonea en el agujero y la colocó de nuevo en su sitio. A continuación, se encaminó hacia la sala maestra, la parte de una casa sachakana tradicional donde el cabeza de familia recibía y agasajaba a los invitados.

El Gremio nunca había declarado oficialmente que Lorkin ya no perteneciera a él, a pesar de la situación incómoda que esto había provocado entre Sachaka y Kyralia. Los magos superiores no solo querían ahorrarle a Sonea el dolor que le habría ocasionado semejante medida, sino también evitar dar la sensación de que se daban por vencidos fácilmente en la búsqueda de magos díscolos. Sin embargo, habían corrido el riesgo de que su inacción fuera interpretada como una señal de que el Gremio aprobaba la relación de Lorkin con los rebeldes, lo que habría generado aún más tensión entre las Tierras Aliadas y el rey de

Sachaka.

El regreso a Arvice quizá habría aliviado aquella tensión, de no ser porque el rey sachakano estaba ansioso por saber qué había averiguado Lorkin sobre sus enemigos. Estaba a punto de llevarse un chasco.

En cuanto se le comunicó que el joven mago había vuelto, el rey Amakira había dictado la prohibición de que Lorkin saliera de la ciudad. Dannyl había supuesto que el joven sería llamado a palacio poco después, pero habían transcurrido varios días y no habían recibido más noticias. Sin duda el rey había estado consultando a sus consejeros.

« Entre ellos el ashaki Achatí, a juzgar por su ausencia » .

El consejero no le había hecho visitas ni enviado mensajes desde el día en que Dannyl, Tayend y él habían llegado a casa de su viaje de investigación a Dunea. Al recordar la expedición, Dannyl notó que la rabia crecía en su interior. Tayend había manipulado a Achatí para que le permitiera acompañarlos, y luego había impedido de forma deliberada y artera que Dannyl y Achatí se hicieran amantes.

« Es curioso, pero esto ha alimentado mis ganas de estar con él, pese a que antes de partir estaba lleno de dudas por las posibles consecuencias políticas de esa relación » .

Aunque los motivos de Tayend para interferir fueran los mismos que habían dado lugar a las dudas de su ex amante, y aunque en las circunstancias actuales un amorío con Achatí con toda seguridad acarrearía problemas, a Dannyl no le resultaba fácil perdonar a Tayend por haberse interpuesto.

Dannyl no podía evitar desear que la situación de Lorkin fuera lo único que mantenía alejado a Achatí, y que este no hubiera renunciado a él.

Tampoco podía evitar sentir una punzada de culpabilidad. Aunque se convirtiera en amante de Achatí, siempre habría secretos que tendrían que ocultarse el uno al otro. Secretos como la propuesta de los dúneos de establecer una alianza o un acuerdo comercial con el Gremio. El asunto prácticamente había quedado olvidado desde el retorno de Lorkin. En otra época, el Gremio habría acogido con entusiasmo la oportunidad de adquirir una nueva forma de magia, pero la posibilidad de cerrar un trato similar con los Traidores, unos aliados potenciales más poderosos, había eclipsado la propuesta.

Dannyl no sabía con exactitud qué mensaje habían pedido los Traidores a Lorkin que transmitiera al Gremio. Osen había decidido que lo mejor era no informar de ello a Dannyl, por si se daba el caso improbable de que le leyera la mente. El embajador de Kyrallia frunció el ceño. « Sin duda Osen sabe que Lorkin puede bloquear la lectura mental. Lorkin no me desvelará nada que no le haya contado ya a Osen » .

Cuando llegó a la sala maestra, vio que Lorkin ya se encontraba allí. Tayend, lady Merria, la ayudante de Dannyl, y él estaban sentados en taburetes,



conversando en voz baja. Se pusieron de pie en cuanto Dannyl entró.

—¿Listo? —le preguntó este a Lorkin, que asintió.

Tayend posó la vista en el joven mago con expresión seria.

—Buena suerte.

—Gracias, embajador —respondió Lorkin.

—Los dos hemos preguntado a nuestros amigos sachakanos qué creen que hará el rey —añadió Tayend, mirando fugazmente a Merria—. Nadie se atreve a hacer pronósticos, pero todos esperan que el monarca no tome una decisión que disguste a las Tierras Aliadas.

—¿Y creen que debería romper mi promesa y revelarlo todo sobre los Traidores? —inquirió Lorkin.

—Sí —respondió Tayend con mala cara.

Merria asintió como para corroborarlo.

Los labios de Lorkin se curvaron en una sonrisa breve.

—No me sorprende demasiado. —Pese a su aparente buen humor, tenía un brillo de determinación en los ojos que de pronto recordó a Dannyl a la Maga Negra Sonea. Al pensar en lo testaruda que era la madre de Lorkin cuando tenía su edad, dejó de parecerle tan terrible la perspectiva de que el joven tuviera que afrontar las preguntas y la intimidación del rey de Sachaka. « Esperemos que no pase de la intimidación» .

—Tú también ten cuidado —dijo Merria.

Cuando Dannyl se percató de que la frase iba dirigida a él, parpadeó, sorprendido. Ella había estado echándole miradas sombrías desde que había regresado, dándole a entender que no lo había perdonado por no dejar que lo acompañara a Dunea. No estaba seguro de cómo reaccionar a su muestra de inquietud, sobre todo porque no quería pensar en lo que le ocurriría a él si la situación empeoraba.

—No te preocupes por mí —le dijo—. Por nosotros —se corrigió. Tayend contemplaba a Dannyl con una ansiedad evidente en la que Dannyl tampoco quería pensar, por lo que se volvió hacia el pasillo que conducía a la salida de la Casa del Gremio—. Bueno, no hagamos esperar al rey.

—No —convino Lorkin en voz baja.

Dannyl fijó la vista en Kai, que ahora era su esclavo personal. Merria se había enterado por boca de sus amigas de que un ardid típico de los esclavos consistía en cambiar de tarea a menudo, pues al amo le resultaba más difícil averiguar a quién debía castigar por un error concreto si había muchos culpables posibles. Cuantos más esclavos viera un amo, más le costaría recordar sus nombres, lo que también dificultaba la aplicación de castigos.

Merria había exigido que cada ocupante de la Casa del Gremio tuviera uno o dos esclavos que se dedicaran exclusivamente a atender a las necesidades de sus amos respectivos. Sin embargo, aunque esta solución era lo más parecido a tener

un criado, también presentaba inconvenientes. Los criados hacían preguntas. Los criados advertían al patrón si algo era imposible o difícil de conseguir. Los criados no se postraban en el suelo cada vez que uno llegaba a su presencia. Pese a que Dannyl había tenido algunos sirvientes irritablemente insolentes a lo largo de los años, prefería esto a la incomodidad de la obediencia incondicional.

—Avisa a los esclavos cocheros que estamos listos, Kai —le pidió Dannyl.

Kai se adelantó a toda prisa. Dannyl guio a Lorkin por el pasillo hasta la puerta principal. Cuando salieron, la intensa luz del sol deslumbró al embajador, que se colocó la mano a modo de visera. El cielo estaba azul y despejado, y se percibía en el aire un calor y una sequedad que en Kyralia él habría relacionado con la llegada del verano. No obstante, solo estaban a principios de primavera. Como de costumbre, los esclavos echaron cuerpo a tierra. Dannyl les ordenó que se levantaran, y él y Lorkin subieron al carruaje que los esperaba.

Viajaron en silencio. Dannyl repasó en su mente todo lo que Osen le había indicado que dijera y se abstuviera de decir. Deseó estar mejor informado sobre los planes de Lorkin y el Gremio. Lo incomodaba no saber toda la verdad. Antes de lo que esperaba, el coche enfiló la avenida ancha y bordeada de árboles que llevaba al palacio y se detuvo frente al edificio. Los esclavos se descolgaron del vehículo y abrieron la portezuela.

Dannyl se apeó y aguardó a que Lorkin bajara también.

—Qué bonito —comentó Lorkin, admirando la construcción. «Claro, es la primera vez que ve el palacio», pensó Dannyl. Alzó la mirada hacia las paredes blancas y curvas, y la rutilante cúpula dorada que apenas sobresalía por encima, y recordó cuánto lo había impresionado su primera visita. Ahora estaba demasiado angustiado ante la audiencia con el rey para maravillarse.

Devolvió su atención a la entrada y guio a Lorkin hacia el interior. Avanzaron con grandes zancadas por el amplio pasillo, pasaron entre los guardias y llegaron a una estancia enorme y repleta de columnas: la sala maestra del rey. A Dannyl se le aceleró el pulso cuando vio a mucha más gente que en sus entrevistas anteriores con el monarca. En vez de grupos de dos o tres personas aquí y allá, había una pequeña multitud. A juzgar por sus chaquetas cortas profusamente adornadas y la seguridad en sí mismos que rezumaban, en su mayoría eran ashakis. Dannyl hizo un cálculo rápido. «Cincuenta, más o menos».

Al tomar conciencia de que estaba rodeado por tantos magos negros, un escalofrío desagradable le bajó por el espinazo. Se concentró en mantener el rostro impassible y en caminar con dignidad, esperando que su intento de disimular el miedo no fuera inútil.

El rey Amakira estaba sentado en su trono. Pese a su avanzada edad, parecía tan tenso y alerta como los sachakanos más jóvenes de la sala. No despegó los ojos de Lorkin hasta que Dannyl se detuvo e hincó una rodilla en tierra.

—En pie, embajador Dannyl —dijo el soberano.

Dannyl se irguió y resistió el impulso de mirar a Lorkin, que debía permanecer arrodillado hasta que se le ordenara lo contrario. El rey había clavado una mirada penetrante en el joven mago.

—En pie, lord Lorkin.

Lorkin se enderezó, miró al monarca y bajó la vista cortésmente.

—Bienvenido de nuevo —dijo el rey.

—Gracias, majestad.

—¿Te has recuperado de tu viaje a Arvice?

—Sí, majestad.

—Me alegra oír eso. —El rey se volvió hacia Dannyl, y una especie de sarcasmo frío asomó a sus ojos—. Embajador, me gustaría que Lorkin me relatara toda su historia, desde que se marchó de Arvice hasta su vuelta, pasando por el período en que vivió con los Traidores.

Dannyl asintió.

—Contaba con que así lo pidierais, majestad —respondió, forzando una sonrisa. Fijó los ojos en Lorkin—. Refiérole todo lo que me has contado a mí, lord Lorkin.

El joven mago miró a Dannyl con expresión divertida, casi de reproche, antes de volverse de nuevo hacia el rey. El embajador contuvo las ganas de sonreír. « Si les cuenta lo mismo que a mí, no les revelará gran cosa» .

—La noche que me marché de la Casa del Gremio —comenzó Lorkin—, una esclava se metió sigilosamente en mi cama e intentó matarme. Me salvó otra esclava que me convenció de que si no me iba con ella enviarían a otros asesinos a terminar el trabajo. Mi salvadora, como sin duda ya habréis adivinado, no era en realidad una esclava, sino una Traidora.

» Me explicó que la comunidad a la que pertenecía se había fundado antes de la guerra Sachakana, cuando varias mujeres se vieron impulsadas a unirse por los malos tratos que recibían por parte de la sociedad de Sachaka. La guerra las obligó a retirarse a las montañas, donde dieron origen a un pueblo nuevo que rechazaba la esclavitud y la desigualdad entre hombres y mujeres.

—Están gobernados por mujeres —lo interrumpió el rey—. ¿Dónde está la igualdad en eso?

Lorkin se encogió de hombros.

—No es un sistema perfecto, pero aun así es mucho más justo que los otros que he conocido o de los que he oído hablar.

—Entonces, ¿estuviste en su base?

—Sí. Era el lugar más seguro al que podíamos ir, ya que los asesinos seguían buscándome.

—¿Serías capaz de localizarlo?

Lorkin sacudió la cabeza.

—No. Me habían vendado los ojos.

El rey entornó los párpados.

—¿De qué tamaño es su base? ¿Cuántos Traidores hay allí?

—Pues... en realidad, no sabría decíroslo.

—¿No sabes o no quieres?

—Debido a las características del lugar, no era fácil contar a la gente que vivía allí.

—Haz un cálculo aproximado, de todos modos.

Lorkin extendió las manos a sus costados.

—Más de cien.

—¿Conseguiste formarte una idea de su fuerza de combate?

Lorkin negó con la cabeza una vez más.

—Nunca los vi luchar. Algunos de ellos son magos. Eso ya lo sabéis. No puedo facilitaros información sobre su número, su poderío militar o su grado de entrenamiento.

Un movimiento entre los ashakis cercanos al trono captó la atención de Dannyl, y el corazón le dio un vuelco cuando reconoció a Achatí. El hombre lo miró a los ojos por unos instantes, pero su expresión solo reflejaba ensimismamiento. Se inclinó hacia el soberano y murmuró algo. El rey no apartó la mirada de Lorkin, pero bajó las cejas ligeramente.

—¿Qué hiciste mientras estabas con los Traidores? —inquirió.

—Ayudé a atender a sus enfermos.

—¿Confíaron en que tú, un extranjero, los curaría?

—Sí.

—¿Les enseñaste algo?

—Algunas cosas. Y aprendí otras.

—¿Qué les enseñaste?

—Varios remedios nuevos, y ellos me enseñaron unos cuantos a mí, aunque algunos requieren plantas que no crecen en Kyrallia.

—¿Por qué te marchaste de allí?

Lorkin se quedó callado por un momento, pues claramente no esperaba que le hicieran aquella pregunta tan pronto.

—Porque quería regresar a mi hogar.

—¿Por qué no te fuiste antes?

—Por lo general, no dejan marchar a los extranjeros, pero en mi caso hicieron una excepción.

—¿Por qué?

—No tenían motivos para impedírmelo. Como no había descubierto nada importante, no podía divulgar nada importante. Cuando partí, se aseguraron de que jamás pudiera encontrar el camino de vuelta hacia allí.

El rey lo contempló con aire pensativo.

—Aun así, conoces la base de los Traidores mucho mejor que cualquier otra

persona que no sea uno de ellos. Es posible que haya detalles cuya relevancia no comprendes. Esos rebeldes representan una amenaza para este país, y quizá un día la representen también para otros países de la zona, incluido el tuyo. ¿Accedes a someterte a una lectura mental?

Lorkin se quedó inmóvil. Reinaba un silencio absoluto en la sala cuando abrió la boca para responder.

—No, majestad.

—Le encomendaré la labor a mi lector mental más hábil. No rebuscará en tus pensamientos, pero dejará que le presentes tus recuerdos.

—Os lo agradezco, pero estoy obligado a proteger los conocimientos que me impartió el Gremio. No me queda otra opción que negarme.

El monarca desplazó la mirada hacia Dannyl, con una expresión indescifrable.

—Embajador, ¿está dispuesto a obligar a lord Lorkin a colaborar con un lector mental?

Dannyl respiró hondo.

—Con el debido respeto, majestad, no puedo. Carezco de la autoridad necesaria para ello.

El rey frunció el entrecejo.

—Pero tiene un anillo de sangre que le permite comunicarse con el Gremio. Póngase en contacto con ellos. Encárguese de que quienquiera que posea la autoridad necesaria le dé la autorización.

Dannyl se disponía a protestar, pero cambió de idea. Debía mostrarse complaciente. Llevó la mano al interior de su túnica, extrajo el anillo de Osen del bolsillo y se lo puso en el dedo.

¿Osen?

Dannyl fue la respuesta inmediata. El administrador había prometido que procuraría no estar ocupado mientras se celebrara la audiencia con el rey de Sachaka, y Dannyl no detectó el menor signo de sorpresa ante su comunicación.

Quieren que el Gremio ordene a Lorkin que se someta a una lectura mental.

Ah. Era de esperar. No creen una palabra de lo que dice.

¿Qué les contesto?

Que Merin es el único que tiene autoridad para ordenarlo, y que solo se planteará la posibilidad cuando haya entrevistado a Lorkin en persona y en privado.

Dannyl se estremeció. El rey de Kyrallia solo podía expresar con mayor claridad su voluntad si abandonaba la formalidad y exigía a Amakira que enviara a Lorkin de vuelta.

¿Algo más?

Por el momento, no. Veamos qué responde Amakira a eso.

Dannyl se quitó el anillo y, sujetándolo en una mano, alzó la vista hacia el rey

de Sachaka y le comunicó el mensaje de Osen.

Amakira observó a Dannyl durante lo que pareció un rato muy, muy largo. Por fin se movió, después de que los músculos de la mandíbula se le tensaran, dejando traslucir la ira que el mensaje había despertado en él.

—Eso es inoportuno —murmuró— y me obliga a preguntarme si debería dejar a un lado los esfuerzos de colaboración entre nuestras naciones para proteger la mía, o al menos aminorar mis esfuerzos para que sean equivalentes a los de Kyralia. —Frunció los labios y miró a dos de los ashakis—. Tengan la bondad de acompañar a lord Lorkin al calabozo.

Lorkin dio un pequeño paso hacia atrás y se detuvo. Cuando los dos ashakis se acercaron, Dannyl se dirigió al frente.

—¡Protesto, majestad! —exclamó—. En nombre de las Tierras Aliadas os pido que respetéis el acuerdo...

—O lord Lorkin va al calabozo, o el embajador Dannyl se marcha de Sachaka y lord Lorkin acaba en el calabozo de todas formas —advirtió el rey en voz lo bastante alta para ahogar las palabras de Dannyl.

Deja que se lo lleven.

Dannyl estuvo a punto de soltar un grito de sorpresa al oír la voz en su cabeza. Se percató de que tenía el anillo agarrado con fuerza, de modo que la gema le tocaba la piel y transmitía sus pensamientos a Osen.

¿Estás seguro?

Sí, respondió el administrador. Albergábamos la esperanza de que esto no ocurriera, desde luego, pero si tenemos que perder a Lorkin, preferimos que no te expulsen de Sachaka. Vuelve a la Casa del Gremio y empieza a presionar a Amakira para que libere a Lorkin. Haremos todo cuanto esté en nuestra mano desde aquí.

A Dannyl se le cayó el alma a los pies cuando los dos ashakis pasaron junto a él y se apostaron a cada lado de Lorkin. El joven mago parecía resignado e inquieto, pero cuando clavó la vista en los ojos de Dannyl, consiguió esbozar una sonrisa lánguida.

—Estaré bien —aseguró, y dejó que los dos hombres lo escoltaran fuera de la sala.

Dannyl devolvió su atención al rey.

—Encerradlo si lo estimáis necesario, majestad, pero no le hagáis daño —advirtió—, o las posibilidades de establecer un pacto de paz entre las Tierras Aliadas y Sachaka en el futuro se verán muy reducidas. Sería una verdadera lástima.

Amakira le sostuvo la mirada con firmeza, pero cuando habló, su voz sonó más suave.

—Regrese a la Casa del Gremio, embajador. Esta reunión ha llegado a su fin.

Antes incluso de abrir los ojos, Sonea sabía que era demasiado temprano para despertarse. Se volvió hacia la persiana que cubría la ventana de su alcoba y frunció el ceño al ver que la luz del alba se reflejaba en la pared del otro lado. La claridad del amanecer, que siempre tenía una cualidad que la distinguía del crepúsculo, le indicaba que había dormido un par de horas.

Un golpe en la puerta de la sala principal le reveló por qué estaba despierta.

Con un gruñido, se tapó los ojos con los brazos y esperó. Todas las mañanas, salvo en los dialibres, el Mago Negro Kallen pasaba por allí para acompañar a Lilia a sus clases. Por lo general, la aprendiz se preparaba para su día en la universidad de forma lo bastante silenciosa para no despertar a Sonea. En cambio, Kallen había tardado un tiempo en comprender que debía llamar a la puerta con suavidad, después de que Sonea le comentara varias veces, a modo de indirecta, que solía trabajar en el turno de noche.

Por lo visto, aquella mañana lo había olvidado.

Los golpes sonaron de nuevo, aún más fuertes. Sonea gruñó de nuevo. ¿Por qué no abría la puerta Lilia? Suspirando, echó las mantas a un lado y se levantó con un gran esfuerzo. Se alisó el cabello con las manos, cogió una sobretúnica y se la puso descuidadamente sobre la ropa de dormir. Salió a la sala principal, se dirigió hacia la puerta y proyectó un poco de magia para hacer girar el pomo.

Cuando la puerta se abrió hacia dentro, un Kallen ceñudo alzó la vista hacia ella, y sus cejas se fruncieron aún más. Bajó fugazmente la mirada hacia la sobretúnica de Sonea antes de posarla de nuevo en sus ojos, sin cambiar de expresión.

—Buenos días, Mago Negra Sonea —saludó—. Lamento molestarla. ¿Está aquí Lilia?

Sonea se volvió hacia la puerta cerrada de la habitación de Lilia, al fondo de la sala, y se encaminó hacia allí. Llamó suavemente, luego con más fuerza, y finalmente la abrió. No había nadie en el dormitorio. Sin embargo, la cama estaba hecha, lo que evidenciaba que Jonna, la tía y sirvienta de Sonea, había estado allí y se había ido.

—No —dijo cuando regresó frente a la puerta principal—. Y no, no sé dónde está. En cuanto lo sepa, le avisaré.

—Gracias. —Aunque visiblemente disgustado, Kallen asintió y se alejó.

Tras cerrar la puerta, Sonea echó a andar otra vez hacia la habitación y se detuvo. No era normal que Lilia estuviese ausente por la mañana. Aunque no tenía un carácter conflictivo o problemático, era necesario vigilarla, pues había demostrado su propensión a dejarse llevar por mal camino.

« Aunque quizá no sea tan propensa como antes. Al fin y al cabo, si tu amiga más íntima te convence de que aprendas magia negra para luego inculparte por un asesinato cometido por ella, supongo que empiezas a pensártelo dos veces antes de confiar en alguien ». Y eso no era todo: Lilia había descubierto que

Lorandra, la maga renegada a quien había ayudado a fugarse de la cárcel, pretendía devolverle el favor entregándosela a su hijo Skellin, ladrón de siniestra fama, a fin de que la joven le enseñara magia negra.

Si bien Sonea confiaba en que Lilia no se metería en apuros graves por su voluntad, podía encontrarse en dificultades sin quererlo. Sonea también estaba obligada a fingir que vigilaba a los otros magos negros. Aunque no era la tutora oficial de Lilia —responsabilidad que correspondía a Kallen—, el hecho de que alojara a la chica en sus aposentos había dado a todos la impresión de que la había tomado a su cargo.

Sonea paseó la mirada por la habitación y vio una esquina de un papel que asomaba por debajo de una jarra de agua en la mesilla. Atravesó la alcoba y lo cogió.

Me he ido temprano para ver a una amiga. Dile al MNK que  
iré directamente a clase desde allí. Lilia.

Sonea suspiró y puso los ojos en blanco, pero la exasperación se le pasó enseguida. El mensaje seguramente no iba dirigido a ella, sino a Jonna. O la criada lo había pasado por alto, o no había podido esperar a que llegara Kallen. O tal vez lo había buscado pero no había dado con él.

La amiga era sin duda Anyi, que había salvado a Lilia de caer en manos de Skellin. Como Anyi era la hija de Cery, Sonea no estaba muy convencida de que la joven no descarriaría a Lilia de algún modo.

«Cery no permitiría que las chicas se metieran en líos. Aun así..., me pregunto por qué Lilia ha ido a reunirse con Anyi a estas horas... y dónde». Sonea dejó la nota en la mesa. Sabía que Anyi se colaba en sus aposentos por donde Cery entraba de vez en cuando: una puerta oculta en la sala de invitados. Pero que Lilia se hubiera marchado para encontrarse con Anyi significaba que iban a juntarse en otro sitio, y eso resultaba preocupante. Por su condición de maga negra nueva, Lilia tenía prohibido salir del recinto del Gremio.

«Quizá se ha ido por la trampilla con Anyi». El acceso a los túneles que discurrían por debajo del Gremio estaba vedado para todos salvo para los magos superiores, oficialmente porque eran inestables y peligrosos, pero sobre todo porque no había una buena razón para que nadie bajara allí. No obstante, esto no era lo que más inquietaba a Sonea respecto a que Lilia se hubiera ido a ver a Anyi.

Skellin quería quitar a Cery de en medio. Esto implicaba que cualquiera que ayudara a Cery se convertiría en un posible objetivo. Hasta la fecha, Cery había conseguido mantener en secreto el hecho de que Anyi era su hija. De cara al



público, ella seguía siendo una guardaespaldas, lo que también la ponía en una posición de peligro. Aunque Lilia fuera capaz de protegerse con magia, tendría problemas si la atacaban Skellin o Lorandra, su madre, pues ambos eran magos.

«¿Y si se ha ido porque Cery necesita su ayuda? Claro que, en ese caso, él se pondría en contacto conmigo primero». Arrugó el entrecejo. Últimamente Cery no resultaba fácil de localizar, y en las pocas ocasiones en que conseguía reunirse con él, estaba demacrado e intranquilo. Ella sospechaba que exageraba cuando hablaba de sus intentos de encontrar a Skellin y que en realidad dedicaba todas sus energías a mantenerse fuera del alcance del mago renegado.

Suspirando por tercera vez, Sonea regresó a su dormitorio, pero no para dormir. Era improbable que pudiera conciliar el sueño ahora que estaba preocupada tanto por Cery como por Lilia. Se lavó, se vistió e invocó un poco de su magia para mitigar el cansancio. Estaba preparando una taza de raka cuando alguien llamó a la puerta principal.

Reprimiendo otro suspiro —ya había suspirado bastante por hoy—, ella dirigió la mirada hacia atrás y abrió la puerta con magia.

El administrador Osen cruzó el umbral. Ella parpadeó, sorprendida.

—Administrador.

—Maga Negra Sonea —dijo él con una inclinación cortés de la cabeza—. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto —respondió ella, volviéndose hacia él. Osen cerró la puerta—. ¿Le apetece un poco de raka o sumi?

Él sacudió la cabeza.

—Tengo una noticia mala pero no del todo inesperada.

La embargó la sensación incómoda de que todos sus órganos internos se volvían líquidos. «Lorkin».

Osen apretó los labios en un gesto de solidaridad.

—No es la peor noticia posible. De ser así, se la comunicaría con menos rodeos. Lorkin ha rehusado someterse a una lectura mental. El rey Amakira ha exigido que le ordenemos ceder. El rey Merin se ha negado. Amakira ha enviado a Lorkin al calabozo.

Un escalofrío bajó por la espalda de Sonea, y el estómago le dio un vuelco. Una imagen de Lorkin encadenado en una celda fría, húmeda y lóbrega le vino a la cabeza y le provocó náuseas. En su mente, él no era más que un muchacho asustado. «Pero no lo es. Es un hombre adulto. Sabía que esto podía suceder, y aun así se ha negado a desvelar lo que sabe sobre los Traidores. Tengo que confiar en su convicción de que merecen ser salvados». Hizo un esfuerzo por devolver su atención a Osen.

—¿Y ahora qué? —preguntó, aunque los magos superiores habían discutido esta eventualidad en muchas ocasiones.

—Nos pondremos a trabajar para liberarlo. Me refiero al Gremio, el rey y el

monarca de Elyne. Si Lorkin no tiene razón respecto a su capacidad de impedir que le lean la mente, debemos convencer a Amakira de que dejarlo en libertad es el camino más fácil para obtener más información sobre los Traidores. Allí es donde interviene usted en escena.

Sonea asintió, invadida por un alivio tardío. Su misión de entrevistarse con los Traidores en nombre del Gremio se había complicado cuando había quedado claro que el rey Amakira no permitiría que Lorkin se marchara de Sachaka sin antes haberle extraído toda la información posible. El Gremio había decidido enviarla a Arvice también para negociar la liberación de su hijo. Las circunstancias aún más difíciles en que Lorkin se encontraba ahora podían haberlos hecho cambiar de idea.

Como los magos superiores habían llegado a la conclusión de que solo un mago negro impondría el respeto necesario para entablar negociaciones con el soberano de Sachaka, tenían que elegir entre ella y Kallen, ya que Lilia era muy joven y no había completado su formación. Tenían razones poderosas para no escoger a ninguno de los dos. Aunque en la sociedad sachakana las mujeres ocupaban un rango inferior al de los hombres, y el hecho de que fuera la madre de Lorkin la exponía al chantaje, la adicción de Kallen a la craña lo convertía en una persona poco fiable e igual de vulnerable a la coacción.

«Y quizá saber que he matado sachakanos en el pasado y estoy dispuesta a volverlo hacer para salvar a mi hijo impulse a Amakira a dejarlo marchar».

Por supuesto, era posible que el rey sachakano amenazara con hacer daño a Lorkin para forzarla a colaborar, pero no tenía mucho que ganar con ello. Sonea no sabía qué querían averiguar ni podía obligar a Lorkin a hablar. A lo sumo podía prometer que intentaría persuadirlo si lo soltaban.

«A menos, claro, que él confiese antes bajo tortura». Pero no quería pensar en eso. Se volvió hacia Osen.

—Bien, ¿cuándo he de partir?

La luz tenue que se derramaba por una puerta más adelante le indicó a Lilia que Anyi y ella estaban a punto de llegar a su destino. Sorteando escombros en el pasillo, siguió a su amiga hasta la abertura y la habitación que había al otro lado.

Cery estaba sentado en una de las viejas cajas de madera que Anyi había encontrado y que utilizaban como asientos. Bajo sus manos, tendido sobre algunos de los cojines gastados de la pila en la que Lilia y Anyi se habían repantigado tantas veces, estaba Gol. Incluso al brillo mortecino de las velas, se apreciaba su palidez. Ella le acercó su globo luminoso y lo hizo más intenso. El hombretón tenía la frente empapada en sudor, y la mirada enardecida por la fiebre y el dolor.

Lilia bajó la vista hacia él, paralizada por la inseguridad. «¿Tengo conocimientos suficientes de sanación para salvarlo?».

—Tú solo... inténtalo —la apremió Anyi.

Lilia miró de reojo a su amiga e hizo un gesto afirmativo. Con un esfuerzo de voluntad, se arrodilló junto a Gol. Cery le apretaba el abdomen con las manos manchadas de sangre.

—¿Aflojo la presión? —preguntó Cery.

—Pues... no estoy muy segura —reconoció Lilia—. Antes de nada... echaré un vistazo.

Apartó aún más la camisa de Gol, posó una palma sobre su piel y a continuación cerró los ojos y proyectó sus sentidos hacia el interior de su cuerpo.

Al principio, solo percibía caos, pero echó mano de lo que le habían enseñado y lo que había leído, así como de los ejercicios con los que había aprendido a interpretar todas las señales. Lo más notorio era el dolor. Estuvo a punto de soltar un grito ahogado cuando lo notó, y se sintió orgullosa por no haber perdido la concentración a pesar de todo. Eliminar el dolor resultaba sencillo; era una de las primeras lecciones que se impartían a los sanadores. En cuanto se hubo encargado de ello, buscó más información. Su mente se vio atraída hacia la parte dañada, por donde estaban perdiéndose líquidos esenciales, y otros muy tóxicos se derramaban y emponzoñaban los sistemas sanos.

«El cuchillo con que lo han apuñalado le ha perforado las tripas. Si el derrame llega a ser más grande, él ya estaría muerto. Está claro que eso es lo primero que tengo que arreglar...».

Invocó magia y la vertió sobre la rotura de tal manera que los bordes de la herida se juntaron y cicatrizaron mucho más deprisa que en condiciones normales.

«Ahora tengo que detener la salida de sangre. Pero antes, debo encargarme de este veneno de las entrañas y la sangre que se encharca en su interior. Utilizaré una cosa para limpiar la otra». Esperando que Cery y Anyi no se horrorizaran, se valió de la magia para expulsar los líquidos por la herida. Encontró más resistencia de la que imaginaba. Entonces se acordó de que Cery seguía presionando la herida. Lilia dirigió su atención hacia su propio cuerpo hasta recuperar el control sobre sus cuerdas vocales.

—Puedes dejar de apretar —se obligó a decir.

En cuanto se percató de que la sangre volvía a manar, se concentró para alinear y sanar la carne y la piel separadas. Al recordar las advertencias de sus profesores, se aseguró de que no hubiera desgarros internos que ocasionaran que la hemorragia continuara dentro del organismo. Había que reparar algunos conductos. No le costó mucho esfuerzo.

Tras una comprobación final, retrajo sus sentidos, respiró hondo y abrió los ojos. Gol ya no tenía el rostro rígido de dolor. Levantó la mirada hacia ella y sonrió.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Lilia.

Él asintió.

—Sí, pero... cansado. Muy cansado. —Frunció el entrecejo—. Y con sed.

—No es de extrañar. Has perdido sangre y es posible que el veneno te haya provocado una inflamación.

—¿La hoja del cuchillo tenía veneno? —inquirió Cery, alarmado.

—No, pero penetró en las entrañas. Las sustancias que hay dentro actúan como veneno si se cuecen en el resto del organismo.

Cery contempló al hombretón, con aire meditabundo.

—No servirás para el entrenamiento de combate durante una temporada. —Miró a Lilia—. ¿Cuánto tardará en recuperarse del todo?

Ella se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero se curará más deprisa si le dais buena comida y agua limpia. —Se volvió hacia Anyi—. Si me acompañas, iré a ver si Jonna ha dejado algo en mi habitación. Como mínimo, habrá un poco de agua.

—Ya vas a llegar lo bastante tarde a clase —señaló Anyi—. Deberías ir directa a la universidad.

—¿Con esta pinta? —Lilia bajó la vista hacia su túnica de aprendiz. Estaba raída y sucia por haber descendido por el hueco estrecho situado entre las paredes del alojamiento de los magos que le permitía escabullirse de los aposentos de Sonea hacia los pasajes subterráneos. Por lo general, Anyi le llevaba ropa vieja para que se cambiara, pero en esta ocasión se había presentado con las manos vacías. No guardaban dichas prendas en los aposentos de Sonea, pues habrían corrido el riesgo de que Jonna, su sirvienta, las viera. Lilia no había intentado encontrar otra cosa que ponerse por temor a que Gol muriera mientras ella buscaba.

Anyi observó la túnica de Lilia.

—¿No puedes remendarla con magia?

—Puedo intentarlo —suspiró Lilia—. Depende de lo estropeada que esté. Podría llevarme más tiempo arreglarla que regresar.

Anyi la inspeccionó.

—No está tan mal. Puedes explicarlo diciendo que has tropezado y te has caído en un seto.

—¿Y lo de ir a por comida y agua?

Anyi se encogió de hombros.

—Ya me encargo yo.

—Sonea se pasará todo el día en sus aposentos.

—Trabaja en el turno de noche en el hospital, ¿no? O sea que estará dormida.

—¿Y si no lo está, o si se despierta?

—Entonces le diré que he pasado a visitarte y que tenía hambre.

—Si lo único que necesitamos es agua, sé donde hay tuberías que gotean —terció Cery—. Pero nuestra situación empeorará si te saltas una clase o alguien

descubre que has estado deambulando por debajo del Gremio. Tendremos que quedarnos aquí durante un tiempo, y necesitamos que puedas venir a vernos, Lilia.

Ella desplazó la mirada de él a Anyi. Tenía razón, por supuesto. Aunque ir a la universidad parecía poco importante en comparación con la seguridad y el bienestar de sus amigos, si faltaba a clase solo despertaría sospechas. Se maldijo una vez más por haberse dejado llevar por la curiosidad y haber seguido las instrucciones sobre el uso de la magia negra que aparecían en el libro de Naki. Nadie le prestaba atención cuando era una aprendiz del montón. Suspiró y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero esta noche volveré para traeros la cena a todos.

—¿Cómo te las ingeniarás? —preguntó Cery, arqueando una ceja.

—Oh, Jonna siempre insiste en que debo comer más y me deja tentempiés para que pique mientras estudio. Esta noche tendré un apetito fuera de lo común.

## Preguntas

Mientras el interrogador ashaki lo escoltaba fuera de la habitación, Lorkin temió que el alivio que sentía fuera prematuro. Daba la impresión de que desandarían el camino que habían recorrido aquella mañana, desde la celda a la que habían enviado a Lorkin después de salir de la sala del palacio, hasta el cuarto en que lo habían interrogado. Quizá habían terminado por el momento. Quizá ya había oscurecido en el exterior. Para él, el único indicador del paso del tiempo había sido su estómago, y no era particularmente preciso. En los momentos en que no lo tenía contraído por la ansiedad, emitía ruidos leves a causa del hambre.

El interrogador, que no se había presentado, iba delante, y su ayudante seguía a Lorkin. Este no sabía nada sobre él salvo que era un ashaki, porque un guardia lo había llamado así.

Llegaron a un pasillo que Lorkin recordaba bien, pues estaba en declive y descendía hacia los calabozos. Lorkin se preguntó una vez más por qué no había escaleras, pero entonces la respuesta se hizo evidente: un celador empujaba una camilla con ruedas hacia ellos. En ella yacía un hombre muy delgado y viejo, desnudo salvo por una tela blanca que le cubría de la cintura a las rodillas. Cuando el interrogador se cruzó con ellos, Lorkin lanzó una mirada furtiva al rostro del anciano y luego lo escrutó con más atención.

«¿Está muerto? —El pecho del anciano no se movía, y tenía los labios lívidos—. Al menos, eso parece. —Le echó un vistazo rápido en busca de heridas, pero no encontró ninguna, ni siquiera marcas de esposas en las muñecas—. Quizá ha muerto de viejo. O de una enfermedad. O de hambre, o debido a la magia negra...». Resistió el impulso de extender el brazo para tocar el cadáver y de emplear sus sentidos de sanador para investigar la causa de la muerte.

Al final del pasillo inclinado llegaron a una sala espaciosa. Había esposas colgadas en las paredes, cubiertas de herrumbre roja. Varios objetos de metal igual de oxidados estaban apilados en un rincón, y con formas que sugerirían instrumentos de tortura a imaginaciones temerosas. En contraste, los barrotes

entrecruzados sobre los huecos abiertos en las paredes laterales de la sala eran de un negro apagado, sin el menor rastro de deterioro o fragilidad.

Había tres celdas grandes a lo largo de la pared larga, y cinco pequeñas a lo largo de la más corta. Solo dos de ellas se encontraban ocupadas: en una había dos hombres maduros, y en la otra, una pareja joven. Dos guardias estaban sentados cerca de la entrada de la sala junto con un hombre que llevaba una versión más oscura del atuendo habitual de los ashakis. Este sonrió al interrogador, que le devolvió el gesto.

Según le habían contado a Lorkin, los presos rara vez permanecían allí más de unas semanas. Aunque los declararan culpables, los magos daban demasiados problemas para mantenerlos encerrados, y a los no-magos simplemente los vendían como esclavos. El interrogador no había aclarado si a los magos los ponían en libertad o los ejecutaban.

« Forma parte del juego —pensó Lorkin—. Sueltan indirectas constantemente sobre las cosas funestas que pueden ocurrirme si no colaboro con ellos, pero no me lanzan amenazas directas. Por el momento» .

A continuación, el hombre se había preguntado en voz alta si Lorkin encajaba en la categoría de mago, desde el punto de vista sachakano, pues sus conocimientos de magia eran insuficientes. ¿El hecho de no estar iniciado en la magia superior convertía a Lorkin en un medio mago? Mantener recluido a un medio mago podía acarrear demasiadas complicaciones para que valiera la pena. Aun así, era algo que se había hecho antes, aunque no allí. El prisionero había sido el padre de Lorkin.

« Si pretendía insultarme, ha sido un intento muy pobre. Sin duda sabe que, para los magos del Gremio, nuestro desconocimiento de la magia negra no es una especie de deficiencia, sino una cuestión de honor. Supongo que su verdadero objetivo era poner de manifiesto que hubo un tiempo en que mi padre fue un esclavo» .

Aun así, este hecho no le parecía tan humillante a Lorkin como le habría parecido a un noble sachakano. A Akkarin lo había esclavizado un ichani, uno de los desterrados que eran motivo de vergüenza e irritación para el resto de Sachaka, así como un síntoma de debilidad de su sociedad. Sin embargo, Lorkin se abstuvo de señalar esto.

Al margen de sus intentos de lanzarle pullas, el interrogador se había pasado el día haciéndole preguntas y recalcando lo perjudicial que sería para Lorkin, el Gremio y la paz entre Sachaka y las Tierras Aliadas que Lorkin no se lo contara todo sobre los Traidores. Como el número posible de preguntas y de versiones de la misma advertencia era limitado, el hombre se había repetido mucho.

Lorkin también se había reiterado, cortés pero firmemente, en su negativa a responder. No quería que se le soltara la lengua, pues temía revelar sin querer información que pudieran utilizar en contra de los Traidores. Al final,

comprendió que el interrogador no pensaba hacer el menor caso de su negativa, así que optó por guardar silencio. No era tan sencillo como él había imaginado, pero para reforzar su determinación le bastaba con pensar cuánto más difícil sería resistir la tortura. Aun así, como no habían intentado leerle la mente todavía, no sabían que él podía evitarlo, siempre y cuando, claro está, la gema de bloqueo que tenía insertada bajo la piel de la mano cumpliera su función. Quizá el rey Amakira era reacio a hacerlo pues no quería dañar las relaciones con las Tierras Aliadas. Tal vez esperaba que Lorkin cediera a la presión del interrogatorio y las amenazas.

Cuando llegaron frente a la reja de la celda en que Lorkin había estado encerrado, el interrogador le indicó que entrara con un gesto. La puerta se cerró. Al volverse, Lorkin vio que el ashaki de atuendo oscuro se había acercado a ellos.

—¿Ya está? —preguntó.

—Por ahora —respondió el interrogador.

—Quiere que des parte.

El interrogador asintió y se alejó, seguido por su acompañante.

El recién llegado contempló a Lorkin a través de la reja, con los ojos entornados, y se apartó. Lorkin lo vio recorrer la habitación con la vista y clavarla en una sencilla silla de madera. Esta se elevó en el aire, se desplazó hasta quedar flotando frente a la celda de Lorkin y se posó sobre sus patas.

El hombre bien vestido se sentó y continuó observando a Lorkin.

Aunque a Lorkin no le entusiasmaba que lo miraran fijamente, supuso que tendría que acostumbrarse. Echó un vistazo a la celda. Estaba vacía salvo por un orinal que había en un rincón. Como no había comido ni bebido nada durante todo el día, no tenía tantas ganas de hacer sus necesidades como para utilizarlo delante del ashaki.

«Al final, tendré que hacerlo. Más vale que me acostumbre a esa idea también».

Como no tenía otra elección, Lorkin se acomodó en el suelo polvoriento y apoyó la espalda contra la áspera pared. Seguramente también tendría que dormir en el suelo, que era de piedra dura y fría. Al menos el ambiente era lo bastante fresco para que él no sintiera un calor incómodo a causa de la túnica. Resultaba fácil caldear el aire con magia, pero para enfriarlo había que moverlo, preferiblemente junto al agua.

Evocó el momento en que había vuelto a ponerse una túnica después de vivir como Traidor durante meses. Al principio, había sido un alivio. Le complacían el estilo generoso de la prenda y la suavidad de la tela, profusamente teñida. Conforme la primavera sachakana traía consigo días más calurosos, la túnica había empezado a parecerle pesada y poco práctica. Cuando estaba a solas en su dormitorio de la Casa del Gremio, se quitaba la túnica y se quedaba en pantalones. Había comenzado a añorar la ropa sencilla y económica de los



Traidores.

La añoranza seguramente se debía también a su anhelo de regresar a Refugio. Al instante, le vinieron a la memoria recuerdos de Tyvara, y se puso de buen humor. El más reciente, el de la última noche que habían pasado juntos, cuando ella, desnuda y sonriente, le había enseñado cómo se servían de la magia negra los amantes, le aceleró el pulso. Luego se acordó de otras cosas, como la seguridad y la confianza con que ella se movía cuando estaba en Refugio, consciente del poder que su sociedad le confería, o su mirada directa, traviesa pero llena de inteligencia.

También rememoró momentos anteriores, como cuando ella lo condujo a través de las llanuras sachakanas hacia las montañas, protegiéndolo de asesinos Traidores y evitando que los ashakis los capturaran a los dos. Aunque estaba cansada y poco tratable, lo había impresionado por su determinación y sus recursos.

Su mente se retrotrajo aún más y evocó la imagen de ella con su disfraz de esclava de la Casa del Gremio. Encorvada y con la mirada gacha, parecía desconcertada por los intentos de Lorkin de trabar amistad con ella. Ya entonces se sentía atraído por la joven, aunque intentaba convencerse de que solo estaba cautivado por su aspecto exótico. Sin embargo, ninguna otra mujer sachakana había llamado su atención de la misma manera, y él había visto a muchas bellezas tanto en Arvice como en Refugio.

«Refugio. Hasta echo de menos el sitio —advirtió—. Desde que me marché, me he dado cuenta de cuánto me gustaba estar allí, a pesar de Kalia. —Los recuerdos de cuando estaba secuestrado, encerrado, atado y amordazado mientras Kalia rebuscaba en su mente el secreto de la sanación mágica ensombrecieron sus pensamientos, pero los dejó a un lado—. Kalia ya no está al cargo de la sala de asistencia —se recordó—. Los Traidores tienen sus defectos, algunos más que otros, pero en general son buena gente». La obligación de trabajar con Kalia en la sala de asistencia y su preocupación por los manejos de esta y porque no sabía cómo convencer a los Traidores de que negociaran con el Gremio lo habían distraído demasiado para llegar a apreciar de verdad el estilo de vida de aquel pueblo.

Su secuestro había sido obra de un grupo pequeño de Traidoras con pocos escrúpulos. Él suponía que no todos los miembros de la facción de Kalia habrían aprobado sus actos. La mayoría de ellos no habrían estado dispuestos a quebrantar las leyes de los Traidores como había hecho Kalia, por muy de acuerdo que estuvieran con ella. Su mentalidad no era más que un producto de su deseo de ayudar a su pueblo. Tenían un miedo al mundo exterior profundamente arraigado tras siglos de ocultarse en las montañas.

Aunque aún no estaba del todo preparado para perdonar a Kalia por robarle los conocimientos de sanación mágica, no le reprochaba que estuviera ansiosa

por poder utilizarla para salvar vidas de Traidores. «Aun así, ella planeaba matarme y luego declarar que yo había intentado huir de Refugio y había muerto congelado bajo las nevadas invernales. Eso es algo que no pienso perdonarle» .

Como compensación por lo que le habían robado, la reina Zarala había decretado que le enseñaran a elaborar gemas mágicas. Él había aprendido un tipo de magia del que el Gremio nunca había oído hablar. El sueño de encontrar una magia nueva y poderosa era lo que lo había impulsado en un principio a ofrecerse como ayudante del embajador Dannyl. Al recordar aquello, su propia ingenuidad lo hizo sonreír. Las posibilidades de que diera con algo eran muy remotas. Y, aun así, lo había conseguido.

Sin embargo, su esperanza de descubrir una técnica que eclipsara la magia negra, o que al menos proporcionara protección contra ella, no se había visto coronada por el éxito. El potencial de las gemas mágicas para acabar con la necesidad de magos negros quedaba contrarrestado por el hecho de que los pedreros necesitaban aprender magia negra para crearlas.

Notó que su sonrisa se desvanecía y que se le formaba un nudo de ansiedad en el estómago. «¿Qué hará el Gremio cuando descubra que sé magia negra? ¿Me perdonarán por ello, cuando les explique que era la única manera de aprender a elaborar gemas?» .

Había reflexionado sobre todas las consecuencias posibles, y se había preparado mentalmente para la peor: que lo desterraran de las Tierras Aliadas, como habían hecho con su padre. Le dolería, pero también le brindaría la libertad para volver a Refugio, junto a Tyvara, una perspectiva en absoluto desagradable. Salvo por un detalle.

«Mi madre se sentirá muy decepcionada conmigo. No, más que eso: quedará destrozada» .

Por eso no había comentado nada al respecto aún al embajador Dannyl o al administrador Osen. Quería dar la noticia lo más tarde posible. De hecho, Osen había decidido que nadie debía estar informado más que de lo imprescindible, por si los sachakanos empezaban a leer mentes. A pesar de todo, Lorkin sabía que tarde o temprano Sonea acabaría por averiguarlo.

«Pero no quiero que se entere por boca de otra persona. Aunque no me será fácil decirselo, tal vez así le resulte más soportable oírlo» .

Cery había perdido la cuenta del número de veces que se había despertado, pero en esta ocasión sabía que había un elemento distinto, incluso antes de recuperar la conciencia lo suficiente para identificarlo.

«Luz» . Después de que Anyi regresara de los aposentos de Sonea con un poco de comida y agua que le habían dado a Gol, habían decidido dormir. Para no gastar todas las velas, las habían apagado, no sin que antes Cery engañara a

Anyi para quedarse con sus cerillas. Esperaba que robarle aquella fuente de luz portátil bastara para impedirle que explorara los pasadizos mientras él dormía. Aunque ella le aseguró que los conocía casi todos ya, había tenido que reconocer que muchos de ellos no eran seguros debido a la falta de mantenimiento y reparaciones.

Habían repartido el montón de cojines viejos entre los tres. Aunque él tenía suficientes para protegerse de la dureza y frialdad del suelo, evitar que se separaran era todo un reto. Siempre que cambiaba de postura, un cojín salía rodando inevitablemente hacia la oscuridad, y él tenía que buscarlo a tientas y colocarlo de nuevo debajo de sí.

«Me pregunto si habrá alguien viviendo en mis antiguos escondrijos, disfrutando los muebles elegantes y bebiéndose mi vino», pensó mientras se incorporaba. Aunque el sueño agitado e irregular lo había dejado dolorido de cansancio, era un alivio para él renunciar a seguir intentándolo. La luz que perfilaba la entrada era cada vez más intensa. Cery oyó una voz conocida que gritaba:

—¡Soy yo!

El vino y los lujos le daban igual. Lo único que deseaba ahora era una chimenea encendida y una cama cómoda. Y que sus seres queridos estuvieran a salvo.

« Los seres queridos de un ladrón nunca están a salvo» .

Una punzada de dolor lo recorrió, lacerante pese a su familiaridad. Por un instante lo embargó el recuerdo de los cadáveres de su esposa e hijos, pero cerró los ojos e hizo un esfuerzo por ahuyentar la imagen. « ¿Dejaré de recordar alguna vez? ¿O recordar dejará algún día de ser tan doloroso? —El sentimiento de culpa se apoderó de él—. No debería querer eso, pero no puedo hacer nada para remediar su muerte, ni seré capaz de proteger a Anyi si dejo que la aflicción y la ira me distraigan y me dominen. —Suspiró—. Y prefiero recordarlos enteros y contentos que... recordarlos así» .

La fuente de luz entró en la habitación. Deslumbrado, Cery apartó la vista del globo luminoso y la posó en la mujer que se encontraba debajo. Lilia le sonrió y le tendió una cesta.

—Le he dicho a Jonna que Anyi tal vez se pasaría a verme, y me ha llevado más comida. Le he cogido una botella de vino a Sonea..., pero no es de las caras. Bueno, de las muy caras.

Anyi se levantó de un salto, plantó un beso en la mejilla a Lilia y cogió la cesta.

—Eres un sol, Lilia —dijo, sentándose en una de las cajas de madera para examinar el contenido—. ¡Panecillos! Los hay rellenos de carne y también dulces. —Arrugó la nariz—. Puj. Fruta.

—Es saludable y fácil de transportar —alegó Lilia, mirando a Gol—. Tienes

mejor aspecto.

Al volverse, Cery vio a su amigo incorporado, asintiendo y desperezándose. Una expresión pensativa asomó al rostro de Gol.

—Pero sigo cansado.

Lilia hizo un gesto afirmativo.

—Según mis libros, tu organismo tardará un par de días en reponer la sangre que has perdido. Depende de cuánto hayas sangrado. Si empiezas a sentirte mal de nuevo, avísame. Es posible que quede algo de veneno dentro de ti. De ser así, seguramente podré sanarte.

—Unos días. —Anyi dirigió la vista a Cery—. ¿Supondrá eso un problema?

Cery alargó la mano para coger un panecillo relleno de carne, tomó un bocado y masticó mientras cavilaba. Aún había personas que le eran leales. Empezarían a preocuparse si él no se ponía en contacto con ellas. Quizá incluso darían por sentado que Gol, Anyi y él habían muerto. Cery no se hacía ilusiones de que plantaran cara a Skellin. Con toda seguridad el ladrón renegado tomaría el control del territorio de Cery. No se ocuparía de ello en persona; se lo encargaría a un aliado.

—Deja que piensen que hemos muerto —dijo Gol.

Cery miró a su amigo, sorprendido. No se esperaba esta sugerencia. « Pero ¿qué me esperaba? ¿Que Gol intentara levantarse y fingiera estar más sano de lo que está, para no ser el causante de que yo pierda mi territorio? ¿O que me pidiera que lo abandonara aquí? Todo ello muy noble. ¿Tan vanidoso soy que cuento con que mis amigos se sacrifiquen por mí? —Cery frunció el entrecejo—. No, no es eso. Lo que ocurre es que no me esperaba que Gol se diera por vencido antes que yo» .

—La próxima vez no saldrás tan bien librado —prosiguió Gol—. Hemos tenido suerte. He estado aquí tumbado intentando determinar quién comunicó a la gente de Skellin que estabas en casa de Cadia. ¿Quién nos traicionó? ¿Tenían otra opción? No puedes impedir que Skellin extorsione y soborne a tu gente. Tiene demasiados aliados, demasiado dinero. Ya has...

—... perdido tu territorio —finalizó Cery la frase. Notó que la amargura se reavivaba en su interior. Pero era una emoción demasiado habitual y gastada para provocar en él otro efecto que el cansancio. Se había adueñado de él tras el asesinato de Selia y los chicos, y se había acostumbrado a ella.

—Deja que te den por muerto. A lo mejor Skellin se envanece y baja la guardia. Tal vez, como nadie más le hace frente, otros lo intenten. Quizá le tiendan una trampa, lo traicionen y lo entreguen al Gremio.

Era una propuesta tentadora. Muy tentadora.

—¿Estás dispuesto a quedarte en este lugar? —preguntó Cery, aparentando incredulidad.

—Sí. —Gol se volvió hacia Anyi y Lilia—. ¿Qué opináis?

Anyi se encogió de hombros.

—Podemos bloquear la entrada a los túneles del Gremio, derrumbarlos si crees que es lo más seguro. Hay pasadizos que desembocan en el bosque, así que disponemos de rutas de huida. Me refiero a las que no conducen a los edificios del Gremio. —Anyi miró a Lilia de reojo—. Encontraremos la manera de traer comida y agua.

Lilia asintió.

—Estoy segura de que Sonea se prestaría a ayudar.

—No, no podemos decírselo. —Cery hizo una pausa, sorprendido ante la convicción que destilaba su voz. «¿Por qué no quiero la ayuda de Sonea?» —. No le haría gracia. Querría sacarnos clandestinamente de la ciudad. Se lo contaría a Kallen. —No se fiaba por completo de Kallen, y no solo porque fuera adicto a la craña.

—No se lo contaría —repuso Lilia, aunque con poca seguridad.

—Cery tiene razón —dijo Gol—. Sonea se marchará a Sachaka. Querrá que otro alto cargo del Gremio sepa que estamos aquí, o nos obligará a irnos a otro sitio.

—Pero... si tampoco queréis que Kallen lo sepa —objetó Anyi—, no podréis seguir colaborando con él.

—Es cierto. —Cery posó los ojos en Lilia—. Pero no hace falta que le informemos de nuestra situación. Podemos decirle que, en aras de la seguridad, nos comunicaremos por medio de mensajes que transmitirá Lilia.

—No tendremos nada útil que comunicarle si nos quedamos aquí, aislados de tu gente —señaló Anyi.

—No, pero él nos mantendrá al corriente de lo que sucede allí fuera —replicó Cery— hasta que nos descarte como fuente de información. Y, con un poco de suerte, nos las arreglaremos para ser útiles de nuevo, cosa que nos resultará imposible si Sonea nos echa de aquí.

Los cuatro intercambiaron miradas y luego asintieron.

—Bien. Para empezar, Lilia y yo tenemos que encontrar una solución para cubrir las necesidades más básicas, como la de comida y agua —dijo Anyi con decisión, irguiendo la espalda—. Después, nos encargaremos de que estéis más seguros y cómodos aquí.

Cery sonrió ante su cara de determinación. Si él se lo permitía, ella acabaría por hacerse cargo de todos.

—No —discrepó—. Eso no es lo primero que haremos.

Ella clavó la vista en él, con el entrecejo arrugado por la perplejidad.

—¿No?

Él señaló la cesta con la barbilla.

—Lo primero será comer.

Si había una norma de etiqueta que permitía a los sachakanos negar la entrada a una visita no deseada, a Dannyl le habría gustado conocerla. No era que no quisiera ver al ashaki que se acercaba por el pasillo de entrada de la Casa del Gremio; de hecho, anhelaba verlo. Pero sospechaba que el hombre había acudido a tratar temas de carácter oficial, algo que no le hacía demasiada ilusión.

«Mantener amistad con el enemigo desde luego complica las cosas».

Cuando Achati entró en la sala, Dannyl le escrutó el rostro en busca de alguna buena señal, pese a que sabía que era muy improbable que la encontrara. Le sorprendió percibir en él pesadumbre y arrepentimiento, en vez de la expresión estadiadamente neutra que había imaginado.

—Bienvenido de nuevo a la Casa del Gremio, ashaki Achati —dijo Dannyl, recurriendo a sus modales kyralianos.

—Ojalá las circunstancias fueran más agradables —respondió Achati—. Aunque esta es una visita oficial, me gustaría que también fuera un encuentro informal entre amigos, si aún es posible.

Dannyl invitó a Achati a sentarse y ocupó el asiento principal.

—Dependerá de cómo se desarrolle la parte oficial —contestó en tono irónico.

—Entonces acabemos primero con la parte oficial. —Achati guardó silencio mientras contemplaba a Dannyl—. El rey Amakira quiere que convenzas a Lorkin de que responda a todas las preguntas relativas a los Traidores.

—Dudo que me hiciera caso.

—¿Si se lo ordenaras, se negaría?

—Sí.

—¿Y eso te parece aceptable?

—La decisión no es suya. Ni mía.

—Pero es tu subordinado. Debe obedecer tus órdenes.

—Eso depende de las órdenes. —Dannyl se encogió de hombros—. La... obediencia ciega no es una práctica habitual en el Gremio, ni tampoco fuera de él, salvo cuando se trata de una orden del rey, pero incluso entonces los consejeros tienen derecho a asesorar, a dar su opinión y hacer recomendaciones sin temor a sufrir represalias por ello.

—También eres un embajador, y no solo del Gremio. Antes de que llegara el embajador Tayend, hablabas en nombre de las Tierras Aliadas en conjunto. Aunque ya no representes a Elyne, sigues representando a las demás.

—Así es, hablo en su nombre. —Dannyl extendió las manos a los costados—. Pero no puedo tomar decisiones en su nombre.

—¿Estás diciendo que solo los monarcas de las Tierras Aliadas tienen la autoridad para ordenar a Lorkin que responda a las preguntas?

—Solo el rey de Kyralia. Ni los soberanos de otros países ni los miembros de la realeza que no poseen cargos de autoridad pueden dictar órdenes a los magos

kyralianos.

Achati tenía las cejas arqueadas.

—¿Cómo mantenéis el orden?

Dannyl sonrió.

—Casi todos somos lo bastante inteligentes para saber que el desorden iría en menoscabo de la libertad y la prosperidad. Cuando aparece alguien que no lo es..., bueno, los demás lo metemos en cintura. Tenemos, por ejemplo, una norma general contraria a que los magos participen en política. Aunque en realidad no se cumple a rajatabla, guardar las apariencias sirve para meter en cintura a los más ambiciosos.

Mientras Achati reflexionaba sobre ello, Dannyl aprovechó la oportunidad para hacerle una pregunta.

—¿Ha considerado el rey Amakira la posibilidad de que Lorkin no posea información importante? Al fin y al cabo, ¿por qué iban los Traidores a dejar que regresara a Arvice si él sabía algo que podía perjudicarlos?

Achati alzó la vista.

—Entonces, ¿por qué no responde a nuestras preguntas?

—Quizá se trate de una prueba.

—¿De qué? ¿De la lealtad de Lorkin hacia los Traidores?

Dannyl frunció el ceño ante la insinuación de que Lorkin había cambiado de bando.

—O hacia Kyralia. O tal vez no sea Lorkin quien esté a prueba.

Achati entornó los ojos.

—¿Quién está a prueba, entonces? ¿El rey Amakira?

Dannyl hizo un gesto vago.

—Y también el Gremio, el rey Merin y las Tierras Aliadas.

—¿Se nos pone en una situación de conflicto para ver cómo reaccionamos? —Achati asintió—. Ya habíamos pensado en esa posibilidad.

—Aunque tal vez Lorkin creía que podría regresar a Kyralia a través de Arvice, porque no se imaginaba que el rey Amakira fuera a romper su compromiso de respetar la libertad y la integridad de todos los magos del Gremio mientras permanezcan en Sachaka.

La expresión de Achati se endureció.

—Siempre y cuando no atenten contra la seguridad de Sachaka. —Clavó los ojos en Dannyl—. ¿De verdad crees que la negativa de Lorkin a revelar información sobre los Traidores no perjudica a mi país?

Dannyl sostuvo la mirada a su amigo, pero como no estaba preparado para una pregunta tan directa, notó que la mezcla de sentimiento de culpa y suspicacia que las palabras de Achati despertaron en él alteraba su semblante. Sin duda, Achati había reparado en ello. Si Dannyl mentía, el ashaki se daría cuenta. Por tanto, el embajador decidió responder con una verdad distinta.

—No lo sé —dijo sinceramente—. Lorkin solo ha comentado lo que sabe con el administrador Osen.

Achati juntó las cejas.

—¿Te explicó el motivo de su vuelta?

Dannyl movió la cabeza afirmativamente y se relajó ligeramente.

—Quiere regresar a casa y, sobre todo, ver a su madre. Naturalmente, no sabíamos si volvería algún día, así que, tras varios meses de preocupación, ella también está ansiosa por reencontrarse con él.

—Me lo imagino —dijo Achati, poniéndose de pie. Aunque su tono denotaba comprensión, su expresión era tan divertida como desafiante—. Cuanto antes responda Lorkin a nuestras preguntas, antes podrá volver a Kyralia.

Dannyl se levantó también.

—¿Qué hará el rey Amakira si no?

Achati se quedó callado para meditar su respuesta.

—No lo sé —contestó, mostrando una sinceridad y una impotencia que reflejaban las de Dannyl.

—Las Tierras Aliadas interpretarán la lectura de la mente de Lorkin como un acto de agresión —advirtió Dannyl.

—Pero seguramente no como un motivo para declararnos la guerra —repuso Achati—. Sachaka ha prosperado durante siglos sin comerciar con los territorios del oeste, gracias a nuestros vínculos con los países del otro lado del mar oriental. Como son pocos los iniciados en la magia superior, vuestros magos apenas representan una amenaza para nosotros. No os necesitamos. No os tememos. No erais más que una oportunidad que queríamos explorar.

Dannyl asintió.

—Agradezco tu franqueza, ashaki Achati.

Este agitó la mano, como para restar importancia a sus palabras.

—No he dicho nada que no fuera evidente. —Suspiró—. Desde un punto de vista personal, espero que podamos resolver este asunto de un modo que no acabe con nuestra amistad. Y ahora, debo marcharme.

—Yo también —respondió Dannyl. «¿Se refiere a la amistad entre los dos, o entre nuestros países? ¿O a ambas cosas?»—. Hasta nuestro próximo encuentro.

El ashaki hizo un gesto afirmativo antes de alejarse por el pasillo en dirección a la puerta de la Casa del Gremio. Dannyl se sentó de nuevo y repasó la conversación en su mente. «No os necesitamos. No os tememos». ¿Cómo había podido llegar a pensar alguien que Sachaka querría incorporarse a las Tierras Aliadas?

—¿Cómo ha ido?

Al levantar la mirada, Dannyl vio a Tayend, que aguardaba nervioso en la puerta. Con un suspiro, le hizo una señal para que se acercara. Su ex amante cruzó la sala a toda prisa, se sentó y se inclinó hacia delante, con un ansia casi



infantil. Sin embargo, su mirada era penetrante, y su curiosidad derivaba tanto de su deber como embajador de mantenerse al tanto de las cuestiones políticas como de su afición al cotilleo.

« Además, está preocupado de verdad por Lorkin », se recordó Dannyl. De improviso, evocó la imagen de Tayend jugando con el hijo de Sonea cuando era pequeño, en la época en que Dannyl y él realizaban visitas sociales al Gremio más a menudo. Tayend tenía un don para mantener a los niños ocupados y entretenidos. No pudo evitar preguntarse si Tayend había deseado alguna vez tener hijos. Dannyl nunca había querido, pese a que...

—¿Y bien? —lo apremió Tayend.

Dannyl devolvió su atención al presente y cuidándose de no desvelarle información que el Gremio quisiera mantener en secreto, comenzó a referirle a su homólogo lo que Achatí había dicho y revelado.

## Preparativos

Había transcurrido un día entero desde que se había enterado del encarcelamiento de Lorkin. Aunque esto por sí solo le hacía difícil conciliar el sueño, el cambio repentino a una rutina diurna tampoco la ayudaba mucho. Tras una noche sin pegar ojo, Sonea tenía la cabeza embotada y se vio obligada a invocar un poco de magia para aliviar el cansancio que la embargaba. Pero descubrió una ventaja de su nuevo horario: cuando salió de su dormitorio, Lilia seguía en la sala principal, desayunando.

—Maga Negra Sonea —dijo la chica, visiblemente sorprendida de verla.

—Buenos días, Lilia —respondió Sonea—. ¿Cómo estás? ¿Logró localizarte ayer el Mago Negro Kallen?

La joven asintió.

—Bien. Y sí.

Sonea se dirigió a la mesa lateral y comenzó a prepararse una taza de raka.

—¿Cómo te va con las clases?

Lilia torció el gesto, pero enseguida adoptó una expresión alegre.

—Bien. Aunque creo que al Mago Negro Kallen le gustaría que fuera más avanzada. Le dije que no se me daban bien las habilidades de guerrero, pero creo que no se imaginaba que una aprendiz pudiera ser tan torpe.

Sonea soltó una risita de complicidad.

—A mí tampoco se me daban muy bien.

La chica abrió mucho los ojos.

—¿No...? Pero si usted...

—Gané un desafío formal y derroté a los invasores sachakanos. Es increíble lo que uno puede aprender cuando no queda otro remedio. Aun así, tuve un maestro extraordinario.

—¿Que ganó...? —Lilia parpadeó y se puso derecha—. ¿Qué maestro?

Sonea llevó su raka a la mesa principal, se sentó y se sirvió un panecillo dulce de una fuente.

—Lord Yikmo. Murió durante la invasión.

—Ah. —Lilia dejó caer los hombros. Luego alzó la vista de nuevo—. ¿Un desafío formal?

Sonea sonrió.

—A otro aprendiz que me hacía la vida imposible.

—¿Aceptó un desafío de una maga negra?

—Ocurrió antes de que yo lo fuera. No lo recomiendo como una forma de lidiar con aprendices abusones, solo como último recurso, y si estás segura de que puedes ganar. —Hizo una pausa cuando le vino un pensamiento a la mente—. ¿Te está hostigando algún aprendiz?

Lilia sacudió la cabeza.

—No, en general me ignoran. No me molesta. Entiendo por qué me evitan. Además, tengo a Anyi.

Sonea sintió una punzada de compasión, y también de gratitud hacia Cery por dejar que Anyi la visitara.

—Bueno, si alguno de los aprendices se muestra simpático contigo, de forma sincera, no para jugarte una mala pasada, no rechaces su amistad de entrada. Pronto tendrás que formar equipo con ellos.

—Lo sé.

Lilia parecía resignada, pero no descontenta. Tras terminarse el panecillo y la raka, Sonea se levantó y suspiró.

—¿Te las arreglarás bien aquí sola mientras yo esté fuera, Lilia?

La joven alzó los ojos.

—Claro. Mientras Jonna y el Mago Negro Kallen cuiden de mí, ¿cómo no voy a arreglármelas? —Frunció el ceño—. Es usted quien correrá peligro, Maga Negra Sonea. Tendrá cuidado..., ¿verdad?

Sonea sonrió.

—Por supuesto. Tengo toda la intención de regresar. Al fin y al cabo, quiero estar presente en tu graduación. —Se acercó a la puerta, se detuvo por unos instantes y miró hacia atrás—. Como ya no trabajaré en los hospitales, seguramente me pasaré el día yendo y viniendo. Procuraré llamar antes de entrar, por si Anyi se ha colado en casa para verte.

Lilia asintió.

—Gracias.

Al salir de sus aposentos, Sonea se encontró el pasillo del alojamiento de los magos atestado de magos. Devolvió varios saludos, inclinando la cabeza con respeto, mientras se encaminaba hacia el exterior. El patio estaba repleto de aprendices y magos; unos se dirigían a los baños o regresaban de ellos, otros iban hacia la universidad, y más de unos cuantos disfrutaban sencillamente el sol de principios de primavera.

Varias cabezas se volvieron hacia ella, como de costumbre. Había algo en las

túnicas negras que atraía las miradas. Ni siquiera la túnica blanca del Gran Lord o la azul del administrador llamaban tanto la atención. Aunque algunos aprendices se fijaban en ellos y los observaban pasar, agachando la cabeza con reverencia, tal como debían hacer con todos los magos graduados, no clavaban la vista en su ropa ni se apartaban, como cuando se cruzaban con Sonea o Kallen.

«Y cada vez que lo hacen, me acuerdo de Alkarin y de que todos se comportaban de ese modo con él, aunque, a diferencia de mí, no sabían que practicaba la magia negra. Iba de negro solo porque en ese entonces era el color del Gran Lord, pero puesto que lo señalaba como el mago más poderoso del Gremio, supongo que intimidaba tanto como hoy en día un mago negro».

Contuvo un suspiro y, haciendo caso omiso de las miradas, prosiguió su camino hacia la universidad.

Una vez dentro, enfiló el pasillo que discurría por el centro del edificio en vez de uno de los corredores principales de los lados. Cuando salió al Gran Salón, levantó la vista hacia los paneles de vidrio del techo, tres niveles más arriba, y luego hacia el edificio original del Salón Gremial, que se erguía orgulloso en el interior de la enorme sala. «No celebrarán otra reunión antes de que me marche —pensó de pronto, aminorando el paso—. Tal vez sea la última vez que vea este lugar».

Contempló el edificio, sacudió la cabeza y comenzó a andar más deprisa de nuevo. «Solo si todo sale terriblemente mal», se corrigió.

Una vez que llegó al fondo del Gran Salón, recorrió el otro extremo del pasillo central, torció por el corredor de la derecha y se detuvo frente a la primera puerta. En cuanto dio un golpe con los nudillos, la puerta se abrió hacia dentro, y ella entró en el despacho de Osen.

El administrador estaba sentado a su mesa, frente a dos magos que habían vuelto la mirada hacia ella. El Gran Lord Balkan inclinó la cabeza respetuosamente y murmuró su nombre, al igual que Osen. El tercer mago le resultaba cada vez más familiar a Sonea.

—Consejero real Glarrin —dijo ella, saludándolo con un gesto de la cabeza antes de dirigirse a los otros dos—. Gran Lord. Administrador.

—Maga Negra Sonea —respondió Glarrin.

Ella sabía que el hombre tenía más de sesenta años, pero parecía más joven. Aunque oficialmente era el asesor militar del rey en las cuestiones relacionadas con la magia y el Gremio, también tenía a su cargo las relaciones internacionales en tiempos de paz. Un segundo asesor real se ocupaba de los asuntos internos, sobre todo de las disputas entre las Casas. «No lo envidio por ello».

—Tomen asiento, por favor —les indicó Osen. Hizo un ademán hacia tres sillas, que se deslizaron hasta formar un semicírculo frente a su escritorio. Los tres se sentaron. Osen se inclinó hacia delante, apoyado sobre los codos—. Estamos aquí para discutir cómo debe conducirse la Maga Negra Sonea en su

negociación para la puesta en libertad de su hijo. Para empezar, tengo noticias del embajador Dannyl.

El corazón de Sonea dejó de latir por un instante.

—El ashaki Achatí, el representante del rey con quien el embajador Dannyl ha entablado una relación de amistad, hizo anoche una visita a la Casa del Gremio —prosiguió Osen—. Expresó el deseo del rey de que Dannyl persuada a Lorkin para que responda a lo que le pregunten sobre los Traidores. Dannyl, por supuesto, le reiteró que no está en posición de darle esa orden a Lorkin. Aunque el ashaki Achatí no especificó qué sucedería si Lorkin no hablaba, dejó claro que Sachaka no tendría reparo en romper sus lazos amistosos con las Tierras Aliadas. Dannyl me asegura que no era una amenaza, sino la constatación de un hecho. No tienen necesidad de comerciar con nosotros ni nos considerarían un enemigo peligroso.

—¿Es un farol? —preguntó Balkan.

—Tal vez —contestó Glarrin—. Sin embargo, se acerca mucho a la realidad. Preferiría no ponerlo a prueba. Los sachakanos no nos necesitan, como tampoco nosotros a ellos, pero ambos países perderían oportunidades lucrativas si se impusieran restricciones más severas sobre el comercio.

—Entonces, ¿no podemos hacer otra cosa que recordarles las riquezas que dejarían escapar? —inquirió Sonea.

Glarrin frunció los labios, pensativo.

—No estaría de más señalar que las Tierras Aliadas prefieren comerciar con Sachaka que con los rebeldes. Esto al menos les confirmaría que no planeamos ponernos de parte de sus enemigos.

—Naturalmente, no conviene mencionar el hecho de que sí estamos intentando establecer relaciones comerciales con los Traidores —añadió Balkan con una risita.

—Naturalmente. —Sonea sonrió—. Pero ¿debo dar a entender que quizá nos planteemos esa posibilidad si Sachaka se niega a colaborar... o incumple su compromiso de velar por la seguridad de los magos del Gremio?

—No —dijo Glarrin—. No les haría ninguna gracia recibir una amenaza así. Me... —Hizo una pausa y fijó la vista en un punto distante—. El rey pregunta si es posible ponerse en contacto con los Traidores..., si pueden hacer algo para ayudarnos. Después de todo, es imposible que el encarcelamiento de Lorkin entrara en sus planes.

Sonea dedujo que el rey de Kyrália y Glarrin estaban comunicándose por medio de un anillo de sangre. «Ese pequeño truco de magia de Akkarin se ha vuelto muy popular desde que el Gremio decretó que, en sentido estricto, utilizarlo no implicaba hacer magia negra».

—Podemos intentarlo —respondió Balkan—. Lady Merria, la ayudante de Dannyl, ha ideado un sistema para enviar mensajes a los Traidores.

—No recibiremos respuesta antes de la partida de Sonea —observó Osen. Miró a Balkan—. Sonea debería dejar aquí un anillo de su sangre. ¿Es aconsejable también que se lleve un anillo de sangre de uno de nosotros?

—Quien le diera el anillo correría el riesgo de descubrir el secreto de la magia negra en su mente.

—No si lleva el anillo de Naki —señaló Osen.

Sonea asintió. La sortija que la joven que había sido amiga de Lilia había utilizado para impedir que le leyera el pensamiento también protegía al portador de exploraciones mentales a través de un anillo de sangre. Balkan movió la cabeza afirmativamente.

—Sería útil que Sonea pudiera contactar con nosotros siempre que quisiera..., pero Dannyl ya tiene un anillo de usted. ¿Sería mejor que yo le diera uno mío a ella?

—Si los sachakanos se apoderaran de ellos, podrían importunarnos a ambos. —Osen sacudió la cabeza—. Sonea debería llevarse uno mío.

Ella reprimió una sonrisa al oír la palabra que había elegido. Si el anillo de sangre de Osen caía en malas manos, las cosas que harían con él no tendrían por objetivo importunarlo. Las ganas de reír se le pasaron de golpe. «Y a mí podrían hacerme lo mismo, si se apropiaran del anillo de sangre que le di a Lorkin. —Por fortuna, Osen había advertido a Lorkin que no lo llevara consigo a la audiencia con el rey de Sachaka—. Si hubieran conseguido el anillo, lo único que tendrían que hacer es torturar a Lorkin mientras...».

—¿Cuándo debo partir? —preguntó, para distraerse con pensamientos menos aterradores.

—Mañana por la noche —dijo Osen—. Convocaremos una reunión mañana y pediremos voluntarios para que le donen energía mágica. Hemos decidido anunciar que Lorkin está retenido por el rey de Sachaka y que la enviamos a usted a negociar su liberación.

—Amakira nos ha brindado la excusa perfecta para mandarla a Sachaka —terció Glarrin—. Debe intentar entrevistarse también con los Traidores, aunque lo más conveniente será que lo haga una vez que Lorkin esté en libertad o, mejor aún, de vuelta en Kyralia, por si la descubren. —Arrugó el entrecejo, apartó la mirada y sonrió—. El rey quiere saber cómo va el entrenamiento de Lilia en habilidades de guerrero.

Balkan hizo una mueca.

—Lilia no es precisamente una guerrera nata. Sus reflejos y su comprensión son buenos, y su defensa, fuerte, pero no toma la iniciativa en batalla.

—Ah —dijo Sonea con una sonrisa—. Un problema que me resulta familiar.

Glarrin se volvió hacia ella y arqueó una ceja.

—A mí me pasaba algo muy parecido —explicó—. Ojalá lord Yikmo no hubiera muerto durante la Invasión ichani. Se le daba bien instruir a aprendices

difíciles.

—Lady Rol Ley estudió los métodos de Yikmo —dijo Balkan con expresión reflexiva—. Imparte muchas de las clases generales a las que asisten todos los aprendices, así que sin duda conoce los puntos fuertes y débiles de Lilia.

—Por lo que decís, tal vez ella pueda ayudar —comentó Sonea—. Me ofrecería y o si no estuviera a punto de marcharme.

—Tal vez pueda cuando regrese —dijo Osen—. ¿Hay algún otro asunto que debamos tratar?

—Nada que no pueda discutirse por medio de los anillos de sangre —dijo Glarrin—. No demorem la partida de Sonea más de lo necesario.

Osen posó los ojos en ella.

—¿Hay algo que tenga que hacer antes de irse?

Ella negó con la cabeza.

—Nada.

—Entonces será mejor que comunique a su ayudante que partirá mañana por la noche.

Sonea se puso de pie.

—Si hemos terminado, es lo que haré a continuación.

Las clases de último año de habilidades de guerrero nunca habían entrado en los planes de Lilia para el futuro. Según los criterios de la universidad, había alcanzado el nivel mínimo de comprensión y destreza que necesitaba un aprendiz para graduarse. Debía estar en el alojamiento de los sanadores aprendiendo técnicas avanzadas pero, en vez de ello, sufría derrotas aplastantes a manos de aprendices destinados a convertirse en la siguiente generación de magos de túnica roja.

Su presencia en la clase les resultaba cada vez más fascinante. Que un aprendiz o mago tuviera la oportunidad de enfrentarse a una maga negra en un combate de entrenamiento no era cosa de todos los días. Ni siquiera parecía importarles que no fuera una rival digna, pues las clases se basaban sobre todo en prácticas en las que se empleaba poca magia. No se le permitía absorber ni almacenar energía, aunque alguien se la cediera voluntariamente. Por otro lado, tenía que reconocer que, cuando no tenía que tomar decisiones o mostrar iniciativa, las clases le parecían tan interesantes como a los otros aprendices.

La magia negra cambiaba sin lugar a dudas la dinámica del combate. Aunque ella se había imaginado que la capacidad de robarle magia a una persona era la habilidad más útil de un mago negro en batalla, se equivocaba. Seguía siendo necesario acercarse lo suficiente a esa persona para practicarle un corte en la piel y traspasar así su barrera natural contra las interferencias mágicas externas. Para cuando conseguía que su adversario estuviera lo bastante agotado para hacerle eso, quedaba poca energía que robar.

Ser capaz de almacenar magia constituía una ventaja mucho mayor. Era inquietante lo prescindibles que se volvían los magos comunes una vez que donaban su energía a un mago negro. También la asustaba tomar conciencia de lo importante que se había vuelto respecto a los demás, y de que esto aumentaba las posibilidades de que ella se convirtiera en blanco de un ataque.

En las ocasiones en que tenía que enzarzarse en un combate, tomaba casi siempre decisiones equivocadas y actuaba de forma precipitada cuando no vacilaba durante demasiado tiempo. Cuando su último azote se dispersó de forma inofensiva al impactar contra el escudo del «enemigo», el Mago Negro Kallen interrumpió el combate.

—Mejor —le dijo a Lilia. Recorrió la Arena con la vista. Las agujas elevadas que sostenían la barrera invisible de magia que protegía el exterior de los azotes de entrenamiento que se lanzaban dentro proyectaban ahora sombras más cortas en el suelo—. Es suficiente —añadió, mirando a los aprendices de guerrero—. Podéis iros.

Todos parecían extrañados, pero no rechistaron. Kallen aguardó a que se marcharan por el breve túnel de salida y se acercó a Lilia, que se disponía a seguirlos.

—Espera, Lilia —dijo cuando cruzaron la puerta.

Guardó silencio mientras los otros aprendices se alejaban a paso veloz, pero luego suspiró. Al levantar la mirada hacia él, Lilia vio que el hombre tenía el ceño fruncido, pero su expresión se suavizó cuando advirtió que ella lo observaba. La joven bajó los ojos y esperó a oír su valoración.

—Estás mejorando —aseguró él—. Quizá no te dé esa impresión, pero estás aprendiendo a reaccionar a desafíos distintos.

—¿De veras? —Lo miró, pestañeando sorprendida—. Me ha parecido que estaba usted... decepcionado.

Kallen apretó los labios con expresión adusta y tendió la vista hacia la universidad.

—Estoy disgustado por mis propias deficiencias, eso es todo.

Lilia le escrutó el rostro y percibió tensión. Algo en sus ojos evocó en su mente una imagen de Naki que le causó una repentina punzada de dolor; Naki con esa misma mirada de angustia, que solía preceder el encendido de su brasero de craña.

Un escalofrío bajó por la espalda de Lilia. En un par de ocasiones había notado que la túnica de Kallen despedía olor a humo de craña. Por fortuna, eso nunca había ocurrido antes de una clase de habilidades de guerrero. No le hacía gracia la idea de luchar contra alguien o depender de su escudo sabiendo que esa persona consumía una droga que la inducía a desentenderse de sus actos.

Si él no había aspirado humo de craña antes de la clase, ¿estaba ansioso por inhalarlo? ¿Era por eso por lo que había finalizado la clase antes de tiempo?



Kallen hizo ademán de marcharse y abrió la boca para hablar.

—Bueno, eso es todo...

—Tengo un mensaje de Cery —anunció ella.

Él se detuvo y su mirada se tornó más penetrante.

—¿Sí?

—Han intentado matarlo. Alguien lo traicionó. Ha tenido que ocultarse para que la gente lo dé por muerto. No podrá usted reunirse con él durante una temporada. Es demasiado arriesgado.

Las cejas de Kallen se juntaron.

—¿Ha resultado herido?

Ella sacudió la cabeza, agradecida por su interés. «No me lo habría imaginado. Tal vez no sea tan frío y rígido como creía».

—Solo uno de sus guardaespaldas, pero ahora se encuentra bien. Cery le pide que no revele a nadie que está vivo y que le envíe mensajes a través de Anyi y de mí.

—¿Ves a Anyi a menudo?

Ella asintió. Kallen entornó los ojos.

—No sales del recinto del Gremio para verla, ¿verdad?

—No.

Él la contempló con aire reflexivo, como intentando determinar si ella mentía o no.

—Cery quiere saber si han hecho ustedes algún progreso en la búsqueda de Skellin —agregó Lilia.

—No. Estamos siguiendo unas cuantas pistas, pero por el momento el panorama no es muy prometedor.

—¿Puedo hacerle a Cery alguna pregunta al respecto?

La mirada que él le lanzó no disimulaba su escepticismo.

—No. Si averiguo algo que él deba saber, se lo comunicaré. —Volvió los ojos de nuevo hacia la universidad—. Y ahora, puedes irte.

Lilia reprimió un suspiro por esta brusca despedida, hizo una reverencia y echó a andar. Varios pasos más adelante, miró hacia atrás y alcanzó a ver a Kallen antes de que desapareciera detrás del edificio de la universidad. Por la dirección en que caminaba, ella supuso que se dirigía hacia el alojamiento de los magos.

«¿Va a por su dosis de craña?» —se preguntó—. «¿Ha eludido contarme nada sobre la caza de Skellin porque cree que ni Cery ni yo tenemos por qué saberlo, o porque temía que la explicación lo mantuviera alejado de la droga demasiado tiempo?».

«¿Y por qué no siento yo la misma ansia?» . Llevaba meses sin consumir craña. A veces, cuando percibía el olor, le entraban ganas de aspirarla, pero no era un impulso tan arrollador como para minar su determinación de no volver a

probarla. Según Donia, la dueña de una casa de bol que había ayudado a Lilia a esconderse de Lorandra y el Gremio, la droga afectaba a las personas de formas distintas.

«Supongo que simplemente tengo suerte». —Sintió una oleada inesperada de compasión por Kallen—. «Y es obvio que él no».

—Cuéntanos lo que sabes y podrás marcharte.

Lorkin no pudo contener una risita. El interrogador irguió la espalda ligeramente ante su reacción, con un brillo en la mirada.

—¿De qué te ríes?

—Podría contarte cualquier cosa. ¿Cómo sabrías que es cierto?

El hombre sonrió sin el menor rastro de humor. «Sabe que tengo razón». Cuando lo miró a los ojos, Lorkin notó que un escalofrío le bajaba por la espalda. Tenía una mirada intensa, que parecía indicar que disfrutaría las horas de interrogatorio que lo esperaban, que no habían hecho más que empezar. Aquel era apenas el segundo de muchos días.

Aún no habían intentado leerle la mente. Algo los disuadía de hacerlo. «¿La renuencia a dañar los vínculos con las Tierras Aliadas? —Pero, de ser así, ¿por qué lo habían encerrado?—. Dudo que hayan descartado por completo esa posibilidad». Tarde o temprano lo intentarían. Cuando trataran de leerle el pensamiento y fracasaran, comprenderían que habían sacrificado sus buenas relaciones con las Tierras Aliadas sin obtener nada a cambio. Una vez que renunciaran a contenerse en aras de la diplomacia, nada les impediría torturarlo, pero entonces se encontrarían con el mismo problema: el de no saber si él decía la verdad.

Quizá verificarían sus palabras por otros medios. Tal vez esperaban que la reclusión, las incomodidades y el miedo lo impulsaran a darles permiso para leerle la mente.

Lorkin casi deseaba que acabaran con todo aquello de una vez. Se sentía tentado de someterse voluntariamente a una lectura mental para acelerar el proceso. En vez de ello, pensó una serie de mentiras ridículas que podría contarle al interrogador. Sería divertido, al menos durante un tiempo, tomarle el pelo. «Pero aún no —se dijo—. Solo es el segundo día. Puedo aguantar mucho más».

El compañero del interrogador apareció en la puerta con un cuenco entre las manos. El ashaki se volvió hacia él y sonrió, antes de mirar de nuevo a Lorkin.

—Explicanos algo sobre los Traidores, aunque sea un pequeño detalle, y te daremos de comer.

Un olor delicioso llegó hasta la nariz de Lorkin. El estómago se le contrajo y luego soltó un rugido. Le habían dado agua por la mañana y él había procurado tomar solo unos sorbos para dosificarla, pero no había recibido alimento alguno desde que lo habían llevado allí. Se había resistido a emplear magia sanadora

para mitigar el hambre, pues no quería gastar la energía que Tyvara le había cedido. No podía reponerla, y tal vez la necesitaría.

El olor a comida era tan intenso que la cabeza empezó a darle vueltas. Recordó las mentiras que se había planteado decirles, y notó en su interior un impulso cada vez más fuerte de hablar. Osen le había aconsejado que evitara que descubrieran su invulnerabilidad a la lectura mental durante el mayor tiempo posible. Llevar al interrogador por un camino falso podría retrasar ese momento.

«No seas ridículo —pensó—. Quizá lo distraería durante un rato, pero cuanto más ponga a prueba su paciencia, antes renunciará a convencerme de que hable. Tyvara esperaría que yo tuviera más fuerza de voluntad».

También quería que Lorkin usara la magia que ella le había donado para protegerse. No le serviría para escapar del calabozo ni para impedir que un ashakí lo torturara o lo matara, pero tal vez lo ayudaría a resistir los ataques indirectos contra su determinación de guardar silencio.

Con los ojos cerrados, invocó un poco de magia y la distribuyó por su cuerpo para apaciguar su estómago y aliviar el mareo.

Cuando abrió los párpados, el interrogador lo observaba con atención. Tras contemplarlo meditabundo, el hombre le hizo una seña a su ayudante para que se acercara. Los dos comenzaron a comer con visible delectación.

## Secretos y elucubraciones

El criado que había abierto la puerta a Sonea le había informado de que lord Regin estaba en una reunión con el Mago Negro Kallen. Tras pedirle que le avisara cuando Regin volviese, ella había regresado a sus aposentos para tomarse la taza de raka que tanta falta le hacía.

La espera era insoportable.

«Esto es absurdo. Yo lo elegí como ayudante. Ya he colaborado con él antes». Pero desde que él había accedido a viajar con ella a Sachaka, la habían asaltado dudas sobre si se había precipitado en su elección. Regin poseía todas las cualidades necesarias para el cargo: era inteligente, un mago poderoso, un guerrero bien entrenado, hábil para las maniobras políticas y de una lealtad a toda prueba hacia el Gremio y Kyralia.

«Pero ¿nos llevaremos bien?».

Todo había marchado sobre ruedas entre ellos cuando él la había ayudado en la captura de Lorandra. Trabajar con él había resultado ser sorprendentemente fácil. Sin embargo, en Sachaka tendrían que estar juntos día y noche, semana tras semana, sin descansar el uno del otro.

«Bueno, eso no es del todo cierto. Cuando lleguemos a la Casa del Gremio en Arvice, habrá otros dos magos con los que podremos hablar, además del embajador de Elyne».

Hasta entonces, solo contarían con la compañía el uno del otro. Aunque Sonea no desconfiaba de Regin tanto como en los primeros días de la caza de Lorandra, le resultaba imposible olvidar el dolor y la humillación a los que él la había sometido cuando era aprendiz.

«Eso es agua pasada. Durante los últimos veinte años, me ha tratado con respeto y me ha apoyado. Incluso se disculpó durante la Invasión ichani. ¿Soy incapaz de aceptar una disculpa? Es ridículo que arrastre todavía ese resentimiento».

Unos golpes en la puerta principal la sobresaltaron, pese a que no era algo

inesperado. Tras dejar su taza sobre la mesa y ponerse de pie, se acercó a la puerta y la abrió por medio de magia. El criado de Regin le dedicó una reverencia.

—Lord Regin está en su casa y aguarda su visita.

—Gracias —dijo ella.

Salíó, cerró la puerta y, pasando junto al sirviente, enfiló el pasillo en dirección a los aposentos de Regin. Cuando llegó frente a su puerta se detuvo a respirar por un momento antes de llamar. La puerta se abrió. Regin inclinó la cabeza.

—Maga Negra Sonea —saludó—. Pasa, por favor.

—Gracias, lord Regin —respondió.

Ella entró. La habitación tenía pocos muebles, y casi todo lo que contenía poseía un aspecto nuevo. Sonea no vio ningún objeto que pareciera preciado o personal. Regin señaló una silla.

—¿Quieres sentarte?

Sonea contempló la silla y negó con la cabeza.

—Prefiero no robarte demasiado tiempo, considerando lo que tengo que decirte. —Lo miró a los ojos. Él la observaba inmóvil, fijamente. Con expectación. De pronto, la ausencia de efectos personales cobró sentido: él sabía que tal vez se marcharía pronto, así que ¿por qué iba a llevarlos allí?

—Partiremos mañana por la noche —le informó.

Él exhaló un suspiro breve, apartó la vista y asintió. Al detectar una expresión fugaz en su rostro, Sonea sintió una punzada de culpabilidad. «No lo había visto mostrarse aprensivo desde la Invasión».

—Si es demasiado pronto, o crees que tu obligación es permanecer aquí, no es demasiado tarde para que cambies de idea —le aseguró, esforzándose por mantener un tono formal para no dar la impresión de que ponía en duda su determinación o de que le parecería una cobardía que él cambiara de idea.

Él sacudió la cabeza.

—No es demasiado pronto. De hecho, es el momento perfecto. No tengo otra obligación que cumplir con mi trabajo, que consiste en ser de utilidad para el Gremio y Kyrallia. Resulta agradable poder ser útil de verdad por una vez. Es la clase de tarea para la que estamos entrenados los guerreros, y no obstante dedicamos mucho tiempo a esforzarnos por no ser necesarios.

Sonea desvió la mirada, presa de una súbita compasión al percibir el ligero dejo de amargura en su voz. «No tiene otra obligación. No cabe duda de que ha cortado todos sus lazos familiares». La forma implacable en la que se había vengado de su esposa por sus numerosas relaciones adúlteras había sido la comidilla del Gremio durante semanas. Él había regalado sus dos fincas a sus hijas, ambas casadas con hombres respetables y pudientes, y había solicitado habitaciones en el Gremio. Esto había dejado sin hogar y sin dinero a su esposa,

que se había visto obligada a vivir con su familia.

Se rumoreaba que ella había intentado suicidarse después de que Regin ahuyentara a su último amante. Este, por otro lado, se había buscado a otra mujer rica a quien seducir. A pesar de esto y de la deshonra que había supuesto que la devolvieran a su familia como un artículo defectuoso, no había habido más intentos de suicidio por parte de Wynina. Sonea no sabía si compadecerla o no. En ocasiones se preguntaba si la mujer había llegado a esos extremos por estar casada con Regin.

« Aunque él se comporta como es debido en público, tal vez en privado siga siendo el mismo mocoso insoportable que en nuestra época de aprendices » .

Quizá lo averiguaría durante el viaje, aunque el tiempo que estuvieran juntos no lo pasarían precisamente en privado. Su misión era demasiado importante, y lo habría sido también aunque Lorkin no estuviera prisionero.

—Ahora puedo explicarte el motivo del viaje —continuó. Regin irguió la cabeza y clavó la mirada en ella—. Mañana se informará a todo el mundo. Lorkin regresó a Arvice. Antes de que pudiera partir hacia Kyrallia, el rey Amakira lo llamó a su presencia y, como Lorkin se negó a responder a sus preguntas sobre los Traidores, lo encerró.

Regin abrió mucho los ojos.

—Ah. Lamento oír eso, Sonea. —Torció el gesto en señal de solidaridad—. Entonces, ¿te envían para que negocies su puesta en libertad? Debes de estar impaciente por marchar. —Dio un pequeño paso hacia ella—. Haré cuanto esté en mi mano por ayudarte.

Su expresión era tan seria que la ansiedad que solía apoderarse de ella cada vez que pensaba en Lorkin amenazó con reavivarse. Sonea bajó la vista y desterró la sensación de su mente.

—Gracias. Sé que lo harás.

—Nos vamos mañana, pero... apenas hemos empezado a aumentar tu energía. ¿Quieres que te ceda algo de magia ahora?

Algo se estremeció en el interior de Sonea, y ella notó que se le encendía el rostro. Posó la mirada en él y la apartó enseguida.

—No —se apresuró a responder—. Mañana se celebrará una reunión, y Osen pedirá voluntarios. Espera hasta entonces.

—¿Qué les dirá Osen a todos?

—Solo lo que te he revelado.

—¿« Solo » ? —Regin exhaló un suspiro suave—. Ten cuidado, Sonea.

Ella alzó los ojos hacia él y cayó en la cuenta de su error. Le había dado a entender que había otra razón para el viaje aparte de la reclusión de Lorkin. Aquel dato podía poner la vida de ambos en peligro si un mago sachakano le leía la mente a Regin.

« Demasiado tarde. Debo andarme con más tiento de ahora en adelante » .

Pero la aterradora realidad era que si Regin caía en las garras de un mago sachakano sin impedimentos políticos ni diplomáticos para leerle la mente, era muy probable que ella también. Aunque el anillo de Naki impediría que le exploraran el pensamiento, no sabía cuánto tiempo sería capaz de aguantar si alguien decidía torturarla para extraerle información.

Sobre todo si utilizaban a Lorkin para persuadirla.

Aunque no había ocurrido nada que Dannyl no hubiera previsto, aún sentía que la ira y la humillación lo consumían por dentro. Esperaba que no se le hubiera notado. Se había esforzado por mantener la calma y mostrarse cortés durante su breve estancia en el palacio, pero nunca sabía si sus sentimientos de verdad se traslucían, o si su tranquilidad fingida se interpretaba como una señal de que habían conseguido sacarlo de sus casillas.

Irónicamente, su decisión de suspender la búsqueda de Lorkin, que lo había llevado a perder el respeto de la élite sachakana, ahora hacía que le resultara más difícil proteger al joven mago. Había visto más de una sonrisita en el rostro de quienes habían presenciado la denegación de su petición de ver a Lorkin.

«Si hubiera permitido que la búsqueda siguiera adelante, probablemente los Traidores me habrían matado junto con los ashakis que me hubieran ayudado. Lorkin no habría recibido ninguna ayuda cuando regresó a la Casa del Gremio».

Esto no era del todo cierto, en realidad. El Gremio habría enviado a un embajador sustituto; alguien cuyo buen nombre no estuviera empañado por la cobardía y que seguramente estaría en mejor posición para sacar a Lorkin de su apuro.

«No. Si los Traidores se hubieran visto obligados a matar a un mago del Gremio, Lorkin tal vez no habría regresado a la Casa del Gremio. Quizá ni siquiera le habrían permitido entrar en Refugio por miedo a que intentara vengar mi muerte».

Por otro lado..., la idea de que alguien quisiera vengar su muerte le parecía inverosímil y absurda.

Oyó el golpeteo ligero y rítmico de unos pies desnudos en el suelo, procedente de la entrada de la Casa del Gremio. Dannyl dejó de caminar de un lado a otro de la sala maestra y se volvió en la dirección del sonido. Tav, el esclavo portero, emergió del pasillo y se postró ante él con teatralidad exagerada, una costumbre suya que Tayend había comentado hacía unas semanas.

—El embajador de Elyne ha vuelto —jadeó Tav.

Dannyl asintió y agitó la mano para indicar al esclavo que podía levantarse y marcharse a hacer lo que fuera que hacían los esclavos porteros cuando no estaban anunciando visitas.

El chirrido de una puerta que se cerraba llegó hasta sus oídos, seguido de unos pasos. Tayend le dedicó una sonrisa fugaz cuando salió del pasillo y sacudió la

cabeza.

—No ha habido suerte —declaró.

Dannyl soltó el aire que estaba reteniendo.

—Bueno, gracias por intentarlo.

Tayend suspiró.

—Todavía es demasiado pronto —dijo—. Si perseveramos, tal vez él acabe por transigir. Le he señalado que es difícil que convenzas a Lorkin de que hable si no te dejan verlo.

Dannyl frunció el ceño.

—¿Es prudente insinuar que consideramos que podría ser peligroso?

—No si lo digo yo. Además, solo estaba haciéndole notar lo ilógico de su proceder.

—Estoy seguro de que le habrá encantado que pusieras en evidencia su falta de lógica delante de todos.

—Oh, no había nadie más presente..., y me ha dado la impresión de que le divertía.

A Dannyl le cayó el alma a los pies.

—¿Has conseguido que te conceda una audiencia en privado?

—Vamos, vamos. No te pongas celoso. —El elyneo esbozó una sonrisa burlona y quitó hierro al asunto con un gesto—. ¿Qué te parece si tomamos un poco de vino y comemos algo? —Se volvió, hizo una señal a un esclavo y comenzó a darle instrucciones.

Dannyl se acercó a los taburetes y se sentó. Aunque Tayend no había podido ver a Lorkin, el rey se había tomado la molestia de entrevistarse con él en persona. « Quizá sea porque Tayend es un embajador que habla en nombre de su rey y su país, mientras que yo soy sobre todo un portavoz del Gremio » .

Dudaba que eso supusiera una gran diferencia. A fin de cuentas, el rey Amakira estaba disgustado con Kyraila y el Gremio, no con Elyne. Tenía sentido que hubiera tratado a Tayend con el respeto habitual.

—Ah, vino —dijo Tayend cuando un esclavo entró a toda prisa con una botella y unas copas. Se sentó junto a Dannyl y esperó a que el esclavo les sirviera y se marchara antes de inclinarse hacia él—. Merria me ha contado esta mañana, después de que te fueras, que ha comentado la situación con sus amigos. Van a promover protestas contra este maltrato peligroso a un mago extranjero —murmuró.

Esto levantó un poco el ánimo a Dannyl.

—¿Y... los otros contactos?

—Difundirán nuestro mensaje. Al parecer no ignoran el aprieto en que se encuentra Lorkin, pero no me han aclarado si pueden hacer algo al respecto.

—Prefiero no imaginar qué harían si pudieran. —Dannyl se estremeció y tomó un sorbo de vino—. Tal vez matarían a Lorkin para asegurarse de que no



hablara.

—No lo harán —aseveró con convicción Tayend—. Debían de saber que existía la posibilidad de que se produjera esta situación. No lo habrían enviado aquí si pudiera ser un desastre para ellos.

—Tal vez porque tenían personas preparadas para matarlo si eso ocurría. Quizá ya esté muerto.

Tayend sacudió la cabeza.

—El rey me ha asegurado que están cuidando bien de Lorkin.

—Podría ser mentira.

—Sí, podría. —Tayend suspiró—. Solo nos queda esperar que no lo sea. —El elyneo arrugó el entrecejo—. No dejo de dar vueltas a una posibilidad, aunque no consigo ver en ello ninguna ventaja para los Traidores, así que supongo que estoy imaginando conspiraciones donde no las hay.

—¿Qué posibilidad?

—La de que los Traidores supieran que el rey ordenaría que encerraran a Lorkin. Que contaban con que eso sucediera.

—¿Por qué habrían de hacer algo así?

Tayend miró a Dannyl y sacudió la cabeza.

—Eso es lo que no consigo explicarme. Solo se me ocurre... que tal vez les interese socavar la paz entre Kyrallia y Sachaka. Quizá quieran cerciorarse de que nuestros países no prometan ayudar a Sachaka a defenderse de ellos.

Un escalofrío le bajó por la espalda a Dannyl.

—¿Crees que pueden estar planeando algo más directo y de mayor envergadura que el espionaje y el asesinato?

—Siempre hay que contemplar esa posibilidad. —Tayend esbozó una sonrisa sombría—. Pero hay algo que no tiene sentido: ese plan podría resultar contraproducente. Estarían jugándose a que no accederemos a hacer algo así para liberar a Lorkin. —Bebió un poco de vino con expresión seria—. Si todo esto conduce a una guerra civil, ¿quién crees que ganaría?

—No tengo idea. —Dannyl sacudió la cabeza—. No sabemos lo suficiente sobre los Traidores.

—Entonces espero que Lorkin sepa más de lo que quiere reconocer, pues si las Tierras Aliadas se vieran arrastradas a una guerra, no sería difícil que acabaran alineándose con el bando perdedor, o descubriendo que solo pueden ganar si libran la mayor parte de las batallas y sufren el mayor número de bajas.

Un nudo frío se había formado en el estómago de Dannyl. «Lorkin le habrá contado a Osen todo lo que averiguó sobre los Traidores, así que si el muchacho sabe que planean desencadenar una guerra civil, el administrador también lo sabrá. —Cuando repasó mentalmente las instrucciones que había recibido de Osen hasta el momento, el nudo se tensó. Los esclavos entraron en fila con fuentes de comida, y pese a las náuseas que sentía, Dannyl se obligó a elegir

alimentos de las bandejas, llevárselos a la boca y masticar—. ¿Por qué? Porque los han preparado esclavos. Unas personas que no tienen poder de decisión sobre su vida han invertido su esfuerzo en esto, y me parecería una desconsideración y una lástima dejar que se desperdicie. —El nudo se aflojó ligeramente—. Los Traidores se oponen a la esclavitud. Quizá la guerra civil traiga consigo la libertad» .

Pero esa libertad tendría un precio. Como siempre.

Cuando Gol regresó a la habitación, Cery exhaló un suspiro inaudible de alivio. Su amigo se movía con cuidado e hizo un gesto de dolor al sentarse, pero, por lo demás, tenía mucho mejor aspecto que dos días atrás.

—Dentro de poco no habrá quien aguante estar allí dentro —farfulló Gol.

—Lo sé —convino Cery—, pero por lo pronto tendremos que resignarnos.

Habían elegido otra habitación en la que hacer aguas mayores y menores. Tanto el techo como las paredes parecían lo bastante estables, y Cery había llevado allí una pila de arena con la que cubrir sus deposiciones, pero se trataba de una solución temporal.

Tras pedir a Anyi que se quedara para cuidar de Gol durante un rato, Cery había explorado la pequeña red de habitaciones y túneles de las inmediaciones. Estaban abandonados desde hacía mucho tiempo. Cery sabía que el difunto Gran Lord Akkarin los utilizaba como almacén, pero los únicos objetos que quedaban y que parecían datar de aquella época carecían de valor; eran en su mayor parte cajas vacías como las que ellos estaban usando a manera de muebles. Había encontrado lámparas de un estilo que habría armonizado con las casas más añejas de Imardin, de no haber estado cubiertas de herrumbre, así como fragmentos de vasijas de cerámica que habrían valido una fortuna por su antigüedad y rareza si hubieran estado enteras.

Las paredes de aquellas habitaciones eran de una combinación de ladrillo y piedra. Había huecos entre las piedras rellenos con ladrillos, y tabiques que dividían espacios más grandes delimitados por paredes de mampostería, lo que parecía indicar que los cuartos eran originalmente de piedra y que la obra de ladrillo se había añadido después para reparar y acondicionar los recintos.

En una habitación, alguien había grabado unas palabras en la pared. «Tagin debe morir», leyó Cery con facilidad, pues las letras eran grandes y profundas. La inscripción «Debemos ganarnos a Indria» era más pequeña. En una zona desconchada, podía leerse la frase «La magia superior es la ca... y debe ser...». Dentro de una sala más grande, en la que el techo se había derrumbado en un extremo, había una losa de piedra en la que alguien había grabado con esmero una lista de nombres. Aunque Cery no reconoció ninguno, todos iban precedidos de los títulos «lord» y «mago». Era curioso que utilizaran los dos. Le pareció vislumbrar una fecha en la parte inferior, pero la luz de la vela no llegaba

a iluminarla, y por nada del mundo iba él a deslizarse bajo una losa grande y pesada que parecía a punto de caerse.

Tras volver a su escondrijo, Cery había dejado que la inquieta e impaciente Anyi prosiguiera su exploración de los túneles. Él se quedó con Gol, y ambos conversaron sobre los hallazgos de Cery y sobre el pasado hasta que al hombre le dio sueño. Estar sentado en silencio no resultaba tan desagradable como Cery había imaginado, siempre que no dejara que sus pensamientos se desviaran hacia recuerdos dolorosos. Se apoderó de él una sensación de paz y tranquilidad, y por una vez no le preocupaba que unos asesinos los atacaran por sorpresa.

«Bueno, no me preocupa mucho», se corrigió.

Como para echar por tierra su vacilante creencia de que estaban a salvo, le llegó del pasadizo el sonido de unos pasos débiles. Se puso de pie, y una oleada de alivio lo recorrió cuando Anyi apareció en la puerta.

Con una sonrisa de oreja a oreja, se agachó para recoger el cubo de agua, que estaba casi vacío.

—He encontrado una cañería de agua corriente que gotea, debajo de la universidad —anunció—. Está más cerca que la que conocías tú, pero es igual de lenta. Esto tardará un buen rato en llenarse. Sería mejor que tuviéramos dos cubos, para dejar uno aquí mientras se llena el otro. O podría intentar hacer más grande la gotera.

Cery negó con la cabeza.

—Podrían darse cuenta e investigar qué ocurre. Le pediremos a Lilia que nos consiga otro cubo. O algo que pierda menos agua.

Ella asintió, se colocó el cubo debajo del brazo y se alejó.

Cery se sentó de nuevo, un poco más animado. A veces no solo dudaba que pudieran vivir allí con comodidad, sino que les fuera posible sobrevivir. Había muy pocas cosas a las que tenían acceso. Dependían por completo de Lilia para conseguir alimentos, pero por fortuna no para abastecerse de agua. No disponían más que de un montón de cojines viejos, unas pocas cajas y el frío suelo para sentarse y dormir. La temperatura no era demasiado baja, y el aire no parecía estarse viciando.

Oyó de nuevo un taconeo, pero la persona que se acercaba no hacía el menor esfuerzo por ser sigilosa. Llevaba botas o algún otro tipo de calzado grueso y resistente, pero no pisaba con fuerza.

«Lilia. —Se sonrió. Ayudarla había resultado muy beneficioso. No la habría abandonado a su suerte en los bajos fondos de la ciudad de todos modos, pero al no entregarla de inmediato al Gremio, había ganado a una aliada muy útil—. Y Anyi le tiene mucho cariño».

Un globo de luz brillante entró flotando en la habitación, seguido por Lilia. Ella llevaba un paquete y un frasco de vidrio grande, y sonrió al ver a Cery. Sin

embargo, cuando paseó la vista por el recinto, su expresión alegre se desvaneció.

—¿Y Anyi?

—Ha ido a por agua —le dijo él—. Ha encontrado una tubería que gotea.

—Espero que no sea una tubería de desagüe. —Depositó con cuidado el paquete sobre una caja colocada boca abajo y comenzó a abrirla.

—Según ella, es agua limpia —respondió él. Parpadeó sorprendido ante la cantidad de comida que ella había traído. Pan, una caja lacada de dos niveles, con carne guisada en la parte de abajo y verduras aliñadas en la de arriba. Como los sirvientes tenían que transportar alimentos con regularidad al alojamiento de los magos, usaban recipientes prácticos con tapas que cerraban bien y que conservaban el calor. Aunque no había comida para más de tres personas, era mucho más que suficiente para una sola—. ¿Eso... eso es tu cena?

—Y de Sonea —le dijo ella—. Lord Rothen la ha invitado a cenar con él por última vez, y era demasiado tarde para avisar a Jonna.

—¿Qué es eso que huele tan bien? —preguntó otra voz.

Lilia desplegó una gran sonrisa cuando Anyi entró en la habitación.

—La cena. También he traído aceite para lámparas y velas.

—¡Oooh! —Anyi arrastró una caja hacia sí y cogió un trozo de pan. Gol, que se había despertado y había conseguido levantarse sin soltar un quejido, estaba inclinado sobre la comida.

—¿No sospecharán algo los criados si te comes tú sola una cena para dos personas? —preguntó Cery, sirviéndose un poco.

Lilia se encogió de hombros.

—Jonna siempre me insiste en que coma más, y está acostumbrada a que Anyi se presente y engulla todo lo que encuentre.

—¡Yep! —protestó Anyi.

Lilia soltó una risita.

—No le molesta.

—¿Y tú? —inquirió Gol, alzando la mirada hacia Lilia y señalando la comida.

—He almorzado más de lo habitual —contestó la chica— y he metido a escondidas un poco de pan y fruta en mi bolsa para comérmelo luego.

—¿Por qué dices que la cena de Sonea y Rothen será la última?

Lilia adoptó una expresión seria.

—Ella se marcha mañana por la noche. Es oficial. Se va porque lord Lorkin ha regresado a Arvice, y el rey de Sachaka lo ha encerrado en el calabozo por negarse a revelar lo que sabe sobre los Traidores.

A Cery se le contrajo el estómago. Saber que el hijo de uno está prisionero... «Por otro lado, al menos sigue vivo y ya no está atrapado en la ciudad secreta de los rebeldes. Está más cerca de casa que antes. Después de mantener la paz y de aprovechar las nuevas oportunidades de comercio durante tantos años, dudo mucho que los sachakanos lo pongan todo en peligro matando a un mago del

Gremio» .

Sin embargo, tenía que reconocer que no sabía lo suficiente sobre Sachaka para estar seguro de ello.

—Me alegro de no haberle dicho que estamos aquí —comentó—. Lo que menos necesita ahora mismo es preocuparse por nosotros también.

Anyi asintió.

—A Lilia le resultará más fácil ayudarnos ahora que no hay peligro de que Sonea la descubra.

—Pero Sonea es la única que nos defendería si el Gremio se enterara de que estamos aquí abajo —repuso Gol, sacudiendo la cabeza.

—¿Y qué hay de Kallen? —preguntó Anyi, dirigiéndose a Lilia.

Ella se encogió de hombros.

—Preferiría no depender de él.

—Entonces será mejor que procuremos que no nos descubran —dijo Cery—. ¿Has hablado con Kallen? ¿Tiene alguna noticia para nosotros?

—He hablado con él, pero no —respondió Lilia con un suspiro—. Por lo visto no acaba de fiarse de mí.

—Tendrás que ganarte su confianza —señaló Anyi.

Mientras Gol se bebía ruidosamente la salsa que quedaba en el compartimento para carne del portaviandas, Cery se limpió las manos con el borde de la tela en que venía envuelta la comida.

—Mientras tanto —le indicó a Lilia—, tendrás que cuidar de Gol. Si su recuperación va bien, me acompañarás a la entrada de los túneles del Gremio. Ninguno de nosotros estará totalmente a salvo hasta que encontremos la manera de obstruirla de modo que ningún sicario de los ladrones pueda atravesarla. —Se volvió hacia Anyi—. Luego, quiero que me enseñes esas rutas de huida. Quizá desemboquen cerca del sitio donde los sirvientes tiran las cosas que los magos y a no necesitan.

Ambas jóvenes sonrieron.

—Explorar un poco será divertido —dijo Lilia.

—¿No tendrías que estudiar? —quiso saber Cery.

A Lilia se le puso la cara larga.

—¿Hay algún momento en el que no tenga que estudiar? —Suspiró y echó a Anyi una mirada de reproche—. Siempre te toca a ti toda la diversión.

Anyi sacudió la cabeza.

—Eso podrás decirlo cuando tenga una cama mullida aquí abajo y pueda darme baños calientes a menudo.

Lilia abrió mucho los ojos, aparentando arrepentimiento.

—A propósito de baños y olores corporales...

Aunque era evidente que lo esperaba, apenas logró esquivar a tiempo el puñetazo que Anyi le lanzó al brazo. Riendo por lo bajo, se situó fuera de su

alcance y se acercó a Gol.

## Permiso Concedido

Los dos hombres maduros seguían en su celda cuando Lorkin regresó tras su segunda jornada con el interrogador, pero la pareja que estaba encerrada allí había desaparecido. Como el día anterior, el celador le había dejado agua, pero nada de comida. A causa del hambre le había costado dormir hasta que se había rendido de nuevo y la había mitigado por medio de la magia.

No había manera de saber qué hora era. Como no había ventanas, no entraba luz que indicara si era de día o de noche. Lorkin medía el paso de los días basándose en la rutina del interrogador y el celador. Al despertar se percató de que el celador seguía en su puesto, observándolo con ojos atentos pero inexpresivos. Sentado con la espalda contra la pared, Lorkin se entretuvo con juegos mentales y recuerdos.

Finalmente, un sonido atrajo su atención. Unos pasos le advirtieron que alguien se aproximaba. El celador apartó la vista y se puso de pie. Lorkin exhaló un suspiro silencioso y se levantó, preparándose para otro día de hambre y preguntas.

En vez del interrogador, apareció un esclavo con una bandeja sobre la que había un cuenco, un mendrugo y una copa. Lorkin no pudo evitar que su corazón diera un brinco de esperanza cuando el celador examinó los objetos y dio unos pasos hacia la puerta de su celda para abrirla.

El esclavo mantuvo los ojos bajos mientras entraba, depositaba la bandeja en el suelo y se retiraba.

Después de cerrar la reja con llave, el celador se detuvo por unos instantes para contemplar a Lorkin con aire meditabundo. El joven esperó a que el hombre regresara a su asiento antes de acercarse a la bandeja. La levantó y la llevó al extremo más alejado de la celda.

El cuenco estaba lleno de una sopa fría y opaca. La copa contenía vino. No había cubiertos.

«No sabré si esto está envenenado hasta que lo pruebe. Nunca he tenido que

contrarrestar el efecto de un veneno valiéndome de la magia. Eso requeriría que gastara más energía de Tyvara de la que necesito para paliar el hambre. ¿Debo correr ese riesgo? ¿Tanta falta me hace comer?».

Las partículas que flotaban en la sopa empezaban a asentarse, dejando casi todo el líquido transparente. Sin embargo, el sedimento no se acumulaba formando una capa plana, sino que se adhería a algo que estaba en el fondo, un objeto cuadrado y fino. Un cosquilleo le bajó por la espalda.

Consciente de que el celador vigilaba todos sus movimientos, Lorkin invocó una cantidad minúscula de magia y la utilizó para apartar las partículas del objeto con delicadeza. Debido a la ligera agitación, la sopa se enturbió, pero no tardó en aclararse, confirmando las sospechas de Lorkin.

El objeto era un papel.

Hierve la sopa para que sea segura. El pan es bueno. El vino es malo.

Debajo había un garabato. Cualquier otro lo habría tomado por un trazo caprichoso o unas iniciales escritas de forma apresurada, pero Lorkin lo reconoció como uno de los signos en clave que los Traidores le habían enseñado a identificar.

«Saben que estoy aquí —pensó, con el corazón henchido de alivio y esperanza—. Vendrán a sacarme de aquí». Pero incluso mientras este pensamiento le acudía a la mente, supo que no podía contar con ello. El calabozo estaba debajo del propio palacio, custodiado por ashakis y por los guardias independientes y de una lealtad a toda prueba que solo podían encontrarse en aquel lugar.

A pesar de todo, le alegraba saber que los Traidores intentaban ayudarlo. Invocó más magia e hirvió la sopa con ella. Esto al menos explicaba al celador por qué había estado mirándola con fijeza. Aun así, Lorkin bebió despacio, atento a cómo reaccionaba su cuerpo, por si la nota no era más que una trampa ingeniosa. Como el pan estaba duro, lo mojó en la sopa para ablandarlo.

No probó el vino. ¿Se preguntaría el interrogador, o quienquiera que lo hubiera envenenado, cómo había sabido Lorkin que debía evitarlo, o simplemente supondría que no quería tener los sentidos embotados por el alcohol durante la siguiente sesión?

Poco después de que terminara de comer, el esclavo regresó a buscar la bandeja. Lorkin la levantó y se la tendió. El esclavo alzó la mirada hacia sus ojos.

—Lord Dannyl dice que el rey Merin quiere que lo cuentes todo —le informó en un mero susurro.

Lorkin asintió en señal de que había comprendido y volvió la cabeza para que el celador no viera su sonrisa.

«¡Y yo que me lo creo! Deben de tomarme por tonto si piensan que voy a aceptar semejante orden de alguien que no sea Dannyl en persona. E incluso en ese caso..., tendría que plantearme la posibilidad de que lo estuvieran



extorsionando o amenazando» .

El administrador Osen también le había dado a Lorkin una palabra en clave, por si los sachakanos intentaban algo así. Esforzándose por borrar la sonrisa de sus labios, Lorkin se reclinó contra la pared y aguardó a que llegara el interrogador para comenzar con las preguntas del día.

El refectorio prácticamente vibraba a causa del bullicio, pese a que el almuerzo había terminado hacía un rato. Lilia resistió la tentación de poner cara de exasperación por el comportamiento de los otros aprendices. El anuncio repentino de que se habían suspendido las clases de la tarde por una reunión a la que asistiría el Gremio en pleno había provocado un estallido de euforia irreflexiva ante su libertad inesperada y de elucubraciones animadas en torno al motivo de la reunión.

Lilia ya conocía el motivo, pero nadie la había consultado al respecto, y ella tenía cosas más importantes que hacer, como mantener a Cery, Gol y Anyi aprovisionados de víveres, velas y aceite para lámparas. Había decidido que Jonna, la sirvienta de Sonea, era esencial para ello. Lilia tenía que encontrar la manera de convencerla de que llevara más reservas de todo ello a los aposentos de Sonea sin despertar sus sospechas.

Era bastante fácil introducir objetos pequeños en los túneles a hurtadillas. Podría bajar las cajas lacadas que los criados utilizaban para transportar alimentos por el hueco de la pared que había en la habitación de Sonea por medio de la magia. Sin embargo, en aquel espacio estrecho no cabrían cosas más grandes, como muebles. Tal vez podían utilizar otras entradas a las galerías. Según había oído, había unas en la universidad.

Aun si encontraba otra manera de entrar, casi todos los muebles del Gremio eran antiguos y valiosos, por lo que era probable que los echaran en falta. Los de la servidumbre seguramente no tenían tanto valor, pero los criados vivían y trabajaban lejos de las zonas frecuentadas por magos y aprendices. Si Lilia se acercaba al alojamiento de los sirvientes, o incluso si se colara en las cocinas contiguas al refectorio, llamaría tanto la atención del mismo modo que «un príncipe en un baile de mendigos» , como diría su madre.

«Necesito encontrar muebles desechados que nadie utilice. Seguramente estarán rotos, pero supongo que podemos intentar arreglarlos. Quizá tengamos que desmontarlos y volver a armarlos de todos modos, para hacerlos pasar por los túneles. Tendré que agenciarme madera, clavos... y herramientas. Hum, ya puestos, tal vez podríamos conseguir clandestinamente algo de madera y fabricar los muebles nosotros mismos» .

—Mira, es la aprendiz negra.

Alguien había pronunciado estas palabras en voz alta y no muy lejos de Lilia. Esta alzó la cara y miró a la persona a los ojos. Era Bokkin, un aprendiz de

estatura elevada, un plebis aficionado a intimidar a quienes eran más débiles que él. Ninguno de los plebis protestaba demasiado porque él era lo bastante atrevido para meterse con los finolis tanto como con ellos. Se había detenido para apoyarse en una mesa cercana, rodeado por la pandilla habitual de seguidores. Ella dudaba que Bokkin les cayera bien en el fondo. Lo más probable era que se juntaran con él para no convertirse en objeto de sus abusos.

—¿Has conseguido que maten a alguien últimamente? —preguntó, con los labios torcidos en un gesto desdenoso.

Ella ladeó la cabeza, fingiendo pensar.

—Ahora que lo dices, no.

—¿Qué piensas hacer ahora que la Maga Negra Sonea se marcha? —Se apartó de la mesa empujándose con las manos—. Te quedarás sola en sus aposentos. ¿Te has echado una novia nueva, o por una vez te gustaría ver qué se siente al estar con un hombre? —Se dirigió a la mesa de Lilia, pavoneándose, y acercó la entrepierna a su cara—. ¿Qué te parece si te enseño lo que te has estado perdiendo?

«Así que saben que Sonea se va». Lilia se inclinó hacia atrás y levantó la vista hacia él. Había imaginado que quizá alguien intentaría aprovecharse de la situación, pero no esperaba que la pusieran a prueba tan pronto.

—Nunca habías mostrado el menor interés. —Se puso de pie despacio, manteniéndose tan cerca que al final sus rostros casi se tocaban, y clavó los ojos en él—. Debe de ser la magia negra lo que te ha hecho cambiar de opinión. Te atrae, ¿verdad? La emoción del peligro. Me han advertido que tenga cuidado con la gente como tú.

Él abrió la boca para hablar, pero ella le agarró la cara, hundiéndole los dedos en la piel de la mandíbula. Al mismo tiempo, le propinó un vigoroso empujón mágico, lo que lo hizo tambalearse hacia atrás antes de invocar la energía necesaria para resistir el ataque. Ella caminó hacia él y lo aprisionó contra el borde de la mesa siguiente.

—¿Sabes qué está ocurriendo en esa reunión? La Maga Negra Sonea está absorbiendo energía de todos los magos del Gremio. Por medio de la magia negra. Un día, tal vez muy pronto, te haré lo mismo a ti. No podrás negarte. Órdenes del rey. ¿De verdad quieres darme un motivo para asegurarme de que sea lo más desagradable posible?

Él le sostuvo la mirada, muy pálido. Lilia lo soltó y se limpió la mano con la pechera de la túnica de Bokkin. Los aprendices que tenían alrededor estaban callados, y el silencio empezaba a extenderse. Aunque no apartaba la vista de él, vio con el rabillo del ojo que varias caras se volvían hacia ella.

—Más te vale que ella regrese —agregó. Le dio la espalda, recogió su bolsa, la fruta y los bollos con especias que había juntado para su cena, y se marchó del refectorio.

Cuando enfiló el pasillo, la invadió una sensación de victoria.

« Eso les dará de que hablar. Y una razón para preocuparse por la finalidad del viaje de Sonea, aunque seguramente tendrían curiosidad por saberlo de todos modos. No permitiré que nadie crea que su marcha me deja en una posición vulnerable» .

Si estaba condenada a permanecer confinada en el recinto del Gremio, entrenándose para proteger las Tierras Aliadas y convertirse en el objetivo principal del ataque de un enemigo potencial, quería que a cambio la trataran con respeto. « O, si eso no es posible, ya que hay personas tan estúpidas como Bokkín, incapaz de recordar quién se jugará la vida por él, me conformo con ser temida» .

Desde su asiento en la parte delantera del Salón Gremial, Sonea contempló a los magos que empezaban a congregarse, y se esforzó por mantener una respiración tranquila y regular.

« ¿Qué harán? Tras veinte años, ¿se han familiarizado lo suficiente con la idea de la magia negra para acceder a tomar parte en ella? ¿Les parecerá una justificación suficiente mi misión de liberar a mi hijo?» .

Habría sido más fácil restar importancia a estas preguntas si los otros magos superiores no hubieran expresado las mismas dudas un rato antes. Ninguno de ellos podía predecir el resultado de la reunión. Todos habían supuesto que unos magos se negarían a donar su magia y otros no, pero sus pronósticos sobre el número de unos y otros variaba en gran medida.

A ambos lados del largo salón, los magos ocupaban sus asientos. Como siempre, surgieron zonas verdes, rojas y moradas formadas cada una por miembros de la misma disciplina agrupados. El color dominante era el morado de los alquimistas, pero la cantidad de sanadores había aumentado en las últimas décadas, por lo que el verde abundaba en la sala. Aunque había más guerreros que en toda la historia, las túnicas rojas seguían siendo minoritarias. Sin embargo, esto no la preocupaba. Si bien la mayoría de los magos invertía su energía en cosas más útiles, ella sabía que casi todos continuaban ejercitando sus habilidades de combate en sus ratos libres.

Los magos superiores aguardaban en la parte delantera del salón. El administrador Osen era el único que faltaba en las gradas. Como de costumbre, se dirigiría a los presentes desde el Frente, la zona que se extendía ante los magos superiores. Sonea observó la fila de asientos situada encima de la suya. El del rey estaba vacío, pero ambos consejeros reales habían acudido a la reunión, cosa que no era habitual. El consejero Glarrin la miró a la cara y asintió. El consejero Rolden, que había estado presente cuando, veinte años atrás, habían juzgado y desterrado a Akkarin y a Sonea, se fijó en ella por un instante y frunció el ceño.

Al bajar la vista, ella advirtió que los magos superiores sentados en las filas

inferiores lanzaban miradas constantes hacia arriba. Desde su lugar entre los directores de estudios de la fila de abajo, Rothen posó los ojos en ella. Pese a su aspecto lúgubre, el hombre consiguió dedicarle una sonrisa tranquilizadora.

La cena que ambos habían compartido la noche anterior se había visto enturbiada por las posibilidades aterradoras. Ella sabía que Rothen se preguntaba si sería la última vez que la vería. Era un temor que se sumaba a su miedo de no volver a ver a Lorkin. Él se había ofrecido a acompañarla. Sonea le había recordado que sabía demasiado sobre el otro motivo de su viaje. Él había asentido y había comentado que le consolaría saber que ella había elegido a un ayudante digno de confianza.

Sonea escudriñó el salón en busca de lord Regin y, tal como esperaba, lo encontró sentado cerca de la parte delantera. Estaba serio y distante. Quizá fuera una fachada tras la que ocultaba sus sentimientos auténticos, pero no era fácil saberlo. Siempre estaba serio y distante.

«Espero que Rothen tenga razón sobre él. Pero claro que la tiene. Regin se toma demasiado a pecho sus responsabilidades hacia el Gremio, Kyralia y las Tierras Aliadas para poner en peligro nuestra misión».

Y esto significaba que, por muy feas que se pusieran las cosas entre ellos, él obedecería sus órdenes.

Casi todos los magos se habían acomodado ya en sus asientos. El administrador Osen apareció caminando a grandes zancadas hasta detenerse ante los magos superiores, y el tañido de un gong marcó el inicio de la reunión.

El silencio se impuso de inmediato en la sala.

—En la reunión de hoy debemos hablar y ocuparnos de una situación excepcional —comenzó Osen—. Por consiguiente, la medida que plantearemos será única en la historia del Gremio. —Hizo una pausa y recorrió el salón con la mirada—. Como sin duda ya sabrán, el embajador Dannyl viajó a Sachaka hace unos meses para desempeñar sus funciones en la Casa del Gremio de Arvice. Se llevó consigo al joven mago lord Lorkin, que se había ofrecido a viajar con él en calidad de su ayudante.

» Poco después de instalarse en Arvice, una esclava impidió que lord Lorkin fuera asesinado. La esclava era una espía de un pueblo conocido como los Traidores, sachakanos que llevan cientos de años viviendo separados del resto del país. A fin de evitar más atentados contra su vida, dicha esclava ayudó a Lorkin a huir a la base secreta de los Traidores.

» Allí, Lorkin aprendió más cosas sobre aquel pueblo. Rechazan la esclavitud y, aunque utilizan la magia negra, al parecer viven en paz. Cuentan con una red de espías que se extiende por toda Sachaka, aunque, hasta donde yo sé, el objetivo principal de sus actividades es su propia protección.

» Recientemente, Lorkin intentó regresar a casa. Cuando llegó a Arvice, el rey Amakira lo llamó a su presencia y le ordenó que revelara todo cuanto había

averiguado acerca de los Traidores. Lorkin, consciente de su obligación de comunicar primero dicha información al rey Merin, se negó. A pesar de que esto se le dejó muy claro al rey Amakira y de que, cuando enviamos a nuestros primeros embajadores a Sachaka, este convino en que ellos solo debían responder ante su propio rey, ordenó que encerraran a Lorkin en el calabozo de palacio.

A Sonea se le hizo un nudo en la garganta. Por muchas veces que oyera hablar de la situación de Lorkin, imaginarlo en una celda fría y húmeda le encogía el corazón.

Reinaba el silencio en el salón. «Qué curioso. Creía que se alzarían voces de protesta y de rabia. Supongo que la impresión los ha dejado sin habla, aunque no sé si les horroriza más la temeridad que ha demostrado Amakira al encarcelar a un mago del Gremio o la posibilidad de que esto desencadene otro conflicto con Sachaka».

—El rey ha aprobado nuestra petición de enviar a un negociador a intentar pactar la libertad de Lorkin —prosiguió Osen—. Elegimos a nuestro negociador con sumo cuidado, procurando que fuera alguien capaz de ejercer una influencia considerable sobre el rey de Sachaka. El prejuicio sachakano contra los magos no iniciados en la magia negra redujo nuestras posibilidades. —Osen levantó la vista hacia los magos superiores y extendió el brazo hacia Sonea como para ayudarla a apearse de un carruaje—. Elegimos a la Maga Negra Sonea.

Ella notó un cosquilleo en la piel y se sonrojó cuando cientos de ojos se clavaron en ella. Un murmullo inundó la sala. Resistiendo el impulso de apartar la vista, devolvió la mirada a los magos reunidos, con el corazón un poco acelerado. «¿Qué harán?».

La mano tendida de Osen le hizo una señal para que se acercara. Tragándose un suspiro, ella se puso en pie y comenzó a descender los escalones hacia el Frente.

—No obstante, enviar a una maga negra no representará una ventaja a menos que la hagamos lo más poderosa posible —continuó Osen. Cuando Sonea llegó a su lado, él la miró brevemente antes de dirigirse de nuevo a la concurrencia—. El rey ha concedido su autorización para que la Maga Negra Sonea almacene energía con vistas a su misión. Necesitamos voluntarios que aporten su magia a la causa.

El rumor de voces se hizo más intenso y resonó entre las paredes antes de aplacarse. Tras formarse un juicio sobre el estado de ánimo general, Osen levantó los brazos y el salón se sumió en un silencio inquieto.

—Es la primera vez que se concede una autorización semejante, y gracias a Dios el motivo no es el que tememos desde hace mucho tiempo. A lo largo de los últimos veinte años, hemos aprendido que la magia negra no tiene por qué ir unida a ritos salvajes o sangrías desagradables. Aunque enseñamos este dato a

nuestros aprendices y lo recalcamos a todos los demás, es posible que algunos aún no lo tengan claro. Llamo a la Maga Negra Sonea al frente para que nos lo explique.

Sonea respiró hondo y liberó magia en el aire ante sí para amplificar su voz.

—Los magos sachakanos practican cortes en la piel de sus esclavos porque estos no son magos y por tanto no pueden cederles su energía. En tiempos de guerra, hacen lo mismo a sus víctimas porque es poco probable que estas les donen energía voluntariamente. El rito de la magia superior que forma parte de nuestro pasado era un gesto simbólico de sumisión de un aprendiz respecto a su maestro, y ya no tiene razón de ser. —Consiguió esbozar una sonrisa, aunque temió que fuera más sombría que reconfortante—. Basta con que un mago invoque energía y me la envíe para que yo pueda almacenarla. Eso es todo. Lo único que tiene que hacer el donante es un truco que todos los aprendices dominan ya en su primer año en la universidad. —Paseó la vista por el salón. « En realidad, no hace falta dar más explicaciones », pensó, pero cuando Osen apartaba la mirada de ella, se le ocurrió algo que añadir—. No parece mucho lo que les pido —dijo—: la energía de un día. Pero si con ello consigo liberar a mi hijo..., contarán por lo menos con su agradecimiento y el mío.

Osen asintió.

—Además, con ello garantizarán la seguridad de un miembro del Gremio, una ciudadana de Kyralia y las Tierras Aliadas, y a la vez reforzarán la paz con Sachaka, lo que no es poca cosa. —Se volvió hacia las gradas—. Empezaremos por los magos superiores.

A Sonea el corazón le dio un vuelco cuando el Gran Lord Balkan se levantó y descendió de las gradas, seguido por varios magos superiores. Mientras Balkan se acercaba una voz lo llamó por su nombre desde un lado de la sala. Todos dirigieron la vista hacia allí y advirtieron que los consejeros reales habían bajado de la fila más alta.

—¿Me permitis ser el primero? —preguntó el consejero a Balkan. El Gran Lord sonrió y se hizo a un lado, haciéndole un gesto a Sonea.

—El rey le desea lo mejor —le informó Glarrin, tendiéndole las manos.

Ella se las estrechó, moviendo la cabeza afirmativamente.

—Por favor, transmítale mi agradecimiento, consejero. —Notó un hormigueo en la piel cuando él le envió energía. Al absorberla, una leve sensación le indicó que ahora tenía en su interior más magia de la que le permitía normalmente su límite natural, pero cuando terminó no fue capaz de determinar cuánta magia le había dado el consejero.

Tras dirigir una ligera reverencia a Balkan, Glarrin se retiró. Sonea alzó la vista hacia el líder del Gremio. El hombre alto la contempló con una expresión de sorpresa que ella conocía bien. « Como si le costara tanto asimilar que soy maga superiora como a mí asimilar que él es Gran Lord. Aunque Balkan es un dirigente

competente, para mí el título corresponde solo a Akkarin» .

Lo tomó de las manos para absorber su energía, y poco a poco les llegó el turno a los demás magos superiores. A todos menos a Kallen. Osen había decidido que un puñado de magos conservaran toda su energía. Cuando el último de los magos superiores se retiró, Sonea se volvió hacia el auditorio.

Y sintió que su corazón dejaba de latir.

No había un solo asiento ocupado. Todos los magos estaban de pie en el centro del salón, esperando. « Bueno, es posible que los que no quieren presentarse voluntarios se hayan marchado disimuladamente», se dijo. Sin embargo, la multitud que aguardaba era demasiado numerosa para suponer que muchos habían optado por no participar.

Se percató de que estaba conteniendo la respiración y oyó que un jadeo escapaba de su boca cuando el primer mago se le acercó.

« Regin». Un brillo de humor inesperado asomó a los ojos del hombre cuando le ofreció las manos.

—No tienes la menor idea de cuánta gente te respeta, ¿verdad? —murmuró mientras le transfería magia.

—¿Que me respetan? —Sacudió la cabeza—. No lo hacen por mí, sino por una colega maga y por Kyralia.

—Por eso también —admitió él—, pero no es la única razón.

Le dio una gran cantidad de energía, o al menos eso le pareció a Sonea. Lo observó mientras se alejaba, buscando señales de agotamiento físico, pues le preocupaba que Regin estuviera cansado cuando emprendieran su viaje aquella noche, pero el mago siguiente dio un paso hacia ella y tuvo que dedicarle su atención.

Los voluntarios se sucedieron, uno tras otro. Sanadores, guerreros, alquimistas. Hombres y mujeres. Jóvenes y viejos. Magos de las Casas y de las demás clases. Todos le dirigían unas palabras deseándole suerte, expresándole su deseo de que estuvieran tratando bien a Lorkin y su esperanza de que lo dejaran en libertad, incluso advirtiéndole que tuviera cuidado con los ichanis cuando cruzara el páramo y animándola a regresar a casa sana y salva. Abrumada y sorprendida, ella tenía que pugnar a veces por mantener una actitud serena y digna. En cierto momento, la invadió una oleada de tristeza cuando le vino a la memoria otra ocasión en que estaba de pie en aquel salón mientras los magos desfilaban ante ella. Al pasar, desgarraban su túnica y la de Akkarin mientras pronunciaban frases rituales de destierro.

« Y todo porque habíamos aprendido magia negra para defender Kyralia. Cómo han cambiado las cosas» .

Cuando finalmente un donante se retiró y ella se percató de que ya no quedaba ningún mago esperando, sintió un gran alivio teñido de fatiga. Estuvo a punto de soltar una carcajada por ello. Se suponía que la absorción de energía

debía hacerla más fuerte, no dejarla extenuada. Se concentró en la energía de su interior y detectó un resplandor de magia que escapaba a su control. Al recordar las instrucciones de Akkarin, fortaleció la barrera de influencia adyacente a la piel y notó que la fuga cesaba. Entonces reflexionó sobre la magia que tenía dentro.

Aunque sabía que su fuerza había aumentado, la única manera de calcular hasta qué punto era contar a los magos donantes. Ni siquiera estaba segura de cuánta energía poseía en promedio cada mago del Gremio. «Nunca había acumulado tanta fuerza desde la Invasión ichani, cuando los pobres ofrecieron su energía antes de la batalla».

Osen seguía de pie junto a ella. El salón estaba vacío salvo por Regin, Rothen y él. El sonido de un gong indicó el final de la reunión, pese a que la mayoría de los magos no estaba allí para oírlo.

—¿Qué hora es? —preguntó Sonea casi sin darse cuenta.

Osen se quedó pensativo.

—Me parece que el gong de la universidad ha sonado hace un momento.

Ella lo miró, extrañada.

—¿Tan tarde es? —Se volvió hacia Regin—. Casi ha llegado la hora de llevar el equipaje al carruaje.

—Les quedan unas horas todavía. —Osen sonrió—. Los dos deberían tomar una buena cena antes de partir.

Sonea notó el nudo que se le había formado en el estómago.

—No estoy segura de que pueda.

—Pues todos se llevarán una gran decepción.

—¿Por qué? —preguntó ella con el entrecejo arrugado.

La sonrisa de Osen se ensanchó.

—Los magos superiores han organizado una cena de despedida para usted en el Salón de Banquetes. No pensaría que la dejaríamos marchar sin despedirnos, ¿verdad?

Ella clavó los ojos en él, llena de asombro. Osen soltó una risita.

—Vamos; todos están en el Salón de Noche tomando una copa mientras esperan a que usted se una a ellos.



## Un enfoque diferente

—Aquí el techo es inestable —observó Anyi.

Cery alzó la vista y se fijó en las grietas de las paredes y en la ligera combadura del techo. Unas raíces finas, quizá de un árbol que crecía arriba, formaban una maraña densa en la bóveda del pasadizo.

—Si tenemos que utilizar esta ruta de huida, y Lilia nos acompaña —prosiguió Anyi—, podemos pedirle que lo derrumbe cuando todos hayamos pasado, para impedir que alguien nos siga. O podríamos preparar el techo para hacerlo caer cuando queramos. Lilia podría sostenerlo con magia mientras instalamos pesos y cuerdas para manipularlos desde más adelante.

Cery asintió. « Me gusta su forma de pensar » .

—Se lo preguntaremos —dijo.

—Bueno, ¿adónde conduce esto? —Con una sonrisa de oreja a oreja, Anyi se alejó a paso veloz de la zona inestable y guio a Cery por un pasadizo cada vez más deteriorado. No desembocaba en la entrada de un túnel, sino en un punto en que un árbol había caído a través del techo y obstruido el camino. Una luz tenue y gris se colaba por un agujero entre dos de las gruesas raíces. Los ladrillos y escombros, alisados por la tierra y el musgo acumulados, formaban una especie de rampa por la que trepó Anyi.

Después de asomar la cabeza al exterior, se volvió hacia él y le hizo señas de que se acercara. Cery subió con cuidado, se situó junto a ella y echó un vistazo hacia arriba a través del agujero.

Lo circundaba un bosque iluminado por la aurora. Suspiró al acordarse de una ocasión en que atravesó el bosque del Gremio con Sonea, muchos años atrás — antes de que la capturaran los magos—, para que ella los viera practicar la magia y aprendiera tal vez a controlar sus poderes. Solo un mago puede enseñar a un aprendiz a utilizar la magia de forma segura. Pero en aquel entonces no lo sabían.

« Han cambiado tantas cosas... —pensó Cery—. Por fortuna, el bosque continúa aquí » . Apagó su lámpara, la dejó en el suelo y se aupó para salir del

agujero. Anyi lo siguió.

—¿En qué parte del Gremio dirías que estamos? —susurró ella.

Él se encogió de hombros.

—Seguramente al norte de los edificios, pues en la zona sur de los terrenos hay más colinas que aquí.

—El alojamiento de los sirvientes está hacia el norte.

—Cierto.

—Tal vez encontremos objetos desechados aquí. Muebles. Mantas.

—Es posible.

Cery se apartó del árbol, miró hacia atrás y lo rodeó despacio, intentando grabar la imagen en su retina. Ni Anyi ni él estaban acostumbrados a orientarse en medio de un bosque, y él era consciente de que podían perderse con facilidad y no encontrar la entrada al túnel. Por fortuna, el árbol tenía un aspecto ligeramente distinto de los demás, ya que estaba casi seco, medio hundido en el suelo e inclinado.

Cery dio media vuelta y, con Anyi a la zaga, se internó entre los árboles, contando los pasos y percatándose de que avanzaban cuesta abajo. Sabía que el terreno se elevaba desde la Muralla Interior hasta detrás de los edificios del Gremio, así que supuso que se dirigía hacia el oeste. Varios cientos de pasos más adelante, descubrió que estaba equivocado. La pendiente se encontraba con otra y, por la cañada que había en medio, un riachuelo discurría hacia la derecha. «Bueno, al menos podemos seguir el arroyo. Como mínimo, nos llevará hacia abajo». Tras colocar unas piedras en círculo para marcar el lugar y trazar una línea que señalaba la dirección por la que habían venido, echó a andar río abajo.

Al poco rato, divisaron unas construcciones más adelante. Se acercaron con sigilo y vieron que se trataba de chozas y cercas modestas.

—¿Alojamientos de sirvientes? —musitó Anyi.

Cery negó con la cabeza.

—Demasiado rudimentarios. —El aspecto destartado de los edificios resultaba desconcertante. Había unas estructuras más grandes que parecían hechas de vidrio, pero como estaban llenas de maleza, él dedujo que se hallaban abandonadas. No descubrió dónde estaban hasta que se aproximaron lo bastante para ver qué era lo que rodeaba las cercas.

—La granja.

—Ah, claro. —Anyi señaló—. ¿Eso de allí es un huerto?

Él miró en la dirección que ella le indicaba y asintió al distinguir varias hileras de árboles esmeradamente podados y arcos con enredaderas de bayas. Al lado había pequeñas zonas cercadas de tierra con surcos, como si alguien hubiera pasado un rastrillo muy grande por ella.

—La pregunta es: ¿vive alguien aquí? —murmuró Cery.

Anyi posó los ojos en él por un instante.

—Echemos un vistazo más de cerca.

Caminaron hacia allí, escondidos detrás de los árboles y luego de las largas hileras de arcos a los que estaban sujetas las bayas. Las chozas estaban espaciadas al otro lado de los sembrados. A Cery se le encogió el corazón cuando reparó en que salía humo de una chimenea. Más lejos, una mujer con ropa de criada había salido de una de las casuchas. Él la observó desaparecer en el interior de lo que parecía un corral de rasuks.

—El lugar tiene toda la pinta de estar habitado —comentó Anyi—. ¿Vamos más adelante?

Cery asintió. Tras retroceder hasta la orilla del bosque para ocultarse en la espesura, avanzaron por el borde del recinto de la granja. Cery estaba en lo cierto respecto al corral de rasuks. Más allá de los cultivos y los edificios se extendían campos abiertos en los que pastaban enkas, reberes e incluso algunos gorines grandes y pesados.

«No es suficiente para alimentar al Gremio —advirtió—, pero aprovechan el espacio de que disponen».

—Allí —dijo Anyi, apuntando con el dedo el último edificio.

Cuando Cery se volvió en aquella dirección, cayó en la cuenta de que no era el edificio lo que le señalaba, sino un conjunto de muebles viejos de madera. Unas sillas que no hacían juego entre sí circundaban una tabla apoyada sobre tres patas. Había unos bancos fabricados con madera de desecho colocada sobre unos barriles viejos.

—Un poco de esa paja nos vendría bien para hacer colchones —dijo Anyi, mostrándole un cobertizo bajo el que había varias pacas apiladas—. He visto cómo lo hacen en el mercado. Solo se necesitan unos sacos, hilo y aguja.

—¿Sabes coser?

—No muy bien, pero necesitamos colchones, no vestidos de gala.

Cery rio entre dientes.

—Menos mal, ¿no? Recuerdo que tu madre no podía convencerte de que te pusieras un vestido. Creo que ni el mismísimo rey conseguiría que te pusieras un vestido de gala.

—Ni por asomo —respondió Anyi—. Aunque fuera el hombre más apuesto del mundo.

—Lástima —dijo Cery—. Con lo que me gustaría verte bien arreglada, al menos una vez.

—Me conformaría con cambiarme de ropa. —Anyi miró las chozas con los ojos entornados—. Me pregunto cuánta gente vive aquí y cómo viste. Seguramente llevan uniformes de sirvientes. Supongo que sería útil poder hacernos pasar por criados cuando nos escabullamos de los túneles. —Frunció los labios—. Más tarde regresaré para espiarlos durante un rato, si te parece bien.

—Buena idea. Pero quédate en el bosque y no intentes robar nada todavía. —

Cery asintió—. Ya volveremos por la noche para eso.

Dannyl miraba por la ventanilla del carruaje sin fijarse en la vista del exterior mientras se preparaba para el desaire de la mañana.

Aunque solo hacía tres días que Lorkin estaba en el calabozo del palacio, daba la sensación de que llevaba mucho más tiempo allí. «Seguramente al propio Lorkin su encierro le parece aún más largo, claro». El ashaki Achatu no lo había visitado de nuevo. Dannyl no acababa de decidir si sentir alivio o pesar por ello. Una entrevista con Achatu sin duda estaría cargada de tensión, resentimiento e incomodidad por las circunstancias de Lorkin, pero Dannyl echaba de menos la compañía del ashaki y anhelaba pedirle consejo.

«Es una pena que esté tan próximo al rey. Ojalá me hubiera hecho amigo de un sachakano en una posición un poco más neutral. Podría decirme cómo afrontar mejor la situación».

¿Había algún ashaki que ocupara una posición neutral, desde el punto de vista político? Por lo que Dannyl había averiguado, la mayoría era leal al rey o estaba aliada con un ashaki que tomaría las riendas del poder gustosamente si se le presentara la oportunidad, cosa que no era probable. La autoridad de Amakira no peligraba, gracias al apoyo de los ashakis más poderosos.

Cuando el carruaje se detuvo frente al palacio, Dannyl suspiró. Esperó a que el esclavo de la Casa del Gremio abriera la portezuela para levantarse y bajar del vehículo. Enderezó la espalda, alisándose la túnica, y se dirigió con paso decidido hacia la entrada.

Nadie se interpuso en su camino. Se preguntaba por qué lo habían dejado entrar el día anterior, si lo único que pensaban decirle era que regresara a casa. Salíó otra vez del amplio pasillo a la sala, y un esclavo le indicó que aguardara a un lado.

Había varias personas de pie en la sala. El rey se hallaba presente en esta ocasión. Al menos Dannyl podría elevar su petición directamente a Amakira. Lo que no le garantizaría una respuesta favorable. El rey finalizó su conversación con dos hombres e invitó a otros tres a acercarse.

El tiempo transcurrió. Se presentaron más personas. El rey habló con algunas de ellas poco después de que llegaran, antes que con Dannyl y con otros de los que aguardaban a que los recibiera en audiencia. O ellos o el asunto que deseaban tratar debían de ser más importantes. «O quizá esté ignorándome deliberadamente para ponerme en mi sitio».

Dannyl supuso que habían pasado unas horas cuando el rey por fin dirigió la vista hacia él y le indicó por señas que se acercara.

—Embajador del Gremio Dannyl —dijo.

Dannyl caminó hasta situarse frente a él y se arrodilló.

—Majestad.

—Levántese y acérquese más.

Él obedeció. Al notar una ligera vibración en el aire, Dannyl se percató de que el rey o alguna otra persona había creado un escudo en torno a ellos para aislar el sonido de sus voces.

—Sin duda ha venido a pedirme que le devuelva a Lorkin —dijo el anciano.

—Así es —respondió Dannyl.

—La respuesta es no.

—¿Me permitiréis verlo por lo menos, majestad?

—Por supuesto. —El monarca lo contempló con frialdad—. Siempre y cuando prometa usted que le ordenará revelarme todo cuanto sepa acerca de los Traidores.

—No puedo darle esa orden —repuso Dannyl.

Amakira continuó mirándolo sin inmutarse.

—Eso nos ha dicho. Estoy seguro de que podría convencerle de que la orden procede de quienes poseen la autoridad necesaria para dictarla.

Dannyl abrió la boca para rehusar, pero se contuvo. «Podría acceder a intentarlo para que me deje ver a Lorkin y confirmar que está sano y salvo». Pero ¿y si después el rey alegaba que Dannyl había faltado a su promesa? ¿Era un delito lo bastante grave para que lo encarcelaran? «Osen dejó muy claro que debía evitar eso. Y si me hacen prisionero, me arrebatarán el anillo de Osen».

—Tampoco puedo hacer eso, majestad —replicó Dannyl.

El rey se reclinó en su silla.

—Entonces vuelva cuando pueda. —Hizo un gesto como para despedirlo. Dannyl, que había captado la indirecta, le dedicó una reverencia, retrocedió hasta encontrarse a una distancia apropiada, dio media vuelta y se marchó.

«Bueno, al menos esta vez he tenido la oportunidad de ver al rey —pensó mientras esperaba el carruaje—. Una negativa por parte del soberano es un fracaso ligeramente menor que una negativa por parte de uno de sus lacayos». Se preguntó qué tipo de negativa recibiría al día siguiente, o si empezarían a prohibirle la entrada en el palacio.

Cuando el coche llegó a la Casa del Gremio, Dannyl abrió la portezuela por sí mismo, antes de que lo hiciera un esclavo. Fuera el ambiente era cálido y seco, y fue un alivio resguardarse de él en el fresco interior. Se encaminó hacia sus aposentos, pero antes de que llegara, Merria apareció ante él, en el pasillo.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó.

Dannyl se encogió de hombros.

—Igual, aunque esta vez he recibido una denegación real.

Ella sacudió la cabeza.

—Pobre Lorkin. Espero que se encuentre bien.

—¿Hay noticias de tus amigas?

—No. Dicen que hacen todo lo posible por manipular a los ashakis para que se

opongan al encarcelamiento de un mago kyaliano, pero que hay que avanzar paso a paso y no precipitarse.

Él asintió.

—Bueno..., agradezco su esfuerzo. Todos lo agradecemos.

Habían llegado a la entrada de sus aposentos. Merria alzó la vista hacia él con expresión preocupada y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Estás haciendo todo cuanto está en tu mano —le dijo—. Al menos todo lo que ellos te dejan hacer.

Dannyl frunció el ceño.

—¿Así que crees que no hay nada más que pueda hacer? ¿Nada que deba hacer aunque el Gremio me lo impida? ¿Nada que no se nos haya ocurrido aún?

Ella apartó la mirada.

—No..., al menos nada que no entrañe el riesgo de empeorar la situación si no da resultado. ¿Tienes hambre? Iba a pedirle a Vai que me preparara algo de comer.

«¿A qué idea arriesgada se refiere? —se cuestionó Dannyl—. ¿Debería preguntárselo?».

—Sí —respondió—, pero no ahora mismo. Antes quiero comunicarme con el administrador.

—Ya me encargo yo. —Merria se alejó por el pasillo y desapareció.

El interrogador no se presentó hasta unas horas después del desayuno. Le habían llevado comida, una masa de grano molido aguada. Un símbolo apenas visible trazado con agua en la bandeja de madera porosa le confirmó que podía comer sin peligro.

Lorkin tenía el estómago desagradablemente revuelto mientras el interrogador ashaki y su ayudante lo guiaban en una nueva dirección. El hombre eligió otro pasillo y se detuvo frente a una puerta distinta, pero la habitación que había al otro lado apenas se diferenciaba de la anterior. Unas paredes blancas lisas rodeaban tres taburetes viejos y gastados.

El interrogador se sentó y, tras indicarle con un gesto a Lorkin que ocupara otro taburete, se volvió hacia su ayudante y asintió. El hombre salió discretamente de la habitación. Lorkin se preparó para más preguntas.

El interrogador no le hizo ninguna. En vez de ello, miró en torno a sí, se encogió de hombros y clavó los ojos en Lorkin con aire distante. Cuando el ayudante regresó, propinó un empujón a una esclava para que entrara en la habitación delante de él. Ella se postró en el suelo frente al ashaki. Lorkin intentó mantener una expresión neutra, disimular la repugnancia por la esclavitud que lo había invadido al ver la humillación de la mujer y la normalidad con que el ashaki la presenciaba.

—En pie —ordenó el interrogador.

Ella se levantó y se colocó de cara al ashaki, con los hombros caídos y la vista baja.

—Míralo. —El interrogador señaló a Lorkin.

La mujer se volvió hacia él, con la mirada fija en el suelo. Lorkin advirtió que era hermosa..., o lo habría sido de no haber estado aterrorizada. Su cabellera larga y brillante enmarcaba una mandíbula y unos pómulos prominentes que, por un momento, despertaron en él recuerdos de Tyvara que le aceleraron el corazón y lo llenaron de añoranza. Sin embargo, las piernas de la mujer, aunque igual de gráciles, temblaban, y sus ojos negros estaban desorbitados. A Lorkin le cayó el alma a los pies ante el pavor evidente de la joven. Estaba esperando que ocurriera algo malo.

—Que lo mires, te he dicho. No desvíes la vista.

La esclava alzó la mirada para posarla fugazmente en los ojos de Lorkin. Este se esforzó por no mirar hacia otro lado. Sabía que, de lo contrario, el ashaki lo haría lamentarlo de alguna manera. No pudo evitar escrutar el rostro de la mujer en busca de algún asomo de determinación, o de un amago de comunicación que le diera a entender que era una Traidora. No vio más que miedo y resignación.

«Cree que le espera una experiencia dolorosa, o algo peor. Los únicos esclavos que he visto aquí abajo llevaban cosas. ¿Qué haría si no una joven bonita como ella aquí abajo sin una tarea servil que realizar?» .

A una esclava tan bella nunca le asignarían tareas serviles normales y corrientes.

No pudo evitar pensar de nuevo en Tyvara y en lo que sin duda se había visto obligada a hacer cuando era espía. Ella también era demasiado guapa para no atraer la atención de sus amos de esa manera.

«Después de todo, cuando la conocí supuso que me la llevaría a la cama» .

El interrogador se puso de pie. Aferró a la mujer por el brazo y tiró de ella hacia sí. Llevó la mano a la vaina enjoyada que todos los ashakis portaban al cinto y desenfundó su cuchillo lentamente. Lorkin contuvo la respiración mientras el arma se elevaba hacia el cuello de la esclava. Está cerró los párpados con fuerza, pero no se resistió.

Las palabras se agolparon en la garganta de Lorkin, pero no llegaron a salir de sus labios. Sabía perfectamente qué pretendía hacer el interrogador y con qué objeto. «Si le digo al ashaki lo que quiere saber para salvarla, morirán muchos, muchos más. Si es una Traidora, no querrá que venda a su pueblo» . Tragó en seco.

El cuchillo no se hundió en la garganta de la chica. En cambio, el interrogador lo deslizó por debajo del hombro del vestido y cortó la tela. Sujetó el otro hombro, dio un tirón y la prenda se deslizó hacia abajo, dejando a la esclava desnuda salvo por un taparrabos. La expresión de ella no cambió.

El ashaki se guardó el cuchillo, miró a Lorkin, que estaba detrás de la mujer,

y sonrió.

—Cuando tengas ganas de hablar, no dudes en hacerlo —dijo, doblando los dedos para formar un puño. El ayudante rio entre dientes.

Y entonces los ashakis pusieron manos a la obra.



## Llegar a un acuerdo

Lilia bajó el libro en el que no conseguía concentrarse, paseó la vista por la sala de invitados de Sonea y suspiró.

Aunque Sonea solía estar ausente o dormida, sus aposentos parecían extrañamente vacíos ahora que había partido hacia Sachaka. De pronto, la conciencia de Lilia de que estaba sola y de que no era probable que la visitara alguien —al menos un mago— se había agudizado.

« Bueno, tal vez Kallen venga a verme si no me presento a clase a tiempo, pero no acostumbra a hacer visitas de cortesía ».

Aún era posible que Anyi se colara de noche por la abertura secreta abierta entre los paneles de la sala, pero ahora que Cery, Gol y ella vivían debajo del Gremio, era menos peligroso que Lilia los visitara a ellos. Siempre había existido el riesgo de que alguien sorprendiera a Anyi en las habitaciones de Sonea y cayera en la cuenta de que no la había visto entrar o salir por la puerta.

La única otra persona que acudía a ver a Lilia con regularidad era Jonna, sirvienta y tía de Sonea. Se pasaba por sus aposentos dos veces al día para servirle las comidas. « Pero seguro que además viene a limpiar cuando yo estoy en clase », pensó Lilia, al recordar que por lo general cuando regresaba lo encontraba todo ordenado. Si bien Jonna solía entrar en la habitación de Sonea después de la cena para cambiar la ropa de cama y llevarse las túnicas que había que lavar, solo lo hacía porque Sonea había trabajado en el turno de noche en alguno de los hospitales.

Lilia dirigió la vista hacia la puerta abierta de su dormitorio y contempló la bolsa que utilizaba para transportar los libros de texto y los cuadernos. Había metido en ella la comida que había cogido en el refectorio ese día, un poco de jabón y toallas limpias de los baños, con el fin de llevárselo todo a sus amigos. También tenía noticias de Kallen que transmitirles, pero Lilia no podía escabullirse hasta que Jonna llegara con la cena.

Mientras tanto, intentaba estudiar. Bajó la mirada hacia el libro que tenía entre

las manos. No había conseguido ponerse al día en las lecciones que se había perdido cuando estaba presa en la atalaya. Los profesores lo notarían si se retrasaba aún más.

«En cuanto Cery, Anyi y Gol estén bien instalados, podré volver a mis estudios —se dijo—. Tal vez estudie durante todo el siguiente dialibre. Si mi plan da resultado esta noche, al menos tendré una cosa menos de la que preocuparme».

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos. Lilia se puso de pie por si se trataba de un mago y abrió la puerta con magia. Para su alivio, Jonna entró con paso apresurado en la sala. Aunque iba cargada con una caja lacada y una jarra grande, la mujer se las arregló para hacer una reverencia antes de depositarlo todo sobre la mesa.

—Buenas tardes, lady Lilia.

—Buenas... tardes —titubeó Lilia mientras abría la caja y comprobaba, desilusionada, que contenía un tazón con una sopa espesa y un solo panecillo, además de un postre con crema. «Es lógico. A partir de ahora, traerá comida para una sola persona». Esto hacía que fuera aún más importante que el plan de Lilia saliera bien.

—¿Ocurre algo? —preguntó Jonna.

—Es que... esperaba que Anyi viniera a verme esta noche.

A Lilia le había sorprendido descubrir que Jonna ya sabía que Anyi era hija de Cery y que conocía la entrada secreta a los aposentos de Sonea, pero luego se había enterado de que la mujer era tía de Sonea. Esto explicaba que Jonna se comportara como una mandona con Sonea en privado, sin miedo y sin consideración hacia su posición social.

Jonna sonrió mientras pasaba los alimentos de la bandeja a la mesa.

—Viene muy a menudo últimamente.

Lilia asintió.

—Al menos aquí está a salvo.

—Y puede comer como es debido —añadió Jonna. Enderezó la espalda—. Iré a buscar algo para ella. Algún plato que esté bueno aunque se sirva frío, para que pueda llevárselo si ya ha cenado.

—¿Podrías...? —Lilia hizo una mueca—. ¿Podrías traerle algo todas las noches? Aunque no se lo coma, hay otras personas a las que quiere ayudar..., es decir, a las que quiero ayudar. Y... ¿podrías traer aceite de lámpara para que no tenga que venir a oscuras?

Jonna asintió con aire comprensivo.

—Claro.

—Y... supongo que no... Si no es demasiado pedir... ¿Qué hace el Gremio con la ropa de cama vieja y los muebles rotos?

La criada arqueó las cejas.

—Por aquí los muebles no suelen romperse. Están tan bien hechos que duran cientos de años. Si algo se rompe, lo arreglamos, y si ya no está en condiciones lo bastante buenas para los magos, se lo regalamos a la servidumbre. —Se encogió de hombros—. Lo mismo ocurre con las sábanas viejas. Cuando están demasiado raídas para los criados, hacemos trapos con ellas. —Miró a Lilia—. Pero hay más sábanas y mantas que muebles. Puedo intentar conseguir algunas.

Lilia asintió.

—Gracias. Le compraría esas cosas yo misma, pero no se me permite salir del recinto del Gremio para ir de tiendas.

—Puedo comprarlas por ti —se ofreció Jonna—, si me das una lista por escrito.

—¿Tienes tiempo? Debes de estar ocupada.

—No tanto como cabría esperar, sobre todo ahora que Sonea no está. Conseguir cosas para ti forma parte de mi trabajo.

—Pues... gracias. Te lo agradecería mucho.

Jonna señaló el cuenco.

—Ahora, tómate eso antes de que se enfríe. Yo iré a ver qué encuentro para Anyi.

Cuando la puerta se cerró tras la sirvienta, Lilia exhaló un suspiro de alivio y satisfacción. Su plan había funcionado, pero ella se sentía un poco culpable por haber insinuado que lo que pedía era para personas necesitadas, cuando en realidad era para Cery, Gol y Anyi. « Aunque lo cierto es que lo necesitan » .

Tras bajar la vista hacia la cena que Jonna le había servido, decidió comérsela y dar los alimentos que había cogido en el refectorio a Cery y a Gol. La sopa era mucho más difícil de transportar, y el postre seguramente se derramaría. Al menos si Jonna veía indicios de que Lilia se comía una parte de lo que ella le había llevado, no le preocuparía que la joven no estuviera alimentándose bien, o que estuviera regalándolo todo.

Mientras cenaba, pensó en la importancia que podían llegar a cobrar detalles insignificantes y cotidianos como aquellos. Cery, su amigo y su hija estaban más seguros en los túneles del Gremio, sobre todo ahora que el pasaje que comunicaba con el Camino de los Ladrones estaba destruido, y no obstante algo tan trivial como hacerles llegar alimentos constituía una dificultad y un riesgo diarios. De no ser porque Lilia tenía que buscar constantemente víveres para ellos, habría resultado mucho más sencillo ocultarlos del Gremio.

« Además, yo quisiera hacer algo más que llevarles comida —pensó—. Me gustaría que estuvieran cómodos. No puedo pedirle a Jonna que compre cosas lujosas, pues eso despertaría sus sospechas. A menos que... le dijera que son para mí... » .

Tras terminarse la sopa, se levantó, se procuró papel, una pluma y tinta, y comenzó a escribir una lista.

Mientras pestañeaba intentando despabilarse, Sonea se maravilló por haber sido capaz de dormir pese a los tumbos que daba el carruaje. Al dirigir la mirada a Regin, que iba en el asiento de enfrente, vio que estaba despierto y la observaba. El hombre le dedicó una sonrisa leve y desvió la vista cortésmente.

«¿Cuánto rato habré dormido? —Sonea apartó la cortina que cubría la ventanilla de la portezuela. Los rodeaban unas colinas verdes teñidas del dorado del atardecer—. Bastante. Pobre Regin. Seguramente se ha pasado buena parte del día despierto y aburrido».

La noche anterior, durante las primeras horas de su viaje, su conversación había girado en torno a las disposiciones que habían tomado para ocuparse de las cosas durante su ausencia, los progresos y el futuro de Lilia, los lugares en los que seguramente pararían a lo largo del trayecto, y la información que les habían facilitado sobre la sociedad sachakana. Cuando Regin había empezado a bostezar, ella le había insistido en que intentara dormir. Al final él le había hecho caso, con una almohada de viaje aprisionada entre su cabeza y un lado del coche. Los tramos de carretera más próximos a la ciudad eran más llanos que los que se adentraban en la campiña, por lo que el vehículo no daba muchas sacudidas bruscas que lo despertaran.

Ella se había pasado la noche mirando por la ventanilla, pensando en las misiones que se le habían encomendado y preocupándose por Lorkin. Los recuerdos de la última vez que había recorrido aquel camino, cuando seguía a Akkarin hacia el destierro, evocaron en ella ecos de emociones de veinte años atrás: miedo, rechazo, esperanza y amor, todo ello mitigado por el tiempo. Sonea los abrazó, se aferró a ellos por unos instantes y luego dejó que se desvanecieran en el pasado.

Este viaje provocaba en ella emociones nuevas e interesantes. Aparte del temor y la inquietud respecto a Lorkin, y la ansiedad por la posibilidad de que todo les saliera mal a Regin y a ella, notaba una extraña euforia. Tras mantenerla veinte años confinada en los terrenos del Gremio, de pronto la habían dejado en libertad.

«Bueno, no del todo. No puedo ir a donde se me antoje. Tengo que cumplir una misión».

—¿En qué piensas?

La pregunta de Regin la sacó de su ensimismamiento. Ella se encogió de hombros.

—En que no estamos en la ciudad. Daba por sentado que jamás volvería a salir de ella.

Él emitió un leve bufido de indignación.

—Deberían confiar más en ti.

Ella sacudió la cabeza.

—No creo que el problema fuera la falta de confianza. No les quedaba otro remedio que fiarse de mí. Creo que tenían miedo de lo que pasaría si se producía una nueva invasión y yo no estaba cerca para defender Imardin. O si Kallen se volvía contra ellos.

—¿Crees que Kallen se aprovechará de tu ausencia?

Sonea negó con un gesto, pero entonces se acordó de un rasgo de Kallen que no le gustaba y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

Ella suspiró. « Si soy tan transparente para Regin, ¿cómo me irá cuando me reúna con el rey Amakira y con los Traidores? Supongo que aún no estoy lo bastante despierta y en guardia. Pero jamás me lo perdonaría si fracasara en el intento de liberar a Lorkin o de establecer una alianza por estar soñolienta» .

¿Qué podía decir? Era evidente que Regin había reparado en las dudas que ella albergaba respecto a Kallen, y se imaginaría toda clase de motivos si ella no le daba uno. Algo tenía que decirle.

« La verdad. No se trata precisamente de un secreto, de todos modos» .

—La carroña —declaró—. La craña. Esa es su debilidad. Si yo quisiera corromper a Kallen, empezaría por controlar su acceso a la droga.

Las cejas de Regin se juntaron.

—¿Cuántas personas conocen esta debilidad?

—Vinara la conoce. Rothen también. Sospecho que muchos de los magos superiores lo saben, aunque no hemos tocado el tema. O, al menos, ellos no lo han tocado en mi presencia.

—Quien sea que se la venda lo sabe también —agregó Regin.

—Sí.

—Lilia también consumía craña, ¿verdad?

—Cuando estaba con Naki. Por lo visto, Lilia no se ha vuelto adicta. De hecho, ahora siente aversión por la craña y sus consumidores. Creo que achaca a la droga algunas de las imprudencias que Naki y ella cometieron.

Regin se quedó pensativo.

—O sea que en el Gremio hay un mago negro adicto a la craña, y una maga negra resistente a ella.

—Y otra que no la probaría ni aunque le pagaran —añadió Sonea, estremeciéndose.

Él la miró y sonrió.

—Eres demasiado inteligente para eso. No te dejas dominar por nada ni por nadie.

Sonea notó que se le encendían las mejillas.

—Excepto por el Gremio.

—Una excepción respetable. —Apartó la vista—. Ojalá yo hubiera tenido tu determinación y tu fuerza de voluntad para desafiar los convencionalismos

cuando era más joven.

Ella meneó la cabeza.

—¿Falta de determinación, tú? Siempre tuve la impresión de que estabas totalmente seguro de ti mismo y de lo que querías en la vida.

—Sí..., pero nunca tuve que tomar decisiones. Me enseñaron que todo debía ser de una manera determinada porque eso garantizaba la seguridad, el poder y la riqueza de todo el mundo, y yo no lo ponía en duda. Pero conforme me hacía mayor, empecé a cuestionarlo. Empecé a darme cuenta de que si no me resistía era por miedo a que no me aceptaran mis iguales. Comprendí que las únicas personas cuya seguridad, poder y riqueza protegíamos eran mi familia y la Casa; que las Casas se oponían al cambio porque temían que disminuyera su poder y su seguridad. Y aún lo temen.

—Kyrallia ha cambiado mucho en los últimos veinte años, y no por ello las Casas han perdido poder o riqueza.

Regin sacudió la cabeza.

—Los perderán. Quizá falte mucho tiempo, pero tarde o temprano sucederá. Las señales de advertencia están allí, si uno sabe qué buscar. ¿Y sabes qué he descubierto? —Se volvió hacia ella y se encogió de hombros—. Que me da igual. Por mí, las Casas pueden irse al garete. Se sustentan sobre la mentira y la codicia.

Sonea se sintió ligeramente identificada con estas palabras. Desde su sonada separación de su esposa, Regin tenía tendencia a dejar caer comentarios despectivos y desafiantes sobre las costumbres y expectativas de la clase superior. Aunque en parte los aprobaba y en parte los comprendía, Sonea se preguntaba hasta qué punto perduraría el desencanto de Regin cuando su dolor personal remitiera.

—Estoy segura de que no pensarías lo mismo si acabaras como un mendigo en la calle —señaló con delicadeza.

Regin posó los ojos en ella y se encorvó un poco.

—Probablemente. Pero tal vez sería un hombre mejor, quizá incluso más feliz. Al admitir alumnos de origen humilde, el Gremio ha hecho posible que la gente supere las barreras entre clases. Veo que los recién llegados se jactan de ello, y me dan ganas de advertirles que hay un precio que pagar. Pero luego... luego veo que ellos no tienen que pagar ese precio y entonces siento, bueno, envidia. De algún modo ellos consiguen la riqueza, el poder y la magia, sin estar obligados a respetar acuerdos o tradiciones antiguos, o a relacionarse únicamente con las personas que gozan de la aprobación de su Casa, o a casarse con la mujer elegida por su familia.

—Quizá al final tengan que hacerlo.

Regin negó con la cabeza.

—No. Fíjate en ti. —Alzó la vista hacia ella—. Nadie te obligó a casarte.

—Estoy segura de que si hubiera optado por casarme, mi elección habría dado mucho que hablar.

—Pero nadie se habría atrevido a decirte que no lo hicieras.

—Solo porque soy la primera maga negra del Gremio. Una excepción. Nadie puede hacer predicciones sobre mí basándose en otros casos.

Regin le lanzó una mirada extraña, abrió la boca para hablar, arrugó el entrecejo y la cerró de nuevo. Sus ojos se apartaron de ella. La curiosidad de Sonea se avivó.

—¿Qué ibas a decir? —inquirió.

Él la miró con expresión vacilante.

—Iba... iba a preguntarte por qué no te habías casado, pero supongo que la respuesta es evidente... y preguntártelo sería una descortesía por mi parte.

Ella se encogió de hombros.

—Una descortesía, no. Y el motivo no es el que tú crees. Es cierto que, después de la muerte de Akkarin, ni siquiera me habría planteado la idea de casarme durante una larga temporada, pero no durante los últimos veinte años. Podría haberme casado con Dorrien si las circunstancias no se hubieran conjurado en nuestra contra, pero conoció a otra persona mucho antes de que yo estuviera preparada. —«Y menos mal que ocurrió así»—. Creo que no habríamos congeniado del todo. Para empezar, él adora el campo y habría tenido que mudarse al Gremio para vivir conmigo, pues yo no tenía permitido marcharme.

Regin la observaba con un interés que rayaba en la culpabilidad. «Seguramente es una pregunta que mucha gente querría hacerme», pensó ella.

—Cuando yo ya estaba preparada, nadie se mostró interesado —prosiguió—. Los hombres de mi edad no habían dejado atrás sus prejuicios contra los magos de clase baja, y los únicos magos de clase baja que había eran demasiado jóvenes. Algunos de los magos superiores me dieron a entender que creían que un esposo sería un punto débil que alguien podría aprovechar para hacerme chantaje..., como si Lorkin no lo fuera ya. Por otro lado, estaba él. Siempre ha sido muy celoso de los otros hombres de mi vida.

Regin frunció el ceño.

—¿Qué...? —Hizo una pausa y sacudió la cabeza.

—¿Sí?

Él torció el gesto.

—¿Qué harás si el rey Amakira amenaza a Lorkin?

Sonea, que no esperaba el cambio de tema, notó que se le helaba el corazón. Guardó silencio por un instante para respirar hondo y exhalar despacio antes de contestar.

—Recalcaré que es Lorkin quien tiene información sobre los Traidores, no yo, y que por tanto es mucho más lógico que me torturen a mí para obligarlo a

hablar.

Regin se quedó boquiabierto y luego tragó saliva.

—¿Es prudente que sugieras al rey la idea de torturarte?

Ella se encogió de hombros.

—Estoy segura de que se le ocurrirá a él solo en cuanto se entere de que me dirijo hacia allí. Si está dispuesto a torturarme a mí, debemos concluir que ha dejado de lado toda renuencia a incurrir en la ira del Gremio y las Tierras Aliadas. En cualquier caso, no tendré la menor posibilidad de recuperar a Lorkin.

Un orgullo desesperado se apoderó de ella por haber conseguido que la voz no se le entrecortara al pronunciar la última frase, aunque había estado a punto. « Si logro seguir así, quizá pueda disimular mis sentimientos delante de sachakanos y Traidores» .

—Espero por el bien de todos que la situación no llegue a ese extremo —dijo Regin con sinceridad.

Ella asintió en señal de que estaba de acuerdo. Si el rey Amakira no tenía reparo en torturarla, Regin tampoco estaría a salvo.

Él se deslizó en el asiento hasta quedar sentado enfrente de ella y le tendió las manos.

—Ha transcurrido un día entero desde la reunión, y he recobrado las fuerzas. Deberías absorber mi energía ahora, antes de que llegemos a la casa de queda.

Ella fijó la vista en él, paralizada de nuevo por la reticencia. « Esto es absurdo. No debería vacilar en aceptar la energía que alguien me ofrece de buen grado, cuando estoy autorizada para ello y es posible que la necesite. —Cayó en la cuenta de que no se había sentido tan cohibida durante la reunión. Por algún motivo, practicar la magia negra con otra persona en privado le parecía un acto perturbadoramente... íntimo—. E ilícito, tal vez porque la única otra ocasión en que lo realicé en privado fue con Akkarin» .

Regin la estudiaba, con las cejas juntas en un gesto de desconcierto creciente. Tras inspirar profundamente, Sonea le tomó las manos. Percibió la magia que fluía desde el cuerpo de Regin, y comenzó a almacenarla en su interior.

—Lo siento. No consigo acostumbrarme a esto —reconoció, meneando la cabeza.

Él asintió.

—Es comprensible. Fue algo que se te prohibió durante mucho tiempo. De hecho, yo pensaba que tal vez habías olvidado cómo se hacía, después de todos estos años. —Sus labios se curvaron por un momento en una sonrisa socarrona.

Sonea consiguió sonreír también.

—Ojalá pudiera olvidarlo.

—Despejado —dijo Gol.

Cery movió la cabeza afirmativamente. Había enviado a Gol delante para



que comprobara que nadie había descubierto su escondrijo. Costaba abandonar los viejos hábitos de seguridad. Recogieron su carga y la llevaron a través de los pasadizos hasta la habitación. Cery dejó en el suelo dos sillas viejas y maltratadas, Anyi dejó caer dos balas de paja que transportaba a hombros y Gol tiró un montón de sacos junto a la caja que había estado utilizando como asiento.

A continuación, sacaron de sus bolsillos las frutas, verduras y otros objetos que habían encontrado en los edificios de la granja y alrededores. Cery alzó la mirada hacia Gol, que tenía en la mano un carrito de hilo basto.

—¿Dónde lo has encontrado?

Gol se encogió de hombros.

—En uno de los cobertizos. Había una cesta repleta, así que he supuesto que si me llevaba uno, nadie lo echaría en falta. También he cogido esto. —Se abrió la chaqueta para revelar una aguja larga y curva clavada en el forro del interior—. Si voy a hacer colchones, la necesitaré.

Cery contempló a su amigo con aire dubitativo.

—¿Tú vas a hacer colchones?

—Anyi dice que no sabe coser.

—¿Ah, sí? —Cery sonrió ante la mentira de su hija—. ¿Y tú sí sabes?

—Lo suficiente para esto. Ayudaba a mi padre a remendar las velas. —Pasó la punta del hilo por el ojo de la aguja con una destreza reveladora.

—Eres un hombre de talentos ocultos, Gol —comentó Cery. Se sentó en una de las sillas y sonrió al recordar su visita clandestina a la granja. Su creencia de que las chozas estaban ocupadas por sirvientes había resultado ser falsa. Todas se encontraban deshabitadas. Aunque habían podido moverse libremente por el lugar, Gol, Anyi y él habían procurado no dejar huellas de su allanamiento, y no se habían llevado nada que no hubiera en abundancia. Anyi había propuesto que cambiaran de lugar las otras sillas, como si alguien se hubiera limitado a trasladarlas de un sitio a otro con algún propósito y hubiera olvidado colocarlas donde estaban, para que no se notara que faltaban algunas.

Anyi palpó la fruta.

—Está verde —dictaminó—. Le faltaba un poco para madurar. A oscuras no se notaba. ¿Cómo vamos a cocer estas verduras?

—Solo he cogido las que pueden comerse sin cocer —dijo Gol.

Ella arrugó la nariz con desagrado.

—¿Crudas? Tengo hambre, pero no tanta.

Él arqueó las cejas.

—Algunas están más buenas crudas, sobre todo cuando son frescas. Pruébalas y verás.

Anyi no parecía muy convencida.

—Esperaré a Lilia. Ella puede cocerlas con magia.

—Tal vez no siempre le sea posible traernos comida —le recordó Cery—.

Cuanto menos veces venga a vernos, menor será el riesgo de que el Gremio nos descubra aquí.

—Entonces tendré que encontrar una entrada secreta a las cocinas del Gremio. —Anyi se puso de pie—. Voy a ver si necesita ayuda para traer algo.

Gol sacudió la cabeza mientras ella cogía un farol y se marchaba.

—No sabe lo que se pierde —murmuró.

Cery miró a su amigo.

—Esperaba que tardarais más de tres días en empezar a sacaros de quicio el uno al otro.

—Puede que no tengamos elección respecto a... —Gol se interrumpió, levantó la vista y vio la expresión de Cery—. Ya. Intentaré evitarlo. A ella tampoco le gusta estar metida bajo tierra.

—No —convino Cery. Al oír un sonido, se acercó a la puerta de la habitación. Unas voces sonoras llegaron hasta sus oídos, aunque no alcanzó a distinguir qué decían—. Al parecer, Lilia ya venía hacia aquí.

Se sentó de nuevo a esperar a que llegaran las chicas. Lilia llevaba la caja lacada de siempre, que esta vez estaba llena de bollos rellenos de carne con especias y pegajosos pastelitos de semillas.

—Esto sí que es comida de verdad —dijo Anyi mientras cogía un bollo.

Lilia sonrió de oreja a oreja.

—He conseguido que Jonna acceda a llevarme comida todas las noches para Anyi y para los pobres, y a conseguirme mantas y aceite para lámparas. Cree que estoy siendo caritativa.

Esto alarmó a Cery.

—No le habrás hablado de nosotros, ¿verdad?

—No. —Lilia miró las sillas, la paja y a Gol, que estaba cosiendo sacos—. ¿Habéis sacado todo esto de la granja?

Sin duda Anyi le había contado su correría nocturna.

—Sí.

—¿No lo echarán en falta?

—Hemos tomado precauciones —le aseguró Anyi.

Lilia se sentó en una de las cajas.

—Por si acaso, manteneos alejados de ahí durante unos días. Estaré atenta a cualquier comentario sobre allanadores o ladrones. Bueno..., os traigo noticias de Kallen.

A Cery el corazón le dio un vuelco.

—¿Sí?

—Dice que en la ciudad empiezan a correr rumores sobre tu ausencia. Unos creen que estás muerto. Otros dicen que Skellin te ha encerrado o acorralado en algún sitio.

—Eso no está muy alejado de la realidad —farfulló Gol.

Lilia lo miró de reojo y luego clavó la vista en él cuando se percató de lo que estaba haciendo. Enarcó las cejas pero no hizo comentarios sobre la habilidad de Gol como costurero.

—Los hombres de Skellin han estado hablando de tu... —Agitó una mano—. De eso a lo que te dedicas.

—Prestar dinero, proteger a la gente, administrar negocios, presentar unas personas a otras, vender... —empezó a enumerar Cery.

—No sigas —lo cortó Lilia—. Como dice Sonea, prefiero no saberlo para que no me acusen de estar involucrada en algo.

—Creía que se me daba bien lo de hacer que todo pareciera legal. —Cery se volvió hacia Anyi, que puso cara de circunstancias.

—¿Algunos de los hombres de Skellin creen que Cery ha muerto? —inquirió Gol.

Lilia se encogió de hombros.

—Kallen no ha especificado tanto. Pero quiere saber si Cery planea retomar el control de esos... negocios.

—Dile que no estaré en posición de hacerlo hasta que él se deshaga de Skellin. ¿Ha hecho progresos en esa dirección?

La joven negó con la cabeza.

—No me lo ha dicho. Creo que esperaba que le resultaras tan útil como a Sonea.

Cery suspiró y desvió la vista.

—Será mejor que le dejes muy claro que ya no le resulto útil a nadie.

Anyi emitió un gemido de protesta.

—A nosotros sí.

Cery le lanzó una mirada de incredulidad.

—De no ser por mí, no estaríais metidos aquí abajo. En este sitio no soy más que una carga para Lilia.

Esta arrugó el entrecejo.

—No eres una carga. Al menos no una carga muy pesada.

Anyi le posó una mano en el hombro.

Él torció el gesto.

—Lo máximo a lo que puedo aspirar es a ser una preocupación pequeña pero permanente para Skellin. Aunque se rumoree que he muerto, él no se lo creerá del todo porque no ha visto el cadáver. Tiene que considerar la posibilidad de que esté vivo y tramando algo.

«Se apoderará de mi territorio con cautela, tras interrogar a todos aquellos que puedan conocer mi paradero. —Se le encogió el corazón a causa del sentimiento de culpa—. Mi gente preferirá creer que he muerto, pues si estoy vivo y no lucho contra Skellin parecerá que los he abandonado. Si se enteran de que estoy escondido debajo del Gremio, se imaginarán que llevo una vida de

lujos en compañía de mis amigos magos, y no esto» .

Lamentó no poder obtener otro provecho de su estancia debajo del Gremio que el de la mera supervivencia.

« Estamos aislados del resto de la ciudad. Los magos no están lejos, y una en particular (Lilia) nos ayuda. Pocas personas se atreverían a bajar aquí si lo supieran. —Cery frunció el ceño—. ¿Se atrevería Skellin?» .

Tal vez sí, si tuviera una buena razón para ello.

«Si llegara a venir, tendría mucho cuidado. Enviaría primero a unos exploradores para asegurarse de que no hay peligro. Luego, no vendría él en persona a menos que tuviera una buena razón para adentrarse en los pasadizos. Independientemente de cómo se entere de la existencia de los túneles y de la manera de acceder a ellos, sin duda sospechará que alguien le ha hecho llegar esa información deliberadamente para tenderle una trampa.

» Después de todo, es lo que pensaría yo en su lugar» .

Por otra parte, si hubiera algo allí que Skellin estuviera ansioso por conseguir, tal vez correría ese riesgo. Bastaría con que Cery ideara un cebo lo bastante atractivo para hacerlo morder el anzuelo. Esta vez tendría que tratarse de algo mucho más tentador que unos libros sobre magia.

## Amigos y enemigos

Lorkin despertó bruscamente. Contempló el techo, parpadeando perplejo ante aquella roca desnuda que no le resultaba familiar, pero enseguida se acordó de dónde estaba y por qué.

Y de que no estaba solo en la celda.

Se volvió para ver a la joven que yacía en el suelo cerca de la reja de la celda. Su piel y los jirones a los que había quedado reducido su atuendo de esclava estaban manchados de sangre. Tenía los ojos fijos en el interrogador ashaki, que se encontraba de pie en la puerta de la reja.

Mientras Lorkin se levantaba despacio, el ashaki se agachó, la aferró del brazo y tiró de ella para ponerla de pie. Ella emitió un grito ronco y se dobló como si no le aguantaran las piernas, pero el hombre se rio.

—No engañarías ni a un necio —espetó. Deslizó su mano libre por el brazo de ella hasta el hombro, y le pasó los dedos por el cabello. Miró a Lorkin con una amplia sonrisa—. La has sanado bien. Considerando todo lo que tenía roto, debes de haber quedado agotado.

Lorkin lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

—No mucho.

El interrogador soltó una risita.

—Eso ya lo veremos. —Se volvió hacia la esclava—. Camina o te llevamos a rastras.

Ella dejó de fingir que estaba herida. Afianzó los pies en el suelo, se irguió del todo y bajó la vista hacia su cuerpo, maravillada. Su asombro por el hecho de que estaba entera se evaporó cuando el ashaki tiró de ella hacia la reja.

—Ven conmigo, kyraliano —dijo el ashaki—. Tenemos más asuntos de que hablar.

Lorkin se planteó la posibilidad de negarse a salir de la celda, pero concluyó que no ganaría nada con ello. Aunque esto obligaría al ashaki a gastar algo de magia para sacarlo de allí, sería una cantidad pequeña que podría reponer

fácilmente absorbiendo la energía de un esclavo. Lorkin dudaba que el ashaki tuviera reparo en torturar a la chica allí mismo. Sin rechistar, salió de la celda detrás del interrogador. Su ayudante los siguió, como de costumbre.

La esclava caminaba encorvada. Lorkin no pudo evitar que le vinieran a la memoria las imágenes y sonidos del día anterior. Los tormentos infligidos por el ashaki habían sido lentos y brutales, concebidos para causar todo el dolor y el daño posible sin matarla.

A Lorkin le había hecho falta toda su fuerza de voluntad para no hablar. Había intentado pensar otras maneras de impedir que el ashaki continuara con aquello, aunque solo fuera provisionalmente, pero sabía que nada daría resultado durante mucho tiempo. Aun así, no dejaba de dar vueltas en la cabeza a estas ideas: mentir al ashaki; contarle cosas ciertas pero irrelevantes sobre los Traidores; incluso ofrecer su vida a cambio de la de la mujer.

Al final, consiguió sentir una indiferencia desagradable hacia todo ello. Renunció a sus pretensiones de ayudar a la esclava o a sí mismo. Más tarde se estremeció al recordarlo, y le preocupó que su resignación frente al destino de la mujer fuera el paso previo a desistir de proteger a los Traidores.

Intentó mantener a Tyvara en el pensamiento para fortalecer su determinación, pero esto solo lo llevó a imaginar cuánto debía de haber sufrido ella a manos de los ashakis mientras se hacía pasar por esclava. «Palizas. Verse utilizada como esclava sexual». La aversión de Lorkin hacia la esclavitud se había acrecentado hasta dar lugar al odio.

El día anterior, él estaba convencido de que el ashaki acabaría por matar a la esclava. Lo que menos se esperaba era que el hombre la encerrara en la celda con él. Conforme transcurrían las horas, su indiferencia se había desvanecido. Los gemidos y lamentos de dolor de la mujer le habían resultado cada vez más insoportables.

«¿Pretendían que me viniera abajo a causa del sentimiento de culpa, o simplemente que me debilitara al sanarla? Tal vez querían ver si era capaz de matarla y yo mismo para poner fin a su sufrimiento».

Había llegado a la conclusión de que usar la energía extra que Tyvara le había proporcionado para sanar a la esclava no supondría una pérdida muy grande. De todos modos no le serviría para protegerse durante mucho tiempo si el interrogador decidía torturarlo o matarlo. No cayó en la cuenta hasta más tarde de que al haberla sanado había hecho posible que el ashaki la torturara de nuevo.

Ella le había dado las gracias, lo que lo había hecho sentir peor. Había permanecido despierto durante largo rato, intentando convencerse de que el interrogador había conseguido su propósito. Había utilizado a la esclava para obligarlo a gastar su energía. Lorkin había demostrado que no hablaría, por más que el ashaki la atormentara. Ella ya no sería necesaria.

Ahora esta idea le parecía una ilusión vana y absurda.

El ashaki los condujo a la misma habitación. La habían limpiado. Propinaron un empujón a la esclava, que se acuclilló en un rincón, en una postura sumisa y defensiva.

Como el día anterior, le indicaron a Lorkin que se sentara en un taburete. El interrogador se reclinó contra la pared y cruzó los brazos. El ayudante se encaramó en otro taburete.

—Bien. ¿Tienes algo que decirme? —inquirió el ashaki—. Me refiero a algo relacionado con los Traidores, claro está.

—Nada que no sepa usted ya.

—¿Estás seguro? ¿Por qué no me cuentas qué es lo que crees que sé sobre los Traidores?

—¿Para comprobar si nuestros conocimientos coinciden? —Lorkin suspiró—. Qué truco tan obvio. ¿Cuándo aceptará que no le revelaré nada?

El interrogador se encogió de hombros.

—No depende de mí, sino del rey. Yo no soy más que su... —frunció los labios, pensativo— su investigador. Con la salvedad de que yo obtengo información de la gente, no de libros o pergaminos antiguos y polvorientos, ni explorando lugares remotos o espionando en países extranjeros.

—La tortura debe de ser el método de investigación menos fiable.

—Requiere de cierta habilidad. —El ashaki descruzó los brazos y se apartó de la pared—. No la ejercito a menudo, así que me alegra que se me haya presentado ahora la oportunidad. A menos, claro, que me distraigas con algo más interesante.

Lorkin se esforzó por devolver y sostener la mirada al hombre, así como por hablar en un tono sereno, aunque tenía un nudo en el estómago.

—¿No se le ha ocurrido que los medios de los que se vale para convencerme de que hable podrían reforzar mi voluntad de mantener la boca cerrada?

El ashaki le dedicó una sonrisa despreocupada.

—¿Tú crees? Bien, de acuerdo. Pongamos a prueba esa teoría.

Se volvió hacia la esclava, que emitió un quejido. Lorkin notó que su determinación flaqueaba. «Pero si le hablo de los Traidores, miles de ellos podrían acabar como esta mujer. Y si ella es una Traidora, lo sabe y no querría que los delatara».

Se aferró a este pensamiento, intentando desterrar de su mente la posibilidad de que ella ni siquiera fuera una Traidora, mientras el interrogador procedió a deshacer todo lo que Lorkin había arreglado la noche anterior.

Como la mayoría de los aprendices, Lilia había descubierto pronto que en el edificio de la universidad había una red de pasadizos y habitaciones interiores a la que se accedía a través de unos corredores cortos acondicionados de modo que

parecieran cuartos de almacenamiento. Sin embargo, los aprendices no tenían prohibida la entrada. Cientos de años atrás, el Gremio había crecido tanto que la necesidad de espacio para aulas había pesado más que el propósito con el que habían sido diseñadas aquellas habitaciones interiores. Ahora se impartían en ellas clases especiales o particulares.

Los túneles de debajo del Gremio tampoco constituían un gran secreto. Todo el mundo sabía que se habían utilizado durante la Invasión ichani. Aunque ni a magos ni a aprendices les estaba permitido bajar allí porque se consideraba que no era seguro, el riesgo de derrumbes no disuadía a los más aventureros, por lo que las entradas a los túneles desde la universidad habían sido obstruidas poco después de la guerra.

Lilia no era la única aprendiz que sospechaba que el Gremio había mantenido algunas abiertas, por si acaso. No obstante, las exploraciones de Anyi habían revelado que el Gremio no mentía al respecto. Todas las entradas a las galerías estaban tapiadas. Lilia había abrigado la esperanza de que su amiga encontrara al menos un punto de acceso a la universidad. Habría sido mucho más fácil entrar por allí que descolgarse por el hueco estrecho de la pared en el alojamiento de los magos.

Inasequible al desaliento, Anyi se había puesto a trabajar en un nuevo acceso. La noche anterior había anunciado que había abierto un boquete en la pared de ladrillo de una entrada. Lilia había ido a inspeccionarla. La puerta oculta en los paneles del otro lado necesitaba que la engrasaran un poco para abrirse con suavidad. Daba a uno de los pasadizos interiores de la universidad. Cuando había llegado el momento de despedirse de sus amigos, ella había salido por la puerta y se había dirigido desde allí hacia los aposentos de Sonea.

Ahora iba camino de la puerta oculta, esperando que fuera demasiado temprano para que hubiera otros aprendices en los pasadizos interiores. Jonna le había llevado una botella grande de aceite para lámparas junto con el desayuno. Lilia era muy consciente de que sus amigos estaban quedándose rápidamente sin material para alumbrarse, sobre todo desde que Anyi había usado aceite de lámpara para lubricar las bisagras de la puerta. La nueva ruta hacia los túneles sería mucho más rápida, pues le ahorraría a Lilia la incomodidad de trepar hacia los aposentos de Sonea, y cuando saliera se encontraría más cerca de donde tenía la primera clase del día.

Tras entrar en la universidad, enfiló uno de los pasillos angostos que discurrían entre las aulas y se encaminó hacia el cuarto pequeño del fondo, que comunicaba con los pasadizos interiores. Oyó detrás de sí los pasos resonantes de alguien que la seguía. Seguramente un aprendiz que se dirigía a una clase particular. Aunque los pasadizos interiores solían estar más tranquilos que la zona principal de la universidad, Lilia tendría que cerciorarse de que nadie la viera atravesar la puerta secreta.



El extraño cuartito que separaba las partes principal e interior de la universidad tenía una pared recubierta de armarios cerrados con llave. Por lo visto aquellas habitaciones habían permanecido vacías hasta que el rector anterior había muerto y su sucesor había decidido que el espacio de almacenamiento no debía desperdiciarse. Lilia abrió la puerta del extremo opuesto y entró en los pasadizos interiores.

Cuando había avanzado unos diez pasos, llegó hasta sus oídos el sonido de la puerta más alejada del cuartito al abrirse y cerrarse, amortiguado por la puerta que tenía a su espalda. Quienquiera que iba detrás empezaba a ganar terreno. Lilia alargó sus zancadas con la esperanza de doblar una esquina antes de que la otra persona llegara al pasadizo y la viera, pero la distancia era demasiado grande. Oyó que la puerta se abrió tras ella, y luego una carcajada.

—Eh, Lilia —la llamó una voz—. ¿Adónde vas?

Se le cayó el alma a los pies. «Bokkin. —Por su tono amenazador, supo que él la había seguido. Lilia se detuvo y se volvió hacia él—. ¿Cómo puede ser tan estúpido este chico? No sabe lo fuerte o débil que soy. Ni siquiera va acompañado de amigos que puedan ayudarlo a acorralarme. Si cree que me traigo algo entre manos y quiere delatarme, no debería haberme llamado antes de averiguar qué es».

De cualquier manera, él había frustrado sus planes. Tal vez ese era su único objetivo.

—¿Vienes a ofrecerme tu energía, Bokkin? —preguntó Lilia.

Él se acercó con un andar desenfadado.

—Se te ha subido a la cabeza, ¿a que sí? Te crees mejor que nadie porque sabes magia negra. En realidad, ocurre todo lo contrario, ¿sabes? Eres la peor escoria del Gremio y todo el mundo te odia. Por eso no tienes amigos. Todos saben que Naki murió por tu culpa.

Ella sintió que algo se marchitaba en su interior, pero en vez de impulsarla a encogerse y apartarse de él, esta sensación dejó un vacío que al momento se llenó de rabia.

«Ten cuidado —se advirtió a sí misma—. Si demuestras tu ira, él sabrá que te ha tocado la fibra, y si haces daño sin querer a otro aprendiz, darás a la gente una razón más para tenerte ojeriza».

Sonrió.

—¿Te sientes mejor ahora que te has desahogado, Bokkin?

Él se acercó, intentando intimidarla de nuevo con su corpulencia y su altura.

—Sí, pero eso no es todo. Quiero que pidas perdón. No, quiero que me supliques...

La puerta que tenían detrás se abrió y él retrocedió un paso rápidamente.

—Lady Lilia.

El desconcierto y el alivio se apoderaron de ella cuando reconoció la voz de

Jonna. Echó un vistazo por detrás de Bokkin y vio que la sirvienta se aproximaba. La mujer dedicó una reverencia enérgica a los dos.

—Has recibido un mensaje —le informó a Lilia. Apartó a Bokkin de un ligero empujón—. Disculpe, milord.

Jonna posó la mano en el brazo de la joven y la guio por el pasadizo, dejando atrás a Bokkin. El aprendiz se había quedado callado, y Lilia no le concedió el honor de volverse para mirarlo. Jonna y ella doblaron una esquina. Cuando se hubieron alejado bastante, Jonna miró hacia atrás.

—No nos sigue. ¿Te estaba molestando?

Lilia se encogió de hombros.

—Le gusta provocar, pero es una cabeza hueca.

—No lo subestimes. Podría volver con más gente. Sonea tenía enemigos entre los aprendices cuando estudiaba aquí, y convirtieron su vida en un tormento.

—¿De veras? ¿Quién era su líder? —«Qué humillante debe de ser vivir con la fama de haber sido el aprendiz lo bastante tonto para haberse metido con la famosa Maga Negra Sonea».

—Lord Regin —respondió Jonna con aire divertido.

Lilia se quedó mirándola asombrada.

—¿En serio? Él no es tonto.

—No.

—Supongo que los aprendices abusones eran más listos en aquella época.

Jonna le dio unas palmaditas firmes en el brazo.

—Lo que me interesa saber es adónde vas con una botella de aceite para lámparas en la bolsa.

Lilia bajó la vista hacia su bolsa y la subió de nuevo hacia Jonna.

—¿Qué botella? La he dejado en la habitación.

—Desde luego que no la has dejado, y por el modo en que abulta y se balancea esa bolsa, es evidente que la llevas ahí dentro. —Jonna arrugó el ceño con una desaprobación maternal—. Le prometí a Sonea que te vigilaría. La ayudé a criar a su hijo Lorkin, así que sé detectar cuando un aprendiz trama algo.

Lilia contempló desalentada a la sirvienta. No era que no quisiera contarle a Jonna que Cery, Gol y Anyi vivían debajo del Gremio, sino que se había comprometido a ello. «Pero si no se lo digo, ella no me conseguirá las cosas que necesitan».

Jonna había residido en las barriadas antes de convertirse en la criada de Sonea. Sin duda se sentiría identificada con la situación de Cery. Y aunque no fuera así, tal vez prestaría su ayuda por solidaridad hacia Anyi.

«¿Estoy siendo demasiado confiada?».

—Cuéntamelo, Lilia —le pidió Jonna—. Aunque no me guste, te prometo que no te denunciaré al Gremio. —Frunció el entrecejo—. A menos, claro, que estés enseñando magia negra a alguien. Aun así, supongo que no habría entregado a

Sonea ni a Akkarin si hubiera estado al tanto de lo que hacían.

—No le enseñé magia negra a nadie —le aseguró Lilia, y torció el gesto al percibir el deje de protesta en su voz. Respiró hondo y redujo el tono a un susurro —. Anyi está viviendo debajo del Gremio.

Jonna se quedó meditando.

—Entiendo. Ya hacía un tiempo que me parecía que venía de aquella dirección cuando te visitaba. ¿Es un lugar seguro?

—Hemos estado trabajando para hacerlo más seguro.

—Bueno..., ¿y por qué está allí?

Lilia sacudió la cabeza.

—No estaban a salvo en la ciudad. La gente de Skellin estuvo a punto de matar a Cery...

—¿O sea que Cery también vive allí abajo?

Jonna entornó los ojos. Lilia suspiró y asintió.

—¿Cuánta gente hay allí?

—Solo ellos.

La sirvienta pareció tranquilizarse. «Supongo que estaba imaginándose qué opinaría el Gremio de que un ladrón estableciera su negocio allí abajo —pensó Lilia—, y de que hubiera delincuentes yendo y viniendo constantemente».

Jonna señaló el pasillo.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí?

—Hemos abierto una de las antiguas entradas.

Jonna, ceñuda, sacudió la cabeza.

—Eso es demasiado peligroso —concluyó—. Y no me refiero a ir allí abajo, sino a estar aquí arriba. Alguien te verá. Solo debes usar el pasadizo de los aposentos de Sonea.

Lilia sonrió, aliviada al comprobar que había hecho bien en fiarse de Jonna.

—¿No te habías fijado en lo raída y sucia que llevo la túnica últimamente?

—Su estado no me había pasado inadvertido. —Jonna alzó la barbilla y lanzó a Lilia una mirada altiva—. Algo tendremos que hacer al respecto. Conseguirte ropa especial para cuando bajes, por ejemplo. Mientras tanto —se agachó y abrió la bolsa de Lilia—, me llevo la botella y tú te vas directa a clase. Esta noche discutiremos estrategias más eficaces para atender a nuestros invitados.

Levantó la botella de aceite, mirando a Lilia con expresión severa, y, tras dar media vuelta, se alejó rápidamente por el pasillo. Dejó tras sí una leve estela de su perfume, en el que Lilia no había reparado antes.

Esta cerró su bolsa y meneó la cabeza. «No tenía otra alternativa que decirse lo —razonó—. Además, ella no se lo contará a nadie. De hecho, podría resultarnos útil que esté enterada de todo. —Exhaló un suspiro—. Entretanto, espero que Cery, Gol y Anyi no acaben sentados a oscuras».

Dannyl mojó la pluma en el tintero y continuó escribiendo, pero pronto la punta empezó a rascar el papel sin dejar trazo alguno. Él la mojó de nuevo y suspiró al percatarse de que el receptáculo estaba casi vacío. «Otra vez sin tinta —pensó. Se enderezó y soltó un gruñido cuando le crujió la espalda—. ¿Cuánto tiempo llevo trabajando en esto?».

El día siguiente al encarcelamiento de Lorkin, Dannyl había reunido todas las notas sobre su investigación y había comenzado a transcribirlas en un cuaderno grande. Su conversación con Tayend sobre las posibles intenciones de los Traidores había sembrado en él la preocupación de que si sobrevenía la peor contingencia que se habían planteado, quizá no tendría oportunidad de dar a la información que había recogido una forma que fuera inteligible para los demás. Como disponía de muchos ratos muertos y no estaba haciendo progresos en su investigación de todos modos, se dedicaba a redactar apartados y notas sobre en qué parte de su historia de la magia había que insertarlos.

Este trabajo había resultado ser una distracción relajante y grata. Le confirmó que había hecho descubrimientos importantes sobre la historia de la magia y que no había perdido el tiempo en Sachaka. Añadiría capítulos valiosos a su historia de la magia en cuanto regresara a Kyrallia. «Si vivo para terminarla. —Sacudió la cabeza—. No, no seas tonto. Tayend está de acuerdo en que las peores situaciones que imaginamos son las más improbables».

Aun así, había decidido hacer una copia adicional para ponerla a buen recaudo en algún lugar situado fuera de la Casa del Gremio, para que su trabajo no se perdiera si alguien asaltaba el edificio. Lo ideal habría sido enviarla al Gremio, pero no podía estar seguro de que llegara. Sin duda el rey Amakira había encargado a alguien que interceptara y examinara todo lo que entrara o saliera de la Casa del Gremio.

Por si los sachakanos leían su obra, Dannyl había tomado la precaución de omitir toda mención a las gemas con propiedades mágicas, aparte de la famosa piedra de almacenaje que había dado origen al páramo. Había ideado un modo de ocultar las referencias a dichas gemas al transcribir sus notas sobre las leyendas de las tribus de Dunea a fin de no traicionar la confianza de los dúneos si la copia caía en manos extrañas. Había convertido las piedras en personas, magos poderosos a los que se refería por su título. Dannyl tendría que cambiar de nuevo todas aquellas alusiones a personajes ficticios por gemas cuando escribiera su libro.

Tras completar la primera versión cifrada de sus notas, había destruido su libreta original. «Si muero y alguien encuentra la nueva versión, pasará a la posteridad como autor de unas mentiras muy gordas sobre nuestra historia». Después de todo el esfuerzo que había invertido en desenterrar la verdad sobre parte del pasado oculto de Kyrallia, sería una triste ironía.

Ahora estaba a punto de terminar la copia..., o más bien había estado a punto

hasta que se había quedado sin tinta. Un movimiento en la puerta atrajo su atención, y cuando alzó la mirada vio a Kai arrojarse al suelo.

—El ashaki Achatí está aquí, amo.

Dannyl maldijo entre dientes la mezcla de emoción y pavor que la noticia provocó en él. Se levantó ayudándose con las manos. «¿Estará enfadado conmigo Achatí por haber roto mi promesa de informarle sobre cualquier posible amenaza que pendiera sobre Sachaka? ¿Podré perdonarle yo que diera su visto bueno al encarcelamiento de Lorkin por parte del rey? ¿Se han esfumado las posibilidades de que nos convirtamos en amantes?».

El esclavo salió apresuradamente de la habitación mientras Dannyl daba el primer paso hacia la puerta. Respiró hondo, echó a andar por el pasillo y se encontró a Achatí esperándolo en la sala maestra, vestido con el pantalón y la chaqueta corta típicos de los ashakis, pero en negro, lo que le confería un aspecto majestuoso.

—Embajador Dannyl —dijo.

—Ashaki Achatí —respondió Dannyl. Decidió no sentarse ni invitar a Achatí a ponerse cómodo. Temía que adoptaría una actitud indebidamente amistosa si no permanecía de pie.

Achatí vaciló, apartó la vista y luego la posó de nuevo en Dannyl.

—Rechazaste mi invitación a cenar —observó.

Dannyl asintió.

—No habría sido apropiado que aceptara.

—¿Desde tu punto de vista o el del Gremio y las Tierras Aliadas?

—Ambos.

Achatí desvió la mirada otra vez, frunciendo el ceño y desplazando su peso de una pierna a otra. Parecía estar eligiendo sus palabras cuidadosamente.

—He persuadido al rey de que me permita mantener nuestra amistad... —comenzó a decir.

—¿Para que puedas seguir intentando convencerme de que ordene a Lorkin que hable? —Dannyl terminó la frase.

—No. —Achatí crispó el rostro—. Bueno, sí, él cree que esa es la razón, pero no tengo la menor intención de hacerlo.

—¿Y cuál es tu intención?

El hombre torció los labios y las comisuras de sus ojos se arrugaron en un gesto divertido que hizo que Dannyl echara de menos las bromas que solían hacer.

—Tratar de rescatar lo que queda de nuestra amistad —dijo—, aunque para ello tengamos que fingir que este desafortunado suceso no está ocurriendo.

—Pero está ocurriendo —repuso Dannyl—. Tú serías igual de incapaz de fingir lo contrario si... si tu primo... —Le vino a la mente el recuerdo del esclavo con el que Achatí se había encariñado—. Varn..., no, tal vez Varn no, porque es

un esclavo.

—Me disgustaría que trataran injustamente a Varn —reconoció Ahati.

—¿Así que admites que el encarcelamiento de Lorkin es injusto?

Ahati sonrió.

—No. ¿Cómo te sentirías si... si el embajador elyneo en Kyralia estuviera protegiendo a un mago renegado?

—Si la situación fuera comparable, no sabríamos si el hombre es o no un renegado. Vosotros no sabéis si Lorkin posee información útil, y nosotros no nos negamos a transmitir esa información, solo os pedimos que nos deis la oportunidad de interrogar a nuestro hombre primero. Y si hubiera un renegado, en fin..., la alianza establece que todos los renegados son responsabilidad del Gremio.

Ahati suspiró.

—Sí, la diferencia clave radica en esto último. Kyralia y Elyne son aliados. Os fiais de ellos. Kyralia y Sachaka no son aliados. Nos pedis más confianza de la que podemos daros.

Dannyl asintió.

—Tendréis que aprender a confiar en nosotros si hemos de convertirnos en aliados algún día.

—Entonces, ¿no tendríais que ofrecernos vuestra confianza también?

—Os costará un mayor esfuerzo convencernos —señaló Dannyl—. Para fiarnos de los sachakanos tenemos que perdonar agresiones más recientes.

Ahati suspiró. Miró a Dannyl en silencio antes de poner fin a la pausa en la conversación sacudiendo la cabeza.

—Esperaba que pudiéramos conversar como amigos, pero en vez de eso hablamos como si fuéramos nuestros respectivos países. Debería irme. —Pero no hizo ademán de marcharse. Se mordió el labio—. Por lo menos puedo asegurarte que Lorkin se encuentra bien. El rey no se atreverá a hacerle daño. Pero no dejes de intentar verlo. Por el momento, adiós.

—Buenas noches. —Dannyl siguió con la mirada al ashaki, que se alejó hacia el pasillo de la entrada y desapareció. Esperó a oír el sonido de la puerta principal al abrirse y cerrarse antes de acercarse a las sillas, sentarse y soltar una larga exhalación.

—Sé que no te gustará que te lo diga, pero no me lo trago.

Dannyl alzó la vista al oír la voz y arrugó el entrecejo cuando Tayend entró en la sala.

—¿Cuánto rato has estado espiándonos?

—Lo suficiente. —Tayend se dirigió hacia una silla y se acomodó en ella—. No creerás lo que te ha dicho, ¿verdad?

Dannyl reflexionó.

—¿Qué parte?

—La de que quiere ser tu amigo de forma desinteresada.

—No lo sé.

—No me digas que te fías de él.

Dannyl extendió las manos a sus costados.

—Esto nunca tuvo nada que ver con la confianza.

El elyneo arqueó las cejas.

—De acuerdo. Tal vez debería haberte preguntado si todavía te gusta.

Dannyl apartó la mirada y se encogió de hombros.

—Aún no lo tengo claro. Pero, decida lo que decida, seguiré obedeciendo órdenes y ayudando a Lorkin.

Tayend asintió.

—Lo sé. Confieso que estaba preocupado por ti, pero bajo tu fachada sigues siendo el mismo de siempre.

Dannyl se puso derecho, en señal de protesta.

—¿Qué fachada?

El elyneo se puso de pie y agitó una mano en dirección a Dannyl.

—Todo... eso.

—Tu claridad descriptiva me deja pasmado —le dijo Dannyl.

Tayend abrió la boca para añadir algo, pero la cerró de nuevo y meneó la cabeza.

—Olvidalo. Me voy a mi habitación. Tengo que negociar un acuerdo comercial. ¿Sigues pasando en limpio tus notas?

—Sí. No. Se me ha acabado la tinta otra vez. Seguramente los esclavos no volvieron a llenar el tintero esta mañana.

—De hecho, anoche vertieron en mi tintero toda la que quedaba en la Casa. Esta mañana he enviado a uno a comprar más, pero ha regresado con las manos vacías. —La expresión de Tayend se tornó seria—. Me ha costado conseguir que me diera una explicación coherente. Por lo visto alguien se la ha quitado, y él me ha asegurado que no sabía quién era, pero con la actitud de quien miente y quiere que uno lo note.

Dannyl frunció el ceño.

—¿Alguien se la quitó? ¿Un ladrón?

—O alguien que trabaja para el rey. Tal vez no quieren que redactemos documentos.

Un escalofrío le bajó a Dannyl por la espalda.

—O que hagamos copias de las notas de investigación.

—No lo creo. ¿Cómo pueden saber que estás haciendo eso?

—Por los esclavos —respondió Dannyl.

Tayend entornó los ojos.

—Que probablemente no saben que solo estás escribiendo cosas relacionadas con tu estudio, y no con los descubrimientos de Lorkin.

Dannyl suspiró.

—No conseguiré que esa segunda copia llegue al Gremio de forma segura, ¿verdad?

—A lo mejor me equivoco al suponer que los hombres del rey se han llevado la tinta —aventuró Tayend. Miró a Dannyl con aire reflexivo—. O tal vez no. Tal vez deberías proteger esas notas con magia por si ordenan a los esclavos que te las roben. —Dio un paso hacia el pasillo, se detuvo y miró hacia atrás—. Te traeré mi tintero. Quizá Merria o yo podamos conseguir más tinta de nuestras amistades sachakanas.



## Sin opciones buenas

Lorkin yacía en el suelo frío y duro de la celda, intentando no escuchar la respiración anhelosa de la esclava.

«Ni siquiera sé cómo se llama —pensó. Como mínimo debería saber cómo se llamaba la mujer que tanto dolor estaba sufriendo por su causa—. Y por la causa de los Traidores», se recordó a sí mismo. Pero no logró reunir el valor suficiente para preguntárselo, ahora que estaba conteniendo deliberadamente el impulso de sanarla.

Si la sanaba, el interrogador volvería a hacerle daño.

Si no, tal vez moriría, y el interrogador encontraría algún otro esclavo al que torturar. Al principio, Lorkin se había guiado por el razonamiento de que lo mejor era que el menor número posible de personas resultaran heridas o muertas, pero ella le había dicho entre dientes que no se acercara cuando se había dirigido hacia ella, y luego otra vez cuando él había intentado explicarle que al menos podía aliviar el dolor. Aunque ella no habría podido evitar que Lorkin la sanara, si quería morir para huir de aquella espantosa situación, él decidió que debía respetar sus deseos. Quizá el dolor acabaría por ser tan insoportable que ella le pediría ayuda.

Había sido un día largo. Los momentos terribles se sucedían de forma continua. Lorkin perdió toda noción del tiempo, que se alargaba indefinidamente. En ocasiones Lorkin se sentía atrapado en una pesadilla que no cesaría nunca. El interrogador no parecía cansarse de su trabajo, ni dejaban de ocurrírsele maneras de causar a un ser humano el mayor dolor posible sin acabar con su vida. Lorkin había visto cosas que jamás olvidaría. Había oído sonidos que lo atormentarían durante el resto de su vida. Había percibido olores que ninguna persona civilizada debía percibir.

Aunque sabía que dormir le resultaría imposible, lo intentó. Cuando desistió, fingió que dormía.

La esclava emitió un siseo entrecortado, y al instante Lorkin se puso alerta,

con el corazón latiéndole a toda prisa. Trató de convencerse de que ella solo estaba expresando su dolor, no llamando su atención, pero entonces oyó de nuevo la misma serie de sonidos. Despacio, lleno de aprensión, se volvió hacia ella.

Estaba tendida de costado, hecha un ovillo y sujetándose el brazo roto con la otra mano. Tenía los ojos desorbitados y clavados en él. Cuando él la miró a la cara, sus labios se movieron y, aunque de ellos no salió sonido alguno, las palabras eran claras, como si las hubiera transmitido a la mente de Lorkin. Se le heló la sangre cuando comprendió lo que ella le pedía.

«Mátame».

Fijó la vista en la esclava con incredulidad. «No, incredulidad no. La muerte es su única salida. Si me dejara, podría librarla del dolor, pero eso solo representa la parte física de la tortura. No puedo librarla del horror, la humillación o el miedo».

Aun así...

Se le retorcieron las entrañas.

«No puedo matarla. —Apartó los ojos, embargado por el sentimiento de culpa—. Todo es culpa mía. —Sacudió la cabeza—. No, no lo es. Pero no puedo fingir que no soy responsable en parte de lo que le está pasando. Si hay algo que pueda hacer...».

¿Algo? «Pero nunca he matado a nadie. No me lo pensaría dos veces si tuviera que defender a otra persona o a mí mismo, pero matar a alguien que no pretende hacer daño a nadie está mal».

Los labios de la mujer articularon la súplica de nuevo.

Lorkin recordó algo que le había dicho su madre hacía mucho tiempo: «Como sanadores podemos hacer muchas cosas para evitar la muerte, pero los límites de nuestro poder a veces entran en conflicto con lo que debemos hacer. Cuando una persona ya no tiene posibilidad de curarse y lo único que desea es morir, mantenerla con vida es una forma de crueldad».

Al escuchar el resuello de la esclava, supo que sería una crueldad dejar que sufriera sin la menor esperanza de salvarse.

«Pero ¿cómo lo hago?». El celador ashaki estaba sentado fuera de la celda, vigilándolos. Lorkin tendría que actuar de forma sigilosa y sutil para no atraer su atención.

«No puedo creer que esté planteándomelo siquiera».

Acabarían por descubrir la muerte de la esclava. ¿Qué harían cuando supieran que Lorkin la había matado? Un alivio traicionero se apoderó de él cuando la respuesta le vino a la mente. «Es propiedad del rey..., o de alguna otra persona. No sé si destruir la propiedad de alguien se considera un delito muy grave, pero no cabe duda de que lo utilizarían en mi contra».

Tal vez estaban deseando que la matara. Quizá eso les proporcionaría la excusa que necesitaban para leerle la mente, o tomar alguna medida peor. En

cuanto lo declararan oficialmente un delincuente, podrían hacerle cualquier cosa.

Cuanto más vueltas daba al asunto, más convencido estaba de que ese era su plan. ¿Por qué si no la encerraban en la celda con él todas las noches? Si continuaba sanándola, acabaría por agotar la energía que Tyvara le había cedido. Pero ese no podía ser su único objetivo. Había muchas otras maneras de debilitarlo, si eso era lo que querían. Si solo pretendían minar su determinación torturando a otras personas, ¿por qué dejaban a la esclava en su celda? Podían encerrarla cerca de allí, fuera de su alcance, para que presenciara su sufrimiento sin poder ayudarla.

De pronto, le entraron ganas de matarla solo para fastidiarlos.

«No, de eso nada», se apresuró a decirse, estremeciéndose ante la idea de convertirse en un asesino con tanta facilidad.

—Mátame —le pidió el susurro de nuevo, ocasionando que un escalofrío le recorriera la columna.

¿Había algún modo de matarla sin dejar pruebas que lo señalaran a él como el responsable? «Si las heridas inferidas por el interrogador fueran lo bastante graves... No, sin duda se ha asegurado de que no lo sean». No obstante, a juzgar por el sonido de su respiración, tenía alguna lesión en el pecho. Tal vez una costilla astillada o rota. Si pudiera manipularla...

Pero eso supondría usar su poder de sanación para matar. El cometido de los sanadores era sanar, no hacer daño.

«Bueno, siempre ha sido una filosofía complicada. Abrir un cuerpo para extirpar un tumor implica hacer daño para sanar. Por otro lado, está el argumento a favor de dejar morir a la gente. Y mi madre se valió de la sanación como arma defensiva, para matar a algunos de los invasores ichanis».

—Aaaa...

El sonido suave y áspero procedía de la joven. Lorkin volvió la cabeza hacia ella de mala gana. Tenía el brazo extendido hacia él. «No —se corrigió—, hacia mis piernas».

—Aaaagua —gimió.

Se sintió aliviado al comprender que ahora solo le pedía algo de beber. Se apoyó en las manos para incorporarse. El esclavo que los atendía les había llevado comida. Lorkin había intentado compartirla con la esclava, pero esta se había negado a comer. Se dispuso a coger la jarra de agua pero se quedó paralizado al recordar los jeroglíficos que advertían que era peligroso.

«Me pregunto hasta qué punto...».

Ahuyentó este pensamiento de su mente, pero lo asaltó de nuevo. Si el agua estaba envenenada y la esclava bebía de ella, quizá conseguiría la muerte que deseaba sin que nadie supiera que el culpable era él. «Bueno, nadie salvo los Traidores que dejaron la advertencia». Un repeluzno le subió por la espalda.

Si la esclava era una Traidora, debía de estar informada sobre las

advertencias. Quizá era consciente de que el agua la mataría. Se volvió para mirarla. Ella le sostuvo la mirada, con unos ojos que parecían implorarle: «Sí, libérame».

Si era una Traidora, ellos debían de saber que estaba allí. ¿Le habían proporcionado un medio para suicidarse?

Pero ¿la mataría el agua? Dejó caer el brazo. El ashaki debía de ser quien adulteraba la comida de Lorkin. Le costaba creer que estuvieran intentando matarlo. Muerto no les serviría de nada. Lo más probable era que el propósito del veneno del agua fuera provocarle malestar u obligarlo a gastar más energía para sanarse. Por otro lado, podían haber concluido que cuanto más fuerte fuera el tóxico, más magia tendría que utilizar. Quizá fuera una dosis letal.

La mujer soltó un quejido bajo y extendió su brazo sano hacia la botella. Fuera de la celda, el celador los observaba.

«Mátame. Libérame».

Lorkin trasladó la vista de ella al agua. Tenía que tomar una decisión. Y ninguna era acertada. Decidiera lo que decidiese, las consecuencias serían espeluznantes. Decidiera lo que decidiese, jamás volvería a ser la misma persona.

Por el modo en que Lilia había reconocido haberle contado a la tía de Sonea que Cery, Gol y Anyi vivían debajo del Gremio, era evidente que temía que ellos se enfadaran. «Lo que resulta divertido y entrañable, considerando que ella es maga y nosotros personas comunes y corrientes», pensó Cery. Ella había caminado de un lado a otro mientras explicaba que la sirvienta la había seguido y la discusión que se había producido después. Ahora se mostraba sorprendida de que nadie estuviera preocupado por la noticia.

—Si tiene que saberlo alguien de allá arriba, mejor que sea Jonna —comentó Anyi—. De hecho, podría sernos útil.

—Nunca le caí bien a Jonna —les dijo Cery—, pero aquello fue en la época en que yo era joven y ella creía que estaba llevando a Sonea por mal camino. Aunque sabe que he estado colándome en la habitación de Sonea de vez en cuando durante los últimos veinte años, nunca le ha hablado a nadie de ello. Lo más seguro es que sea de fiar.

—Si Sonea se fía de ella, supongo —convino Gol.

Los ojos de Lilia se habían iluminado con un brillo extraño.

—¿Has estado viendo a Sonea durante los últimos veinte años? —le preguntó a Cery.

Él se encogió de hombros.

—Claro. ¿O creías que esa norma que prohíbe tratarse con delincuentes le impediría hablar con sus viejos amigos?

—No, no me imagino que una cosa así pudiera disuadirlos a ninguno de los

dos. Me pregunto qué diría la gente si se enterara. Apuesto a que se armaría un escándalo. —Lilia sonrió y se sentó junto a Anyi—. También entenderían por fin por qué Sonea jamás se ha casado.

Cery arrugó el entrecejo al percatarse de que ella había supuesto que las visitas eran de carácter romántico.

—Un momento. Yo no... No era por eso por lo que la visitaba.

Gol rompió a reír.

—Tal como lo has dicho, ha dado toda la impresión de que lo era. Por un momento, he pensado que habías conseguido ocultarme algo durante todo este tiempo.

Anyi agitó el dedo, mirando a Lilia.

—Mi padre estuvo felizmente casado durante la mayor parte de los últimos veinte años —dijo con indignación. Luego torció el gesto—. Bueno, al menos durante su segundo matrimonio. Antes de eso estuvo casado con mi madre, aunque no fue precisamente lo que se dice un matrimonio feliz.

—Lo siento. No pretendía insinuar que fuera infiel —se disculpó Lilia.

Gol soltó una risita de complicidad.

Cery decidió que había llegado el momento de cambiar de tema.

—He estado meditando sobre lo que debemos hacer a continuación —dijo. Todos los ojos se posaron en él de inmediato. Anyi parecía impaciente, Lilia aliviada y Gol, que entornó los párpados, sin duda se preparaba para encontrar cualquier fallo que pudiera tener el plan de Cery—. La solución obvia me vino a la cabeza en cuanto dejé de pensar tanto en lo incómodos que estamos aquí y empecé a pensar más en cómo sacar partido del hecho de estar aquí.

Ahora el rostro de Lilia reflejó una ligera preocupación.

—Estamos a salvo en este sitio, no porque Skellin no haya adivinado que hemos buscado la protección del Gremio, sino porque no se arriesgará a venir —prosiguió—. Dará por sentado que si estamos aquí, nos hemos instalado en uno de los edificios del Gremio, bajo protección mágica. Si descubriera que estamos debajo del Gremio y de que los magos no lo saben, vendría con sigilo y nos mataría a todos. Y se sentiría muy ufano por haberlo conseguido sin que se enterara el Gremio.

—Pero el Gremio sí que se enteraría —señaló Anyi—. Lilia sabe que estamos aquí y se lo impediría, o si no pudiera buscaría ayuda.

—Sí, pero eso Skellin no lo sabe —replicó Cery.

Gol emitió un gruñido bajo.

—No —dijo.

Cery se volvió hacia su amigo, divertido ante su reparo monosilábico.

—¿Por qué no?

—Este es nuestro último y único refugio seguro —dijo Gol—. No podemos correr el riesgo de perderlo.

—Tenemos otro refugio. —Cery apuntó hacia arriba con el dedo—. La protección de la que Skellin cree que disfrutamos. —Hizo un gesto amplio alrededor—. También es nuestra última y única oportunidad de atraerlo hacia una trampa.

—Una trampa que, si sale mal, será tu fin —declaró Gol.

—Lilia lo protegerá —aseveró Anyi, con los ojos centelleantes ante la perspectiva de hacer algo por fin.

Lilia asintió.

—También Kallen. Planeas decirselo a Kallen, ¿verdad?

—Sí —respondió Cery—. Sería pedirle demasiado a Lilia que cargara con todo el peso de la protección mágica con vistas a un enfrentamiento con dos magos renegados, si Skellin se presenta con su madre.

Anyi se frotó las manos, entusiasmada.

—Bueno, ¿qué usaremos como cebo?

Gol soltó un resoplido.

—Es evidente. Tu padre pretende atraer aquí a Skellin con algo que desea más que cualquier otra cosa.

Lilia palideció un poco.

—¿Magia negra?

—No —respondió Gol—. Skellin quiere saber que tiene el control absoluto de los bajos fondos. Si se entera de que Cery vive, sabrá que existe el peligro de que este quiera recuperarlo, con la ayuda del Gremio. Se jugará el todo por el todo para matarlo.

La sonrisa ansiosa de Anyi se desvaneció. Fijó la vista en Cery y escrutó su rostro en busca de alguna señal de que estuviera bromeando. Cuando Cery asintió, ella puso mala cara y cruzó los brazos.

—Gol tiene razón. Es demasiado peligroso.

—¿Se te ocurre alguna otra propuesta? ¿Qué otra cosa lo tentaría a correr el riesgo de acercarse tanto al Gremio?

Anyi miró a Lilia.

—La magia negra...

—No se atreverá a intentar capturarla. Ella podría ser muchas veces más poderosa que él. De hecho, para que esto dé resultado, tiene que ser obvio que Lilia no está aquí. Tal vez él suponga que el Gremio no sabe que estoy aquí, pero no se creará tan fácilmente que ella tampoco lo sabe. Para que Skellin venga a buscarme, es importante que Lilia sea vista en algún otro sitio.

—Pero necesitaréis contar con un mago aquí —objetó Lilia—, o no podréis evitar que os mate a todos.

Él asintió.

—Sí. Con Kallen. Dile que tenemos un plan para atrapar a Skellin y pregúntale cómo debemos comunicarnos con él cuando estemos preparados.

Naturalmente, no debes revelarle dónde tenderemos la trampa. Tengo la sensación de que mantener a la gente alejada de estos pasadizos sería más importante para él que echarle el guante a Skellin.

Lilia movió la cabeza afirmativamente. Anyi sacudió la suya.

—No me gusta —declaró.

Cery cruzó los brazos.

—¿Por qué?

—Me... —Apartó la vista, ceñuda. De repente, se puso de pie, agarró un farol y salió de la habitación a grandes zancadas.

El silencio se impuso por unos instantes. Después de echar una mirada a Cery y a Gol, Lilia salió tras ella a toda prisa.

Cery contempló el vano de la puerta por donde las dos habían desaparecido. Le oprimía el corazón una sensación dolorosa y a la vez agradable. No quería poner en peligro la vida de nadie, empezando por la suya propia, pero no podían quedarse allí eternamente.

Al recordar otra época, le vino a la memoria la joven airada y rebelde con la que había intentado mantener el contacto después de separarse de su madre. Anyi lo había odiado por ello, o al menos se había comportado como si lo odiara. Saber que había conseguido ganarse su afecto le producía un placer agri dulce. El precio había sido la seguridad de Anyi.

Por otro lado, ella llevaba una vida de riesgo por el mero hecho de estar emparentada con él, sobre todo mientras un ladrón y mago renegado que detestaba a Cery controlara los bajos fondos.

—Por una vez, tu hija y yo estamos de acuerdo —murmuró Gol—. Es demasiado peligroso.

—Veamos qué opina Kallen —contestó Cery.

Unos pasos más adelante, Anyi aflojó la marcha para dejar que Lilia la alcanzara, pero no se detuvo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lilia.

Anyi negó con la cabeza.

—No. Sí. Necesito... necesito pensar.

Su tono daba a entender que no estaba de humor para conversar, así que Lilia guardó silencio. Invocó magia para crear un globo de luz, y, sin decir una palabra, Anyi redujo la intensidad de la llama de su farol para ahorrar aceite. No avanzaron mucho. Después de unos centenares de pasos, Anyi empezó a andar con aire más resuelto, y pronto quedó de manifiesto que estaba guiando a Lilia a unas cámaras más próximas a la universidad que había descubierto hacía poco.

Elegió un cuarto al azar y, como no había sillas, se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Lilia se sentó a su lado y se percató de que allí había un plato roto y cubierto de polvo. Limpió la superficie con los dedos,

dejando al descubierto un símbolo del Gremio grabado en la parte de abajo. «No es muy antiguo. Me pregunto cómo llegó hasta aquí».

—No debería importarme —dijo Anyi.

Lilia se volvió hacia ella.

—Claro que debería importarte. Es tu padre.

Los labios de Anyi se torcieron en una sonrisa amarga.

—Menudo padre. No me hizo ningún caso durante casi toda mi vida. Solo empezó a prestarme atención cuando asesinaron a su otra familia.

Como no estaba muy segura de qué decir, Lilia se quedó callada.

—Bueno, eso no es del todo justo —añadió Anyi en voz más suave y baja—. Mi madre lo dejó. Decía que no estaría a salvo mientras fuera la esposa de un ladrón, y que no soportaba vivir escondida. Creo que no se debe obligar a dos personas a estar juntas si ellas no quieren.

—¿Cómo fue que Cery se casó por segunda vez? —preguntó Lilia. Solo el rey poseía la autoridad para conceder divorcios. Ella no era capaz de imaginar a un ladrón pidiéndole al rey que pusiese fin a su matrimonio.

Anyi se encogió de hombros.

—Ocurrió sin más.

—Pero eso es...

—¿Bigamia? —Anyi miró a Lilia y volvió a encogerse de hombros—. En realidad, no. Nadie en los bajos fondos puede permitirse una boda legal. Supongo que Cery podría, pero ¿por qué acatar una de las leyes del rey cuando se hace caso omiso de todas las demás? Tenemos nuestras propias maneras de declararnos casados... o descasados.

Lilia meneó la cabeza, admirada.

—Es otro mundo. —Hizo un gesto dubitativo—. Aunque podría decir lo mismo de la familia para la que trabajaban mis padres. Tal vez formábamos parte de su mundo, pero no vivíamos en ese mundo. Habría estado bien ser tan ricos, poder dar órdenes a la gente, pero a veces ellos tenían incluso menos libertad sobre su vida que nosotros. No pueden decidir con quién se casan, y ellos sí tienen que pedir permiso al rey para divorciarse..., cosa que no consiguen siempre.

—Tal vez por eso Sonea nunca se ha casado. Como no es miembro de las Casas, no está obligada a aceptar por esposo al hombre que elija su familia, pero si decidiera casarse tendría que celebrar una boda legal, y para acabar con su matrimonio estaría a merced del rey.

Lilia rio entre dientes.

—No la imagino obedeciendo las órdenes de un hombre.

Anyi desplegó una gran sonrisa.

—No. Seguramente ocurriría justo lo contrario. —Pero cuando miró a Lilia a los ojos se puso serio de nuevo. Desvió la vista y suspiró—. Va a conseguir que lo



maten. Ahora que por fin me ha introducido en su mundo, voy a perderlo.

—Solo si las cosas salen mal, y nos aseguraremos de que no sea así.

Anyi le lanzó una mirada acusadora.

—Crees que tiene razón.

—No. —Lilia sacudió la cabeza—. Pero me temo que nuestra opinión no cuenta demasiado en esto.

La otra chica frunció el entrecejo, antes de quedarse meditabunda.

—Podrías decirle que Kallen no quiere participar en el plan. Eso desanimaría a Cery durante un tiempo.

Lilia asintió.

—Podría, pero él es capaz de intentarlo sin Kallen. —Reflexionó sobre las palabras de Cery—. Tengo que reconocer que está en lo cierto respecto a una cosa: Skellin deducirá que estáis todos aquí abajo. ¿Adónde más podríais ir? Probablemente sabe que hay túneles; no es un secreto en el Gremio, así que dudo que lo sea fuera. Tarde o temprano vendrá a echar una ojeada. Cuando lo haga, es evidente que os encontrará. Y si en ese momento estoy en clase, no podré impedir que os mate a todos.

Anyi clavó la vista en Lilia, con el entrecejo arrugado por la preocupación.

—Tal vez solo estaréis seguros bajo la protección del Gremio —prosiguió Lilia—. Sé que a ninguno de vosotros os seduce la idea, pero si el ardid de Cery fracasa, tendréis que recurrir a ella de todos modos. Algo me dice que al Gremio tampoco le hará gracia, pero estarán más dispuestos a protegeros si hay pruebas de que Skellin ha entrado en los pasadizos subterráneos del Gremio.

Anyi soltó un gruñido y se frotó la cara con las manos.

—Lo que dices tiene sentido, y no me gusta.

—A mí tampoco —admitió Lilia—. Sin embargo, sé que no puedo ser la protectora que necesitáis, sobre todo porque no paso mucho tiempo aquí, pero también porque ignoro cuán poderoso es Skellin. Si baja aquí con Lorandra, dudo que pueda defenderme, y mucho menos defender a los demás. Y, aunque no la traiga consigo, ¿cómo me avisaréis cuando necesitéis mi ayuda? ¿Y si no llego a tiempo?

—Usaremos una ruta de huida.

—¿Y si no lográis escapar? Aunque lo consiguierais, saldríais a los terrenos del Gremio y, si él aún os sigue, tendríais que pedir ayuda al Gremio de todas maneras. —Lilia exhaló un suspiro y notó que la frustración y la inquietud que había acumulado durante las últimas semanas estallaban—. No estáis a salvo aquí abajo, podríais vivir con más comodidades, y es muy difícil conseguir comida y... te echo de menos.

Con esta confesión, el torrente de palabras que brotaba de sus labios se secó. Se percató de que tenía el rostro encendido y miró a Anyi con timidez. La otra chica tenía una expresión extraña y sorprendida.

—Quiero decir que echo de menos estar a solas contigo. Tal vez eso sea un poco egoísta por mi parte —dijo—. Lo...

Pero no llegó a disculparse, porque Anyi se inclinó hacia delante, la sujetó de la barbilla y la besó.

—Yo también te echo de menos —afirmó en voz baja pero con vehemencia.

Luego estrechó a Lilia contra sí. Permanecieron un rato abrazadas, disfrutando simplemente de la calidez física y la proximidad de la otra. Antes de lo que Lilia habría deseado, Anyi suspiró y se apartó.

—Cery estará preguntándose dónde nos hemos metido —murmuró.

Se puso de pie y tendió una mano a Lilia. Esta la tomó y Anyi tiró de ella para ayudarla a levantarse, pero con el mismo movimiento la atrajo hacia sí y la besó de nuevo. Fue un beso prolongado, como si hubiera olvidado sus últimas palabras.

El sonido de un paso seguido de un grito ahogado devolvió bruscamente a Lilia a la realidad. Las dos se separaron de golpe y se volvieron con rapidez hacia la puerta, Anyi en postura de combate. Lilia había invocado magia para crear un escudo antes de advertir que era Cery quien estaba en la puerta.

Tenía el rostro paralizado por la estupefacción. Cuando Anyi profirió una palabrota, la expresión de Cery reflejó una mezcla de vergüenza y socarronería.

—No era mi intención interrumpir —dijo, retrocediendo un paso—. Volved cuando terminéis.

Conteniendo a duras penas una sonrisa, dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

Anyi se cubrió la cara con las manos y soltó un lamento. Lilia le posó una mano en el hombro en un gesto de solidaridad. « Por nada del mundo querría que mi padre me sorprendiera besando a otra mujer ». Cuando Anyi empezó a sacudir los hombros y a emitir sonidos entrecortados, se le encogió el corazón, hasta que vio que su amiga se llevaba las manos a la boca y cayó en la cuenta de que estaba riéndose.

—En fin —dijo Lilia mientras esperaba a que Anyi callara—. No es la reacción que yo esperaba.

Anyi sacudió la cabeza.

—No. Me lo imagino. —Respiró hondo dos veces, y solo se le escapó la risa en una ocasión—. Llevo meses cavilando sobre cómo decírselo. Ahora ya no hace falta.

—¿Ibas a contarle lo nuestro?

—Claro.

—Pero... ¿no estará enfadado?

—No. Un poco consternado, quizá. ¿Te he comentado alguna vez dónde nació y se crió?

Lilia negó con la cabeza.

—Bueno, en realidad es él quien debería contarte la historia. Varias historias, de hecho. Era un lugar donde uno se encontraba con personas que tenían gustos e ideas de todo tipo. —Tomó a Lilia de la mano—. Vamos. Deberíamos volver, o creerá que estamos demasiado molestas o avergonzadas para regresar. Y quiero asegurarme de que el plan de este tonto sea lo más a prueba de tontos posible.

## Cambio de planes

Las palabras en la página que Dannyl tenía ante sí eran tan grises como un cielo encapotado. Tayend le había cedido la poca tinta que le quedaba y, como ni los esclavos ni Merria habían conseguido llevar más a la Casa del Gremio, Dannyl había tenido que diluir la que había con agua. Ahora, siguiendo el consejo de Tayend, protegía sus notas de investigación con magia cada vez que terminaba de trabajar en ellas.

Un movimiento atrajo su atención hacia la puerta, y Dannyl se volvió a tiempo para ver a Kai postrarse en el suelo.

—Ha llegado un carruaje del palacio, amo —anunció el esclavo.

«Otra vez Achatí. —Suspiró y cerró los ojos por un momento—. Las cosas fáciles». Los abrió, secó la tinta del papel, limpió la pluma, guardó todo en un cajón y lo aseguró con magia. Tras indicar a Kai que se retirara, enderezó la espalda y se encaminó hacia la sala maestra.

El esclavo portero estaba saltando literalmente de un pie a otro, hasta que vio a Dannyl y se arrojó al suelo boca abajo.

—¡Lord Lorkin ha vuelto, amo! —declaró.

A Dannyl el corazón le dio un vuelco.

—¿Lorkin?

Se abalanzó hacia delante, pero en ese momento el hijo de Sonea emergió del pasillo de entrada. Cuando el joven se adentró en la sala, Dannyl notó que un escalofrío le bajaba por la espalda. «Le ha pasado algo», pensó, aunque no sabía por qué estaba tan seguro. Lo inspeccionó con la mirada. No presentaba señales de haber sufrido daños, aunque no era fácil determinarlo, ya que la túnica del Gremio cubría gran parte de su cuerpo. Salvo por las ojeras oscuras que sin duda se debían a la falta de sueño, Lorkin parecía sano y salvo.

—Embajador Dannyl —dijo el joven.

—¡Eres libre! —Dannyl tuvo que resistir el impulso de abrazarlo, y en vez de ello aferró el brazo de Lorkin en el saludo habitual kyaliano.

—Sí —respondió Lorkin.

—¿Tienes idea de por qué?

Lorkin apartó la vista.

—No me lo ha dicho.

Dannyl dio un paso atrás. La voz de Lorkin era monótona e inexpressiva. «Debería sentirse aliviado. Desconcertado por su puesta en libertad inesperada. Enfadado por haber estado preso».

—Ven, siéntate. —Dannyl acompañó a Lorkin hasta los asientos, pero el joven mago no se sentó—. ¿Estás herido?

—No.

—¿Te han leído la mente, o lo han intentado?

—No.

—¡Lord Lorkin! Ya me parecía haber oído tu nombre.

Al alzar la vista, ambos vieron a Tayend de pie en la puerta. El elyneo se acercó apresuradamente, en ademán de abrazar al joven mago, pero Dannyl comprobó divertido que bajaba los brazos a sus costados en el último momento. Dirigió a Lorkin una mirada crítica.

—No tienes muy mal aspecto para haber estado encerrado en un calabozo —observó—. Claro que ellos no se habrían atrevido a hacerte daño físicamente. ¿Cómo te encuentras?

Lorkin se encogió de hombros, pero con la misma expresión recelosa y evasiva que Dannyl había percibido antes en sus ojos.

—Cansado. Hambriento. No me vendría mal un baño.

Tayend olfateó el aire y sonrió.

—En eso tienes razón. Supongo que en las mazmorras del palacio no habrá bañeras con agua caliente. Vamos, te llevaré a una de las que tenemos en nuestra perfectamente civilizada Casa del Gremio. Pediré a los esclavos que te preparen algo nutritivo y te lleven una túnica limpia.

Lorkin asintió, pero antes de ceder a la insistencia del elyneo de salir de la sala con él, se llevó la mano al interior de la túnica y se volvió hacia Dannyl. Sin una palabra, extrajo un pergamino. Dannyl reparó en el sello del rey Amakira antes de levantar de nuevo los ojos hacia el joven. Lorkin tenía una mirada adusta y consciente.

Dio media vuelta y se marchó.

Dannyl se sentó y rompió el lacre. La carta era una orden oficial del rey que declaraba simplemente que Lorkin tenía prohibido salir de la Casa del Gremio. No se especificaba la razón de su puesta en libertad ni se hacía mención alguna a su encarcelamiento. «¿Qué me esperaba? ¿Una disculpa?».

Tayend regresó a la sala y se sentó junto a Dannyl.

—No está bien —murmuró el elyneo.

—No —convino Dannyl.

—No sé qué le han hecho o qué le han obligado a hacer, pero no está preparado para hablar de ello. Le haré compañía, y si me cuenta algo al respecto, te avisaré..., siempre y cuando no me haga prometer que lo guardaré en secreto, claro.

—Claro.

—¿Qué dice? —Tayend señaló el pergamino con la cabeza.

—Que Lorkin no tiene permitido salir de la Casa del Gremio.

Tayend asintió.

—Entonces no es libre del todo. —Se inclinó hacia Dannyl y le dio unas palmaditas en el brazo—. Ya no está en ese lugar. Eso, al menos, es bueno. —Se puso de pie—. Tengo que informar sobre esto. Será mejor que se lo comuniqués al administrador Osen.

Dannyl observó a Tayend mientras se alejaba a paso veloz y esbozó una sonrisa triste. Si Lorkin se resistía a hablar de lo que le habían hecho en el calabozo, o si tenía un secreto oscuro que confesar, Tayend era la persona más indicada para sonsacárselo. Poseía una perspicacia extraordinaria a la hora de analizar los problemas de los demás. « Pero no nuestros problemas» , se recordó Dannyl.

« Detesto pensar así, pero espero que Lorkin no esté aquí porque lo hayan forzado a delatar a los Traidores. Eso podría ser nefasto para ellos, y tal vez también para nosotros, si lo que Lorkin y Osen se traían entre manos implicaba que colaboráramos con ese pueblo» .

Osen. Tal como había señalado Tayend, el administrador debía saber que Lorkin había vuelto. Hurgó en el interior de su túnica, sacó el anillo de sangre de Osen, respiró hondo y se lo puso en el dedo.

—No fastidies —exclamó Sonea entre dientes mientras levantaba la mirada hacia el letrero de la casa de queda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Regin.

Ella no dijo nada, porque un hombre apareció en la puerta e hizo una reverencia.

—¡Milord y milady! ¡Adelante! ¡Pasen! —los animó el hombre—. Me llamo Fondin. Bienvenidos al Descanso de Fergun, la mejor casa de queda de Kyralia.

Sonea oyó que Regin reía por lo bajo, pero guardó silencio mientras atravesaba la entrada. Como de costumbre, la planta baja era una zona para comer y beber. Pese a lo tarde que era, el sitio estaba lleno de gente y reinaba un barullo de voces. La ropa de los clientes parecía indicar que eran vecinos que se habían arreglado para celebrar algo. Algunos posaron la vista en Regin y en ella, y sus ojos se desorbitaron por la sorpresa.

—Tengan la bondad de sentarse a descansar un poco —los invitó Fondin, señalando un rincón más tranquilo—. ¿Necesitan una habitación o dos?

—Su local está muy concurrido esta noche —observó Sonea.

—Sí. Hemos organizado una celebración, y muchos han venido de lejos —explicó Fondin—, pero no se preocupen por el ruido. Terminaremos a una hora decente y esto será un remanso de paz.

Como si hubieran estado esperando una señal, las voces empezaron a acallarse. Sonea oyó susurros y siseos. Fondin se volvió de nuevo hacia ellos y cuando se fijó en la túnica de Sonea, abrió mucho los ojos. Era evidente que no había reparado en el color en la penumbra del exterior. Incluso a la débil luz de las lámparas, ella advirtió que el hombre palidecía.

—¿Cuál es el motivo de la celebración? —preguntó.

—U-u-una boda —tartamudeó Fondin.

—Pues transmita mis felicitaciones a los novios. —Sonea sonrió—. ¿Se alojarán aquí esta noche?

—N-n-n... —Fondin respiró hondo y se puso derecho—. No, partirán esta noche hacia su casa nueva.

Sin embargo, supuso ella, muchos de los invitados a la boda se quedarían allí.

—Y su nuevo hogar. Bien, no le robaremos más tiempo. Estoy segura de que podremos arreglárnoslas en una habitación —le dijo Sonea—. Con camas separadas y un biombo, por supuesto. Cenaremos allí para que pueda usted dedicar toda su atención a sus invitados. ¿Podría acompañarnos directamente a la habitación?

Fondin asintió y, por si acaso, ejecutó una profunda reverencia antes de girar sobre sus talones y guiarlos escaleras arriba. Se detuvo frente a varias puertas, retorciéndose las manos, y con renuencia visible los condujo hasta una habitación situada al final del pasillo. Cuando abrió la puerta, Sonea comprobó complacida que era un cuarto más bien sencillo, con una única cama individual, pero sin indicios de estar ocupada. Había temido que el hombre echara a los huéspedes de una de sus habitaciones, o que no quedara ninguna libre. El Gremio pagaba a las casas de queda de las carreteras principales para que mantuvieran un cuarto desocupado en todo momento, y todo el mundo suponía que sería la mejor habitación, aunque los posaderos debían de tener la tentación de alojar allí a sus clientes en las noches en que el establecimiento estaba completo, sobre todo si este se encontraba junto a un camino secundario como aquel.

—Nos servirá —dijo Sonea al hombre.

—Mandaré que les traigan otra cama y un biombo, milady —aseguró él antes de alejarse a toda prisa.

Ella entró en la habitación, seguida por Regin.

—¿Debería ofrecerme a dormir en el suelo? —preguntó este.

Sonea se volvió hacia él y descubrió que sonreía.

—No quiero estropearle la noche a nadie exigiendo que nos den la mejor habitación o dos habitaciones, pero dormir en el suelo me parece un poco

excesivo.

Al poco rato, todo estaba listo. Habían dispuesto para ellos una cena generosa y una botella de vino sobre una mesa pequeña. El vino era muy bueno, y Sonea sospechaba que demasiado caro incluso para una boda local. Lo más probable era que el Gremio hubiera dispuesto que mantuvieran allí una reserva de vino decente para sus miembros.

—¿Os quedan más botellas de este vino? —le preguntó a la joven que acudió a recoger los platos.

—Sí, señora.

—¿Siguen aquí los recién casados?

—Están a punto de marcharse, señora.

—Dales una botella como regalo de boda.

La chica abrió mucho los ojos.

—Sí, señora.

Regin frunció los labios y, para sorpresa de Sonea, se levantó de su silla y bajó las escaleras en silencio detrás de la mujer. Cuando regresó, Sonea arqueó una ceja.

—Solo quería cerciorarme de que el regalo llegara a manos de sus destinatarios —dijo él. Se sentó—. Así que «El Descanso de Fergun». —Arrugó el entrecejo—. ¿No huyó cuando los ichanis atacaron el Fuerte?

—Se escondió. Era lo más sensato que podía hacer.

—Y cobarde. —Regin se encogió de hombros—. Por otro lado, nadie sabe cómo reaccionará en medio de una batalla real. Pero ¿ponerle su nombre a una casa de queda? —Sacudió la cabeza—. Dime que hay casas de queda por toda Kyrallia que llevan el nombre de magos que murieron en la guerra, no solo el de Fergun.

—No lo sé. Eso espero. —Hizo una mueca—. Me molesta más que se rinda un homenaje así a un hombre que encerró a mi amigo para hacerme chantaje, pero es un resentimiento demasiado personal para justificar que no se le honre como a los otros muertos.

Regin la miró.

—Ah, es verdad. Quería poner tu honor en entredicho y que te expulsaran del Gremio para asegurarse de que no volviera a ingresar en él un miembro de clase baja.

—Sí. Si estuviera vivo, le horrorizarían los cambios que se han producido en el Gremio.

—Nunca se sabe. Quizá habría cambiado su mentalidad después de la invasión. Le ocurrió a mucha gente, ¿sabes?

Sonea alzó la vista hacia él. Regin le sostuvo la mirada por un momento. Había un asomo de expectación en sus ojos. «¿Qué espera? ¿Que yo admita que ahora es mucho mejor persona? ¿Que le asegure que ya no le guardo rencor? ¿O



que reconozca que he llegado a confiar en él? ¿Que incluso me cae bien? Bueno, tal vez eso sería ir demasiado lejos». Inspiró para responder.

¿Sonea?

La voz del administrador Osen en su mente la sobresaltó. Soltó el aire con un jadeo de sorpresa. Siempre se asustaba cuando alguien contactaba con ella a través de uno de sus anillos de sangre, pues nunca sabía cuándo la otra persona se lo pondría.

¡Osen!

Tengo una buena noticia, envió Osen. El rey Amakira ha soltado a Lorkin.

El alivio la inundó, seguido por una nueva preocupación.

¿Está bien?

Sí. Creemos que no lo torturaron ni le hicieron daño, aunque Dannyl sospecha que fue una experiencia angustiosa para él.

¿Partirá pronto hacia Kyralia? ¿Puedo reunirme con él y acompañarlo durante el viaje?

Amakira le ha prohibido salir de la Casa del Gremio.

Ah.

Sintió un arrebato de ira que cedió el paso a una perplejidad más serena. ¿Por qué habían dejado libre a Lorkin para después obligarlo a quedarse en el país?

Al menos está un poco más cerca de volver a casa. Seguiremos insistiendo en que le permitan regresar, por medio de Dannyl.

¿Y de mí también?

Sí. No hay necesidad de cambiar los planes y aún tiene usted que encargarse del otro asunto.

Por supuesto.

Buena suerte. Si averiguo algo más, me pondré en contacto con usted.

Gracias.

El silencio profundo que siguió le indicó que Osen se había quitado el anillo. Pestañeó mientras sus ojos volvían a asimilar su entorno. Regin la observaba con atención.

—¿Era Lorkin u Osen?

Ella lo miró con fijeza.

—¿Cómo sabes que Lorkin tenía uno de mis anillos de sangre?

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—Me extrañaría mucho que le hubieras permitido alejarse de tu lado sin antes darle uno.

Ella asintió.

—Cierto, supongo que era previsible. Era Osen. Han dejado en libertad a Lorkin, pero el rey de Sachaka le ha prohibido salir de la Casa del Gremio.

Regin se enderezó.

—Es una buena noticia. ¿Proseguiremos nuestro viaje a Arvice, entonces?

—Sí.

Él entornó los párpados.

—¿No es solo porque quieres asegurarte de que regrese a casa?

Sonea cruzó los brazos.

—¿Me crees capaz de desobedecer al Gremio?

—Sí. —Le sostuvo la mirada, pero con una sonrisa—. Aunque solo por el bien de Lorkin.

—No corrí a salvarlo cuando me enteré de su desaparición —le recordó ella—. De todos modos, la orden de Osen es que sigamos adelante con nuestros planes.

Regin asintió.

—¿Con todos?

—Sí. ¿Cuál de ellos crees que podríamos abandonar a estas alturas?

Él se encogió de hombros y desvió la vista.

—No lo sé. Has dicho « planes », no « plan ». Solo tenemos un motivo oficial para ir a Sachaka.

—Y varias consecuencias posibles a las que atenernos. —Sonea hizo un gesto de exasperación—. ¿Vas a pasarte todo el viaje buscando objetivos ocultos e intenciones secretas en mis palabras?

—Probablemente. —Regin sonrió de oreja a oreja—. No puedo evitarlo. Es un hábito que tengo. Podría considerarse un talento. Quizá resulte irritante, pero intento utilizarlo con fines nobles.

Sonea suspiró.

—Pues no me irrites sin una buena razón. Eso no sería noble.

—No. —Regin sacudió la cabeza de forma exagerada y enfática en señal de conformidad, con un brillo irónico en los ojos. Ella notó que las comisuras de la boca se le curvaban en una sonrisa, hasta que recordó que él estaba en lo cierto: había otro motivo para su viaje. La asaltó el impulso breve pero apremiante de hablarle de la reunión con los Traidores.

« Aún no ».

Suspiró y apuró su copa de vino.

—Entonces espero que no ronques, porque estoy acostumbrada a trabajar de noche y me despierto con facilidad. Si no duermo bien, mañana estaré de malas.

Él se levantó y se dirigió hacia la cama situada al otro lado del biombo.

—Ah, Sonea. Me pides lo único que no puedo prometerte.

Más tarde, en efecto, Sonea se encontraba despierta, escuchando el sonido de la respiración de Regin. No era muy fuerte, pero resultaba extraño oír a otra persona que dormía cerca.

« Y curiosamente relajante », advirtió ella.

Desde la primera vez que había bajado por la chimenea oculta entre los paneles

de la sala principal de Sonea y la pared exterior del alojamiento de los magos, Lilia se preguntaba cuál era su propósito original. Había una en todos los aposentos, aunque ella dudaba que alguno de sus ocupantes supiese de su existencia. Había ladrillos que sobresalían a alturas diferentes con intervalos regulares en aquel espacio angosto, y costaba no imaginar que estuvieran dispuestos así a propósito para utilizarse a modo de escalera.

Cery barajaba las hipótesis de que se trataba de vertedores de basura o tubos colectores de letrinas, entre otras. Por fortuna, todo apuntaba a que los huecos no se habían destinado para uno u otro uso en épocas recientes, o quizá nunca. Lilia los consideraba chimeneas, aunque no había rastro de hollín en los ladrillos o el mortero.

Cuando llegó arriba, echó un vistazo por el pequeño agujero que Cery había abierto hacía tiempo. No había nadie en la sala principal de Sonea.

« ¿Dónde estará Jonna? » .

Quizá la criada se encontraba en alguna otra habitación. Tal vez alguien requería sus servicios en otra parte. Lilia extendió el brazo hacia el pestillo, pero se detuvo, vacilante. Aún cabía la posibilidad de que Jonna estuviera en uno de los dormitorios con una visita, aunque a Lilia no se le ocurría una buena razón para que la sirvienta entrara allí con un desconocido..., salvo algunas posibilidades escandalosas que le habrían parecido totalmente impropias de Jonna.

Dio unos golpecitos suaves en los paneles, con un ritmo irregular, de forma que cualquiera que ignorara que había un hueco tras la madera pensara que había un bicho que correteaba por la superficie. Al cabo de un momento, Jonna entró en la sala a paso veloz y posó los ojos en la trampilla. Aunque no veía a Lilia, asintió y le hizo señas con una mano para que saliera.

La trampilla se deslizó sin emitir un sonido, y la puerta se abrió hacia dentro silenciosamente. Jonna se acercó para ayudar a Lilia a salir. La abertura estaba un poco más alta en la pared de lo que le habría resultado cómodo para bajar, y el hecho de que tuviera que doblarse en dos para atravesarla no facilitaba las cosas.

—¿Cómo están todos? —preguntó Jonna.

—Bien —respondió Lilia—. Agradecidos por tu ayuda. ¿Ha regresado ya el Mago Negro Kallen?

—Sí, hace unos diez minutos.

Lilia se encaminó hacia su habitación para volver a ponerse su túnica.

—Entonces más vale que me dé prisa, o lo pillaré en ropa de dormir.

Jonna soltó un resoplido suave, divertida.

—Debe de ser una visión de lo más curiosa.

Lilia sonrió.

—Ya lo creo.

Los pantalones y la camisa sencillos que Jonna le había conseguido para

cuando visitara a Cery y a Anyi eran mucho más cómodos para trepar, y al ver las rozaduras y las manchas que se había hecho en la ropa esa noche, sintió una oleada de gratitud. Más valía que estropeará estas prendas y no su túnica.

Tras cambiarse rápidamente, regresó a la sala principal.

—Gracias por esperarme —le dijo a Jonna—. No tienes que quedarte si no quieres. Vendré aquí directamente después de hablar con Kallen.

Jonna se encogió de hombros.

—No me importa quedarme. —Irguió la espalda y puso los brazos en jarras—. Le prometí a Sonea que cuidaría de ti, y no dormiré tranquila a menos que sepa que has vuelto y te has acostado a una hora decente.

Lilia puso cara de resignación y suspiró.

—A nadie le preocupaba eso cuando yo vivía en el alojamiento de los aprendices. —Pero en el fondo no le molestaba. Era agradable importarle a otra persona y que esta mirara por ella. « De todas maneras, no quiero entretenerme con Kallen más de lo necesario» .

Tras salir al pasillo por la puerta principal, caminó hasta los aposentos de Kallen y llamó. Unos instantes después, la puerta se abrió hacia dentro. De inmediato, ella percibió un leve olor a humo de craña, pero rancio y débil, como si emanara de los muebles. Kallen estaba sentado en una butaca grande, con un libro en la mano y una ligera expresión de sorpresa.

—Lady Lilia —dijo—. Adelante.

Ella entró, cerró la puerta e hizo una reverencia.

—Mago Negro Kallen.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó él.

Tenía la mirada paciente de un profesor interrumpido en un mal momento por un aprendiz. Ella contuvo una sonrisa. Había acudido allí en calidad de mensajera, no de aprendiz, y el asunto que quería tratar era mucho más importante que una simple clase.

—Usted sabe que de vez en cuando me reúno con Anyi, amiga mía y guardaespaldas del ladrón Cery —comenzó, sentándose en una silla—. Sin salir del recinto del Gremio —se apresuró a añadir.

—Sí —asintió él.

—Como ya le he dicho, Cery está escondido, por lo que no puede ocuparse de sus... —agitó la mano, buscando el término adecuado— compromisos de trabajo ni mantener sus... contactos.

—En la ciudad todos lo dan por muerto.

—Es probable que Skellin no crea que Cery ha muerto a menos que vea un cadáver.

Kallen asintió de nuevo.

—O que transcurra el tiempo suficiente.

—Lo que convierte a Cery en el cebo ideal para atraer a Skellin. Y la idea se

le ha ocurrido a él mismo —le aseguró—. Me ha pedido que le diga que está preparado para hacerlo y que le propone que se entreviste con él para decidir el lugar y el momento.

—Hum. —Kallen desvió la mirada con el ceño fruncido—. Es una oferta muy generosa y valiente. Una oferta que merece mi admiración y mi agradecimiento, así como la de los otros miembros del Gremio, aunque no estén al corriente de ella. Podríamos aceptarla. —Meneó la cabeza—. Pero no en estos momentos. Estamos explorando otra vía. No puedo referirte los detalles, pero si tenemos éxito no será necesario poner en peligro la vida de Cery.

Lilia se llevó una decepción breve, seguida de una sensación de alivio y por último de nerviosismo.

—¿Cuánto tardarán en saberlo? El escondite de Cery es..., en fin, el último refugio seguro que le queda. Si Skellin lo descubriese, Cery ya no tendría adónde ir.

—No podemos precipitarnos. Lo que estamos haciendo quizá nos lleve semanas o meses. ¿Cuánto tiempo cree Cery que puede permanecer oculto? —inquirió Kallen.

« ¡Semanas! ¡Meses!» . Lilia se llenó de rabia, pero cuando miró a Kallen percibió una preocupación sincera en sus ojos. La furia remitió.

—No lo sé. Él tampoco lo sabe. Skellin podría encontrarlo esta noche, o dentro de unas semanas. Les resulta difícil conseguir comida sin que los descubran. Cada vez que salen corren un riesgo.

Kallen alargó el brazo y posó una mano sobre su hombro por unos instantes.

—Entiendo. Hacemos cuanto podemos, Lilia. Dile a Cery que le agradecemos su oferta y que quizá la aceptemos si nuestros otros planes fallan. Mientras tanto, debe permanecer escondido a toda costa.

Lilia asintió y suspiró.

—Se lo diré. Pero no le gustará.

—Ya me lo imagino. —Le dirigió una mirada comprensiva que de pronto se convirtió en una expresión ceñuda—. La impaciencia no lo impulsará a cometer alguna tontería, ¿verdad?

Ella reprimió una carcajada amarga.

—No lo creo, pero es un ladrón. Está acostumbrado a llevar las riendas de su vida. —Al ver que las cejas de Kallen bajaban aún más, sacudió la cabeza—. Anyi y yo haremos lo posible por disuadirlo, si lo intenta. Y me parece que Gol está acostumbrado a hacerlo entrar en razón.

Kallen hizo una inclinación de cabeza.

—Bien.

Lilia se puso de pie y se alisó la túnica.

—Será mejor que me vaya. Buenas noches, Mago Negro Kallen. Espero que sus planes den resultado.

Él asintió.

—Gracias. Buenas noches, lady Lilia.

Cuando ella se volvió hacia la puerta, esta se abrió sola. Lilia salió al pasillo y se alegró de poder respirar el aire fresco del exterior. Entonces su estado de ánimo se ensombreció de nuevo.

«A Cery no le va a gustar esto. Pero creo que confía en... No, más que confiar en Kallen, lo respeta..., lo suficiente para esperar a ver si sus planes funcionan. —Sin embargo, ese no era el problema principal—. ¿Cómo voy a darles de comer y a impedir que los descubran durante semanas, quizá incluso durante meses? Es inevitable que alguien se huelga algo tarde o temprano» .

Solo le quedaba esperar que pudieran evitarlo con la ayuda de Jonna, o que la «otra vía» de Kallen tuviera éxito.

—¿Crees que deberíamos esperar a que Lilia esté con nosotros? —preguntó Anyi mientras examinaba el techo del túnel.

Cery alzó su farol.

—No parece a punto de hundirse en este preciso instante. —Era un túnel largo, y Anyi había impuesto un paso rápido. Él había aprovechado que el techo estaba combado para detenerse y recuperar el aliento, con la esperanza de que los demás atribuyeran sus actos a la prudencia—. Por otro lado, ¿cómo podemos estar seguros?

—No lo sé —reconoció Anyi—. Supongo que no se derrumbará mientras no toquemos nada. Pero no deberíamos quedarnos mucho tiempo.

Gol emitió un gruñido bajo que denotaba que ambos estaban locos. Contemplaba con el entrecejo fruncido las raíces de árbol que colgaban del techo y, enredadas entre sí, recubrían las paredes del túnel. Cuando dio un paso hacia él, Cery se percató de que su expresión no era de desaprobación, sino de interés.

Acto seguido, vio aquello en lo que Gol se había fijado. Detrás de algunas raíces no se vislumbraba la luz que habría cabido esperar. Al otro lado reinaba una obstinada oscuridad. Se acercó, entrelazó los dedos con la maraña de raíces blancas y tiró con suavidad. Se balancearon hacia delante sin oponer la menor resistencia.

«No están adheridas a nada. Hay un agujero al otro lado».

—¿Os acordáis de que os dije que no tocarais...? —empezó a preguntar Anyi mientras él apartaba las raíces a un lado—. Ah.

La entrada a otro túnel se abrió ante ellos. La misma obra de ladrillo deteriorada contenía la tierra y sustentaba el techo. Cery miró a su hija y sonrió cuando ella se acercó y echó un vistazo al interior con los ojos brillantes.

—Esto es un golpe de suerte —comentó Anyi—. Si algún día tenemos que escapar, podemos pasar por aquí. Si el perseguidor no nos ve entrar, nunca sabrá dónde nos hemos metido.

—¿Quieres que exploremos? —inquirió Cery.

—Por supuesto.

Cery volvió la vista hacia Gol.

—Quédate aquí. Si oy es algo como un derrumbe, ve a buscar a Lilia.

Gol hizo ademán de protestar, pero en vez de eso exhaló un suspiro profundo y asintió. Cery sostuvo las raíces para dejar pasar a Anyi. Ella se movía despacio, con el farol en alto para examinar las paredes, el techo y el suelo. El pasadizo no estaba en peor estado que el que los había conducido hasta allí. Aunque su apariencia era ruínosa en algunas partes, en general tenía un aspecto sólido.

Mientras avanzaban, Cery se preguntó cómo habría ido la conversación de Lilia con Kallen. No recibirían noticias de ella hasta la mañana siguiente. Cery había decidido que pasarían la noche inspeccionando las galerías y pensando dónde le tenderían la trampa a Skellin. Anyi creía que debían atraerlo a las cámaras subterráneas cercanas a la universidad, para que ellos pudieran huir al edificio. Se trataba de las cámaras en que Cery había sorprendido a su hija con Lilia. Notó que se le encendía el rostro al recordarlo. En el prostíbulo en que se había criado, había conocido a mujeres que cortejaban a otras mujeres, y entre algunas de ellas se habían creado vínculos que habían durado muchos años. Era una de las muchas maneras en que había visto que la gente buscaba placer, compañía y amor. No obstante, había llegado a comprender que aquel mundo era especialmente tolerante. Fuera de él había personas que rechazaban todo lo que se apartaba de su experiencia propia y sus gustos. Y no eran solo personas de clase alta. Los bajos fondos no eran mejores ni peores.

«Me pregunto si su madre lo sabe. A Vesta siempre le gustaba creerse superior a los demás. Buscaba constantemente cosas que criticar en otras personas. A veces creo que lo único que la atraía de mí era mi condición de ladrón. Eso le daba la sensación de ser más importante que la mayoría de la gente. Al menos durante una época».

Lo último que quería era que Anyi se sintiera rechazada. No le importaba que estuviera con Lilia, desde luego, pero... Sintió una ligera punzada de envidia. «Estuve enamorado de una maga del Gremio, pero la única clase de amor que obtuve a cambio fue la amistad. —Sacudió la cabeza—. Menudo quejica estoy hecho. La amistad de Sonea no es poca cosa, y además encontré el amor en otras personas».

Se preguntó si Anyi había tenido muchos amantes con anterioridad, y entonces se acordó de la historia que le había contado sobre el que la había traicionado. «Ah. Seguramente por eso nunca lo encontré. No era un hombre, sino una mujer».

Anyi emitió un grito ahogado.

—¡Mira! —susurró.



El túnel terminaba en una pared de ladrillo, pero no era una pared común y corriente. Llevaba acoplado un artificio que les resultaba familiar: el mecanismo de una puerta oculta. Cery localizó la tapa de latón de una mirilla. Aunque estaba rígida y verde a causa de su antigüedad, él consiguió abrirla haciendo fuerza. Cuando miró por ella, no distinguió más que oscuridad.

—No veo nada —dijo.

—¿Quieres que intentemos abrirla? —preguntó Anyi.

Cery reflexionó. Si dejaba volar su imaginación, esta evocaba en su mente a presos peligrosos o monstruos encerrados que esperaban a que alguien los liberara para matar a todo aquel que se cruzara en su camino.

«Lo más probable es que sea otro almacén viejo. Además, por lo que se alcanza a vislumbrar, no hay una cerradura que impida a nadie abrir la puerta desde el otro lado».

Asintió.

Anyi sujetó la palanca y tiró de ella, pero la puerta no se movió. Al observar el mecanismo más de cerca, Cery advirtió que no estaba oxidado. Había unos bultos negros en torno a las juntas. Los tocó. Eran blandos; probablemente gotas de aceite o grasa que se habían espesado a causa del tiempo y el polvo. Cery también intentó tirar de la palanca, y luego ambos aunaron sus fuerzas, pero fue en vano.

—Ve a por Gol —dijo Cery.

Echó otra ojeada por la mirilla, incluso probó a sujetar el farol en alto y mirar al mismo tiempo, pero no vio más que las tinieblas del otro lado de la puerta. Entonces se le ocurrió que quizá la abertura estaba obstruida. Extrajo una ganzúa de su abrigo y traspasó la puerta con ella, confirmando que al otro lado había un hueco.

«Tal vez sea una trampa instalada por Akkarin o alguna otra persona hace mucho tiempo, por la misma razón por la que las instalamos nosotros: para burlar y frenar a los perseguidores. Quién sabe qué motivos tuvo el Gremio en el pasado para excavar estos túneles».

Oyó los pasos de dos personas que se acercaban tras él y dio media vuelta. Gol puso cara de exasperación al ver la puerta.

—No eres capaz de dejar un misterio sin resolver, ¿verdad? —refunfuñó.

Cery se encogió de hombros. Gol puso los ojos en blanco, se acercó a la puerta y agarró el tirador. Tiró de él una vez, se detuvo para estudiar el mecanismo y asió el tirador de nuevo.

—Ten cuidado; no se te vaya a abrir la herida —le previno Anyi.

Gol se apartó ligeramente de la palanca y miró en torno a sí. Retrocedió unos pasos por la galería y recogió algo. Cuando regresó, Cery vio que se trataba de un ladrillo.

—Eso hará mucho... —cuando Gol golpeó el mecanismo, un sonido metálico

y dolorosamente fuerte retumbó en el pasadizo—... ruido —finalizó Anyi.

Sin embargo, el impacto dio al parecer el resultado que Gol pretendía: romper la costra de aceite viejo. Esta vez, la palanca cedió bajo su mano. Cery notó que el corazón le latía un poco más deprisa cuando la puerta giró sobre sus goznes. Era pesada: por la parte de atrás estaba recubierta de ladrillos finos unidos entre sí con argamasa. Al otro lado había un recinto.

Cuando la luz de los faroles atravesó la oscuridad, iluminó unos armarios y mesas de madera. A Cery se le cayó el alma a los pies. No estaba seguro de qué deseaba encontrar allí. ¿Un tesoro oculto, tal vez? ¿Un escondite mejor para ellos?

Entraron. Cuando el brillo de las tres lámparas inundó aquel espacio, la expectación de Cery cedió el paso al temor. La habitación se veía limpia. Sin rastro de polvo o escombros. Él se acercó a una de las mesas. Estaba cubierta de macetas pequeñas. Cada una de ellas contenía tierra y una planta diminuta.

—¿Estamos en el...? —empezó a preguntar Gol.

—¡Chitón! —jadeó Anyi.

Cuando Cery y Gol se volvieron hacia ella, vieron que estaba inspeccionando una escalera angosta, sujetando su farol lo más lejos posible del hueco para que su luz no penetrara en él. Se acercaron y, cuando llegaron junto a ella, oyeron voces procedentes de arriba, así como el chirrido de una manija que giraba.

Sin mediar palabra, salieron corriendo al túnel y Gol cerró la puerta tras de sí. A Cery se le aceleró tanto el corazón que le dolía el pecho. Anyi aplicó el ojo a la mirilla, y Gol colocó la oreja contra la puerta. Divertido, Cery apartó a Anyi, que protestó en silencio, para ocupar su lugar frente a la mirilla.

La habitación del otro lado ya no estaba a oscuras. Algo luminoso bajaba por la escalera. Sintió un alivio matizado de ironía al ver aparecer un globo de luz seguido por dos magos. Uno era una anciana, y el otro un joven.

—Qué pasa —musitó Anyi.

—Magos. Están escudriñando el sótano. ¿Oyes algo, Gol?

—Muy poco —respondió el hombretón—. Uno ha dicho que ha oído algo. El otro le ha dado la razón.

Los dos magos sacudieron la cabeza y se acercaron a las mesas. El hombre levantó una planta y la dejó donde estaba con displicencia, visiblemente enfadado.

—La vieja ha preguntado algo. El joven dice que está seguro —informó Gol. Se quedó callado, y Cery alcanzó a oír el sonido apagado de las voces. Hizo una seña a los otros dos para que guardaran silencio y apretó la oreja contra la puerta.

—Así que nos han engañado —dijo la mujer, en un tono que no denotaba sorpresa.

—Sí, tal como sospechabas —contestó el mago joven—. Si te fumaras este... este hierbajo de jardín, el único efecto que te produciría es dolor de cabeza.

—Bueno, sabíamos que conseguir craña no sería fácil.

«¿Craña? —Cery notó que algo caliente le corría por las venas—. ¿El Gremio quiere cultivar craña?» .

—Pues tendremos que seguir intentándolo —prosiguió la mujer—. Skellin debe de estar cultivándola en algún sitio..., y en grandes cantidades. Tarde o temprano, si ofrecemos dinero suficiente, alguien lo traicionará.

—Solo necesitamos unas pocas semillas.

—Ojalá no necesitáramos ninguna.

Las voces se oían cada vez más débiles. Cery acercó el ojo a la mirilla y los observó subir por la escalera, con la luz mágica ascendiendo ante ellos. Cuando la claridad desapareció de golpe, él supuso que habían cerrado la puerta de la planta superior. Se apartó de la mirilla, cerró la tapa y describió lo que había oído a Anyi y Gol.

—¿Para qué querrá craña el Gremio? —preguntó Anyi, mirando la puerta con el ceño fruncido.

—Tal vez pueda usarse como remedio —aventuró Gol.

—Tal vez —repitió Cery—. A lo mejor hay ya unos cuantos adictos entre los magos del Gremio, y quieren arrebatarle a Skellin el control del suministro.

—Quizá planean eliminar a Skellin como competidor —dijo Gol— para controlar todo el tráfico de craña y luego dejar de cultivarla.

Anyi se volvió hacia él, horrorizada.

—¿Y qué hay de toda la gente corriente que es adicta? Sería una... ¡Perderían la cabeza!

—El Gremio nunca ha impedido que los bajos fondos consigan lo que quieran —le recordó Cery.

Esto no pareció tranquilizar a su hija.

—Nunca nos libraremos de ella, ¿verdad? —dijo, con los ojos muy abiertos, al tomar conciencia de ello—. Tendremos que apechugar con la craña para siempre.

—Probablemente —convino Cery.

Gol asintió.

—Pero tal vez si el Gremio se agencia un poco de craña y la estudia, encuentre la manera de evitar que sea tan adictiva.

Anyi seguía cabizbaja.

—Supongo que, como ruta de huida, esta no es mejor que la que sale a la universidad.

Cery contempló la puerta.

—No sabemos si la planta de encima de este sótano está ocupada permanentemente por magos. Seguramente la mantendrán vigilada si consiguen más semillas y vuelven a intentarlo, pero quizá solo aposten a un criado o dos.

—Es más probable que Skellin nos siga si escapamos por aquí que si lo

hacemos por la universidad —añadió Gol—, lo que quizá nos vendrá bien cuando le tendamos la trampa.

—Quizá. Pero no revelemos al Gremio que sabemos que intentan cultivar caña hasta que sea necesario.

—¿Malos recuerdos?

Sonea miró a Regin, sorprendida. «¿Tan evidente era? —Desde que el carruaje había emprendido su lento ascenso hacia las montañas, ella había luchado por ahuyentar sensaciones sombrías y lúgubres. De entrada supuso que se debían al cansancio y la preocupación, pero cada vez que veía un elemento del paisaje (un árbol o una roca) la asaltaba la certeza de haberse fijado en ello en su viaje anterior por aquel camino. Pero sin duda su mente estaba jugándole malas pasadas—. No puedo tener tan buena memoria» .

Como no estaba segura de qué responder a la pregunta de Regin, se encogió de hombros. Él asintió y desvió la mirada. Al principio, Sonea había creído que sus conversaciones habían acabado por extinguirse porque las vistas lo distraían. A diferencia de ella, Regin nunca había recorrido aquella carretera. Ahora, Sonea se preguntó si el silencio era culpa suya. Desde hacía un tiempo no tenía ganas de charlar.

«¿Aquel es el sitio donde nos detuvimos? —Un espacio entre los árboles revelaba los campos y caminos que se extendían a lo lejos, surcados por ríos, senderos y límites marcados por el hombre. No obstante, los árboles parecían pequeños. Sin duda habrían crecido más durante los últimos veinte años—. Pero los objetos tienden a ser más grandes en nuestros recuerdos. Aunque... yo creía que eso solo pasaba con los recuerdos de la infancia, porque uno es más pequeño en esa época» .

—¿Qué ocurre? —inquirió Regin.

Ella cayó en la cuenta de que estaba inclinada hacia delante, con el cuello estirado para asomarse mejor al exterior. Se echó hacia atrás en su asiento y se encogió de hombros.

—Me ha parecido reconocer algo. —Sacudió la cabeza—. Un lugar en que hicimos una parada la última vez.

—¿Su... sucedió algo allí?

—En realidad, no. Nadie habló mucho durante aquel trayecto. —No pudo reprimir una sonrisa—. Akkarin no me dirigía la palabra. —« Pero lo sorprendía constantemente lanzándome miradas furtivas» —. Estaba enfadado conmigo.

Regin arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—Por asegurarme de que me desterraran con él.

—¿Y por qué iba a enfadarse por eso?

—Su plan, o al menos eso creía yo entonces, consistía en dejarse capturar por

los ichanis y comunicar el resultado a todos los magos.

Regin abrió los ojos un poco más.

—Una decisión valiente.

—Oh, muy honorable —dijo ella con sequedad—. Conmocionar al Gremio para que tomara conciencia del peligro en que se encontraba sacrificando a la única persona capaz de hacer algo al respecto.

Él enarcó las cejas.

—Pero no era el único. También estabas tú.

Ella negó con la cabeza.

—No había aprendido lo suficiente. Ni siquiera sabía elaborar anillos de sangre. No habríamos vencido a los ichanis si él no hubiera sobrevivido. —« Pero no fue por eso por lo que lo seguíste », se recordó a sí misma, « sino porque no podías dejar morir a Akkarin. El amor es egoísta » —. Al obligarlo a protegerme, lo obligaba a proteger su propia vida.

—Debieron de ser unas semanas espeluznantes.

Ella asintió, pero su mente se desvió de repente hacia los Traidores. Siempre había sospechado que durante la estancia de Akkarin en Sachaka habían ocurrido más cosas de las que él le había contado. En cierta ocasión, cuando lord Dannyl verificaba datos para su libro, le había preguntado a Sonea si el rumor de que Akkarin sabía leer los pensamientos superficiales de una persona sin tocarla tenía algo de cierto. Ella no recordaba que Akkarin le hubiese hablado de ello. La gente le atribuía toda clase de habilidades extraordinarias, incluso antes de que saliera a la luz que había aprendido magia negra.

« Tal vez poseía esa facultad, pero la guardaba en secreto. Al igual que el trato que había cerrado con los Traidores, y concretamente con su reina, nada menos, aunque ella todavía no lo era. Estoy segura de que me dijo que la persona que le enseñó magia negra era un hombre. ¿Era una mentira deliberada para encubrir la existencia de los Traidores? No puedo evitar sentirme dolida por el hecho de que él no me confiara la verdad, aunque por otro lado no me habría gustado que rompiera una promesa hecha a alguien que le había salvado la vida » .

Con un suspiro, miró a través de la ventanilla el sol, que estaba bajo en el cielo. Lo que recordaba de la última parte del ascenso al Fuerte era un terreno de roca desnuda y vegetación escasa. Aunque había extensiones de roca visibles aquí y allá, los árboles no habían raleado tanto como en su memoria. « Llegaremos más tarde de lo que había previsto; tal vez incluso después del anochecer » .

Un viraje brusco hacia un lado la obligó a sujetarse. Extrañada, se inclinó hacia la ventanilla, preguntándose por qué el carruaje había cambiado de dirección, y parpadeó ante el resplandor inesperado de un muro alto y curvo que relucía teñido de amarillo por el sol del atardecer que brillaba frente a ellos.

« No tan tarde, después de todo —pensó ella—. El terreno que recuerdo debe de haberse poblado de árboles» .

—Hemos llegado —anunció a Regin, que se sentó a su lado para mirar por la ventanilla del otro lado.

Sonea contempló su rostro y percibió en él señales del asombro que se había apoderado de ella cuando había avistado el Fuerte por primera vez. El edificio era un cilindro enorme excavado en la roca maciza que ocupaba el hueco entre dos paredes rocosas altas y casi verticales. Cuando ella se volvió de nuevo hacia la ventanilla, advirtió que la fachada no era la superficie lisa e impecable que recordaba. Se habían utilizado piedras de un color distinto para rellenar grietas grandes y agujeros. Debía de tratarse de reparaciones de los daños producidos durante la Invasión ichani. Sonea se estremeció al recordar la batalla que se había librado allí, tal como la había transmitido mentalmente lord Makin, el guerrero al mando de los refuerzos del Fuerte, antes de morir a manos de los invasores.

El carruaje redujo la velocidad y se paró frente a la torre. Un mago de túnica roja y el capitán de la unidad de la Guardia del Fuerte se dirigieron hacia ellos. Sonea descorrió el pestillo de la portezuela, la abrió con magia y se detuvo a mirar a Regin. La emoción en su semblante le confería un aspecto más joven, casi infantil. Evocó en la mente de Sonea una imagen de él como un joven sonriente, pero ella sospechaba que su memoria la estaba engañando. Tal como lo recordaba cuando tenía esa edad, su sonrisa siempre destilaba prepotencia o un regocijo perverso.

« Aunque no durante mucho tiempo —pensó mientras bajaba del vehículo—. De hecho, no recuerdo haberlo visto sonreír a menudo este último año, salvo con una cortesía forzada, o tal vez con comprensión» , advirtió.

—Saludos, Maga Negra Sonea —dijo el mago de la túnica roja—. Soy el vigía Orton. Él es el capitán Pettur.

El capitán ejecutó una reverencia.

—Bienvenidos al Fuerte.

—Vigía Orton. —Sonea inclinó la cabeza—. Capitán Pettur. Gracias por su amable recibimiento.

—¿Aún planea pasar la noche aquí? —preguntó Orton.

—Sí. —El título de vigía se había instituido para conferirle al líder de los magos que ahora custodiaban el Fuerte junto con sus compañeros no-magos. El Gremio temía que ningún mago se ofreciera voluntario para el cargo, así que lo habían dotado de prestigio y un sueldo elevado. No habría hecho falta. Tanto el vigía Orton como su predecesor habían combatido contra los invasores sachakanos y estaban decididos a impedir que estos volvieran a entrar en Kyrallia sin topar al menos con una resistencia decente.

—Acompañenme —los invitó Orton, haciendo un gesto hacia los portones

abiertos en la base de la torre.

Sonea sintió un escalofrío al reconocer el túnel que había al otro lado. Se adentraron en las sombras de su interior. Las lámparas que se mantenían encendidas iluminaban más zonas restauradas, así como las trampas y barreras que se habían añadido.

—Tenemos un monumento dedicado a quienes murieron aquí al principio de la invasión —le informó Orton. Señaló un tramo de pared más adelante, y cuando se acercaron Sonea vio que era una lista de nombres.

Una vez frente a ella, se detuvo a leer. Vio el nombre de lord Makin, pero los demás le eran desconocidos. Muchas de las víctimas habían sido miembros comunes de la Guardia. Al principio de la lista figuraban los nombres más largos, que incluían denominaciones de Casa y familia y pertenecían a hombres de clase alta que habían hecho carrera en la Guardia teniendo garantizada una posición de poder y respeto. Sin embargo, los hombres que trabajaban en el Fuerte en aquella época a menudo eran fracasados o alborotadores, enviados a un lugar en el que se creía que no podían perjudicar a nadie o, si lo hacían, al menos no sería en presencia de alguien a quien le importara.

Por encima de ellos estaban los magos. Aunque los nombres de familia y Casa le resultaban familiares a Sonea, en aquel entonces ella era muy joven y hacía poco que había ingresado en el Gremio, por lo que no conocía a los magos en persona. Excepto a uno.

El nombre de Fergun atrajo su mirada. Sintió una mezcla incómoda de desagrado, compasión y culpabilidad. Había sido una víctima de la guerra. Pese a todo lo que había hecho, no merecía que un mago sachakano le arrancara toda la energía hasta matarlo.

« Pero eso no significa que fuera una buena persona » .

En cuanto pensó esto, sus sentimientos encontrados se desvanecieron. Comprendió que era posible albergar tristeza por la injusticia de la muerte de una persona sin tener que convencerse de que era más noble de lo que ella la recordaba.

« Y hay una casa de queda que lleva su nombre. —Se apartó—. Estoy segura de que eso lo habría horrorizado tanto como a mí, aunque por razones totalmente distintas » .

El vigía Orton los guio hasta una puerta oscura y estrecha. Se procedió a cumplir una formalidad complicada que consistía en identificar al capitán, a sus visitas y a sí mismo, y acto seguido, se oyeron sonidos de todo tipo cuando se accionó el mecanismo de cierre. Una vez abierta la puerta, Sonea comprobó, divertida, que tenía un palmo de grosor y estaba hecha de hierro. Entraron en una habitación y pasaron por el mismo procedimiento para cruzar una puerta igual de robusta que la anterior. Para los ocupantes del Fuerte, toda precaución era poca.

Enfilaron un pasadizo angosto y curvo que ascendía con una pendiente

pronunciada. Los extremos de unos tubos sobresalían a los lados, al parecer con el objeto de verter algún líquido en aquel espacio. «¿Agua, o algo menos agradable?». Aunque las defensas físicas no detendrían necesariamente el avance de un mago, podían reducir sus reservas de energía, engañarlo para que bajara la guardia o sorprenderlo antes de que encontrara una forma adecuada de contrarrestarlas. Los pasadizos conformaban un laberinto diseñado con el fin de confundir y desorientar, así como de dar a los ocupantes tiempo para huir.

Cuando llegaron al final del pasadizo, Orton se detuvo para mirarla.

—Espero que no contara usted con que los sachakanos no estarían informados sobre su llegada.

Sonea clavó los ojos en él, y un escalofrío le bajó por la espalda.

—¿Por qué?

—Tenemos la certeza de que vigilan el camino. Nuestras patrullas han encontrado huellas y otros indicios en la vertiente kyaliana de las montañas. Naturalmente, solo podemos observar el lado sachakano de lejos, pero nuestros centinelas han avistado a pequeños grupos de hombres que merodean por la zona.

—¿Ichanis?

Orton arrugó el entrecejo.

—Creo que no. Los ichanis no llevan consigo víveres de calidad. Sean quienes sean, no se molestan en borrar sus huellas cuando se aventuran a pasar a nuestro lado. Supongo que es porque no son conscientes de haber entrado en Kyalia. No hay una línea pintada a lo largo de la frontera ni nada por el estilo.

La idea de que los ichanis tuvieran por costumbre pasearse por territorio kyaliano no era reconfortante. Por otra parte, los desterrados que vivían en las montañas siempre habían sido un atajo de maleantes desorganizados que se robaban unos a otros más a menudo de lo que salteaban a viajeros desafortunados. Lo que constituía una lección de humildad era el hecho de que los invasores que habían intentado conquistar Kyalia habían estado a punto de conseguirlo solo porque uno de ellos poseía la fuerza de voluntad necesaria para unir a un puñado de ellos; y había tardado años.

Un ejército sachakano organizado habría sido imparable. Aún podía serlo. Y allí estaba ella, una de las pocas armas defensivas de Kyalia, camino de Sachaka, nada menos, para rescatar a su hijo. «Espero que, si los sachakanos se aprovechan de mi ausencia, Kallen y Lilia sean capaces de defender el país solos. Uno es un adicto a la craña; la otra, una joven ingenua. —De pronto, sintió náuseas y mareo—. Será mejor que deje de pensar en eso», se dijo.

—¿Quién cree usted que son esas personas, entonces? —preguntó.

—Espías.

—¿Del rey sachakano?

Orton asintió.

—¿De quién sí no?



Tres recorrer varios pasadizos tortuosos más, llegaron a un comedor en el que cabían diez comensales. La mesa estaba dispuesta con una vajilla y una cubertería de primera calidad. Tres mujeres y dos hombres aguardaban de pie a que los presentaran. Se trataba de dos capitanes de menor rango con sus esposas, y de la mujer de un capitán ausente. Orton los invitó a todos a sentarse, ocupó su lugar y pidió a un criado que sirviera la cena.

Los platos eran sorprendentemente buenos. Orton explicó que, en su opinión, la comida sabrosa obraba maravillas con la moral de quienes estaban allí destinados y tenían que vivir lejos de Imardin y bajo la amenaza de una posible invasión. Además, los granjeros y cazadores locales se beneficiaban del comercio. Sin embargo, no fue una cena del todo tranquila. Los guardias los interrumpieron varias veces para entregarles mensajes o dar parte. Al principio, Sonea escuchaba con atención, pues suponía que había sucedido algo importante, pero pronto quedó claro que aquello era simplemente una rutina que jamás se suspendía, ni siquiera durante una cena con una maga de alto rango.

Los otros invitados, que estaban acostumbrados a ello, apenas hacían pausa en su conversación. Sonea no cayó en la cuenta de que había dejado de atender a los informes cuando Orton cortó el diálogo que ella estaba manteniendo con el capitán Pettur.

—Maga Negra Sonea —dijo en tono grave y formal.

Al volverse, ella vio que, pese a la expresión serena del hombre, sus ojos delataban su nerviosismo.

—¿Sí, vigía Orton?

—Acaba de llegar un mensaje extraño. —Le tendió un papel doblado con pliegues raros que convergían entre sí—. Los guardias de servicio que lo han recogido dicen que planeaba por el aire como un pájaro y ha caído a sus pies.

Ella se fijó en la caligrafía pulcra, y el corazón le dio un vuelco, aunque no estaba segura de si fue por la emoción o la inquietud.

Aconsejamos a la Maga Negra Sonea que permanezca en el Fuerte hasta que podamos garantizar la seguridad de su viaje. Recibirá más instrucciones en breve.

Debajo del texto había un círculo dibujado con una espiral en su interior. Lorkin se lo había descrito a Osen como uno de los símbolos que los Traidores le habían dicho que utilizarían para identificarse. Ella sintió un escalofrío de expectación. Pronto valoraría por sí misma al pueblo que tanto había impresionado a Lorkin y que había ayudado a Akkarin a escapar de la esclavitud hacía tantos años.

Sonea suspendió el papel en el aire con magia y le prendió fuego. Los otros comensales emitieron un murmullo de sorpresa mientras el mensaje quedaba rápidamente reducido a cenizas. Ella se volvió hacia Orton y sonrió.

—Me parece que esos espías no representarán un problema durante mucho

tiempo, vigía Orton.

«Después de dormir varias noches en un frío suelo de piedra, no debería costarme tanto conciliar el sueño ahora que estoy en una cama decente. ¿Qué me pasa?».

Lorkin notaba el cuerpo tenso. Por más que se estiraba, practicaba ejercicios de respiración e intentaba relajarse bajo las suaves mantas, no lo conseguía. Tampoco lo ayudaba el hecho de que, cada vez que entraba en la fase previa al sueño en que su mente vagaba sin rumbo fijo, le venían a la memoria recuerdos de la esclava.

No quería pensar en ella.

Pero no podía evitarlo.

Ella se había bebido el agua con avidez, como si supiera qué contenía. Tal vez era una Traidora, después de todo. Al principio, había pugnado por disimular los efectos del veneno. Sin duda eso significaba que era consciente de lo que estaba tomando. Al final, no había podido quedarse quieta. De no haber sido por la intervención del celador, que la había sacado a rastras de la celda, Lorkin habría sucumbido y la habría sanado con magia. En un arranque de frustración y odio hacia sí mismo, Lorkin le había arrojado la jarra de agua al hombre, pero esta había chocado contra los barros y se había hecho pedazos.

Más tarde, había llegado el interrogador ashaki. Lorkin había imaginado que se regodearía y revelaría que la muerte de la esclava formaba parte de sus planes desde el principio, pero en vez de ello había examinado en silencio a la joven muerta y, sin decir una palabra a Lorkin, se había marchado con el ceño fruncido de preocupación.

A la mañana siguiente, unos hombres que Lorkin no había visto antes se lo habían llevado de la celda a un patio pequeño. Cuando el carruaje en que lo habían metido había llegado a la Casa del Gremio, Lorkin se había preguntado si aquello era un sueño particularmente vívido.

No lo era. El rey lo había dejado en libertad. No le habían ofrecido explicación alguna, ni pedido disculpas por su encarcelamiento. Simplemente había recibido la orden de permanecer en la Casa del Gremio.

«¿Por qué?».

Lorkin giró para quedar tendido de costado. Su globo de luz, que brillaba con suavidad en el aire, y la barrera que él había creado a través de la puerta, consumían lo que quedaba de la magia que Tyvara le había cedido. Aunque ahora dormía en una habitación distinta de aquella en la que había muerto Riva, la sensación de una presencia sigilosa en su cama a oscuras se mantenía curiosamente fresca en su mente, pese a que la experiencia real había sido más bien placentera en un principio. No podía dejar de imaginar que alguien acechaba entre las sombras, o que había un cadáver a su lado.

« Con los ojos fijos en el techo, sin ver nada. Como la esclava del calabozo » .

Contempló la esfera luminosa en lo alto y renunció a toda esperanza de dormir.

Luego abrió los párpados y, aunque nada había cambiado, supo que había transcurrido un rato. Se había quedado dormido después de desistir de su intento. Pero ¿por qué se había despertado? No recordaba haber tenido un sueño o una pesadilla.

Un golpe sordo procedente de la sala central le heló la sangre y lo paralizó. Obligó a su cabeza a volverse y, al dirigir la vista a la puerta del dormitorio, vio luz en la habitación contigua.

« Hay alguien allí... » .

Tras desactivar la barrera de la puerta y generar otra en torno a sí, se levantó y se acercó con cautela a la otra habitación. Había dos esclavos en el centro. Un joven yacía en el suelo, y una mujer de mediana edad acucillada junto a él le sujetaba la cabeza con una mano y empuñaba un cuchillo con la otra.

« Oh, no. Otra vez no » .

Pero entonces el hombre pestañeó. Estaba vivo. « Está leyéndole la mente » , comprendió Lorkin. Ella alzó la mirada, y él la reconoció como una de las esclavas de la cocina.

—Lorkin —dijo la mujer. Apartó la mano de la frente del hombre y se enderezó—. Soy Savi. La reina te manda saludos.

Lorkin asintió.

—¿Cómo está ella? —preguntó de forma automática, pero entonces se percató de que ante todo debía darle las gracias a la esclava, pues el hombre al que había reducido seguramente pretendía matarlo.

—Murió. —Crispó el rostro—. Hace dos días.

—Ah. —Al pensar en los ojos traviesos y el sentido del humor de Zarala, lo invadió una oleada de tristeza—. Lamento oír eso. Era simpática. —De pronto, se le ocurrió algo—. ¿No la habrán...? ¿Cuál fue la causa de...?

—Llegó al final natural de una vida larga. —Savi se puso derecha—. Savara fue nombrada su sucesora.

Lorkin asintió de nuevo, sin saber si sería cortés expresar su satisfacción ante el nombramiento de una reina nueva cuando la anterior había fallecido hacía tan poco tiempo. La espía se lo había contado con una naturalidad que parecía indicar que no esperaba que él hiciera comentarios al respecto. Lorkin se alegraba de oír que habían elegido a Savara como nueva reina, no solo porque lo había ayudado en numerosas ocasiones y era la superior de Tyvara, sino por su inteligencia, su mente abierta y su sentido de la justicia.

La espía se volvió hacia la puerta principal de la habitación. La causa de su distracción se hizo patente unos momentos después, cuando apareció Dannyl con otra esclava.

El embajador bajó la vista al hombre en el suelo, que, aunque estaba despierto y los observaba a todos, no se movía; luego miró a Savi y a Lorkin.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Lorkin se encogió de hombros.

—No estoy muy seguro. —Dirigió la mirada hacia Savi.

—Últimamente ha habido un trasiego sospechoso de esclavos aquí —les dijo ella—. Este —señaló al que estaba tumbado— no es un esclavo, sino un mago de baja categoría. Le ofrecieron tierras y la posición de ashaki a cambio de que se hiciera pasar por esclavo y colaborara en el secuestro de Lorkin.

—¿Secuestro? —repitió Dannyl—. ¿Otra vez?

Los ojos de Savi se iluminaron con una expresión socarrona.

—Esta vez no era cosa nuestra. Recibió la oferta a través de un amigo. Cree que el rey está detrás de todo, aunque no tiene pruebas de ello.

—Claro que no. —Dannyl paseó la vista por la habitación hasta posarla en la esclava que lo había llevado allí—. ¿Ella es...?

—¿De fiar? Sí —respondió la Traidora.

—Bien. —Dannyl se volvió hacia la joven—. ¿Puedes despertar al embajador Tayend y traerlo aquí?

La esclava asintió y se alejó a toda prisa. Lorkin cayó en la cuenta de que no se había postrado en el suelo ni había hecho una reverencia siquiera. Dannyl estaba demasiado ensimismado para reparar en ello. Se acercó al hombre y fijó la mirada en él.

—No está inmovilizado —murmuró.

—He absorbido su energía —respondió Savi—. ¿Quieres que lo mate?

—No. Al menos por el momento. Pero no deberíamos hablar de él mientras pueda vernos u oírnos.

La mujer se encogió de hombros. Una cúpula de luz blanca cubrió el rostro del hombre.

—Ya no puede verte ni oírte. Por cierto, me llamo Savi.

—Gracias por intervenir, Savi —dijo Dannyl—. ¿Así que él cree que el rey es el responsable de esto?

Ella movió la cabeza arriba y abajo.

—Amakira seguramente planeaba culpar a los Traidores del secuestro de Lorkin.

—Para después leerle la mente a Lorkin...

—Para intentar leérsela —lo corrigió la espía.

—... extraerle la información por medio del tormento y matarlo de manera que los Traidores parecieran los culpables.

Un escalofrío le bajó a Lorkin por el espinazo. Imágenes de la esclava torturada se agolparon en su memoria. « No sé si aguantaría tanto como ella ».

Un movimiento en la puerta captó la atención de todos. Tayend entró, seguido

por la esclava joven. Tras asimilar los detalles de aquella escena compuesta por el hombre que yacía boca abajo, Savi, Lorkin y Dannyl, escuchó en silencio la explicación de estos sobre lo que se había dicho hasta ese momento.

—Lo que importa ahora es lo que hará el rey cuando descubra que su plan ha fallado —aseveró—. No tenemos pruebas de que él haya ordenado esto. Si lo insinuáramos, lo interpretarían como un insulto. También es posible que decida sacar a Lorkin de la Casa del Gremio por su propia seguridad. —Lanzó una mirada a Lorkin—. Y llevárselo a algún sitio donde nadie lo encuentre.

Lorkin torció el gesto.

—¿No podríamos fingir que no ha sucedido nada?

Dannyl y Tayend se miraron.

—Podríamos —dijo Tayend—, de no ser por este hombre. Matarlo queda descartado. Se supone que es propiedad real.

Dannyl contempló al hombre tumbado con los párpados entornados.

—Bueno, si todos fingiéramos que seguimos tomándolo por un esclavo..., podríamos decir que lo sorprendimos haciendo magia negra y exigir que lo despidan. Tendríamos que esperar a que recobrara las fuerzas, o ellos se preguntarían cómo se las ingenió alguno de nosotros para despojarlo de su energía.

—No podemos dejar que se marche. Sabe que Savi es una Traidora —objetó Lorkin—. Si la delata ante el rey, ella correrá un grave peligro.

Dannyl miró a Savi.

—¿Podrás salir de aquí?

Ella negó con la cabeza.

—La Casa está fuertemente vigilada, noche y día. Dejan pasar a quienes traen provisiones, pero cuando los esclavos han intentado ir en busca de otros artículos, se lo han impedido. —Bajó la mirada hacia el hombre—. Todavía es posible que el rey alegue su presencia en este lugar como excusa para llevarse a Lorkin a un lugar más seguro. Sospecho que hay otros esclavos entre nosotros que también son espías de Amakira.

Intercambiaron miradas de preocupación, en silencio. Dannyl suspiró y se volvió hacia Lorkin.

—Tenemos que sacarte de Sachaka.

—No podría estar más de acuerdo —murmuró Tayend. Se dirigió a Savi—. Supongo que si controlan hasta ese punto los movimientos de los esclavos, tu gente no podrá encargarse de ello, ¿verdad?

—Si pudiéramos, lo habríamos hecho ya.

Dannyl meneó la cabeza.

—Ojalá lo hubiera sabido antes. No pretendo saberlo todo, pero cuanto mejor informado esté, más sencillo será para mí tomar decisiones.

—Decírtelo implicaba revelar mi identidad —señaló Savi.

Dannyl se volvió hacia la Traidora.

—Pues ahora la has revelado, y tal vez eso nos resulte ventajoso. ¿Podrías leerles la mente a todos los esclavos que hay aquí, para averiguar quiénes son espías de Amakira y si algunos de ellos son magos?

Ella asintió despacio.

—Sí—dijo, aunque a regañadientes.

Lorkin arrugó el entrecejo. «Eso la desenmascararía a ojos de todos los esclavos. Por otro lado, ¿de qué otra forma podríamos saber cuáles de ellos son espías o secuestradores en potencia?». Un escalofrío descendió por su espalda cuando se le ocurrió otra posibilidad.

Ella no era la única persona de la Casa del Gremio que podía leer el pensamiento.

Pero si él confesaba que poseía esa capacidad, estaría desvelando mucho, mucho más. «Tendré que hacerlo tarde o temprano, y no pienso permitir que torturen y maten a otra mujer por mi causa».

—Lo haré yo—declaró.

Dannyl y Tayend clavaron los ojos en él.

—¿Tú sabes cómo...? —Las cejas de Tayend se elevaron—. ¡Ah!

Al reparar en la expresión ceñuda de Dannyl, Lorkin se preparó para una reconvencción, pero el hombre se limitó a sacudir la cabeza.

—No saques conclusiones precipitadas, Tayend—dijo—. Sonea aprendió a leer la mente antes que a hacer magia negra.

Tayend pareció aliviado.

—¿De veras? Yo creía que leer el pensamiento de alguien contra su voluntad era algo que solo los magos negros podían hacer.

Dannyl apretó los labios en una sonrisa sombría.

—Es lo que hacemos creer a la gente. Al igual que la magia negra, es una habilidad de la que se puede abusar fácilmente.

Tayend fijó en Lorkin una mirada penetrante y reflexiva. «Se pregunta qué más he aprendido. ¿Les digo la verdad ahora? Quizá les parecería sospechoso si la ocultara durante mucho tiempo».

—¿Es otro secreto que no me confiaste para que no lo revele si me interrogan? —inquirió Dannyl.

Lorkin asintió. «Tiene razón. No puedo contárselo aún».

—Bien... —Dannyl se volvió hacia Savi—. Bloquearé todas las salidas de la Casa para asegurarme de que nadie intente marcharse. Mientras tanto, despierta al jefe de esclavos y envíalo a la sala maestra, donde Lorkin le ordenará que reúna a todos los esclavos para que les lean la mente. —Contempló al autor del secuestro fallido—. Deberíamos encerrarlo en algún sitio donde nadie lo encuentre. —Suspiró—. Este plan apenas es digno de ese nombre, pero al menos nos dará tiempo para trazar uno mejor.

## Ayuda inesperada

—No tengo... mucha experiencia en esto —dijo Lorkin en tono de disculpa mientras Dannyl se sentaba junto a él—. Quizá me lleve un rato.

Dannyl se encogió de hombros.

—No hay prisa. Tengo mucho en que pensar. Una manera de sacarte de este lio, por ejemplo.

—Esperemos que nos dé tiempo a hacer las dos cosas. —Lorkin indicó a uno de los esclavos que se acercara. El hombre se arrojó al suelo. Tras ordenarle que se arrodillara frente a él, Lorkin posó las manos a cada lado de su cabeza y cerró los ojos.

Dannyl examinó a los esclavos que aguardaban su turno. Aparte de algunas cejas arqueadas por la sorpresa, nada en sus semblantes traslucía que alguno de ellos fuera un espía del rey. Dirigió la vista a Tayend, que estaba sentado al otro lado de Lorkin. El elyneo miró a Dannyl a los ojos y asintió, tal vez para darle a entender que él también los estaba observando.

Savi, la Traidora, le había asegurado que había otros espías Traidores entre los esclavos y que prestarían su ayuda si algún impostor reaccionaba con violencia ante su inminente desenmascaramiento. Sin embargo, sería más conveniente que no los obligaran a revelar su identidad. En cuanto al secuestrador frustrado, lo habían encerrado en una bodega con paredes de piedra bajo la cocina, y lo custodiaban Savi y Merria.

«En fin. Es hora de ponerse a pensar —se dijo Dannyl—. Si el rey ha organizado todo esto, se enterará de que su plan ha fracasado cuando su esbirro no se presente con Lorkin. Tal vez ya sepa que ha fallado si esperaba que el hombre le llevara a Lorkin hace ya un rato. ¿Qué hará, entonces?

» No puede hacer nada a menos que revelemos que ha sucedido algo, o que haya otro espía suyo aquí, a punto de escapar para pedir ayuda. Y aunque lo hiciera, ¿qué pasaría? Si alegamos que Lorkin leyó la mente del secuestrador y descubrió la verdad, el rey insistirá en llevarse al hombre para comprobarlo. El

esbirro sufrirá algún tipo de accidente para que, cuando Amakira afirme que lo engañaron con el fin de que creyera que trabajaba para el rey, nadie pueda demostrar lo contrario. Entonces esgrimirá el intento de secuestro como excusa para llevarse a Lorkin.

» Si actuamos como si nada hubiera pasado, el monarca sabría que mentimos. El secuestrador puede probarlo. —Dannyl no quería matarlo, no solo porque prefería no asesinar a nadie, sino también porque si se hallaban pruebas de que un kyaliano había acabado con la vida de un sachakano, y encima de un sachakano libre, la frágil paz entre ambos países se resentiría aún más—. Y yo acabaría en el calabozo del palacio por destruir propiedad real».

¿Qué otra cosa podía hacer con el hombre? ¿Sacarlo de allí clandestinamente? Ahora que la Casa estaba bajo una vigilancia tan estrecha que incluso una Traidora dudaba que pudiera escabullirse, no creía que tuviera muchas posibilidades de éxito. « Si lo matamos, tendremos que hacer desaparecer el cadáver por completo o encargarnos de que la culpa recaiga sobre otra persona. No estoy seguro de cómo conseguir lo primero, pero seguramente es menos arriesgado que lo segundo. —Sacudió la cabeza—. No puedo creer que esté planteándome algo así».

Un martilleo suave lo arrancó de sus pensamientos. Lorkin había enviado al primer esclavo al otro extremo de la habitación. Miró a Dannyl.

—Me parece que alguien llama a la puerta.

Como todos los esclavos estaban en la sala maestra, no quedaba uno solo fuera que pudiera recibir a nadie.

—Vaya, qué poco han tardado —farfulló Dannyl.

—No es demasiado tarde para recibir visitas sociales —señaló Tayend—, según las costumbres sachakanas.

Con un suspiro, Dannyl se puso de pie.

—Voy a ver quién es.

Lorkin no parecía muy tranquilo al respecto.

—¿Conviene... que despeje la sala?

—Sí, pero... —« ¿Qué hacemos con los esclavos?».

—Llévalos a mis aposentos —se ofreció Tayend—. Puedes continuar leyéndolos la mente allí.

Dannyl posó la vista en el único esclavo al que habían leído el pensamiento.

—¿Es de fiar?

Lorkin se encogió de hombros.

—No es un espía, si te refieres a eso.

—Me conformo con eso. —Dannyl le hizo señas al hombre, que se abalanzó hacia delante y se postró en el suelo—. Espera a que todos salgan de la sala menos yo y trae aquí a nuestra visita —ordenó Dannyl.

En un lapso sorprendentemente breve, se quedó solo en la sala maestra.



Respiró hondo, exhaló despacio y se preparó para ver a una cuadrilla de magos sachakanos entrar por el pasillo. Sin embargo, solo llegaron hasta sus oídos los pasos de un par de pies, y un único hombre apareció y se detuvo en el umbral de la sala, vacilante.

—¡Achati! —El nombre brotó de los labios de Dannyl—. Ashaki Achati —se apresuró a añadir, en aras de la formalidad.

Unas arrugas profundas surcaban la frente de Achati. Escudriñó el rostro de Dannyl mientras echaba a andar rápidamente hacia él. «Parece nervioso —pensó Dannyl—. Incluso está retorciéndose las manos».

—Embajador... Dannyl. —Achati se paró en seco a dos pasos de distancia, y miró de nuevo a Dannyl con ojos escrutadores—. Vengo a advertirte de una conspiración. Me imagino que no me creerás, pero al menos debo intentar prevenirte. Hay un espía del rey entre tus esclavos. Seguramente se trata de un hombre, pues tenemos a pocas mujeres magas, y la gente no se fía de ellas. En algún momento de los próximos días, intentará secuestrar a Lorkin. Para descubrir al espía, quizá podrías desplegar las dotes de interrogador que demostraste cuando buscábamos a Lorkin.

Dannyl contempló a Achati con una mezcla de diversión y suspicacia. «¿Qué se traerá entre manos? ¿Por qué nos avisa de algo que ya ha ocurrido? ¿Pretende engañarnos para que confiemos en él? ¿Lo habrá enviado el rey para averiguar si su secuestrador ha actuado ya? Hum, supongo que tendré que seguirle el juego y ver adónde me lleva todo esto».

—¿Y qué debemos hacer cuando frustremos este secuestro? —preguntó—. ¿Matar al espía?

Achati meneó la cabeza.

—No, eso sería destrucción de la propiedad real.

—Solo si el espía es un esclavo y el rey reconoce que el hombre le pertenece.

—Oh, él no reconocerá nada. Afirmará no tener conocimiento alguno de la trama y que el hombre ha sido sobornado por los Traidores. Cuando se descubra que es un mago y no un esclavo, te acusarán de asesinato.

—¿A pesar de que yo no sabía nada de esto? —Dannyl sacudió la cabeza—. Entonces, ¿me ha tendido una trampa?

Achati negó con un gesto.

—No expresamente, pero si fueras lo bastante necio para matar al hombre, le darías la excusa perfecta para enviarte de vuelta a Kyralia.

—Así pues, ¿cuál es el objetivo del rey? Ah: amañar una buena razón para dictaminar que Lorkin no está a salvo aquí y llevárselo.

La boca de Achati se curvó en una grave sonrisa de aprobación.

—Sabía que comprenderías el peligro.

—Entonces, ¿qué hacemos? No podemos fingir que no ha pasado nada. El

espía informará al rey de su fracaso. Lo intentará de nuevo o enviará a otro espía a secuestrar a Lorkin. Quizá ya haya otros aquí, por si la primera tentativa falla.

Achati hizo una mueca.

—Si existe la posibilidad de llevar a Lorkin de regreso a Kyralia de forma encubierta, debes hacerlo.

«¿Desobedecer al rey? No es lo que me esperaba».

—¿Cómo?

Achati se pellizcó el labio inferior con dos dedos, frunciendo el ceño.

—Si hay Traidores entre los esclavos, tal vez puedan encargarse de ello.

—¿Ahora que la Casa está tan vigilada? Lo dudo. ¿Se trata de una estratagema para capturar a algunos Traidores?

Achati abrió la boca para responder, pero otra voz lo interrumpió.

—Vaya, vaya. Ashaki Achati. ¿Qué te trae a la Casa del Gremio a altas horas de la noche? —Dannyl y Achati se volvieron para ver a Tayend entrar en la sala con paso tranquilo. El elyneo apretó los labios en señal de disculpa cuando se acercó a Achati. Echó una mirada a Dannyl—. Merria está echando una mano —agregó en voz baja para que Dannyl supiera que Lorkin no estaba ocupándose solo de los esclavos.

Achati asintió.

—Me han enviado para que haga otro intento de convencer a Lorkin de que hable mañana, pero... —Repitió su advertencia sobre el secuestrador—. Este es el auténtico motivo de mi visita.

—¿Crees que Dannyl debería interrogar a los esclavos?

—Sí, para averiguar cuál de ellos es el espía.

—¿No sería peligroso? Dices que el espía es mago, ¿no? ¿Hasta dónde llega su poder? ¿Es un mago superior?

—No lo sé —admitió Achati—. Probablemente. Se le ha ordenado que no mate a nadie. Le... —De pronto, dirigió la vista hacia la puerta por la que había entrado Tayend. Dannyl siguió la dirección de su mirada y se llevó una impresión mayúscula al ver a Lorkin entrar en la habitación.

El joven posó la mirada en Dannyl y la apartó. Tenía los ojos muy oscuros y la cara pálida. Enderezando la espalda, dedicó a Achati una sonrisa forzada.

—Ashaki Achati. ¿Qué hace aquí a estas horas? —preguntó Lorkin en tono jovial pero tenso—. ¿Viene a llevarme de vuelta al calabozo del palacio?

Una extraña expresión de aflicción asomó al rostro de Achati pero se suavizó enseguida.

—No, no. Intento evitar que eso ocurra.

«¿A qué venía esa cara?», se preguntó Dannyl. Se estremeció al reconocer lo que acababa de entrever: compasión y pena. Sus dudas recientes sobre Achati se tambalearon ligeramente.

—Achati nos advierte que un espía que se hace pasar por esclavo intentará

secuestrarte pronto —dijo Tayend.

Lorkin abrió mucho los ojos, desplazando la mirada de Tayend a Dannyl.

—¿En serio?

—Sí —contestó Dannyl—. Una de estas noches.

Dannyl se sintió aliviado al ver que Lorkin cavilaba sobre las implicaciones de esto, con los párpados entornados. Se volvió de nuevo hacia Achatl.

—¿Por qué nos ayuda? —inquirió sin rodeos.

—Me... —Achatl suspiró y bajó la vista antes de erguir la cabeza para mirar sucesivamente a Tayend, Lorkin y Dannyl—. No me gusta la forma en que te está tratando el rey. Tal vez Sachaka no necesite a Kyrallia como aliada, pero tampoco necesita un nuevo enemigo. Hace unos meses recibimos una noticia que ha dividido nuestras opiniones. El... —Achatl hizo una pausa, frunció el entrecejo y sacudió la cabeza—. No se me ocurre una manera de explicar esto sin decirlo: el espía que teníamos entre los dúneos reveló que los Traidores les propusieron que aunaran fuerzas para intentar hacerse con el poder en Sachaka.

Dannyl sintió que un escalofrío le recorría la espalda. « Me pregunto si... » .

—¿Unh? —preguntó.

Achatl sonrió.

—No puedes esperar que te diga quiénes son nuestros espías, Dannyl.

—No —convino Dannyl—, pero el nombre de Unh suscitó algunas reacciones interesantes entre su gente cuando lo mencioné. Si se trata de él, me temo que saben que es espía.

—Los dúneos rechazaron la oferta de los Traidores. Muchos de los ashakis han llegado a la conclusión de que los Traidores no acudirían a los dúneos salvo en caso de necesidad y confían en que los Traidores no saldrían vencedores de un enfrentamiento con nosotros.

« ¿Fue por eso por lo que los Traidores destruyeron las cuevas de gemas de los dúneos? ¿Era un castigo por su negativa a ayudar? », se preguntó Dannyl.

—El rey está de acuerdo —prosiguió Achatl—. No cree que debemos temer al Gremio. Opina que solo contáis con dos magos. Es más importante librar a Sachaka de la amenaza Traidora antes de que sean lo bastante fuertes para derrotarnos que evitar ofender a Kyrallia y las Tierras Aliadas. Solo las voces de los ashakis que, como yo, no quieren perjudicar las relaciones comerciales ni la paz con las Tierras Aliadas impiden que le arranque la información a Lorkin por la fuerza.

Un silencio incómodo siguió a las palabras de Achatl. Lorkin tenía la vista fija en el suelo. El joven suspiró y miró a Achatl achicando los ojos.

—Usted no habría venido si no estuviera dispuesto a actuar en contra de las órdenes y los deseos de su rey —dijo—. ¿Hasta dónde se atreve a llegar?

El sachakano sostuvo la mirada de Lorkin, con aire dubitativo.

—No lo sé —reconoció—. Hay una gran diferencia entre impedir que mi rey

cometa un desatino y traicionarlo. ¿Qué tienes en mente?

Lorkin abrió la boca para responder, pero no llegó a hablar.

—Llévate al espía —intervino Tayend—. Hazlo desaparecer.

Dannyl frunció el ceño. Aunque esto sería una prueba de la fiabilidad de Achatí, podía resultar contraproducente. Si Achatí le llevara el espía al monarca, este argüiría de todos modos que Lorkin corría peligro en la Casa del Gremio y además se enteraría de que Savi era una Traidora.

—No —dijo Lorkin—. Lléveme a mí.

Dannyl parpadeó, atónito. «Tal vez no ha caído en la cuenta de que esto podría ser una trampa para que nos fiemos de Achatí». Tayend movió la cabeza de lado a lado y posó la mano sobre el brazo de Lorkin, pero, antes de que alguien pudiera replicar, Lorkin alzó las manos para atajar sus protestas.

—No soy tonto. Sé que es arriesgado. —Se volvió hacia Achatí, impasible—. Él podría entregarme al rey, pero, a juzgar por el número de esclavos impostores que hay aquí, y no me refiero a Traidores infiltrados, pronto daré con mis huesos en el palacio de todos modos.

Esta vez el escalofrío que bajó por la espalda de Dannyl le heló todo el cuerpo. «Pero ¿cuántos espías hay? ¿Cuántos de ellos son magos?».

—Solo tiene que sacarme a escondidas de la Casa del Gremio y llevarme a su mansión —le dijo Lorkin a Achatí—. Los Traidores se encargarán del resto. Se asegurarán de que el rey no se entere de su participación en mi huida. A cambio, pero solo cuando tenga garantías de mi seguridad y libertad... —Lorkin suspiró, y su expresión se endureció—, responderé a la pregunta que más ansía hacerme su rey. Les diré dónde está la base de los Traidores.

Achatí clavó la vista en Lorkin, y su sorpresa dio paso a la reflexión y luego a la aprobación. Asintió.

—Puedo hacer eso. No será fácil meterte en el carruaje sin que alguien te vea, pero...

—Lorkin —lo cortó Dannyl—. No tienes que traicionar la confianza de...

—Deja que se vaya con él —dijo Tayend. Lanzó a Dannyl una mirada intensa y resuelta, y asintió. Este sintió una punzada de rabia que se disipó enseguida.

«Tayend jamás pondría en peligro la vida de Lorkin innecesariamente. Debe de pensar que esto funcionará. O que es la única posibilidad que tiene Lorkin de salir del apuro. —Lo que significaba que Tayend creía que Achatí decía la verdad—. Qué curioso que sea Tayend quien confía en Achatí ahora que yo albergo dudas respecto a él».

A Dannyl le parecía creíble que Achatí no aprobara las maniobras del rey, pero le costaría mucho convencerse de que estaba dispuesto a contravenir las órdenes de su soberano y a correr el riesgo de que sus operaciones fueran descubiertas y declaradas actos de traición. En este caso, no solo perdería la

confianza del monarca, sino su posición social, su reputación y su riqueza. Posiblemente también la vida.

Pero a Dannyl no se le ocurría una alternativa, así que observó en silencio mientras Achaty y Lorkin sellaban su acuerdo con un juramento. Cuando terminaron, Tayend les dedicó una gran sonrisa a todos.

—¡Perfecto! Ahora solo nos queda encontrar la manera de que Lorkin suba al carruaje de Achaty sin que esos fastidiosos vigilantes se den cuenta.

Tras apurar su taza de raka, Lilia suspiró aliviada. Desde hacía un día, más o menos, había empezado a sentirse un poco desgastada, como la ropa vieja que Jonna le había proporcionado para cuando visitara a Anyi, Cery y Gol. Empezaba a acusar los efectos de las horas que había pasado desvelada bajo tierra y las clases de primera hora de la mañana con Kallen.

Contuvo un gruñido al pensar que tenía que ver a Kallen esa mañana. Anyi le había hablado de la bodega que Cery, Gol y ella habían encontrado debajo del Gremio, así como de la conversación que habían oído por casualidad. Por las descripciones, infirió que los dos magos eran lady Vinara y el sanador encargado de cultivar ingredientes para los remedios.

Aunque la noticia de que querían plantar craña la había horrorizado en un principio, tenía sentido. No estaba de acuerdo con la teoría de Cery de que el Gremio planeaba cultivar craña para arruinarle el negocio a Skellin, o por lo menos para que no fuera el único que suministraba droga a los magos. Era mucho más probable que el Gremio necesitara la planta para intentar encontrar una cura para la adicción a su consumo, así como para explorar su potencial como remedio contra otras enfermedades. Al fin y al cabo, con frecuencia los efectos nocivos de una planta podían combatirse con sustancias extraídas de ella.

No obstante, la noticia de que el Gremio buscaba semillas de craña había despertado en Lilia otras sospechas, y por eso no estaba muy ilusionada ante la perspectiva de reunirse con Kallen. Una parte de ella deseaba encararse con él y exponerle lo que había descubierto. «¿Será esa la causa por la que se niega a ayudar a Cery a tenderle una trampa a Skellin? ¿Los otros magos adictos a la craña y él temen que si apartan a Skellin de las calles se quedarán sin el suministro de la droga?».

Cery le había indicado que se guardara lo que sabía, a menos que tuviera una buena razón para revelarlo. Ella tendría que aparentar ignorancia en presencia de Kallen, y arreglárselas para comportarse como si no sospechara que él se resistía a prestar ayuda a sus amigos por motivos egoístas.

—Te noto muy ensimismada hoy —comentó Jonna. Se acercó a la mesa y se agachó para recoger los platos vacíos del desayuno. En aquel momento, Lilia percibió una fragancia extraña pero agradable.

—¿Te has puesto perfume, Jonna? —preguntó.

La criada vaciló por unos instantes, con un ligero aire de culpabilidad.

—Sí.

—¿Qué te ocurre? —Lilia arrugó el entrecejo—. No acostumbras a ponerte perfume. ¿Es que la servidumbre no lo tiene permitido?

—Oh, nadie es tan quisquilloso. —Jonna agitó la mano—. Pero... A Sonea no le gusta este que llevo. Era suyo, pero cuando se enteró de qué estaba hecho me pidió que lo tirara. Me gusta y..., bueno, la planta no tiene la culpa del uso que le dan. No me lo pongo cuando voy a estar cerca de ella, claro.

—Y por eso no te lo había notado antes. —Lilia asintió—. Huele muy bien. ¿De qué está hecho?

Jonna se mostró avergonzada de nuevo.

—De flores de craña.

Sorprendida, Lilia olfateó el aire e intentó encontrar alguna semejanza entre aquella fragancia y el olor a humo de craña.

—Cuesta creer que el aroma provenga de la misma planta. —Entonces la asaltó una duda—. ¿De dónde sacan las flores de craña los perfumistas?

Jonna se encogió de hombros.

—Supongo que de las personas que la cultivan para vender la droga.

Lilia hizo memoria sobre lo que le habían enseñado en clases de sanación respecto al origen de los remedios del Gremio y repasó mentalmente sus conocimientos sobre plantas. Por lo general, las flores contenían las semillas de la planta. El Gremio buscaba semillas de craña. Según Anyi, las plantas que el Gremio había cultivado no eran de craña. Los habían engañado. Cery no creía que ningún cultivador de craña se atreviera a vender semillas al Gremio, aunque sin duda más de uno estaría dispuesto a timarlos para ganar sumas exorbitantes proporcionándoles semillas de alguna otra planta. Si llegaba a oídos de Skellin que habían vendido semillas de craña a alguien, podían darse por muertos.

Cery dudaba que se cultivara craña en ningún lugar de Kyrailia. Sospechaba que la plantaban en algún otro sitio, la cosechaban y la secaban antes de enviarla a Imardin. ¿Ocurría lo mismo con el perfume? La mayoría de los perfumistas estaban establecidos en Elyne. ¿Necesitaban plantas frescas, o les servían las secas para elaborar la fragancia?

Lilia se puso de pie.

—Será mejor que me vaya. No quiero llegar tarde, pues Kallen se pondría nervioso.

Jonna sonrió.

—Nos vemos por la noche.

Mientras caminaba hacia la Arena, Lilia reflexionó sobre todo lo que sabía y lo poco que podía revelar a fin de obtener respuestas a sus preguntas. Durante los breves descansos de la clase de Kallen, sopesó los riesgos y las ventajas. «Cuanto antes consiga el Gremio semillas de craña, antes ayudará Kallen a

Cery. Solo necesito encontrar una manera de confesarle a Kallen que sé que el Gremio intenta cultivarla sin desvelarle cómo lo sé...» .

Ella no se dirigió hacia la universidad en el momento en que Kallen anunció que la clase había terminado. Cuando se acercó a él, el hombre ya tenía un aspecto distante y distraído, y en vez de mirarla a los ojos mantenía la vista fija en algún punto lejano. Al advertir que ella no se marchaba, frunció el ceño y apretó los labios.

—Puedes irte —repitió.

—Lo sé, pero he pensado que le interesaría saber algo: en las calles se rumorea que el Gremio ha intentado comprar semillas de craña. ¿Es cierto?

De inmediato, él clavó la mirada en ella.

—No deberías creerte todo lo que oyes decir a tus amigos —espetó él.

—Pero es verdad, ¿no? —Lo observó con los párpados entornados—. ¿Es por esto por lo que no ayuda a Cery? ¿Teme que se corte el suministro si capturan al suministrador?

Los ojos de Kallen centellearon de rabia, y su mandíbula se tensó.

—No tienes idea de lo afortunada que eres —le dijo.

Ella pestañeó, desconcertada, y de pronto sintió una punzada de ira.

—¿Afortunada? ¿Yo? Mi amiga más íntima me engañó para que aprendiera magia negra con el fin de cargarme con el asesinato de su padre, y luego intentó matarme. Las únicas personas a las que les importo están lejos o en grave riesgo de morir en cualquier momento.

Él abrió mucho los ojos y su expresión se suavizó.

—Te pido disculpas. Me refería... —desvió la vista, con una mueca como de dolor... a que eres afortunada por haber podido dejar la craña. Muchos, muchos magos desearían tener tu resistencia.

«Entre ellos, tú», pensó ella. Sin embargo, descubrió que no era capaz de seguir indignada con él. Su reputación de hombre siempre íntegro era esencial para su papel de mago negro. Debía de resultarle humillante y devastador para su fe en sí mismo el haber perdido la fuerza de voluntad a causa de una simple droga de placer. El hecho de que fuera un mago negro debía de poner nerviosos a los otros magos que conocían su debilidad. Por otro lado, era igual de aterrador imaginar qué sucedería si Skellin tuviera a su merced a un número elevado de magos comunes.

—¿Cuántos? —preguntó ella, incapaz de disimular la preocupación.

Él frunció el ceño.

—No puedo decírtelo, pero... estamos haciendo algo para ayudarlos.

—¿Intentando cultivarla?

—Al menos para hacernos con el control de la oferta. Y para encontrar una cura o producir una droga menos perjudicial, si podemos. —Kallen suspiró—. En parte tienes razón. Si Skellin muere, es posible que se reduzcan nuestras

posibilidades de conseguir semillas. Es demasiado arriesgado intentar aprehenderlo. Por ahora. —Le sostuvo la mirada, impávido, y una determinación fiera asomó a sus ojos—. Te prometo que en cuanto tengamos lo que necesitamos, encontraremos a Skellin y nos encargaremos de él. Eso tal vez incluya aceptar la propuesta de tu amigo, si sigue dispuesto a correr el riesgo.

Lilia asintió. Meditó sobre estas palabras. Le parecieron razonables, y no había percibido el menor atisbo de que él estuviera mintiendo. No se le ocurría una buena razón para no comunicarle su idea.

—¿Sabe que hay un perfume nuevo que se vende en la ciudad, elaborado a base de flores de craña?

Kallen arqueó las cejas.

—No.

—De algún sitio sacan las flores. —Sonrió—. Quizá el Gremio debería investigarlo. En fin, más vale que vaya a mi siguiente clase.

—Sí. No llegues tarde... —respondió él con aire absorto.

Ella se marchó, dejándolo allí de pie. Cuando volvió la vista atrás, comprobó que él tenía una mirada ausente, como de costumbre, pero esta vez mezclada con una expresión de asombro ante lo que acababa de comprender.

Dentro de la carreta hacía un calor húmedo y casi insoportable, y Lorkin había perdido la cuenta de las veces que había tenido que apretarse la nariz para no estornudar. Al igual que los otros esclavos que iban en el vehículo, estaba cubierto de un polvo gris cuyo fin era matar los piojos del cuerpo. Le habían rapado la cabeza por el mismo motivo. Una cadena sujeta a una argolla de metal en el centro del suelo de la carreta le unía los tobillos entre sí.

Le picaba y le escocía la espalda a causa de los latigazos, y tenía que luchar contra el impulso constante de sanarse los verdugones con magia. No había habido otra razón para el castigo que el deseo del cochero de dejar claro quién mandaba allí después de que el jefe de esclavos del ashaki Ahati le advirtiera que «este da muchos problemas». Se contenía para no contemplar horrorizado a sus compañeros de viaje e intentaba ocultar la rabia que sentía ante el destino que les esperaba. Eran los esclavos de la ciudad desechados porque su avanzada edad, su deterioro físico, su fealdad o su desobediencia les impedía seguir siendo útiles a sus amos. Hasta donde sabían, los habían destinado a trabajar en una mina situada al sur de las montañas del Cinturón de Acero.

El regateo había sido rápido y se habían formulado pocas preguntas, para acelerar la venta. Al parecer, algunos sachakanos opinaban que las familias debían cuidar de los esclavos que habían estado a su servicio durante toda la vida si no habían escatimado esfuerzos por sus amos o si habían quedado tullidos trabajando para ellos. A veces seguían a la carreta de la mina durante un trecho, proclamando la ignominia de los amos que vendían a sus esclavos a aquella



gente. Ninguno de ellos había perseguido el vehículo hoy. Había avanzado pesadamente hasta las afueras de la ciudad sin atraer la atención.

Ahora atravesaba despacio la campiña. Lorkin cerró los ojos y pensó en su fuga de la Casa del Gremio.

Tayend había ideado una solución para sacar a Lorkin de allí sin que los vigilantes lo descubrieran. Como sabían que era probable que estos hubieran contado a los esclavos que Achati había traído consigo, él se había acercado al carruaje y le había dicho a uno de ellos que debía quedarse temporalmente en la Casa del Gremio para ayudar a custodiar a Lorkin, aunque el objetivo real era espiar a los magos.

En cuanto los ocupantes de la Casa aceptaron agradecidos al esclavo y lo enviaron a reunirse con los demás, Lorkin se había puesto la ropa de Achati tras utilizar trapos limpios a modo de relleno para parecer más corpulento. Achati se había vestido con un manto de esclavo. La escena de Tayend enseñando al digno ashaki a caminar encorvado como un esclavo habría resultado divertida de no ser porque a todos les preocupaba mucho que el plan fallara.

Como siempre, el patio de la Casa del Gremio estaba iluminado por una lámpara, y ambos habían mantenido el rostro apartado de ella. Tal como Tayend había sugerido, habían simplificado al máximo sus movimientos: Lorkin había salido de la Casa y había ido directo al carruaje; Achati lo había seguido a toda prisa y había subido a la parte posterior del coche. Se habían alejado de la Casa del Gremio sin que nadie intentara impedirselo. Durante todo el trayecto hasta la casa de Achati, Lorkin había permanecido rígidamente sentado en el carruaje, temiendo que en cualquier momento alguien les ordenara que se detuviesen, pero esto no había sucedido. Una vez que el carruaje cruzó la verja de la mansión del ashaki, este entró en la cabina y se cambió rápidamente el atuendo con Lorkin.

El salvador del joven, tras indicarle que se quedara allí, se había marchado para mantener una conversación con un hombre que, según supo Lorkin más tarde, era el jefe de esclavos de la casa. Después, Achati había regresado para exponerle su plan. Lorkin volvería a disfrazarse de esclavo, pero esta vez debía prepararse para recibir un trato mucho más cruel, y esperar que hubiera Traidores entre los esclavos de Achati, todos ellos hombres.

«También debo confiar en que me hayan visto y reconocido, se hayan enterado de que me han subido a la carreta, hayan conseguido transmitir mensajes a otros Traidores y estos puedan alcanzar la carreta, detenerla y liberarme sin revelar su identidad o la mía».

Así planteado, parecía un plan absurdo en el que podían salir mal muchas cosas.

«¿Qué es lo peor que puede pasar? Quizá tenga que llegar hasta la mina. La cordillera del Cinturón de Acero discurre a lo largo de la frontera entre Sachaka y Kyralia. ¿Me resultaría muy difícil liberarme yo solo con magia y recorrer el

resto del camino hasta Kyralia?» .

El grado de dificultad dependía de si la mina estaba al cargo de magos sachakanos y de si había ichanis merodeando por las montañas.

«Debería bajar de la carreta antes de llegar allí, cuando no haya magos sachakanos alrededor y nos encontremos cerca de las montañas. Ojalá supiera cómo es el sur del territorio sachakano. ¿Se extiende el páramo hasta el mar? ¿Llegan hasta allí los ichanis?» .

El vehículo empezó a reducir la velocidad. Lorkin abrió los ojos y, al mirar en torno a sí, vio miedo y a la vez esperanza en el rostro de los otros esclavos. Oyó el gruñido de un estómago. Tal vez iban a darles comida y agua.

La carreta se detuvo y él oyó unas voces en el exterior.

—Es probable que el pozo se derrumbe. No quiero poner en peligro a uno de los míos. Son esclavos sanos y útiles —dijo alguien en tono altivo.

El cochero respondió en voz baja y zalamera. Lorkin no alcanzó a distinguir sus palabras.

—Dime cuánto quieres por él —ordenó el altivo.

Tras una pausa, el carro se bamboleó ligeramente, y sonaron pasos de dos personas que lo rodeaban hacia la parte de atrás. Se oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura, y las portezuelas se abrieron. Una luz intensa inundó el interior, deslumbrando a Lorkin.

—Ese me servirá.

—Es revoltoso.

—Entonces te alegrarás de librarte de él. Si sobrevive y me causa problemas, te lo enviaré de vuelta. Toma.

A continuación se oyó el tintineo de unas monedas. Los ojos de Lorkin habían empezado a acostumbrarse a la luz. Vismuló a un ashaki sentado junto al cochero, que estaba inclinado hacia el carro para quitarle las cadenas a uno de los esclavos.

El corazón de Lorkin dejó de latir cuando cayó en la cuenta de que las cadenas eran las suyas. Durante un momento de desesperación, estuvo tentado de volar la parte posterior del carro con magia para huir, pero hizo un esfuerzo por contenerse. «Te lleven a donde te lleven, allí habrá Traidores —se dijo—. Te encontrarán y te liberarán» .

Aunque el trabajo que el ashaki pretendía asignarle parecía peligroso, Lorkin podría valerse de la magia para protegerse. «Al menos ninguno de esos pobres esclavos tendrá que jugarse la vida en ese pozo» .

—Vamos —dijo el cochero, agarrando a Lorkin de la pierna y tirando de ella. El joven se puso de pie ayudándose con los brazos y pasó por encima de las piernas de los esclavos que se hallaban entre las portezuelas abiertas y él. Tuvo que dar un salto para bajar, y los grilletes le impidieron mantener el equilibrio. Cayó de bruces al suelo.

« Bueno, al menos esto me ahorra la humillación de postrarme ante mi nuevo amo» .

—Quédate allí —dijo la voz altanera.

El hombre aguardó a que la carreta se alejara antes de hablar de nuevo. Para entonces, Lorkin había lanzado miradas furtivas a ambos lados y había visto a dos esclavos fornidos de pie junto al ashaki y a él.

—En pie. Sígueme.

Lorkin obedeció. Las cadenas lo obligaban a dar pasos cortos y sus eslabones entrecuchaban mientras él seguía al hombre y a sus dos esclavos a través de una verja pequeña hasta llegar a un patio. Otro esclavo los esperaba con una gran maza.

—Quítaselas —ordenó el ashaki.

El esclavo señaló un banco. Lorkin se sentó y colocó obedientemente las cadenas de sus piernas donde el hombre le indicó. Después de varios golpes espeluznantes pero precisos, los grilletes cayeron de los tobillos de Lorkin.

El ashaki lo observaba todo con aire aburrido. Hizo señas a Lorkin de que lo siguiera y lo guio al interior del edificio. Un aire húmedo y de aroma fresco los envolvió cuando entraron en unos baños. El ashaki hizo un gesto en dirección a una pila de ropa que había sobre un asiento de madera.

—Lávate y ponte eso. No tardes, no tenemos mucho tiempo.

Lorkin miró hacia atrás y descubrió que los dos esclavos fornidos no los habían seguido hasta allí. El ashaki sonrió sin el menor rastro de su altivez anterior y salió de la habitación. Lorkin se quedó mirando la puerta por la que había desaparecido.

« Hay algo en esto que no me cuadra» .

Se acercó al asiento y cogió la prenda que estaba encima del montón de ropa. El corazón le dio un vuelco, luego se le aceleró, y a Lorkin se le escapó una sonrisa.

Era la vestimenta sencilla y cómoda de un Traidor.

## Otro cambio de planes

—Buen viaje —dijo el vigía Orton cuando el carruaje empezó a alejarse del Fuerte. Sobre su cabeza, en la fachada del edificio orientada hacia Sachaka, había varias ventanas pequeñas, algunas de ellas cuadrados de luz brillante, otras oscuras y casi invisibles. Sonea volvió la vista y la mantuvo fija en el edificio hasta que quedó engullido por las sombras.

Apagó el pequeño globo luminoso que había hecho flotar en el aire dentro del vehículo. Aunque la penumbra en la cabina se prestaba a desvelar secretos, ella vaciló.

—Es un alivio saber que Lorkin ha escapado de la ciudad —comentó Regin.

—Lo es —convino Sonea, aprovechando la ocasión para retrasar el momento—. Dannyl se alegrará también. No sé cómo lo ha conseguido exactamente, pero el plan entrañaba un riesgo importante. Por otro lado... tenemos que confiar en que el mensaje provenga de los Traidores y sea cierto.

—¿Crees que podría ser mentira?

Sonea negó con la cabeza.

—Si lo han enviado los Traidores, no. Pero me preocupa que sea una elaborada artimaña urdida por el rey Amakira. En ese caso, Lorkin ha mordido el anzuelo también, pues no he detectado el menor indicio de engaño por su parte cuando hemos hablado a través del anillo de sangre. —Arrugó el entrecejo.

«De hecho, no he percibido un solo pensamiento o sentimiento suyo. Qué raro. El anillo debería habérmelo permitido. Es como si... Aaah, claro. —Los pensamientos de Lorkin estaban protegidos, quizá de la misma manera en que el anillo de Nakí protegía los de ella. ¿Llevaba puesta su hijo una gema similar?—. ¿Pertenecía el anillo de Nakí a los Traidores originalmente? De ser así, ¿cómo fue a parar a Kyralia? Ella decía que las mujeres de su familia se lo habían pasado de generación en generación. ¿Era una de ellas una Traidora?» .

—¿Él tiene el anillo ahora?

Sonea devolvió su atención a la conversación.

—Sí.

—Por eso sabías que los mensajes eran de los Traidores —murmuró él, más para sí que para que ella lo oyese.

Ella miró a Regin, o más bien su silueta en las tinieblas. Tendrían que permanecer en el carruaje durante un par de horas. Sonea reflexionó sobre su renuencia a revelarle a Regin el otro motivo por el que se dirigían a Sachaka. Los Traidores le habían asegurado que el paso era seguro, aunque le habían recomendado que viajara de noche y lo más silenciosamente posible. En cuanto se lo confesara a Regin, él querría hacerle preguntas. Si no se lo contaba hasta que llegara el momento de apearse del carruaje, quizá no le daría tiempo a responderlas antes de que tuvieran que quedarse callados. «Sí, creo que debo decirselo ahora».

—Lord Regin —empezó, y en la oscuridad casi absoluta vio que él volvía la cabeza hacia ella—. Liberar a Lorkin no es nuestra única misión. Hay otra.

Él titubeó antes de responder.

—Ya me lo imaginaba. ¿En qué consiste la otra misión?

—Debemos reunirnos con los Traidores. Quieren discutir la posibilidad de establecer una alianza y relaciones comerciales con nosotros.

Ella lo oyó exhalar por encima del traqueteo del vehículo.

—Ah.

—El cochero parará dentro de una o dos horas. Nos bajaremos y seguiremos a pie, hacia el norte de la carretera. Los Traidores me han dado instrucciones sobre el camino que debemos seguir. Se encontrarán con nosotros dentro de unos días, y Lorkin estará con ellos.

—Has esperado hasta el último momento para decírmelo.

—Sí, y habría esperado más si hubiera sido posible. No convenía que estuvieras informado sobre ello, por si los hombres del rey Amakira nos detenían y te leían la mente.

—¿Y qué hay de tu mente?

—Está protegida.

Ella esperó a que Regin le preguntara cómo, pero la pregunta nunca llegó. Él no abrió la boca. El silencio que se hizo en la cabina parecía cargado de reproche.

—No es que nosotros... que el Gremio no quisiera confiarte la información —se excusó Sonea—. Es que...

—Lo sé —la interrumpió—. No tiene importancia. —Suspiró—. Bueno, hay algo que sí la tiene: ¿confías tú en mí?

Ella se quedó callada, no muy segura de cómo interpretar su tono de voz. No era acusador, pero tenía un deje de exigencia. Si ella eludía responder, podía provocar una tensión innecesaria entre ellos.

—Sí —dijo, tomando conciencia de la sinceridad de su respuesta. Al mismo

tiempo, se percató de que él la había acorralado en cierta manera, por lo que lo justo era pagarle con la misma moneda—. ¿Tú confías en mí?

Lo oyó exhalar de nuevo, pero esta vez más despacio.

—No del todo —reconoció—. No porque me parezca que no eres de fiar, sino porque... sé que no me aprecias.

A Sonea el corazón le dio un brinco.

—No es verdad —se apresuró a replicar, antes de que le vinieran a la mente recuerdos que discrepaban de sus palabras y la hacían sentir incómoda—. No siempre te he apreciado, y sabes por qué. No hace falta que demos más vueltas al asunto. Es agua pasada.

Él guardó silencio durante un rato breve.

—Te pido disculpas. No debería haber tocado ese tema otra vez. A veces me cuesta creer que me hayas perdonado, o que incluso puedas haberme cobrado afecto.

—Pues... es cierto. Ambas cosas lo son. Eres... una buena persona.

—Tú me convertiste en esa persona. —Su tono se había tornado más cálido—. Ese día, durante la invasión.

A Sonea se le cortó la respiración mientras una oleada de tristeza la embargaba. «Y otra buena persona murió aquel día. —De pronto, se quedó sin habla, horrorizada, no por primera vez, al pensar en los recuerdos que la asaltarían cuando caminara en la oscuridad por la roca desnuda de las montañas—. Pero con un acompañante distinto. Con otro hombre».

—¿Qué te sucede?

Ella parpadeó, sorprendida. ¿Cómo se había dado cuenta de que estaba alterada? Entonces reparó en que la pared de roca junto a la que avanzaban había quedado atrás, y la luz de la luna creciente se colaba en el interior de la cabina. Respiró hondo y espiró lentamente, esforzándose por recuperar el control sobre sí misma.

—Los dos cambiamos aquel día. Tú para bien, y yo para mal.

—Solo un necio pensaría eso de ti —repuso él, malinterpretando su declaración—. Nos salvaste a nosotros y salvaste el Gremio. Desde entonces te admiro.

Ella lo miró, pero gran parte de su rostro estaba en sombra. ¿Cómo iba él a entender la amargura y el odio hacia sí misma que se habían apoderado de ella tras la muerte de Akkarin? «Por más que mi mente sepa que no fue culpa mía, mi corazón se resiste a creerlo».

La luna iluminó la cara de Regin, revelando una expresión que ella había visto muy pocas veces en él. Se percató de que había habido un asomo de sonrisa en su voz. ¿Qué había dicho? «Desde entonces te admiro».

Apartó la vista. La rivalidad, el odio de Regin hacia ella y todo lo que representaba había cedido el paso a un sentimiento casi completamente

contrario. «E igual de inmerecido. Pero sería desconsiderado e ingrato por mi parte decirselo. Prefiero con mucho la admiración a la desconfianza y el desprecio».

La admiración y la amistad eran cosas muy diferentes. Tanto como la amistad y el amor. «He visto a aprendices que se odiaban entre sí hacerse amigos después de la graduación. Eso no nos ocurrió a nosotros. También he visto a personas que se detestan saltarse la fase de la amistad y enamorarse. —El corazón le dio un vuelco—. Un momento... ¿No será que...? No, no se refiere a ese tipo de admiración».

Posó los ojos en él de nuevo, pero no tuvo la oportunidad de escrutar su expresión. Regin había fijado su atención en algún punto situado fuera del carruaje. Se removió en su asiento y se inclinó hacia delante.

—Así que eso es el páramo —dijo en voz queda.

Ella echó una ojeada por la ventana. La tenue luz de la luna hería el borde del paisaje que se ofrecía a la vista más abajo; las cimas de muchas, muchas dunas componían formas inquietantes.

—Sí —dijo ella—. Se extiende hasta el horizonte.

—Vaya. ¿Cómo hicimos algo así? —se preguntó Regin—. ¿Qué ha sido de ese conocimiento?

—El embajador Dannyl ha descubierto varios documentos interesantes, según me ha dicho Osen.

—¿Alguna idea sobre cómo devolverle el verdor?

Ella sacudió la cabeza.

—Si algún mago consigue algún día hacer de esto un terreno fértil, será el mayor acto de sanación jamás realizado.

Regin contempló la vista por unos instantes más antes de reclinarse de nuevo en su asiento.

—¿Unas horas, dices?

—Sí. El cochero sabe dónde debe detenerse. Nos dejará allí y proseguirá su camino hacia Arvice y la Casa del Gremio con el correo y las provisiones. Le he dicho que no necesitamos ir a Sachaka ahora que Lorkin está en libertad, pero que queremos ver amanecer sobre el páramo y regresar caminando al Fuerte.

—Es un hombre valiente, si está dispuesto a viajar sin la compañía de magos —señaló Regin—. Supongo que ninguno de nosotros estaría a salvo si el rey de Sachaka decidiera atacarnos. O los ichanis. O los Traidores.

—No, pero debemos confiar en que los Traidores estén de nuestro lado. Nos han asegurado que impedirán que los ichanis y los espías reales se interpongan en nuestro camino.

—¿De verdad? Estoy deseando conocerlos.

Ella asintió. «Yo también. No solo porque por fin veré a Lorkin y me aseguraré de que regrese sano y salvo a Imardin, sino porque tengo mucha

curiosidad respecto a ese pueblo que lo impresionó tanto como para acceder a ir a su ciudad secreta, aun sabiendo que quizá nunca saldría de ella» .

Como Anyi y Lilia se habían marchado, en la habitación subterránea reinaba un silencio interrumpido solo por sonidos de respiración. Gol estaba sentado en uno de los colchones que había confeccionado, con la espalda contra la pared. Cery ocupaba una de las sillas robadas. Meditó sobre lo que Lilia le había contado acerca de Kallen y el motivo del Gremio para buscar semillas de craña.

«Dijo que se desharía de Skellin cuando hubieran conseguido las semillas, y que tal vez aceptarían entonces tu ayuda, si aún estuvieras dispuesto a prestársela» , le había explicado ella.

—¿Podemos fiarnos de ellos? —preguntó Cery en voz alta.

Gol soltó un gruñido.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. Tú eres el experto en el Gremio. ¿Qué opinas?

Cery inspiró profundamente y suspiró.

—Su prioridad es la seguridad de las Casas y de ellos mismos, y en segundo lugar está lo que ellos entienden por « el pueblo kyraliano» .

—Que no incluye a ladrones ni a delincuentes.

—No, a menos que esos ladrones los hayan ayudado. Y aun en ese caso, solo les ofrecerían un tipo de protección de la que el público no llegara a enterarse.

—Se sentirán obligados a echarnos una mano. —El guardaespaldas miró a Cery—. Aunque ahora no los estamos ayudando y Sonea se ha ido. Porque colaboramos con ellos en el pasado.

—Eso espero —exhaló Cery—. Cuanto antes regrese Sonea, mejor —farfulló, sobre todo para sí—. No me gusta tener que confiar en Kallen si es verdad lo que dice Lilia sobre su adicción a la craña.

—Hum. —Gol asintió—. Si quisiera entregarnos a Skellin, habría aceptado tu plan y no habría decidido esperar. Habría concertado una reunión, y en vez de él habría aparecido Skellin.

—Eso es cierto. Aun así, prefiero estar aquí, donde podemos huir en caso necesario, a estar atrapado sin salida en una habitación del Gremio.

Gol asintió.

—Aquí al menos podemos mantener vigilada esa bodega para enterarnos de cuando consigan semillas de craña. Deberíamos esperar a que las plantas sean del mismo tamaño que las que vimos, lo bastante grandes para que los magos sepan si son de craña o no.

—¿Tú sabes qué pinta tienen las plantas de craña?

Gol frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Tal vez Anyi lo sepa. ¿No la fumaba su novio?

—O novia. Nunca lo ha especificado.



El guardaespaldas adoptó una expresión sombría en la penumbra y desvió la mirada. «¿Se ha sonrojado?» . Cery no pudo evitar sonreír.

—Tal vez intenten encontrar a Skellin de otras maneras antes de plantearse nuestro plan. —Gol tamborileó con los dedos en los costados de la silla—. Si no les gusta la idea de colaborar con un ladrón.

—Si son reacios a colaborar con un ladrón, dudo que tengan reparos en utilizar a uno como cebo —observó Cery.

Gol soltó una risita.

—Cierto.

—Si al final optan por poner en práctica nuestro plan... —reflexionó Cery—, supongo que deberíamos estar preparados para entrar en acción, tener la trampa lista.

—Será un gasto inútil de energía si deciden no contar con nosotros, ¿no?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —Cery suspiró—. Estamos justo debajo del Gremio. Seguro que eso supone una ventaja. Ojalá... ojalá hubiera un modo de engañar a Skellin para que cayera directamente en las manos del Gremio, aunque los magos no quieran.

—Sería una trampa tanto para ellos como para Skellin.

—Una trampa que captaría su atención solo cuando Skellin viniera a husmear por aquí.

Al guardaespaldas le brillaron los ojos.

—Ya sé cómo captar la atención de los magos. —Se quedó pensativo—. Tendré que salir a la ciudad a conseguir material. Y tendremos que tender la trampa en algún lugar resistente, para no acabar sepultados por accidente. ¿Cuál es la zona más sólida de aquí abajo?

—Conozco un sitio ideal. —Cery recogió un farol—. Ven conmigo.

Tras ponerse de pie sin un solo quejido de esfuerzo, Gol salió de la habitación en pos de Cery. «Me alegra ver que ha sanado tan bien —pensó Cery—. Entre Anyi y él, me hacen sentir el doble de viejo de lo que soy. Si alguna vez recupero mi vida anterior, me rodearé de viejos canosos para sentirme más joven» .

Guió a Gol hasta el conjunto de habitaciones en que Cery se había topado con Lilia y Anyi. Gol cogió el farol de entre sus manos, entró en la primera y alzó la lámpara para iluminar las robustas paredes de ladrillo y el techo abovedado.

—Está en mucho mejor estado que el cuarto en el que vivimos —comentó el hombreton—. ¿Por qué no nos hemos instalado aquí?

—Anyi descubrió estas habitaciones hace muy poco. —Además, había algo en aquella cámara que inquietaba a Cery. Hacía que el pulso se le acelerara más de la cuenta. Cuando Gol bajó el farol, la luz se reflejó en un plato polvoriento y roto. Cery recogió uno de los pedazos. Había un símbolo del Gremio en la superficie vidriada. Se estremeció cuando los recuerdos acudieron a él como una vaharada de humo. «¿Es este el cuarto donde Fergun me encerró hace muchos

años? Apenas llegué a verlo. Pasé días encerrado a oscuras» .

—Esto está más cerca de los edificios del Gremio. El trayecto será más corto si nos vemos obligados a salir corriendo, y Lilia tendrá que recorrer menos distancia para vernos. Traslademos nuestros trastos aquí —insistió Gol.

Con un suspiro, Cery hizo a un lado los recuerdos y la desazón, y movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo, pero elijamos otra habitación. Esta es la primera con la que se encuentra uno aquí. Si alguien se acerca, más vale que lo oigamos venir a tiempo.

Cuando el último de los esclavos que habían servido la cena se retiró de la sala maestra, Tayend miró a Dannyl.

—Ahora que Lorkin está lejos y a salvo, ¿qué piensas hacer con nuestro huésped no deseado?

Dannyl contempló su plato y suspiró al notar que se le apagaba el apetito. Invocó magia y creó un escudo en torno a Merria, Tayend y a sí mismo para que nadie más oyera su conversación.

—¿Qué propones? —preguntó a su vez.

Había transcurrido un día entero desde el intento fallido de secuestro. Savi despojaba con regularidad al espía de su energía. Como era la jefa de los esclavos de la cocina, a ninguno de sus subordinados le pareció extraño que ella fuera la única a la que se le permitía ver lo que había en una de las despensas.

—Solo se me ocurren dos opciones: que muera, o que Savi se marche.

El poco apetito que le quedaba a Dannyl se esfumó.

—Esto último no es posible, lo que nos deja con una sola opción.

Merria arrugó el entrecejo.

—Pero, independientemente de si el rey finge que su espía es un esclavo o reconoce que no lo es, estaréis infringiendo una ley.

Tayend asintió.

—Es mejor que nos acusen de destruir propiedad real que de asesinato. Tal vez podrías hacer que pareciera un accidente.

«¿Por qué tengo que hacerlo yo? —pensó Dannyl—. Porque soy la persona de mayor rango en esta casa. —Entonces concibió una esperanza traicionera—. ¿No está Tayend por encima de mí jerárquicamente, dada su condición de embajador de un país entero, y no solo del Gremio?» .

—Si Savi mata al hombre utilizando la magia negra, quedará claro que los demás no lo hemos hecho —sugirió Merria.

—Pero también quedará claro que hay un Traidor por aquí —objetó Tayend.

—Ella no puede bloquear una lectura mental, ¿verdad?

—Si el rey sabe que ninguno de los esclavos ha entrado o salido de la Casa, y está decidido a descubrir al Traidor, podría ordenar que los torturaran.

—O que los mataran a todos —añadió Tayend.

Un esclavo entró en la sala. Dannyl vio que se trataba de Tav, el portero. Este se arrojó al suelo.

—Tened cuidado con lo que decís —advirtió Dannyl antes de desactivar el escudo.

—¿Qué ocurre, Tav?

—Alguien ha llamado a la puerta —jadeó el hombre.

—Ve a averiguar quién es.

El esclavo se alejó a toda prisa. La sala maestra quedó en silencio mientras todos aguardaban a que regresara.

—Un mensaje —anunció.

—Dámelo —ordenó Dannyl antes de que Tav pudiera postrarse de nuevo. El esclavo se acercó con paso veloz, sujetando un rollo de pergamino con ambas manos. Dannyl lo cogió y agitó la mano—. Retírate.

Desplegó el mensaje. Tayend y Merria, cada uno a un costado, se inclinaron para leerlo.

—Una orden de que acudas a palacio —murmuró Merria.

—«De inmediato» —leyó Tayend.

Dannyl soltó un extremo del pergamino, que se enrolló de nuevo, como un resorte.

—Sea cual sea la decisión que tomemos, debemos actuar ahora. ¡Kai!

Su esclavo personal apareció en el pasillo.

—Ve a buscar a Savi. —Mientras el hombre se alejaba, Dannyl agregó por lo bajo—: Lo más razonable es preguntarle qué prefiere que hagamos.

La espera no fue larga. La mujer entró y se dejó caer al suelo con la rapidez y la naturalidad de una esclava normal y corriente.

—¿Acaso la cena no es del agrado del amo? —preguntó.

Dannyl miró por un instante el plato que sostenía entre las manos, con la comida que contenía prácticamente intacta. Suspiró y erigió de nuevo la barrera de silencio.

—Me han llamado a palacio —informó a Savi—. Tenemos que tomar una decisión sobre el destino del espía del rey. ¿Qué propones?

Ella torció el gesto.

—Bueno..., lo que es seguro es que intercambiarse la ropa no funcionará esta vez.

Tayend se enderezó de golpe.

—¡Ah!

Todos los ojos se posaron en él.

—¿Qué pasa? —inquirió Dannyl.

El elyneo alzó una mano con la palma hacia fuera.

—Espera. Dame un momento. Tengo una idea... —Cerró los ojos, movió los

labios y asintió. Paseó la vista por el rostro de los presentes y la fijó en Savi—. Dime si esto daría resultado: ¿podrías hacerte pasar por uno de los esclavos lacayos, pese a que no es tu tarea habitual y tú eres mujer?

Ella frunció el ceño.

—Si el ashaki lo consiguió, tal vez yo también podría.

—¿Hay algún lugar seguro en el que Dannyl podría dejarte camino del palacio?

A Savi se le iluminó la mirada.

—Sí.

Tayend se volvió hacia Dannyl.

—Creo que es nuestra mejor opción. Si logramos alejar a Savi del peligro, no habrá necesidad de matar al secuestrador.

Dannyl asintió, lleno de alivio hasta que recordó que un secuestrador vivo no solo revelaría que Savi era una Traidora. « Por otro lado, el rey no reconocerá públicamente que el hombre era espía suyo, lo que resultará muy, muy molesto tras todo aquello por lo que hemos pasado. A menos que... » .

—Nos lo llevaremos con nosotros —resolvió.

Merria abrió mucho los ojos, pero Tayend se limitó a reír entre dientes.

—Vas a contárselo todo al rey.

—Todo salvo cómo escapó Lorkin.

—Entonces te acompaño también. Eso tengo que verlo.

—Tayend...

—No, Dannyl. De verdad que tengo que verlo. De lo contrario, mi rey se llevaría una gran decepción.

Dannyl no podía rebatir este argumento. « Además, conviene que haya testigos aparte de Osen, la corte sachakana y yo » . Anuló la barrera de silencio.

—Merria, ve a buscar al espía con Savi. ¡Kai! —El esclavo entró en la sala como un rayo—. Que traigan el carruaje a la puerta principal.

Mientras Savi y Merria se alejaban rápidamente y Kai desaparecía, Dannyl restableció el escudo. Tayend se frotó las manos por un momento, se detuvo y su sonrisa se desvaneció.

—Espero que no salga a la luz la participación de Ahati.

Algo en el interior de Dannyl se hundió en un abismo. Suspiró y depositó su plato en el suelo. Se había pasado la noche anterior en vela, alternando entre el temor a que Ahati entregara a Lorkin y el nerviosismo por el riesgo que corría el ashaki al ayudar al joven a huir.

Tayend habló en voz baja, a pesar de la barrera de silencio.

—Anoche se me ocurrió una posibilidad. ¿Y si el rey obliga a Ahati a ponerse uno de sus anillos de sangre? Permiten a su creador leer el pensamiento del portador, ¿no es así? Estoy seguro de que Ahati se comunicaba con el rey durante el viaje a Dunea. Dudo que el rey llevara el anillo de sangre de otra

persona, pues se habría expuesto a que esta le leyera la mente, así que Ahati debía de tener consigo uno del monarca. ¿Se negará Ahati a ponerse un anillo ahora?

—No lo sé. —Dannyl sacudió la cabeza—. Ahati sabía lo que hacía.

—En fin... Espero que no estuviera sacrificándose por nosotros. Ha resultado ser mejor persona de lo que yo esperaba. Me cae bien.

Dannyl contempló a Tayend, sorprendido y agradecido. «Que Ahati le caiga bien a Tayend me hace apreciar más a Tayend —descubrió—. Y su buen concepto de Ahati también hace que aprecie más al ashaki. —Todo porque Ahati había ayudado a Lorkin—. Pero ¿a qué precio?».

El sonido de pasos anunció el regreso de Savi. Empujaba ante sí al espía, que estaba atado y amordazado. Dannyl se percató de que el hombre se tambaleaba como si estuviera exhausto. Sin duda ella había absorbido toda su energía de nuevo.

Un silencio sombrío se impuso entre ellos mientras enfilaron el pasillo hacia la puerta principal. El carruaje no estaba allí, pero al poco rato las puertas de la cuadra se abrieron y por ellas salieron unos caballos, tirando del vehículo. Dannyl indicó a Savi que viajara agarrada a la parte posterior junto al esclavo lacayo habitual, y a continuación obligó al espía a entrar en el coche. Subió tras él, seguido por Tayend.

—Buena suerte —murmuró Merria y cerró la puerta.

A una orden de Dannyl, el carruaje abandonó la Casa del Gremio. Tanto él como Tayend permanecieron callados. No podían hablar delante del espía de lo que planeaban hacer, y la situación no se prestaba a charlas superficiales. El secuestrador iba acurrucado enfrente de Tayend y Dannyl, desplazando su mirada temerosa de uno a otro, lo que resultaba desconcertante. Cuando el cochero profirió un grito de repente, los tres se sobresaltaron.

El vehículo aminoró la velocidad. Dannyl abrió la ventanilla y asomó la cabeza.

—¿Qué sucede?

—La esclava, amo. Ha saltado y se ha ido corriendo.

Dannyl se quedó inmóvil por unos instantes y luego se volvió hacia atrás, pero Savi ya se había perdido de vista.

—No podemos parar —le dijo al hombre—. Continúa hacia el palacio.

El secuestrador había dejado de mirarlos fijamente, tal vez al oír mencionar el palacio. Dannyl, más tranquilo, pasó el resto del trayecto meditando, puliendo su plan y haciendo acopio de valor. Cuando llegaron, se apeó y sacó al hombre a rastras. Dejando a Tayend rezagado, obligó al espía a caminar delante de él y entró en el palacio con paso firme.

Los guardias lo observaron con atención, pero no se interpusieron en su camino. Una vez en el vestíbulo, Dannyl comprobó complacido que el rey había

convocado a un público numeroso de ashakis para que asistieran a la audiencia, entre los que había unos cuantos que, según había averiguado Merria, estaban en contra del trato que había recibido Lorkin. « Perfecto » . Achati se encontraba de pie cerca del trono y, para alivio de Dannyl, con aspecto indiferente.

Las cejas del monarca se elevaron cuando Dannyl arrojó al espía al suelo de un empujón. Tal como dictaba el protocolo, se arrodilló, y Tayend, tras colocarse apresuradamente a su lado, hizo una reverencia.

—En pie, embajador Dannyl. —El rey miró al espía—. ¿A qué viene esto?

—Solo os devuelvo a quien me aseguran que es vuestro espía, majestad —respondió Dannyl mientras se erguía.

El rey clavó la vista en él.

—Mi espía.

—Sí, majestad. Anoche este hombre intentó secuestrar a lord Lorkin, mi ex ayudante. Una Traidora lo impidió. También le leyó la mente y descubrió que él estaba a vuestro servicio. —Dannyl miró en torno a sí a los ashakis, que parecían divertidos y en absoluto escandalizados—. Solicito que alguno de los presentes le lea la mente para confirmarlo.

Los ashakis volvieron la cabeza a izquierda y derecha, intercambiando miradas y farfullando algunas palabras. El rey, haciendo caso omiso de todos, continuó contemplando a Dannyl.

—Sea. Ashaki Rokaro, ¿puede atender a la petición de Dannyl y decirnos si su acusación es cierta?

La concurrencia no emitió una sola protesta cuando un hombre de cabello entrecano dio un paso al frente. Todos lo observaron mientras le leía el pensamiento al espía. Al parecer el ashaki estaba realizando un trabajo minucioso y concienzudo, pues aquella lectura mental estaba llevando más tiempo que otras que Dannyl había presenciado. Cuando soltó al espía, este se dejó caer al suelo de nuevo, con los brazos extendidos hacia el rey como si fuera un esclavo que imploraba su perdón.

—¿Y bien, ashaki Rokaro? —lo animó a hablar el soberano.

El ashaki trasladó la vista del espía a Dannyl y luego al público allí reunido.

—Es cierto —dijo.

Dannyl se quedó ligeramente sorprendido. Había imaginado que el ashaki lo negaría, o que diría que el hombre así lo creía pero carecía de pruebas de que la orden procediera del rey. Al alzar los ojos hacia el rey, Dannyl no percibió el menor indicio de preocupación o culpa en su expresión, y el alma se le cayó a los pies.

—¿Dice que una Traidora les ayudó? —inquirió el rey.

Dannyl titubeó, mientras lo recorría un escalofrío de advertencia.

—No estábamos en condiciones de rechazar su ayuda.

—¿Dónde está ella ahora?

—No lo sé. En la Casa del Gremio, no.

—¿Y Lorkin?

—Se ha ido.

—¿Adónde?

—No lo sé. Con los Traidores, supongo.

—Últimamente son su compañía favorita, por lo visto. —Se volvió y sonrió a Achati con aprobación evidente—. Pero al menos hemos conseguido lo que todos deseábamos: la libertad de Lorkin a cambio de información.

«¿Información?» . De pronto, Dannyl recordó la promesa que Lorkin había hecho a Achati: « Responderé a la pregunta que más ansía hacerme su rey. Les diré dónde está la base de los Traidores» .

Dannyl dudaba que Lorkin albergara la intención de cumplir su promesa. Había dado por sentado que tenía algún ardid en mente. Pero ¿y si realmente le había desvelado a Achati la ubicación de Refugio? ¿Y si Achati había entregado a Lorkin al rey en vez de ayudarlo a huir? ¿Mentían los Traidores al afirmar que lo habían rescatado para vengarse de él por haber dado a conocer el emplazamiento de su hogar? ¿O quizá no sabían aún lo que él había hecho?

El rey echó un vistazo al espía.

—Supongo que debería darles las gracias por devolverme a mi espía, aunque no se ha hecho precisamente digno del título. —Levantó la mirada hacia Dannyl y Tayend—. Pueden regresar a la Casa del Gremio, embajadores.

## Hacia el interior del páramo

El aire nocturno era curiosamente frío, habida cuenta del calor que hacía en el páramo durante el día. Lorkin tiró de las riendas para disuadir otra vez a su montura pequeña pero vigorosa de intentar alcanzar al caballo que avanzaba delante. El animal echó la cabeza hacia atrás en señal de protesta, y Lorkin oyó que se agitaba el agua contenida en los barriles que llevaba atados a un costado.

Cabalgaban desde el anochecer. El Traidor que se hacía pasar por ashaki había llevado a Lorkin a la orilla del páramo en su carruaje y lo había dejado allí con dos esclavos de una finca cercana. Estos le habían dicho que solo podían acompañarlo hasta las colinas, donde un grupo de Traidores se reuniría con ellos. Aunque tenían un caballo adicional que transportaba agua y víveres, no podían llevar una cantidad suficiente para un viaje de ida y vuelta a las montañas sin despertar sospechas.

Al mirar hacia el este por encima del hombro, Lorkin vio que el cielo empezaba a iluminarse. No había dormido desde hacía más de un día, y durante las dos noches anteriores había tenido que acurrucarse en el reducido asiento de un carruaje. Aunque podía mitigar el cansancio con magia sanadora, la marcha incesante y el miedo a que lo descubrieran resultaban agotadores. Permanecer un rato tranquilamente sentado habría supuesto un gran alivio para él, pero dudaba que ese lujo fuera a estar a su alcance durante un tiempo.

La esperanza de que Tyvara estuviera entre los Traidores que lo esperaban le infundía fuerzas cada vez que pensaba en ella, cosa que hacía cuando la fatiga lo doblaba en dos sobre la silla de montar. Pensaba en su sonrisa cariñosa, en el timbre de su voz, en el tacto de su piel desnuda. « Pronto », se dijo.

Si no la encontrara con los demás, Lorkin se llevaría una decepción enorme, pero no una sorpresa. Le habían prohibido a Tyvara que saliera de la ciudad durante tres años, como castigo por matar a Riva. « Al menos estará a salvo allí, y si no ha venido a mi encuentro, su recuerdo me animará a seguir adelante hasta que vuelva a verla » .



Un chasquido de dientes atrajo de nuevo su atención hacia su montura. Cuando advirtió que se había acercado lo suficiente al caballo de delante para intentar morderlo otra vez, se apresuró a dar un tirón enérgico a las riendas. «Bestezuela loca y rencorosa —pensó, mascullando una maldición—. Me alegro de que no lo intente con los humanos».

Sin embargo, el animal aflojó el paso obedientemente; el caballo de delante hizo lo mismo. Lorkin abrió la boca para prevenir al esclavo, pero la cerró cuando este le impuso silencio con un gesto. Se detuvieron. Incluso la montura de Lorkin se quedó quieta e irguió las orejas.

Aunque Lorkin no alcanzaba a oír nada, uno de los esclavos descabalgó y corrió hacia una duna cercana. Tras permanecer acucillado por un momento, con su silueta oscura recortada contra la arena pálida, regresó rápidamente con los demás.

—Un grupo de ocho —musitó.

El otro esclavo asintió y se volvió hacia Lorkin.

—Traidores, seguramente. Los ichanis viajan en solitario, con solo unos pocos esclavos.

Lorkin asintió. Tenía el corazón desbocado. Se dispuso a desmontar, pero el esclavo sacudió la cabeza, ceñudo.

—Quédate en la silla. Por si acaso estamos equivocados.

El otro esclavo subió de nuevo sobre su caballo. Se resguardaron en la sombra alargada de una duna baja, que solo los ocultaba en parte, aunque el cielo cada vez más brillante que tenían detrás dificultaría un poco que los avistaran.

«¿Y si se trata de un ichani? —Lorkin notó que la gelidez de la noche le traspasaba la ropa—. ¿Y si hay más de uno? Podemos huir, pero ¿llegaríamos lejos? ¿Soy capaz de neutralizar sus intentos de retenernos por medio de la magia durante el tiempo suficiente para escapar? Dudo que me quede mucha de la magia de Tyvara, y aunque la conservara toda no podría derrotar a varios ichanis».

Unas figuras aparecieron frente a ellos en el valle, entre las dunas. La claridad del cielo, que se había tornado más cálida, teñía de dorado a los recién llegados. Aunque todos vestían pantalones y jubones, era fácil distinguir a hombres de mujeres. Todos llevaban sobre el jubón un cintillo que colgaba una funda. A diferencia de los cuchillos de los ashakis, los suyos tenían empuñaduras sin decorar y vainas rectas. Cuando Lorkin reconoció a quien iba en cabeza, exhaló un suspiro de alivio.

«Savara».

Ella se acercó con paso veloz, sin prisa pero con decisión. Lorkin dirigió la mirada detrás de ella, buscando el rostro que más anhelaba ver, con el pulso acelerado aunque estaba preparado para la desilusión. Cuando sus ojos se encontraron, temió haberse equivocado. Entonces ella sonrió, y él sintió que el

corazón le daba un vuelco, así como un deseo intenso de estrecharla entre sus brazos y notar su cuerpo contra el suyo. Se apeó de su cabalgadura, al igual que los esclavos, pero se obligó a permanecer inmóvil de cara a la nueva reina de los Traidores.

—Gal. Tika. Justo en el sitio convenido —dijo Savara, sonriendo cuando se encontró frente a los esclavos. Se volvió hacia Lorkin—. Me alegra verte de nuevo, lord Lorkin. Nos preocupaba la posibilidad de tener que entrar clandestinamente en el palacio para rescatarte. Hace siglos que no hacemos algo así.

Lorkin se llevó la mano al corazón y aguardó. Ella sonrió con tristeza antes de asentir.

—Yo también me alegro de veros, majestad —respondió él. Como continuaba sin estar muy seguro de qué protocolo seguían los Traidores tras la muerte de una monarca, optó por pecar de directo—. Me entristeció enterarme del fallecimiento de la reina Zarala, pero me complació saber que os habían elegido a vos.

Ella bajó la vista.

—No será olvidada. —Apretó los labios y se volvió hacia los esclavos. Mientras les daba las gracias, Lorkin posó los ojos en Tyvara y la contempló con avidez, resistiendo una oleada de impaciencia. «Tengo la sensación de no haberla visto desde hace meses».

Los esclavos montaron de nuevo en sus caballos y, después de que uno de ellos tomara las riendas de la montura de Lorkin, se alejaron hacia el este. Desaparecieron al rodear una duna, en dirección a un sol anaranjado que anunciaba el calor abrasador del día que se avecinaba.

—Ahora debemos avanzar lo más deprisa posible —dijo Savara, dirigiéndose al grupo e indicándole a Lorkin con el brazo extendido que se uniera a ellos—. Tu madre nos espera en las montañas.

Él sintió una punzada de temor y emoción, pero se olvidó de ambas cosas cuando Tyvara dio unos pasos hacia él con una amplia sonrisa.

—Es un gran alivio que el rey te haya dejado libre. Savara aseguraba que él no se atrevería a hacerte daño, pero yo estaba preocupada de todos modos. —Lo tomó de las manos. Se le acercó y le plantó un beso rápido pero se apartó cuando él intentó atraerla hacia sí, volviendo fugazmente los ojos hacia los demás y clavando en él una mirada de advertencia que expresaba con claridad «ahora no». El desencanto le provocó cierto malhumor, pero él lo dejó a un lado. Tyvara estaba allí. Le bastaba con eso por el momento.

—Veo que no soy el único al que han dejado marchar —comentó.

Ella se encogió de hombros.

—Tengo cosas más importantes que hacer que encargarme de las cloacas. Además, estoy segura de que tendré que seguir cumpliendo el castigo cuando

terminemos con esto.

El grupo dio media vuelta como un solo hombre y echó a andar en la dirección por la que había venido. Alguien le pasó a Lorkin una mochila y murmuró que dentro encontraría una cantimplora. Él se la echó a la espalda y miró a Tyvara. La joven lo observaba con el entrecejo arrugado.

—¿Qué sucede?

—¿Lo pasaste muy mal en el calabozo del rey? —preguntó ella en voz baja.

A Lorkin se le hizo un nudo en el estómago. De pronto, la alegría que lo inundaba se esfumó y el agotamiento se apoderó de él otra vez. Desvió la vista.

—Divertido no fue —contestó, encogiéndose de hombros. «¿Le cuento lo de la esclava? ¿Qué pensará de mí por haberla ayudado a morir? A lo mejor si la chica no hubiera sido una Traidora... No, no creo que eso cambie mucho las cosas. Por otra parte, Tyvara debe de haber tenido que tomar decisiones difíciles como espía». Respiró hondo—. Seguro que tú pasaste por cosas peores cuando representabas el papel de esclava.

Ella se quedó callada. Lorkin hizo un esfuerzo para alzar los ojos hacia Tyvara, que le devolvió la mirada a regañadientes, antes de bajarla hacia el suelo.

—De ser así, ¿supondría eso un problema para ti? —inquirió.

Era una extraña manera de formular su respuesta, pero cuando él comprendió a qué se refería, lo invadió una consternación matizada de afecto.

—No —dijo—. Estoy... Sé lo que... lo que implica el hacerse pasar por esclava. No tenías elección.

—Sí que la tenía. Podía elegir entre ser espía o no.

—Lo hiciste por tu pueblo. Y para socorrer a otras personas. —«En cambio, que yo haya ayudado a la esclava a morir no tiene nada de noble». Sin embargo, él no se hallaba en aquella situación por su propia voluntad.

—Basta de charlas —dijo Savara a Lorkin y Tyvara—. La última vez que los vimos, los ichanis estaban lejos, pero son impredecibles. Debemos avanzar en silencio.

Tyvara frunció el ceño y se mordió el labio. Mientras caminaban con grandes zancadas, lanzaba miradas ocasionales a Lorkin. Él solo alcanzaba a entrever su expresión por un instante, pues ella tenía la espalda vuelta hacia el sol del amanecer. Resultaba evidente que quería decirle algo. Frustrado por la necesidad de mantener la boca cerrada, se concentró hasta que logró detectar su presencia. Se imaginó que oía sus pensamientos como un zumbido a las puertas de sus sentidos, demasiado bajo y poco claro para resultar inteligible.

Al final, incapaz de aguantarlo más, se acercó a ella y la tomó de la mano.

¿Qué ocurre? ¿Qué te preocupa?

Ella se mostró sorprendida, pero luego sonrió y le dio un apretón en la mano.

¿Sabes adónde vamos?

A las montañas, a encontrarnos con mi madre y, supongo, a negociar un acuerdo comercial o una alianza.

Así es.

Tyvara lo miró con expresión inquisitiva y, por algún motivo, él captó unas palabras débiles que quizá ella no pretendía enviarle.

«¿Qué hará él entonces?».

Lorkin juntó las cejas. Había estado evitando hacerse esta misma pregunta. ¿Qué haría una vez que finalizaran las conversaciones? ¿Regresaría a Kyralia con su madre? ¿Se quedaría en Sachaka con Tyvara? La respuesta cobraría aún más importancia si las negociaciones no daban lugar a algún tipo de trato entre las Tierras Aliadas y los Traidores.

El Gremio, al igual que su madre, querría que él regresara a casa. Pero esto tal vez implicaría no volver a ver a Tyvara.

«¿Qué es lo que quiere?» , le llegó el pensamiento mal encubierto de Tyvara.

Quiero estar contigo, le respondió él.

Tyvara parpadeó, asombrada, y fijó la vista en él. Lorkin percibió en ella perplejidad y una ligera vergüenza. La joven dejó de apretarle la mano, como si estuviera a punto de soltarlo. Pero entonces se la estrechó de nuevo.

¿Permitirá el Gremio que te quedes con nosotros?

No les hará gracia, pero tendrán que aceptarlo.

Ella asintió y apartó la mirada, liberando su mano. Lorkin la escrutó con atención, intentando interpretar su expresión, y oyó de nuevo unas palabras en el extremo de sus sentidos.

«Cambiará de idea en cuanto sepa que dentro de poco entraremos en guerra» .

Lorkin notó que se le tensaban los músculos de la impresión y estuvo a punto de tropezar. Sacudió la cabeza. Sin duda lo había imaginado. Era imposible oír los pensamientos de alguien sin tocarlo, a menos que esa persona los transmitiera deliberadamente. Al mirar en torno a sí, comprobó que ninguno de los demás Traidores parecía alarmado o lo observaba, lo que significaba que no sabían que Tyvara le había revelado sus planes.

«No. Deben de ser imaginaciones mías. —Después de todo, en Refugio había visto indicios de que los Traidores podían estar preparando un ataque contra los ashakis. Su mente simplemente estaba poniendo de relieve, de un modo inesperado, que la guerra haría que su decisión fuera aún más difícil. Seguramente Tyvara se preguntaba si él preferiría evitar verse envuelto en una guerra—. Claro que lo preferiría. En las guerras muere gente. Tyvara podría morir. A menos que... ¿Y si encuentro una excusa para llevármela a Kyralia? Quizá podría convencer a Savara de que las Tierras Aliadas necesitan una embajadora de los Traidores. Pero ¿estaría dispuesta Tyvara a irse conmigo? Lo dudo» .

Por tanto, él tenía que decidir ahora varias cosas: si se quedaría con Tyvara o iría a Kyralia para difundir sus conocimientos sobre la elaboración de gemas; cómo explicaría a su madre que había aprendido magia negra; si debía referirle a Tyvara el episodio de la esclava envenenada; qué haría si los Traidores entraban en guerra. Por fortuna, tenía por delante muchas horas de caminata por el páramo hacia las montañas que se elevaban ante él. Tiempo de sobra para pensar.

Aunque la primavera no había hecho más que empezar, los botones de los árboles en los jardines del Gremio ya empezaban a abrirse y a despedir un aroma que preludiaba los días más cálidos que pronto llegarían. Lilia lo aspiró, disfrutando de un breve momento de paz y esperanza. Estaba viva, no se hallaba en la cárcel, el Gremio la había admitido, y Cery, Gol y Anyi seguían a salvo sin que los descubrieran.

Como era de esperar, el momento no podía durar mucho. Sus amigos no estaban totalmente a salvo, la admisión por parte del Gremio llevaba aparejadas condiciones que limitarían su libertad durante el resto de su vida, y ella se dirigía hacia otra clase con el Mago Negro Kallen. Pero su humor se agrió antes de lo habitual cuando advirtió que tres estudiantes estaban de pie frente al alojamiento de los aprendices, observándola. Uno de ellos era Bokkin.

Les dedicó la mirada más breve posible, pero aunque mantenía la vista fija en el camino por el que avanzaba, vio con el rabillo del ojo las sombras de los aprendices. Creó un escudo débil, por si decidían jugarle alguna mala pasada.

Nada sucedió, aunque ella estaba tan pendiente de posibles problemas que no se percató, en un principio, de que no había otros aprendices esperando con Kallen junto a la Arena. Aunque él siempre tenía el entrecejo surcado por una arruga de ensimismamiento, esta era un poco más profunda de lo habitual, y su mirada, un poco más alerta.

—Mago Negro Kallen —saludó ella cuando llegó frente a él y ejecutó una reverencia.

—Lady Lilia —dijo Kallen—. La clase de hoy se impartirá dentro de la universidad.

El corazón de Lilia dejó de latir por unos instantes y ella tuvo que reprimir el impulso de prorrumpir en gritos de alegría.

—O sea que... ¿no habrá práctica de combate hoy?

—No.

Kallen le hizo una seña para que caminara a su lado y echó a andar hacia la universidad. Ella comprobó, aliviada, que Bokkin se había ido. Acarició la idea de preguntarle a Kallen qué iba a enseñarle, pero sabía por experiencia que cuando no ofrecía información, rara vez recibía una respuesta útil. Una vez dentro del edificio, oyó que él dejaba escapar un hondo suspiro. Al mirarlo de reojo, vio

que tenía los labios apretados en una línea fina.

«Está disgustado por algo —pensó ella—. Bueno, más disgustado de lo normal».

La guio por los pasadizos interiores del edificio hasta una de las habitaciones pequeñas reservadas para clases particulares. Tras indicarle que ocupara una de las dos sillas, él se sentó en la otra y la contempló por encima de la única mesa que había.

—El Gremio ha decidido que ha llegado el momento de que aprendas a utilizar la magia negra.

Ella se estremeció, presa del miedo y el sentimiento de culpa, aunque al cabo de unos instantes sonrió, divertida.

—Pero si ya sé utilizar la magia negra.

—Sabes cómo se utiliza —la corrigió él—. Al margen del experimento aislado que realizaste, no la has usado de forma consciente y deliberada, ni has tenido la necesidad de almacenar energía. Hay, además, otras tareas que los magos negros deben llevar a cabo y que no consisten en la adquisición de magia.

—¿Como cuáles?

—Leer mentes. Elaborar anillos de sangre.

A Lilia se le aceleró el pulso. Había supuesto que no le enseñarían ninguna de estas técnicas antes de que se graduara y asumiera oficialmente las funciones de maga negra.

—¿Por qué ahora?

Las cejas de Kallen descendieron aún más.

—Durante la ausencia de Sonea, muchos prefieren que aprendas a hacer magia negra a que solo tengamos en Imardin a un mago negro plenamente formado.

«No me extraña que esté de malas. Eso significa que creen que él debe estar vigilado. Que no es de fiar. —Notó una ligera sensación de triunfo al percatarse de que él era objeto de las mismas sospechas y la misma desconfianza que ella—. Sin embargo, la gente desconfía de mí porque al aprender magia negra infringí una ley, pese a que pensaba que no lo conseguiría. En cambio, supongo que desconfían de Kallen porque es adicto a la craña. —La sensación triunfal se desvaneció y cedió el paso a la compasión—. Seguramente él tampoco pensaba que eso pudiera ocurrir».

Asintió.

—Entonces... ¿por dónde empezamos?

Él enderezó la espalda y extrajo algo del interior de su túnica. La luz se reflejó en la superficie pulida de un cuchillo pequeño y delgado. Kallen levantó la otra mano para hacer caer la manga hasta el codo, y apoyó el brazo en la mesa. Miró a Lilia.

—Voy a hacerme un corte. Pon la mano sobre la herida e intenta repetir lo

que le hiciste a... Absorbe energía hasta que percibas que la tuya ha aumentado.

«A Naki». Lilia terminó la frase en su mente. Ahuyentó el recuerdo de una biblioteca y de las palabras que la habían seducido para que aprendiera lo que estaba prohibido. «Haría cualquier cosa por ti». Kallen deslizó la hoja por la parte exterior de su brazo. Ella, obedientemente, posó la palma sobre el corte poco profundo y cerró los ojos.

«El truco consistía en notar que mi magia está contenida bajo mi piel», recordó. Recuperó esta conciencia poco apoco, pero en cuanto le vino a la memoria la sensación de la magia en el interior de su cuerpo, fue capaz de percibirla con claridad. Hizo una pausa por un momento, maravillada, pero la llamada de otro ser captó su atención. Al concentrarse en su mano, detectó la presencia de Kallen y vio la brecha en sus defensas.

Vaciló por unos instantes. Quitarle magia a Kallen, un mago superior que le había inspirado cierto temor durante casi toda su vida, le parecía una impertinencia. Pero él se lo había ordenado, así que Lilia hizo acopio de valor y absorbió.

Un torrente de magia irrumpió en su cuerpo. Ella disminuyó de inmediato la fuerza con que la atraía hacia sí. Supuso que él lo notaría y sabría si se pasaba de la raya. Le había indicado que absorbiera energía hasta que sintiera que esta aumentaba su propia reserva. Concentrándose, cayó en la cuenta de que ya era consciente del incremento de su fuerza. Dejó de acumular magia, abrió los ojos y retiró la mano.

Kallen fijó la vista en ella.

—Absorbe más.

Esta vez ella advirtió de inmediato la brecha en la barrera de Kallen y descubrió que no necesitaba percibir la contención de su propia energía para seguir adelante. Olvidó cerrar los párpados y comprendió que no le hacía falta. Reparó en que Kallen tenía el rostro extrañamente laxo. Parecía triste y cansado.

Cuando ella se interrumpió, él recobró la expresión en la cara. La miró de nuevo, y esta vez asintió.

—Bien. Percibo que ahora almacenas energía. —Sus labios se estrecharon en un gesto sombrío de aprobación—. Cuando contenemos más energía de la que poseemos por naturaleza, una cantidad pequeña escapa por nuestra barrera. Céntrate en la contención natural de tu piel hasta que detectes esta fuga, y envía un poco de magia para reforzar tu barrera.

En esta ocasión Lilia cerró los ojos. Dirigió la atención hacia su interior y notó que su fuerza se incrementaba. Se concentró en la barrera de la piel, que estaba en el límite de su control. En efecto, la magia se filtraba hacia fuera, más en unas zonas que en otras.

Esforzó su voluntad, extrajo un poco de magia de su reserva y encauzó hacia su barrera una corriente débil pero constante con el fin de hacerla más gruesa y

resistente. La fuga cesó al instante.

—Ya no la percibo. —Kallen casi sonrió—. Ahora bien, también es posible que otro mago detecte la absorción de energía. Es un problema similar al de la fuga, pero se produce en torno a la herida. Tienes que extender ligeramente tu barrera para que se solape con la del... eh... el donante de la magia.

Siguiendo sus instrucciones, Lilia logró dominar esta lección tras varios intentos. Después, Kallen la animó a tratar de quitarle magia tan lentamente que él apenas se diera cuenta, y luego lo más deprisa posible. Durante la primera prueba, él le hablaba, aunque de forma entrecortada, mientras que, como es natural, le costaba tenerse en pie durante la segunda.

—Debes experimentar la debilidad que te embarga en cuanto te vacían de energía —le dijo Kallen—. La Maga Negra Sonea no fue lo bastante cuidadosa para impedir que la hirieran durante un combate contra los ichanis porque no era consciente de la impotencia que invade a quien se convierte en objeto de magia negra. Una vez que has tenido una experiencia así, te aseguro que no quieres volver a vivirla. —Agitó la mano—. Pero eso puede esperar a otra clase.

—Recuerdo que sentí algo parecido, cierta vez que Naki lo probó conmigo —declaró Lilia—. Dijo que no había funcionado, pero creo que mentía.

La expresión de Kallen se ensombreció, pero luego apretó los labios en un gesto de comprensión.

—Según las descripciones del rito de la magia superior entre magos y aprendices de la antigüedad, estos se arrodillaban ante su maestro. De algún modo conseguían no caer al suelo. Quizá se volvían inmunes al efecto debilitador.

—O los maestros sabían absorber energía sin producir este efecto.

Él asintió.

—Podemos hacer experimentos, si estás dispuesta. Hay muchos aspectos de la magia negra que no entendemos, y temo que los magos de Sachaka aprovechen esta debilidad contra nosotros.

Lilia contuvo un escalofrío de renuencia. Aunque la perspectiva de experimentar con la magia negra en compañía de Kallen no parecía muy divertida, tuvo que reconocer que el Gremio no podía dejar sin explorar las lagunas en sus conocimientos de magia.

Kallen pasó la mano sobre el corte, que se había cerrado hasta quedar reducido a una raya rosa.

—Solo debes emplear este sistema para obtener magia de no-magos o de magos enemigos, claro está. La transferencia normal de energía puede llevarse a cabo sin cortar la piel. El efecto debilitador también constituye una ventaja en batalla. No se me ocurren muchas situaciones en las que absorber energía por la fuerza sin debilitar a la víctima sea muy útil.

—Quizá... en el caso de que uno tenga que absorber la energía de un mago anciano que se muere pero por algún motivo (por estar inconsciente o senil, tal



vez), este no puede ceder su magia voluntariamente.

Kallen hizo una mueca.

—Sí. Sería más compasivo ahorrarle al moribundo el mal trago del debilitamiento.

Ella miró el cuchillo.

—¿Qué debe hacer uno si no dispone de un arma? ¿Se puede practicar el corte con magia?

Kallen negó con la cabeza.

—Aunque un mago esté demasiado débil para crear un escudo, mientras viva tendrá algo de energía en su interior y una barrera unida a la piel. La función más elemental de dicha barrera es actuar como escudo contra la voluntad de otras personas, por lo que debe romperse.

—Pero si uno moldeara la magia en forma de astilla de fuerza y la proyectara como un azote para traspasar la barrera, ¿lo conseguiría?

Él enarcó las cejas.

—Tal vez. Supongo que si el azote fuera lo bastante intenso... —Frunció el ceño—. Sería difícil probarlo. El sujeto tendría que estar dispuesto a sufrir daños, quizá graves... Por otro lado, si antes adquiriéramos cierta destreza para lanzar un azote leve y punzante que solo se clavara superficialmente, el resultado no sería peor que un corte pequeño. —Entornó los ojos, pensativo, antes de escrutarla con la mirada—. Es una idea interesante. Deberíamos explorarla.

Ella asintió, antes de que la idea de dejarse apuñalar por Kallen empañara su satisfacción por haber pensado algo que a él no se le había ocurrido antes.

—Bien..., es suficiente por hoy —aseveró él—. Mañana te iniciaré en la lectura mental. Necesitaremos un voluntario con el que puedas practicar. En cuanto domines esa habilidad de forma adecuada, te enseñaré a elaborar una gema de sangre.

« ¡Una gema de sangre! ». Lilia resistió el impulso de sonreír, pues no quería parecer demasiado ansiosa por aprender más sobre lo que en otro tiempo había sido una magia prohibida. Se levantó cuando Kallen se puso de pie y lo siguió hasta la puerta.

—¿Nos vemos aquí? —preguntó ella.

Él asintió e hizo un gesto en dirección al pasillo.

—Sí. Hasta mañana, entonces.

Ella le dedicó una reverencia y echó a andar hacia las aulas exteriores de la universidad, donde tenía su clase siguiente, sin poder evitar un estremecimiento de emoción.

« Por primera vez, no tengo la sensación de que saber magia negra sea un... un castigo, o una enfermedad. El propio Gremio quiere que aprenda a usarla. Y además resulta sorprendentemente interesante » .

Conforme el sol de la mañana se elevaba y brillaba con más fuerza, los colores del páramo se aclaraban cada vez más. Sonea entrelazó las manos en torno a sus rodillas, recordando con nostalgia la época en que era capaz de doblar las rodillas contra el pecho. Había dejado de ser tan flexible hacía mucho tiempo. La vida de maga —y el tener que llevar una túnica completa— tendía a exigirle que se sentara en posturas más dignas. Estas pequeñas pérdidas le revelaban que estaba envejeciendo.

Regin se irguió y se acercó a sus mochilas, que parecían algo más vacías que dos noches atrás, cuando habían llegado al lugar donde debían encontrarse con los Traidores.

«Seguí las instrucciones al pie de la letra —se dijo—. Eran meridianamente claras. Regin está de acuerdo conmigo. Sin duda estamos donde tenemos que estar».

No obstante, los Traidores no se habían presentado.

Se volvió hacia la derecha, donde la cordillera se curvaba hacia el sudeste. Cuando, veinte años antes, Akkarin y ella habían entrado en Sachaka, habían viajado en aquella dirección, por las faldas de las montañas, sin víveres, sin hogar y perseguidos por los ichanis. Esta vez, Regin y ella habían avanzado hacia el noroeste, también por terreno agreste, pero con alimentos de sobra, sin ichanis de los que preocuparse y con la certeza de que el Gremio esperaba su regreso con los brazos abiertos.

«Es asombrosa la diferencia que supone el tener cubiertas algunas necesidades básicas y el no temer por la propia vida».

Aun así, el páramo era un lugar inhóspito. Más abajo, las pendientes rocosas descendían hasta un mar de dunas que se extendía hacia el horizonte. En su primer día de espera en aquel sitio, habían avistado una tormenta de arena que se desplazaba hacia el norte, oscureciéndolo todo a su paso. Les preocupaba que el vendaval los alcanzara, pero este se extinguió al chocar con las montañas. Sonea miró hacia la izquierda y contempló las cimas que se sucedían hacia la lejanía, agazapadas una tras otra, cada vez más pálidas a medida que se alejaban.

«Más allá, en algún lugar, está Refugio, el hogar de los Traidores. A juzgar por lo que dice Lorkin, como captores son mucho más considerados que el rey Amakira».

Aunque, en realidad, nadie le había descrito la reclusión de Lorkin en el palacio. Casi se alegraba de no haberle podido leer la mente a través de su gema de sangre. Se debatía entre su deseo de saber y la idea de que quizá sería mejor no enterarse nunca. Si él había sufrido, ella no estaba segura de lo que sentiría o de lo que querría hacer, pero sabía que ni una cosa ni otra serían buenas.

«Ahora está en libertad. Libre y vivo. Debo procurar que nada de lo que yo haga cambie eso».

—Sonea.

Ella arrancó la vista del paisaje y la posó de nuevo en Regin.

—¿Sí?

Él señaló las mochilas.

—¿Debemos seguir racionando?

Sonea asintió. Sabía que la pregunta iba con segundas. Regin quería saber si se quedarían allí o si se darían por vencidos pronto y regresarían al Fuerte. «Podríamos cazar para comer, como hicimos Akkarin y yo». Le vinieron recuerdos de los alimentos que habían recolectado, preparado y comido en un valle pequeño y recóndito. Sonrió al recordar otra cosa que había ocurrido en ese lugar.

—Al menos tenemos agua en abundancia —comentó Regin, volviéndose hacia el arroyo—. Y ahora está limpia.

Ella siguió la dirección de su mirada. El reguero de agua manaba a través de una grieta en el suelo rocoso y se detenía en una charca pequeña y tranquila antes de verse en un río de poco caudal. Era evidente que el agua atraía a los animales. Cuando ellos habían llegado, habían tenido que limpiar los excrementos de ave acumulados en la orilla. El riachuelo discurría por una corta distancia antes de sumirse en un agujero en la roca.

«Si nos ocultamos, tal vez los pájaros se acerquen a beber. Podemos apresarlos y comérmolos».

Se puso de pie, caminó hacia la charca y la contempló. No había duda de que había algo de agua en el páramo, pero ni siquiera allí, en los alrededores del arroyo, había rastros de vida. Se acuclilló al lado y sumergió la mano. Se concentró para intentar percibir en el agua la energía dispersa procedente de los seres vivos minúsculos que siempre estaban presentes en ella.

Nada.

Frunció el ceño. A su llegada, había comprobado que el agua pudiera beberse sin peligro. A pesar de los excrementos de pájaro, era pura. Lo cual resultaba... extraño.

«Tal vez un Traidor estuvo aquí y absorbió toda la energía justo antes de que apareciéramos». Cuanto más pequeña y simple fuera una forma de vida, más débil era su barrera natural contra intervenciones mágicas. Incluso era posible despojar los árboles de toda su magia sin cortar la corteza, aunque la energía salía muy despacio y nunca había tanta como en un animal o una persona.

«Cuando uno mata los organismos diminutos del agua, esta se vuelve apta para beber, pero lo normal es que al poco tiempo se pueble de nuevo de seres vivos». Extendió el brazo hacia el hilillo de agua que alimentaba la charca. Tras ahuecar la palma para recoger en ella un poco de líquido, se concentró otra vez.

«Allí está. Son como puntitos de luz».

Dejó caer el agua de su mano en la poza. Solo había una explicación posible. Algo exterminaba a los organismos en cuanto entraban en la charca.

De pronto, se le hizo un nudo en el estómago. ¿Estaría envenenada el agua? Llevaban unos días bebiendo de ella. ¿Qué podía eliminar de inmediato las formas de vida pequeñas sin afectar a las personas?

La hondonada era lisa; quizá la había excavado alguien, a mano o valiéndose de la magia. Introdujo el brazo de nuevo en el agua y deslizó la mano despacio por la superficie de la piedra. No esperaba percibir nada. El veneno en un organismo se detectaba sobre todo a través de sus efectos. Sus dedos tocaron con una protuberancia. La palpó con las yemas antes de proyectar su mente hacia ella.

Algo tiró de sus sentidos. Invocó un poco de magia y la dejó rezumar por sus dedos. Algo la absorbió en el acto.

Se le heló la sangre. Irguió la espalda y clavó los ojos en el pequeño bulto que sobresalía de la superficie de la hondonada, que por lo demás era regular. «No forma parte de la piedra. Si sirve para lo que yo creo, la colocaron aquí para limpiar el agua. Pero si sirve para lo que yo creo...».

—Regin.

Ella notó en la espalda el frescor de la sombra de su acompañante.

—¿Sí?

—¿Puedes conseguirme un cuchillo o algo con lo que arrancar una cosa?

—¿Por qué no usas la magia? Ah..., claro. No quieres gastarla.

Se acercó a las mochilas. Mientras estaba ocupado, ella invocó energía y la usó para desviar el reguero de agua de la charca. A continuación, vació la hondonada con una fuerza que empujó el agua hacia un extremo. La superficie empezó a secarse de inmediato, y para cuando Regin regresó, la protuberancia podía apreciarse como una mancha más oscura en la piedra.

Él le tendió una pluma de plata.

—¿Es lo único que tenemos?

—Eso me temo. Nadie imagina que unos magos puedan necesitar cuchillos.

Con un suspiro, Sonea cogió la plumilla.

—Supongo que pedimos víveres para varios días, no para una merienda campestre. Esperemos que esto dé resultado.

Comenzó a escarbar alrededor del bulto con la parte afilada de la plumilla. Descubrió, aliviada, que lo que lo mantenía fijo era más blando que la piedra, algo similar a la cera. Al poco rato, había conseguido excavar un canal pequeño alrededor de la protuberancia. Introdujo los dedos, apretó y tiró de ella. Como permaneció inmóvil, ella escarbó un poco más.

—¿Puedo preguntarte qué haces?

—Sí.

El bulto se movió, y Sonea tiró de él para arrancarlo, pero fue en vano. Apretando los dientes, continuó extrayendo trozos de la sustancia cerosa de la charca.

—Bueno. ¿Qué haces?

—Excavo para sacar esta cosa.

—Ya lo veo. —Parecía más divertido que irritado—. ¿Por qué?

La plumilla no era lo bastante fina para insertarla entre la protuberancia dura y el borde del agujero en que estaba encajada. La agarró de nuevo con las yemas de los dedos.

—Es... raro... ¡Ah! —El bulto, ahora una piedra, se soltó. Ella la alzó hacia la luz y limpió los restos de cera de la superficie.

Regin se inclinó para estudiarla.

—¿Es un cristal?

Sonea asintió. Varias caras lisas y planas reflejaban la luz del sol.

—Es natural. Quiero decir que no está tallado.

—¿Por lo demás es artificial? —Regin bajó la vista al agujero del que ella lo había sacado—. ¿Qué clase de gema es?

—¡Gema! —exclamó Sonea. Inspiró bruscamente, levantó la mirada hacia Regin y se puso de pie—. Una de las gemas mágicas de los Traidores, con toda seguridad. Dudo que los dúneos llegaran tan al sur, y si los ichanis hubieran estado informados sobre estas gemas las habrían utilizado en nuestra contra hace veinte años. —Pensó en el modo en que la piedra había absorbido su magia, y la sangre se le heló de nuevo. Se volvió hacia Regin, mordiéndose la lengua. ¿Podía expresarle sus sospechas? ¿Y si alguien le leía la mente? ¿Y si él se lo contaba a alguien? ¿Y si...?

Para cuando llegaron los Traidores —si es que llegaban—, tendría que haber meditado ya a todas las implicaciones de su descubrimiento. Tal vez no necesitaba hablarle a Regin de ello, pedirle su opinión, pero quería hacerlo.

Él la observaba con fijeza, perplejo y preocupado. Ella respiró hondo.

—Me parece que se trata de una gema de magia negra —declaró Sonea en voz baja, por si había alguien espiándolos o escuchándolos de algún modo.

Regin aspiró entre dientes y la contempló horrorizado. Bajó los ojos hacia la piedra y entornó los párpados.

—O sea que esta es la razón por la que el páramo nunca ha reverdecido.

Ella sintió un escalofrío, a pesar del calor cada vez más intenso, y miró alrededor. «Tiene sentido. Si son capaces de elaborar una piedra como esta, pueden elaborar cientos. Miles. Esparcidas por toda esta tierra, deben de consumir la vida de forma lenta pero implacable. El suelo se vuelve demasiado infértil para que se desarrollen las plantas. Seres más grandes y complejos como los animales mueren de hambre o se marchan».

Esto significaba que los Traidores se encargaban de que el páramo siguiera siendo un páramo.

«Desde hace siglos».

—Durante todo este tiempo se creía que el Gremio había creado esto para

mantener débil a Sachaka. Pero en realidad fueron los Traidores.

Regin arrugó el entrecejo.

—Bueno..., no lo sabemos con certeza. Quizá solo hayan colocado la piedra aquí para purificar el agua.

Ella alzó la vista hacia él.

—Supongo que si hay más gemas por aquí, podría encontrarlas.

La mirada de él se tornó más penetrante.

—Inténtalo.

Tras entregarle la piedra a Regin, que la cogió con cautela, Sonea se alejó unos pasos y examinó la pendiente que descendía hacia las dunas. Cerró los ojos y expandió la barrera natural que envolvía su piel hasta convertirla en una esfera. La parte de la barrera que entró en contacto con la roca bajo sus pies se debilitó, y la magia empezó a filtrarse al exterior. Entonces ella echó a andar despacio hacia delante.

No había dado más que unos quince pasos cuando notó un tirón apenas perceptible. Era una ilusión, la sensación producida por la ausencia de resistencia en un lugar rodeado de otros muchos en que sí la había. Sonea se detuvo, dio media vuelta y, después de perder la sensación de tracción unas cuantas veces, consiguió reducir la zona de la que procedía a un área de pocos pasos de diámetro: una grieta repleta de piedras entre dos placas de roca.

Regin se acercó mientras Sonea escarbaba en la grieta. Ella empezó a recorrer la fisura con su barrera, pero antes de que llegara muy lejos, Regin emitió un leve grito de triunfo y sostuvo algo en alto.

Otro cristal oscuro y reluciente. Ella se lo quitó y realizó una prueba. La piedra absorbió la magia que le envió.

—Dos veces puede ser casualidad —comentó Regin—. Pero tres...

Ella movió la cabeza afirmativamente y se encaminó en otra dirección. Esta vez encontró fácilmente una piedra que estaba medio enterrada en una depresión del terreno rellena de arena. «Todas en recovecos resguardados donde el agua podría depositarse, o por donde podría fluir. Rincones y grietas donde la vida podría echar raíces». Regresaron al punto de encuentro. Ella había devuelto el arroyo a su curso, y la charca volvía a estar llena. Tras meter la mano en el agua, confirmó que ahora contenía muchas motas diminutas de energía.

Miró a Regin.

—Hay que informar a Osen de esto.

Él le dedicó una sonrisa torcida.

—Ya lo creo que hay que informarlo.

«Y también a Lorkin —pensó Sonea—, aunque tal vez ya lo sepa. Ah. Si se supone que no debe saberlo, quizá ponga su vida en peligro al contárselo. Tal vez tampoco sea prudente revelar a los Traidores que nos hemos enterado de su sórdido secretillo».

Por otro lado, en cuanto el Gremio estuviera al corriente del asunto, los Traidores no ganarían nada con matarla a ella y a Regin. Se sacó del bolsillo el anillo de Osen, se sentó con la espalda apoyada en una roca y se lo puso en el dedo.

Osen.

¡Sonea!

¿Tiene un momento? No se va a creer lo que acabo de descubrir.

## SEGUNDA PARTE



## Planes y negociaciones

Cery suspiró.

—Repasemos una vez más.

—Nos las ingeniamos para que Skellin se entere de que vivimos debajo del Gremio —dijo Gol—, sin la protección de los magos.

—Aunque descubra que el Gremio no sabe que estamos aquí abajo, sospechará que Lilia sí lo sabe —prosiguió Anyi—. Tenemos que hacer que Skellin crea que Lilia no está siempre con nosotros y que investigue su rutina para averiguar en qué momentos no nos protege.

—Enviaré a otros primero, para comprobar si es verdad o para capturarme —repitió Cery—, así que tenemos que disponerlo todo para que solo un mago pueda llegar hasta nosotros. Pidiendo a Lilia que erija una barrera mágica, por ejemplo.

—Pero ¿eso no lo llevará a sospechar que Lilia está aquí abajo? —preguntó Anyi.

—Es un mago —respondió Cery—. Sabe que un mago puede crear una barrera y marcharse a otro sitio.

—Aun así, eso tal vez lo disuadiría de llegar más lejos —señaló Anyi.

—Colocaremos la barrera lo bastante cerca de nosotros para que pueda oírnos o ver luz más adelante, a fin de que piense que solo tiene que caminar un poco más para dar con nosotros.

—O él o Lorandra —dijo Gol—. Si envía a Lorandra, activamos la trampa de todos modos. Así al menos el Gremio le echará el guante a uno de ellos, y podrían usarla como cebo para otra emboscada.

—Siempre y cuando no la dejen escapar de nuevo. —Cery esbozó una sonrisa irónica.

—En cuanto logre atravesar la barrera, querrá actuar deprisa —continuó Anyi—, porque Lilia sabrá que alguien ha roto su barrera. Si está lo bastante cerca para vernos u oírnos, no tendremos mucho tiempo para prepararnos.

—Podríamos instalar una lámpara al otro lado de la esquina, para que parezca que estamos cerca, aunque en realidad estemos un poco más lejos —propuso Gol—. Y unas lámparas más, de manera que parezca que las pusimos ahí para nuestro uso.

—Eso implica conseguir más lámparas y más aceite. Más trastos que pedirle a Lilia. —Any i suspiró.

—¿Y si Skellin viene acompañado? —preguntó Gol.

Cery reflexionó.

—Mientras permanezcan juntos, dará igual.

Gol frunció el ceño.

—Pero ¿seguro que lo harán? Si yo fuera Skellin, después de traspasar la barrera, los enviaría delante para que se asegurasen de que no hay trampas.

—Que nos encuentren. —Cery se encogió de hombros—. Si no regresan para informar a Skellin, esperarán a que él los alcance y les dé órdenes.

—Y en ese momento accionaremos la trampa —dijo Gol.

Cery asintió. Ni Gol ni él le habían explicado a Any i sus planes para desvelar al Gremio el paradero de Skellin por medios no mágicos. Cery no estaba del todo seguro de haber entendido lo que el guardaespaldas le había descrito. Era un método utilizado en las minas que podía provocar un hundimiento lo bastante grande para abrir un socavón en los jardines del Gremio. Skellin y sus hombres quedarían enterrados o a merced de los magos que se hallaran cerca de allí.

Existía, no obstante, un riesgo considerable de que Cery, Gol y Any i quedaran sepultados también. Cery le había indicado a Any i que si Skellin los encontraba antes de que el Gremio accediera a participar en la emboscada, ella debía ir corriendo a buscar a Lilia. Ella se había resistido en un principio, hasta que él le había hecho ver que no serviría de nada que se quedara. Si huía, al menos habría una posibilidad de que Lilia llegara a tiempo para detener a Skellin.

—Dudo que Skellin se deje capturar por el Gremio sin plantar cara —dijo Cery—. Preferiría no acabar enterrado vivo. También deberíamos pedirle a Lilia que refuerce las habitaciones.

Any i asintió.

—Ahora mismo está bien cargada de magia. Kallen ha estado enseñándole cómo usar la magia negra para absorber y almacenar energía.

Cery la miró con expresión ceñuda.

—¿De veras? Eso es... preocupante.

—¿Por qué? —Any i se encogió de hombros—. En teoría el Gremio tiene dos magos negros para que uno pueda parar los pies al otro... Ah, ya entiendo. —Abrió mucho los ojos y los clavó en Cery—. No estarás pensando... Pero es Kallen quien la está instruyendo. No lo haría si estuviera tramando algo.

—¿Quién más podría instruirla? —replicó Cery—. Sonea está en Sachaka.

—Si Kallen planea abusar de su poder, quizá no le enseñe bien —aventuró

Gol.

—Hum. —Any i juntó las cejas—. Bueno, todos sabemos por qué no podemos fiarnos totalmente de él. Nunca pensé que diría esto, pero me alegraré cuando sepa que el Gremio está cultivando craña.

Cery asintió en señal de conformidad, antes de alzar el farol y ponerse de pie.

—Ahora que tenemos claro el plan, debemos asegurarnos de que funcionará aquí abajo.

—Y también preparar una o dos rutas de huida por si la cosa sale mal —añadió Gol—. Tal vez instalar un par de trampas por si nos siguen.

—Necesitamos entrenar para el combate —terció Anyi. Miró a Cery—. Todos.

Cery suspiró. Su hija tenía razón, pero a él le dolía el cuerpo solo de pensarlo.

—Cuando hayamos resuelto este asunto —dijo—. Es inútil intentar combatir la magia con cuchillos.

Ella soltó un resoplido.

—Pero será bastante humillante si no podemos lidiar con los matones de Skellin.

Gol posó la vista en Cery y luego en Anyi.

—Me parece que estoy listo para entrenar un poco —dijo—. Si empezamos despacio.

Anyi lo escrutó con la mirada y asintió.

—De acuerdo, entonces. Luego.

—Por lo pronto, echemos otro vistazo a los pasadizos que hay cerca de aquí. Anyi, comprueba las vías de escape y cerciérate de que Skellin no pueda rodearnos para acercarse por detrás. Gol y yo decidiremos dónde debe ir la barrera de Lilia.

Danny l frunció el ceño cuando una sombra apareció en la puerta de su despacho y se detuvo allí. Alzó la vista, suponiendo que se trataba de un esclavo que había acudido a preguntarle si deseaba comer o beber algo o a anunciarle la llegada de una visita. Pero era Merria.

—Lady Merria —dijo él—. ¿Qué ocurre?

Ella sacudió la cabeza.

—Nada. Qué absurdo, ¿no? —Sus labios se curvaron en una sonrisa torcida—. Lorkin está a salvo y todo ha vuelto a la normalidad. Debería estar agradecida por ello, pero solo estoy aburrida.

—Esto no es normal —le aseguró Danny—. Deberíamos estar ocupados con visitas o invitaciones. Incluso a Tayend le han dado de lado.

Merria bajó los ojos.

—En realidad, ayer me llegó una invitación de mis amigas —confesó.

Danny l forzó una sonrisa.

—Buena señal. —« Ya solo falta que Tayend venga a avisarme de que se va a una cena o una fiesta y que Achati sea el único ashaki que no me trate como a un marginado para que todo vuelva a la normalidad» . Sin embargo, sospechaba que las cosas entre Achati y él ya nunca serían como antes.

Merria se fijó en su escritorio.

—¿Has terminado tus notas?

Él siguió la dirección de su mirada hacia los papeles y asintió.

—Sí. Ayer los esclavos pudieron comprar más tinta por fin.

—Eso es bueno, ¿no? —Hizo una pausa—. ¿Qué te sucede?

Él la miró y se percató de que tenía el entrecejo arrugado.

—Ah... Pues que redacté dos copias para enviar una al Gremio, pero no he encontrado una forma segura de mandarla.

—Yo no se la confiaría a un mensajero corriente. ¿Cómo haces llegar mensajes al Gremio normalmente?

—Por medio del anillo de sangre de Osen.

—¿Nunca has enviado otra cosa?

Dannyl negó con un gesto.

—Hay unos mercaderes que viajan entre Sachaka y Elyne o Kyrailia un par de veces al año y que llevan allí cosas que les pedimos. Nada importante, solo artículos de lujo; especias, raka...

Ella juntó las cejas, cavilando sobre el problema.

—Veamos... Tienes que reescribirlo todo de forma cifrada, enviar muchas copias a Osen a través de mensajeros distintos para asegurarte de que reciba al menos una, y luego revelarle la clave por medio de su anillo de sangre.

Él se quedó contemplándola, lleno de admiración. « Qué solución tan sencilla. ¿Cómo no se me había ocurrido?». En realidad, ya había utilizado una especie de clave para transcribir la información más delicada.

—Naturalmente, este sistema no te servirá si necesitas que Osen reciba la copia pronto.

—Prefiero que la reciba tarde a que no la reciba. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. En fin, ¿a quién le encargo que la lleve? —dijo, más como una expresión en voz alta de su pensamiento que como una consulta a Merria.

—Supongo que mis amigas conocerán a algunos mercaderes que se dirijan hacia el este.

—¿Podrías preguntárselo por mí?

Ella asintió.

—Lo haré. Pero... ¿crees que es posible que los ashakis estén a punto de atacar a los Traidores, o viceversa?

Dannyl la miró, pestañeando, descolocado por el repentino cambio de tema.

—¿Por qué? ¿Has oído algún rumor?

—Nada concreto, pero mis amigas hablan a menudo de esa posibilidad, y el

rey Amakira estaba empeñado en obtener información de Lorkin.

Un escalofrío recorrió a Dannyl. «Y tal vez Lorkin le haya dado esa información».

—No lo sé —admitió.

—Sería irónico que los Traidores atacaran y derrotaran a los ashakis. En ese caso, tanto los esfuerzos del rey como la negativa de Lorkin a hablar habrán sido en vano, porque entonces no tendrá importancia que salga a la luz el emplazamiento de Refugio.

Dannyl sacudió la cabeza.

—No los atacarán. Sería demasiado arriesgado. ¿Y si fracasaran? Lo perderían todo.

Merria asintió.

—Claro, tienes razón. En fin, supongo que ahora harás más copias de tus notas. Si necesitas ayuda, avísame. Mañana les llevaré una a mis amigas, si la tienes lista.

—Gracias.

Después de que se marchara, sus palabras aún resonaban en los oídos de Dannyl: «... no tendrá importancia que salga a la luz el emplazamiento de Refugio». ¿Era esta la razón por la que Lorkin había cedido y le había dicho al rey lo que este quería saber? «Pero eso significaría que...».

Dannyl se estremeció y sacó los dos cuadernos que contenían las notas de su investigación, además de uno en blanco, y comenzó a escribir otra copia.

Regin fue el primero en avistar a los Traidores que se aproximaban. Desde su posición ventajosa, Sonea y él observaron al pequeño grupo que avanzaba a través de las dunas y luego subía por las colinas rocosas mientras sus sombras se alargaban conforme descendía el sol de la tarde. La sombra fresca de las montañas se extendía hacia ellos, y una vez que los cubrió y el paisaje empezó a sumirse en la penumbra, las figuras se difuminaron gradualmente. Al poco rato, aparecieron pequeños puntos de luz a poca distancia del suelo y cada vez más cercanos. Cuando unos sonidos anunciaron al fin la llegada de los desconocidos, Sonea se lo comunicó a Osen y se levantó, preparándose para recibirlos.

Encabezaba la marcha una mujer que caminaba con la dignidad y la rigidez de un líder, lo que la hacía parecer más alta pese a que su estatura era similar a la de Sonea. Tenía unas facciones tan sachakanas que, por un instante, a Sonea se le heló la sangre. La frente ancha, los pómulos elevados y los ojos rasgados hacia arriba eran muy semejantes a los de los ichanis que habían invadido Kyralia. No obstante, aquellos hombres, y la única mujer que los acompañaba, eran de constitución más robusta, mientras que los Traidores eran más bajos y gráciles.

Si Sonea no estaba equivocada, la mujer que iba delante era Savara, la reina. Su atuendo no era distinto del de los otros miembros del grupo. Los doce llevaban

una mochila y ropa sencilla. «Ocho mujeres y cuatro hombres». Cuando los ojos de Sonea se clavaron en el hombre más alto, el corazón le dio un vuelco. «¡Lorkin!».

Él sonrió al verla. Ella resistió el impulso de correr a abrazarlo, pues temía que cualquier movimiento en dirección a los Traidores provocara una reacción defensiva. Además, tal vez a Lorkin no le haría gracia que ella le dispensara muestras de afecto excesivas delante de aquellas personas.

Así que se contuvo y se conformó con observarlo atentamente. «Parece sano y salvo, pero cansado». Por el modo en que miró a la joven que avanzaba a su lado antes de volverse de nuevo hacia Sonea, resultaba evidente que ella era Tyvara, la Traidora que le había salvado la vida; la mujer por la que él había accedido a permanecer recluido en Refugio.

«Es muy atractiva —pensó Sonea. La joven le sostuvo la mirada con una expresión curiosa y ligeramente calculadora—. Sin duda me está juzgando, como yo a ella. —Pero esto no fue lo único en su actitud que llamó la atención a Sonea. Más que seguridad en sí misma, era una determinación férrea—. Esa chica ha visto muchas más cosas que cualquier kyraliana de su edad. Apostaría a que también tiene más experiencia de la vida. Al fin y al cabo, se hacía pasar por esclava cuando salvó a Lorkin, y eso sin duda la obligaba a sobrellevar un dolor y una humillación considerables».

Sonea apartó la vista de Tyvara y la posó en la líder, que aflojó la marcha al dar los últimos pasos hacia Sonea y Regin. Cuando se detuvo, los demás se pararon detrás.

—¿Maga Negra Sonea? —preguntó, sonriéndole.

Sonea asintió.

—Sí.

—Soy Savara, reina de los Traidores. —Se volvió para presentar al resto del grupo. Ninguno de ellos tenía título. «Bueno, Lorkin ya comentó que trataban a todas las personas por igual, al menos en apariencia» —. No es necesario que le presente a su hijo, claro está —finalizó Savara—. Es un placer para mí hacer posible este reencuentro, y conocerla por fin.

—El gusto es mío, majestad —respondió Sonea. Señaló a Regin—. Os presento a lord Regin, mi ayudante.

Este inclinó la cabeza.

—Es un honor conocerlos a vos y a vuestro séquito, reina Savara. —Se llevó una mano al corazón. Savara arqueó las cejas y le dedicó a su vez una inclinación elegante de la cabeza.

—Sentémonos. —Indicó con un gesto la zona de terreno llano junto al arroyo —. Venimos de muy lejos y necesitamos descansar, comer y beber.

Se volvió hacia los demás y asintió. Algunos se dirigieron hacia el riachuelo. Sonea agradeció en silencio a Regin su idea de colocar de nuevo la gema en la

charca. Osen le había recomendado que no revelara su conocimiento sobre las piedras a menos que viera alguna ventaja en ello.

El grupo empezó a liberarse del peso de sus mochilas. Formaron un círculo en el que dejaron hueco para Sonea y Regin. Lorkin se sentó junto a Sonea, y Tyvara al otro lado de él. Alguien creó un globo de luz pequeño y lo dejó flotando en el centro del corro, muy cerca del suelo. Extrajeron comida y la colocaron en el medio. Se trataba de alimentos sencillos, aptos para viajes: un tipo de pan duro y plano, cecina, frutos secos y pastas de carne para el pan.

Sonea sacó lo que quedaba de los víveres que compartía con Regin —pachis, granos y alubias secas que debían hervirse en agua, especias, sumi y caramelos — y lo ofreció a los demás. Ellos los aceptaron sin dar las gracias de palabra, pero con gestos y sonrisas de agradecimiento. Observó con interés a uno de los hombres, que, tras depositar un disco de metal con una gema engarzada en el centro sobre una roca plana, tocaba la gema y colocaba encima una cacerola ancha llena de agua. Al poco rato, el agua rompió a hervir y él añadió los granos y las alubias. « Salta a la vista que los hombres no tienen prohibido hacer magia. Eso significa que la ley que los priva de aprender magia no es tan restrictiva como parece, aunque las mujeres son las únicas que pueden elaborar piedras. Me pregunto si ellos tienen que pedir permiso para usarlas» .

Una de las Traidoras examinaba la bolsa de hojas de sumi con desconcierto visible.

—Son para una bebida caliente —explicó Sonea—. Más tarde prepararé un poco.

—¿Es como la raka? —inquirió una de ellas.

Sonea negó con la cabeza.

—El concepto es el mismo, pero la planta es distinta. —La raka no figuraba entre las provisiones que les habían proporcionado en el Fuerte.

—Nosotros tenemos raka.

Ella irguió la espalda.

—¿De veras?

Savara soltó una risita.

—Es una bebida adecuada para las conversaciones. O para negociar.

Los platos pasaban de mano en mano y cada persona cogía una porción. Sonea condimentó las alubias y los granos cuando estaban cocidos. Los Traidores resultaron ser especialmente aficionados a las cosas dulces. Savara preparó una olla de raka, y le facilitaron unas tazas sorprendentemente pequeñas en las que servir la bebida. La que llegó a manos de Sonea solo estaba medio llena, pero en cuanto tomó un sorbo comprendió por qué. La raka era tan fuerte que tenía la consistencia de un jarabe, y después de beber unos tragos a Sonea le dio la sensación de que le zumbaban los oídos.

Conforme cada Traidor recibía su taza, se levantaba y se alejaba, hasta que

solo quedaba Savara. Era noche cerrada, y empezaron a aparecer más globos de luz a medida que los que marchaban se juntaban en grupos más pequeños a varios pasos de distancia. Savara se acercó para formar un círculo más reducido.

—Hemos llegado más tarde de lo previsto, y ustedes deben de estar ansiosos por regresar a Kyralia, así que comencemos sin más dilación. —Miró a Lorkin—. Nuestra difunta reina, Zarala, expresó su deseo de que Lorkin oficiara hoy de negociador. ¿Están ustedes de acuerdo?

Sonea se volvió hacia su hijo, que parecía estar reprimiendo una sonrisa.

—Sí, majestad. Yo me pondré el anillo de sangre de lord Osen, administrador del Gremio. ¿Supone eso un inconveniente para vos?

—No. —Savara fijó la mirada en Lorkin—. Adelante, lord Lorkin.

Sonea se puso el anillo de Osen.

¿Osen?

Sonea.

Estamos a punto de iniciar las negociaciones.

Lorkin respiró hondo.

—La reina Zarala me pidió que organizara una reunión entre los Traidores y las Tierras Aliadas, con el fin de negociar una alianza.

Sonea asintió.

—¿De qué clase de alianza estamos hablando? ¿Desean los Traidores incorporarse a las Tierras Aliadas? Eso requiere someterse a varias normas básicas estipuladas, unas de ellas generales y otras específicas de cada país.

—¿Cuáles son las normas básicas? —inquirió Savara.

—No cometer actos de agresión contra otros países de la alianza. Acatar una serie de leyes relativas al comercio, las actividades delictivas y la magia. Ofrecer apoyo militar en defensa de las Tierras Aliadas. Prohibir la esclavitud.

—Aceptamos la primera y la última sin reservas. —Savara apretó los labios—. ¿Cuáles son esas leyes que ha mencionado?

Sonea las enumeró con la ayuda de Osen. Savara escuchaba, asintiendo de cuando en cuando. Cuando Sonea terminó, la reina entrelazó los dedos.

—Algunas de las leyes son similares a las nuestras, otras no. Lo que tal vez parezca inaceptable a mi pueblo es el control que ejercen ustedes sobre los magos, y en especial sus restricciones del conocimiento y el uso de la magia superior.

—Vosotros también tenéis restricciones con las que nosotros no estaríamos de acuerdo. Según creo, no enseñáis magia a los hombres, a menos que sean natos.

—Así es, pero las restricciones basadas en el sexo de las personas no son ajenas a la alianza. El pueblo lonmariano solo enseña magia a los hombres. Si la alianza respeta sus tradiciones, ¿por qué no habría de respetar las nuestras?

—Es probable que lo haga. La magia negra, por otro lado, es un tema más complicado.



Savara sonrió y señaló a Sonea.

—Y sin embargo hay magos negros en el Gremio.

—Solo los que consideramos necesarios para nuestra defensa.

La reina adoptó una expresión seria.

—¿Creen de verdad que tres son suficientes?

Sonea le sostuvo la mirada. No era un buen momento para manifestar dudas.

—Sí.

Las cejas de Savara se elevaron.

—Espero que nunca se produzca una situación que ponga a prueba su afirmación. Mi pueblo no está tan dispuesto a dejar su seguridad en manos de unos pocos. No suscribiremos una alianza que nos exija que dejemos de enseñar magia superior a nuestras hijas.

—Contábamos con ello. —Sonea sonrió cuando la reina la miró intrigada—. Estamos dispuestos a negociar una excepción para el caso de los Traidores, con condiciones.

—¿De qué condiciones se trata?

—No habéis opuesto reparos a nuestra ley que obliga a todos los magos a formarse en el Gremio —observó Sonea.

—No —respondió Savara con aire divertido—. Sería una insensatez rechazar una oportunidad así.

—La condición es la siguiente: que vuestras magas no sean iniciadas en la magia negra hasta después de graduarse, y que esta enseñanza la lleven a cabo Traidores, en Sachaka.

Una arruga pequeña apareció en el entrecejo de Savara. Ella asintió despacio.

—Eso podría ser aceptable.

—Naturalmente, si el rey Amakira se entera de que hemos llegado a un acuerdo, nos pondrá obstáculos a unos y a otros. Intentará impedir que vuestras aprendices lleguen a Kyralia.

Savara agitó la mano, como restando importancia al asunto.

—Oh, eso no supondrá un problema.

—Una vez que entraran en Kyralia, resultaría más difícil encubrir las. Podríamos disfrazarlas de elyneas.

—No será necesario.

Parece demasiado segura, observó Osen.

En efecto.

—Tal vez creáis que como el rey Amakira ignora dónde está Refugio, no representa una amenaza para vosotros, pero si queréis que las jóvenes que nos enviéis para que las adiestremos estén a salvo, será mejor que no olvidéis que él sí sabe dónde está Imardin —advirtió Sonea.

Savara sonrió.

—No hará falta mantenerlo todo en secreto. Para cuando estemos preparados para enviar magas al Gremio, si decidimos enviarlas, el rey Amakira y los ashakis habrán dejado de ser un problema.

Sonea oyó que Regin inspiraba con brusquedad y cayó en la cuenta de que se había quedado mirando a la reina. Sintió un escalofrío seguido de una punzada de temor.

¡Planean atacar a los ashakis!, exclamó Osen.

Savara se inclinó hacia delante.

—Según dice, la alianza incluiría apoyo militar en defensa de las Tierras Aliadas. Deduzco que el apoyo militar para una acción ofensiva es una cuestión muy distinta. Por otro lado, ustedes son enemigos del Imperio sachakano desde antiguo. Por tanto, invito a las Tierras Aliadas a unirse a nuestra campaña para liberar Sachaka de los ashakis y de la esclavitud. Aunque no puedan aportar a muchos combatientes, pues pocos de ustedes aprenden magia superior, su energía y sus habilidades de sanación nos serían muy valiosas. —Se reclinó hacia atrás—. ¿Nos ayudarán?

## Una revelación

Lorkin observaba a su madre con atención. Aunque ella mantenía los ojos vueltos hacia Savara, no parecía estar mirando a la reina, sino algún punto situado detrás de ella. Él bajó la vista hacia el anillo que ella llevaba en el dedo. Además, reparó en otro anillo que no había visto antes. También tenía una piedra incrustada, pero el engaste era decorativo, lo que parecía indicar que solo se trataba de una joya de adorno.

—Necesitamos tiempo para discutirlo —dijo Sonea—. Hay muchos monarcas con los que tenemos que ponernos en contacto.

Savara asintió.

—Tienen hasta mañana por la noche. Les daría más tiempo, pero mi gente corre peligro cuando está fuera de Refugio. Sé que me comporto como si no pudiéramos perder, pero es inútil hablar de una relación futura basada en la situación actual.

—¿No existe la posibilidad de una relación futura si perdéis?

La expresión de la reina se tornó sombría.

—Tal vez una muy remota. Si perdemos, los ashakis seguramente averiguarán la ubicación de Refugio. Sin Refugio, nos quedaremos sin alimentos, sin un lugar donde resguardarnos y, temporalmente, sin cuevas donde cultivar gemas. Estaremos más preocupados por sobrevivir y recuperar lo perdido que por establecer un pacto con las Tierras Aliadas.

Sonea tenía el ceño fruncido.

—Eso dejaría las cuevas en manos de los ashakis. ¿Podrían empezar a cultivar sus propias piedras?

—Con el tiempo podrían descubrir el sistema para hacerlo. Es más probable que capturen a una de nosotras y la obliguen a enseñárselo, aunque para conocer todas nuestras técnicas necesitarían a más de una Traidora, incluso más de un puñado. Hemos evitado que cada una de las pedreras aprenda a elaborar todas las clases de piedras, y en vez de ello hemos repartido los secretos entre muchas.

Los ashakis se volverían más o menos peligrosos en función del número de Traidoras que consiguieran apresar.

Cuando las dos mujeres se sumieron en un silencio pensativo, Lorkin se aclaró la garganta.

—Pierdan o ganen los Traidores, un intercambio de conocimientos entre el Gremio y ellos sería beneficioso.

Savara posó la mirada en él, con cara de disculpa.

—Pero ese intercambio ya se ha producido.

—Solo en parte. —Lorkin se encogió de hombros—. Como la elaboración de gemas, la sanación mágica es un campo demasiado amplio para asimilarlo con una lectura mental breve. Aunque con el tiempo profundizaréis lo que sabéis, cometeréis errores por el camino. Como en la elaboración de piedras, los errores pueden ser peligrosos. Es mejor recibir formación de quien ya domina el arte.

Su madre tenía el entrecejo arrugado.

—¿Ya conocen la sanación mágica? —le preguntó.

Savara suspiró.

—Sí. Una de nosotras desobedeció la ley y robó ese conocimiento de la mente de Lorkin. Ha sido castigada, y para compensar a Lorkin, la reina Zarala decretó que se le enseñaran las técnicas de elaboración de piedras.

Lorkin escrutó a su madre. Una gama de expresiones cruzó su rostro: conmoción, ira y gratitud. Ella le dirigió una mirada reflexiva. Él se concentró en su presencia, preguntándose si podría volver a percibir pensamientos superficiales. Una leve y lejana sensación de orgullo rozó sus sentidos, pero tal vez fueran imaginaciones suyas. Al menos no era desaprobación o desilusión. «Por ahora. No sabe en qué consiste la elaboración de piedras».

—En fin... —dijo Sonea—. Una de vosotras ya tiene nociones de sanación mágica, y uno de los míos posee más o menos el mismo nivel de conocimientos sobre la elaboración de piedras. Pero, como dice Lorkin, eso no es comparable a una instrucción completa impartida por un profesor con muchos años de experiencia. Seguimos teniendo algo valioso que ofreceremos.

—Con una salvedad —la interrumpió Lorkin. Ella se volvió hacia él con el semblante sereno—. No son cosas igual de valiosas.

Savara arqueó las cejas ligeramente.

—¿Cuál es más valiosa?

—La sanación —respondió Lorkin.

—¿Y eso por qué?

—Para ser sanador solo hacen falta conocimientos y magia —explicó Lorkin—. Los magos pedreros necesitan además cuevas de piedras.

—¿Qué son exactamente? —quiso saber su madre.

—Cavernas donde las piedras cristalinas se forman de manera natural. Se asignan tareas mágicas a las gemas conforme crecen. Que yo sepa, no hay

cuevas así en las Tierras Aliadas. —Extendió las manos a los costados—. Tampoco es que haya intentado encontrarlas. Quizá si buscamos demos con alguna. Pero mientras no dispongamos de cuevas propias, no podremos aplicar los conocimientos sobre la elaboración de piedras.

—Los alquimistas podrían encontrar otra manera de hacerlas —señaló Regin—. Ya fabrican ciertos tipos de cristales. Quizá se les podría aplicar la magia que se usa en la elaboración de piedras.

Un brillo de interés asomó a los ojos de Savara.

—¿De verdad los fabrican? —Sus labios se torcieron en una sonrisa—. Ah, pero hay otro problema. Tendrían que relajar las leyes del Gremio relativas a la magia superior, pues es necesaria para la elaboración de piedras. Es posible que los magos negros con los que cuentan tampoco sean aptos para la tarea. Requiere un alto grado de concentración y de paciencia que no todo el mundo es capaz de alcanzar, y consumirá más atención de la aconsejable por parte de quienes tendrían que defender su país en caso necesario. Además, solo podrían producir un puñado de piedras al año.

Lorkin aguantó la respiración cuando su madre clavó la vista en él. El sentimiento de culpa y el miedo se apoderaron de él, pero hizo un esfuerzo por mirarla a los ojos sin arredrarse. Ella devolvió rápidamente la mirada a Savara, con semblante indiferente, ocultando sus emociones tras una falsa tranquilidad.

—Entiendo —dijo—. Eso hace que el intercambio sea un poco más... costoso para nosotros que para vosotros.

Lord Regin también se había vuelto hacia Lorkin, pero no apartaba la vista de él. Aunque tenía los párpados entornados, su expresión era más pensativa que de reproche. Lorkin experimentó una irritación perversa ante la ausencia de sorpresa en la cara del hombre.

—Entonces tal vez podríamos ofrecer piedras a cambio de sanación —propuso Savara—. Sus sanadores trabajarían para nosotros, y nosotros pagaríamos al Gremio con gemas.

Lorkin extendió sus sentidos e intentó de nuevo escuchar los pensamientos superficiales de su madre. Lo que percibió, sin embargo, era demasiado impropio de ella. Debía de ser producto de su imaginación. Por otro lado... también era raro que él imaginara a su madre soltando en su fuero interno semejante retahíla de palabrotas.

—Estarán a salvo —aseguró Savara en respuesta a lo que le habían preguntado mientras Lorkin estaba distraído—. La persona que agredió a Lorkin lo hizo movida por un deseo que comparte mucha de mi gente, el de llevar la sanación a Refugio. Pero pocos se valdrían de medios ilegales para conseguirlo. Contratar los servicios de sanadores sería otra solución. ¿Le ha hablado Lorkin de la promesa que hizo Akkarin?

—Sí. Akkarin nunca me la mencionó.

—Era un acuerdo secreto en gran parte. La reina Zarala también dio su palabra de hacer algo que nunca llevó a cabo, aunque dedicó sus esfuerzos a ello durante toda su vida.

Lorkin miró a Savara y recordó que su predecesora había aludido a dicha promesa. «Nunca conseguí cumplir una de las cosas a las que me comprometí. Al igual que él, me enfrentaba a una situación más difícil de resolver de lo que esperaba».

—¿Qué prometió? —preguntó su madre.

Savara adoptó una expresión grave antes de contestar.

—Hacer lo que el Gremio no pudo hacer hace siete siglos: destruir a los ashakis y acabar con la esclavitud en Sachaka.

Cuando Tayend entró en la sala maestra, Dannyl frunció el ceño.

—Es posible que Achatí quiera hablar conmigo a solas.

—Lástima. Nos guste o no, los actos del rey influyen en las relaciones de Sachaka con todas las Tierras Aliadas —dijo el elyneo—. Embajador —añadió, para recalcar su derecho a estar allí.

Dannyl suspiró.

—Por supuesto. —Sin embargo, su resistencia se debía sobre todo a la fuerza de la costumbre. En el fondo, se alegraba de contar con la compañía de su ex amante. El hecho de tener una causa común, de trabajar codo con codo y de que Tayend viera ahora a Achatí con buenos ojos había cambiado la situación. Ya no estaban enfrentados. El rencor por su separación se había desvanecido, o al menos empezaba a quedar atrás. Dannyl tenía la sensación de que podía referirse a Tayend como un amigo sin que esto supusiera un insulto.

Por otro lado, que el elyneo estuviera allí garantizaría la formalidad de la reunión, lo que haría que resultara más fácil para Dannyl disimular sus sentimientos íntimos hacia Achatí. «Como el de haber sido traicionado. No obstante, sabemos que Achatí sacó a Lorkin de Arvice», se recordó a sí mismo.

—Lorkin está con Sonea —murmuró—. Estaba comunicándome con Osen cuando Kai me avisó de la llegada de Achatí.

Tayend enarcó las cejas.

—Buena noticia.

Al oír un sonido procedente del pasillo, se volvieron hacia el visitante. Tav, el esclavo portero, fue el primero en aparecer y se arrojó al suelo. Achatí entró tras él, sonriente.

—Bienvenido, ashaki Achatí —dijo Dannyl—. Como siempre, pareces inmune a la desaprobación en la que incurre quien se relaciona con la Casa del Gremio.

Achatí extendió las manos a los lados.

—Es una ventaja de mi posición, embajador Dannyl. —Dirigió una

inclinación de cabeza a Tayend—. Embajador Tayend. Me complace visitar la Casa del Gremio en circunstancias más agradables que las de nuestro último encuentro.

—Si te refieres a la presencia de espías del rey, me temo que las circunstancias son muy parecidas.

Achati asintió con ademán comprensivo.

—El rey tiene muchos menos escrúpulos sobre estas cosas de lo que esperabais.

—En general se considera de buena educación fingir al menos que uno no espía a los demás, aunque sea obvio que sí lo hace.

Achati sacudió la cabeza.

—¿De veras? Los kyralianos tenéis un concepto extraño de la buena educación. Pero no he venido a hablar de eso.

Dannyl cruzó los brazos.

—Entonces, ¿de qué?

—He venido a explicarte por qué le hablé al monarca de mi participación en la fuga de Lorkin.

—Creo que ya lo hemos adivinado —le dijo Tayend—. Lo viste como una oportunidad de obtener información de Lorkin.

Achati hizo un gesto afirmativo.

—Y sin necesidad de recurrir al secuestro, el encarcelamiento o algo peor. Sin embargo, me arriesgué a que él no mantuviera su palabra. Al rey le pareció una imprudencia por mi parte, pero al final lo persuadí de que era la mejor medida posible. —Se acercó unos pasos—. Sabéis que todo lo que haga en contra de la voluntad del soberano saldrá a la luz tarde o temprano.

Dannyl asintió.

—Cuando volvieras a ponerte su anillo de sangre.

—Así es. La iniciativa es una cuestión complicada para un rey. ¿Dónde termina y dónde empieza la desobediencia? Siempre existe el peligro de que la certeza sobre lo que el rey necesita se interprete como una elucubración sobre lo que el rey quiere.

—¿Obtuvo el rey lo que quería?

Achati alzó los hombros.

—No. Obtuvo lo que necesitaba. No todo lo que Lorkin sabía, pero lo suficiente.

—¿Lorkin delató a los Traidores? —Tayend meneó la cabeza con incredulidad.

—Me parece que desde su punto de vista, no —repuso Achati con una leve sonrisa—. Creyó que nos había engañado, pero nos reveló mucho más de lo que imaginaba.

—¿Qué dijo? —Dannyl no contaba con que el ashaki respondiera a su

pregunta. Si la información era tan importante como para que el rey dejara en libertad a Lorkin...

—Nos desveló dónde está la base de los Traidores, tal como prometió.

Tayend entornó los ojos.

—¿Dio una indicación vaga, como « en las montañas » ?

—No. Dijo « en Sachaka » .

Tayend se volvió hacia Dannyl con expresión ceñuda, ante la mirada expectante de Achatí. Dannyl fijó los ojos en el elyneo y asintió en señal de que lo había entendido.

—Reveló que los Traidores consideran que el país entero es su patria por derecho —declaró—, lo que significa que no planean permanecer en la clandestinidad o convertirse en un pueblo independiente. —Posó la vista en Achatí—. Albergan la esperanza de gobernar Sachaka algún día.

—Ah —dijo Tayend—, pero podrían tardar años en conseguirlo. Y es posible que nunca triunfen.

—No triunfarán —aseveró Achatí con firmeza—. No puede haber tantos Traidores en las montañas como sachakanos en las tierras bajas. Nuestra superioridad numérica es aplastante. Por eso acostumbran a interferir en nuestros asuntos valiéndose del espionaje y los asesinatos. —Su expresión se tornó seria—. Y por eso nosotros tenemos espías por todas partes, incluida la Casa del Gremio, aunque aquí había pocos antes del secuestro de Lorkin, porque no pensábamos que los Traidores estuvieran interesados en los kyralianos.

Dannyl arrugó el entrecejo ante esta admisión sin ambages de que tenían espías en la Casa del Gremio.

—Están aquí para protegeros —le aseguró Achatí—. Lo de Lorkin era una cuestión distinta, claro está, pero eso ya ha pasado. El rey no os desea ningún mal. Quiere que haya buenas relaciones entre las Tierras Aliadas y Sachaka. Yo también, pues disfruto de vuestra compañía. —Desplazó la vista de Dannyl a Tayend para dejar claro que se refería a ambos—. Os considero mis amigos.

Tayend miró a Dannyl. Arqueó las cejas ligeramente y las bajó de nuevo, sonriendo. Había un brillo de picardía en sus ojos. Se volvió de nuevo hacia Achatí.

—Muy bien, pues —dijo—. ¿Te gustaría quedarte para tomar una copa? No sé si Dannyl estará de acuerdo, pero a mí me gustaría saber más sobre vuestros planes para frustrar un alzamiento de los Traidores.

Dannyl, sorprendido, solo pudo asentir para indicar que la idea le parecía bien. ¿Qué tramaba Tayend? ¿Quería recabar información, encontrar fallos en la versión de Achatí o poner a prueba su declaración de amistad?

Aunque Dannyl sabía que debía hacer lo mismo, lo cierto es que la idea no lo entusiasmaba. « Las cosas eran más fáciles cuando no necesitaba confiar en Achatí ». Por otro lado, tenía que reconocer que esto solo aumentaba su



admiración hacia Achatí, por la habilidad con que había influido en ellos, Lorkin, Dannyl, Tayend y el rey de Sachaka, para llegar a una solución, si no satisfactoria, al menos aceptable para todos.

La arquitectura era una materia que estudiaban todos los aprendices, aunque a la mayoría de ellos solo se les enseñaban los rudimentos. A Lilia siempre le había parecido una palabra grandilocuente para designar lo que en general era una tarea sencilla y de escaso interés para los magos. Pocos de ellos diseñaban edificios, y desde la Invasión ichani, la popularidad de las construcciones que se mantenían en pie gracias a la magia había disminuido. Gran parte de los magos solo ponía en práctica lo que habían aprendido en las clases de arquitectura para reformar estructuras de manera segura o acelerar la edificación de las nuevas.

Ambas operaciones requerían conocimientos de las técnicas de construcción no mágicas. No tenía sentido elevar los materiales para los muros y los tejados para colocarlos en su sitio si después todo se venía abajo debido a la falta de nociones estructurales básicas. Un mago podía encontrarse en la circunstancia de tener que ocuparse de un edificio que amenazaba ruina, por lo que era necesario que conociera la mejor manera de apuntalarlo.

Lilia habría apostado a que ningún mago había trabajado en cámaras subterráneas secretas desde hacía mucho tiempo. Las paredes que Cery quería que reforzara eran de ladrillo, no de mampostería. Sin una capa de argamasa entre ellos, no quedaban ajustados unos con otros como las piedras. Además, a diferencia de estas, no poseían la propiedad de impregnarse de magia. Los sillares perdían la magia poco a poco, mientras que en los ladrillos esta se disipaba con rapidez. La única opción de Lilia era crear una barrera superpuesta a la superficie de los ladrillos para sostenerlos.

Invocó magia, creó con ella una cúpula de fuerza, la expandió hasta que topó con las paredes y la moldeó de forma que se adaptara a los rincones. Hizo agujeros para la puerta original y la abertura que había practicado para comunicar con la habitación contigua.

—Tendré que mantener esta barrera activada en todo momento, al igual que el escudo que bloquea el pasadizo —dijo—. No será muy difícil mientras esté cerca. Es lo bastante fuerte para evitar un derrumbe, pero no resistirá un ataque mágico. Si aumenta la presión sobre ella desde arriba o se produce un impacto desde abajo, seguramente lo percibiré. —Suspiró y meneó la cabeza—. Menos mal que Kallen ha estado enseñándome a absorber energía y que yo no he estado utilizándola en las prácticas de combate. Esto reducirá mis reservas de magia.

Cery asintió.

—Gracias. Una vez más.

Su gratitud solo hizo que a Lilia se le formara un nudo de ansiedad en el

estómago.

—Está claro que te preocupa que Skellin se las arregle para llegar aquí antes de que el Gremio esté preparado para ayudar.

—Sí. Si Skellin nos encuentra antes de que estemos listos para poner en marcha la trampa y no quiere exponerse a que tú o algún otro mago estéis cerca, es posible que haga caer el techo sobre nosotros y huya.

Ella se estremeció al imaginar a Anyi asfixiándose bajo los ladrillos y el polvo. Le costaría dormir sabiendo que sus amigos podían morir si alguien lanzaba un ataque contra la barrera y ella no lo percibía.

—Si capto algo fuera de lo normal en las barreras, vendré lo más deprisa posible —afirmó.

Cery asintió.

—Si detectamos algún otro indicio de que alguien ha entrado en los pasadizos, Anyi irá a buscarte a tu habitación. O se lo pedirá a Jonna. ¿Con qué frecuencia va allí?

—Varias veces al día. ¿Le doy instrucciones de que me visite más a menudo?

—Tal vez sería aconsejable.

Lilia movió la cabeza arriba y abajo.

—¿Algo más?

—Eso es todo. —Cery miró a Gol y a Anyi, que hizo un gesto afirmativo.

—Entonces será mejor que regrese —les dijo Lilia—. Tengo que estudiar.

—Te acompaño a la habitación —se ofreció Anyi.

—No la distraigas demasiado —le indicó Cery a su hija, y la comisura de sus labios se curvó ligeramente hacia arriba.

Anyi puso los ojos en blanco antes de volverse para marcharse. Le hizo una seña a Lilia para que la siguiera y la guio en dirección a los alojamientos de los magos.

—A veces desearía que él no supiera lo nuestro —murmuró.

—Pero es de agradecer que no le parezca mal —le recordó Lilia.

—Ya. —Anyi se encogió de hombros y sonrió de mala gana.

—Bueno, ¿por qué querías que me fuera temprano hoy?

Anyi miró hacia atrás.

—Te lo diré cuando lleguemos.

Como de costumbre, el ascenso por la pared hacia el panel situado detrás de la sala de invitados de Sonea resultó muy incómodo en aquel espacio reducido. Lilia subió primero y elevó con magia la caja lacada en la que siempre llevaba comida. Anyi trepó después. Ambas se quitaron el polvo de sus vestimentas.

—Mi pobre y viejo abrigo —se lamentó Anyi, examinando las raspaduras en la piel.

Lilia bajó la vista hacia su ropa.

—Será mejor que me cambie. —Dio un paso hacia su habitación.

Sonaron unos golpes en la puerta. Las dos intercambiaron miradas de consternación.

—No es Jonna —dijo Lilia—. Ella no llama así.

—Ponte tu túnica —le indicó Anyi—. Yo los entretendré.

Lilia se dirigió a toda prisa hacia su dormitorio y se enfundó la túnica a la carrera. Le dio la impresión de que cuanto más deprisa intentaba ponérsela, más se enredaba con ella. Oía voces procedentes de la sala de invitados, pero Anyi no parecía alarmada.

Finalmente consiguió vestirse. Abrió la puerta, echó un vistazo hacia fuera y suspiró, aliviada.

—Lord Rothen —dijo ella, dedicando una reverencia al anciano mago.

Una expresión extraña de incomodidad asomó al rostro de Anyi cuando cayó en la cuenta de que había olvidado realizar el gesto de respeto, y se inclinó rápidamente y con torpeza. Esto pareció divertir a Rothen.

—He venido a ver cómo estás, Lilia —dijo—. Me he pasado por aquí otras noches, pero no te he encontrado.

—Ah. Lo siento. —Lilia extendió las manos en un ademán de impotencia.

—Intuyo que sé dónde has estado, pero no te preocupes: guardaré tu secreto. Sonea me habló de las visitas de Cery. —Sonrió a Anyi antes de posar de nuevo los ojos en Lilia con el semblante serio—. ¿Y bien? ¿Cómo estás?

—Pues... —Lilia señaló una silla—. Siéntese, por favor. ¿Quiere un poco de sumi?

—Sí, gracias. —Tomó asiento, y Anyi ocupó una de las otras sillas.

—Estoy... bien —respondió Lilia, levantando con magia el juego de sumi y haciéndolo flotar hacia la mesa. Luego se acordó de algo y acercó el polvo de raka. Se sentó y se puso a preparar las bebidas—. ¿Sabe que Cery está escondido?

Rothen asintió.

—Es lo que nos ha dicho Kallen.

«Nos» —pensó Lilia—. «Supongo que se refiere a todos los magos superiores».

—Pues... estoy preocupada por él. —Le pasó a Rothen una taza humeante—. Y por Anyi. —«También por Gol, pero él tal vez no sepa de su existencia».

—Es comprensible. —Rothen tenía el ceño fruncido. Miró a Anyi—. ¿Está a salvo?

Anyi se encogió de hombros.

—Por ahora, sí, pero no sabemos cuánto tiempo podemos quedarnos allí sin que nos descubran. —Sacudió la cabeza—. Podrían encontrarnos esta noche, o nunca.

Lilia le alargó una taza de raka, haciendo una mueca ante el olor tan fuerte que despedía, y sirvió a Rothen un poco más de sumi.

—En fin, si hay algo que podamos hacer para ayudarlos a permanecer

ocultos, avísame.

Tras vacilar por unos instantes, Anyi movió la cabeza afirmativamente.

—Gracias.

El mago anciano tomó un sorbo de sumi y se dirigió otra vez a Lilia.

—¿Cómo van tus estudios?

Ahora fue ella quien vaciló. ¿Debía ser sincera o intentar retrasar lo inevitable?

Rothen soltó una risita.

—Al parecer eres consciente de lo atrasada que vas. También he venido para decirte que hemos decidido dejar que faltes a algunas clases. Ya tendrás tiempo para completar tus estudios; tal vez podrás graduarte medio año más tarde. Las clases de Kallen te han dado más trabajo, y tenías mucho que recuperar tras tus meses de ausencia. Más vale que aprendas bien a que te ciñas al calendario establecido.

Al principio, Lilia solo sintió alivio. « Pero me faltará medio año más para graduarme » . Este pensamiento le ocasionó desilusión y cansancio. Por otro lado, menos horas de estudio implicaban más horas con Anyi. Asintió despacio.

—Gracias.

Rothen sonrió de nuevo.

—No olvides que puedes hablar conmigo en cualquier momento, incluso cuando Sonea esté aquí. Haré cuanto esté en mi mano para ayudarte.

Ella asintió.

—Gracias, lord Rothen.

Se quedaron callados, bebiendo sus respectivas infusiones. Lilia preguntó al mago si tenía noticias de Sonea. Él contestó que se había reencontrado con Lorkin. « Eso es bueno. Significa que ella regresará pronto » .

Cuando se terminaron sus bebidas, Rothen se puso de pie y se excusó. Lilia se levantó para acompañarlo a la puerta. Una vez que él se marchó, la joven se volvió y advirtió que Anyi estaba sentada con la cabeza entre las manos.

—¿Qué te ocurre?

Anyi suspiró. Cuando alzó la cara, Lilia vio que tenía unas sombras oscuras bajo los ojos.

—¿Podrías preguntarle a Kallen si el Gremio dejaría que Cery se escondiese aquí? Siempre hemos dado por sentado que sí, pero lo hemos evitado porque..., bueno, por orgullo. Es de locos. Debería intentar convencer a Cery de que suba aquí.

—Puedo preguntárselo mañana..., a menos que quieras que lo haga esta noche.

Anyi negó con la cabeza.

—Mañana está bien. Persuadir a Cery me llevará un tiempo.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que Skellin aparezca antes de que el Gremio

esté preparado para prestarnos su apoyo?

Anyi arrugó el entrecejo.

—De que Cery cometa una estupidez. La trampa que está planeando... No sé si pretende esperar a Kallen o no.

—Aunque Kallen está enseñándome a fortalecerme, no cree que yo sea lo bastante poderosa para hacer frente a Skellin sola, ¿verdad?

—No, él no se había enterado de eso hasta hoy. Inició los preparativos antes.

Lilia sintió una punzada de compasión. Si a Anyi, que estaba harta de vivir bajo tierra, le preocupaba que su padre estuviera demasiado impaciente, las cosas debían de estar poniéndose muy tensas allí abajo.

Extendió los brazos y atrajo a Anyi hacia sí.

—Hablaré con él. Convenceré al Gremio. Tú convence a Cery. Y si uno u otro no atiende a razones, tendremos que encontrar una manera de engañarlos.

## Decisiones

El cielo nocturno estaba despejado, y la luna brillaba con fuerza en lo alto. Cery exhaló un suspiro de alivio. Aunque aquella claridad aumentaba el peligro de que alguien los viera, también facilitaba su avance por el bosque. Ni Gol, ni Anyi ni él estaban acostumbrados a moverse entre los árboles y la vegetación.

Pese a que Lilia había logrado proporcionarles casi todo lo que necesitaban, gracias a Jonna, algunos artículos le habían resultado imposibles de conseguir. Ya habían regresado dos veces a la granja a recoger más sillas, arpillera y paja para confeccionar colchones. Esta noche iban en busca de objetos más prácticos.

—Un cubo o una tina, y más sacos. ¿Algo más? —preguntó Anyi.

—No —le dijo Cery—. No busques más cosas que llevarte solo para aprovechar que estás allí.

Mientras ella se alejaba entre la espesura, él se volvió hacia Gol.

—Ten cuidado. No intentes hacer otra cosa.

Gol asintió. Cery siguió con la mirada a su amigo mientras caminaba dando traspies entre los árboles en la dirección contraria, y se estremeció cuando el chasquido de una rama resonó en el bosque. « Si Anyi lo oye... Bueno, él puede alegar la misma excusa que yo le daré cuando regrese y vea que Gol no está: que ha ido a investigar la mejor manera de burlar a los perseguidores si algún día tenemos que huir por aquí» .

Cery retrocedió hacia el agujero, recogió su farol y bajó de nuevo hacia el túnel. Anyi había insistido en que bastaba con que uno de ellos se colara en la granja. Él se había mostrado de acuerdo, pero solo porque quería comprobar cómo iban los experimentos del Gremio con la craña.

« Aunque tal vez los cambiaron de lugar después de que Lilia les revelara que los habíamos descubierto» .

Encontró las raíces que colgaban y las apartó a un lado. Enfiló el túnel, intentando no hacer ruido al andar conforme se aproximaba a la puerta de la bodega secreta. Todo parecía estar tal como lo había dejado. Se inclinó hacia la

mirilla y no vio más que oscuridad. Por un momento, fue incapaz de desterrar de su mente la idea de que había magos aguardando al otro lado y la mirilla permanecía tapada con una tela negra para que pareciera que la habitación no estaba iluminada. Aplicó la oreja a la puerta y escuchó durante un rato. Todo estaba en silencio.

Bajó la tapa del farol hasta que solo salía luz por una pequeña rendija. Abrió la puerta lentamente. Un aire húmedo que olía a moho surgió de la habitación, junto con el eco del chirrido de las bisagras. Cery levantó la tapa de la lámpara. La luz inundó la bodega vacía. Vio las mismas mesas en los mismos sitios en que se encontraban la última vez. Entró y caminó hacia ellas. Estaban cubiertas de recipientes pequeños. Se percató de que había menos de la mitad que antes. Alguien había barrido polvo y trozos de tientos rotos hasta formar un montoncito a un lado. Algunas de las macetas parecían quemadas. Cuando las estudió con atención, descubrió que las que estaban sobre la mesa estaban chamuscadas por un lado, al igual que la mesa. Con el ceño fruncido, se acercó más. Las macetas solo contenían tierra.

«¿O tal vez no?». Se inclinó hacia ellas. Unos brotes diminutos sobresalían de la tierra.

Cery sonrió. «Crecen deprisa, estas plantitas —se dijo. Luego sacudió la cabeza—. Nunca imaginé que pensaría eso sobre la craña».

Regresó a la entrada secreta, salió de nuevo al túnel y cerró la puerta tras de sí. Se encaminó hacia la red principal de pasadizos, pero en vez de volver a la cámara en que vivían ahora, comprobó que la galería que conducía al Camino de los Ladrones continuara bloqueada por el escudo de Lilia.

Para cuando llegó a su habitación nueva, supuso que era lo bastante tarde para que Anyi hubiera regresado antes que él. Sin embargo, ella no estaba allí. Cery se sentó a esperarla. Al poco rato notó que la ansiedad se apoderaba de él. En aquel lugar costaba calcular el paso del tiempo. Resultaba demasiado fácil imaginar que habían transcurrido horas, que le había sucedido algo a su hija.

«Al menos, si alguien la descubre, seguramente será un criado de la granja o un mago. Ni uno ni otro le harán daño».

Le vino a la memoria un viejo recuerdo de una Sonea mucho más joven, de pie en una plaza de la ciudad, con la vista fija en el cuerpo quemado de un joven. Los magos podían cometer errores.

«Lo hicieron solo porque pensaban que los atacaban. Anyi es una joven que va sola y, a diferencia de Sonea, no posee poderes mágicos».

No obstante, el corazón le latía demasiado deprisa, lo que le ocasionaba un dolor cada vez más intenso.

«Anyi es espabilada —se dijo—. No dejará que la apresen».

Pero si la apresaban, se negaría a revelar el paradero de Cery. La echarían del Gremio, a la ciudad. Donde Skellin aguardaba...

«Basta —se reprendió, frotándose el pecho—. Es inútil preocuparse por algo hasta que...».

Le llegó un sonido procedente del exterior de la habitación. Se le heló la sangre. Contuvo la respiración y aguzó el oído. Solo percibió el silencio. Justo cuando había llegado a la conclusión de que se lo había imaginado, oyó un roce muy leve. Se levantó, convencido de que alguien se aproximaba a la cámara esforzándose por pasar inadvertido. ¿Habían capturado a Gol en cuanto había puesto un pie en la ciudad? ¿Le había arrancado Skellin por medio de la tortura la información sobre dónde estaba Cery?

Miró en torno a sí. «Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de tender la trampa. ¿Qué hago?» . Se volvió hacia la abertura de la habitación contigua. Su vía de escape.

Entonces cinco golpes resonaron en el pasadizo. «La señal». Suspiró y se dejó caer en la silla, tan aliviado que estuvo a punto de olvidar que debía responder golpeando una caja. Unas pisadas se acercaron, y una luz iluminó la pared del pasillo, moviéndose de un modo que recordaba la forma de andar de Anyi. Ella se asomó por detrás de una esquina, desplegó una gran sonrisa y entró, cargada con dos cubos.

—¿Dónde está Gol? —preguntó mientras los dejaba en el suelo.

—Explorando el bosque, por si tenemos que huir por allí. ¿Qué es eso? —Echó una ojeada a los cubos, que contenían algo más que arpillera.

—Fruta. Me ha parecido un desperdicio no coger un poco ya que ellos se habían encargado de la recolección.

—Te he dicho que no te llevaras nada más.

—Sí, bueno, ya sabes lo obediente que soy. Y el apetito que tengo.

Él alzó la mirada hacia ella y entornó los párpados.

—Has dicho que no te gustaba la fruta.

Ella apartó los ojos.

—He dicho que no me gusta la mayor parte de las frutas. —Se sentó y bostezó.

—Mentirosa.

—¿Quieres que me retracte?

Él emitió un gruñido brusco.

—Duerme un poco.

—Pero Gol no ha regresado aún.

—Tardará un rato. Es tarde, y cuanto antes te duermas, antes podré dormir yo también.

—Está bien, de acuerdo.

Anyi se acercó al colchón y se acostó. No tardó en quedarse dormida mientras Cery reanudaba la espera, presa otra vez de las preocupaciones.

«Ten cuidado, Gol, viejo amigo. No solo por nosotros. Te conozco desde hace



demasiado tiempo para perderte esta noche» .

Cuando Tyvara se marchó para averiguar qué quería Savara, Lorkin vio que su madre asentía.

—Es una chica lista. Apuesto a que no contaba con que tú entrarías en su vida. Lorkin sonrió de oreja a oreja.

—La verdad es que opuso mucha resistencia. Durante un tiempo pensé que solo me había imaginado que también estaba interesada en mí.

—¿Y ahora estás seguro?

—Sí. —Le entró una sombra de duda—. Casi.

Ella rio entre dientes antes de ponerse seria.

—Conque magia negra...

Lorkin desvió la vista, pero se obligó a sostenerle la mirada a su madre. Como antes, su expresión era inescrutable. No obstante, sus ojos reflejaban algo. No era desaprobación.

«Tristeza», comprendió él de pronto. Por algún motivo, esto lo hizo sentir aún más culpable.

—Solo para poder aprender a elaborar gemas, madre —alegó. Ella arqueó las cejas—. Para que el Gremio pudiera aprender a elaborar piedras —se corrigió.

—Creía que te habías ofrecido voluntario para trabajar como ayudante de Dannyl porque querías encontrar una alternativa a la magia negra.

Lorkin suspiró.

—Sí, así es. Tenía la esperanza de que las piedras de los Traidores fueran esa alternativa.

—¿De verdad es imposible fabricarlas sin magia negra?

—Imposible no, pero... sería como intentar construir una casa con los ojos vendados. El modo en que la magia superior altera la percepción y el control sobre la magia permite asignar funciones a las piedras de un modo más sencillo y preciso.

—¿«La magia superior»? —Ella sonrió y miró hacia otro lado—. Quienes emplean esa expresión suelen ser personas que están a favor de la magia negra.

—Y la expresión «magia negra» la usan quienes no ven con buenos ojos la magia superior. —Lorkin se encogió de hombros—. Tanto si su desaprobación está justificada como si no.

—¿Está justificada?

Lorkin se acordó de Evar, cuando lo habían despojado de toda su energía como represalia; de sí mismo, cuando era prisionero de Kalía y lo mantenían débil. Por otro lado, si los seguidores de Kalía no hubieran dominado la magia negra, habrían encontrado otra manera de castigar a Evar y otras maneras de retener a Lorkin.

—En parte. Cualquier tipo de magia puede prestarse a abusos. Los Traidores son la prueba de que una cultura que practica la magia negra no tiene por qué asemejarse a Sachaka..., es decir, a la Sachaka dominada por los ashakis.

Su madre asintió.

—Del mismo modo que Kallen y yo somos la prueba de que no todos los magos enloquecen e intentan apoderarse del Gremio en cuanto aprenden magia negra.

—Yo habría pensado que mi padre ya era una prueba de ello.

Ella hizo un gesto vago.

—No es el mejor ejemplo, pues la utilizó para obtener el cargo de Gran Lord, al fin y al cabo.

—Sí. Resultó ser un hombre que guardaba muchos secretos.

Ella soltó una carcajada amarga.

—Ya lo creo. Después de lo que descubriste, me... me pregunto qué más ocultaba.

—En fin... —Respiró hondo—. ¿Me admitirá el Gremio ahora que sé magia negra?

Ella frunció los labios y no respondió de inmediato.

—Probablemente. La elaboración de piedras es un nuevo tipo de magia con un gran potencial, y a ellos les interesa.

—¿A pesar de que requiere la magia negra?

—Sí, aunque eso seguramente significa que solo se permitirá a unos pocos que la aprendan. Kallen. Lilia. Yo. Tú.

—¿Lilia? Ah, la aprendiz que la aprendió en un libro. Eso sí que fue algo inesperado.

—Sí. El instinto me dice que posee un talento especial para ello y que tal vez otros no aprenderían tan fácilmente a partir de una descripción. Aunque tal vez eso sea cifrar demasiadas esperanzas en ella.

—¿Fue otro de los engaños de mi padre? ¿Pretendía reducir el peligro para el Gremio haciéndonos creer que la magia negra no podía aprenderse en un libro, para que nadie lo intentara?

—No lo creo. —Juntó las cejas—. Hay otra posibilidad. Quizá Zarala le dijo que solo podía enseñarse mente a mente, para disminuir el riesgo de que el Gremio adoptara la magia negra. Él...

Ella enderezó la espalda, abriendo mucho los ojos. Lorkin, suponiendo que Osen estaba comunicándose con ella, aguardó. Al oír el reclamo de un pájaro, devolvió su atención a la realidad que lo rodeaba y se percató de que el sol descendía ya hacia el horizonte. Las montañas se erguían majestuosas a un lado. De pronto, cobró conciencia de que no eran más que un grupo pequeño de personas aisladas, desprotegidas e insignificantes.

«No, no es verdad. Somos magos. Entre nosotros se encuentran dos figuras

poderosas de nuestros pueblos. Están a punto de tomarse decisiones importantes, de trascendencia histórica» .

Su madre suspiró. Posó la vista en él y luego en Regin. Como si notara que estaba siendo observado, este levantó la mirada. Sonea le hizo señas de que se acercara, y él se levantó y se apartó del par de Traidoras con quienes estaba conversando.

—Tengo una respuesta —anunció ella no bien Regin llegó junto a ellos. Cuando hizo ademán de ponerse en pie, él le tendió la mano y, para sorpresa de Lorkin, su madre la tomó y dejó que él la ayudara—. Lorkin, ¿puedes ir a avisar a la reina?

El joven obedeció y encontró a Savara, que hablaba en voz baja con Tyvara. Las dos se mostraron un poco molestas por la interrupción, hasta que Lorkin les explicó que la Maga Negra Sonea había recibido respuesta del Gremio.

Savara se levantó y se quitó el polvo de la ropa mientras la madre de Lorkin se dirigía a su encuentro. Se sentaron formando un círculo reducido en el mismo lugar donde se habían acomodado la noche anterior.

—Los líderes de las Tierras Aliadas han deliberado sobre vuestra invitación, majestad —comenzó Sonea—. Ante todo, debo expresar nuestro agradecimiento. Es un honor para nosotros que nos invitarais a participar en vuestra lucha. No obstante, la influencia que podemos tener en el resultado es minúscula comparada con las posibles consecuencias de nuestra intervención si perdiérais. Como bien habéis señalado, hoy por hoy tenemos muy poco que ofrecer a un ejército como el vuestro. En las Tierras Aliadas, algunos creen que estorbaríamos más que ayudar. —Sus labios se curvaron en una sonrisa irónica a la que Savara respondió con una expresión divertida—. Otros son menos pesimistas y argumentan que más de una vez en el pasado hemos demostrado poseer más fuerza y recursos de lo que parecía. Por desgracia, los primeros son más numerosos que los segundos, por lo que se ha llegado a la conclusión de que no podemos unirnos a vosotros en un conflicto contra el rey Amakira.

A Lorkin se le cayó el alma a los pies. Miró en torno a sí y vio expresiones de indignación en los rostros de los Traidores. Pero no de sorpresa.

—Todos han manifestado su apoyo a vuestro objetivo de acabar con la esclavitud en Sachaka —prosiguió Sonea—. Si aplazáis vuestros planes, quizá tengamos tiempo para convertirnos en un aliado más útil para vuestra empresa. De lo contrario, os deseamos éxito y esperamos establecer en el futuro, si no una alianza, vínculos comerciales. Mientras tanto, si la oferta sigue en pie, estamos dispuestos a brindaros los servicios de nuestros sanadores a cambio de gemas mágicas, y tengo instrucciones de negociar los detalles de dicho acuerdo ahora mismo, si no tenéis inconveniente.

Savara asintió.

—Por favor, transmítale mi agradecimiento por haber tenido en cuenta

nuestra invitación —dijo—. Puesto que no necesitamos esperar a que las fuerzas aliadas se unan a nosotros, no aplazaremos nuestros planes. Nos marcharemos por la mañana. No obstante, seguimos dispuestos a ofrecer piedras a cambio de sanación mágica. —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. ¿Cuánto tardarán sus sanadores en llegar a Arvice? Espere. Antes de responder... —Se volvió hacia Lorkin—. ¿Puedes pedirle a Tyvara que traiga un poco de raka?

Lorkin asintió, se levantó y se acercó a paso rápido a Tyvara, que estaba sentada aparte, presenciando la reunión.

—Savara quiere que lleves raka —le informó—. ¿Te ayudo?

Ella levantó hacia él una mirada escrutadora pero permaneció inmóvil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lorkin en voz baja.

—¿Qué vas a hacer? ¿Adónde irás?

Él dirigió la vista a su madre y la fijó de nuevo en Tyvara.

—No... no lo sé. —Sin duda Sonea confiaba en que regresaría a Kyralia, a pesar de que había aprendido magia negra. Él quería regresar, o mejor dicho, tener la posibilidad de regresar, pero alejarse de Sachaka implicaba alejarse de Tyvara. «Y de los Traidores. Quiero ser testigo de su triunfo. Marcharme ahora sería como irme sin terminar de escuchar la historia que alguien está contando».

Con la salvedad de que escuchar historias no era tan peligroso como combatir en una guerra. Si se quedaba con los Traidores, estaría en pleno frente de batalla. Los ashakis lo considerarían otro objetivo. No dudarían en matarlo, por más que fuera un mago del Gremio.

El Gremio tampoco quería que se involucrara. Las Tierras Aliadas habían rehuido el conflicto directo con el rey Amakira por temor a que los Traidores fueran derrotados y el monarca buscara venganza. Que un mago del Gremio luchara al lado de los Traidores daría la impresión de que el Gremio los apoyaba.

«Pero van a enviar sanadores. ¿Cuál es la diferencia?».

Solo iban a prestar sus servicios, no participarían en los combates. Seguramente procurarían llegar después de la batalla. No resultarían útiles antes ni durante los combates, y esto les permitiría retirarse a Kyralia, rápidamente en caso necesario, si los Traidores perdían.

Quizá podría unirse a ellos como voluntario. Aunque no era sanador, sabía sanar con magia, y podía oficiarse de mediador entre sanadores y Traidores. «Eso también significaría mantenerme al margen de la batalla, apartado de Tyvara». Sabía que no había la menor posibilidad de que ella abandonara a su pueblo para irse con él a Kyralia, y que él haría lo que fuera por protegerla. Incluso luchar junto a los Traidores.

Pero si iba a luchar junto a los Traidores, no podría hacerlo como mago del Gremio.

La miró.

—¿Qué quieres tú?

Ella lo observó con atención.

—Que te quedes conmigo —respondió—, pero solo si así eres feliz y estás a salvo.

Él sonrió. «Yo deseo exactamente lo mismo para ella. Sin embargo, es imposible que estemos felices y a salvo a la vez».

Lo que le facilitaba mucho la decisión.

—No seré feliz si no intento al menos que tú estés feliz y a salvo —aseveró—, así que supongo que tendré que acompañarte para asegurarme de que no te maten.

Ella abrió mucho los ojos.

—Pero... el Gremio... ¿Qué sentido tiene que hayas aprendido a elaborar piedras si...?

—Lord Lorkin —lo llamó Savara—. Tenemos sed.

Él se agachó y besó a Tyvara.

—No te preocupes por el Gremio. Ya encontrarán alguna solución.

Ella asintió.

—Voy a buscar la raka. Tú regresa con ellas.

Lorkin dio media vuelta y echó a andar de vuelta hacia donde estaban su madre y la reina. Tenía el corazón desbocado, pero no estaba seguro de si era por el pánico y el terror o por el júbilo y la emoción. «Seguramente por todo ello. ¿De verdad estoy preparado para dejar el Gremio y unirme a los Traidores? ¿Estoy lo bastante loco para arriesgar la vida en batalla?».

Se sentó y dirigió la vista hacia Tyvara. Ella le devolvió la mirada, y su rostro pasó de la alegría a la preocupación y de nuevo a la alegría. Él sonrió, y ella curvó los labios como respuesta.

«Sí. Sí que lo estoy».

Cuando el carruaje de la Casa del Gremio atravesó la verja de la mansión de Achatí, los esclavos se dispersaron a toda prisa. Todos desaparecieron menos el portero, que se arrojó a los pies de Danny I cuando este se apeó. Danny I miró en torno a sí, pensando que no recordaba haber visto entre ellos a ninguna esclava. ¿Era sencillamente porque Achatí prefería que sus esclavos, al igual que sus amantes, fueran hombres, o porque de ese modo esperaba reducir el riesgo de que hubiera espías Traidores en su casa?

—Llévame ante el ashaki Achatí —ordenó Danny I.

El esclavo se levantó de un salto con toda la agilidad de la juventud y guio a Danny I a través de la puerta de madera pulida y sin adornos hacia el frescor del pasillo que había al otro lado. Danny I se había debatido en la duda de si aceptar o rechazar la invitación hasta que, a mediodía, se había dado por vencido y había consultado a Tayend.

—Claro que debes ir —le había dicho este, sin apenas alzar la vista de su

escritorio—. Un embajador debe mantener sus contactos importantes, y Achati es el único que está dispuesto aquí a relacionarse con nosotros.

De modo que allí estaba Dannyl, caminando por el corredor hacia la sala maestra, con el pulso algo acelerado y una sensación molesta y desconcertante en el estómago. No bien llegó al final del pasillo, respiró hondo, exhaló despacio e intentó distender sus facciones en una sonrisa cortés cuando vio al hombre que lo esperaba.

—Embajador Dannyl. —Achati se dirigió a su encuentro y lo aferró del brazo en un saludo a la manera kyaliana.

—Ashaki Achati —respondió Dannyl.

—Me alegro mucho de que hayas aceptado mi invitación —dijo Achati, con una sonrisa amplia—. Pasa y siéntate. He ordenado a los esclavos de la cocina que se esmeren esta noche. Fijate, incluso tengo vino de Kyalia.

Le hizo señas a Dannyl de que se acercara a los taburetes y se agachó para recoger una botella. La tendió hacia él para mostrarle la etiqueta.

—¡Anuren oscuro! —exclamó Dannyl, impresionado—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo mis fuentes. —Achati señaló los taburetes—. Toma asiento, por favor.

Al parecer, Achati estaba decidido a comportarse como si nada hubiera ocurrido desde la última visita de Dannyl. Contra toda lógica, esto hacía que el embajador se sintiera más incómodo. Tenía la sensación de que el ashaki debía expresar su pesar por todo aquello por lo que su rey los había hecho pasar. Fingir que no había sucedido nada no reavivaría su amistad.

Entonces, justo cuando Dannyl empezaba a irritarse, Achati lo sorprendió.

—No espero que me perdones —dijo mientras servía vino en una segunda copa.

Dannyl tardó unos instantes en reaccionar.

—No sé qué responder a eso —dijo con sinceridad.

—No digas nada. No hace falta que mientas para ser diplomático.

—Si no esperas que te perdone, supongo que no pedirás disculpas.

Achati sonrió.

—No. Y tú no me agradecerás que haya sacado a Lorkin de Arvice, pese a que lo organicé todo.

—Debería agradecerte al menos que no lo hayas entregado al rey —señaló Dannyl.

—Nunca me he prestado a hacer nada que requiriese eso.

—¿Prestarte...? —A Dannyl se le hizo un nudo en el estómago—. El rey te envió a prevenirnos sobre el secuestrador, ¿verdad? No fuiste porque estuvieras preocupado por nosotros.

—Sí, él lo sabía... y no, mi motivación era que estaba preocupado por

vosotros de verdad. —Achatí se encogió de hombros—. Convencí al rey de que me dejara avisaros con la esperanza de que Lorkin confiara en mí. No creía que fuera a revelarme gran cosa, después de lo que había hecho cuando estaba en el calabozo, pero vi la posibilidad de obtener un poco de información, y eso era mejor que nada.

Dannyl arrugó el entrecejo. ¿Qué había hecho Lorkin en el calabozo?

Achatí rio por lo bajo.

—Lorkin es mucho más duro de lo que parece. Demostró una crueldad inesperada, teniendo en cuenta que no podía saber que lo que hizo obligaría al rey a liberarlo. —Su sonrisa se desvaneció—. Todos aquellos a quienes se lo he preguntado tienen una versión distinta sobre el origen del veneno. El rey no se declara responsable. Los Traidores, obviamente, tampoco lo harán. Si fue otra persona, es muy improbable que confiese que actuó contra la voluntad del monarca, o, por el contrario, que obedecía sus órdenes. Saliera de donde saliese el veneno, quedó claro que alguien había intentado matar a un mago del Gremio, y eso disgustó a demasiados ashakis.

«¿Alguien intentó matar a Lorkin? ¿Con veneno?» . Dannyl esperó que el asombro no se le notara demasiado.

—¿O sea que el rey dejó marchar a Lorkin y más tarde intentó apresarlo de nuevo, pero solo para ponerlo a salvo del envenenador?

—Sí.

—Entonces... no pudo ser el rey quien intentó asesinar a Lorkin.

—No lo creo, ya que me autorizó para ayudar a Lorkin a escapar.

—¿Por qué lo hizo?

—Me aseguró que si conseguía que Lorkin me contara algo sobre los Traidores, me dejaría hacer lo que considerara apropiado —contestó Achatí, con un asomo de sonrisa irónica.

—Suenas como una apuesta. Me imagino que no es un rey al que le guste perder apuestas.

—Cumple con su palabra.

—¿Qué te jugabas tú?

Achatí agitó la mano con aire de suficiencia.

—Mi casa.

—¿En serio? —Dannyl miró alrededor—. ¿Posees otras tierras?

—No.

«Entonces había mucho en juego». Pero en la política y en la guerra siempre lo había. A Dannyl lo invadieron sensaciones conocidas como la gratitud, el afecto y la admiración, y luchó por ahuyentarlas. Al pensar en las advertencias de Tayend, le sorprendió notar en su interior sentimientos similares. También los dejó a un lado. «Tayend es... un amigo. Tal vez, de no ser por Achatí, volveríamos a ser más que eso». Pero Achatí estaba allí...

El ashaki contemplaba el vino con aprobación. Dannyl no pudo evitar advertir lo distinto que era de Tayend. Aunque su constitución no era tan robusta como la del sachakano medio, Ahati era moreno y de hombros anchos, mientras que Tayend era liviano y esbelto. «¿Cómo puedo sentirme atraído por personas tan diametralmente diferentes? Ah, pero los dos son agudos de ingenio y perspicaces. Supongo que me gustan los hombres inteligentes. En cambio, me pregunto qué ve él en mí».

Al percatarse de que Dannyl lo observaba, Ahati se volvió y fijó la vista en él. Su expresión se tornó inquisitiva.

—¿Te acuerdas de ese momento de nuestro viaje a Dunea en que Tayend nos interrumpió?

Recuerdos y sentimientos encontrados se agolparon en la mente de Dannyl. Deseo, vergüenza, nerviosismo y rabia.

—¿Cómo iba a olvidarlo? El muy entrometido... —masculló.

Ahati se rio.

—Estoy seguro de que sus intenciones eran buenas, pero intuyo que momentos u oportunidades como aquella no se nos presentarán muy a menudo. ¿Seguiríamos siendo amigos si volviéramos a pasar por una situación difícil como la que hemos vivido recientemente, o nos lo impedirían la desconfianza y las sospechas? Ojalá... —Suspiró—. Sé que es egoísta por mi parte, pero me gustaría que fuéramos más que amigos, al menos durante un tiempo, antes de que los acontecimientos nos lleven a creer que debemos comportarnos como enemigos.

Dannyl respiró hondo. El corazón le latía de nuevo demasiado deprisa, y notó un cosquilleo en el estómago que le resultaba familiar. «Así es exactamente como me sentía cuando he llegado», descubrió. Con la diferencia de que esta vez había algo emocionante en ello. ¿Qué ocurriría si él aceptaba esa sensación y se dejaba llevar?

«Solo hay una forma de averiguarlo».

—Pues Tayend no está aquí ahora.

Ahati contuvo la respiración. Una expresión fugaz cruzó su rostro antes de ceder el paso a una mirada de atención e interés.

Esperanza.

Dannyl comprendió entonces que, pese a su poder y su fortuna, Ahati estaba solo. Dudaba que pudiera aprovecharse de aquella soledad, aunque quisiera. No era un punto débil, sino una parte de la vida que Ahati había asumido.

—Aunque, conociéndolo, no sería raro que estuviera dirigiéndose hacia aquí en este momento —agregó Dannyl.

Ahati soltó una carcajada.

—Es imposible que tengamos tan mala suerte por segunda vez.

—Me parece que hay que poner a prueba esa teoría. La pregunta es ¿con qué fidelidad debemos reproducir las circunstancias?



—Oh, creo que contamos con todos los ingredientes esenciales. —Cuando Achati se puso en pie, Dannyl lo imitó—. Y, si me equivoco, al menos podemos confiar en que los esclavos no lo dejen entrar. —Hizo una pausa para clavar los ojos en Dannyl—. Ah. Fijate en ti.

Dannyl parpadeó.

—¿Qué pasa conmigo?

Achati alzó la mano para acariciarle la barbilla.

—Tan alto..., con esos rasgos angulosos y elegantes... Menos mal que los kyalianos no tenéis por costumbre aprender magia superior. Intimidaríais demasiado...

A Dannyl se le escapó una risotada rápida.

—Los sachakanos sí que intimidáis —replicó—, con vuestra magia negra y...

Achati lo hizo callar sacudiendo la cabeza y llevándose el dedo a los labios, deslizó la mano que tenía en el mentón de Dannyl hasta la parte posterior de su cuello y lo atrajo hacia sí para besarlo. Luego acercó la boca a su oído.

—No sigas, o acabarás por recordarte a ti mismo que somos un pueblo salvaje. Deja que te demuestre que no todos somos crueles y desalmados. —Retrocedió unos pasos, le hizo señas a Dannyl de que lo siguiera y ambos salieron de la sala maestra.

## Un trato

Ya antes de que el sol saliera de detrás del horizonte, los Traidores se disponían a partir. Sonea reparó en que no estaban preparándose para desayunar. « Cuando los Traidores se hayan ido, nosotros nos acabaremos nuestras provisiones y pondremos rumbo a casa », decidió. Sin embargo, no sabía a ciencia cierta si ese « nosotros » comprendía a dos o a tres personas.

Se volvió hacia Lorkin, que había dormido junto a Tyvara las dos últimas noches. Ella lo había escuchado con atención durante las negociaciones. En muchas ocasiones, él se había referido a los Traidores en primera persona, y a las Tierras Aliadas y el Gremio en tercera persona. Sonea se estremeció, presa de un temor repentino.

Su hijo había cambiado, aunque no del todo. Seguía siendo Lorkin, pero había madurado. Y... había algo más. Una especie de fuerza interior que había compensado el resquemor que le había quedado después de que le partieran el corazón. Esto no sorprendía a Sonea. Lorkin había pasado por muchas cosas en el medio año que había transcurrido desde que se había marchado del Gremio. Y ahora pesaba sobre sus hombros la responsabilidad de la magia negra.

« Debería estar horrorizada, pero lo único que siento es tristeza. Él no es consciente de la carga que esto supone, de que vivirá marcado para siempre como una persona que no es de fiar, aunque ellos acepten su decisión y el argumento de que era el precio de aprender a elaborar piedras » .

« Ellos » eran el Gremio y los otros kyralianos. Sonea no creía que fueran a rechazarlo. ¿Cómo iban a rechazarlo, cuando habían admitido a Lilia? « Pero cada vez que un mago aprende magia negra, es como si perdiéramos algo. La inocencia, tal vez. O la prudencia » .

Lorkin había regresado de llenar su cantimplora. Ella pensó en las gemas que llevaba en el bolsillo y que por el momento no había mencionado a los Traidores. Tyvara alzó la vista hacia Lorkin con una sonrisa cuando este le pasó la cantimplora. Era de ella, no de él. Sonea sintió una punzada de pesar por no haber

tenido tiempo de conocer mejor a la joven. La mirada que Tyvara dirigió a Lorkin provocó otro escalofrío de advertencia a Sonea, que frunció el ceño.

«Para ser una pareja tan claramente enamorada, no se comportan como si estuvieran a punto de despedirse».

Como si hubiera adivinado que lo observaba, Lorkin se volvió y fijó la vista en Sonea. Su sonrisa desapareció, miró de nuevo a Tyvara y asintió. Ella adoptó una expresión seria, de comprensión. Movi6 la cabeza afirmativamente y siguió a Lorkin con la mirada mientras este se acercaba a Sonea.

—Mamá —dijo—. ¿Podemos hablar en privado?

—Por supuesto. —Sonea se puso de pie, echó un vistazo en torno a sí y, tras elegir una dirección al azar, comenzó a andar. Él la acompañó en silencio. Unos veinte pasos más adelante, ella se detuvo, creó alrededor de los dos una barrera que aislaba el sonido y aguardó a que él hablara.

De pronto, Lorkin fue incapaz de mirarla a los ojos.

—Me... esto... nos...

Ella suspiró y decidió ahorrarle el mal trago.

—¿Regresarás a Kyrallia conmigo?

Él enderezó los hombros e irguió la cabeza.

—No.

Sonea lo miró, luchando contra el pánico que amenazaba con apoderarse de ella. «Podría ordenarle que regrese, o pedirle a Osen que se lo ordene él». Sin embargo, sospechaba que esto empujaría a Lorkin a cometer una tontería aún peor.

—No es por Tyvara —aseguró él—. Bueno, no solo por Tyvara. —Su mirada se tornó intensa. Sonea leyó en ella emoción y esperanza—. Creo que los Traidores ganarán. Cuando dicen que acabarán con la esclavitud..., también lo creo. Llevan años planeándolo. Siglos.

—Pero... si ganan, ¿serán mejores que los ashakis?

—Sí —respondió él con firmeza.

—¿Y si pierden?

Él adoptó una expresión sombría. Su madre entrevió de pronto en su rostro qué aspecto tendría diez años después o más. «Si sobrevive a las siguientes semanas. No, es mejor no pensar en ello».

—Hay cosas por las que vale la pena jugarse la vida —aseveró él—. Si hubieras visto lo que hacen los ashakis, si lo hubiera experimentado en carne propia, también querrías librar al mundo de ellos.

Al percibir la rabia y el horror en su voz, ella sintió un dolor en su interior. «¿Qué le hicieron? —Quería saberlo, encontrar al responsable y hacerle daño—. Tanto por haberle hecho eso a mi hijo como por moverlo a arriesgar su vida de esa manera».

—Al Gremio no le gustará, pero estoy segura de que eso ya lo sabes.

Él asintió.

—Diles que me declaren oficialmente un exiliado. De este modo, no tendrán que rendir cuentas por mis actos, si perdemos.

A Sonea se le cayó el alma a los pies. «Debería alegrarme de que haya pensado en esto con tanto detenimiento, pero me es imposible. Si al menos pudiera ocupar su lugar... Aunque dudo que esto lo disuadiera de ir a la guerra, de todas maneras».

De pronto, supo qué haría a continuación. Si él no volvía a casa, ella tampoco volvería. Lo seguiría a donde fuera. Haría todo cuanto estuviera en su mano por protegerlo.

—Así que ahora te consideras un Traidor. —Sonea movió la cabeza arriba y abajo—. Entonces, hay algo que debes saber. —Se llevó la mano al bolsillo, extrajo una de las gemas y se la tendió.

Él la cogió y la examinó con atención. Al cabo de unos instantes, abrió mucho los ojos.

—Ya me imaginaba que era posible —jadeó.

Mientras Lorkin contemplaba la piedra fascinado y con avidez, Sonea sintió una satisfacción y un orgullo agridulces. Saltaba a la vista que su hijo comprendía una magia que ningún mago del Gremio había explorado antes. «Y le encanta».

—¿De dónde la has sacado? —preguntó él.

Ella hizo un gesto en torno a ellos.

—En la tierra y en la arena. Hay otra en el manantial que mantiene puras sus aguas. Creo que las hay por todo el páramo. Puedes detectarlas si sabes lo que buscas y eres un mago negro.

Lorkin abrió la boca y tendió la mirada hacia el paisaje árido y sin vida.

—¿Estás diciendo que...?

—Sí. El páramo habría reverdecido hace siglos, de no ser por los Traidores. —Le tocó el brazo—. ¿Estás seguro de que quieres abandonar el Gremio para unirme a esa gente, a un pueblo tan despiadado? Podrías ayudarlos a poner fin al dominio de los ashakis sin dejar de ser leal al Gremio.

Él bajó la vista hacia la gema y frunció el ceño. Cerró los dedos en torno a la piedra y asintió.

—Estoy seguro. No son perfectos —torció los labios en un gesto irónico—, pero sin duda alguna son mejores que los ashakis.

Se encaró con ella y le posó las manos sobre los hombros.

—Te quiero, mamá. No tengo la menor intención de morir en esta guerra. Regresaré al Gremio. La reina Zarala me transmitió los conocimientos sobre la elaboración de piedras para que pudiera difundirlos, y eso haré si el Gremio me lo pide. Volverás a verme.

La abrazó con fuerza. Ella lo estrechó contra sí, y necesitó toda su fuerza de voluntad para no retenerlo cuando Lorkin se apartó. Él sonrió antes de dar media

vuelta y echar a andar con aire decidido hacia los Traidores.

Sonea parpadeó para contener las lágrimas, suspiró y lo siguió.

Tras salir del alojamiento de los magos al soleado exterior, Lilia entornó los párpados y se encaminó hacia la universidad. Advirtió que había más aprendices yendo y viniendo de lo que era habitual a aquella hora de la mañana. La mayoría de ellos se arremolinaba en torno a la entrada de la universidad. Cuando se acercó y se adentró en la sombra del edificio, se percató de que todos los rostros se habían vuelto hacia ella.

Notó que un escalofrío le bajaba por la espalda y aflojó la marcha.

Reconoció a varios como amigos de Bokkin. Dos se hicieron a un lado. Al principio, ella supuso que era para dejarla pasar, pero un matón al que conocía bien ocupó el hueco. Le sonrió cuando ella se aproximó a la escalera.

—¿Qué andas haciendo por aquí, Lilia? —preguntó él—. La atalaya está allá. —Señaló hacia lo alto de la colina.

Algunos de los aprendices rieron entre dientes. Se apiñaron entre sí. Ella tendría que abrirse paso a empujones o rodear la universidad hasta la parte delantera.

—No te dejaremos entrar —declaró Bokkin.

Lilia reprimió una sonrisa. «Idiota. Es tan obvio lo que se proponen que sobran explicaciones. Y ahora no podrán fingir que no estaban haciendo nada malo».

Subió los primeros escalones y se detuvo.

—¿Estáis seguros? —preguntó, clavando los ojos en cada uno de los aprendices—. El Mago Negro Kallen me espera dentro para enseñarme todo tipo de secretos de magia negra. Tal vez no le haga mucha gracia que me impidáis llegar a tiempo a su clase.

Algunos estudiantes arrugaron el entrecejo e intercambiaron miradas dubitativas.

—Kallen solo puede hacer que simules luchar con magia negra —repuso Bokkin—. No eres capaz de aprender nada más. Ni siquiera te has graduado todavía.

—He oído que no vas a graduarte —añadió una de las chicas que estaban cerca de Bokkin—. Dicen que no te lo permitirán. Serás una aprendiz toda la vida.

Lilia se encogió de hombros.

—Me graduaré el año que viene. Tengo que aprender más cosas que los aprendices normales y corrientes. —Para asegurarse de que captaran la indirecta, llevó la mano al interior de su túnica y sacó la navaja pequeña y estrecha que había comprado por recomendación de Kallen. No entendía por qué él había insistido en que necesitaba una pese a que en teoría no debía utilizar la magia negra, pero sospechaba que era para poder dar el visto bueno al arma que

ella eligiera. Le aconsejó que adquiriera algo sencillo pero de buena calidad, algo más refinado que un cuchillo de cocina, pero en absoluto llamativo ni de mal gusto como las dagas que llevaban los sachakanos. Lilia había ido a ver a algunos cuchilleros y se había hecho con una navaja elegante y delgada con una hoja que se doblaba hasta quedar escondida en un mango de ébano y plata. Había practicado abrirla y cerrarla con una sola mano.

Realizó este movimiento ahora. Resistió el impulso de reír cuando varios aprendices soltaron un grito ahogado. Pero no podía quedarse allí blandiendo la navaja. Si un mago la veía, esto le ocasionaría tantos problemas como a los otros aprendices. O quizá más. En su bolsa, junto con los libros y apuntes, llevaba un pachi. Jonna se lo había puesto allí cuando había quedado claro que Lilia no tendría tiempo para terminarse el desayuno.

Lilia lo sacó y empezó a cortar la fruta en rodajas para comérsela.

—Kallen vendrá y descubrirá qué es lo que me está entreteniéndome —les dijo mientras masticaba—. Yo no querría estar en...

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó una voz en tono imperativo. Al alzar la vista, Lilia vio la cabeza de un mago aparecer por detrás de los aprendices—. Buscaos otro lugar donde juntaros y dejad de obstruir las puertas.

Los estudiantes se dispersaron de inmediato, pero los que estaban más próximos al mago le dedicaron antes una reverencia apresurada. Lilia reparó en que Bokkin era el único que parecía desilusionado. Los demás se mostraron aliviados. Él la miró con desdén mientras ella pasaba frente a él al subir la escalera. El mago era un alquimista de mediana edad al que ella recordaba de su segundo año de estudios.

—Buenos días, lord Jotin —dijo ella, inclinándose.

—Lady Lilia. —Él la saludó con un movimiento de la cabeza y, tras echar una ojeada alrededor para cerciorarse de que los aprendices no se acercaran de nuevo, enfiló el pasillo. Lilia continuó comiéndose el pachi mientras se dirigía hacia el aula en la que Kallen impartía sus clases, arrinconando todos los pensamientos sobre Bokkin. En algún momento debía plantear a Kallen la pregunta de Anyi, por lo que tenía que pensar la mejor manera de formularla. Se detuvo a limpiar la navaja y poner en orden sus ideas antes de abrir la puerta del aula y entrar.

—Buenos días, lady Lilia —dijo Kallen, con los labios curvados en una media sonrisa.

—Mago Negro Kallen. —Ejecutó una reverencia, se sentó y abrió la boca para hablar pero se interrumpió al fijarse en los objetos que había sobre la mesa: un cuenco de cerámica junto a algunas de las barras de vidrio que empleaban los alquimistas cuando necesitaban crear vasijas y tubos para un uso concreto.

—Hoy te enseñaré a fabricar gemas de sangre —le informó Kallen.

Un escalofrío la recorrió. Aquella era una parte de la magia negra que la

mayoría de la gente consideraba aceptable y segura. Kallen cogió un tubo y le indicó que lo imitara.

—El modo más sencillo de enseñar el procedimiento es comunicarlo de mente a mente. El Gran Lord anterior lo descubrió examinando un antiguo anillo de sangre. He visto y estudiado ese anillo, y he de reconocer que me alegro de no haber tenido que resolver el acertijo por mí mismo. Primero, funde un poco de vidrio, sin dejar de hacerlo girar en el aire para que conserve la forma.

Ella se guardó la pregunta de Anyi para más tarde y siguió las instrucciones. Cuando cada uno tenía una esfera de vidrio fundido flotando y girando ante sí, él le dijo que lo tomara de la mano y se concentrara en sus pensamientos. Lilia observó cómo Kallen daba forma a su magia e imponía su voluntad sobre el vidrio, alterando su estructura de alguna manera para luego dejarlo enfriar. A continuación, él la miró mientras ella intentaba hacer lo mismo con su pieza.

Repitieron el proceso varias veces, fundiendo y moldeando el vidrio de nuevo, hasta que Kallen decidió que Lilia dominaba lo suficiente la técnica para tratar de añadir sangre al vidrio. Sorprendida, descubrió que esto no hacía más que imprimir una identidad en las gemas.

—La gema de sangre solo actúa cuando alguien la toca —le explicó él—. ¿Entiendes las funciones diferentes que desempeña la gema con quien proporcionó la sangre y con quien la está tocando?

—El creador ve lo mismo que el portador, aunque no quiera. El portador no ve lo mismo que el creador, pero puede recibir comunicaciones mentales sin que nadie más las oiga.

—Sí, pero la gema no solo transmite lo que el portador ve, sino también sus pensamientos, a menos que este lleve una piedra de bloqueo.

Ella pestañeó, extrañada. Nunca había oído hablar de eso.

—¿Qué es?

—Algo que hacen los Traidores, y que es posible que tengamos pronto. No son piezas de vidrio, sino cristales a los que se asigna una función mágica conforme crecen. Una piedra de bloqueo evita las lecturas mentales y permite que el portador proyecte los pensamientos que desea que perciba quien intenta escrutar su mente.

Una sensación fría descendió por el espinazo de Lilia.

—El anillo de Naki.

Una expresión de sorpresa asomó al rostro de Kallen, seguida de una de disculpa.

—Lo siento. No me acordaba de que ya habías visto una piedra de bloqueo.

Ella sacudió la cabeza.

—No se preocupe por eso. ¿Qué más puede hacerse con esas piedras?

—Cualquier cosa que un mago sea capaz de hacer.

—Incluso un mago negro.

—¿Te refieres a absorber y almacenar energía? Sí, pero por ahora será mejor que no comentes eso con nadie.

Lilia emitió un silbido bajo.

—Espero que estemos entablando amistad con esos Traidores. Me parece que no nos conviene tenerlos como enemigos.

Kallen frunció el ceño.

—Estamos trabajando en ello, con la esperanza de que nos revelen los secretos de la elaboración de piedras a cambio de algo. —Agitó una mano para cambiar de tema—. Ya te contaré más sobre eso en otro momento. Lo importante es que la elaboración de piedras requiere el dominio de la magia negra.

Esto llenó de emoción a Lilia.

—¿Aprenderé a fabricar esas piedras? —Esto significaría que ella sería uno de los primeros magos del Gremio que sabría utilizar aquella magia nueva.

—Quizá.

—¿Tendré que viajar a Sachaka?

—No. —Sin embargo, por el silencio que siguió y el semblante pensativo de Kallen, ella dedujo que la respuesta no era del todo sincera. Él meneó la cabeza.

—Bien, hemos terminado por hoy. ¿Alguna pregunta?

El corazón le dio un brinco a Lilia cuando le vino a la memoria la pregunta de Anyi.

—Sí. ¿Permitiría el Gremio que Cery y sus dos guardaespaldas se alojaran aquí?

Kallen bajó las cejas.

—¿Ha empeorado su situación? —inquirió.

—Posiblemente. ¿Se lo permitirían?

—Tendré que obtener la autorización de los magos superiores, pero es probable que la concedan. ¿Cuándo vendría Cery?

—Pronto. —Al percatarse de que esto podía significar cualquier cosa, precisó —: Dentro de pocos días.

Él asintió.

—Te avisaré lo antes posible. —Sonrió con frialdad—. Conseguimos unas semillas de un perfumista, gracias a ti. Las plantas aún no han crecido lo suficiente para determinar si son de craña, pero no tardaremos en saberlo. Si Cery sigue dispuesto a ayudarnos a atrapar a Skellin, quizá lo averigüemos pronto.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Otra vez la palabra « pronto» .

—Está más que dispuesto —aseguró—. De eso no me cabe la menor duda.

Cuando Anyi y Lilia desaparecieron en la oscuridad, camino del alojamiento de los magos y los aposentos de Sonea, Gol miró a Cery, arqueando las cejas.



—Sí —respondió Cery en voz baja—. Dime qué has averiguado.

Gol se inclinó hacia delante.

—Todo ha cambiado. Los demás ladrones..., bueno, ya no se hacen llamar así, sino « príncipes » . A Skellin lo llaman « rey » .

—Claro. —Cery puso los ojos en blanco—. Rey de los Bajos Fondos. ¿Qué opina la gente de a pie?

—Que se les han subido los humos. Pero nadie lo dice en voz alta. Están asustados. Saben que Skellin es un mago renegado y que su madre es la Cazaladrones. Los dos han hecho cosas muy feas a personas que se negaban a obedecerles —añadió Gol con una mueca—. Lo bueno es que ahora todo el mundo lo odia.

—¿Qué piensan de mí?

Gol se encogió de hombros.

—Te dan por muerto.

—¿Y si supieran que estoy escondido?

—He dejado caer esa posibilidad, y algunos han dicho que ya les gustaría, que ojalá estuvieras trazando un plan para deshacerte de Skellin.

—¿Nadie cree que he abandonado a mis trabajadores?

—Nadie me lo ha expresado así. Lo interesante es que, en una casa de bol, los clientes con los que estaba charlando se han puesto a discutir sobre si estás oculto en el Gremio o no. El que lo dudaba ha dicho que es imposible, porque el Gremio está conchabado con Skellin.

Cery arrugó el entrecejo.

—Podría ser solo un rumor.

—Sí, para que la gente tema a Skellin.

—Si supieran que no es verdad, no lo temerían tanto.

Gol sacudió la cabeza.

—Pero seguirían temiéndolo demasiado para hacer algo.

Cery se agarró al borde de su asiento y tamborileó con los dedos sobre la parte de abajo.

—¿Qué hay del proveedor?

—Saski continúa allí. Aún tiene el fuego de mina. Ha estado intentando vender un instrumento nuevo que lo utiliza, una especie de cerbatana que, según me han avisado, tan pronto funciona como te explota en las manos. Su producto más popular son unos paquetitos que se arrojan al fuego para que revienten con un estallido y un fogonazo. A la gente le gustan los petardos, pero por lo demás el fuego de mina no les parece muy útil teniendo en cuenta que los magos pueden conseguir el mismo efecto.

—¿No se dan cuenta de que permite a personas normales hacer cosas de magos?

—Pero no el tipo de cosas que les gustaría hacer, como sanar, levitar o mover

objetos desde lejos. ¿Quién necesita hacer explotar cosas aquí, en la ciudad? Además, Saski desanima a los clientes con sus advertencias sobre lo peligroso e impredecible que es. Tienen la impresión de que la magia es mucho más segura.

Cery asintió.

—Cierto. El problema no es solo que el fuego de mina puede estallar en un momento inoportuno, sino que es posible que no estalle cuando necesitemos que lo haga. ¿Estás seguro de que la trampa funcionará?

—Casi. Antes, cuando era más amigo de Saski, él me describía a menudo cómo se usaba el fuego de mina en los yacimientos del extremo norte. Emplearemos el mismo método.

—¿Cómo vamos a adquirirlo? ¿Podemos pedir a un chico de la calle que compre uno de esos petardos para nosotros?

Gol movió la cabeza arriba y abajo.

—Sería lo más prudente. No creo que Saski sea la clase de persona que correría a vendernos a Skellin, aunque nunca se sabe. Podría ser tentador para él. Dudo que esté ganando mucho dinero.

—Pero necesitamos que Skellin se entere de nuestro paradero.

—No a través de Saski, pues entonces Skellin sabría que hemos comprado fuego de mina y se preguntaría qué nos traemos entre manos. No tardaría mucho en concluir que estamos tendiendo una trampa.

—Es verdad. —Cery paseó la vista por la habitación—. En fin, tendrás que prepararlo todo aquí sin que Anyi se huela nada.

—En cuanto introduzca los tubos en las paredes, no será fácil que los descubra, sobre todo si los ponemos en los agujeros y los huecos del mortero.

—Pero tendrás que hacerlo mientras ella no esté.

—No querrás esperar a que estén seguros de que las plantas son de craña, ¿verdad? Una vez que tendamos la trampa, existirá el peligro de que se dispare antes de que estemos listos.

Cery negó con un gesto.

—No después de lo que dijo Lilia respecto a que los magos superiores accederían a dejarnos vivir en el Gremio mientras tanto. Anyi estaba demasiado ansiosa por trasladarse allí, demasiado dispuesta a discutir conmigo sobre ello. —Sacudió la cabeza—. Algo me dice que se le está agotando la paciencia, o que sabe algo que nosotros no.

—¿Que las plantas no son de craña, por ejemplo?

—Tal vez.

Gol se encogió de hombros.

—Sin embargo, ella tiene razón. No hay necesidad de pasar incomodidades o de arriesgarnos a meter a Lilia en líos por escondernos aquí.

—Pero si los rumores que has oído son ciertos y alguien del Gremio está compinchado con Skellin, quizá caigamos directamente en sus garras. Se

asegurarán de que el Gremio no colabore con nosotros para capturar a Skellin, o de que algo salga mal y acabemos todos muertos. De lo contrario, podríamos sacar a la luz su sucio secretillo.

Gol alzó la mirada hacia el techo.

—Bueno, si Anyi no se equivoca respecto a que estamos debajo de los jardines situados entre la universidad y el alojamiento de los magos, no hay duda de que nuestra trampa pondrá a Skellin a merced del Gremio.

Cery sonrió.

—Sí. Pero asegurémonos de que no nos cueste la vida a todos.

## Primer encuentro

Desde lo alto, el sol derramaba calor y luz sobre el páramo, que los reflejaba hacia arriba en señal de protesta. Atormentado desde el cielo y desde el suelo, Lorkin avanzaba pesadamente junto a los Traidores, intentando no imaginar lo que sería enfrentarse a un ashaki en batalla.

En cambio, pensó en la gema que llevaba en el bolsillo. La noche anterior, cuando los demás dormían o montaban guardia, había intentado detectar otras piedras enterradas en la zona, pero su exploración mental no había dado resultado. No obstante, eso no demostraba que su madre se equivocara. Según ella, las encontraría solo porque sabía magia negra, pero él no había utilizado ninguna técnica de magia negra en su búsqueda.

«Debería haberle pedido que se explicara mejor». Sin embargo, solo había pasado unos últimos momentos con ella, la mañana anterior, y había aprovechado la ocasión para hacerle preguntas sobre otro enigma mágico. Un brillo de interés había asomado a sus ojos cuando él le había preguntado si había oído de magos que fueran capaces de leer pensamientos superficiales.

—En teoría tu padre tenía esa capacidad —había respondido ella—. Siempre supuse que él había dado pábulo a ese rumor para que la gente siguiera teniéndole miedo y respeto; además, cuando alguien mencionaba otras habilidades que en teoría él no debía tener, Akkarin aludía a ese rumor como ejemplo de las cosas absurdas que se decían sobre él.

—Tal vez no fuera mentira —había comentado Lorkin.

La sorpresa de Sonea había cedido el paso, como de costumbre, a una actitud reflexiva y calculadora. Lo que ella había dicho a continuación había sido inesperado para Lorkin.

—Será mejor que no hables de ello con nadie —le había aconsejado—. Podría incomodar a las personas más próximas a ti. Procura no saber más de la cuenta sobre los demás.

«No le falta razón». Se le ocurrían muchas situaciones en las que leer las

reflexiones sueltas de alguien podría resultar embarazoso. Por fortuna, él solo alcanzaba a percibir los pensamientos superficiales más claros, y solo cuando se concentraba mucho.

—Lorkin.

Tyvara se encontraba de nuevo a su lado. Savara la había llamado, y ambas habían estado charlando durante un rato.

—¿Sí?

Ella sonrió.

—Cuéntame más cosas de lord Regin. ¿Es especialmente importante para el Gremio? ¿Por qué crees que acompañaba a tu madre?

Lorkin frunció el ceño.

—No es importante. Bueno, es de una Casa influyente, pero no ocupa un cargo de responsabilidad en el Gremio.

—¿O sea que no es más que una fuente de magia para tu madre?

Cuando Lorkin intentó visualizar esta posibilidad, no lo consiguió. Por otro lado, había imaginado que Regin se comportaría como un esclavo sachakano, lo cual era del todo innecesario. «Solo debe proyectar energía al exterior para que mi madre la absorba y la almacene». Para ello tendrían que tocarse, desde luego, pero bastaba con que se tomaran de la mano.

—Es posible —contestó Lorkin—. Bueno, es probable.

—Entonces, ¿qué relación tienen? ¿Son amigos? ¿Amantes?

—No. Es más, mi madre y él se odiaban cuando eran aprendices. Regin la hostigaba hasta que ella lo retó a un duelo. Le propinó una buena paliza, y desde entonces él la dejó en paz.

—¿Un duelo? —Tyvara arqueó las cejas, y su sonrisa se ensanchó—. Interesante costumbre.

Lorkin la miró con los párpados entornados.

—¿Te burlas de las tradiciones de mi pueblo?

—En absoluto. —Intentó ponerse seria.

—Mentirosa —la acusó. Luego sonrió—. Es una costumbre ridícula. Hasta donde yo sé, nadie había retado a otra persona a un duelo desde hacía años, ni nadie ha vuelto a hacerlo desde entonces.

—Es posible que haya sido su último recurso. —Tyvara se quedó pensativa—. Bueno, ¿se hicieron buenos amigos después de su gran enfrentamiento, como suele ocurrir?

—No. Mi madre no lo ha perdonado. —En realidad, Lorkin no recordaba habérselo oído decir. De hecho, ella siempre reconocía lo valiente que había sido Regin durante la invasión. A regañadientes.

Tyvara no hizo comentarios, y cuando Lorkin se volvió, advirtió que ella tenía el entrecejo arrugado.

—¿Por qué lo preguntas?

Ella levantó la vista.

—Verás... Tanto a Savara como a mí nos parecía extraño que el Gremio hubiera enviado a dos personas que se aprecian de un modo tan evidente en una misión así. Si los capturaran y amenazaran a uno para que extorsione al otro, sería muy duro para ellos.

—¿Mi madre y Regin? —Lorkin meneó la cabeza—. Imposible. Os habéis formado una idea equivocada.

Ella se encogió de hombros.

—Tal vez tengas razón. O tal vez esa aparente imposibilidad impidió al Gremio percatarse del error que supone haber enviado a Regin. Tal vez ni Sonea ni Regin sean conscientes de ello tampoco.

Lorkin sacudió la cabeza y suspiró.

—¿Qué pasa?

—Sois las mujeres más poderosas de Sachaka, y no hacéis otra cosa que perder el tiempo con cotilleos y haciendo de casamenteras. ¡Ay! —Se frotó el brazo en el punto en que Tyvara le había asestado un puñetazo.

—Los hombres cotillean más —afirmó ella—. Y no es una pérdida de tiempo cuando el asunto tiene consecuencias políticas y militares.

—¿Las tiene?

—Las tendrá. —Irguió la cabeza y achicó los ojos—. Ah.

Él volvió la mirada al frente. Más allá de Savara y de los Traidores que avanzaban en cabeza, vio que se acercaban a la cima de una duna. Más adelante se divisaba una llanura con vegetación escasa, y, a unas horas de camino, un grupo de edificios dispersos.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás —dijo ella—. Nadie te impedirá regresar a Kyrallia. No hay ichanis cerca del Paso que puedan representar un peligro.

«¿De verdad soy lo bastante valiente (e insensato) para unirme a un pueblo con el que no tengo lazos de sangre y atreverme a ir a la guerra contra los legendarios magos negros que mi país teme desde hace siglos?» .

Miró a Tyvara y sonrió.

—Yo iré a donde tú vayas.

Ella clavó los ojos en él y sacudió la cabeza.

—Cuando me sorprendo a mí misma pensando que no merezco a alguien tan bueno como tú, Lorkin, me digo que, si estás dispuesto a venir conmigo, a lo mejor estás un poco loco.

—Crees que mi madre y lord Regin están enamorados. No es mi cordura la que está en tela de juicio aquí.

Tyvara esbozó una sonrisita y apartó la vista.

—Ya lo veremos.

Mientras caminaban en silencio, sus palabras resonaban en los oídos de Lorkin

—«alguien tan bueno como tú»—, y él notó que su sonrisa se desvanecía. ¿Seguiría considerándolo tan bueno si supiera lo que le había hecho a la esclava? Aún no se lo había contado. Por el momento no había tenido motivo para decírselo. «No, eso no es del todo cierto. Han surgido ocasiones. En todas ellas, he pensado que hablarle de ello estropearía el momento o empañaría la conversación. Pero no debería aplazarlo demasiado. Tal vez los Traidores necesiten saber qué le ocurrió a la chica. Si era una Traidora, claro».

Pero ¿y si no lo era? Es lo que Lorkin más temía: descubrir que la joven ignoraba que el agua estaba envenenada. Creer que ella se había quitado la vida de forma deliberada le hacía mucho más llevadero vivir con el peso de su decisión.

«Si me siento así por haber matado a una persona que quería morir, ¿cómo me sentiré cuando estalle la guerra y mate a gente que quiere vivir? —Quizá no sería tan duro, teniendo en cuenta que ellos habían esclavizado, torturado y asesinado a otros—. Tal vez será más fácil».

Miró a los Traidores que lo rodeaban. Tenían una expresión grave y decidida. Las conversaciones habían cesado y solo se oía algún que otro murmullo bajo. Poco a poco, descendieron por la última duna, llegaron a la llanura y se dirigieron hacia el grupo de edificios. Las primeras personas con que se cruzaron eran dos esclavos que pastoreaban un pequeño rebaño de reberes. Ambos muchachos se apresuraron a postrarse en el suelo ante Savara. Ella les indicó que se levantaran y que jamás volvieran a humillarse ante otro hombre o mujer.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó uno de ellos, alzando la vista hacia ella con impaciencia.

—Sí —dijo Savara y movió la cabeza en dirección a los edificios—. ¿Sabéis lo que debéis hacer?

—Evitar el peligro —contestó él—. Alejarnos de la ciudad. Pero no podemos llegar mucho más lejos que esto.

—No. Simplemente manteneos alejados de la casa hasta que hayamos terminado.

El chico frunció el ceño.

—Si regreso, puedo avisar a los demás que salgan.

—Eso sería muy valiente. Pero no debes permitir que los ashakis sospechen que vamos hacia allí.

—No lo haré. Llevamos años planeándolo.

—Adelante, entonces.

Mientras el muchacho corría hacia los edificios, Savara enderezó la espalda e hizo una seña a los Traidores. Siguieron adelante, a un paso más rápido. Un escalofrío de emoción y miedo bajó por la espalda de Lorkin. Algunas de aquellas fincas exteriores estaban administradas por jefes de esclavos de confianza, por lo que quizá no toparán con ningún ashaki. También cabía la

posibilidad de que los ashakis se hubieran marchado para visitar a alguien o para ocuparse de algún negocio. Sin embargo, de ser así el chico se lo habría comunicado a Savara.

«Es muy improbable que no estemos a punto de librar nuestro primer combate».

Antes de lo que imaginaba, llegaron a unos pocos cientos de pasos de las casas. Atravesaron una puerta de la muralla baja que las rodeaba. Mientras los Traidores se desplegaban en grupos de dos y tres, para aproximarse al edificio desde ángulos distintos, unos esclavos salieron de él. Pasaron junto a los invasores a toda prisa, algunos corriendo, y se dispersaron por la llanura.

«Se separan, pues, de este modo, aunque los ashakis se valieran de la magia para obligarlos a volver, tendrían que gastar mucha energía y tiempo para atraparlos a todos. Tal vez algunos alcanzarían a huir».

Los Traidores se dividieron en grupos más pequeños con el fin de entrar en las casas desde direcciones diferentes. Tyvara agarró a Lorkin de la mano y lo guio hacia lo que parecía una caballeriza.

—No te apartes de mí. —Tiró de su chaleco—. Llevo un montón de piedras, pero se supone que debemos intentar no utilizarlas antes de entrar en combate. Podemos reponer nuestra propia energía, pero la mayor parte de las gemas son de un solo uso. —Le lanzó una mirada fugaz—. Me aseguraré de que dispongas de unas cuantas para la batalla final.

Una vez dentro de la caballeriza, Lorkin vio que los compartimentos estaban provistos de bancos cubiertos con mantas. Comprendió, horrorizado, que era en ese lugar donde vivían los esclavos. Había varios escondidos allí, con aspecto confundido. Tyvara les ordenó que salieran, que echaran a correr y regresaran unas horas más tarde. Una mujer en avanzado estado de embarazo retrocedió asustada en su compartimento, sacudiendo la cabeza.

—Vamos —dijo Tyvara, tendiéndole la mano con una sonrisa—. Te protegeremos. Esto durará poco.

—¿Qué pasa aquí? —atronó una voz.

Al volverse, vieron salir de otro edificio a un esclavo con una tela roja atada a la frente. A juzgar por el humo que emanaba del tubo de la chimenea, aquella construcción albergaba la cocina y quizá otras habitaciones de servicio. Lorkin sintió un nudo en el estómago cuando advirtió que el hombre llevaba un látigo corto.

Se oyó un estampido procedente de algún lugar situado más allá del edificio del que había salido el hombre. Sobresaltados, todos alzaron la mirada y vieron volar por el aire unos fragmentos de lo que podían ser tejas.

El hombre clavó de nuevo la vista en Lorkin y Tyvara, con los ojos desorbitados.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó.



—Sí —respondió Tyvara.

Con una gran sonrisa, él arrojó el látigo a una pila de leña.

—Por fin. —Dio media vuelta y se alejó de los edificios dando grandes zancadas.

Lorkin miró a Tyvara, esperando que lo detuviera, pero ella se limitó a sonreír.

—Allí donde hemos podido, hemos comunicado a los jefes de esclavos que si no mostraban una crueldad innecesaria, nos plantearíamos la posibilidad de cederles parte de la finca de su ashaki cuando tomáramos el poder.

Otros esclavos salieron disparados de los edificios, algunos visiblemente aterrados. Tras echar un vistazo a la embarazada, Tyvara se volvió hacia Lorkin.

—Nos quedaremos aquí a montar guardia por si el ashaki sale a perseguirlos.

Lorkin obedeció, pero la siguiente persona en salir fue Adiya, una Traidora. Esta miró en torno a sí y, al ver a Lorkin y a Tyvara, se dirigió hacia ellos.

—Ya está —anunció.

Tyvara asintió y posó los ojos en la esclava encinta, que estaba detrás de ella.

—Eres libre. Nuestra labor aquí ha concluido. Pronto regresarán los demás y se reunirán contigo. Ellos velarán por tu seguridad.

La mujer la miró fijamente y en silencio, pero parecía un poco menos asustada. Tyvara se encaminó hacia la casa de la que había emergido Adiya y entró, seguida por Lorkin. Recorrieron la sucesión sinuosa de pasadizos típica de las viviendas sachakanas y llegaron a lo que en otro tiempo debía de ser la sala maestra. El tejado había saltado por los aires, y las paredes que no habían quedado reducidas a escombros estaban combadas hacia fuera.

Un sachakano maduro yacía en el suelo, sangrando por un corte superficial en el brazo.

«¿Está muerto? Sí». Lorkin contempló el cadáver y recordó al ashaki con el que Dannyl y él se habían alojado cuando acababan de llegar a Sachaka. El hombre los había tratado con amabilidad y generosidad. Tal vez el muerto había sido también un hombre amable. Tal vez solo tenía esclavos porque era lo que siempre habían hecho los sachakanos poderosos como él. Tal vez se habría rendido si le hubieran dado la oportunidad. No merecía morir de ese modo. ¿O sí?

Era imposible saberlo. Los Traidores no podían encarcelar a todos los ashakis y juzgarlos para decidir si la muerte era un castigo apropiado. Aprenderlos requeriría demasiado tiempo y energía.

«Los Traidores están en guerra contra un estilo de vida, no contra las personas particulares, pero estas sufrirán las consecuencias». Sospechaba, sin embargo, que muchos de los ashakis se resistirían a reformar sus costumbres, aunque se les ofreciera la posibilidad de elegir.

Al pasear la vista alrededor, se percató de que Tyvara había cruzado la habitación hacia uno de los muros derruidos. Se acercó a ella y se ayudaron

mutuamente a pasar por encima de un montón de cascotes para salir a un patio. Allí, una mujer estaba de pie, mirando a Savara con una expresión de odio en el rostro bañado en lágrimas.

—La esposa del ashaki —murmuró Tyvara—. Esperamos que no sea necesario matar a sus mujeres o sus hijos.

—No te obedecerán —le decía la reina a la mujer—. Más vale que te acostumbres a ello. Mi gente hará lo posible por protegerte, pero no te vigilarán noche y día. Lo demás depende de ti.

Dos Traidores se encontraban detrás de la reina. Cuando Savara giró sobre los talones, ellos la flanquearon. Tyvara y Lorkin fueron a su encuentro.

—Hemos terminado aquí —anunció la reina—. Es hora de reunirlos a todos y seguir adelante. —Con semblante sombrío, miró por encima del hombro el edificio en ruinas—. Es demasiado esperar que podamos tomar todas las fincas con la misma facilidad.

Llegaron más Traidores. Cuando apareció la última pareja, una de ellas se aproximó a la reina a toda prisa.

—Acabo de oír que el grupo de Chiva ha tenido que enfrentarse a cuatro ashakis: un hombre y sus tres hijos. Vinyi ha muerto.

Savara fijó la mirada en la mujer, consternada.

—Nuestra primera baja. —Suspiró y comenzó a caminar hacia la puerta principal del patio. Cuando llegó ante ellos, se paró en seco. Lorkin volvió los ojos hacia allí y vio lo que la había sorprendido.

Un grupo de unos veinte esclavos —«ex esclavos», se corrigió Lorkin— aguardaba fuera. En cuanto vislumbraron a Savara, se acercaron rápidamente y se detuvieron a pocos pasos de ella. Por las miradas de adoración que lanzaban a la reina Traidora, Lorkin creyó que se arrojarían a sus pies. Ninguno de ellos lo hizo, aunque unos cuantos parecían estar esforzándose mucho por superar ese hábito, pues se inclinaban hacia delante y acto seguido se ponían derechos.

Todos guardaban silencio. Los ex esclavos más destacados se miraron, y uno de ellos tendió sus muñecas a la reina.

—Queremos daros... No tenemos nada que ofreceros... ¿Necesitáis nuestra energía?

Savara inspiró con brusquedad.

—Aún no, pero...

—Acéptala —musitó Tyvara—. Así sentirán que han participado en la lucha por su libertad.

La reina sonrió.

—Sería un honor para mí. —Bajó la vista hacia el cuchillo que llevaba al cinto—. Pero con esto, no. Es solo para nuestros enemigos.

Uno de los ex esclavos dio un paso al frente.

—Utilizad esto, entonces.

Sujetaba en la mano un cuchillo pequeño claramente concebido para labores domésticas como la confección de ropa o la talla de la madera. Savara lo cogió y comprobó con el dedo que estuviera lo bastante afilado. Asintió y se lo devolvió al hombre, que se quedó desconcertado.

—Debes ser tú quien practique el corte —dijo ella—. No quiero hacer daño a mi pueblo deliberadamente.

Él deslizó la hoja sobre el dorso de su pulgar y alargó la mano hacia Savara. Ella apretó la herida con suavidad, bajó los párpados y agachó la cabeza. El hombre cerró los ojos.

Transcurrieron unos instantes. Savara retiró la mano y alzó la mirada hacia los otros ex esclavos.

—No podemos quedarnos mucho tiempo. Es imposible que absorba energía de todos vosotros.

—Entonces se la cederemos a vuestros guerreros —declaró el primero que había hablado. Los demás asintieron y dirigieron su atención hacia las otras Traidoras. Lorkin advirtió que, como al parecer no abundaban los cuchillos domésticos, las Traidoras estaban prestándoles los suyos propios. Cuando una mujer ofreció sus muñecas a Lorkin, este parpadeó, sorprendido.

—Esto... ¿Tyvara?

Ella soltó una risita.

—Ahora eres uno de los nuestros —dijo—. Será mejor que te acostumbres.

—Oh, no es ese el problema. —Se llevó la mano al cinturón, en el que no llevaba funda alguna—. No tengo cuchillo.

Ella le sonrió.

—Pues tendremos que resolver eso en cuanto se presente la oportunidad. Por el momento —miró al hombre que tenía delante, con la mano extendida— no nos queda otro remedio que compartir.

El sol brillaba sobre las montañas cuando Sonea y Regin llegaron cerca de la primera finca ashaki. Una luz dorada teñía las paredes de un color de pergamino antiguo. En contraste, el agujero del techo era de un negro siniestro.

La finca era un hervidero de personas.

—Esclavos —dijo Regin—. ¿Están saqueando el lugar?

Sonea sacudió la cabeza. Alcanzaba a ver a una fila de hombres que sacaban escombros del edificio.

—Están limpiando.

Regin frunció el ceño.

—Lo lógico habría sido que huyeran cuando los Traidores atacaron y que permanecieran alejados ahora que son libres.

—En algún sitio tienen que vivir, y aquí disponen de comida y alojamiento. Me pregunto una cosa: si los Traidores triunfan, ¿se harán cargo de las fincas, o

las regalarán a los esclavos?

—Hum —fue la única respuesta de Regin—. Nos han visto.

En efecto, cerca de una docena de esclavos había cruzado la verja y se dirigía hacia ellos. Sonea se imaginó la impresión que debían de causar Regin y ella. Sus túnicas los identificaban claramente como a magos de Kyralia. Por su condición de kyralianos tal vez no serían bienvenidos, pero ella dudaba que incluso unos esclavos recién liberados y envalentonados por la victoria se atrevieran a atacarlos.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Regin.

Sonea se detuvo.

—Hablar con ellos. Conviene averiguar qué recibimiento nos dispensarán ahora y no más tarde, cuando estemos más lejos de la frontera.

A unos veinte pasos, el grupo aminoró la marcha hasta detenerse.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí? —gritó uno de ellos.

—Soy la Maga Negra Sonea y él es lord Regin, del Gremio de Magos de Kyralia. Hemos venido en representación de las Tierras Aliadas.

—¿Quién os ha invitado? —inquirió el hombre.

—Nos reunimos con la reina Savara hace dos días y tres noches.

—Entonces, ¿por qué la seguís a unos días de distancia?

—Para no vernos involucrados en los combates.

Los esclavos comenzaron a discutir. Osen se había mostrado de acuerdo en que Sonea y Regin siguieran a los Traidores hasta Arvice, a una distancia prudente de los enfrentamientos, para que el Gremio pudiera mantenerse informado sobre el avance de los Traidores. Había propuesto a Sonea que alegara como excusa que estaba cerciorándose de que el camino fuera seguro para los sanadores que el Gremio iba a enviar, pero solo en caso necesario. Cuantas menos personas estuvieran al corriente del acuerdo, menos probabilidades habría de que el rey sachakano se enterara.

El esclavo que había hablado se adelantó con paso decidido, y los demás se apresuraron a seguirlo. Regin irguió los hombros y cruzó los brazos, pero el hombre hizo caso omiso de él. El líder de los esclavos se detuvo a pocos pasos de Sonea, mirándola de hito en hito con los ojos entornados.

—Tendremos que comprobar que eso sea cierto.

Ella asintió.

—Por supuesto. —Maldijo en su fuero interno. Si los esclavos conseguían ponerse en contacto con Savara, la reina sabría que Sonea y Regin iban detrás de ellos. Tal vez intentaría detenerlos.

El líder se puso derecho.

—Mientras tanto, debéis quedaros aquí. Pronto anochecerá, y los sachakanos nos preciamos de nuestra hospitalidad.

Ella inclinó la cabeza.

—Será un honor para nosotros. ¿A quién debemos agradecer su amabilidad?

El hombre se quedó callado y bajó la vista, perdiendo todo rastro de altivez, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de que su actitud había sido innecesariamente agresiva.

—Me llamo Farchi —respondió. Se volvió para presentar a los demás. Eran demasiados nombres para recordarlos, así que Sonea decidió memorizar solo los de los esclavos más desvencuados y el de la única mujer que había en el grupo.

Con un gesto cortés, Farchi los invitó a Regin y a ella a acompañarlo a la finca. Mientras caminaban, Sonea aprovechó la ocasión para indagar qué había sucedido allí.

—Si no es indiscreción preguntarlo, ¿los daños son consecuencia de un ataque de los Traidores?

Farchi asintió.

—La reina y sus guerreros mataron al ashaki y liberaron a sus esclavos.

—¿Qué haréis a partir de ahora?

—Intentar encargarnos de todo, con la ayuda de los Traidores.

—¿O sea que los Traidores no se han proclamado dueños de este lugar?

—Se apoderarán de algunas fincas, pero la mayoría las dejarán en manos de ex esclavos. Algunas las dividirán.

—¿Y los demás ex esclavos?

—Se les pagará por su trabajo, y serán libres para vivir donde quieran, casarse con quien quieran y criar a sus hijos.

Ella sonrió.

—Os deseo de corazón que logréis todo ello.

Farchi alzó la barbilla y enderezó la espalda.

—Lo lograremos. Los Traidores son sachakanos. No dejarán la tarea a medias, como hizo el Gremio.

Ella le escrutó el rostro.

—¿Cómo lo sabes? En nuestros archivos no consta que el Gremio o Kyratia tomaran la decisión de abolir la esclavitud en Sachaka.

Él frunció el ceño.

—Es... lo que dice todo el mundo.

—También dicen que el Gremio creó el páramo para debilitar Sachaka, pero unos documentos históricos encontrados aquí apuntan a que fue obra de un loco y que muchos magos del Gremio intentaron detenerlo.

«Y ahora sabemos que los Traidores son los responsables de que el páramo nunca se haya recuperado. —Se resistió a darles a conocer este dato. Los Traidores eran los salvadores de los esclavos. Aunque estos creyeran sus palabras, la revelación minaría los esfuerzos de los Traidores por evitar que la sociedad sachakana se sumiera en el caos cuando ya no estuviera bajo el control de los ashakis—. Pero algún día la verdad saldrá a la luz. Me pregunto qué

opinarán entonces los ex esclavos sobre los Traidores» .

—Ese loco ¿era kyraliano o sachakano?

—Kyraliano.

—O sea que la culpa sigue siendo vuestra.

Sonea suspiró.

—Sí, ya se trataba de un acto deliberado o un error, la culpa fue de un kyraliano, del mismo modo que fue culpa de los sachakanos que los ichanis invadieran Kyralia y mataran a muchos de los nuestros. —Le sostuvo la mirada, y él enseguida desvió los ojos—. Si yo no os culpo por los crímenes que cometieron los ichanis hace veinte años, ¿podéis intentar perdonarme por lo que hizo un demente hace seiscientos años?

Farchi la contempló largamente con expresión calculadora.

—Me parece justo.

Ella sonrió y lo siguió a través de las puertas hacia un escenario de destrucción y esperanza, dolor y libertad.

Cuando Cery alcanzó a Gol, tomó una bocanada profunda de aire fresco del bosque.

—Huele a primavera.

—Sí —convino Gol—. Además, ya no hace frío por la noche.

—Ya no hace mucho frío —lo corrigió Cery—. Es decir, que al menos no se te congelan los ojos.

Gol soltó una risita.

—Tendremos que rodear la granja para llegar a la parte de la muralla más cercana al punto de encuentro.

—Ve tú delante, pues.

Como prácticamente toda la maleza estaba oculta en las sombras nocturnas que proyectaban los árboles, resultaba imposible caminar sin hacer ruido y sin tropezar. Era mucho más sencillo orientarse en los pasadizos que discurrían por debajo, incluso en la oscuridad absoluta. Para cuando llegaron al muro que separaba los terrenos del Gremio de la ciudad, Cery estaba convencido de que debían de haber atraído la atención de alguien con tantos chasquidos de ramitas, susurros de hojas y palabrotas masculladas. Esperaron un rato por si alguien se acercaba a investigar qué ocurría, pero ningún mago, criado o guardia surgió de las tinieblas. Más tranquilos, treparon al muro con la ayuda de la rama de un árbol cercano. Desde lo alto, Cery contempló la zona este de la Cuaderna Septentrional. Había casas construidas contra la muralla, con patios divididos por muros de ladrillo más bajos coronados por una «v» invertida con vidrios rotos incrustados para disuadir a posibles intrusos. El que se encontraba debajo de ellos contenía un jardín pequeño y bien cuidado.

Gol ató el extremo de una escalera de cuerda a la rama a la que se habían

encaramado para subir a la muralla. La soga había sido otro de los objetos que habían robado en la granja, y Gol había colocado a manera de peldaños unos palos cortos que había encontrado en el bosque. Fue el primero en bajar al patio, haciendo crujir la cuerda. Cery lo siguió. Borealos los arriates, se detuvieron para engrasar las bisagras de la puerta lateral del patio y salieron sigilosamente a la calle en penumbra.

Caminar por la ciudad les produjo una sensación de libertad. Mientras atravesaban el barrio, Cery se debatía entre la emoción y la inquietud por el riesgo que estaban corriendo. Al menos Anyi estaba a salvo en el Gremio con Lilia. Él no le había comentado sus planes para esa noche, pues sabía que ella intentaría detenerlo o insistiría en acompañarlo. Aunque él lograra persuadirla para que se quedara, ella querría saber por qué iba a la ciudad, y a Cery no se le ocurría un motivo lo bastante convincente.

« Aparte de la verdad. Pero dudo que le hubiera parecido una buena razón, de todos modos —pensó—. Quiere que yo viva en el Gremio y que deje la captura de Skellin en manos de los magos. —Ella confiaba demasiado en el Gremio—. ¿Y yo no? —Sacudió la cabeza—. Ahora que Sonea se ha ido y Kallen es el responsable de encontrar a Skellin, no» .

A pesar de todo, no había perdido toda su fe en el Gremio. Ellos no dejarían de intentar encontrar y reducir a los magos renegados, pero tardarían más de lo que él estaba dispuesto a esperar.

«Para forzarlos a actuar más deprisa necesito fuego de mina, para comprarlo necesito dinero, y las reservas escondidas que yo tenía y que Skellin no ha encontrado están en poder de esbirros» .

Esbirros que no creían que Cery estuviera vivo y se habían negado a entregar las reservas a Gol.

El riesgo de caer en una trampa era elevado, por supuesto. Gol y él habían elegido al esbirro que consideraban menos proclive a traicionarlos para entrevistarse con él aquella noche. Se llamaba Perin. Gol había empleado a tres golfillos callejeros como guías, con el fin de que cada uno de ellos condujera a Perin en un recorrido intrincado a través de tres cuaternas distintas de la ciudad. Las últimas indicaciones solo existían por escrito, por lo que ni siquiera los golfillos conocerían el destino final de Perin. El punto de encuentro estaba a menos de cien pasos de la muralla, de manera que si Cery y Gol se veían obligados a huir, tendrían una posibilidad de llegar a los terrenos del Gremio.

Se detuvieron en una encrucijada y miraron en torno a sí. Por allí los portales eran poco profundos y la luz de las farolas, intensa. No había ningún sitio donde esconderse cerca, lo que hacía más difícil que alguien hubiera preparado una emboscada. Aunque el rostro del hombre estaba parcialmente en sombra, lo que Cery alcanzaba a ver le resultaba familiar.

—Perin —murmuró Gol.

Cery asintió. Cruzó la calle y se acercó al hombre. Perin lo escudriñó con atención y abrió mucho los ojos cuando lo reconoció.

—Vaya, vaya. Así que estás vivo y coleando.

—Así es —dijo Cery, parándose a unos pasos de él.

—Ten. —Perin le pasó un paquete envuelto—. Envía un mensajero si quieres el resto.

—Gracias. Te debo una.

El esbirro hizo una mueca.

—No me debes nada. Tengo mi paga y la satisfacción de saber que el hijo de perra que se hace llamar rey no ha quitado de en medio a todo el mundo. —Le tendió la mano. Cery vaciló por unos instantes, se acercó para que el hombre pudiera aferrarle y correspondió a su gesto—. Te deseo buena salud y suerte —añadió Perin, que bajó las cejas al posar la vista en la cara de Cery—. Da la impresión de que no te vendría mal.

El hombre retrocedió, esbozó una sonrisa cansina y dio media vuelta para marcharse. Cery advirtió que Gol se le acercaba por detrás sin hacer mucho ruido.

«¿Se refiere a la salud o a la suerte? ¿O a ambas cosas? ¿Parezco tan viejo y cansado como me siento últimamente?» .

Notó un toque en el codo. Sacudió la cabeza, se volvió y, siguiendo a Gol, regresó a la casa adosada a la muralla, atravesó la puerta y trepó por la cuerda. Costó más esfuerzo subir que bajar, pero mientras caminaban por el bosque, se le levantó la moral. El riesgo que habían corrido había valido la pena. Gol disponía de dinero para comprar fuego de mina. Estaban casi preparados para atraer a Skellin a su trampa.

Y le complacía saber que alguien, aunque solo fuera un esbirro, se alegraba de que Cery siguiera con vida.



## Intruso

Dannyl se sentó frente a su escritorio y extrajo el anillo de sangre de Osen de su bolsillo. «Oh, cómo me gustaría poder aplazar esto un poco más». Pero no podía. Osen contaba con que Dannyl le presentara un informe cada dos o tres días. Si este no lo hacía, el administrador se molestaría o se preocuparía.

Aun así, Dannyl vaciló. «Nunca he sabido a ciencia cierta qué parte de mi mente es capaz de leer Osen durante nuestras comunicaciones. Siempre he supuesto que, como conoce mis inclinaciones, no explora muy a fondo..., y que, si creyera que estoy intimando demasiado con Achatí, ya me habría reprendido». También suponía que Osen solo podía leer aquello que Dannyl pensaba activamente mientras llevaba el anillo, no todos sus recuerdos.

En ese caso, sin duda bastaba con que evitara pensar en la noche que pasó con Achatí en el momento en que se comunicara con Osen. Por otro lado, cuando una persona estaba inquieta por algo, su mente tendía a centrarse en ello. Evitarlo requería concentración y control, capacidades que Dannyl había cultivado con ahínco en su época de aprendiz.

Cerró los ojos y realizó unos ejercicios de relajación mental. Cuando sintió que controlaba sus pensamientos, se puso el anillo. De inmediato oyó en su cabeza la voz de Osen.

Dannyl. Qué oportuno. Tengo una noticia urgente para ti. Sonea se reunió con los Traidores hace unas noches. Savara, su reina, le reveló su intención de derrocar a Amakira y a los ashakis y de liberar a todos los esclavos.

Su preocupación por lo que Osen vería en su mente había sido infundada. Sin duda aquella noticia acaparaba toda la atención del administrador. A Dannyl le dio un vuelco el corazón cuando Osen le contó que los Traidores habían rechazado la invitación de las Tierras Aliadas a integrarse en ellas y que en cambio habían alcanzado un acuerdo.

Lorkin se ha unido a los Traidores. Sonea y Regin se dirigen hacia Arvice, detrás de ellos.

¿Los Traidores han iniciado su avance?

Sí. Ayer atacaron las primeras fincas. No sé cuánto tardarán en llegar a Arvice, si es que llegan tan lejos.

¿Crees que vencerán? Si Lorkin iba con ellos, con toda seguridad pensaba que era posible. Por otra parte, si ahora el joven era leal a los Traidores, tal vez había decidido ayudarlos precisamente porque sus perspectivas no eran buenas.

Es imposible saberlo. Sonea cree que llevan mucho tiempo organizándolo. Nadie los ha obligado a enfrentarse a los ashakis. Ella duda que estuvieran dispuestos a jugarse el todo por el todo si no confiaran en la victoria.

Sin embargo, Achatí no creía que tuvieran la menor posibilidad de triunfar. El rostro del hombre asomó a la mente de Dannyl, que sintió una punzada de aprensión antes de apartarlo a un lado.

Lo siento, Dannyl. Sé que consideras a Achatí un amigo, pero no puedes advertírselo. Amakira se enteraría de que nosotros estábamos informados sobre ello antes que él. No hagas nada que despierte sospechas sobre nuestro conocimiento previo del asunto.

Entiendo. Entonces, ¿qué hacemos?

Quedaos donde estáis, y juntos; esto incluye también a Tayend. Manteneos al margen. Los Traidores no os harán daño. Los ashakis seguramente tampoco, mientras no sospechen que estamos de parte de los Traidores. Asegúrate de que Merria y Tayend entiendan todo lo que te he dicho.

De acuerdo. ¿Algún mensaje para ellos?

No. Sonea y Regin se reunirán contigo cuando lleguen, pero dudo que lo hagan antes de que finalice el conflicto.

Nos quedaremos aquí. Al menos así sabrán dónde encontrarnos.

Sí. A partir de ahora, infórmame una vez al día, o en cuanto te enteres de alguna novedad. Cuidate, Dannyl. Ponte en contacto conmigo si ocurre cualquier cosa.

Dannyl se quitó el anillo y se quedó mirándolo de nuevo. «Sachaka está en guerra —pensó—. Un ejército se dirige hacia aquí. Un ejército de magos, que sin duda se encontrarán con un ejército de magos negros del rey Amakira, en un enfrentamiento de una magnitud nunca vista desde hace más de seis siglos».

Se guardó el anillo, se levantó y salió de la habitación con grandes zancadas, entre esclavos que se dispersaban ante él. No había avanzado más de veinte pasos por el pasillo cuando una voz femenina lo llamó.

—¡Embajador!

Al volverse, vio a Merria acercarse a él a toda prisa.

—Anoche me contaron algo que te parecerá interesante —declaró ella.

—¿Debe oírlo Tayend también?

La joven asintió.

Él le hizo señas de que lo siguiera y oyó sus pisadas detrás de sí. Atravesaron

la sala maestra, enfilaron el pasillo que había al otro lado y poco después llegaron frente a los aposentos de Tayend. La esclava que aguardaba atenta al otro lado de la puerta principal se arrojó al suelo.

—¿Está aquí Tay... el embajador Tayend? —preguntó Dannyl.

Ella movió la cabeza arriba y abajo.

—Dile que hemos venido a verlo.

La esclava se puso de pie apresuradamente y entró en una de las habitaciones. Un momento después se oyó un gruñido bajo seguido de una maldición.

—¡Fuera!

La mujer salió rápidamente y se acercó con paso acelerado a Dannyl y a Merria.

—No lo hagas —dijo Dannyl cuando ella se disponía a postrarse de nuevo.

—El embajador se está vistiendo —dijo la esclava antes de retirarse y quedarse de pie con la espalda contra la pared y la vista baja.

«Osen ha dicho que los Traidores intentarán liberar a los esclavos —pensó Dannyl—. Si lo consiguen, ¿adónde irán los esclavos de esta casa? —Tal vez podrían quedarse como sirvientes asalariados. Eso esperaba. Sería un alivio que abandonaran aquella actitud tan sumisa—. Aunque tal vez no opinaría lo mismo si empezaran a mangonearnos como hacen algunos criados kyalianos. —Pestañeó cuando se le ocurrió otra posibilidad—. Si los Traidores triunfan, acaban con la esclavitud y se unen a las Tierras Aliadas, ¿llegarán a convertirse en magos algunos de los ex esclavos?».

Recordó los extremos a los que Fergun había llegado para impedir que Sonea ingresara en el Gremio. Si no la consideraba digna de ser maga, ¿qué habría pensado de los esclavos sachakanos?

Curiosamente, esta idea hizo que se sintiera más animado, pero su buen humor se disipó cuando Tayend apareció con un aspecto desaliñado que evidenciaba que se había puesto sus elaborados ropajes a la carrera.

—Embajador. Lady Merria —saludó Tayend. Los guio hasta los taburetes colocados en medio del salón central, se sentó en un cojín especialmente grande y se frotó los ojos.

—¿Desvelado? —preguntó Dannyl.

Tayend hizo una mueca.

—Desvelado y con resaca. Mis amigos sachakanos estaban más empeñados de lo habitual en ahogar sus preocupaciones. —Se volvió hacia la esclava—. Trae agua y un poco de pan.

En cuanto ella se marchó, Dannyl invocó magia y generó una barrera en torno a ellos para aislar el sonido. Se inclinó hacia Tayend.

—Tienen motivos para ello.

El elyneo abrió mucho los ojos e irguió la espalda.

—¿Ah, sí?

Dannyl comenzó a referirles la noticia de Osen, y tanto Tayend como Merria asintieron.

—Eso explica lo que me contaron mis amistades anoche —dijo Merria—. Según ellas, las autoridades están torturando y matando a las esclavas sospechosas de ser Traidoras. —Hizo una pausa y arrugó el entrecejo—. También explica otra cosa. Mis amigas estaban haciendo preparativos para pasar el verano en una finca de campo y me invitaron a acompañarlas. Les contesté que no podía, que tenía que quedarme contigo. —Inclinó la cabeza hacia Dannyl—. Dijeron que Tayend y tú podíais ir con ellas también, en caso necesario.

—¿«En caso necesario»? —repitió Tayend—. Hum.

—Seguramente ya han partido. Supongo que podría averiguar dónde están. —Merria parecía preocupada.

Dannyl negó con la cabeza.

—No podemos irnos con ellas.

—Pero ¿tenemos que quedarnos aquí? —inquirió Tayend, mirándolo—. En las guerras se cometen errores. Pueden morir personas por estar en el lugar equivocado, o fulminadas por un azote mágico perdido que ha errado su objetivo. —Frunció los labios—. Supongo que no podríamos acompañar a Achatí en otro viaje de investigación.

Esta propuesta provocó a Dannyl una punzada de gratitud y nerviosismo. «Aunque aprecia a Achatí, dudo que lo hubiera mencionado de no ser por mí».

—Si se lo sugerimos, sospechará que sabíamos que los Traidores planeaban una invasión —replicó Dannyl.

—A menos que él no lo sepa. Sería una forma de evitar que intervenga en el conflicto. Pero entonces nunca nos perdonaría que le impidiéramos cumplir con su deber —añadió Tayend, apartando la vista.

Tayend tenía razón. Achatí era leal a su rey y a su pueblo. «Jamás abandonará Sachaka. Al menos por mí». Siempre lo había sabido.

—¿Qué harán los Traidores con las mujeres libres y sus hijos? —quiso saber Merria.

Hubo un intercambio de miradas sombrías.

—No creo que maten a nadie que no sea mago —dijo Tayend pausadamente.

—Depende de lo bien que hayan tratado a sus esclavos —agregó Dannyl.

Merria se encogió de hombros.

—Bueno, aunque afirman que no simpatizan con los Traidores, al parecer mis amigas tienen cierta conexión con ellos. Seguro que eso significa que no les pasará nada. —Posó los ojos en Dannyl—. A mí el que me preocuparía es tu amigo.

Se salvó de responder gracias a que la esclava reapareció en aquel momento. Dannyl se levantó para retirarse y Merria lo imitó.

—¿Quieres quedarte un rato, Danny! —preguntó Tayend. El elyneo esperó a que Merria y la esclava se fueran para hablar—. Estás angustiado. Lo noto. Pero no olvides que los Traidores pueden perder.

—Lorkin está con ellos.

Tayend torció el gesto.

—Ah, sí. Esto no puede acabar bien, ¿verdad?

Danny sacudió la cabeza.

—Solo nos queda esperar que, sea cual sea el desenlace, las personas que nos importan sobrevivan y huyan. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—Él te importa, ¿verdad?

Danny se detuvo y, al volverse, vio que Tayend se había puesto de pie. Pensó en las palabras de Ahati: « Me gustaría que fuéramos más que amigos, al menos durante un tiempo, antes de que los acontecimientos nos lleven a creer que debemos comportarnos como enemigos» . Suspiró.

—No estoy enamorado, Tayend.

—¿No? —Tayend se le acercó y le posó una mano en el hombro—. ¿Estás seguro?

—Sí. Nunca creí que nuestra relación fuera a durar. Solo... suponía que se terminaría por razones políticas más prosaicas.

—Temes por su seguridad.

—Sí, como temería por la de cualquier otro amigo.

Tayend arqueó las cejas con incredulidad.

—Sois más que amigos, Danny.

—Tú y yo somos más que amigos, Tayend. Estuvimos juntos durante demasiado tiempo como para negarlo. También estaría preocupado por ti si te encontraras en la misma situación.

Tayend sonrió y le dio un apretón en el hombro.

—Y yo por ti. La diferencia es que yo volvería contigo sin pensarlo dos veces. Tú no. —Giró sobre sus talones y se dirigió de nuevo hacia los taburetes.

Danny se quedó sin respiración y contempló fijamente a Tayend. Cuando el elyneo miró hacia atrás, Danny apartó la mirada de él y salió de la habitación. No fue sino hasta que llegó a su habitación que su mente se recuperó de la sorpresa y comenzó a dar vueltas a lo que había descubierto y a todo aquello que temía.

Tras atravesar la puerta de los pasadizos interiores de la universidad, Lilia dio unos pasos y vio a los aprendices que estaban más adelante. No se apartaron cuando se acercó. En cambio, los tres se encararon con ella, interponiéndose en su camino.

Lilia aflojó la marcha. Oyó tras de sí el sonido de la puerta al abrirse de

nuevo, seguido de una carcajada triunfal. Cuando se dio la vuelta, advirtió que Bokkin estaba allí junto a otros dos aprendices, todos con una gran sonrisa.

—Lilia —dijo Bokkin—. Justo la persona que buscábamos, ¿verdad? —Se volvió hacia sus acólitos, que asintieron.

Ella meneó la cabeza. «Es increíble que sean tan estúpidos. ¿Acaso no piensan en el futuro? ¿Creen que no me acordaré de nada de esto después de graduarme?». Sin embargo, este era un futuro lejano para ellos. Sabían que Lilia tendría prohibido utilizar la magia negra salvo en circunstancias excepcionales, y eran incapaces de imaginar que ella pudiera vengarse de otra manera.

—¿Sabes qué he oído, Lilia? —preguntó Bokkin—. He oído a alguien comentar que hace años que los aprendices no se unen contra alguien como tú, alguien que no sabe cuál es su sitio. Tengo entendido que la última vez fue bastante eficaz.

«Se refieren a Sonea», comprendió Lilia.

—¿Eficaz? —contestó ella—. Derrotó a su adversario en un duelo y se convirtió en maga superiora. Si eso es eficaz, debería animar a los aprendices a unirse contra mí.

Reprimió una risotada al ver la cara de sorpresa de los otros aprendices.

Bokkin frunció el ceño.

—Antes de eso. Antes de que...

La puerta que tenía detrás se abrió y un mago de túnica negra la cruzó con paso resuelto. Lilia sintió un gran alivio, pero se apresuró a adoptar una actitud circunspecta. Esperaba que, si su expresión la había delatado, los demás estuvieran demasiado ocupados mirando a Kallen para darse cuenta.

El mago negro los observó y la arruga entre sus cejas se hizo más profunda cuando comprendió lo que estaba ocurriendo allí. Los aprendices le dedicaron una reverencia. Él entornó los párpados.

—Lady Lilia —dijo—. Solo necesitamos un voluntario. —Escrutó el rostro de los demás—. ¿Quién de ustedes quiere tener el honor?

Los acólitos de Bokkin se volvieron hacia él con el ceño fruncido. Kallen siguió la dirección de sus miradas y asintió.

—Usted nos servirá, lord Bokkin. Síganos.

Los aprendices se arrimaron a la pared para dejarlo pasar. Lilia, que no quería caminar detrás de Kallen junto a Bokkin, dio media vuelta y encabezó la marcha hacia la pequeña habitación en la que Kallen le impartía instrucción. Cuando llegó frente a la puerta se volvió, suponiendo que Bokkin habría huido.

Pero el chico los seguía obedientemente. Estaba pálido y muy serio. «Preocupado —pensó ella, conteniendo una sonrisa—. Yo también lo estaría. ¿Qué demonios querrá hacer Kallen con él?».

El mago negro abrió la puerta e indicó a Bokkin que pasara al interior. Lilia entró tras él. Kallen señaló un asiento. Bokkin se sentó, con la vista baja.

—Gracias por ofrecerse voluntario —dijo Kallen, ocupando la otra silla—.

¿Le ha explicado Lilia que no le dolerá?

—Nnn... —empezó a decir Bokkin, con los ojos desorbitados.

—Todavía no —terció Lilia—. No he tenido tiempo de explicarle muchas cosas.

Kallen la miró. Aunque tenía una expresión ceñuda de desaprobación, ella percibió un brillo de otra cosa en su mirada. «¿Qué se traerá entre manos?».

El mago se volvió hacia el joven.

—De hecho, si se hace de manera correcta, el sujeto no percibe que le están leyendo la mente. —Bokkin abrió mucho los ojos, pero Kallen pareció no notarlo—. Bien, me he retrasado un poco y no quiero que llegue tarde a su primera clase, así que será mejor que empecemos. —Hizo una seña a Lilia—. Colócate de pie junto a él.

Ella se alegró de que Kallen le diera una razón para apartarse de la vista de Bokkin, pues dudaba que pudiera aguantar las ganas de sonreír durante mucho tiempo. Cuando obedeció, Bokkin intentó volverse hacia ella.

—Esto no era... Yo no...

Kallen se inclinó hacia delante y clavó en Bokkin una mirada desafiante.

—Conque ha cambiado de opinión, ¿eh? Supongo que podemos correr la voz de que necesitamos a otra persona.

Bokkin se quedó inmóvil. Lilia imaginó que estaba sopesando las opciones: ganarse fama de cobarde o dejar que Lilia y uno de los temidos magos negros le leyera la mente. Para regocijo de Lilia, Bokkin decidió quedarse.

—No hurgarán en mis recuerdos, ¿verdad? —preguntó este.

Kallen hizo un gesto de negación.

—Por supuesto que no.

Bokkin asintió.

—Entonces, está bien.

Kallen se levantó e inclinó la cabeza hacia Lilia.

—Conectaré con tu mente; conecta tú con la suya.

Lilia respiró hondo, colocó las manos a los lados de la cabeza de Bokkin y, cuando notó que Kallen le apretaba las sienes con los dedos, inició un ejercicio sencillo para aclarar y centrar su mente.

Lilia, habló Kallen.

Kallen.

Ella solo percibía su presencia y su voz mental. En otras clases basadas en la comunicación telepática, él le había desaconsejado que imaginara que su mente era una habitación. Esto a veces dificultaba las lecciones, pero hacía que ella asimilara los conceptos de una forma menos consciente y más instintiva. De este modo, la sensación de usar la magia pasaba a ser como la de mover una extremidad: un acto reflejo y a la vez deliberado.

Bokkin nos denunciará si exploras sus recuerdos, pero dudo que tenga mucho

control sobre su mente. Seguramente nos mostrará lo que no quiere que veamos de todos modos. Si permaneces alerta, quizá percibas algo que te sea útil para hacer que deje de molestarte.

Lilia no pudo ocultarle su conmoción.

Pero... ¿deberíamos ignorar esos recuerdos!

Sí. No obstante, el Gremio nos permite saltarnos ligeramente las normas en casos excepcionales. La experiencia nos ha enseñado que más vale frenar en seco el acoso a los aprendices que pasarlo por alto y arriesgarnos a que estos infrinjan las reglas y las leyes más tarde.

¿Se refiere a lo que ocurrió con Sonea?

Y a los conflictos que surgieron cuando se abrieron las puertas del Gremio a alumnos de clase baja.

No sé si me atrevería a aprovechar información muy privada...

Tal vez no sea necesario. Quizá la amenaza de aprovecharla baste para pararle los pies.

Eso espero.

Ahora concéntrate en la mente de Bokkin. Percibe su resistencia intuitiva a la lectura mental.

Ella siguió sus indicaciones y captó una sensación de triunfo en Bokkin cuando fracasó.

Ahora, fíjate bien...

La presencia de Kallen se expandió y se debilitó, como un rayo de luz al atravesar un visillo. La mente de Bokkin no percibió el intento de intrusión concentrado, por lo que no luchó contra él. Al cabo de un momento, la presencia de Kallen se intensificó de nuevo.

Ahora prueba tú. Despeja tu mente de todo salvo de una intención: la de penetrar en su pensamiento de forma lenta y sutil, como el humo.

Como el humo o como la luz, parecía fácil, pero Lilia tuvo que intentarlo varias veces antes de conseguir que la mente de Bokkin no la detectara. Este debió de notar que cambiaba su estrategia, pues cuando ella consiguió introducirse en su mente, advirtió que estaba preocupado.

«Esto no está bien —pensó él—. Ha quebrantado una ley. No deberían dejar que aprenda esas cosas».

Surgió un recuerdo. Un rostro. Lilia supo al instante que era el del padre de Bokkin. «Siempre habrá otros que lleguen a ser más fuertes que tú..., si se lo permites. Tienes que meterlos en cintura mientras sean débiles, impedir que se vuelvan fuertes». Bokkin se percató de lo que estaba haciendo y se esforzó por dejar de recordar, pero no antes de que Lilia captara tres destellos breves de imágenes cargadas de emoción. Cariño y dolor. Palizas. Ira. Pena.

Ella comprendió entonces que Bokkin creía en ello firmemente sin la menor sombra de duda y lo consideraba el mejor consejo que le había dado su padre.



Al fin y al cabo, este así lo había demostrado al convencer a base de golpes a su hijo de que lo obedeciera y lo temiera. Luego había muerto a manos de un hombre a quien, según había reconocido, debía haber tratado con más dureza.

«Eso es lo que intenta hacerme —concluyó ella—. Está pensando en el futuro. Como voy a ser más fuerte que él, trata de debilitarme ahora. —Se estremeció al imaginar el tipo de mago en que se convertiría—. Para entonces será más poderoso que la mayoría de la gente. Solo se sentirá amenazado por otros magos. Como yo» .

¿Lilia?, envió Kallen.

Ella salió de la mente de Bokkin.

¿Sí?

Lo has hecho bien. Es suficiente por ahora.

Notó que las manos de Kallen se apartaban de su cabeza, así que abrió los ojos y soltó a Bokkin. Kallen se acercó a la silla y se sentó. La puerta que tenía detrás se abrió.

—Puede irse, lord Bokkin. Gracias por su ayuda. Dígame a uno de los demás que se presente aquí mañana a la misma hora.

—Sí, Mago Negro Kallen. —El joven hizo una reverencia y salió a toda prisa de la habitación.

La puerta se cerró tras él. Lilia se apoyó en el respaldo de la silla, retrasando el momento de sentarse. No quería notar ni el calor residual que Bokkin había dejado allí.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Kallen.

Lilia hizo una mueca.

—Que cree que cualquiera que pueda llegar a ser más fuerte que él es una amenaza, así que ha encontrado la manera de dominarlos antes de que ellos lo dominen a él. —De pronto cayó en la cuenta de que seguramente la pregunta se refería a la técnica de lectura mental—. Y la lectura mental funciona de un modo totalmente distinto. No se puede leer la mente de alguien intentando imponerse sobre él.

Kallen asintió.

—En efecto. —Sacudió la cabeza—. Los magos como Bokkin son la razón por la que no enseñamos este nivel de lectura mental a todos.

—Un momento... ¿Está diciendo que cualquiera podría aprender a hacer esto?

—Por desgracia, sí. El Gran Lord Akkarin fue el primer mago del Gremio que aprendió a leer la mente de una persona contra su voluntad, por lo que siempre se había dado por sentado que era una técnica que requería el dominio de la magia negra. Reveló a la Maga Negra Sonea que no era verdad cuando le enseñó a leer la mente antes que a absorber y almacenar magia. Sonea accedió a guardar esa información en secreto. Tú también debes hacerlo.

—Oh, ya lo creo. —Al imaginar lo que Bokkin sería capaz de hacer con esos conocimientos, Lilia sintió un escalofrío.

—Tienes una manera fresca e interesante de abordar las cosas, Lilia —comentó Kallen—. Como esa idea de utilizar un azote de fuerza rápido e intenso en vez de un cuchillo cuando haces magia negra. Es ingeniosa. Se la he descrito a lady Vinara, y hemos barajado posibilidades de experimentar con ella de forma segura.

Al oír el elogio, ella notó que se le encendía el rostro y bajó la mirada.

—Bueno..., espero que funcione.

—Aunque no funcione, vale la pena intentarlo. Bien, hemos terminado por hoy. Será mejor que te vayas a tu primera clase.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, Lilia se inclinó y murmuró el nombre de Kallen. Se dirigió hacia el aula debatiéndose entre la alegría y la preocupación. «Estoy aprendiendo mucho de Kallen, y creo que me mira con mejores ojos desde que las lecciones no se centran en prácticas de combate».

Sin embargo, ahora que sabía por qué Bokkin la acosaba, no tenía idea de cómo conseguir que la dejara en paz. «Siempre dirigirá sus esfuerzos contra mí. Por otro lado, yo siempre seré más fuerte, y él es demasiado tonto para convertirse en una amenaza de otro tipo, así que supongo que la situación podría ser peor».

Pero tendría que vigilarlo en todo momento, lo que resultaría muy, muy molesto.

En cuanto los pasos de Anyi se apagaron a lo lejos, Gol se levantó y sacó sus utensilios de debajo del colchón. Mientras el hombretón ponía manos a la obra de nuevo, Cery inspeccionó los agujeros que su amigo había practicado en una zona de la pared un rato antes, a través de la argamasa y de la tierra que había al otro lado. Anyi no había reparado en ellos. Los ladrillos eran irregulares y estaban agrietados, y Gol había elegido lugares donde el farol proyectaba sombras intensas.

Cery tenía que agacharse para ver el extremo de los tubos que Gol había introducido en cada agujero, de los que sobresalía una tira de papel aceitado.

—¿Cuántos más quieres preparar? —preguntó Cery.

Gol se había acercado a la pared opuesta.

—Depende de lo rápidamente que creas que podemos encenderlos. No conviene que el primer grupo se dispare mientras encendemos los demás. Si pongo cinco en cada pared y nos encargamos de una pared cada uno, quizá logremos encenderlos todos. Tráeme un tubo, ¿quieres?

Cery se dirigió hacia la caja de fruta que Lilia les había llevado la noche anterior, la vació y levantó la arpillera que cubría el fondo. Había guardado el fuego de mina debajo, confiando en que la aversión de Anyi por la fruta le

impidiera descubrirlo.

Cuando le acercaba el primer tubo a Gol, se fijó en un fino reguero de polvo que escurría por un pliegue del papel, en un extremo.

—Está roto. ¿Es grave?

Gol se volvió, y sus ojos se desorbitaron.

—Sujétalo con el agujero hacia arriba —le indicó en tono apremiante.

Cery así lo hizo, y el polvo dejó de caer.

—¿Tan peligroso es?

—Sí —respondió Gol con expresión muy seria—. Si hay mucho fuego de mina flotando en el aire, una vela o una lámpara puede hacerlo estallar. —Bajó la vista hacia el tubo y vertió un poco de polvo en la palma de su mano antes de meterlo en la pared—. Te lo demostraré. Llévate una vela al pasadizo y colócala a unos veinte pasos.

En la mano de Gol quedaba poco más que un pellizco de polvo. Cery cogió una vela encendida, salió de la habitación con ella y la dejó en el suelo del pasadizo. Gol le hizo señas de que se acercara y se parapetara tras él.

—Más vale que te tapes los oídos.

Juntó el polvo entre dos dedos, se abalanzó hacia delante y lo arrojó hacia la vela. Un destello deslumbró a Cery, y al mismo tiempo un sonido como de una mano gigantesca asestando una palmada sobre una mesa retumbó en el pasadizo. Se levantó una polvareda con la tierra que caía de las paredes próximas a la vela, que de pronto se había hecho mucho más corta y estaba rodeada de un charco de cera derretida.

Cery apartó las manos de sus orejas. « Todo esto con solo un pellizco. Y hay mucho más dentro de esos tubos » .

—¿Estás seguro de que quieres meter tantos tubos en la pared?

Gol se encogió de hombros.

—En algún lugar hay que ponerlos. Es más seguro guardarlos dentro de la pared que en la habitación, junto a nosotros.

« Claro. Aunque la dejáramos en el cuenco de fruta, podría dispararse cuando estallaran las otras cargas. Es preferible que destruya el interior de una pared a que nos destruya a nosotros » .

—¿Cuánto tardan en arder las tiras retardadoras?

—Lo que se tarda en contar hasta veinte. —Gol recogió la vela, se la pasó a Cery y regresó a la habitación—. Si no disponemos de tiempo suficiente, quizá solo consigamos encender una a cada lado. Me imagino que cuando estallen, las otras detonarán también.

—O sea que encendemos una y salimos pitando.

Gol frunció el ceño.

—¿Ese sonido es Anyí, que ya viene de vuelta?

Cery prestó atención. Al oír unas pisadas leves, se dirigió rápidamente hacia

la caja y colocó la arpillerá y la fruta dentro, mientras Gol escondía sus herramientas para taladrar. Por si acaso no se trataba de Anyi, no soltaron las velas. Al cabo de un momento, un silbido suave resonó en el pasadizo y ambos se tranquilizaron.

Cery respondió con otro silbido y, un instante después, Anyi entró con paso veloz, sujetando su farol. Él cayó en la cuenta de que había supuesto que ella estaba más lejos porque sus pasos apenas eran perceptibles. Cuando Anyi los vio, soltó un jadeo.

—Una de las paredes se ha derrumbado cerca de la barrera de Lilia. O alguien la ha echado abajo. Sea cual sea la causa, ahora existe otro camino para llegar hasta aquí sin atravesar su escudo.

A Cery el corazón le dio un vuelco.

—¿Has encontrado huellas?

Ella alzó los hombros.

—No veía nada. He bajado la tapa del farol para que no me descubrieran y he venido directa hacia aquí. Pero tampoco he oído nada.

Cery se volvió hacia Gol, que le devolvió la mirada con el rostro lleno de preocupación.

—Creo que deberías ir a buscar a Lilia —dijo Gol.

—Estará en clase. No puedo presentarme sin más y...

—Ve a los aposentos de Sonea —dijo Cery con firmeza—. Dile a Jonna que vaya a por Lilia.

—Deberías venir conmigo y esconderte en los aposentos de Sonea.

—Si oímos algo, te seguiremos —le aseguró Cery—. Anda, vete.

Ella se quedó inmóvil por un momento, mordiendo el labio, antes de marcharse a toda prisa. Gol no esperó a que sus pasos se apagaran. Se abalanzó sobre el taladro y prácticamente embistió la pared con él. Cery inclinó la caja para dejar caer la fruta y se la llevó a su amigo. Quedaban cuatro tubos de fuego de mina en el fondo. No dejaba de repetir mentalmente las palabras de Gol mientras aguzaba el oído para intentar captar cualquier sonido procedente de los pasadizos. «Es más seguro guardarlos dentro de la pared que en la habitación, junto a nosotros».

No estaba seguro de si se le había acelerado el pulso por la expectación o por el miedo. ¿Se aproximaba Skellin? ¿Había llegado por fin el momento de accionar la trampa? ¿Se abriría un socavón enorme en los jardines, descubriendo al renegado a los ojos del Gremio, como habían planeado? ¿O tal vez Skellin, que no se esperaba la explosión, moriría?

«Pase lo que pase, al menos Anyi no está aquí. No tengo intención de morir junto con Skellin, pero cuantas menos personas haya por aquí, menor será la posibilidad de que alguno de nosotros salga herido».

## Un viejo enemigo

Al mirar con los ojos entornados la mancha oscura que había más adelante, en el camino, Lorkin no sacó nada en claro salvo la impresión de que se movía. « Parece un grupo de jinetes » . Echó un vistazo a Savara. Tenía la mirada puesta en la carretera, así que era imposible que no los hubiera visto, pero no tenía aspecto preocupado.

Lorkin se volvió hacia Tyvara, que cabalgaba a su lado, y la sorprendió removiéndose en la silla de montar con el gesto torcido. Cuando ella se percató de que la observaba, sonrió.

—Solo han pasado unas horas y ya tengo rozaduras.

Los ex esclavos de una de las fincas que habían liberado aquella mañana les habían dado caballos. « Liberar » quería decir simplemente llegar y ejecutar a los propietarios ashakis y a sus camaradas magos. Para estos, a menudo la única señal de un ataque inminente era la desaparición repentina de sus esclavos. Aunque todos presentaban batalla, saltaba a la vista que la mayoría no acostumbraba a alimentar sus reservas de magia. « ¿Por qué habrían de hacerlo? No son ichanis que viven bajo la amenaza constante de otros magos negros. Seguramente solo almacenan energía cuando lo necesitan para alguna tarea concreta » . Esto hacía que sus muertes parecieran más asesinatos que bajas de guerra.

« Tengo la sensación de que, en vez de librar una guerra, irrumpimos en casa de estas personas y matamos a esposos, hijos y padres. Si nos enfrentáramos a una fuerza integrada por todos ellos, también mataríamos a esposos, hijos y padres, pero me parecería más justificado » . Por otro lado, los Traidores no eran vencedores prepotentes que ejecutaran a las familias de forma caprichosa o por venganza, entre torturas y saqueos. Si hubieran obrado de este modo, Lorkin tal vez habría lamentado su decisión de unirse a ellos. Por el contrario, eran compasivos y eficientes.

« Pero implacables » .

Pensó en la gema que le había dado su madre.

Se recordó a sí mismo que su padre había arrancado a Zarala la promesa de que los Traidores acabarían con la esclavitud. Su padre había deseado que esto ocurriera. Cada vez que lo asaltaban dudas o temores, Lorkin miraba a los esclavos recién liberados y se decía que todo era por una buena causa.

Había supuesto que los Traidores toparían con ashakis más preparados una vez que comenzara la invasión, pero los ataques los cogían claramente por sorpresa a todos. Tal vez los primeros en morir estaban demasiado ocupados defendiéndose para poner sobre aviso a los demás. Quizá enviaban mensajes a través de esclavos, pero los siervos que apoyaban a los Traidores se aseguraban de que los que permanecían fieles a sus amos no partieran para alertar a otros.

Lorkin sabía que, tarde o temprano, la alarma cundiría. Tal vez un ashaki transmitiría una advertencia mentalmente, por medio de una comunicación directa o de un anillo de sangre. Aunque el equipo de Savara los matara a todos antes de que se les presentara la oportunidad de hacerlo, quizá a otro de los equipos se le escapara alguno. Una vez que la noticia llegara a algún lugar antes que los Traidores, nada impediría que se propagara por la ciudad. Y cuando esto ocurriera, los Traidores no tendrían que luchar contra uno o dos magos en cada finca, sino contra un ejército de ellos. Esta era la razón por la que la sombra que veía más adelante en el camino le había desbocado el corazón.

Se concentró en la mente de Tyvara y percibió una expectación impaciente, con solo un atisbo de inquietud. «No han muerto más Traidores —pensó él—. Pero no tardará en caer alguno...». Ella advirtió que Lorkin la miraba con el ceño fruncido, y sonrió de nuevo.

—Tranquilo. Solo es otro equipo. Conforme nos acerquemos a la ciudad, los equipos se encontrarán y se unirán.

Aliviado, él dirigió de nuevo la vista al frente, hacia los otros Traidores que se acercaban. Las sombras se transformaron en figuras a caballo. Las figuras se convirtieron en hombres y mujeres. Las facciones se hicieron más definidas. Lorkin oyó a Tyvara soltar una palabrota al mismo tiempo que caía en la cuenta de que uno de los rostros le resultaba familiar.

—¿Qué hace ella aquí? —farfulló.

Tyvara suspiró.

—El castigo de Kalia ha quedado suspendido hasta que termine la invasión —le explicó ella—, al igual que el mío. Sería triste que perdiéramos por faltarnos la energía de dos magas.

Lorkin vio que Kalia recorría el grupo de Savara con la mirada y que ponía mala cara al divisarlos a Tyvara y a él.

—Todos estamos en el mismo bando —dijo Tyvara—, pero desearía que hubieran incluido a Kalia en uno de los equipos que atacarán el extremo opuesto de la ciudad —añadió en voz más baja.

Savara se dirigió a los dos.

—No le quitaré la vista de encima. Ni el oído. —Miró de nuevo al grupo que se aproximaba y espoleó a su caballo para ir a su encuentro. Para alivio de Lorkin, la mujer que se acercó a recibirla no era Kalia, sino la portavoz Halana, líder de las pedreras.

—Al menos no está al mando del equipo —comentó él.

Tyvara rio entre dientes.

—No somos tan idiotas.

Halana se llevó la mano al corazón por unos instantes antes de tirar de las riendas para que su montura se detuviera junto a la de Savara.

—¿Alguna novedad? —preguntó Savara.

—Hemos perdido a Vilanya y a Sarva —respondió Halana—. Han caído en una emboscada.

—O sea que los ashakis están avisados.

—Es lo más probable. ¿Habéis tenido algún contratiempo?

—Algunos esclavos se exaltan demasiado —le informó Savara con un suspiro—. Los de una finca mataron a una familia entera y al jefe de esclavos, que era aliado nuestro. Les dije que ese no era nuestro objetivo, pero creo que no me escuchaban.

Halana asintió.

—Tendremos más problemas de ese tipo. He estado dando a entender que queremos ocuparnos nosotros mismos de las familias, más tarde.

—Eso podría dar resultado, mientras ellos no asuman el papel de carceleros con demasiado entusiasmo. —Savara echó una ojeada alrededor—. Sigamos adelante.

Los dos grupos se fundieron en uno. Lorkin se fijó en que Kalia se situaba de manera que Savara y Halana estuvieran entre Tyvara y ella. Las dos líderes comenzaron a debatir sobre qué harían si los esclavos liberados no podían proporcionar víveres a los Traidores. Al poco rato, Savara habló de pronto en voz lo bastante alta para que la oyeran todos.

—¿Qué problema es ese del que hablas, Kalia?

Cuando Lorkin se volvió, vio que la mujer posaba los ojos en él y luego en la reina. Se puso derecha.

—Hay un no-Traidor entre nosotros. Simplemente advertía a Cyria que tuviese cuidado.

—Cyria no tiene por qué desconfiar de ninguno de los presentes. Todos somos Traidores.

—Lorkin es kyraliano.

—De origen kyraliano. Ahora es Traidor. Entre nosotros hay ex esclavos y mujeres que eran esposas o hermanas de ashakis. Todos se han unido a nosotros por su propia voluntad. Aquí no sobra nadie.

—Pero es un mago del Gremio, y además un hombre.

Savara sonrió.

—Si mi entrevista con su madre hubiera tenido el resultado esperado, ahora marcharíamos hacia Arvice junto con muchos cientos de magos del Gremio, entre ellos unos cuantos hombres. ¿Te preocuparía una presencia masculina tan nutrida, Kalia?

—¡Por supuesto que no! Pero me costaría más que a vos fiarme de ellos. — Kalia miró a Savara de soslayo—. Así que... el Gremio no quiere entrar en guerra con los ashakis, ¿y él sigue aquí? ¿Estáis segura de que no es un espía?

—Totalmente.

—¿De verdad esperáis que...? —Kalia se quedó callada cuando uno de los Traidores de la retaguardia llamó a Savara. Todos se volvieron hacia el hombre, que estaba señalando. Cientos de pasos más atrás, una nube de polvo se elevaba al avance de un jinete que galopaba hacia ellos.

—Alto —ordenó Savara—. Escudaos.

El jinete no tardó mucho en alcanzarlos. Su cabalgadura redujo la velocidad, con los costados empapados en sudor y moviéndose al ritmo de su respiración agitada. El hombre que la montaba era un joven finamente vestido, aunque su constitución y su color de piel parecían indicar que era un ex esclavo.

—Reina Savara —dijo, llevándose la mano al corazón brevemente—. Me han enviado para avisaros de que os siguen dos kyalianos. —Guardó silencio por un momento para hacer memoria—. La Maga Negra Sonea y el asha... y lord Regin. Hemos intentado retenerlos en la finca, pero han desobedecido nuestra orden de quedarse allí y han salido por la fuerza valiéndose de la magia.

Lorkin contuvo un suspiro. Debía haberlo imaginado. «Pero si yo he sido incapaz de dejar que Tyvara vaya a la guerra sin mí, ¿por qué iba a esperar otra cosa de mi madre?».

—¿Algún herido?

El hombre sacudió la cabeza.

Kalia murmuró algo. Savara clavó en ella los ojos entornados. Luego se volvió hacia Lorkin, con las cejas arqueadas en un gesto inquisitivo.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. No me dijo que planeara seguirme... seguirnos.

—Espía —espetó Kalia.

La reina la miró con expresión de disgusto.

—Basta, Kalia. —Paseó la vista por el grupo y la fijó en dos de los Traidores, un hombre y una mujer—. Saral, Temi. Id al encuentro de la Maga Negra Sonea y pedidle explicaciones. —Hurgó en una bolsa que llevaba a la cintura y extrajo un anillo. Cuando se lo arrojó a la mujer, el sol se reflejó en él con un destello amarillo—. Usa esto para comunicarme su respuesta.

Ambos asintieron y, con mala cara por haber recibido un encargo tan



fastidioso, se alejaron a caballo junto con el mensajero. Savara espoleó a su cabalgadura para que echara a andar y posó la mirada en la carretera que tenía delante. En un silencio grave, los dos equipos prosiguieron su camino, en dirección a la siguiente finca y la próxima batalla.

Lilia respiró hondo y exhaló antes de acercar la pluma al papel e intentar descifrar sus apuntes de la demostración de sanación de aquella mañana. Aunque habían reducido el número de materias que debía cursar y habían aplazado su graduación, le costaba concentrarse en momentos como aquel.

«Me resultaba más fácil estar motivada cuando creía que podría elegir la disciplina de sanación. Ahora que sé que no me dejarán elegir ninguna, ¿qué sentido tiene? —Sería una maga negra, y era más importante que estuviera preparada para luchar que para sanar—. Y no es que de pronto me entusiasmen las clases de habilidades de guerrero. Pero estas lecciones nuevas con Kallen han sido interesantes, tal vez porque hay mucho que descubrir en la magia negra. El Gremio no lleva siglos estudiándola ni lo sabe todo sobre ella».

La demostración de sanación de aquella mañana había sido con un hombre que había recibido una herida en un accidente durante una práctica de esgrima. La espada de entrenamiento de madera había atravesado la cota de piel reforzada, pero no se había clavado muy hondo. No era algo que sucediera a menudo. Las espadas solían resbalar al golpear la cota con el filo, y en teoría las estocadas no se lanzaban con fuerza. Sin embargo, el herido había saltado hacia su contrincante, que estaba enfadado y había atacado con más ímpetu del que pensaba.

«Una cuchillada rápida y enérgica —pensó ella—. Es lo que me gustaría hacer con la magia; en vez de usar un cuchillo, romper la barrera natural de la piel antes de emplear la magia para absorber energía. —Algo captó su atención, y cuando alzó la vista, vio que la profesora la observaba. Se percató de que hasta ese momento estaba con la mirada perdida, sin tomar apuntes—. Y pensando cómo matar a alguien con magia negra».

Otros rostros se volvieron hacia ella, pero los ignoró. Cuando había entrado en la universidad aquella mañana, y más tarde en el refectorio, las miradas y cuchicheos de los otros aprendices habían sido casi tan hirientes como cuando había reanudado sus estudios. Seguramente Bokkín había comentado algo sobre su clase con Kallen. Alguna mentira, por supuesto. Bokkín no quería reconocer que se había metido en una situación en que le habían leído la mente, así que probablemente se había inventado algo. Ella habría deseado que Kallen hubiera dicho qué quería de Bokkín delante de los otros aprendices. Entonces sabrían que ella le había leído el pensamiento a Bokkín, y si revelaba algo acerca de él, no podría contradecirla.

«Aunque no tengo la intención de contar a nadie lo que vi en su mente —

pensó—. No me parecería bien. —Por otro lado, a Bokkin no lo habían engañado ni coaccionado; nadie le habría impedido que se marchara en cualquier momento—. Podría alegar que lo obligamos. No puede acusarnos a Kallen y a mí, pues para confirmarlo tendría que permitir que un mago le leyera la mente. Aun así, tal vez insistiría en afirmar que ocurrió otra cosa» .

Reflexionó sobre su plan —su necesidad— de empequeñecer a otros antes de que llegaran a ser más fuertes que él. Si le molestaba ser más débil que alguien, jamás sería feliz. Vivía rodeado de magos más poderosos y, puesto que su fuerza mágica era mediocre, esto nunca cambiaría.

« Tal vez se marchará a otro sitio cuando se gradúe. A algún lugar donde todos los demás sean más débiles. —Se estremeció. ¿Qué haría Bokkin para asegurarse de ser el más fuerte y de que los demás lo supieran?—. Alguien tiene que mantenerlo vigilado». Tal vez Kallen, o alguno de los otros magos superiores. O ella. Un día sería maga superior. Podían acabar encargándole la vigilancia de Bokkin.

—Lady Lilia.

Su corazón dio un brinco cuando cayó en la cuenta de que se había ensimismado de nuevo. Sin embargo, la profesora no la miraba con desaprobación. Señaló la puerta. Al seguir la dirección de la mirada de la mujer, Lilia vio un rostro conocido, y el corazón le saltó en el pecho de nuevo.

Jonna. La sirvienta le hizo una señal para que se acercara.

Lilia se levantó de su asiento, dedicó una reverencia a la profesora, pasó deslizándose entre los pupitres y salió del aula.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras Jonna inspeccionaba el pasillo a derecha e izquierda.

—Anyi ha ido a los aposentos de Sonea —respondió—. Dice que es posible que haya un intruso debajo de... y ya sabes dónde.

A Lilia se le cortó la respiración.

—¿Hace cuánto?

—Llevaba un rato esperando, pero no estoy segura de cuánto. He tardado un poco en averiguar en qué aula estabas.

—Debería darme prisa... —Lilia avanzó un paso por el pasillo y se detuvo—. Debería ir por el otro camino. Será más rápido. ¿Puedes regresar y decírselo a Anyi?

Jonna negó con la cabeza.

—Ha vuelto a bajar. —La criada frunció el ceño—. Si te refieres al camino que me imagino..., te acompañaré para cerciorarme de que nadie te vea ir por allí.

—Gracias, Jonna. —Lilia se encaminó hacia un pasillo secundario y se adentró en las entrañas de la universidad, seguida por Jonna. Cuando llegaron frente a la puerta oculta que Anyi había desobstruido, la sirvienta se acercó al

pasadizo lateral siguiente y echó un vistazo. Asintió.

—Tienes el campo libre. Ve con cuidado —susurró.

—Así lo haré —le aseguró Lilia. A continuación, tiró de la manija de la puerta y desapareció en la oscuridad del otro lado.

—Es increíble pensar que todas estas personas eran esclavos —comentó Regin.

—Sí —convino Sonea.

Acababan de alcanzar la cima de una colina baja y alargada. Ante ellos, el camino discurría prácticamente en línea recta y estaba repleto de caminantes y carretas; incluso se vislumbraba algún que otro carruaje lujoso. Al principio, ella se había preguntado qué motivo tenían los ex esclavos para emprender viaje, aparte del de ejercer su libertad recién adquirida para ir a donde quisieran. Sin duda lo más lógico habría sido que se apoderaran de las fincas en las que habían trabajado, para disponer de comida y alojamiento.

Entonces habían presenciado el reencuentro entre dos mujeres, una mayor que la otra, y habían descubierto que eran madre e hija. Una joven había soltado un grito de alegría cuando un hombre le había entregado un bebé. Dos muchachos arrancaron a correr el uno hacia el otro, a la voz de « ¡hermano! ». Parejas de todas las edades se abrazaban, caminaban y conversaban entre sí.

« Es posible que sus amos les prohibieran casarse —pensó Sonea—. Tal vez los criaron como a animales domésticos, pero no pudieron evitar que entablaran lazos de amor y familiares, a pesar de que la esclavitud se practica aquí desde hace más de mil años ».

—Siempre he sido contrario a la esclavitud y me he enorgullecido de que Kyralia la aboliera en cuanto tuvo la libertad para hacerlo —dijo Regin—, pero eso sucedió hace siglos. Los kyalianos no comprendemos lo que significa en realidad, porque nunca hemos convivido con ella.

Sonea asintió. Al mirar a Regin, sintió un afecto inesperado. « Aunque los Traidores pierdan, al menos habré tenido la oportunidad de ver la compasión y la humildad que hay en su interior ».

—Quizá esa sea la razón por la que no conseguimos erradicarla cuando conquistamos Sachaka —prosiguió él—. Hacía mucho tiempo que no la padecíamos en carne propia.

Sonea sacudió la cabeza.

—Pero solo habían transcurrido unos cientos de años desde que Kyralia y Elyne habían recuperado la independencia y puesto fin a la esclavitud.

—Fue un espacio de tiempo suficiente para que aquellos que llegaron a conocerla murieran de viejos y para que el concepto se convirtiera en una idea abstracta en la mente de sus descendientes.

—Y no obstante nos produce aversión, un sentimiento que se ha transmitido a lo largo de setecientos años.

—Solo porque es algo que relacionamos con los sachakanos.

A Sonea se le escapó una risita lúgubre.

—Ah, claro. Porque eso los volvía aborrecible a nuestros ojos, y nos confería una superioridad moral. Nunca subestimes el placer de encontrar defectos en los demás.

Regin posó la vista en ella con expresión ceñuda.

—¿No pensarás que la esclavitud es...?

—Por supuesto que no. Simplemente desearía que hubiéramos hecho esto cuando tuvimos la oportunidad. —Hizo un gesto en dirección a la gente que tenían delante—. Y que las Tierras Aliadas hubieran aceptado la propuesta de los Traidores.

—¿Querías que entráramos en guerra, a pesar de que la mayoría somos demasiado débiles para influir en el resultado?

—Sí, pero a nuestra manera.

Regin la miró y abrió mucho los ojos.

—Te refieres a que todos los magos del Gremio os cediéramos nuestra energía a Kallen y a ti.

—Energía que yo ya he absorbido. Lo único que habríamos tenido que hacer era prepararnos y mandar a alguien a buscar a Kallen.

—¿O a Lilia, tal vez? —Regin arrugó el entrecejo—. No..., es demasiado joven.

—No mucho más de lo que lo era yo cuando luché por primera vez en una guerra, pero tienes razón. No quisiera cargarla con esa responsabilidad, y creo que no deberíamos arriesgarnos a perder a todos los magos que poseen conocimientos de magia negra.

Regin sonrió.

—Aunque al parecer se puede aprender en un libro, después de todo.

—Sí. —Sonea suspiró—. Me temo que el Gremio perderá pronto su batalla contra la magia negra. Si los Traidores salen victoriosos, sería aún más difícil... —Se interrumpió al ver a una pareja de jinetes que se dirigían hacia ellos. Vestían como Traidores y le resultaban familiares. Ambos tenían la mirada fija en Regin y en ella—. Me da la impresión de que esos dos vienen a nuestro encuentro.

Regin los miró con los párpados entornados por la deslumbrante luz del sol.

—Y no parecen muy sorprendidos de vernos. Supongo que alguien les habrá dicho que no hemos vuelto a casa.

Los observaron mientras se acercaban. « Un hombre y una mujer —advirtió Sonea—. ¿Será ella la maga y él una fuente de energía? —se preguntó—. ¿O han enseñado los Traidores a sus hombres a utilizar la magia para que puedan combatir? ». A unos pasos de distancia, la pareja hizo parar a sus caballos de manera que impidieran el avance de Sonea.

—Maga Negra Sonea —saludó la mujer—. Lord Regin. Me llamo Saral, y él es Temi. La reina Savara manda a preguntar por qué no han regresado a su país.

Sonea se quedó callada, como meditando su respuesta. Aunque ya se esperaba la pregunta, no quería que sus palabras parecieran demasiado ensayadas.

—El Gremio tiene la obligación de velar por la seguridad de sus miembros cuando están en el extranjero —les dijo—. Estoy aquí para cerciorarme de que nuestros sanadores no corran peligro.

Los ojos de la mujer se vaciaron de toda expresión antes de clavarse de nuevo en Sonea.

—Nos aseguraremos de que ningún mago del Gremio que entre en Sachaka sufra daño alguno.

—¿O sea que os sobra tiempo para patrullar los caminos, y tenéis Traidores disponibles para hacer de guardias y escoltas, y al mismo tiempo para combatir contra los ashakis? Preferiría que destinarais todos vuestros recursos a lograr vuestros objetivos. —Sonea avanzó unos pasos hasta encararse con Saral, dirigiéndose a la mujer que sabía que la observaba a través del anillo que llevaba—. Más que nada porque mi hijo está con vos —añadió, en un tono más bajo pero severo—. ¿De verdad esperáis que vuelva a Kyralia? Solo soy una maga y no represento amenaza alguna para vos o vuestro pueblo, reina Savara. —Sonrió—. Tanto si Lorkin está con vosotros como si no.

Saral alzó la barbilla, desvió la mirada de nuevo y frunció el ceño. Con el semblante muy serio, bajó la vista hacia Sonea.

—Pueden seguir adelante hasta Arvice —dijo—, con la condición de que no entren en la ciudad antes que nosotros, ni se unan a las filas de los ashakis. No puedo garantizar su seguridad si se interpone en nuestro camino, y si su amante o usted toman partido contra nosotros en batalla, ambos morirán.

Sonea inclinó la cabeza.

—Os doy mi palabra de que cumpliremos estas condiciones.

Saral apretó los labios y se encorvó.

—Temi y yo les escoltaremos —dijo. El hombre que estaba a su lado emitió un suave gemido de protesta.

Sonea volvió a asentir.

—Gracias. Para evitar situaciones incómodas, debo señalar que se equivocan en un detalle.

—¿En cuál? —Saral achicó los ojos.

—Lord Regin no es mi amante.

La mujer arqueó las cejas con incredulidad. Por toda respuesta, hizo girar a su cabalgadura para orientarla en la dirección en que habían venido. Con una sonrisita, Temi la imitó y se situó al otro lado de Sonea. Regin avanzó hasta colocarse junto a esta, lanzándole una mirada fugaz.

—A los Traidores les gustan tanto los cotilleos como a cualquiera —murmuró, sonriendo.

Sonea se encogió de hombros y echó a andar. Aquellos cotilleos podían resultar peligrosos. Si un enemigo los tomaba por una pareja, podía intentar hacer daño a Regin para extorsionarla a ella. Por otro lado, tal como ella le había insinuado a Savara a través de Saral, si los Traidores quisieran extorsionarla, y a tenían a Lorkin. «Aun así... Regin podría ser un objetivo más conveniente para ellos, si Tyvara siente algo por Lorkin y a Savara le importan los sentimientos de Tyvara».

Se volvió hacia Regin, que la miró a su vez. Si estaba preocupado, lo disimulaba bien. Enarcó las cejas en un gesto inquisitivo, y su boca se curvó en una sonrisa leve de complicidad. Ella apartó la vista. «Cualquiera que nos observara pensaría que sí que somos pareja». Rememoró los días que habían pasado juntos desde que habían partido de Imardin. Había sido un alivio comprobar que se llevaban bien, que a ella no le molestaba la compañía de Regin, y que al parecer a él no le molestaba la suya. Pero ¿qué les hacía pensar a los demás que había algo más entre ellos? «Yo no hago nada que dé pie a ello —se dijo—. ¿Será Regin, entonces? Dudo mucho que...».

Sacudió la cabeza. «No. No está enamorado de mí. No seas tonta».

Pero ¿y si lo estaba? Sonea hizo memoria. Intentó recordar todo lo que él había dicho hasta entonces, cómo le había hablado, cómo la había tratado, cómo la había mirado. Recordó que se había hecho la misma pregunta en el carruaje, después de salir del Fuerte. ¿Qué había dicho él para sembrar esta duda en ella? Que hacía años que la admiraba.

«¿Trataba de hacerme entender algo más? —Sacudió la cabeza de nuevo—. ¿Me lo parece solo porque estoy dando vueltas al asunto?».

No podía preguntárselo a él, pues los Traidores la oirían. Pero si se presentaba la ocasión de hablar con Regin en privado... Solo de pensarlo, se le formó un nudo en la garganta. «No puedo hacer eso. ¿Y si estoy equivocada? Sería muy embarazoso para ambos. ¿O tal vez sería peor si estuviera en lo cierto? Al menos tengo la certeza de que no estoy enamorada de él».

La invadió un torbellino de emociones y pensamientos contradictorios. Necesitó todo su dominio de sí misma para caminar con paso firme y expresión serena. Entonces, tan deprisa como había surgido, el conflicto interior finalizó, dejándola sorprendida y desalentada.

«Así que lo estoy. No, podría estarlo. Eso es distinto. La posibilidad está ahí, pero no se ha concretado. Aún —pensó. Sin embargo, no le hablaría de ello a Regin. Y si él insinuaba que sentía algo por ella, tendría que desengañarlo—. No es que no lo haya perdonado. Se ha convertido en una persona mucho mejor que aquel aprendiz al que yo odiaba. Tampoco es que no haya superado la muerte de Akkarin..., bueno, la he superado lo suficiente para querer a otro hombre. Ni

siquiera es porque esto pondría a Regin en peligro si alguien quisiera extorsionarme. Es porque...» .

Sintió una punzada de irritación. ¿Por qué los únicos hombres que mostraban un interés romántico por ella no tenían derecho a ello? Aunque, en realidad, no tenía pruebas concluyentes del interés de Regin. Y era mejor así, ya que, si bien Regin se había separado de su esposa, legalmente seguía casado.

## El ultimátum

Dannyl caminaba de un lado a otro de sus aposentos, nervioso.

«Debe de haber alguna manera de advertir a Achati sin revelar cómo sabemos que los Traidores se aproximan. —Tardarían unos días en llegar, y ellos tenían que comportarse con normalidad, así que Tayend se había ido a ver a un mercader ashaki, y Merria estaba pasando la tarde en el mercado con una amiga que no se había marchado aún de la ciudad, dejando a Dannyl cavilando sobre su dilema a solas—. Podría asegurarle que uno de los esclavos me ha dicho que los Traidores vienen hacia aquí. O que me ha entregado un mensaje. Pero ¿y si eso lleva a los ashakis a torturar a más esclavos?».

Un movimiento en la puerta captó su atención. Al volverse, vio a Kai postrarse en el suelo.

—El ashaki Achati ha venido a verle.

«¡Está aquí! —Dannyl se animó por un instante, pero enseguida se desmoralizó de nuevo—. Y todavía no he encontrado una solución. —Sacudió la cabeza—. Bueno, solo ha pasado medio día. Aunque se me ocurriera algo, tendría que exponérselo a Tayend primero, así que por el momento debo actuar como si no supiera nada, de todas maneras».

—Que traigan vino y algo de comida.

El esclavo se levantó y se alejó a toda prisa. Dannyl enfiló el pasillo y avanzó con paso decidido hacia la sala maestra. Una oleada de afecto lo recorrió cuando Achati se volvió y le sonrió.

—Embajador Dannyl.

—Ashaki Achati —saludó Dannyl con una inclinación de cabeza—. Es un placer volver a verte.

La sonrisa del sachakano se desvaneció.

—Ah, espero que no deje de serlo. —Suspiró—. Traigo noticias.

—¿Buenas o malas? —Dannyl lo guio hasta un taburete y se sentó en su sitio habitual.



Achati reflexionó.

—No son buenas. Ni muy malas. Podrían reportar alguna ventaja.

—Ahora te pones misterioso.

—Solo respondo a tu pregunta. —A Achati se le arrugaron las comisuras de los ojos, y se le alisaron cuando adoptó un aire grave. Aparecieron dos esclavos con el vino y la comida. Achati esperó a que se marcharan antes de hablar de nuevo.

—Los Traidores se han atrevido a bajar de las montañas y han comenzado a atacar fincas de todo el país —dijo en voz baja—. Han matado a todos los magos con los que se han encontrado y se dirigen hacia Arvice. Por lo visto, están decididos a hacerse con el control de Sachaka.

Dannyl sintió un gran alivio que esperó que no se le notara mucho. « ¡Lo sabe! No tengo que advertírselo. Pero no puedo reconocer que ya lo sabíamos. —Tomó un buen trago de vino, pensando qué responder—. Al menos, no puedo fingir sorpresa. Él ha mencionado alguna vez la posibilidad de que los Traidores se rebelaran» .

—Suponías que esto podía suceder —dijo—, pero dudabas que fueran lo bastante fuertes para representar una amenaza.

—Sigo dudándolo. —Achati se encogió de hombros—. Por eso la noticia no es buena, pero puede llegar a jugar a nuestro favor. Es poco probable que los Traidores sobrevivan, así que por fin nos libramos de ellos. Por desgracia, nos costará la vida de muchos hombres valiosos. El rey no quiere enviar tropas a reducirlos. Están atacando desde todas direcciones, por lo que intentar enfrentarnos a todos a la vez diezmaría nuestras filas. Ha enviado mensajes ordenando a los ashakis que se retiren a la ciudad con sus familias.

—¿Lo obedecerán?

Achati asintió.

—La mayoría, pero que lo hagan a tiempo es otra cuestión. Y ha surgido un contratiempo que no habíamos previsto. —Hizo una pausa para recorrer la habitación con la mirada—. Los esclavos han aprovechado la ocasión para rebelarse. La mayoría se ha fugado de las fincas justo antes de que llegaran los Traidores, pero unos cuantos han agredido a sus amos.

—¿Y se han salido con la suya?

—Solo en unos pocos casos, envenenándolos. Es una de las razones por las que te cuento esto. Ten cuidado con tus esclavos, embajador Dannyl.

El kyraliano contempló la copa que sostenía Achati. El hombre no había tomado ni un sorbo aún. ¿Temía a los esclavos de la Casa del Gremio? Aunque pertenecían al rey, eso no había impedido que espías Traidores se infiltraran entre ellos. Dannyl solo había bebido un poco de vino y no había probado bocado. Proyectó su mente hacia su interior pero no percibió señales de indisposición.

—Seguramente podría contrarrestar los efectos del veneno con magia

sanadora —informó a Achati.

Este río por lo bajo y se llevó la copa a los labios.

—Una habilidad muy útil, esa que tienes.

Dannyl asintió.

—¿Tenemos algo que temer de los Traidores el embajador Tayend, lady Merria y yo?

Achati negó con la cabeza.

—No creo que tengan motivos para atacaros, mientras no os interpongáis en su camino. Si, por alguna desgraciada coincidencia, la cosa saliera mal y los Traidores llegaran a la ciudad... —Hizo una pausa y suspiró, dejando caer los hombros—. Confieso que temo que mi gente sea un peligro mayor para vosotros que ellos. El rey os ha tratado como si fuerais cómplices de los Traidores. Si los rebeldes causan muchos destrozos, algunos ashakis podrían venir aquí a tomar represalias. O, si la batalla se pone fea, tal vez intenten reponer sus reservas de energía.

Dannyl contempló a Achati con fijeza. Si el hombre admitía que su gente era capaz de eso..., el peligro debía de ser muy real.

—¿Qué podemos hacer?

Achati le sostuvo la mirada.

—Hay un buque amarrado en el puerto, el Kala. El capitán tiene instrucciones de admitiros a bordo a ti, al embajador Tayend y a lady Merria si así lo solicitáis. Os llevaría de vuelta a Kyralia.

« Pero Osen nos ha indicado que nos quedemos... Ah, no puedo decírselo sin revelarles que ya estábamos avisados sobre el ataque. Por otro lado, es posible que Osen cambie de idea cuando le hable de los temores de Achati » .

—Gracias. Tendré que preguntar al Gremio qué quieren que hagamos. ¿Tú...? —Dannyl titubeó, preguntándose qué pensaría Osen de su propuesta. « Si fuera garantía de nuestra seguridad, la aprobaría » —. ¿Nos acompañarías?

Los ojos del sachakano se desorbitaron ligeramente. Sonrió y extendió la mano para tocar el brazo de Dannyl en un gesto tranquilizador y de afecto.

—Mi lugar está aquí, con mi rey y mi pueblo. —Agitó la otra mano, en la que sujetaba la copa—. Además, es muy poco probable que los Traidores lleguen a la ciudad, de todos modos. Lo del barco es solo una precaución. —Dio un apretón leve al brazo de Dannyl antes de soltarlo—. Y una excusa estupenda para visitarte.

—Te agradezco la advertencia. Y la visita. —Dannyl dejó su copa a un lado—. Pero no has podido ver a Tayend. Ni a Merria.

—Es una pena. Tal vez no disponga de mucho tiempo libre para venir de nuevo hasta que finalice esta pequeña crisis.

El corazón le dio un vuelco a Dannyl. « Si se equivoca respecto a los Traidores, quizá sea la última vez que estemos juntos » .

—Pero tendré la Casa para mí solo durante toda la tarde. ¿Puedes quedarte un rato más?

Achati arqueó las cejas y sonrió.

—Tal vez un par de horas.

La habitación parecía oscilar a la luz de las velas. Aunque este efecto parecía deberse al parpadeo de las llamas, Cery sabía que el movimiento era en parte consecuencia del temblor de su mano. Notó que le caía cera caliente sobre los nudillos y bajó la vista. Tenía la sensación de llevar una hora ahí de pie, pero la vela no se había acortado visiblemente.

Miró a Gol, que estaba en el otro extremo de la habitación, también con una vela lista. Cery frunció el entrecejo cuando el hombretón cambió su peso de una pierna a otra y la llama se acercó peligrosamente a una de las tiras retardadoras. Alcanzaba a oír la respiración agitada de Gol. La suya propia le parecía demasiado fuerte. Intentó respirar de forma más profunda y silenciosa, obligar a su corazón desbocado a latir más despacio, pues le preocupaba que uno u otro sonido le impidiera percibir los pasos de alguien que se acercara.

«Skellin, si de verdad se trata de él, nos oírás y sabrás que lo esperamos. No hay ningún motivo para que sigamos aquí salvo que le hayamos tendido una trampa. Yo lo deduciría. Seguramente él también».

Le vinieron a la mente varias razones por las que su plan podía fallar. Sabía que la trampa no era perfecta. El fuego de mina podía estallar antes de que Gol y él tuvieran la oportunidad de situarse a una distancia segura. Podía estallar demasiado tarde para hacer daño a Skellin. Aunque esperaban que la explosión lo matara, su objetivo principal era abrir un socavón en los jardines que estaban encima para dejar al ladrón renegado a merced del Gremio. Pero ¿y si esto no ocurría? ¿Y si no se abría un socavón, y Skellin sobrevivía?

¿Y si Skellin no acudía en persona a encargarse de Cery? ¿Y si Cery y Gol destruían parte de los jardines, y tal vez a sí mismos, solo para exponer a los esbirros de Skellin a ojos del Gremio?

Gol observaba a Cery, sacudiendo la cabeza. Sus ojos reflejaban una pregunta. ¿Cuánto rato pasarían allí antes de concluir que Anyi se había equivocado y que no había ningún intruso en los pasadizos? Cery posó la vista en su vela. ¿Deberían turnarse, tal vez? ¿Deberían...?

Se oyó una inspiración brusca en algún lugar del corredor. Cery se volvió hacia Gol y siguió la dirección de la mirada sorprendida de su amigo hacia la puerta.

Alguien estaba allí de pie. «No —advirtió Cery—. Alguien está allí flotando en el aire. Alguien que me resulta demasiado familiar».

—Así que es aquí donde has estado durante todo este tiempo —dijo Skellin y emitió un silbido. Una respuesta estridente llegó desde los túneles.

Cery movió la mano hacia donde unos momentos antes temía acercarse, y oyó un chisporroteo cuando la tira retardadora se encendió. En cuanto vio un centelleo cerca de donde se encontraba Gol, giró sobre los talones y arrancó a correr hacia la puerta que comunicaba con la otra habitación.

Chocó contra una pared.

«No, no es la pared. Es una barrera de magia. —Cery soltó una palabrota cuando se percató de que Gol había topado con el mismo obstáculo invisible. Una luz inundó la cámara; el resplandor característico de un globo mágico. Su amigo lo miró y torció el gesto—. Así que aquí acaba todo. Tal vez habríamos tenido tiempo para huir si hubiéramos oído a Skellin acercarse... —Pero Skellin había levitado para evitar que percibieran sus pisadas. Cuando Cery se volvió para encararse con su enemigo, vio que la llama en la mecha que Gol había prendido se adentraba en el agujero. Cerró los ojos y contuvo la respiración—. Al menos Anyi se salvará» .

—Vamos, vamos. No tienes por qué prepararte todavía para el fin. Sería una descortesía por mi parte matarte sin charlar un poco primero. Hum. Tu guarida deja bastante que desear.

Cery abrió los ojos para ver que el mago ladrón, ahora con los zapatos en el suelo, caminaba hacia él. Dos hombres aparecieron en la puerta tras él. Eran jóvenes y musculosos. Skellin echó un vistazo alrededor y miró por encima del hombro de Cery hacia la habitación contigua.

—Por lo que me ha contado mi madre, no es tan agradable como la anterior, aunque tal vez era por el buen gusto que tenía tu esposa para la decoración, y tras su muerte has retomado los hábitos de la alimaña a la que debes tu nombre.

«Mi esposa... la guarida... —Cery sintió una conmoción fría, seguida de odio—. O sea que Lorandra sí asesinó a mi familia. Pero ¿por qué, si Skellin y yo aún no éramos enemigos?» .

—Aunque tal vez fue un alivio para ti librarte de ella. El plan era que te enfadaras tanto que establecieras una alianza conmigo para que yo localizara al Cazaladrones —dijo Skellin.

Cery contempló a Skellin. «Mató a mi familia para impulsarme a unir mis fuerzas a las suyas. Cuando él encontrara al Cazaladrones, o algún pobre chivo expiatorio, yo quedaría en deuda con él». Dirigió la vista hacia la otra pared, buscando la tira que él había encendido. No vio la llama. Sin duda también había penetrado en el muro, y ardía cada vez más cerca de los tubos con fuego de mina. Pronto Skellin volaría en...

Gol profirió una maldición y agachó la cabeza.

—Lo siento, Cery —masculló—. Tendría que haber estallado ya.

Cery maldijo también cuando comprendió que la trampa se había ido al garete. Gol le había demostrado que el fuego de mina funcionaba. ¿Por qué había fallado ahora?

—¿Qué murmuráis? —Skellin se acercó, entornando sus extraños ojos. Se inclinó hacia Cery, y sus labios se desplegaron en una sonrisa forzada—. Falta alguien, ¿verdad? ¿Dónde está tu hija, Ceryni?

Cery notó que el corazón le daba un vuelco en el pecho, pero se obligó a reír.

—¿De verdad esperas que te lo diga?

Skellin se encogió de hombros, se enderezó y miró en torno a sí.

—No, pero mis informadores del Gremio me dicen que vive aquí abajo, contigo. Me pregunto dónde estará.

—En un sitio donde está a salvo de ti —le dijo Cery. «¿Sus informadores del Gremio? O sea que los rumores son ciertos. Pero ¿cómo saben que Anyi está aquí?».

—¿Ah, sí? —Skellin debía de haber desactivado la barrera, pues pasó junto a Cery hacia la habitación contigua, con el globo de luz flotando ante sí—. Entonces, ¿quién duerme en la tercera cama?

—Alguien a quien no te gustaría conocer.

Skellin no respondió. Tenía los ojos fijos en la puerta del pasadizo que conducía al alojamiento de los magos. Aunque estaba de espaldas a Cery, la posición de sus hombros parecía indicar que había oído algo.

«¿Anyi y Lilia? —Una oleada de esperanza cedió el paso al temor—. Espero que Lilia esté preparada para esto, y que Anyi tenga la sensatez de mantenerse al margen».

Skellin dio un paso hacia la puerta, y luego otro. A Cery le pareció que Gol se había puesto en cuclillas. Apartó la mirada y advirtió que su guardaespaldas había recogido una vela aún encendida. Sin embargo, los dos esbirros de Skellin habían entrado en la habitación. Podrían impedir que Gol se acercara a cualquiera de los tubos de fuego de mina embutidos en las paredes.

Una carcajada atrajo de nuevo la atención de Cery hacia Skellin. El renegado, que había enfilado el pasadizo, extendió la mano hacia algo que estaba fuera del alcance de la vista de Cery. Una voz que conocía bien soltó una palabrota. Anyi apareció, resistiéndose contra una fuerza invisible que la empujaba hacia Skellin.

Al verla, Cery sintió que su corazón saltaba y se retorció como un animal que pugnaba por escapar. Dolía. Apretó los puños, luchando contra el dolor, y se encaminó hacia allí, pero algo lo asió de las piernas. Gol también se detuvo con un traspie.

«¿Dónde está Lilia? —Cuando Skellin alargó la mano para agarrar a Anyi, ella dejó de forcejear y se abalanzó hacia delante—. Dudo mucho que Anyi haya regresado sin Lilia. —Sin embargo, la mano que intentó apuñalar a Skellin se torció contra su torso, y ella lanzó una exclamación de dolor. Skellin la aferró por la muñeca y le arrancó el cuchillo de entre los dedos—. Pero si no ha encontrado a Lilia...».

El ladrón levantó la mirada hacia él con una sonrisa de oreja a oreja.

—Conque a salvo de mí, ¿eh? Por lo visto has vuelto a fracasar en tu intento de proteger a tu familia, Ceryni.

Cery apretó los dientes. «¿Al menos ha enviado Anyi un mensaje a Lilia? ¿Se habrá puesto en camino? —Tenía ganas de preguntárselo a su hija, pero le costaba respirar a causa del dolor en el pecho, y no quería poner a Skellin sobre aviso de que Lilia se dirigía hacia allí—. Tenemos que entretenerlo, darle tiempo a Lilia para que llegue».

Anyi seguía resistiéndose, pero no conseguía lastimar ni hacer perder el equilibrio a Skellin. Cery se tambaleó, presa del mareo, y la habitación se sumió en sombras. Cuando se le aclaró la vista, vio que Skellin había empujado a Anyi contra una pared. Ella permaneció allí, sujeta por medio de magia. A un silbido de Skellin, los hombres pasaron junto a Cery, apartándolo de un empujón.

—Registradla y atadla.

La mandíbula de Anyi se tensó mientras los hombres la despojaban del abrigo y la palpaban en busca de armas. Cery se rodeó el pecho con brazos doloridos y, con dificultad, tomó aire para hablar.

—Me quieres a mí, no a ella —consiguió murmurar.

Skellin se rio.

—Os quiero a los tres. Pero tenéis que morir en el orden correcto. Y... —Skellin dirigió la mirada hacia arriba y alrededor, como si pudiera ver a los magos que estaban encima de ellos—. Aquí no. —Se volvió hacia ellos y desplazó la vista de Cery a Gol. Arrugó la nariz y sacudió la cabeza—. No vale la pena perder más tiempo contigo. —Achicó los ojos, y Cery oyó un chasquido escalofriante. Tras proferir un alarido de dolor y sorpresa, Gol cayó al suelo.

«¡No! Tengo que impedir que mate a Gol. Frenarlo de alguna manera». Pese al ardor que le abrasaba el pecho, Cery intentó pensar algún modo de distraer a Skellin durante unos instantes más. Abrió la boca para hablar, pero de ella solo salió un jadeo. La negrura lo envolvió de nuevo, y él notó que le fallaban las rodillas. Suponía que solo la magia de Skellin lo mantenía en pie. «¿Qué me ha hecho?».

—Espera un momento —oyó decir al renegado—. Le pasa algo.

Un temor creciente asaltó a Cery cuando se percató de que Skellin tenía razón. «No es él. Soy yo. Mi cuerpo... Mi corazón... —Aunque tenía los ojos abiertos, la oscuridad aún le nublabla la vista. Lo invadió una ligera sensación de triunfo—. Al menos Skellin no tendrá la satisfacción de matarme. Pero... Anyi...».

La magia que sujetaba a Cery se evaporó, y él cayó con fuerza sobre el duro suelo. Skellin dijo algo, pero su voz sonaba tan distante que Cery no alcanzó a entender sus palabras. Tras un momento de silencio, notó el frío de unas manos contra su cara y oyó que Gol hablaba muy, muy lejos.

—Tranquilo. No mataré a Anyi. Quiere llevar a cabo un intercambio. Se la entregará a Lilia, si Anyi no lo mata antes. Siempre cuidarán la una de la otra. Lo sabes. No te preocupes. Todo saldrá bien. Anyi saldrá de esta. Nos aseguraremos de ello.

Lilia caminaba a toda prisa por el pasadizo, con un globo de luz diminuto flotando ante sí.

«¿Debería apagarlo? El intruso podría ver la luz y darse cuenta de que me estoy acercando. Pero si la apago, tendré que avanzar a oscuras, lo que me obligará a aminorar la marcha. ¿Qué es más importante? ¿La velocidad, o pasar inadvertida?».

Sus pasos resonaban con intensidad en aquel espacio reducido. Delatarían su presencia de todos modos. Decidió mantener la luz encendida.

No oía sonido alguno, aparte de sus pisadas. La entrada secreta a los pasadizos que Anyi había despejado estaba en el extremo más alejado de la universidad, por lo que Lilia tenía que rodear los cimientos del edificio. Por fortuna, los túneles no formaban allí un laberinto. Eran rectos y torcían en ángulo de noventa grados hasta alejarse de la universidad, por debajo de los jardines. El corazón le golpeaba con fuerza en el pecho cuando llegó ante la primera pared curva.

«Creo que en toda mi vida jamás he estado tan asustada —pensó—. Si alguien me ofreciera un poco de craña, incluso me lo plantearía».

El intruso podía ser una persona inofensiva; un aprendiz o un criado que se había adentrado donde no debía. Tal vez Anyi estaba equivocada, y no había ningún intruso. O quizá se trataba de la gente de Skellin, que había bajado allí a husmear o a buscar a Cery. En este caso, Lilia esperaba que, si daban con el escondite de Cery, este consiguiera permanecer oculto junto con Gol y Anyi hasta que ella llegara.

Pero si se trataba de Skellin o Lorandra, o de ambos...

«Si los dos están aquí, más vale que yo haya adquirido suficiente energía adicional para luchar contra ellos. Y suficiente destreza».

Había meditado sobre ello muchas veces. Era improbable que Skellin o Lorandra estuvieran bien entrenados en combate. Tal vez esta había aprendido algo antes de partir de su país, pero ni Skellin ni ella podían haber recibido entrenamiento en Imardin. A lo sumo, habían practicado el uno con el otro.

Ya no se encontraba lejos de las cámaras. Cuando enfiló el último tramo del pasadizo, aflojó el paso y escrutó la oscuridad que tenía ante sí.

«¿Doy un silbido para avisarles de que soy yo? Esto alertaría a Skellin si ya está allí. Pero, de ser así, ¿no vería alguna luz u oiría voces?».

Añadió un poco de magia a su escudo y avanzó muy despacio. Percibió un sonido leve. Una voz que murmuraba. Aunque la entrada estaba oscura, cuando se acercó vislumbró un brillo mortecino y parpadeante. Al llegar a la puerta, se

asomó y vio una vela solitaria encendida, sujeta entre dos piedras, y a una figura encorvada sentada en el suelo. Al mismo tiempo oyó un estertor.

Algo en este sonido hizo que se le cayera el alma a los pies.

El hombre alzó la cabeza, y las sombras que le cubrían el rostro retrocedieron ante el globo mágico de Lilia, que hizo relucir las mejillas de Gol.

—Lilia —dijo este.

Ella aumentó la intensidad de la luz y vio junto a qué estaba sentado.

—Oh, no. —Se acercó a toda prisa y se arrodilló en el suelo. Cery tenía el rostro pálido y los ojos cerrados. No presentaba heridas visibles. Lilia le posó la mano en la frente, proyectó sus sentidos... y los retrajo de inmediato—. Oh, no.

—Es demasiado tarde, ¿verdad? —preguntó Gol, en un tono tenso.

Con el corazón en un puño, ella recorrió la habitación con la vista. «¿Dónde está Anyi?».

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Skellin no le ha hecho nada. Iba a llevárselo, pero él... se ha desplomado sin más.

De mala gana, ella extendió el brazo para tocar el cuerpo de Cery y examinarlo de nuevo. Nunca había utilizado antes sus conocimientos de sanación con un muerto. La falta de una presencia, el silencio mental que imperaba en su interior y la inexistencia de una barrera natural que repeliera su voluntad la horrorizaban. Pero si Skellin había hecho esto...

«No. —La causa de la muerte le quedó clara en cuanto la encontró. El corazón de Cery había fallado—. Claro que Skellin lo ocasionó indirectamente, al obligarlo a vivir aquí, temiendo en todo momento por su seguridad. Y la de Anyi».

Anyi. Lilia retiró sus sentidos, abrió los ojos y miró a Gol. Se había inclinado hacia delante y respiraba de forma anhelosa. Tenía la cara crispada de dolor, pero ella se percató de pronto de que no era solo el dolor de la pérdida.

—¿Qué...? ¿Estás herido? —Alargó la mano, lo cogió del brazo y se sobresaltó cuando sus sentidos se abrieron a un torrente de sufrimiento. Procedía de algún punto situado más abajo. Las piernas. Lilia le soltó el brazo, gateó hacia él y lo aferró por los hombros—. Tumbate.

Él obedeció, jadeando con brusquedad al moverse. Una vez que se encontraba tendido, ella acercó el globo de luz a sus piernas.

—No —dijo él—. Vete. Búscala. Encuentra a... Anyi.

Ella se quedó paralizada. Un temor terrible la atenazó.

—¿Dónde está?

—Skellin... se la ha llevado.

—¿Cuándo? —Los pensamientos se le agolparon en la cabeza. Se puso de pie. Cery no había muerto hacía mucho. Era posible que Skellin aún estuviera en los pasadizos. Si ella iba en su busca ahora, tal vez lo alcanzaría y podría salvar a



Anyi—. Pero ¿por qué se la ha llevado, en vez de matarla?

—Por ti. —Gol jadeó, inspiró entre dientes y contuvo el aliento—. Te quiere a ti. Enviará... un mensaje. Para decirte... dónde encontraros.

Ella se imaginó que daba alcance a Skellin y se enfrentaba a él. Sacudió la cabeza. «No me plantará cara. Le pondrá un cuchillo al cuello a Anyi. O hará algo con magia. La utilizará para salir de aquí y llevarme consigo. Me obligará a enseñarle magia negra» .

¿Sería distinto el resultado si ella esperaba a que llegara su mensaje? Tal vez torturaría a Anyi mientras tanto.

«No. No le hará daño, si quiere que yo lo instruya» .

Tal vez la lastimaría sin querer si Lilia lo perseguía ahora.

Si aguardaba a que él enviara el mensaje y a reunirse con él, tendría tiempo para discurrir una manera de rescatar a Anyi sin enseñar magia negra a Skellin; tiempo para fortalecerse. «Tiempo para decidir cómo comunicar a Anyi que su padre ha muerto.

» Tal vez ya lo sepa. Oh, Anyi. Siento no haber llegado antes» .

Tuvo que hacer más acopio de voluntad que en toda su vida para no salir corriendo tras ella. Se obligó a ponerse de rodillas junto a Gol y, haciendo caso omiso de las protestas, comenzó a arreglar sus huesos destrozados. Esperaba con toda su alma haber tomado la decisión correcta.

## Mentes peligrosas

Unas franjas de color naranja y negro surcaban el cielo cuando Saral y Temi abandonaron la carretera principal en dirección a otra finca. Sonea y Regin los siguieron. Todas las noches, desde que la escolta de Traidores se había reunido con ellos, se alojaban en fincas liberadas. Aunque la segunda mañana les habían facilitado caballos a petición de Saral, no habían cabalgado a gran velocidad desde entonces.

«Me sorprende que no hayamos alcanzado al grupo de Savara. Sin duda lleva tiempo combatir contra los ashakis y vencerlos. Pero tal vez sea por eso por lo que avanzamos tan despacio. La reina no quiere que nos encontremos con ellos, o que lleguemos a Arvice antes que ella».

Habían permanecido en silencio durante casi todo el trayecto. Saltaba a la vista que a Saral y Temi no les complacía su papel de escolta de dos extranjeros inoportunos, pero ninguno de los dos se quejaba. Tampoco iniciaban conversaciones. En las fincas, la situación era distinta. Los esclavos recién liberados, eufóricos y parlanchines, asediaban a preguntas a Saral y Temi y suponían que Sonea y Regin eran visitas gratas para los Traidores. Ahora, mientras los cuatro caballos se aproximaban a los muros de la finca, varios ex esclavos salieron en tropel a recibirlos.

—¡Bienvenidos, Traidores! —exclamaron—. ¿Pernoctaréis aquí? —Se acercaban con rapidez, pero los que encabezaban la marcha redujeron la velocidad al ver a Sonea y a Regin.

—Me llamo Saral, y él Temi —les dijo Saral—. Ellos son la Maga Negra Sonea y lord Regin, del Gremio de Magos de Kyralia. Los estamos escoltando.

Uno de los esclavos dio un paso al frente.

—Soy Veli, y me han elegido líder de esta finca. —Alzó la vista hacia Sonea—. Bienvenidos a Sachaka.

—Gracias, Veli —respondió Sonea, inclinando la cabeza en un gesto respetuoso.

Veli devolvió su atención a Saral.

—¿Os alojaréis con nosotros? Anoche tuvimos como invitados a la reina Savara y a su equipo.

Saral se volvió hacia Sonea con lo que casi parecía una sonrisa. Esta inclinó la cabeza de nuevo en señal de gratitud. En todas las fincas donde la reina había hecho una parada, Sonea había preguntado por Lorkin.

Los ex esclavos los guiaron hacia la finca, y una vez allí se llevaron las monturas de los viajeros después de que estos descabalaran. Una mujer de mediana edad y sus dos hijas se acercaron a darles la bienvenida.

—Tiatia es la esposa del propietario anterior —explicó Veli—. Acogió a la reina Savara en su hogar cuando llegó.

—¿Y su esposo?

—Está en el este. Es un hombre bueno y no queríamos que muriera. Sabíamos que existía la posibilidad de que lo obligaran a luchar junto con los demás ashakis, o de que no se nos permitiera interceder a su favor, así que nos aseguramos de que saliera del país.

—¿Qué opinó la reina sobre esto?

—Dijo que nuestra lealtad la impresionaba. Pero no lo hicimos solo por lealtad.

—¿No? —preguntó Saral con el ceño fruncido—. Entonces, ¿por qué?

—Por amistad. —Cuando Saral lo observó con fijeza, él apartó los ojos. Pero enseguida irguió la cabeza y le sostuvo la mirada—. Es un hombre bondadoso —alegó en tono defensivo—. Si queréis una prueba de ello, echad un vistazo al alojamiento de los esclavos. Está limpio y caldeado. Él permitía que hombres y mujeres se eligieran mutuamente y vivieran juntos sin tener que renunciar a sus hijos. Solo nos obligaba a hacer reverencias cuando había visitas.

Saral arqueó las cejas.

—Extraordinario. ¿Qué ocurrirá con él?

—Los esclavos de su buque se lo contarán todo dentro de unos días y le advertirán que tal vez tenga que pedir permiso para regresar. ¿Crees que se lo concederán?

Los dos Traidores se miraron. Temi se encogió de hombros.

—Tal vez. Perderá sus tierras. Tendrá que vivir con vosotros en pie de igualdad.

—Se sentirá honrado por ello —aseguró Tiatia.

Saral posó los ojos en la mujer, luego en Veli, y asintió.

—La reina Savara nos avisó de que nos encontraríamos con circunstancias como esta y que debíamos saber equilibrar la prudencia con la compasión.

—Pasad —les indicó Veli, sonriendo—. Ya os están preparando comida y habitaciones.

Como en las fincas anteriores, una puerta principal sorprendentemente

modesta daba a un pasillo que conducía a una sala más grande, a la que en cada casa se le había asignado un uso distinto: como almacén, como dormitorio o como lugar de reunión.

—Sentaos —los invitó Veli—. Todavía falta un rato para que la comida esté lista.

Sonea escogió un par de taburetes para Regin y para ella. «Sentarse en cojines es para gente más joven», se dijo. Veli, Saral y Temi optaron también por taburetes.

—Mientras esperamos, ¿queréis que haga un poco de raka? —preguntó Tiatia.

Saral miró a Veli con las cejas enarcadas en un gesto inquisitivo. Él asintió.

—Sí, te lo agradeceríamos mucho —contestó Saral.

Tiatia sonrió y se sentó con sus hijas en unos cojines, en el centro de la sala. Debajo de un taburete había una jarra de raka y un bote con polvo para prepararla. Cuando llegaron otros ex esclavos con agua y tazas, puso manos a la obra. Mientras Saral y Veli hablaban de la producción y el futuro de la finca, Sonea observaba, divertida, aquel rito de preparación que le resultaba tan familiar en aquel lugar tan extraño para ella. Sorprendida, vio que empezaba a salir vapor del pico de la jarra.

—¿Eres maga? —le preguntó a Tiatia.

Todas las conversaciones cesaron de golpe. Sonea miró en torno a sí. Veli contemplaba a Saral con el ceño fruncido y mordiéndose el labio. Los dos Traidores tenían la vista clavada en Tiatia, asombrados. A Sonea se le hizo un nudo en el estómago cuando comprendió que Veli deseaba guardar aquella información en secreto, y que tal vez había condenado a la mujer a ojos de los demás al revelarla.

—Sí —dijo Tiatia por lo bajo—. Mi esposo me enseñó.

Saral soltó el aire que había estado reteniendo.

—Ahora sí que estoy dispuesta a creer todo lo que me habéis contado sobre él —aseveró.

—¿Por qué te ha convencido esto, y no lo que te hemos dicho? —inquirió Veli con cara de pocos amigos.

—Porque tratar bien a los esclavos no puede... no podía poner en peligro el dominio de un ashaki sobre otras personas. En cambio, enseñar magia a su esposa sí.

«A menos que no le enseñara magia superior», pensó Sonea. Sabía que los sachakanos desdénaban a los magos que no sabían magia negra. Si el esposo de Tiatia no la había iniciado en esta técnica, tanto la posición social como el poder de ella seguían siendo inferiores a los de él.

«Y los de Regin serían inferiores a los míos, desde la óptica de los sachakanos, si él y yo fuéramos...».

Apartó esta idea de su mente al cobrar conciencia de Regin, que estaba

sentado en silencio a su lado. Resultaba curioso e inquietante el modo en que un pensamiento errático podía ocasionar que ella pasara de saber simplemente dónde se encontraba él a percibir una proximidad mucho más física. De pronto se fijaba en su respiración y le parecía notar el calor que irradiaba su cuerpo.

—En nombre de todos los presentes —dijo Veli en un tono formal que captó su atención—, te ofrezco nuestra energía. Esta mañana hemos donado energía a la reina Savara y a su equipo. Mañana nos habremos recuperado lo suficiente para hacer lo mismo por ti.

Estaba mirando directamente a Saral.

La Traidora sonrió y bajó los ojos.

—Sois muy generosos.

Veli se encogió de hombros.

—Queremos que ganéis la guerra.

Saral asintió.

—Yo también. Temi es fuerte, pero puede darse el caso de que me incorpore a la batalla en un momento en que la energía adicional vuelva las tornas a nuestro favor. Acepto la oferta agradecida.

Con el rabillo del ojo, Sonea veó que Regin se volvía hacia ella. Todas las mañanas, al emprender su jornada a caballo, él se inclinaba hacia ella para tocarle el brazo y enviarle energía. Como Saral y Temi siempre estaban cerca, ella no podía protestar.

«Aunque tampoco tendría por qué protestar. Lo he traído precisamente para eso. Si no estuviera tan decidido a hacerlo, yo no me atrevería a pedirselo, y menos aún ahora».

Por otro lado, no podía criticar su horario. La mañana era un mejor momento para transferir energía que la tarde desde que se habían unido a sus guías Traidores. Después de darle energía, él quedaba en estado vulnerable. Cuando cabalgaban con ellos, era poco probable que Sonea se separara de él, y Saral seguramente tenía la obligación de protegerlos. Si alguien intentaba atacarlo, sin duda sería uno de los habitantes de las fincas. Tal vez un esclavo que, como los primeros con los que se habían encontrado, guardaba rencor al Gremio por no haberlos liberado al finalizar la guerra Sachakana. Tal vez la esposa, madre o hija de un ashaki convencida de que el Gremio se había aliado con los Traidores. Por la tarde, Regin había recobrado casi toda su energía y estaba en mejores condiciones de protegerse.

—Bien, habladnos del equipo de la reina Savara. —Saral lanzó una mirada fugaz a Sonea—. Contadnos primero cómo se encuentra ese joven pálido, Lorkin.

Veli se encogió de hombros.

—Parecía estar bien. —Miró a Sonea y arrugó el entrecejo—. ¿Es kyaliano?

—Sí. —Saral movió la cabeza afirmativamente—. Es el hijo de la Maga Negra Sonea.

El ex esclavo se volvió hacia Sonea, sorprendido.

—¿Un kyraliano que lucha del lado de los Traidores?

—Ahora es un Traidor. Se ha unido a nosotros. —Saral sonrió—. ¿Qué hay de los demás? ¿Cuántos había en el equipo de la reina?

—Treinta y dos —dijo él.

—Bien. Otro equipo se ha juntado con el suyo. Me alegra saber que todo va conforme lo planeado. ¿Hay noticias de bajas?

Veli asintió. Mientras enumeraba nombres, Sonea intentó no hacer caso del repentino aumento del pulso que experimentó a causa del pánico. Ya es bastante duro oír las palabras «Lorkin» y «lucha» relacionadas entre sí, pero es peor enterarse después de que incluso Traidores entrenados y preparados para esta batalla están muriendo. «Ten cuidado, Lorkin. Por favor, no permitas que te sobreviva a ti también».

Con los ojos fijos en el techo, Lorkin maldijo en silencio. Otra vez le estaba costando conciliar el sueño.

El edificio en que se encontraban era de tamaño medio para una finca de campo, pero otros dos equipos se habían unido al de Savara, y sencillamente no había camas para todos. La mayoría de los Traidores dormía en el suelo todas las noches. Ni la incomodidad ni el sonido de la respiración de los demás habría debido impedirle pegar ojo. Estaba cansado tras una jornada de viaje.

«Es por estar cerca de tantas mentes», se dijo. Pero esto tampoco era del todo cierto. Apenas alcanzaba a oír algún que otro pensamiento superficial, y solo si se concentraba mucho. No, lo que lo mantenía en vela era el lugar hacia el que su mente se dirigía cada vez que la dejaba vagar.

«O los lugares. Cuando no estoy acordándome de la esclava a la que le di el agua envenenada, y preguntándome si era una Traidora, me preocupa que Tyvara muera en batalla. O morir yo. O que mi madre acabe envuelta en esta guerra... ¡Por qué no se habrá marchado a casa!».

Y luego estaba Kalia.

Por lo menos la mujer había dejado de farfullar la palabra «espía» a todas horas. Al menos, había dejado de hacerlo cuando él estaba delante. Todavía les lanzaba a Tyvara y a él miradas llenas de odio, pero eso no le molestaba. Lo que lo intranquilizaba era el modo en que miraba a Savara.

«Nunca con antipatía manifiesta —pensó—. Lo que me parece sospechoso es la actitud humilde y obediente que adopta cuando Savara la observa, para luego entornar los ojos y sonreír cuando la reina deja de prestarle atención. Es la expectación que percibo cuando me concentro en su presencia».

Por el momento, él no había captado pensamientos superficiales claros procedentes de Kalia. Al parecer, ella era tan taimada interiormente como en su comportamiento. Mantenía su mente en silencio, y sus pensamientos

superficiales principales eran breves y en general críticos con otras personas. Lorkin había perdido la cuenta del número de veces que había oído la palabra « ¡idiota! » brotar de la mente de Kalia.

« ¿Qué espera? ¿Que Savara fracase o muera, o está urdiendo un plan para que ocurra una de las dos cosas? » .

Kalia dormía en el extremo opuesto de la habitación. Aunque sabía que seguramente no tendría más éxito que antes en su intento de leerle el pensamiento, Lorkin se esforzó por respirar con normalidad y comenzó a concentrarse. Cualquier cosa con tal de apartar de su cabeza recuerdos menos agradables. Lentamente, proyectó sus sentidos al exterior. En el caso de la mayoría de los Traidores, percibía poco más que su presencia. Aunque algunos seguían despiertos, sus pensamientos eran demasiado débiles para oírlos.

Entonces captó una voz mental conocida y se le heló la sangre. Era la misma que había hablado en el interior de su cabeza unos meses atrás, en Refugio, la misma presencia que había irrumpido para buscar información que él no quería divulgar.

« ... la culparán a ella. De todas las muertes. Me aseguraré de que lo hagan... No puedo permitir que Savara gobierne... Será mejor que muera en batalla... Me encargaré de ello... Pero ¿cómo? Cuando esté débil... Las portavoces dudarán. Tyvara es demasiado joven... y necia para escogerla... Nadie la seguirá... Será mejor que muera también... Pero ¿cómo? » .

Lorkin cayó en la cuenta de que había estado conteniendo la respiración y expulsó el aire de forma lenta y silenciosa. « Estaba equivocado. Ahora que ella no oculta subconscientemente sus pensamientos, los percibo con toda claridad. La maldad y la alegría perversa los amplifican. Se asegurará de que Savara muera en la próxima batalla. Y también Tyvara, si puede » .

¿Lo sabía Savara? Sin duda era consciente de que Kalia aprovecharía cualquier oportunidad para debilitar su posición o desembarazarse de ella. Pero ignoraba hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

« Si se lo digo, me veré obligado a revelar que percibo pensamientos superficiales de otras personas. Mi madre me advirtió que no lo hiciera » . Tenía que reconocer que Sonea llevaba razón. A él no le haría gracia enterarse de que alguien podía leer sus pensamientos con tanta facilidad, ni siquiera si ese alguien le caía bien. Aunque supiera que la capacidad de esta persona era muy limitada, no dejaría de preguntarse qué pensamientos había oído. Querría mantenerse alejado de ella, por si se le escapaba algún detalle íntimo o algún secreto que alguien le hubiera confiado.

« ¿Se sentiría así Tyvara? ¿Qué sentiría yo si Tyvara pudiera leer mis pensamientos superficiales? —La contempló, acostada junto a él, con los ojos cerrados y la respiración serena—. Me fio de ella. —Entonces, ¿por qué no le había hablado de la esclava a la que había matado?—. No quiero que sepa que

soy capaz de hacer algo así».

Pero lo había hecho. Quizá ya era hora de que se lo dijera. «No. Las revelaciones incómodas, mejor de una en una. Prevenirla acerca de Kalia es más importante. Tengo que hacerlo, aunque eso signifique dar a conocer mi poder a Tyvara. Si Kalia se sale con la suya, ambas morirán».

Extendió la mano para tocarle el brazo a Tyvara. Ella frunció el ceño, pero mantuvo los párpados cerrados.

Tyvara.

Sus ojos se abrieron de golpe. Cuando sus miradas se encontraron, él sintió una oleada de afecto hacia ella. Era preciosa, incluso en la penumbra. Tyvara debió de intuirlo, pues Lorkin percibió en ella sorpresa, satisfacción y luego una mezcla de cariño y deseo que le pareció de lo más gratificante.

¿Lorkin? ¿Qué pasa?, preguntó la joven, con la voz mental confusa por el sueño.

Kalia planea traicionar a Savara.

Los ojos de Tyvara se desorbitaron, y él notó que se ponía rígida bajo su mano y que el cariño daba paso a la inquietud.

¿Cómo lo sabes?

Solo te lo diré si prometes no contárselo a nadie.

Ella fijó la vista en él.

Te lo prometo, pero solo si no es algo que ponga en peligro a mi pueblo.

No lo es. Se lo explicó y le habló de los pensamientos que había captado.

¿Puedes...? ¿Desde cuándo eres capaz de hacer eso?

Desde que estuve en el calabozo del palacio. Mi madre dice que algunos aseguraban que mi padre tenía ese don. Ella creía que era una exageración, que simplemente era más observador que la mayoría.

¿Cuántas veces has captado pensamientos superficiales míos?

No muchas. Cuando nos reencontramos oí algunas palabras. Fue entonces cuando comprendí que no eran imaginaciones mías. Desde entonces..., no los he captado de forma deliberada. Solo en un par de ocasiones, sin querer. Tengo que concentrarme mucho para ello, y no me parece de buena educación escuchar los pensamientos ajenos.

Salvo los de Kalia. Tyvara parecía divertida.

No. Sospechaba que ella tramaba algo. Ahora estoy seguro. Savara corre peligro. Y tú también.

Y tú. La aprobación de Savara y la confianza que deposita en ti han sido fundamentales para disipar los recelos de los demás respecto a ti. Arrugó el entrecejo como si la hubiera asaltado una duda.

¿Qué pasa?

¿Cómo se concentra uno sin querer?

A Lorkin el corazón le dio un brinco, y percibió suspicacia en ella. ¿Sentía



rechazo hacia él ahora? Intentó idear una respuesta que le resultara convincente.

Cuando estoy especialmente pendiente de ti.

La expresión ceñuda de Tyvara desapareció de pronto y ella desplegó una gran sonrisa.

Tener cerca a alguien que sabe cuando quieres algo puede ofrecer ventajas interesantes.

Él puso los ojos en blanco.

¿Qué tal si dejamos de pensar formas en que puedes mangonearme y decidimos qué hacer con Kalía?

La sonrisa de Tyvara se desvaneció.

Tenemos que contárselo a Savara.

¿Podemos contárselo sin revelarle mi nueva habilidad? ¿Podemos decirle simplemente que oímos hablar a Kalía de ello por casualidad?

¿Mentir a Savara? No puedo hacer eso. Además, querrá saber con quién hablaba Kalía.

Mentir, no: evitar darle más información de lo necesario por el momento. Le diremos que estaba hablando sola.

¿Que Kalía pensaba sobre la traición en voz alta? No es tan idiota. Savara necesitará pruebas si ha de enfrentarse a ella.

Entonces tendrá que demostrar a todo el mundo que yo tengo este don y que pueden creer en mi palabra. Kalía señalará que les he ocultado un secreto a todos y alegará que es una prueba de que soy un espía.

Tyvara exhaló un leve suspiro de frustración. Lorkin la tomó de la mano y le dio un apretón.

Al menos sabemos que Kalía se trae algo entre manos. Podemos mantenerla vigilada; esperar hasta que dé el siguiente paso y pararle los pies.

Eso nos hará quedar mal. Savara se enfadará con nosotros por no haberla avisado. Kalía asegurará que le hemos tendido una trampa. No, tenemos que decirselo a Savara. No se me ocurre otra solución. Pero no creo que ella se lo cuente a nadie más. Eso llevaría a los demás a desconfiar de ti, lo que nos causaría demasiados problemas en estos momentos.

Lorkin recordó la advertencia de su madre y suspiró.

Espero que tengas razón. ¿Cuándo quieres decirselo?

Ahora. Es nuestra mejor oportunidad para hablar con ella a solas.

Tyvara se levantó y Lorkin la imitó. Resistió el impulso de dirigir la vista hacia Kalía mientras se escabullían de la habitación. «Espero no arrepentirme de esto».

Savara estaba en la cocina, sentada a una mesa larga de madera con dos ex esclavas de la finca. Pidió a las mujeres que se retiraran, invitó a Tyvara y a Lorkin a sentarse frente a ella y escuchó a la joven mientras esta le refería lo que Lorkin había oído pensar a Kalía. Savara clavó los ojos en Lorkin, entornando los

párpados lentamente.

—Bien —dijo en voz baja pero articulando con claridad—. ¿Qué más nos ocultas, Lorkin?

Él pensó de inmediato en la esclava. Torció el gesto y acto seguido lamentó haberlo hecho. Notó que Tyvara se apartaba de él y, al volverse, vio que lo observaba con fijeza.

—¿Hay algo más?

Él desplazó la vista de ella a Savara. Las dos cruzaron los brazos a la vez y posaron en él una mirada expectante. Habría resultado gracioso, de no ser porque Lorkin tenía que hacer la confesión que tanto temía.

Bajó los ojos hacia la mesa, respiró hondo y obligó a las palabras a salir de donde las había encerrado.

—Cuando estaba en el calabozo, torturaron a una chica esclava para forzarme a hablar. Yo... le di de beber un agua que sabía que estaba envenenada. El recipiente tenía los jeroglíficos en los que me enseñasteis a fijarme. Creía que era una Traidora y que sabía lo que hacía.

Oyó que Tyvara inspiraba bruscamente, pero no se atrevió a alzar la vista para comprobar si era en señal de horror ante lo que él había hecho, o de comprensión.

—Quieres saber si era una Traidora —dijo Savara.

Él hizo un esfuerzo por mirarla a los ojos.

—Sí.

—Sabes que eso no cambiará nada.

Lorkin se encogió de hombros.

—Pero al menos saldré de la duda.

Ella suspiró y sacudió la cabeza.

—No lo era, hasta donde yo sé. Tomaste una decisión muy dura y terrible, y nunca sabrás si fue acertada o no. —Savara alargó el brazo por encima de la mesa, cogió su mano y la apretó con suavidad.

—Nuestros espías se encuentran continuamente ante disyuntivas parecidas —le dijo Tyvara—. Difícilmente podemos reprochártelo.

Savara le soltó la mano y sonrió.

—¿Hay algo más que quieras confesar? —preguntó en tono desenfadado.

Lorkin pensó en la piedra que llevaba encima. «O les revelo lo que sé ahora mismo, o nunca podré encaramarme con ellas y exponerles la verdad. Si los Traidores se enteran más adelante de que estoy informado sobre la piedra y que el Gremio ha descubierto su secreto, se enfadarán sin lugar a dudas. Y ahora que Kalia intenta sembrar la desconfianza hacia mí y Savara tiene motivos para preocuparse por mi capacidad de leer pensamientos superficiales...».

—No estarás intentando pensar algo que confesar, ¿verdad? —preguntó Tyvara sacudiendo la cabeza.

—No exactamente —respondió él. Se volvió hacia Savara—. Habrá cosas que no querré contaros. Cosas sobre el Gremio. Aunque yo ya no sea un mago del Gremio, no quiero convertirlos en mis enemigos. Ni a ellos ni a vosotros.

Savara asintió.

—Entiendo.

—Tampoco quiero que los Traidores resulten perjudicados porque yo me haya guardado información.

—Me alegra oírlo.

Lorkin se llevó la mano al bolsillo y extrajo la piedra que Sonea había recogido en el páramo. Cuando la depositó sobre la mesa delante de Savara, una expresión de consternación asomó al rostro de la reina.

—Ah.

Él miró a Tyvara y vio, complacido, que parecía un poco avergonzada.

—Me la dio mi madre —declaró.

Tyvara soltó una maldición.

—En efecto —convino Savara—, pero hemos tenido mucha suerte de que nadie haya deducido antes para qué sirven, sobre todo si lo que hicieron nuestros antepasados no se ha descubierto. —Levantó los ojos hacia él—. Entiendes por qué lo hicieron, ¿verdad?

—Para conseguir aquello de lo que se acusó al Gremio: dejar la tierra yerma con el fin de mantener débil a Sachaka.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—No es permanente. Se recuperará.

—Y vosotros os llevaréis el mérito de devolverle la fertilidad.

Ella extendió el brazo para coger la piedra.

—Ahora que el Gremio lo sabe, dudo que eso ocurra. —Se acodó sobre la mesa y apoyó el mentón sobre sus manos—. A la larga, no tendrá importancia. Venceremos, repararemos el daño y nos perdonarán, o perderemos, lo repararán los ashakis y nos odiarán para siempre. Sea cual sea el desenlace, la tierra reverdecerá.

—Entonces, ¿qué hacemos con Kalia? —inquirió Tyvara—. ¿Podemos incitarla de alguna manera a dar el siguiente paso?

Savara se puso derecha.

—No. Si hacemos eso, argüirá que le hemos preparado una encerrona aprovechándonos de sus dudas. No debemos hacer nada.

—Pero...

La reina alzó la vista hacia Tyvara.

—No creas que me desentenderé o que confiaré en ella. —Sacudió la cabeza y suspiró—. Cuando se ofrece a una persona la oportunidad de redimirse, no se la puede obligar a aceptarla.

—¿Y el poder de Lorkin?

—Tampoco lo comentéis con nadie. Los Traidores son tolerantes, pero sería pedirles demasiado esperar que siguieran confiando en él. —Se puso de pie—. Halana siempre me dice que necesito una escolta. Os escojo a vosotros dos. Tendréis que permanecer a mi lado en todo momento, incluso cuando durmáis, pero al menos podréis vigilar a Kalia cuando yo tenga que centrar mi atención en otros asuntos.

Tyvara sonrió.

—Sabes que yo sería la primera en ofrecerte voluntaria. Además, estarás en buena compañía con nosotros.

—Sí. —Tras exhalar un suspiro, Savara miró a Lorkin con los párpados entornados—. Pero nada de leer mis pensamientos superficiales.

Él negó con un gesto.

—Ni se me pasaría por la cabeza.

Cuando se desprendieron más hojas del interior del lomo del antiguo libro, Dannyl suspiró. Sabía que lo mejor que podía hacer era dejarlo, pero necesitaba alguna actividad en que ocupar las horas largas y vacías, así que estaba releyendo algunos de los documentos que había adquirido. Habían transcurrido días desde que Achati había estado allí por última vez. Nadie más había visitado la Casa del Gremio. Tayend no había recibido invitaciones. Merria no tenía noticia de sus amigos.

Una sensación de expectación se palpaba en la Casa. Sus habitantes se juntaban durante las comidas, y sus sobremesas duraban horas. Se separaban cuando caían en la cuenta de que estaban dando demasiadas vueltas a las mismas preocupaciones y conjeturas. Ahora Dannyl consultaba a Osen dos veces al día. El administrador le informaba sobre el avance de Sonea y Regin, así como sobre algunos asuntos del Gremio que le habrían parecido más importantes a Dannyl si no hubiera estado atrapado en una ciudad que pronto quedaría inmersa en una guerra civil.

—Embajador Dannyl.

Al despegar la mirada del libro, Dannyl vio a Kai de pie en la puerta de su despacho.

—Kai —respondió—. ¿En qué puedo ayudarte?

El esclavo sonrió, lo que le provocó un desconcierto extraño. Era como si Kai se hubiera convertido en otra persona. Dannyl se percató de que nunca lo había visto sonreír. Y entonces reparó en otro detalle.

Kai no se había arrojado al suelo. Y se había dirigido a él por su nombre.

—Los ky ralianos sois raros —comentó Kai—. Pero de una forma buena.

La mente de Dannyl comenzó a trabajar a toda prisa. ¿Qué significaba aquello? «Sabes perfectamente qué significa».

—Han llegado, ¿verdad? Los Traidores.

Kai negó con la cabeza.

—Aún no. Mañana. Hemos decidido marcharnos ya. Los ashakis lo saben. Están matando esclavos.

Dannyl frunció el ceño.

—Pero si estaréis más seguros aquí. Nosotros no os haremos daño.

—Lo sé. —Kai sonrió de nuevo—. Pero no podréis frenar a los otros. Vendrán en busca de poder o de venganza. O de ambas cosas. Vosotros deberíais marcharos también.

—Tenemos órdenes de quedarnos. —Dannyl intentó desterrar de su pensamiento un temor creciente.

—Entonces os deseo suerte.

—Y yo a vosotros. —Se obligó a mirar al esclavo a los ojos—. Y os pido disculpas, en nombre de los magos que nos hemos alojado aquí, si hemos hecho algo que... Ah, ¿a quién quiero engañar? —Extendió las manos a los costados—. Esta relación entre esclavo y amo era totalmente inmoral. Y resultaba inquietantemente fácil acostumbrarse a ella.

—Ese era nuestro objetivo. —Kai se encogió de hombros—. Nos educaron para ello. Pero eso se ha terminado.

—Sí —dijo Dannyl con una sonrisa—. Espero que los Traidores triunfen.

—Y yo espero que sigáis sanos y salvos. —El esclavo retrocedió un paso y vaciló—. ¿Alguna vez has explorado las partes de la casa que ocupaban los esclavos?

—No del todo —reconoció Dannyl.

—Hazo —le aconsejó Kai—. No solo están las cocinas para cuando tengáis hambre. Hay lugares en los que os podríais esconder, y otras salidas. Quizá os salven la vida.

Dannyl asintió.

—Lo haré. Gracias.

Kai desplegó una sonrisa de oreja a oreja antes de apartarse de la puerta y salir de los aposentos con la espalda erguida.

Dannyl permaneció un largo rato contemplando la puerta vacía y después se levantó. «No tiene sentido perder el tiempo siguiendo el consejo de Kai. No ha dicho en qué momento llegarán los Traidores mañana. Podría ser a primera hora de la mañana. O los ashakis podrían atacarnos durante la noche. No puedo evitar pensar que si tanto Ahati como los esclavos creen que estamos en peligro, debemos estarlo. Será mejor que empecemos a hacer planes para irnos de aquí en caso necesario».

Salió de sus aposentos y comenzó a recorrer la Casa del Gremio en busca de Tayend y Merria.

## Antes de la batalla

Conforme Lilia se aproximaba a los aposentos de Sonea, apretó el paso. Los días que habían transcurrido desde que Skellin había secuestrado a Anyi se le habían antojado insoportablemente largos. Le costaba comportarse como si aún le importaran las clases, y le costaba aún más concentrarse lo suficiente para aprender algo. Lo más difícil era estar con Kallen sin poder evitar pensar que, si él hubiera encontrado a Skellin y se hubiera encargado de él como era su deber, Cery estaría vivo y Anyi a salvo.

Cuando llegó frente a la puerta, llevó la mano a la manija con impaciencia. Ya sentía el picor de las lágrimas que estaban a punto de manar. Todos los días, cuando se veía libre de la presión de ocultar sus sentimientos, se acurrucaba en su cama a llorar.

«Es culpa mía. Si hubiera llegado antes, tal vez habría podido salvar a Cery y evitar que Skellin se llevara a Anyi».

Gol y Jonna argumentaban lo contrario. Gol le había explicado lo de la trampa de fuego de mina que había instalado con Cery. En cuanto los huesos de sus piernas habían soldado, y a pesar de la advertencia de Lilia de que no apoyara peso en ellas todavía, él se había puesto de pie y se había dirigido hacia las paredes a ambos lados para sacar los tubos de pólvora mientras mascullaba palabrotas.

«¿Por qué no funcionó?, repetía una y otra vez» —recordó ella—. «Luego me pidió que acercara mi globo de luz. Me enseñó las manchas de humedad en el papel. El agua que impregnaba las paredes se había colado en los agujeros y había estropeado las mechas. No todas, pero Cery y él solo habían encendido dos, que habían resultado estar mojadas».

Lilia sospechaba que el corazón de Cery había empezado a fallar desde hacía tiempo. Podría haber dejado de latir en cualquier momento. Si ella hubiera estado cerca cuando sucedió, él habría sobrevivido. Se lo dijo a Gol, con la esperanza de que esto lo hiciera sentirse menos culpable.

Jonna se lamentaba de no haber encontrado a Lilia lo bastante deprisa. Le contó que un mago la había abordado en el camino, preocupado por su aspecto ansioso. Cuando ella le había comunicado que buscaba a Lilia, él le había dado indicaciones para llegar a un aula que había resultado no ser la suya. Era un error comprensible, pues el horario de Lilia había cambiado mucho en los últimos meses. Seguramente el mago le había dado la respuesta que le parecía más probable con la intención de ayudar.

Hizo girar la manija, abrió la puerta y pasó al otro lado. Al ver que lord Rothen estaba allí, parpadeó para contener las lágrimas y tragó en seco.

—Lord Rothen —saludó con una reverencia. Gol estaba sentado en una de las sillas, y Jonna se encontraba de pie tras él. Ella y Lilia habían subido ocultamente al guardaespaldas de Cery disfrazado de sirviente a los aposentos de Sonea la noche siguiente al ataque de Skellin.

Jonna había convencido a Lilia de que se lo contara todo a Rothen. «Necesitas tener a un mago como aliado —recordó que había dicho la criada—. Rothen es una persona a la que se le pueden confiar secretos. Le ha guardado muchos a Sonea a lo largo de los años». Para alivio de Lilia, Rothen se había mostrado tan discreto y dispuesto a ayudar como Jonna había prometido. Había querido hablarle de ello a Kallen, hasta que Gol le había repetido la afirmación de Skellin de que tenía informadores en el Gremio.

Cuando Lilia cerró la puerta, Rothen apretó los labios en una sonrisa comprensiva.

—Lady Lilia. —Posó la vista en Jonna y luego en la mesa. Lilia siguió la dirección de su mirada y el corazón le dio un vuelco. Había un cuadrado de papel allí, con su nombre garabateado en él.

—¿Es...?

—¿De Skellin? —Rothen hizo una mueca—. Probablemente. No la hemos abierto. Suponíamos que querías leerla primero. Siéntate antes de hacerlo.

Ella se dejó caer en una silla, mientras Rothen y Jonna ocupaban los otros asientos. Cogió el mensaje con manos temblorosas y le dio la vuelta. Advirtió que el sello era una simple corona que se cernía sobre un cuchillo. «Rey de los Ladrones». La indignación y la rabia ahuyentaron su miedo. Rompió el sello y desplegó el papel. Sus ojos se desplazaron por las palabras. Cuando comprendió su significado, tiró la carta sobre la mesa.

—Es una dirección —anunció a los demás—. Dice «mañana» y señala una hora. Especifica que no se lo comunique a nadie y que acuda sola.

—Todo muy previsible —farfulló Gol.

—¿Adónde te pide que vayas? —preguntó Jonna.

—A Ladonorte. —«El antiguo territorio de Cery. Nos lo está refregando por las narices». Miró a Rothen—. He de marcharme. Tengo que intentar salvar a Anyi.

Él asintió. Su conformidad la llenó de una ira malsana.

—¿No debería intentar disuadirme? —inquirió—. Sabe lo que Skellin quiere. Ya es bastante malo que un mago renegado controle los bajos fondos, pero un mago negro renegado sería mucho peor.

—Tal vez no sea eso lo que quiere. Quizá ya haya encontrado un libro sobre magia negra y haya aprendido por sí mismo, aunque eso es improbable. Si hay otros libros por ahí, estarán bien escondidos. —Rothen suspiró—. Aun así, los magos superiores hemos discutido qué medidas tomar si él aprende magia negra. —Sonrió con frialdad—. Esto no nos impedirá capturarlo ni ocuparnos de él, solo hará que la operación resulte más aparatosa.

—Pero morirán muchas más personas antes de que lo consigan. Y ni siquiera sabemos si Anyi sigue con vida. —Notó un nudo en la garganta y pugnó de nuevo por contener el llanto.

—Dudo mucho que la haya matado —la tranquilizó Gol—. Sabe que querrás verla antes de enseñarle nada.

Lilia respiró varias veces para recuperar la calma.

—Aunque esté viva, ¿quién me garantiza que él la dejará libre cuando yo le haya enseñado magia negra?

—Tienes que asegurarte de que ella huya antes de darle una sola lección —señaló Rothen.

—Sería más sencillo si me acompañara otro mago.

—Él no te lo permitiría —repuso Jonna—. Ni siquiera puedes llevar contigo a un mago disfrazado de criado. Skellin te ha dejado claro que debes ir sola.

Rothen asintió.

—Si cuenta con informadores aquí, lo del disfraz tal vez no lo engañaría de todos modos. —Suspiró—. De no ser por esos informadores, yo propondría que acudiésemos a los magos superiores. Podrían pedir a Kallen que fabricara un anillo de sangre para que sigamos la pista a Lilia con él. Si el intercambio saliera mal, estaríamos lo bastante cerca para ayudarla.

Lilia alzó la vista hacia él, sorprendida. « ¡Un anillo de sangre! ¿Cómo no se me había ocurrido? ».

—Yo sé elaborar anillos de sangre. Kallen me enseñó.

Rothen abrió mucho los ojos.

—¿De veras? Pues entonces... —Se enderezó y se frotó las manos—. Puede que ya tengamos el principio de un plan.

Gol desvió la mirada.

—No me pida que les ayude. El último plan que ideé no fue precisamente un éxito.

—Hiciste lo que pudiste con los pocos recursos con que contabas —le dijo Rothen—. Demostraste una audacia impresionante. Yo nunca había oído hablar del fuego de mina. Un material fascinante. Si vuestra trampa hubiera funcionado,



nos habríais entregado a Skellin en bandeja, por así decirlo. —Le dedicó una sonrisa breve—. Agradecería tu consejo, Gol. Conoces los bajos fondos y la ciudad mejor que nosotros.

Gol frunció el entrecejo.

—Pues... la idea de utilizar una gema de sangre, si he entendido bien cómo funcionan, solo nos servirá si reconocen los sitios que Lilia les muestre a través de ella —señaló Gol—. ¿Y si no saben dónde está? ¿Y si le vendan los ojos?

—Ambas cosas serían un problema. —Rothen tamborileó con los dedos sobre la mesa, las cejas juntas en un gesto de concentración.

—¿Sabe Skellin lo que es un anillo de sangre? —preguntó Jonna—. Tal vez lo descubriría y la obligaría a quitárselo.

Lilia sacudió la cabeza.

—Se supone que no debo ponerme un anillo que esté hecho con la sangre de alguien que no sea Sonea o Kallen.

Rothen asintió.

—Desde luego. Quien haya proporcionado la sangre podría leer tus pensamientos y aprender a hacer magia negra. Así que es Gol quien tiene que llevar un anillo elaborado con tu sangre.

Lilia se volvió hacia Gol.

—Y tú debes destruirlo si alguien intenta apoderarse de él.

—De lo contrario, podrían usarlo contra Lilia. —Rothen meneó la cabeza—. Ojalá hubiera otra manera de saber dónde estás. No es frecuente que tengamos que rastrear a una maga... —Inspiró con brusquedad y arqueó las cejas—. ¡Ah! ¡Claro! ¡Sonea! Antes de que Sonea ingresara en el Gremio, la localizamos porque percibíamos su magia. —Miró a Lilia—. Lo único que tienes que hacer es utilizar la magia sin ocultarla. En una de tus primeras clases, se te enseñó a encubrir el uso de la magia.

Ella hizo un ademán afirmativo. Cada año, cuando se incorporaban nuevos aprendices al Gremio, ella detectaba que algunos hacían magia antes de que les enseñaran a ocultarla.

—Pero ¿no lo percibirá Skellin también?

—Solo si lo intenta conscientemente. Si emplea la magia de forma leve y constante, para mantener un escudo activado, por ejemplo, quizá reduzca la posibilidad de que él repare en ello.

—Así que usted me seguirá la pista valiéndose de la magia —dijo Lilia—, y Gol llevará mi anillo de sangre porque así será más probable que reconozca el lugar donde yo esté.

—Una vez que localice a Skellin a través de Lilia, ¿es usted lo bastante fuerte para luchar contra él si surge algún problema? —le preguntó Jonna a Rothen.

—Contra él y contra Lorandra —terció Gol.

Rothen arrugó el entrecejo y negó con la cabeza.

—Lo dudo. Pero entre Lilia y yo, tal vez podamos vencerlos. No podemos arriesgarnos a pedir ayuda a otro mago, pues podría ser un informador de Skellin. Ojalá Dannyl estuviera aquí —añadió por lo bajo.

—Puedo ser tan fuerte como haga falta —observó Lilia, sosteniéndole la mirada a Rothen.

Este torció el gesto.

—Sería mejor que evitaras infringir la ley que prohíbe el uso de la magia negra sin permiso. Por otro lado..., tal vez podríamos soslayarla un poco. Como mago superior te concederé la autorización, pero esto no será totalmente conforme a la ley, pues se supone que todos los magos superiores deben dar su consentimiento.

Lilia bajó la vista. « Si algo sale mal y el Gremio no aprueba que él se salte la ley, perderá su puesto» .

—¿Está seguro?

—Sí. Dejar que acudas a ese encuentro existiendo la posibilidad de que te obliguen a enseñar magia negra a un renegado, es mucho peor que dejar que incrementes tus fuerzas con la energía de voluntarios. Yo puedo cederte la mía esta noche.

—Y yo la mía —dijo Jonna.

—Y yo —agregó Gol.

Rothen asintió.

—Yo recobraré la energía durante la noche.

—¿Y nosotros? —quiso saber Jonna.

—También.

—Entonces absorbe mi energía mañana también —le dijo la criada a Lilia—. Yo no la necesito para nada. Tal vez si le damos suficiente magia a Lilia, ella consiga traer a Skellin a rastras.

—Centrémonos en recuperar a Anyi —dijo Rothen.

—Claro —convino Jonna—, pero si se presenta la oportunidad de atrapar a Skellin al mismo tiempo, hagámoslo. Ya es hora de que el Rey de los Bajos Fondos se convierta en el Prisionero de la Atalaya.

El cielo del atardecer se oscurecía lentamente. En lo alto no había nubes que el sol pudiera teñir de colores vivos. Al contemplar la ciudad desde el tejado, Lorkin se preguntó cómo podía ser la misma a la que había llegado con Dannyl hacía tanto tiempo, emocionado ante la perspectiva de ser ayudante del embajador del Gremio en Sachaka. «Tengo la sensación de que fue hace años, pero no ha transcurrido ni uno entero desde nuestro viaje» .

Aunque ni las murallas ni los edificios habían cambiado desde que Lorkin había salido de Arvice en la carreta de esclavos, la población sí que era distinta. Antes los esclavos iban y venían a toda prisa por las calles, a cierta distancia de

los carruajes que transportaban a sus amos. Ahora una multitud de ex esclavos inundaba el centro; algunos iban a pie, otros aferrados a coches y carros robados.

Savara y su equipo se encontraron con un grupo reducido en la mansión que habían elegido como lugar de reunión antes de la batalla. Después de absorber la energía que le habían ofrecido los ex esclavos, la reina les había pedido que se retiraran y había dividido su comitiva, integrada ahora por más de sesenta Traidores, en dos grupos: uno encargado de vigilar, y el otro de preparar la cena y las camas. Mientras se organizaba todo, Savara había subido al tejado.

—¿Por qué no están intentando los ashakis evitar que se vayan? —se preguntó Lorkin en voz alta.

—«El esclavo de otro es problema de otro» —citó Savara—. Seguramente están muy ocupados tratando de impedir la fuga de sus propios esclavos para preocuparse por los de los demás.

—En casi todas las fincas, los esclavos entraban y salían continuamente —le explicó Tyvara—. ¿Cómo si no iban a abastecerla de víveres y otros productos? Lo único que impedía que huyeran era que no tenían adónde huir. A los esclavos fugitivos acababan por capturarlos y devolverlos a sus amos.

—A menos que un ashaki consiga juntar y recluir a todos sus esclavos en un solo lugar, no podrá evitar que algunos de ellos escapen. —Savara tendió la vista sobre los tejados con los ojos entrecerrados—. Y hay muchos ashakis lejos de sus casas, luchando contra nosotros.

Lorkin siguió la dirección de su mirada, «¿cuántas de estas mansiones albergan a ashakis que se preparan para enfrentarse a nosotros en batalla?». Por el momento, el equipo de Savara solo había combatido contra grupos pequeños de ashakis. Esto le había causado extrañeza a Lorkin, pero los informes recibidos a través de piedras de mensajes hablaban de un ejército más grande y organizado de ashakis al oeste de la ciudad. Después de que sorprendiera y derrotara a uno de los equipos de Savara, esta había ordenado a los Traidores de la zona que lo eludieran rodeándolo y uniéndose a los equipos del norte y del sur.

El rey Amakira debía de haber creído que los Traidores se juntarían para formar un solo ejército cuando llegaran a la ciudad. Savara había dado a entender que en algún momento lo harían, pero por ahora los Traidores seguirían agrupados en unidades pequeñas, aprovechando que la mayoría de la población de Sachaka estaba de su parte. Mientras los ashakis se encontraban fuera, intentando darles caza, los Traidores se fortalecían discretamente con la energía de sus esclavos.

Aunque Lorkin entendía las virtudes de esta estrategia, le preocupaba que mantener las tropas Traidoras divididas las hiciera vulnerables. El ejército del rey podía vencer fácilmente a uno de los grupos más pequeños de Traidores. Aunque quedaría debilitado tras la batalla, con el tiempo repondría sus fuerzas, y en cambio los Traidores... Una vez muertos, permanecerían muertos. «Pero si

los ashakis dependen de los esclavos para recuperar la energía que gastan, tendrán un problema. Los esclavos se han ido» .

Aun así, sería mejor que ningún grupo Traidor se enfrentara al ejército por sí solo, pues algunos de los combatientes podían acabar en poder del rey. Este ordenaría que los torturaran para extraerles información, se enteraría de los planes de Savara, de la amenaza de las gemas... Algunas de ellas incluso caerían en sus manos.

—Mañana la ciudad estará desierta —murmuró Savara—, salvo por los ashakis. Quienes regresen del oeste se unirán a los que continúan aquí, y entonces comprobaremos si nuestra táctica y nuestros preparativos y pérdidas nos conducen a las libertades que anhelamos.

Ella suspiró y levantó la vista. Lorkin miró también hacia arriba. Las estrellas empezaban a salpicar el cielo, y hacía algo de fresco. Frunció el ceño al ver que los puntos de luz oscilaban, como si se reflejaran en el agua.

Algo chocó contra su costado derecho y lo empujó hacia Tyvara.

Ambos cayeron al suelo. Tyvara logró ponerse en cuclillas y él la imitó, aunque con movimientos más torpes. Una punzada intensa le recorrió el brazo derecho. «Roto», pensó. De forma instintiva, envió energía sanadora para calmar el dolor, pero resistió el impulso de soldar el hueso. Quizá necesitaría ahorrar energía para cosas más importantes. Como protegerse de un ataque más letal.

«De no haber tenido un escudo activado cuando el azote de fuerza impactó, ya estaría muerto», se dijo, restableciendo su escudo. Aunque el golpe había anulado su barrera, esta lo había amortiguado casi por completo.

Savara estaba de pie, con la frente en alto y la mirada clavada en algo situado a la derecha de Lorkin. El aire vibró cuando ella lanzó varios azotes en respuesta a otro ataque. Tyvara se hallaba entre el agresor oculto y él. Posó una mano en el brazo de Savara, sin duda preparándose para transferirle energía en caso necesario. Lorkin se acercó a Tyvara y miró por encima de su hombro.

Cuatro ashakis se hallaban de pie sobre un tejado próximo. Cuando arremetieron con azotes de fuerza, una luz rojiza bañó sus rostros. Ninguno de ellos parecía mucho mayor que Lorkin. «¿Demasiado impacientes para esperar a que sus mayores se unan a ellos?» .

Abajo, varios ex esclavos habían reparado en la escaramuza. Algunos se alejaban corriendo, otros se habían quedado a mirar. Lorkin advirtió que el corazón le latía a toda velocidad. En los enfrentamientos anteriores entre el grupo de Savara y los ashakis, él había formado parte de un grupo más numeroso. Ahora eran tres contra cuatro. Intentó no pensar en la cantidad de energía que bullía entre su tejado y el de al lado, pero no lo consiguió. Sintió que le fallaban las rodillas. Colocó una mano sobre el otro hombro de Savara y se dijo que no era para apoyarse en ella. Un recuerdo de sus clases de habilidades de guerrero

apareció fugazmente en su mente. «Es normal estar asustado durante el combate. Lo importante es seguir las indicaciones que recibí en el entrenamiento.

» Pero nunca me entrenaron para usar la magia negra en batalla» .

Se oyó un grito procedente de abajo, y un rayo de luz se elevó de la calle entre los edificios. Los vigilantes Traidores, alertados sobre la refriega, se habían unido a ella. Los ashakis bajaron la mirada y, al caer en la cuenta de que estaban en inferioridad numérica, se retiraron. Tres de ellos desaparecieron por una trampa, pero el último, obligado a defenderse sin ayuda, se tambaleó. Un azote de Savara lo apartó rodando de la trampa y lo hizo caer por el alero más alejado.

De pronto, la vibración del aire cesó. Savara, Tyvara y Lorkin se quedaron inmóviles, observando en silencio. Un rumor de gritos amortiguados, portazos y algún que otro estampido les llegaba desde abajo. Un brillo parpadeante atrajo la mirada de Lorkin a una ventana de la casa en la que habían entrado los ashakis. Estaba ardiendo.

De golpe, Savara se volvió y se dirigió hacia la trampa que tenían detrás. Cuando empezó a descender por la escala de cuerda hacia la escalera que había debajo, Tyvara agarró a Lorkin del brazo —el que no estaba roto, por fortuna— y tiró de él.

—Tú primero —dijo el joven cuando llegaron frente a la trampa—. Dame un momento para arreglar mi otro brazo.

—¿Estás herido? —preguntó ella con los ojos desorbitados.

—No por mucho tiempo.

—Entonces me quedaré y te protegeré hasta que...

—No digas tonterías. Los ashakis se han ido y no tardaré mucho en sanar. Alguien tiene que proteger a Savara.

Ella desplazó la vista de él a la trampa, suspiró y comenzó a bajar.

—No tardes —gruñó.

Cuando ella se marchó, él fortaleció su escudo, se sentó con las piernas colgando por la abertura de la trampa y se concentró en sanar. Solo necesitaba que el hueso y los tejidos se recuperaran lo suficiente para que él pudiera bajar por la escala. Al cabo de poco rato, después de haber echado el cerrojo de la trampa y de haber pisado el último peldaño de cuerda, descendió a toda prisa por la escalera tras Tyvara y la reina.

Al llegar abajo, cruzó una puerta y descubrió que el pasillo que había al otro lado ahora formaba parte de la sala maestra, pues el tabique que lo separaba había sido reducido a escombros. Los Traidores estaban de pie alrededor de su soberana. Cuando Lorkin se acercó, vio que ella tenía una expresión lúgubre y que a sus pies yacían tres cadáveres. Dos eran de ashakis, pero el tercero... A Lorkin se le cortó la respiración cuando reconoció a la portavoz Halana.

Por un momento le pareció que la habitación giraba en torno a él. Recordó

que Halana había pedido voluntarios para el primer turno de guardia. También se acordó de que ella le había enseñado a elaborar piedras, de la forma en que lo había animado, de su comprensión por el sacrificio que él había hecho al aprender magia negra. De los vastos conocimientos y la enorme habilidad que se habían perdido para siempre...

Tyvara se situó a su lado y se inclinó hacia él.

—Ella y otros pocos estaban colocando piedras de barrera y de aviso alrededor de la casa —murmuró—. Los demás la perdieron de vista justo cuando los ashakis atacaron. Mató a tres de ellos antes de sucumbir...

—Debemos ponernos en marcha —declaró Savara—. Si se nos ha escapado uno, es posible que esté comunicando a alguien su cálculo sobre cuántos somos en este instante. Pueden volver en mayor número. Si tenemos suerte, conseguiremos trasladarnos a otra casa sin que nos localicen. Es posible que no descansemos ni un momento esta noche. Lo importante es que evitemos el enfrentamiento directo con los ashakis hasta que nos reunamos con los otros equipos. —Alzó la vista y recorrió con ella los rostros de todos—. Recoged vuestras cosas y llevad comida que sea fácil de transportar y de comer por el camino.

Los Traidores se dispersaron. Tyvara tomó a Lorkin de la mano y se lo llevó a rastras a la habitación que habían previsto compartir con Savara. Como no les había dado tiempo de deshacer el equipaje, solo tuvieron que echarse las mochilas al hombro. Tyvara cogió la de Savara y los dos regresaron a la sala maestra.

—¿... queréis que hagamos con el cuerpo? —estaba preguntando un Traidor.

—Dejadla aquí. Si ganamos, volveremos a buscarla —respondió Savara. Cogió su mochila y se la puso a la espalda, pero, cuando dio media vuelta para emprender la marcha, Lorkin alcanzó a ver un brillo de humedad en sus ojos.

Los Traidores empezaban a regresar a la sala. Una salió de un pasillo lateral, cerca de Lorkin, y cuando se volvió, a él se le nubló el corazón. Kalía lo contempló con indiferencia antes de pasar de largo.

«Lo que resulta... extraño. Yo habría esperado una mirada de odio, por lo menos». Fijó los ojos entornados en la espalda de la mujer y se concentró.

No captó ningún pensamiento superficial, solo un mortificante sentimiento de culpa.

—Es culpa de ella —jadeó.

Nadie levantó la vista. No lo habían oído. Había demasiado ruido en la habitación. Cuando se volvió, vio que Tyvara lo observaba con fijeza. Entonces una mano lo aferró del brazo. Cuando alzó la mirada, advirtió que Savara estaba de pie detrás de ellos, con su otra mano apoyada en el brazo de Tyvara.

No digas nada, envió ella. No es el momento.

Él reprimió una protesta, asintió y siguió a la reina de los Traidores a la calle.

Cuando Saral y Temi se detuvieron frente a la verja y la abrieron con magia, Sonea exhaló un suspiro de alivio. El sol se había puesto hacía horas, y ella había empezado a preguntarse si la escolta pensaba viajar toda la noche. Los Traidores cruzaron la entrada sobre sus monturas. Sonea y Regin los siguieron, Temi descabalgó, se acercó de nuevo a las puertas y echó un vistazo a un lado y otro de la calle antes de retroceder.

Saral desmontó, entregó las riendas de su caballo a Temi e indicó a Sonea y Regin que hicieran lo mismo.

—Tenemos que inspeccionar la casa —dijo en voz baja—. Al parecer los esclavos se han ido, pero siempre cabe la posibilidad de que algunos leales a su amo sigan aquí. Aunque el ashaki probablemente se haya incorporado al ejército del rey, también es posible que se haya quedado, o que regrese a buscar algo, o que haya enviado a un amigo a cuidar su casa. Quedaos aquí.

Sonea asintió.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

Saral se puso derecha y posó la vista en Temi antes de encaminarse con paso decidido hacia una puerta cercana. Estaba abierta, y ella entró. Sonea miró alrededor. Tenía sentido que aguardaran junto a Temi. Así, si alguien los atacaba, sería más fácil proteger a todos con un solo escudo. Pero cuando echó a andar hacia él, vio que sostenía un objeto pequeño. Percibió una vibración leve en el aire y se percató de que tanto él como los caballos estaban ya rodeados por un escudo. El objeto debía de ser una gema mágica.

«O sea que tenemos que escudarnos a nosotros mismos. ¿Por qué gastar en un par de extranjeros a quien nadie ha invitado una energía que podría ser necesaria en combate? Bueno, supongo que están a punto de entrar en batalla y nosotros podemos cuidarnos solos». Con un suspiro, se apartó de ellos y se encaminó hacia la sombra de un muro cercano. Protegida por la oscuridad, extendió su barrera de manera que rodeara a Regin. Él la miró y se acercó a ella sin decir una palabra.

Siguió una larga espera. Aunque Temi permanecía callado, su nerviosismo era evidente. Los caballos estaban tranquilos, con la cabeza gacha en señal de cansancio. Habían cabalgado durante todo el día haciendo pocas paradas. «Hemos cubierto más distancia y a mayor velocidad que en las jornadas anteriores. Me pregunto si... ¿Habremos llegado ya a la ciudad?». Las cercas bajas y las casas situadas en medio de sembrados habían dado paso a muros altos que protegían edificios mucho más próximos a la carretera. Casi todas las estructuras eran de una sola planta, pero alguna que otra —como en la campiña— tenía una torreta que descollaba sobre el tejado. No había podido comprobar si había campos ocultos detrás de ellas, o cuán grandes eran las fincas. Incluso

ahora, no alcanzaba a divisar nada más allá del patio en que se encontraban. Al otro lado de los edificios quizá había extensos terrenos de cultivo, o quizá otra mansión.

«Sin embargo, no se oyen los ruidos característicos de una ciudad. Todo está demasiado silencioso».

Regin cambió su peso de una pierna a la otra y le rozó el hombro, dejándole una sensación de calidez. Un estremecimiento no del todo desagradable la recorrió.

«Basta», se dijo.

Una puerta se abrió a su izquierda, y el corazón le dio un brinco. Luego apareció un globo de luz, y ella respiró aliviada al ver que era Saral, que había regresado.

—Desierta —les informó—. Las cuadras están allí. —Temi asintió y llevó a los caballos hacia donde ella había señalado. Saral miró a Sonea—. Vamos dentro.

Entraron en la mansión por la puerta que Saral había cruzado antes. Como en muchas casas sachakanas, un pasillo corto conducía a una sala más amplia. A ambos lados, unos corredores comunicaban con los aposentos, unos baños, la cocina y otras zonas de servicio.

—Si tenéis que usarlos más tarde —dijo Saral, refiriéndose a los baños—, no tardéis mucho. Si Tovira regresa, no os conviene que os pille allí.

—No —convino Sonea—. Sería más bien desconcertante tener que luchar contra un ashaki desnuda.

Vio de reojo que Regin se tapaba la boca. Tras vacilar por un momento, Saral apartó la vista.

—Además, solo tiene una entrada —añadió.

Sonea no estaba segura de si la mujer sonreía o de si había un tono de diversión en su voz. «Es difícil mantener el sentido del humor ante una batalla inminente». A continuación fueron a la cocina, donde Saral se sirvió comida e invitó a Sonea y a Regin a hacer lo mismo.

—¿No te preocupa que los esclavos la hayan envenenado con el fin de debilitar a los ashakis?

Saral negó con la cabeza.

—Si lo hubieran hecho, habrían dejado una advertencia, uno de los jeroglíficos que utilizan nuestros espías. Ahora voy a subir a la torre. Podéis quedaros aquí, si queréis.

—Te acompaño —dijo Sonea con firmeza—. Quiero ver dónde estamos.

Saral hizo ademán de protestar, pero luego meneó la cabeza.

—Sígueme, entonces.

Emprendieron un breve recorrido por la casa. Se accedía a la torre a través de lo que sin duda había sido el conjunto de habitaciones del ashaki. Sonea se fijó



en que había prendas femeninas además de masculinas.

—Me pregunto dónde estará su esposa.

—Seguramente la habrá enviado a algún lugar más seguro —respondió Saral—. Estamos a las afueras. Un sitio más céntrico sería más fácil de defender.

«Las afueras —pensó Sonea—. O sea que hemos llegado a la ciudad».

En lo alto de una escalera de caracol había una habitación pequeña y redonda.

—Quédate a un lado de las ventanas para que nadie de fuera distinga tu silueta —le indicó Saral. Se acercó a una por la izquierda y echó un vistazo por el borde. Sonea se asomó por el otro lado. Un mar de tejados se extendía ante ella. Varios cientos de pasos a la izquierda, había un edificio en llamas. Más adelante se alzaban numerosas construcciones de dos plantas, y tras ellas se elevaba lo que parecían unas cúpulas—. Bienvenida a Arvice —dijo Saral—. Savara ha dictado la orden de que nos quedemos aquí hasta que nos convoque. A menos, claro, que nos veamos obligados a marcharnos. ¿Qué órdenes tenéis vosotros?

«Nada tan concreto —se dijo Sonea—. Pero ya que ha tenido el detalle de preguntar...».

—Consultaré a mi contacto.

Se llevó la mano al bolsillo de la túnica, extrajo el anillo de Osen y se lo puso en el dedo.

¿Osen?

Sonea.

Hemos llegado a la ciudad y nos refugiamos en una finca vacía que pertenece al ashaki Tovira, que seguramente se ha alistado en el ejército del rey. Nuestra escolta de Traidores dice que debemos permanecer aquí hasta que nos llame la reina Savara.

Sin duda quieren asegurarse de que no interfieran.

¿Qué hacemos?

Lo que ella diga.

Desde aquí no podré presenciar los combates. Lo que significaba que no vería a Lorkin ni podría ayudarlo.

Hum. Si tanto Dannyl como usted llevan mis anillos de sangre, quizá perciba lo que él me comunique. Pero le he indicado que se quede en la Casa del Gremio. Tal vez debería pedirle que en vez de eso busque un lugar alto desde donde seguir la batalla.

Siempre y cuando no se ponga en peligro.

En las proximidades de una batalla mágica siempre hay riesgos. El Gremio necesita conocer el resultado. Nuestros voluntarios sanadores han partido esta mañana. No deseamos que se vean envueltos en una situación peligrosa.

¿Seguro que quiere que nos quedemos donde estamos?

Sí. Como figura de mayor autoridad que Dannyl y como maga negra, es más

probable que ambos bandos la consideren una amenaza. De no ser por Lorkin, ya le habríamos ordenado que volviera a Imardin.

Ah. Bueno, les agradezco que no lo hayan hecho.

Los que estamos a favor de que continúe en Sachaka alegamos que, cuando el conflicto termine, tal vez pueda persuadir a Lorkin de que regrese o al menos asegurarse de que los Traidores cumplan su parte del trato.

Esperemos que no gasten todas sus gemas en batalla, entonces. Tengo que dejarle. Saral aguarda mi respuesta.

Cúidese, Sonea.

Lo haré. Se quitó el anillo y se lo guardó en el bolsillo.

—Debemos quedarnos aquí por el momento —informó a Saral.

La mujer asintió y ambas bajaron a la cocina. Temi había llegado y charlaba con Regin. Al estar los dos hombres juntos, sus diferencias se hacían más patentes. Regin era más alto, Temi más delgado. Por otro lado, este no era mucho más moreno que aquel. La tez del Traidor era más clara que la del sachakano medio, y Regin se había bronceado durante el viaje. «Le sienta bien». Interrumpieron la conversación en el momento en que Sonea y Saral entraron en la cocina. Cuando Temi se ofreció a montar guardia durante la primera mitad de la noche, Regin se mostró dispuesto a hacerle compañía.

—No —dijo Saral—. Yo me ocuparé del primer turno de guardia. Sola.

Regin se encogió de hombros.

—Bueno, ¿dónde dormimos?

—En el segundo conjunto de habitaciones. Si Tovira se presenta en plena noche, sin duda se dirigirá hacia su dormitorio.

Regin asintió, miró a Sonea y echó a andar hacia la puerta. Ella lo siguió, divertida al ver que él había tomado la iniciativa, pese a que, en casi todas las ocasiones desde que los Traidores se habían unido a ellos, había esperado la decisión de Sonea.

En el segundo conjunto de habitaciones había camas en los tres cuartos. Sonea eligió uno al azar y se sentó en el lecho. Al mirar en torno a sí, se fijó en una versión pequeña del atuendo ashaki colgada en una percha: una chaqueta enjoyada sobre unos pantalones lisos...

—¿Qué ha dicho Osen?

Cuando levantó la vista, vio a Regin de pie en la puerta.

—¿Cómo sabes que me he comunicado con él?

Regin alzó los hombros.

—Era de esperar.

—Saral ha dicho que debemos quedarnos aquí hasta que Savara nos convoque y luego me ha preguntado si me parecía bien. Osen se ha mostrado de acuerdo. Quieren asegurarse de que no nos entrometamos.

—Si Lorkin se encontrara en dificultades, te entrometerías.

Al alzar la vista de nuevo, ella vio que Regin la observaba con una sonrisa de complicidad.

—Solo para salvarlo.

—No por eso dejaría de ser una intromisión. Aunque me parecería totalmente comprensible.

—Osen cree que si Dannyl y yo llevamos sus anillos de sangre al mismo tiempo, quizá yo pueda presenciar la batalla a través de los ojos de Dannyl.

Regin se quedó pensativo.

—Sería una buena manera de sortear las restricciones de los Traidores. —Frunció el entrecejo—. Si ellos pasan apuros, lo sabremos porque Saral se marchará para ayudarlos. ¿La seguirás?

Sonea apartó la mirada.

—Tal vez. Probablemente. Pero tú deberías quedarte.

—Yo iré a donde tú vayas.

Ella notó que el corazón le daba un vuelco. «En circunstancias menos peligrosas, eso me habría parecido de lo más romántico».

—No. Te pondrás en peligro inútilmente.

—Eres un objetivo más importante que yo —replicó él—. Lo que me recuerda una cosa. —Se acercó a la cama y se sentó—. Debes absorber mi energía.

Consciente de su proximidad física, Sonea se volvió hacia él.

—¿Y si Tovira regresa esta noche? Ni siquiera podrías escudarte.

—Seguramente no duraría mucho de todas maneras. —Le tendió las manos.

Ella se quedó mirándolas con una renuencia creciente. «La situación es demasiado íntima —pensó—. ¿Y si percibe algo? Mientras viajábamos, era poco probable. Solo nos tocábamos durante el tiempo imprescindible. Había otras personas delante».

—De verdad creo que deberías superar tu miedo a la magia negra —comentó él.

—No tengo miedo —repuso ella. No mentía del todo. «Pero tampoco es del todo cierto».

—Si absorbes mi energía, te prometo que no iré contigo a la ciudad —aseveró Regin.

Ella lo miró a los ojos. Él le sostuvo la mirada con serenidad y expresión seria. Sonea se aguantó las ganas de sonreír.

—No irás a la ciudad porque te he ordenado que no vayas —señaló.

Él se encogió de hombros.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo?

Con un suspiro, ella lo tomó de las manos intentando no reparar en el calor que desprendían. Cerró los ojos, absorbió la energía que fluía de su cuerpo y la almacenó.

## Principios y finales

Dannyl contempló el techo, parpadeó y se incorporó apoyándose sobre los codos. «¿Qué...? Algo me ha despertado. —Arrugó el entrecejo—. ¿Ha pronunciado alguien mi nombre? ¿O estaba soñando?». Tras crear un globo de luz, se asomó por la puerta de su dormitorio a la sala principal.

«¿Ha sido Tayend? ¿O tal vez Merria? ¿Ha entrado alguien por la fuerza en la Casa del Gremio, tal como nos advirtieron Achaty y Kai?».

Dannyl.

Se sobresaltó al oír la llamada mental. «¡Osen!». Suspiró aliviado al comprender que lo que lo había arrancado del sueño estaba en su mente, no en la Casa del Gremio. Osen lo había llamado abiertamente, de manera que cualquier otro mago podía oírlo. Jamás lo habría hecho si no tuviera algo importante que decirle o preguntarle. Dannyl se levantó, rebuscó en los bolsillos de la túnica que llevaba el día anterior, encontró el anillo de Osen y se lo puso.

Osen. Perdona, estaba dormido.

Entonces te pido disculpas por despertarte. No te has comunicado conmigo a la hora convenida.

Dannyl se quedó sin habla. No sabía qué hora era. Como no había esclavos que lo despertaran, ni ventanas en las habitaciones, podía ser tanto medianoche como mediodía.

¿Qué hora es?

Una hora antes de que empiecen las clases aquí.

El sol salía un poco más temprano en Sachaka, lo que significaba que era media mañana. ¿Había finalizado la batalla, o no había comenzado siquiera? A Dannyl lo asombraba el mero hecho de haber podido conciliar el sueño. Por otra parte, Tayend, Merria y él se habían quedado despiertos hasta muy tarde y habían bebido más de la cuenta de las reservas de vino de la Casa del Gremio para mitigar su ansiedad por estar atrapados en una ciudad en guerra, bajo la amenaza de que los mataran por venganza o para robarles su energía mágica.

Anoche hablé con Sonea, prosiguió Osen. Regin y ella se alojan en una casa de las afueras de la ciudad. Los Traidores les han ordenado que no se muevan de allí hasta que los llamen, lo que seguramente ocurrirá después de la batalla.

Saber que Sonea estaba cerca le resultaba reconfortante a Dannyl, aunque no estaba seguro de por qué. Tal vez ella podría acudir en su ayuda si alguien intentaba asaltar la Casa.

Por desgracia, continuó Osen, eso quiere decir que no se enterará de cómo le van las cosas a Lorkin, o de quién sale vencedor. He estado meditando sobre la advertencia de Achaty y tu ex esclavo sobre la posibilidad de que la Casa del Gremio sea objeto de un ataque. ¿Hay algún otro sitio al que podáis ir?

¿Un sitio desde el que podamos ser testigos de la batalla?

Y en el que os podáis instalar Merria, Tayend y tú sin comprometer vuestra seguridad.

Dannyl reflexionó. El buque que los esperaba por orden de Achaty sería un refugio seguro, pero una de las razones era que el muelle se encontraba lejos de donde seguramente se librarían los combates, así que no era un lugar estratégico desde donde presenciarlos. ¿Dónde era más probable que tuviese lugar la batalla? « En el palacio, tarde o temprano. Y la mansión de Achaty tiene vistas al paseo que conduce al palacio. Tal vez si subiéramos a la azotea... ».

¿Podéis subir sin correr riesgos?, inquirió Osen.

Un escalofrío recorrió a Dannyl ante este recordatorio de que el administrador podía oír sus pensamientos, gracias al anillo de sangre.

Perdona. Me cuesta contener la impaciencia. Merin quiere noticias, y yo confiaba en que Sonea o tú os pondríais en contacto conmigo antes, envió Osen.

Dannyl esbozó una sonrisa comprensiva. Que el rey de Kyrallia estuviera presionando directamente al administrador significaba que estaba tan inquieto respecto a la situación en Sachaka que no se conformaba con los informes del Gran Lord Balkan.

Me imagino que lo más peligroso será llegar hasta la casa de Achaty, pero veremos si es posible, contestó Dannyl.

No asumas riesgos innecesarios. Ah, y Sonea llevará uno de mis anillos de sangre. Esperamos que pueda ver también lo mismo que tú.

¿Y venir a rescatarme si algo sale mal?

Eso leventaría un revuelo político menor que si tuviera que rescatar a Lorkin. Hum. Podría ser una manera de conseguir que los Traidores la dejen entrar en la ciudad. Les resultaría más difícil justificar su decisión de impedirselo si su intención fuera acudir en socorro del embajador del Gremio y no de su hijo.

El corazón de Dannyl dio un brinco.

¿Pretendes que me meta en líos a fin de darle una excusa para entrar en la ciudad?

No. Pero tal vez podríamos fingir que lo estás... No. No, a menos que sea

imprescindible. Trasladaos primero a la casa de Achatí, y luego estudiaremos otras ideas.

De acuerdo.

Buena suerte, Danny I.

Gracias, Osen.

Tras quitarse el anillo, Danny I se vistió a toda prisa con una túnica limpia. Se detuvo por un momento para echar un último vistazo a la habitación. ¿Debía llevarse alguna cosa más consigo? «¿Mis notas? No. Estarán a mejor recaudo aquí que si las llevo encima. Si me matan, tal vez saqueen este lugar, pero a ningún saqueador le interesarán mis cuadernos. Es posible que más tarde alguien registre más a fondo nuestras pertenencias. Espero que sea un mago del Gremio que sepa apreciar su valor. O tal vez Achatí... si sobrevive».

Danny I desterró este pensamiento de su mente, giró sobre los talones y salió de sus aposentos con paso decidido en busca de Merriá y Tayend.

Lorkin estaba sentado con las piernas cruzadas y la espalda contra la pared. La sala maestra de la finca en la que se habían reunido los Traidores estaba abarrotada, pero la gente procuraba mantener despejado un pasillo entre un corredor y otro para que los mensajeros pudieran caminar de un lado a otro sin tropezar.

Era el tercer sitio al que el equipo de Savara se había trasladado durante la noche. El segundo había sido otra mansión abandonada; luego, poco antes del amanecer, habían recorrido sigilosamente las silenciosas calles de la ciudad hasta una casa más fácil de defender que habían elegido como lugar de reunión antes del enfrentamiento final con los ashakis. Lorkin no había pegado ojo y dudaba que nadie más lo hubiera hecho. «Aunque habría dormido como un tronco si hubiera tenido la oportunidad o si hubiera encontrado un hueco en el que tumbarme». Una Traidora entró en la habitación y dirigió la vista hacia él. Se volvió para ver de quién se trataba y se le aceleró al pulso cuando advirtió que era Tyvara. Esta sonrió y se abrió paso hacia él. No había espacio para que se sentara a su lado, así que Lorkin se puso de pie. Ella le entregó un chaleco.

—Es para ti —dijo en voz muy alta para que él alcanzara a oírlo por encima del ruido que reinaba en la sala.

A Lorkin se le revolvió ligeramente el estómago al notar el peso del chaleco sobre las manos. Todos los Traidores llevaban uno parecido. Estaban cubiertos de bolsillos pequeños, dentro de los que había gemas engastadas en madera, piedra o metales preciosos. Él había supuesto que lucharía sin gemas, pues no estaba entrenado para usarlas en batalla.

—Es más fácil de utilizar si lo llevas puesto —señaló Tyvara.

—Dame un momento —contestó. Cuando se puso el chaleco, descubrió que le apretaba un poco a la altura de los hombros.

—Ya me parecía que te vendría un poco pequeño —dijo Tyvara, intentando sin éxito abrochar las hebillas y correas de delante—, pero era el único que nos sobraba.

—Bueno, lo importante es lo que contiene —opinó él.

—Las piedras están dispuestas de tal manera que puedas encontrarlas sin apartar la mirada del enemigo, así que si llevas los delanteros sueltos, tal vez te equivoques al coger una. De todas formas, supongo que no estás familiarizado con sus posiciones. —Suspiró y levantó los ojos hacia él con expresión grave—. Basta con que memorices esto: el lado izquierdo es para las piedras defensivas, el derecho para las ofensivas. Las más potentes están hacia el centro, las más débiles hacia los costados. Si te quitas el chaleco, procura no darle la vuelta con los bolsillos desabrochados, porque si se caen al suelo no sabrás cuáles son las potentes y cuáles las débiles.

Lorkin repitió lo que ella había dicho. Hasta ahora no había visto a los Traidores utilizar gemas en la lucha. Suponía que las guardaban para la batalla principal, o que eran más útiles en combates de mayor magnitud. Las únicas que había visto utilizar eran defensivas, como las piedras de barrera que Halana estaba colocando cuando le habían tendido la emboscada. Generaban escudos simples, pero otras usaban un escudo a modo de alarma; si bien no eran lo bastante fuertes para impedir que una persona pasara al otro lado, emitían un sonido cuando esto ocurría. Lorkin también había visto una piedra que alguien había activado sin querer y que creaba un escudo blanco y opaco que se podía atravesar, y Savara tenía una gema que bloqueaba el sonido.

—En los bolsillos más grandes hay piedras básicas de escudo y de azote —le dijo Tyvara, dando palmaditas en una hilera de bolsillos cercana a la cintura—. Las piedras de escudo son todas lo bastante poderosas para rechazar algunos azotes, pero el número y la intensidad de los que pueden resistir depende de los límites de cada una. Tienes que estar siempre preparado con un escudo de tu propia magia para cuando se agoten. —Abrió la solapa de un bolsillo y sacó una de las gemas. La montura semejaba una cuchara corta en la que la piedra ocupaba la parte cóncava—. Se sujeta así. —Cogió el mango entre dos dedos y volvió la parte cóncava hacia fuera—. Para activar la gema, pulsa la parte posterior. Orienta la piedra hacia delante, o proyectarás el escudo o el azote contra ti mismo.

—Eso sería embarazoso —comentó él.

Un brillo de humor asomó a los ojos de Tyvara.

—Y potencialmente mortal. Lo que sería embarazoso para mí. Quedaría marcada para siempre por haber elegido a un hombre tan idiota.

Él rio entre dientes.

—¿Y las otras piedras?

—Esto es más complicado de recordar. Las gemas de escudo tienen monturas

de piedra, y las de azote, de madera. Las de las demás son de bronce, cobre, oro y plata, y tienen texturas diferentes en el mango para que puedas reconocerlas por el tacto. —Las sacó de una en una y le explicó para qué servían. Una era para bloquear el sonido; otra emitía un ruido muy estridente. Algunas despedían luz, para alumbrar o hacer señales. Una lanzaba un azote de fuego corto y constante para cortar o quemar, otra generaba un azote de fuerza que disparaba cualquier objeto que se colocara en el cuenco. Un par de ellas estaban diseñadas para explotar al cabo de un intervalo que, según le advirtió Tyvara, podía oscilar entre los diez segundos y los varios cientos.

Después extrajo un puñado de anillos de sus bolsillos.

—La mayor parte de las piedras del chaleco son de un solo uso. Estas son de usos múltiples, así que no debes tirarlas cuando se hayan agotado. Las más pequeñas son para comunicarse —agregó, poniéndole en los meñiques sendos anillos con gemas iridiscentes—. No se activan hasta que las oprimas para hundirlas en su montura, contra tu piel. La de tu mano izquierda conecta con el anillo que llevo yo, y la otra iba a conectar con Halana, pero Savara lleva ahora sus anillos. No utilices el suyo salvo en caso de urgencia. Podrías distraerla en un momento inoportuno.

» Las de color rojo oscuro son piedras de azote. Las de color azul claro son de escudo. —Ajustó los anillos a los dedos índice y medio, y luego le mostró las dos últimas—. Estas son nuevas para nosotros, y no tenemos muchas. La transparente... Tú le inspiraste la idea a Halana, de hecho. Nunca nos habíamos molestado en elaborar piedras cuyo único propósito fuera almacenar energía que pudiera recuperarse más tarde como magia pura, en vez de ser canalizada con un objetivo concreto.

—¡Una piedra de almacenaje!

—Sí. Contamos con unas veinte. Solo contienen la energía de tres magos medios. Halana no quiso arriesgarse a acumular más, y casi toda la energía de Refugio estaba siendo absorbida y almacenada por magos Traidores, de manera que fuera accesible al instante, sin necesidad de ponerse anillos. En tiempos de paz, sin embargo, podrían ser más útiles si aumentáramos su fuerza.

Él contempló el anillo y se lo puso en el dedo libre que le quedaba en la mano derecha.

—¿Y la otra?

—¿La violácea? —Ella sonrió de oreja a oreja—. Es una piedra sanadora.

—¿La fabricó Kalía?

—No. Una pedrera le leyó la mente, experimentó en un voluntario lo que esta había aprendido y luego elaboró algunas piedras. Dice que estas gemas potencian la fuerza sanadora que genera el propio cuerpo.

Lorkin cogió el anillo y lo examinó.

—Ingenioso. De este modo, si funciona, da igual qué tipo de herida sea la que



necesite sanar; basta con que el portador sepa utilizar la fuerza mágica para sujetar los huesos en la posición correcta para que no suelden torcidos, para mantener unidos los bordes de una herida o para extraer veneno, pus o la sangre acumulada en algún órgano. Por otro lado, no funcionaría si uno quisiera utilizar la magia sanadora para cosas que van más allá de lo que necesita el organismo, como para aliviar el dolor o el cansancio. ¿Cuántas elaboró la pedrera?

—Cinco. Un momento... ¿Aliviar el dolor? —Tyvara frunció el ceño—. ¿Puedes dejar de sentirte cansado, si quieres?

—Pues... sí. No lo mencioné cuando estaba en Refugio porque temía que... bueno, que la gente me tuviera más tirria.

—¿Se necesita mucha magia?

—No.

—¿Podrías mitigar mi fatiga, o la de Savara?

—Sí.

Tyvara agitó una mano cuando él intentó devolverle el anillo. Lorkin miró las manos de la joven. No se había puesto aún ninguno de sus anillos.

—¿Tienes uno?

—No.

—Pues quédatelo. No tiene sentido que lo lleve yo. Puedo hacer todas esas cosas por mí mismo.

—Savara ya me advirtió que dirías eso, pero insistí en ofrecerte uno de todos modos.

—Te agradezco la oferta, pero sería un favor más grande para mí si lo llevaras tú.

—¿Por qué habría de necesitarlo, si te tengo a ti? —Aceptó el anillo con una sonrisa—. Por cierto, quiere verte. —Le tomó la mano entre las suyas y lo guio a través de la sala hacia un pasillo.

Savara estaba en los aposentos principales, rodeada de personas que conversaban en grupos o que iban y venían. Al mirar alrededor, Lorkin vio a todas las portavoces, menos Halana, naturalmente. Cuando reparó en él, Savara interrumpió con un gesto a su interlocutora y se dirigió a su encuentro.

—Lorkin —dijo, bajando la vista hacia su chaleco para posarla después en sus ojos—. ¿Listo para la lucha?

Él se dio unas palmaditas en el pecho.

—Sí, gracias a ti y a quien ha preparado esto para mí, sea quien sea.

Tyvara le mostró el anillo violáceo. La reina sonrió y asintió.

—Dáselo a la portavoz Lanna.

Una vez que Tyvara se alejó, Savara dio un paso hacia él, y de pronto todos los sonidos del entorno se apagaron a causa de la barrera que los rodeaba. El semblante de la reina se tornó severo.

—¿Se ha delatado ya?

Suponiendo que se refería a Kalia, Lorkin frunció el entrecejo.

—No. Lo único que percibo en ella es sentimiento de culpa. La he sorprendido recriminándose su estupidez varias veces.

—¿No hay ni un indicio de que esté tramando algo?

Él negó con la cabeza.

—Pero yo de ti no bajaría la guardia.

Ella apretó los labios en una sonrisa sombría.

—No. Permanecerá a una distancia prudente de mí, estrechamente vigilada.

—Suspiró—. Sospecho que lo que hizo, fuera lo que fuese, le salió mal y acabó con la vida de Halana, y que no quiere arriesgarse a cometer el mismo error.

—Así lo espero, aunque eso nos imposibilitaría la tarea de demostrar lo que hizo. A menos que me pidas que revele mis poderes.

—No mientras yo sea su único objetivo. —Bajó la mirada y soltó una carcajada amarga—. Sin embargo, tal vez acabes dedicando buena parte de tu vida a vigilarla hasta que muera. Si ganamos esta batalla.

Él se encogió de hombros.

—Lo haría de todas maneras —admitió—. Si no por tu seguridad, por la de Tyvara y la mía. Además...

La reina alzó una mano para hacerlo callar. El sonido del ambiente se reanudó bruscamente cuando Tyvara regresó junto a ellos.

—Lorkin estaba contándome que es capaz de sanar el cansancio —le dijo a Savara—. Acudir a la batalla con la mente fresca y despejada te daría cierta ventaja.

La soberana arqueó las cejas.

—Es cierto.

—¿Sería aconsejable? —terció otra voz. Al volverse, Lorkin vio que la portavoz Lanna se acercaba—. Unas horas antes de la batalla final, ¿podéis permitiros depositar tanta confianza en alguien que no nació Traidor?

Cuando Tyvara fulminó con la mirada a la mujer, Lorkin le posó la mano en el brazo.

—Es una pregunta razonable.

Savara asintió.

—Lo es. Y del todo innecesaria. Desde que Halana aprendió de Kalia todo cuanto pudo sobre sanación, ella y yo hemos estado experimentando... Estuvo experimentando, en su caso. —Una expresión de aflicción cruzó su rostro—. Hace unos días descubrió cómo sanar el cansancio. —Se irguió y se dirigió a Lorkin—. Pero, de no haber sido así, aceptaría tu oferta. El beneficio para nuestra causa valdría la pena, y hay personas competentes preparadas para ocupar mi lugar, en caso de que confiar en ti resultara ser una mala decisión. —Desplazó la mirada a algo situado detrás de él—. Aquí llega otro mensajero.

Lorkin se giró hacia un hombre de aspecto cansado que aguardaba nervioso

tras su espalda y se llevó una fuerte impresión al reconocerlo.

—¡Evar! —exclamó.

El hombre sonrió.

—Lorkin. Esperaba toparme contigo una última vez. —Se volvió hacia la reina y se llevó la mano al corazón—. Los ashakis están concentrándose en el paseo, majestad, y se preparan para avanzar.

Los ojos de Savara se desorbitaron ligeramente, y ella enderezó la espalda.

—Ha llegado la hora. —Paseó la vista por la habitación—. Reunido a todos frente a las puertas de la verja. Pronunciaré unas palabras, y luego... nos enfrentaremos al fin con nuestro enemigo, cara a cara.

Lilia, siguiendo a su sexto guía de la mañana, salió a una callejuela atestada de cosas, detrás de varias tiendas pequeñas, y luego a una más limpia que discurría entre dos edificios grandes. El sitio estaba en penumbra, y ella intentó no inmutarse al pasar frente a unos hombres que la observaban reclinados contra las paredes. Llevaba la ropa raída de una criada y seguramente parecía tan fatigada, nerviosa y vulnerable como se sentía.

Había emprendido la marcha antes del amanecer. Los guías la habían conducido por toda la ciudad, a través de los distritos principales. Al principio se había cruzado con poca gente, luego solo con criados y empleados de comercios cuyo trabajo los obligaba a madrugar. Poco a poco, las calles se habían llenado conforme aparecían más transeúntes.

Aunque solo habían transcurrido unas horas, Lilia tenía la sensación de que eran muchas más. Estaba ansiosa por llegar a su destino. Quería despachar el intercambio con Skellin lo antes posible. Por otro lado, temía el encuentro con él.

Se había pasado casi toda la noche en vela, imaginando todas las maneras en que las cosas podían torcerse. En las pocas ocasiones en que se había dormido, había despertado sobresaltada por sueños en los que Anyi le pedía ayuda a gritos, pero no alcanzaba a oír sus respuestas. Al recordar estas pesadillas, un escalofrío le bajó por la espalda, de modo que pensó en la discusión que habían mantenido Rothen, Gol y Jonna la noche anterior.

«Una vez, Sonea mató a un ichani con energía sanadora —le había dicho Rothen—. Él la aprisionó en el interior de su escudo, creyendo que estaba demasiado débil para ser peligrosa y sin saber que la magia sanadora puede traspasar la barrera natural del cuerpo. Ella hizo que su corazón dejara de latir. Sería conveniente que no mataras a Skellin, aunque eso implique dejarlo escapar, pues así tendríamos la posibilidad de atraparlo y descubrir quiénes son sus aliados e informadores».

Para matar con magia sanadora, Lilia tendría que tocar la piel de Skellin durante un rato suficiente para proyectar la mente a su interior. Si él detectaba lo que ella estaba haciendo, le bastaría con un pequeño esfuerzo para expulsarla de

sí. El ichani no había tenido conocimientos de magia sanadora, pero Skellin sí. De todos modos recelaría de Lilia si intentara tocarlo, por temor a que pretendiera utilizar la magia negra.

«No, mi plan es mejor, pero no mucho, y, a diferencia del uso de la sanación para matar, no tengo idea de si dará resultado».

Su propio escudo le habría valido las burlas de cualquier aprendiz de primer año, pero no por su poca resistencia. Lilia había tardado un rato en encontrar la manera de dejar de ocultar su utilización de la magia para que Rothen pudiera percibirla. El mago estaba en algún lugar del centro de la ciudad. Sabía que los hombres de Skellin descubrirían que podía rastrear a Lilia si lo sorprendían siguiéndola, así que aguardaba con Gol a que ella les comunicara que estaba a punto de reunirse con el renegado. En cuanto esto ocurriera, él se acercaría lo máximo posible sin atraer la atención, de modo que, si algo salía mal, pudiera, con un poco de suerte, llegar a tiempo a donde estaba Lilia.

Ella notaba la mente de Gol en los límites de la suya propia. La distraía menos de lo que se había temido. Rothen y él se hallaban en una habitación silenciosa en una casa que pertenecía a un amigo del mago. Era un sitio bastante agradable, a juzgar por las impresiones que Lilia recibía de Gol. Como la mente del hombretón estaba abierta a la suya en todo momento, le costaba recordar que él no podía examinar la de ella, y que tenía que hablarle conscientemente para comunicarse.

Tras salir de la callejuela, se detuvo por unos instantes cuando una ráfaga de aire fragante la golpeó. Miró en torno a sí, y se le contrajo el estómago de ansiedad. El muelle se extendía ante ella, a izquierda y derecha.

Al percatarse de que se había parado, el guía le hizo un gesto de impaciencia. Lilia respiró hondo y lo siguió hacia un embarcadero largo. Avanzaron sorteando estibadores y pilas de mercancía. Los buques cabeceaban con suavidad a ambos lados. Cuando el guía enfiló el embarcadero, ella formuló una pregunta en su mente.

¡Gol! ¿Y si me indica que suba a un barco?

Gol respondió después de un momento de silencio.

Rothen dice que está pensando en ello.

Después de pasar junto a cuatro navíos, el guía se detuvo frente a una pasarela que ascendía a una embarcación y la señaló. Ella alzó la vista hacia el barco. La tripulación la miraba con expectación.

Parecen listos para zarpar. ¿Qué hago?

Sube a bordo. Tal vez solo tengas una oportunidad de salvar a Anyi, respondió Gol.

Una era mejor que ninguna. Inspiró profundamente, exhaló y comenzó a subir por la pasarela. Nadie le dijo una palabra. En cuanto llegó a la cubierta, la tripulación apartó la mirada de ella y se puso a trabajar.

« ¿Cómo me seguirá Rothen? ¿Tiene el Gremio un barco? ¿Podrá utilizarlo él sin explicar a los magos superiores lo que estoy haciendo? » .

Avanzó por la cubierta escrutando los rostros. Skellin no figuraba entre ellos. Ni Lorandra. Tampoco Anyi. Los marineros debían de tener instrucciones de llevarla ante Skellin..., pero ¿cuán lejos se encontraba? Ella dudaba que estuviera en otro país. Tardarían días en llegar allí.

Se imaginó lo que habría sentido si hubiera sido una sirvienta joven rodeada de aquellos hombres de aspecto rudo. Sin embargo, sus expresiones no eran lascivas, sino frías. Nadie le prestaba atención salvo para rodearla cuando obstruía el paso.

Cosa que sucedía con frecuencia. No había mucho espacio en la cubierta de un buque, y menos aún en la de aquella nave pequeña diseñada para transportar mercancías y no personas. Tras estudiar los movimientos de la tripulación, Lilia encontró un lugar donde podía quedarse de pie sin estorbar. Desde allí contempló cómo el barco se apartaba del muelle y abandonaba el puerto rumbo a mar abierto.

El suelo empezó a mecerse bajo sus pies, por lo que tuvo que agarrarse. Los rodeaban muchas embarcaciones que entraban o salían de la desembocadura del río Tarali, pero conforme la nave se alejaba de tierra, se apartaba de todas menos una, que tenía las velas plegadas. El hombre que gritaba casi todas las órdenes —de lo que Lilia dedujo que era el capitán— apuntó hacia dicha embarcación.

Ella observó las figuras diminutas que se vislumbraban en la otra nave. Los detalles se hicieron más nítidos a medida que navegaban hacia ella. Entre las personas que iban a bordo había un grupo de tres que estaba de pie frente a la borda. Pronto ella distinguió que una era hombre y las otras dos, mujeres. Reconoció a Anyi primero. ¿Cómo no iba a hacerlo? « La reconocería por su sombra. Por su mera presencia. —Se le encogió el corazón—. No puedo meter la pata, o morirá. Tal vez debería renunciar a mi plan y hacer lo que me ordene Skellin. Pero ¿de verdad la dejará libre si lo hago? ¿O la retendrá y me obligará a quedarme para enseñarle todo lo que sé de magia? » .

Se armó de valor y dirigió la vista hacia las otras dos personas. Los barcos estaban lo bastante cerca uno de otro para que ella viera que la otra mujer era Lorandra. Lo que significaba que el hombre era su hijo.

« Así que ese es Skellin. —Era alto como un laniano, pero moreno como un lonmariano—. Pero como ambos pueblos son conocidos por su sentido del honor y su estricto código moral, dudo que les gustara la comparación. Por otro lado, seguramente él no es el representante más digno de su propio pueblo. Me pregunto si... Hizo falta que apareciera un forastero dispuesto a quebrantar nuestras leyes y normas para que cobráramos conciencia de nuestros puntos débiles. ¿Qué habríamos descubierto sobre nosotros mismos si las primeras

personas de Igra en visitarnos hubieran sido decentes y respetuosas de la ley?» .

El barco redujo la velocidad y viró de forma que ambas naves quedaron flotando una al lado de otra. Lilia oía la actividad que se desarrollaba alrededor —supuso que estaban echando el ancla y recogiendo las velas—, pero era incapaz de despegar los ojos de las tres personas que iban en la otra embarcación. Se hallaban a solo unos veinte o treinta pasos de ella.

Rothen dice que hagas todo lo posible por conseguir que Anyi huya a un lugar seguro, envió Gol.

Lilia asintió y esperó que, si Skellin había reparado en su movimiento, lo hubiera interpretado como un gesto de reconocimiento. El mago renegado le hizo señas.

—Ven con nosotros, Lilia —gritó.

Ella bajó la vista hacia el hueco entre ambos barcos y se volvió hacia la tripulación que la miraba. No hicieron el menor ademán de guiarla hacia una chalupa. ¿Cómo se suponía que debía transbordar a la otra nave?

¿Puedes levitar?, preguntó Gol.

Sí, pero eso me obligaría a gastar parte de mi magia.

Seguramente esta era la intención de Skellin. Aun así, salvar una distancia tan corta por medio de la levitación no requeriría mucha magia, si lo hacía con rapidez.

Tras invocar energía, creó un pequeño disco de fuerza bajo sus pies, se elevó en el aire y comenzó a moverse hacia delante. Skellin, Lorandra y Anyi se apartaron de la borda para dejarle sitio. Lorandra aferraba a Anyi por el brazo. En cuanto se posó sobre cubierta, Lilia levantó la mirada y vio que la mujer sujetaba un cuchillo contra el cuello de Anyi. Se le contrajo el estómago y se le erizó el vello de la piel. Anyi, que estaba rígida para contrarrestar el balanceo del barco, fijó la vista en Lilia con los ojos llenos de pesar, rabia y miedo.

—Lady Lilia —dijo Skellin—, me alegra que hayas aceptado mi invitación.

Ella se obligó a sostenerle la mirada sin pestañear. «Puede que tú te creas el rey de los bajos fondos —pensó—, pero yo soy una maga negra defensora del Gremio». El orgullo que sintió fue sorprendente y tal vez un poco inapropiado, pero no le importó, siempre y cuando le infundiera el ánimo necesario para plantar cara a Skellin.

A diferencia de su madre, él no hablaba con un acento exótico. Se quedó callado, como si esperara una respuesta, y como ella guardó silencio, sonrió.

—Bien, llevas despierta unas cuantas horas, y madrugar no nos sienta bien a todos. Tal vez deberíamos ir al grano. Tengo una propuesta que hacerte. Un intercambio. Enséñame magia negra y yo dejaré a esta encantadora joven a tu cuidado. Tengo entendido que la conoces, ¿es así?

Cuando señaló a Anyi, el cuchillo que empuñaba Lorandra contra la garganta de la chica giró de forma que el sol se reflejó en la hoja y deslumbró a Lilia,

pero esta no hizo caso.

—Suéltala ahora mismo.

Skellin sacudió la cabeza y se rio.

—¿Cómo sé que no la matarás —prosiguió Lilia— en cuanto te haya dado lo que quieres?

—¿Cómo sé que no me matarás en cuanto la suelte? Al fin y al cabo, tú eres la maga negra.

—Y tú eres el mago renegado asesino y ladrón.

Él enarcó las cejas.

—Vamos, vamos. ¿Cuándo me has visto matar a alguien?

Ella abrió la boca para contestar, pero la cerró de nuevo. Nunca lo había visto matar a nadie. Ni siquiera Cery lo había visto. El padre de Anyi había muerto por un fallo del corazón, aunque seguramente este había sido causado por la tensión de estar perseguido por Skellin. Lorandra era la Cazaladrones. Pero así actuaban los ladrones, ¿no? Nunca se manchaban las manos de sangre. Siempre encargaban a otros que lo hicieran en su lugar.

Lilia cruzó los brazos.

—Acabemos con esto de una vez.

Skellin desplegó una sonrisa.

—Caramba, sí que estamos impacientes. —Dio unos pasos hacia ella y se detuvo—. Pero primero tienes que quitarte la ropa.

Ella clavó los ojos en él.

—¿Qué? —La palabra brotó de sus labios con brusquedad.

La sonrisa de Skellin se desvaneció.

—He hecho algunas indagaciones, lady Lilia —dijo en voz baja—. Sé que la magia negra requiere que se corte la piel. Necesito cerciorarme de que no lles objetos cortantes. Puedes estar segura de que yo no los llevo, pues prefiero no arriesgarme a que los utilices contra mí. Podría pedir a un miembro de la tripulación que te registre, pero tal vez lo matarías, y seguramente prefieres que no te manoseen. Solo quiero que te desvistas hasta un punto en que quede claro que no vas armada.

Lilia tragó en seco y se quitó el jubón y los pantalones raídos. Luego lanzó una mirada iracunda a Skellin, desafiándolo a insistir en que se despojara de la sencilla ropa interior que las mujeres del Gremio llevaban bajo la túnica. Se oyeron silbidos leves entre los tripulantes de los barcos, pero se acallaron cuando Skellin echó un vistazo alrededor con expresión severa.

—Aparta las prendas con el pie y date la vuelta —ordenó. Ella obedeció con un suspiro—. Ahora, para empezar, me enseñarás a leer la mente.

Lilia se quedó paralizada y luego maldijo en silencio. Si alegaba que solo habían convenido en que ella le enseñara magia negra, él se reiría. No estaba en posición de discutir.

—Necesitarás a alguien con quien practicar —le dijo.

—Tú misma servirás —fue la respuesta, con la que ella ya contaba.

Una admiración inesperada se apoderó de ella. « Oh, no es tonto. Ha pensado a fondo en esto. Mucho más que yo. No se me pasó por la cabeza que él pudiera plantearme esta exigencia. Si accedo, él lo descubrirá todo. Mi plan no saldrá bien» .

—Nunca he intentado enseñarlo así. —No le costó parecer indecisa y sincera. En realidad, nunca había enseñado a leer la mente. A nadie.

—Entonces no puedes estar segura de que no dará resultado. —Skellin dio un paso hacia ella, y después otro. « Ha llegado el momento de tomar una decisión. O le doy todo lo que quiere, o intento matarlo con magia sanadora, o pongo en práctica mi plan» . Se estremeció al extender el brazo, pero se obligó a quedarse quieta. Por encima del hombro de Skellin, avistó el miedo y la furia en la mirada de Anyi, y esperó que su propio semblante no delatara la inseguridad que sentía.

« Más vale que esto funcione...» .



## Viejas batallas, armas nuevas

Ir vestida toda de negro había sido una ventaja para Sonea cuando se había escabullido de la mansión a primera hora de la mañana, pero ahora que el sol había salido, resultaba demasiado visible contra las pálidas paredes de la capital sachakana.

« Al menos estoy más cerca del centro de la ciudad » .

Al alba, había encontrado otra mansión con torreta en la que esconderse. La puerta lateral por la que había entrado sigilosamente no estaba cerrada con llave, pero ella había descubierto que el edificio no se hallaba del todo vacío al oír voces procedentes del interior. Cuando había intentado marcharse, había echado un vistazo rápido a la calle y había advertido que un grupo de hombres la recorría a toda prisa, así que se había adentrado de nuevo en la casa haciendo el menor ruido posible. Había encontrado las escaleras y había ascendido a la torre, pensando que si oía subir a alguien, escaparía por una de las ventanas y se iría corriendo por el tejado.

Habían transcurrido horas, y de abajo solo le habían llegado sonidos lejanos y apagados. Las ventanas de la torre estaban abiertas, tal vez para dejar entrar la fresca brisa matinal. En la calle se oían pasos y otras voces, pero, por lo demás, reinaba el silencio en la ciudad.

Las ventanas daban al lado más alejado de la calle y a un mar de tejados. « Sería tentador salir allí y saltar de un tejado a otro, como hacíamos Cery y yo en la época en que éramos niños de las barriadas... » .

—La vista no es mejor aquí —aseveró una voz a su espalda.

Ella dio un respingo y se volvió. Regin estaba casi en lo alto de la escalera, con los brazos cruzados. La vergüenza por haber sido encontrada, y luego el alivio egoísta por tenerlo cerca, cedieron el paso a la inquietud y la irritación.

—¡Regin! —musitó—. ¿Qué haces aquí?

Él se encogió de hombros y descruzó los brazos.

—Te he seguido, claro está, aunque me he pasado las últimas horas atrapado

abajo, escondiéndome de la gente que había allí. Acaban de marcharse, por cierto.

—Me prometiste que no me acompañarías. Teníamos un trato.

—Mentí. —Volvió a encogerse de hombros y continuó subiendo la escalera —. Sabía que no absorberías mi energía si yo no accedía a quedarme. Además, tú también mentiste. Les dijiste a los Traidores que no te moverías de allí.

—Eso es distinto. Debería poder confiar en que otro mago del Gremio cumpla su palabra. Y ellos se fueron sin avisarnos.

—Creo que al Gremio le parecería peor el riesgo que corres de convertir a los Traidores en enemigos que el hecho de que yo te haya desobedecido. Solo intento protegerte.

Ella puso los brazos en jarras.

—No puedes. Si nos atacan, soy yo quien tendrá que protegerte a ti. No eres más que una persona más por la que debo preocuparme. Podrías conseguir que nos maten a ambos.

Regin sonrió, impávido ante su cruda sinceridad, y Sonea no pudo evitar preguntarse si se sentía atraída por él porque no se mostraba intimidado por ella.

—Proteger a una persona no requiere mucha más energía que proteger a dos. —Dirigió la mirada a la ventana, y ella lo imitó de forma automática—. ¿Ha llegado Dannyl a su puesto de observación?

Sonea hurgó en su túnica buscando el anillo de Osen.

—No lo sé.

—¿Todavía no te has comunicado con Osen?

—Lo he hecho hace un rato. No había novedades. No he querido dejarme el anillo puesto por si alguien subía por la escalera y yo estaba demasiado distraída para darme cuenta.

—No te preocupes por eso ahora. Yo puedo montar guardia. —Soltó una risita —. ¿Lo ves? Sí que me necesitas.

Mordiéndose la lengua para no replicar, ella notó que sus dedos se cerraban sobre el anillo. Lo sacó, se lo puso en el dedo y comenzó a buscar las mentes de Osen y Dannyl.

Dannyl se asomó a la esquina del edificio, inspeccionó la calle y comprobó aliviado que estaba desierta. Tras hacer una señal a Tayend y Merria, salió y echó a andar rápidamente. El sonido de los pasos y de la respiración de los otros dos le indicó que lo seguían de cerca.

Por el momento, las únicas personas que habían visto circular por la ciudad eran esclavos y un cochero que iba demasiado bien vestido para ser esclavo. Todos parecían tener prisa y avanzaban en dirección contraria al centro de la ciudad, mientras que Dannyl y sus compañeros se dirigían hacia él.

Por desgracia, el mayor atractivo del hogar de Achatí era también lo que lo

hacia peligroso: su proximidad al ancho paseo que llevaba a palacio. Acercarse lo suficiente para presenciar la batalla implicaba acercarse también a las personas de quienes le habían advertido que se mantuviera alejado.

« Pero en principio todo irá bien cuando lleguemos allí, una vez que estemos dentro y a salvo de las miradas » .

Siempre había sido consciente de la ubicación privilegiada de la casa de Achatí, pero nunca había estado en una de las habitaciones que daban al paseo. La sala maestra y los aposentos privados ocupaban normalmente una situación central y carecían de ventanas. Los sachakanos preferían la intimidad y el aislamiento contra el calor del sol veraniego a las vistas bonitas.

Dannyl enfiló una vía más amplia que desembocaba en el paseo. La casa de Achatí se hallaba en la esquina. Tras comprobar que la calle estuviera despejada, dobló la esquina, con los otros dos a la zaga. Pegado a la pared, intentó caminar de forma rápida y silenciosa. Aun así, el taconeo de sus botas y las de Merria resonaba en la calle.

Se percató de que los zapatos de Tayend no emitían más que un golpeteo suave. En cambio, los botones y broches de su elaborado atuendo de cortesano repiqueteaban y tintineaban mientras caminaba. Aunque estos ruidos habrían pasado inadvertidos en circunstancias normales, en aquel silencio escalofriante sonaban como... Dannyl frunció el ceño, intentando pensar en algo que hiciera un estrépito comparable. « Como si alguien agitara un cajón lleno de cubiertos » .

Se quedó paralizado cuando se abrió una puerta al otro lado de la calle. Oyó que Merria se paraba en seco y vio con el rabllo del ojo que Tayend miraba en torno a sí buscando un sitio donde esconderse, pero era demasiado tarde. Un hombre salió, alzó la vista y, cuando reparó en ellos, se detuvo.

—¿Corremos? —preguntó Merria por lo bajo.

Dannyl sacudió la cabeza. Si arrancaban a correr, darían una impresión de culpabilidad. Al mostrarse atemorizados, pondrían de manifiesto que tenían razones para estarlo. Repasó en su mente lo que había aprendido tiempo atrás en las clases de habilidades de guerrero. « No puedes calibrar la fuerza de otro mago, ni él la tuya. Una actitud segura dará a tu adversario motivos para dudar que es más fuerte, aunque todo parezca indicar que lo es » . Enderezó la espalda, siguiendo el ejemplo del otro hombre, y echó a andar hacia él.

Dannyl calculó que este rondaba los sesenta años. Tenía el cabello entreverado de gris, y la típica anchura de hombros de los sachakanos estaba suavizada en su caso por la grasa.

—¿Son ustedes los embajadores de la Casa del Gremio? —inquirió el hombre en un tono enérgico. Dannyl se percató de que estaba tenso. « Tiene prisa. Tal vez pueda aprovecharme de ello » .

—Así es —respondió de manera pausada y formal—. Soy el embajador Dannyl, de Kyrallia. —Hizo un gesto en dirección a Tayend—. Él es el

embajador Tayend, de Elyne. Y ella... —Se volvió hacia Merria.

—¿Por qué no están en la Casa del Gremio? —lo interrumpió el hombre—. ¿Es que no saben lo que está a punto de ocurrir? Puede que estén dirigiéndose hacia donde se va a librar una batalla mágica.

—Estoy al corriente de la situación —afirmó Dannyl—. Le aseguro que no tenemos intención de interferir en...

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Nos han ofrecido una alternativa más segura que la Casa del Gremio. —En esto no mentía. Achati le había informado de que un barco los esperaba.

El hombre arrugó el entrecejo.

—¿Aquí? Estamos cerca del palacio. ¿Cómo puede ser un lugar más seguro?

Dannyl se encogió de hombros.

—Es poco probable que los Traidores lleguen hasta aquí.

Esto produjo el efecto deseado. El hombre alzó la barbilla.

—Sí. Por supuesto. De acuerdo, entonces. El palacio no está lejos, y yo voy hacia allí, así que los escoltaré.

«Oh, no». El último sitio donde Dannyl quería estar era entre los ashakis, sobre todo si empezaban a perder y estaban desesperados por conseguir más energía. Agachó la cabeza en señal de disculpa.

—Me temo que no vamos a palacio. Los soberanos de nuestros respectivos países desean evitar a toda costa dar lugar a sospechas de una injerencia por parte del Gremio. —A continuación, consciente de que el hombre no les dejaría marchar sin saber adónde iban, especialmente después de que él mencionara la posibilidad de una injerencia, añadió—: Nos dirigimos a la residencia del ashaki Achati.

El hombre arqueó las cejas y asintió.

—Les acompañaré hasta la puerta.

Se puso en marcha con zancadas largas y veloces. Dannyl lo siguió, atento a los pasos de Merria y el repiqueteo de los botones de Tayend para asegurarse de que no se rezagaran. Aunque la tentación de volver la cabeza para mirar a Merria a los ojos era grande, la resistió. Adoptar una actitud segura implicaba también comportarse como si estuviera al mando.

Al echar una ojeada por encima del hombro del ashaki, vio movimiento más adelante. Se había formado una multitud lo bastante grande para obstruir el paso por la ancha calle, y seguramente llenaba el paseo que se hallaba al otro lado. Hombres con pantalones y chaquetas cortas observaban algo que ocurría en el paseo que Dannyl no alcanzaba a ver. Sus piedras preciosas relucían al sol. «Son ashakis. Muchos, muchos ashakis. En cualquier momento, uno de ellos alzará la mirada, nos verá y llamará la atención de los demás hacia nosotros. ¿Qué pasará entonces?». No pudo evitar imaginar que una horda de ashakis se abalanzaba hacia él, ávida por arrebatarse su energía a los tres extranjeros.

Pero esto no sucedió. Cuando su escolta autoproclamado se acercaba a la puerta de la casa de Ahati, la muchedumbre empezó a moverse. El ejército ashaki se ponía en marcha. Dannyl esperó que esto incitara al escolta a dejarlos, pero el hombre subió los escalones de la puerta con cara de pocos amigos y la golpeó con los nudillos.

Siguió un largo silencio. El ashaki llamó de nuevo. Conforme se alargaba la espera, Dannyl notó que se le aceleraba el corazón. Ahati debía de estar con el rey. Los esclavos seguramente se habían ido. ¿Qué haría el escolta cuando quedara claro que nadie iba a abrir? El hombre golpeó por tercera vez, aguardó, suspiró y se encaró con Dannyl.

En el momento en que abrió la boca para hablar, la puerta se abrió hacia dentro y un esclavo asomó la cabeza.

—Embajador Dannyl.

Tayend soltó el aire que retenía y Merria suspiró. El ashaki volvió los ojos hacia el esclavo, luego hacia Dannyl, y después hacia el paseo. Al seguir la dirección de su mirada, Dannyl vio a los últimos ashakis avanzar con aire decidido hasta desaparecer detrás del edificio de enfrente.

—Gracias, ashaki...

El hombre no reveló su nombre. Retrocedió un paso.

—No salgan a la calle —les advirtió antes de dar media vuelta y echar a correr.

Dannyl miró a Tayend y a Merria. Lo contemplaban con los ojos desorbitados.

—Entremos.

El esclavo no protestó cuando cruzaron el umbral. Una vez dentro de la sala maestra, se arrojó al suelo. Dannyl oyó algo y vio a otro esclavo postrado cerca de un pasillo. Desplazó la vista de uno a otro con expresión ceñuda. ¿Qué hacían allí esos dos?

—Levantaos —ordenó. Ambos obedecieron—. ¿Cómo os llamáis?

—Lak

—Vata.

—¿Por qué no os habéis marchado con los demás esclavos de la ciudad?

Lak lanzó una mirada fugaz a Vata.

—Puede que él nos necesite —contestó.

Con «él» debía de referirse a Ahati. Dannyl, a su pesar, sintió admiración por su lealtad.

—¿Desde dónde se tienen las mejores vistas del paseo? —preguntó Tayend.

Vata alzó los ojos.

—Desde el tejado.

Tayend enarcó las cejas y miró a Dannyl.

—¿Y bien?

Danny l asintió.

—Llebadnos allí.

La calle estaba repleta de Traidores que se arremolinaban ante la verja de la mansión. Lorkin y Tyvara habían salido por una puerta para esclavos a una calle lateral y se habían dirigido a toda prisa a la parte delantera del edificio, donde los Traidores se estaban congregando. Al echar un vistazo alrededor, Lorkin se fijó en que la mitad de los combatientes eran mujeres, y la otra mitad, hombres. Magas y fuentes. Todos llevaban chalecos como el suyo. «La mayoría de los hombres no podrá utilizar otra energía que la de las piedras —advirtió—. Los no-magos tomarán parte en una batalla. Debe de ser la primera vez».

Justo antes de que la multitud creciera hasta llenar el espacio entre las casas, Lorkin avistó la calle que conducía al centro de la ciudad. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero desde lejos daba la impresión de que la calle estaba bloqueada por una sombra. Una sombra que parecía moverse.

Unos gritos pidiendo silencio acallaron a la muchedumbre, y Lorkin oyó una voz conocida procedente del centro de la aglomeración.

—... protegernos a todos. Debemos permanecer juntos. Nuestra fuerza está en la unidad y en nuestra determinación. Estamos unidos. Los ashakis no. Nos hemos preparado durante siglos. Los ashakis no. Contamos con el apoyo de los esclavos. Los ashakis no. Y nosotros tenemos piedras.

Lorkin, que era más alto que la mayoría de los Traidores, dirigió la vista por encima de sus cabezas hacia el origen de la voz y vio a Savara, de pie en un lugar elevado sobre el gentío, a la vista de todos.

—¿Alcanzas a verla? Tenemos que llegar hasta ella —le susurró Tyvara al oído.

—Está junto a la verja.

Ella lo tomó de la mano y, tirando de él, rodeó a la multitud hacia el muro que cercaba la mansión. La voz de Savara se oía más fuerte a medida que se acercaban, rebosante de confianza y pasión.

—No tengáis reparo en usar las piedras. Fueron fabricadas para esto. Son instrumentos para romper cadenas, para construir nuestro futuro, para establecer la igualdad entre todos. Para traer la libertad a Sachaka.

—¡Libertad! —gritaron los Traidores.

A Lorkin le dio un vuelco el corazón ante aquel clamor inesperado. La segunda vez que se produjo, estaba preparado para ello, y esta vez se le aceleró el pulso por la emoción creciente. Una vez junto al muro, Tyvara empezó a avanzar en zigzag entre las personas que contemplaban a su reina con embeleso. Finalmente, se abrieron paso entre la muchedumbre hasta que llegaron ante la reina, que estaba de pie sobre una carreta, rodeada por las portavoces, finalizando su arenga.

—Hoy conseguiremos que los sachakanos estén unidos, ¡unidos en la libertad! —concluyó.

—¡Libertad! —rugieron todos de nuevo. Comenzaron a corear la palabra mientras Savara bajaba de la carreta y se encaminaba con paso decidido hacia delante, por el pasillo que el gentío había abierto ante ella. Las portavoces se apresuraron a seguirla, y Tyvara prácticamente se abalanzó hacia allí, arrastrando a Lorkin detrás de sí para unirse a las portavoces antes de que los Traidores cerraran filas tras ellas.

Alcanzaron a Savara justo cuando la reina se apartó de la multitud. Las portavoces se apostaron a los lados, formando una hilera de un lado a otro de la calle. El caos por fin dio paso al orden cuando los Traidores se dividieron para seguir a las portavoces que comandaban sus respectivos equipos. Tyvara miró alrededor y luego hacia atrás.

—No localizo a Kalia —susurró—. ¿Y tú?

—No. —Lorkin sacudió la cabeza mientras buscaba a la mujer.

—Oh, se quedará en la retaguardia —dijo una voz a su izquierda. Al volverse, Lorkin vio que Chari, la mujer que los había ayudado a huir hacia Refugio, se había situado a su lado—. Va a atender a los heridos.

—Bueno, una cosa menos de la que preocuparnos —murmuró Tyvara—. Ahora solo tenemos que lidiar con ellos.

Lorkin siguió la dirección de su mirada por encima del hombro de la reina y comprobó que no lo había imaginado: varios pasos más adelante, la calle estaba obstruida por otra multitud que se acercaba con rapidez. El sol arrancaba destellos a sus chaquetas enjoyadas.

«Todas esas gemas... —pensó Lorkin—. ¿Adornaban su ropa los ashakis del pasado remoto con piedras mágicas? ¿Se ha mantenido la tradición pese a que se perdieron los conocimientos sobre la elaboración de gemas?».

Aunque solo avanzaban al paso, los dos ejércitos parecían correr el uno hacia el otro. Lorkin notó que tenía el corazón desbocado. «Ha llegado el momento. Al final de esto, o seguiré con vida, o habré muerto. Maldición... Quería comunicarme con mi madre. —En torno a él, los Traidores se llevaban las manos a los bolsillos de sus chalecos para coger las primeras piedras—. Demasiado tarde». Respiró hondo y los imitó. Sacó una piedra de azote y otra de escudo. Cuando Tyvara se colocó a la derecha de la reina, él se dio prisa para ocupar su lugar a la izquierda.

La distancia entre los dos ejércitos se redujo de unos cientos de pasos a menos de cien. La reina sostuvo en alto una gema, preparada para lanzar un azote. Las portavoces hicieron lo mismo. Lorkin dirigió la vista hacia el enemigo y vio el semblante resuelto de los ashakis, las miradas de odio y las sonrisas de impaciencia. Avistó al rey y se le heló la sangre. El anciano observaba a los invasores de su ciudad con ojos altivos. «Me encantaría ser quien le borrara esa

expresión de la...».

A una señal que pasó inadvertida a Lorkin, ambos bandos se acometieron mutuamente. No llegó a ver quién había lanzado el primer azote. En un momento el ambiente estaba cargado de tensión, y al momento siguiente chisporroteaba con magia. Con un gesto automático, él pulsó la piedra de escudo y notó que se activaba y rebotaba contra la barrera de la reina y la que la portavoz había generado a su izquierda hasta que se acomodó entre ellas. Aunque Savara estaba atacando, Tyvara permanecía preparada, piedra de azote en mano, como le había indicado a él que hiciera. Se unirían a la batalla más tarde; por el momento debían proteger a la reina.

Ambos bandos habían detenido su avance. Lorkin había contenido el impulso de encogerse frente a las fuerzas peligrosas que surcaban el aire entre ellos. «No han intentado parlamentar —advirtió—. Ni siquiera se han insultado». Según los libros de historia, los líderes de los ejércitos siempre invitaban al enemigo a rendirse. Esta vez no.

«No es porque los Traidores y los ashakis crean que el otro bando jamás aceptaría la rendición; es porque no tienen nada que negociar. Cada ejército pretende erradicar al otro, matar hasta el último Traidor o ashaki. —Se estremeció—. Hasta los ichanis dieron al Gremio la oportunidad de doblegarse para evitar la batalla».

Como no estaba lanzando azotes, podía observar lo que ocurría. Los ashakis permanecían quietos, mientras que los Traidores se movían de forma incesante. A Lorkin le fascinaba la estrategia militar que habían desarrollado y estaba ansioso por verla llevada a la práctica. La reina y las portavoces se mantenían en primera línea, y Tyvara y él también, como protectores de Savara. Los demás Traidores formaban columnas detrás de las portavoces. Cuando llegaban al frente, cada uno se situaba junto a una de ellas. Si se colocaban a la izquierda de la portavoz, protegían la primera línea con un escudo; si se desplazaban hacia la derecha, utilizaban una piedra de azote. Cuando esta piedra se vaciaba de energía, se retiraban hacia el final de la columna para ceder el sitio a otros.

De este modo se aseguraban de que la mayoría de los Traidores se debilitara al mismo ritmo, y de que casi todas las piedras se gastaran antes de que los magos del ejército comenzaran a consumir energía de sus propias reservas. Era mucho más fácil responder de forma rápida y contundente a los ataques inesperados con magia personal que con gemas, por lo que procuraban ahorrarla.

Unas voces de advertencia les llegaron de atrás. Lorkin volvió la cabeza. Algo estaba pasando en el flanco derecho del ejército Traidor.

—¿Qué sucede? —preguntó Tyvara.

Los Traidores en las columnas de la derecha estaban gritándose entre sí. Los que se hallaban más cerca transmitieron a Tyvara lo que habían oído. Lorkin captó fragmentos de lo que decían.



—Ataque por la derecha —repitió Tyvara—. Siete ashakis. Todos eliminados.

Al ver que Savara sonreía con alivio y satisfacción, Lorkin experimentó una pequeña sensación de triunfo.

« Los ashakis son idiotas si creen que no estamos preparados para esta clase de ofensiva» .

—Lorkin —siseó Tyvara.

Cuando la miró, vio que tenía el ceño fruncido de preocupación. Ella echó la cabeza hacia atrás y volvió los ojos hacia el ejército Traidor, mientras articulaba una palabra solo con los labios. Lorkin se quedó de piedra.

« Kalia» .

Se torció para escrutar las caras de las columnas formadas detrás de Tyvara, pero no encontró el menor rastro de la mujer. « Tal vez ha visto a alguien que se asemejaba un poco a Kalia. No, parece muy convencida. ¿Dónde está Kalia, entonces?» .

Detrás de Tyvara, no. Miró a los Traidores que estaban detrás de él, y su corazón se convirtió en hielo. Kalia, a solo unos pasos de distancia, estaba colándose en la columna más cercana aprovechando que una Traidora estaba distraída con su chaleco. Lorkin pronunció su nombre con un jadeo, invocó magia y erigió un escudo detrás de Savara, Tyvara y él. Chocó contra otro, de modo que dedujo que Tyvara había hecho lo mismo.

—¿Kalia? —dijo Savara, en tono sorprendido. Se volvió hacia la mujer. Los Traidores se quedaron asombrados al ver que su líder apartaba la atención del enemigo. Varios azotes impactaron contra el escudo de Savara, pero esta se encaró con Kalia sin inmutarse—. ¿Qué haces aquí?

Kalia recorrió con la mirada los rostros que la observaban y palideció.

—He venido a ayudar.

—Te he dado una orden —le recordó Savara con un deje que denotaba enojo y una paciencia al límite.

Kalia se quedó callada. La batalla se encarnizaba. El aire vibró frente a Savara cuando los ashakis redoblaron sus ataques contra su escudo con la esperanza de que su distracción fuera una señal de debilidad. Los Traidores que se acercaban para combatir lo hacían sin titubear, mientras que aquellos que se retiraban iban un poco más lentos, observando a Kalia y a la reina con interés.

—Pero necesitáis toda... —empezó a objetar Kalia.

—Lo que necesito es que obedezcas mis órdenes —dijo Savara con frialdad en el tono y la expresión—. ¿Cómo esperas recuperar nuestra confianza si no haces lo que se te dice? —Apartó la vista de ella—. Regresa a la retaguardia y quédate allí.

Mientras Kalia se alejaba, Savara se inclinó hacia Lorkin.

—¿Qué está pensando?

Él se concentró. Como en ocasiones anteriores, oyó mentalmente algunas

palabras, pero la mujer irradiaba desilusión. Sin embargo, Lorkin no percibió en ella la irritación o la ira de quien ha visto frustrado su plan. La sensación de fracaso de Kalia estaba teñida de miedo y vergüenza. Aún albergaba antipatía, pero no intenciones asesinas.

—Dudo que esté tramando nada —opinó.

Savara asintió.

—Escúdame.

—Ya te estoy escuchando y o —oyó que decía Tyvara en voz baja—. Alguien debería seguirla y mantenerla vigilada.

Savara sacudió la cabeza.

—No. Es a nosotros a quienes odia. No hará daño a otros Traidores a propósito. —Tenía la mirada fija en los ashakis. Comenzó a avanzar. Un momento después, las portavoces hicieron lo mismo. Al dirigir la vista al frente, Lorkin vio que algunos de los ashakis retrocedían arrastrando los pies. Una oleada de entusiasmo recorrió las filas de Traidores.

Savara soltó una risita.

—O están debilitándose, o perdiendo la seguridad en sí mismos, o conduciéndonos a una trampa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Tyvara.

—Averiguarlo —respondió la reina—. Es hora de que hagáis uso de vuestras piedras de azote. Si nos olemos que es una trampa y de improviso empezáis a lanzar azotes, ellos deducirán que sabemos lo que se traen entre manos. Prefiero que sigan teniendo dudas respecto a si lo sabemos o no durante el mayor tiempo posible.

Con una sonrisa, dio un paso más largo hacia delante, y luego otro.

## Victoria y derrota

Cuando los dedos de Skellin tocaron la frente de Lilia, ella no pudo evitar apartarse con un estremecimiento. Él alargó el brazo hacia ella de nuevo, con los ojos clavados en los suyos.

—Si creo que estás dándome largas o si haces algo que me duela, mi madre le cortará las orejas y la nariz a tu amiga —gruñó.

Con el corazón latiendo a toda prisa, Lilia bajó los ojos. «Y en cuanto haga lo que me pide, querrá más. Amenazará con hacerle daño hasta que se lo haya enseñado todo. Luego nos matará a las dos. Será mejor que me ciña a mi plan. Si fracaso, al menos no sufriremos mucho antes de morir. Pero tendré que actuar con rapidez, sin darle tiempo a reaccionar».

Lo agarró de las muñecas como para quitarse sus manos de encima, pero luego dejó que le apretara las sienes con ellas. Respiró hondo, cerró los ojos, acumuló la magia suficiente para atravesar un escudo resistente y la proyectó desde su palma derecha en un azote de energía punzante.

Notó que la barrera bajo sus dedos se abría bajo aquel ataque inesperado y preciso. «¡Ha funcionado!» . Sorprendida, comenzó a invocar más energía, confiando en que el efecto paralizante le impidiera resistirse o hablar. Como tenía la espalda vuelta hacia Lorandra, esperaba que ella no se percatara de lo que ocurría.

La fuerza con que Skellin le apretaba la cabeza disminuyó conforme la magia negra lo debilitaba, pero ella continuó aferrándole las manos. Abrió los párpados y proyectó magia para evitar que él se desplomara en el suelo. Mantenía la mirada fija en ella, con las pupilas dilatadas de rabia y terror.

«Eso es. Tenme miedo —pensó ella—. Esta vez has subestimado a tu víctima. Estabas demasiado ansioso por conseguir lo que querías» .

Pero tampoco debía subestimarlo a él. O a su madre. En aquellos momentos, Lorandra representaba un peligro mayor que Skellin. Acabaría por darse cuenta de que algo iba mal, y todavía sujetaba el cuchillo contra el cuello de Anyi. La

duda asaltó a Lilia, lo que ralentizó su absorción de energía. No sabía cuánto tardaría en despojarlo de casi toda, y tenía que decidir qué haría a continuación.

«He de proteger a Anyi antes de que Lorandra se percate de que estoy vaciando a Skellin. —Volvió la cabeza ligeramente, de manera que alcanzaba a ver a su amiga, y extendió sus sentidos y su magia. Debía crear de alguna manera una barrera entre el cuchillo y la piel de Anyi sin que ninguna de las dos reparara en ello. Concentrarse en invocar energía y utilizarla a la vez resultaba complicado—. Kallen debería haberme enseñado a hacer esto...».

Su magia topó con un obstáculo.

«¡Una barrera! La barrera de Lorandra. Solo puede ser suya. Skellin no está en condiciones de valerse de sus poderes».

Al instante comprendió que había cometido un error. Lorandra frunció el ceño. «Sabe que no debería estar usando la magia. Que Skellin me lo habría impedido». Espantada, advirtió que Lorandra abría mucho los ojos al comprender lo que ocurría y que luego entornaba los párpados con furia.

Lilia invocó energía y la lanzó hacia Lorandra en el instante en que esta movía la mano. Algo rojo brotó de la garganta de Anyi.

«¡No!» . Lilia dejó caer a Skellin. Cuando la barrera de Lorandra se hizo añicos, la chica cogió a Anyi y apretó la mano contra su cuello. La sangre escurrió entre sus dedos. Lilia generó un escudo en torno a sí y a su amiga, la tendió sobre la cubierta y envió su mente al interior de su cuerpo. «¡Cerraos!» , ordenó a los vasos desgarrados por los que circulaba la sangre de Anyi. Despidió energía sanadora para reparar los tejidos dañados. Los vasos y músculos volvieron a estar enteros. Lilia se llenó de esperanza, pero mientras la piel se unía con la piel, dejó de apretar la garganta de Anyi. «¿He sido lo bastante rápida? ¿Habría perdido demasiada sangre?» .

La joven yacía inmóvil, con los ojos fijos en las velas y el cielo. Tenía la cara pálida y los labios lívidos. «Pero vive. El corazón sigue latiendo. Aún respira. Está viva, pero...» .

No muy lejos, se oyó un grito. Sobresaltada, Lilia se volvió para ver a Lorandra enderezándose, con Skellin a sus pies. Él también contemplaba el cielo. Lorandra se encaró con Lilia. Al reparar en la rabia que crispaba el rostro de la mujer, Lilia fortaleció instintivamente su escudo, pero no se produjo azote alguno.

En cambio, el aire empezó a ondularse frente a Lorandra. Lilia notó calor y le pareció entrever que la piel y la ropa de la mujer se ennegrecían. Aparecieron unas llamas que envolvieron la silueta de la renegada. Esta profirió un alarido, se tambaleó hacia atrás y cayó por la borda.

Anonadada por la imagen que aún tenía grabada en la mente, Lilia fue incapaz de moverse por unos instantes. Entonces se dio cuenta de que la tripulación estaba gritando y que una lluvia de objetos se precipitaba sobre ella.

Velas. Sogas. Una viga de madera rebotó en su escudo. Algo estaba destruyendo el aparejo del barco; seguramente lo mismo que había fulminado a Lorandra. Irguiéndose y estirando el cuello, Lilia miró en torno a sí y divisó otra embarcación que se acercaba, con una figura enfundada en una túnica morada al timón.

—¿Lilia?

Contuvo el aliento y bajó la vista hacia Anyi. La chica tenía los ojos abiertos. El corazón de Lilia dio un brinco de alegría y alivio.

—¡Estás viva! Estás viva. —Lilia se arrodilló junto a Anyi y la atrajo hacia sí —. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal. Pero no tan mal como me imagino que se encuentra esa zorra..., si todavía vive.

—¿Has visto lo que ha pasado?

—Sí. Creía que estaba soñando. —Anyi aún tenía los labios matizados de azul. Arrugó el entrecejo—. ¿Skellin está muerto?

Lilia volvió la vista hacia el ladrón, que yacía a pocos pasos de distancia.

—Lo parece, pero es posible que solo esté agotado. De cualquier modo, no puede hacernos daño.

—Hazme el favor de comprobarlo.

Echó una ojeada alrededor y advirtió que los marinos las evitaban. De mala gana, Lilia se levantó y se acercó a Skellin. Tenía el rostro paralizado en una expresión de dolor y sorpresa. No respiraba. Al tocarlo, no percibió energía en su interior. «Está muerto y bien muerto. Pero no había terminado de vaciarlo cuando Lorandra hirió a Anyi en el cuello». Cuando recordó cómo había invocado magia para romper el escudo de Lorandra, comprendió de dónde la había sacado. Había vencido a Lorandra con la energía de Skellin.

Se asomó por encima de la borda. Había supuesto que vería el cadáver de Lorandra flotando cerca, pero no había rastro de él. Regresó junto a Anyi y se sentó.

—Sí. Está muerto. Al Gremio esto no le gustará.

Anyi emitió un resoplido.

—No por la craña —aclaró Lilia—. Querían averiguar quiénes eran sus aliados, sobre todo los que tenía en el Gremio.

—No te preocupes —la reprendió Anyi—. Mi padre descubrirá quiénes son.

A Lilia se le cortó la respiración. «No lo sabe...».

Los ojos de Anyi se desorbitaron.

—No... no estaba fingiendo, ¿verdad?

Mordiéndose el labio, Lilia negó con un gesto.

La aflicción se reflejó en el rostro de Anyi. Soltó una palabrota. Pero cuando Lilia se acercó para abrazarla, sacudió la cabeza y su expresión se endureció.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde. Aún nos queda mucho por hacer, y

no podemos dejar que... Mi padre luchó por que el asesinato de su familia lo hiciera más fuerte, no más débil. Yo también tengo que ser fuerte. —Anyi se incorporó apoyándose en los codos, pero palideció aún más y se tumbó de nuevo.

—Descansa —le indicó Lilia—. Has perdido mucha sangre y tu cuerpo necesita tiempo para fabricar más.

—¿Cuánto tiempo?

Lilia se encogió de hombros.

—No estoy segura. Unos días, tal vez. —Esbozó una sonrisa triste ante la mueca de impaciencia de Anyi. « Pero me temo que su corazón tardará mucho más en recuperarse que su cuerpo » —. Necesitas comida y agua. Rothen llegará en cualquier momento. —Estiró el cuello y vio que la otra nave se acercaba de costado al barco.

Anyi asintió. Al mirar alrededor, Lilia localizó las prendas raídas que llevaba cuando había subido a bordo.

—Debería vestirme.

—Sí. ¿Por qué te obligó Skellin a quedarte en ropa interior? —Anyi arqueó una ceja—. Aunque no es que me queje.

—Quería asegurarse de que no llevara un cuchillo.

—Parece extraño que un mago se preocupe por eso cuando lo habitual es que la gente que lleva cuchillos tema a los magos, pero supongo que la magia negra vuelve un poco las tornas.

—Ya no. —Lilia meneó la cabeza ante la cara de extrañeza de Anyi—. Ya te lo explicaré.

¿Osen? La batalla ha comenzado. Me llegan ruidos y destellos a una distancia de varias calles.

¿Alcanza a ver los combates?

No. ¿Qué hay de Dannyl?

Se ha puesto en contacto conmigo para comunicarme que han llegado a la casa de Achati, pero no he tenido noticias suyas desde entonces. La casa está en el paseo, así que solo podrán ser testigos de la batalla si los ashakis tienen que replegarse.

¿Quiere que intente acercarme más?

No. Quédese donde está. Déjese el anillo puesto. Dannyl debe de estar a punto de ponerse el suyo, y sospecho que cuando los dos lo lleven al mismo tiempo, la situación será un poco... abrumadora para mí, aunque al parecer el anillo de bloqueo de lectura mental de Naki me protege de sus pensamientos.

Sonea bajó la mirada hacia el otro anillo que llevaba en el dedo. Ella no le había dicho que se había escabullido de la casa en la que los Traidores les habían indicado que se quedaran. Si todo salía bien, no tendría que decirselo.

« A los Traidores solo les preocupa que interfiramos en la batalla. Creo que,

mientras no lo haga, me perdonarán por querer saber cómo se encuentra mi hijo» .

El problema residía en que no estaba en mejor posición que antes para ver a Lorkin. Tendría que esperar a que Dannyl le mostrara lo que ocurría. Y él no podría, a menos que los ashakis recularan. Y si no reculaban, sería señal de que estaban ganando.

No por primera vez aquella mañana, notó que la ansiedad se apoderaba de ella en una oleada asfixiante. Respiró hondo, la apartó de su mente y sopesó sus opciones. ¿Podría acercarse un poco más sin poner en peligro a Regin o las relaciones futuras entre las Tierras Aliadas y Sachaka?

Desde la azotea de la casa de Ahati, Dannyl dominaba la ciudad que se extendía alrededor, aunque casi todo lo que veía eran tejados. Aun así, no le costó descubrir dónde se libraba la batalla. El fragor y el restallido de los azotes que impactaban contra los escudos o la piedra resonaban por toda Arvice. Nubes de humo se elevaban de un edificio situado a al menos mil pasos, iluminadas en su parte inferior por los destellos de magia continuos.

—¿Crees que los Traidores tratarán bien a los esclavos de Ahati si ganan? —preguntó Merria—. ¿O los matarán por haberse mantenido leales a él?

—Me temo que esto es lo más probable —respondió Tayend.

—¿Podríamos protegerlos?

—Tendrás que preguntárselo al Gremio. Dannyl...

—Pronto —contestó Dannyl sin despegar los ojos de las señales lejanas de batalla—. Osen debe de estar reunido con el rey Merin y los magos superiores. No quiero distraerlo otra vez mientras no tenga noticias que comunicarle.

Sin embargo, esta no era la única razón por la que Dannyl estaba dudoso. En cuanto se pusiera el anillo de sangre de Osen, tendría que arrinconar todo pensamiento sobre Ahati, y no estaba seguro de cuánto tiempo podría aguantar así. «Sobre todo mientras Merria y Tayend hablan como si estuvieran convencidos de que los Traidores vencerán» .

—Se están acercando —señaló Merria.

«No —pensó Dannyl, fijándose en la humareda—. No está más cerca. Ahati está a salvo. —Pero ¿lo estaba Lorkin? Sintió una punzada de ansiedad, seguida de amargura—. Como dijo Tayend, acabe como acabe esto, alguien saldrá perjudicado» .

—Creo que tienes razón —respondió Tayend—. Los fogonazos se reflejaban en la parte de abajo de la columna de humo, y ahora se reflejan por este lado.

A Dannyl le cayó el alma a los pies cuando vio que Tayend estaba en lo cierto. «Tal vez los ashakis hagan acopio de fuerzas y recuperen terreno. Tal vez los Traidores agoten su magia» .

Sus acompañantes guardaron silencio durante largo rato, pues no sucedía

nada que indicara un cambio en la contienda. De pronto, un edificio situado a medio camino entre el paseo y la distante nube de humo se derrumbó hasta desaparecer. El estampido y el estruendo llegaron unos instantes después, y se levantó una gran polvareda. Merria soltó un grito ahogado. Tayend masculló una maldición.

—Tal vez este no sea el lugar más seguro para nosotros —dijo Tayend en un tono agudo y débil— si llegan hasta aquí.

—No nos pasará nada —aseguró Merria con una voz trémula que la desmentía—. Podemos alejarnos levitando.

—Entonces será mejor que no me aparte de ti.

—Todos debemos permanecer juntos —convino Merria.

Cuando los dos se colocaron a los lados de Dannyl, este los miró, divertido al ver que su instinto de supervivencia los atraía hacia él. Esto tenía sentido en el caso de Tayend. Aunque Merria era maga, Dannyl y Tayend habían estado muy unidos durante mucho tiempo. Pero ella habría debido confiar en su propia capacidad para protegerse.

Dannyl dirigió la vista hacia el lugar donde antes se alzaba el edificio que se había venido abajo. «A diferencia de mí, lo último que quiere Merria es verse envuelta en los combates. Yo, en cambio..., desearía tener una excusa para ayudar a Achatí, aunque solo sea para asegurarme de que sobreviva si los ashakis pierden...».

—¡Están aquí! —exclamó Merria.

A Dannyl se le encogió el corazón al ver a varias personas que salían corriendo de una calle lateral cercana. Todos eran hombres con atuendo de ashaki, algunos de ellos recubiertos de polvo. Se detuvieron cuando llegaron al paseo y formaron una fila de dos y luego de tres en fondo que ocupaba el ancho de la entrada de la calle conforme otros ashakis se unían a ellos. Dannyl calculó que eran unos cien.

—¿Ese no es el rey Amakira? —preguntó Tayend.

Dannyl entornó los ojos. Un hombre mayor estaba en el centro de la fila, pero como había muchos otros ashakis de cabello cano, resultaba imposible identificar al rey. Llegaron otros, procedentes de calles situadas a ambos lados. Tal vez habían intentado dar un rodeo y atacar a los Traidores por detrás. No obstante, fuera lo que fuese lo que habían hecho, no habían debilitado lo suficiente al enemigo. Un extremo de la primera línea de Traidores apareció. Sus azotes hacían retroceder a los ashakis. Los hombres situados en un lado de la fila se tambalearon hacia atrás y cayeron al suelo. Ya no se levantaron.

Los ashakis de la fila lanzaron descargas a la vez, y los Traidores contraatacaron. De inmediato se abrieron brechas en el muro defensivo de los ashakis. La fila iba mermando a medida que los hombres ocupaban los huecos que dejaban los caídos. Se oyó una orden a lo lejos, y los defensores empezaron



a desbandarse, sin lanzar azotes, concentrando todos sus esfuerzos en escudarse.

« Están perdiendo. Han perdido. A menos que tengan una operación preparada en el palacio...» .

—Dannyl —dijo Merria.

—¿Qué? —preguntó él, y acto seguido se sintió culpable por la aspereza de su tono.

—¿El anillo de Osen?

Dannyl soltó una palabrota y luego pidió disculpas mientras rebuscaba el anillo de sangre en su túnica. Respiró hondo y se lo puso en el dedo.

¿Dannyl?

Sí, Osen. Ahora tenemos el conflicto a la vista. Los ashakis han formado una fila en la entrada del paseo, pero se han batido en retirada.

Sonea, ¿ve algo?

Sí, llegó la respuesta de Sonea. Aunque su voz mental le llegaba con claridad, Dannyl no percibía su presencia o sus pensamientos. Abajo, los ashakis que huían se hallaban a cincuenta pasos de la casa de Achaty y seguían acercándose. Pronto Dannyl podría ver algo más que la parte posterior de sus cabezas y sabría si Achaty se encontraba entre ellos. Un azote arrojó a dos de ellos contra los hombres que tenían detrás. Dannyl vislumbró por un momento sus rostros desfigurados y sanguinolentos.

Los ashakis están perdiendo, observó Osen.

Es posible que tengan más tropas esperando en el palacio, replicó Dannyl.

¿Ves a Lorkin?, preguntó Sonea.

Haciendo un esfuerzo, Dannyl apartó la mirada de los ashakis y la desplazó hacia los Traidores. Se quedó sin aliento. Cientos de ellos enfilaban el paseo. Avanzaban en columnas ordenadas que contrastaban significativamente con la multitud de ashakis en desbandada. Él advirtió que varios de los Traidores que marchaban en cabeza se hacían a un lado para ceder su lugar a quienes venían detrás.

Había supuesto que le sería fácil distinguir a Lorkin por ser un hombre entre muchas mujeres, pero al parecer había el mismo número de magos Traidores de un sexo que del otro, y todos iban vestidos iguales. Tanto hombres como mujeres se llevaban la mano a los bolsillos de su chaleco, extraían un objeto y lo sujetaban ante sí con el brazo extendido. Dannyl entrevió un destello, y después otro, y comprendió qué estaban haciendo.

« Piedras. Están utilizando piedras» .

En ese momento sus ojos se posaron en un rostro conocido, y el alivio se apoderó de él. Lorkin estaba en el medio de la primera línea de Traidores, a un lado y detrás de una mujer mayor y más baja. « ¿Tyvara? No. Ninguna de las esclavas personales que había en la Casa del Gremio tenían la edad de aquella mujer» . Entonces, ¿quién era?

La reina, envió Sonea.

Dannyl miró de nuevo a la mujer madura y se fijó en la posición central que ocupaba y en la determinación en su semblante. « La reina Savara —pensó—. A menos que los ashakis se saquen de la manga una maniobra de último momento que les dé la victoria, es la mujer ante quien pronto tendré que arrodillarme y con quien tendré que negociar. Los ashakis...» . Estaban llegando frente a la casa de Achatí. Su número se había reducido notablemente. Dannyl se armó de valor, bajó la vista y buscó una cara familiar. Un rostro se volvió hacia arriba, y todo el miedo y el afecto que él se había propuesto ocultar a Osen y a Sonea afloraron y lo dejaron paralizado. Achatí sonrió, como si hubiera sabido desde un principio que su amante lo observaba desde lo alto de su mansión, antes de devolver su atención a los Traidores.

Dannyl no podía moverse. El corazón le martilleaba con fuerza en el pecho mientras los ashakis continuaban reculando hacia el palacio. « No puede morir. — El rey Amakira estaba flanqueado por Achatí y otro de sus consejeros. Cayeron más ashakis—. No morirá —se dijo—. Si consigue llegar al palacio, estará a salvo» .

—Oh —dijo Merria—. Mirad.

Dannyl apartó la vista de los ashakis y vio que ella estaba señalando el majestuoso edificio palaciego. Un torrente de personas manaba de sus puertas. Al principio lo invadió una sensación de esperanza y triunfo, pues creía que se trataba de refuerzos ashakis, pero entonces Tayend emitió un silbido suave como solía hacer cuando se sentía impresionado, y al mismo tiempo Dannyl se percató de que no estaba contemplando las vestimentas centelleantes de unos ashakis.

—Los Traidores ya lo han tomado. —Tayend suspiró—. Y los ashakis ni siquiera se han dado cuenta.

Dannyl bajó la mirada de nuevo y, con el estómago revuelto, esperó a que los ashakis dieran señales de haberse enterado de lo que ocurría. « Cuando lo hagan, se rendirán. No tendrán otra opción» . Los ashakis empezaban a aglomerarse en torno al rey. No quedaban más de veinte. Algunos volvían la vista hacia el palacio. Quienes iban detrás se detuvieron y dieron voces de advertencia. Dannyl vio que el rey empezaba a girarse y luego se detenía. Los labios de Amakira se movieron, y Achatí asintió. El monarca y el otro consejero continuaron su retirada, pero Achatí quedó atrás. Los Traidores redoblaron la intensidad de sus azotes, quizá por haber perdido de vista al líder enemigo.

Achatí se tambaleó.

Acto seguido, ejecutó un salto imposible hacia atrás, contorsionándose en el aire, y golpeó el suelo con violencia.

El corazón de Dannyl dejó de latir. Contempló con incredulidad la figura torcida y exánime de su amigo.

« Pero... ¿por qué? ¿Por qué no se ha retirado con el rey? ¿Por qué se ha

sacrificado, si no era necesario? Amakira debería haber tomado conciencia de que habían perdido. Debería haberse rendido. Yo debería haber intervenido. De haber sabido que sucedería esto, lo habría hecho...» .

Unas manos le aferraban los brazos. Cuando bajó la mirada, reparó en que Merria y Tayend lo sujetaban. Clavó la vista en ellos, sorprendido. Entonces cayó en la cuenta de que estaba muy cerca del borde del tejado.

—Lo siento —dijo Tayend. Al mirar a Tayend, vio comprensión y compasión en sus ojos. Merria había dicho algo al mismo tiempo, y Dannyl tardó unos instantes en asimilar sus palabras.

—¿Que no haga qué? —preguntó.

Ella lo miró con fijeza.

—Intentar salvarlos.

Dannyl se apartó del borde y agitó los brazos para soltarse.

—Por un momento he pensado que estabais preocupados por mí —dijo con amargura. Se estremeció al percibir la hosquedad de su voz. Entonces la ira creció en su interior, junto con algo más. Algo que amenazaba con adueñarse de él. De pronto, sintió la necesidad de alejarse de ellos, de la escena de abajo. Dio unos pasos hacia la trampilla por la que habían salido a la azotea.

—Espera. —Merria se acercó a él a toda prisa y lo asió de la mano. Él se zafó y notó que algo se le caía del dedo. « El anillo de Osen » . Se había olvidado de él. « Todo lo que he visto y sentido, lo ha visto y sentido él... » . Pero le daba igual. Achatí había muerto. « Muerto. Y yo estaba allí, mirando sin hacer nada » .

Tayend se dirigió hacia él y le posó la mano en el hombro. Era un gesto inoportuno para Dannyl, pero reconfortante a la vez.

—Vayamos dentro a esperar —sugirió—. Merria puede encargarse de la comunicación con Osen.

El rencor se esfumó. Tayend lo comprendía. Siguiendo a su amigo, Dannyl bajó a la casa de Achatí, recorrió varios pasillos y llegó a la sala maestra. Se detuvieron allí, pasearon la vista por la estancia y luego se miraron. Tayend tenía los ojos brillantes por las lágrimas. Se acercó y rodeó a Dannyl con los brazos.

—Creía que no le tenías mucho cariño —susurró este.

—Sí que le tenía cariño. Pero no tanto como tú.

« No, no tanto como yo. —Dannyl agachó la cabeza y dio rienda suelta al llanto. Cuando los sollozos remitieron, le sorprendió descubrir que podía sentir afecto y gratitud a la vez que aflicción y horror—. Tengo mucha suerte de que Tayend esté aquí conmigo. Siempre me ha comprendido mejor que nadie. Aunque nunca volvamos a ser más que amigos, espero que siempre nos tengamos el uno al otro » .

Con Tayend a su lado, no lloraría la pérdida de Achatí solo. Con Tayend a su lado, podría mirar a la cara a las personas que lo habían matado. En Tayend tendría a una persona que también recordaría las grandes cualidades de Achatí.

«Y ahora que he visto lo despiadados que pueden ser los Traidores, debo hacer lo posible por asegurarme de que no decidan que las Tierras Aliadas también deben ser liberadas» .

Sin despegar los ojos de los ashakis, Lorkin exploró los bolsillos de su chaleco por si había dejado de utilizar alguna piedra, pero no encontró ninguna. Había agotado la energía de los anillos rojos y azules, por lo que había echado mano de sus propias reservas. No quería gastar la piedra de almacenaje mientras no fuera imprescindible.

Suponía que no llegaría a serlo. Los Traidores que habían salido del palacio estaban uniéndose al ejército principal en torno a los ashakis supervivientes. Solo quedaba cerca de una docena de ellos, que rodeaban y protegían al rey.

Lorkin no estaba seguro de cuánto tiempo había transcurrido desde el comienzo de la batalla. ¿Unas horas, tal vez? Por el ángulo y la longitud de su sombra, dedujo que ya había pasado el mediodía, pero el humo de las casas en llamas teñía la luz del sol de un engañoso tono dorado que hacía que el día pareciera más avanzado de lo que era.

La batalla había sido curiosamente poco complicada, y se habían producido pocas bajas entre los Traidores. Unos veinte habían perdido la vida como consecuencia de un ataque lanzado a un lado. Aunque los Traidores del flanco derecho se habían defendido con éxito, a los del izquierdo los había pillado desprevenidos una explosión en un edificio próximo, desde el que numerosos ashakis los habían acometido.

Pero el enemigo no había dejado de regular en ningún momento. La batalla se había convertido en un avance constante de los Traidores hacia el centro de la ciudad. Los ashakis habían empezado a caer mucho antes de llegar allí, y para cuando los Traidores los hicieron retroceder hasta el paseo, su número se había visto reducido a un tercio.

Ninguna de las batallas mágicas sobre las que había leído se asemejaba a aquella. « Todo lo que se daba por sentado respecto a los combates mágicos ha cambiado. Las gemas los han convertido en algo totalmente distinto. El Gremio sabe que necesita piedras mágicas para defenderse, pero no tiene idea de hasta qué punto. Si no se adapta, se quedará atrás» .

A pesar de todo, la batalla no había terminado. Él tenía muy presente que no era el único Traidor que había agotado sus piedras. Su método de lucha garantizaba que, salvo en caso de ataque sorpresa, todos estuvieran protegidos hasta que el ejército entero consumiera toda su magia. Savara era la única que sabía de cuánta fuerza disponían en total, pues se comunicaba con las portavoces, que a su vez recibían informes de los Traidores justo antes de que estos abandonaran la primera línea. « Podríamos estar gastando las últimas piedras, o tener energía de sobra —pensó Lorkin—. Savara no ha dado muestras de

preocupación, pero se le da muy bien parecer tranquila y segura» .

La miró de nuevo. Estaba estudiando la escena con los ojos entornados. Enderezó la espalda y levantó la mano con la palma hacia el frente: la señal de alto al fuego.

De inmediato, los Traidores dejaron de lanzar azotes contra los ashakis. El zumbido que producía la energía al surcar el aire cesó, al igual que los pasos. Las voces se acallaron. Los pocos ruidos que se oyeron después sonaban apagados, como si algo los amortiguara.

Un círculo de Traidores rodeaba a los ashakis vivos, que los contemplaban con actitud desafiante. Lorkin desplazó la vista de ellos a Savara.

«¿Qué hará? Hasta ahora, teníamos instrucciones de matar a todos los ashakis. No veo que estos hagan el menor ademán de rendirse. Los pocos que sabemos que simpatizaban con los esclavos y no querían enfrentarse a los Traidores han salido del país» .

La orden de acabar con todos los ashakis tenía por objeto garantizar su derrota. Ahora que estaban derrotados, ¿se respetaría su vida si se rendían? Lorkin pensó en las piedras que mantenían el páramo sin vida. Los Traidores podían ser crueles...

Savara dio un paso al frente, y luego otro. Lorkin advirtió que Tyvara se ponía tensa. Él dio la vuelta entre sus dedos al anillo con la piedra de almacenaje de manera que pudiera absorber su energía en caso necesario. Savara se detuvo.

—Rey Amakira —dijo.

Los ashakis permanecieron inmóviles. Lorkin intentó avistar al rey entre ellos. El silencio se prolongó.

—Os hemos vencido —prosiguió Savara—. Acércate, ¿o eres demasiado cobarde para dar la cara?

Esto suscitó un murmullo entre los ashakis, y Lorkin vio que se movían.

—¿Esperas que me rinda?

Lorkin se estremeció al oír la voz. Le vinieron a la memoria imágenes del anciano sentado en su trono, del calabozo del palacio, de la joven esclava... Parpadeó para ahuyentarlas y se concentró en lo que sucedía ante él. Los ashakis se apartaron para dejar paso al rey.

—No nos doblegamos ante Traidores —aseveró.

Mientras hablaba, acercó la mano a su cinturón y cerró los dedos en torno a la empuñadura de un cuchillo. Las gemas relampaguearon al sol cuando lo desenfundó. Extendió el brazo hacia Savara, apuntándola con el arma. Soltó el cuchillo, que quedó flotando en el aire. El rey bajó el brazo a su costado.

Luego, con un movimiento casi demasiado rápido para seguirlo con la mirada, el puñal giró ciento ochenta grados, salió despedido hacia atrás y se clavó en el pecho de Amakira.

Lorkin inspiró con brusquedad y oyó gritos ahogados en torno a sí. «Vaya,

eso no me lo esperaba —pensó mientras el rey caía y los ashakis que tenía detrás lo sujetaban y lo tendían en el suelo—. ¿Se ha suicidado, o ha pedido a uno de los ashakis que...?». .

Los otros ashakis se apartaron a toda prisa, y una luz brillante envolvió el cuerpo del monarca. Un estallido fuerte, seguido de un rugido como el de un incendio avivado por una ráfaga de viento, resonó entre los edificios. «La energía que el rey aún contenía en su interior se ha liberado cuando él ha dejado de controlarla». Un escalofrío recorrió a Lorkin.

La luz se desvaneció y no quedaron más que unas cenizas.

De repente, el aire empezó a vibrar frente a Savara. Lorkin se percató de que los ashakis restantes tenían los ojos fijos en ella. Al darse cuenta de que los hombres estaban lanzando descargas contra su reina, los Traidores atacaron. Lorkin crispó el rostro al oír los golpes sordos y los chasquidos de huesos, y los últimos ashakis cayeron ante la andanada. «No se han tomado la molestia de escudarse. Han utilizado la energía que les quedaba en un intento vano de matar a la reina Traidora y para asegurarse de morir» .

La ofensiva de los Traidores finalizó tan rápidamente como había empezado, y se impuso un silencio distinto, cargado de alivio y también de espanto. Savara elevó y bajó los hombros e inclinó la cabeza. No alzó la vista ni habló, y conforme el momento se alargaba, los Traidores empezaron a intercambiar miradas con el ceño fruncido. Cuando Tyvara se acercó a ella, con los ojos llenos de preocupación, Lorkin la siguió, aunque a unos pasos de distancia, listo para ayudar pero dejándoles cierta intimidad a las dos.

Savara miró a la joven y sacudió la cabeza.

—Ashakis y Traidores. Somos tan diferentes..., y sin embargo somos iguales en nuestra determinación y en la certeza de que tenemos la razón.

—Ya no somos iguales —repuso Tyvara—. Los ashakis ya no existen.

—Los Traidores ya no existen tampoco. Pronto habremos destruido aquello contra lo que nos rebelamos. A partir de ahora, debemos llamarnos sachakanos. —Savara se volvió hacia Lorkin—. ¿Qué opinas? ¿Éramos iguales?

Lorkin sacudió la cabeza.

—No. Sí, tenéis determinación, pero eso no es malo en sí mismo. Solo una determinación más grande por acabar con su poder podía vencer su determinación de aferrarse a él.

Savara enarcó las cejas.

—Interesante observación, viniendo de un kyaliano y ex mago del Gremio.

Él se encogió de hombros y consiguió sonreír.

—Pero no me digáis que habéis triunfado en aquello en que el Gremio fracasó hasta que llevéis unas décadas gobernando..., y sin mano de hierro, como los ashakis.

Ella curvó los labios en una leve sonrisa, se enderezó y recorrió el círculo de

Traidores con la mirada.

—La batalla ha terminado —declaró—. Ahora comienza el trabajo duro. Ya sabéis lo que debéis hacer.

Lorkin vio expresiones irónicas y de cansada resignación cuando la multitud de Traidores se disolvió. Las portavoces echaron a andar, y Savara se dirigió hacia ellas. Los demás se dividieron en equipos. Al escuchar la conversación de un grupo cercano, Lorkin oyó que la líder preguntaba cuántas piedras les habían sobrado. Mientras contaban, ella pidió un voluntario para llevar a los ex esclavos el mensaje de que podían regresar a la ciudad sin peligro.

Notó que alguien le pinchaba las costillas y, al volverse, vio que Tyvara dedicaba a Savara un gesto de asentimiento. La reina y las portavoces estaban alejándose. Lorkin acomodó su paso al de Tyvara, que las seguía. «Savara necesitará protección durante un tiempo más —comprendió. Luego sacudió la cabeza—. De algún modo he acabado convirtiéndome en guardaespaldas. Jamás lo habría imaginado».

—Hay muchos, muchos esclavos muertos en el palacio —decía la portavoz Shaiya—, soy incapaz de calcular cuánto tardaremos en retirar los cadáveres. Aunque despejemos el lugar esta noche, no sabremos si es seguro hasta que registremos todas las habitaciones.

—¿Y los sirvientes libres? —inquirió Savara.

Shaiya sacudió la cabeza.

—La mayoría ha opuesto resistencia. Los demás han huido.

—Les inculcaron la lealtad desde pequeños —dijo Savara—. Y, a diferencia de los esclavos, ellos tenían algo que perder. Jamás habríamos podido ganarnos su apoyo. —Suspiró—. Necesitamos una base segura donde organizarlo todo. Un sitio céntrico. ¿Qué te parece una de estas casas?

Shaiya miró alrededor.

—Enviaré unos equipos a investigar.

## Una libertad desconocida e inquietante

A pesar de la prisa con que los tripulantes iban de un lado a otro, Lilia tenía la sensación de que nada sucedía con rapidez en el barco. No obstante, mientras el buque navegaba hacia el muelle, miró a Anyi y decidió que eso no le importaba. Rothen había ordenado que les sirvieran comida y agua, y aunque Anyi seguía muy cansada, había recuperado un poco el color y podía incorporarse.

Tenía una expresión distante y apenada, lo que le encogió a Lilia el corazón, pero entonces su amiga meneó la cabeza y endureció el semblante con determinación. «Demuestra más autocontrol del que tendría yo en su situación —pensó Lilia—. De pronto, me recuerda a Cery». Cayó en la cuenta de que él también tenía la costumbre de quedarse absorto durante un rato hasta que reaccionaba de repente. Pero ella no había entendido por qué hasta ese momento.

«Seguramente añoraba a su familia cuando estaba solo, o con Gol. —Lilia arrugó el entrecejo—. Tarde o temprano, Anyi empezará a añorarlo también. Yo estaré a su lado cuando eso ocurra, aunque tenga que salir del Gremio a escondidas».

Observaron en silencio a los marinos que realizaban las últimas maniobras para atracar. Rothen, de pie junto al capitán, conversaba con él en voz baja. Los dos magos que había reclutado en el puerto vigilaban a la tripulación de la nave de Skellin. A Lilia le había asombrado la presteza con que obedecían a Rothen sin rechistar, aunque era evidente que desconocían sus motivos. Por lo general los magos no se mostraban tan dispuestos a colaborar, al menos por lo que ella había podido ver. Pero entonces se fijó en el respeto que reflejaban sus rostros y recordó que Rothen no solo era un mago superior, sino que había sido el tutor y maestro de la Maga Negra Sonea, y había desempeñado un papel nada desdeñable en la lucha contra la Invasión ichani.

«Es fácil olvidar todo eso con Rothen. Él no es autoritario con los demás ni mira por encima del hombro a nadie. Es una persona accesible. Seguro que no se



considera tan importante» .

Rothen se volvió hacia ella y se le acercó. Sonrió a Anyi.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás lista para levantarte?

Anyi asintió, pero cuando se puso de pie bajó la vista a sus pies e hizo una mueca.

—¿Mareada? —preguntó Rothen, extendiendo los brazos para sujetarla.

Anyi sacudió la cabeza.

—No, estoy bien.

Él movió la cabeza afirmativamente, les hizo señas de que lo siguieran y se encaminó hacia la larga pasarela que los marinos habían tendido entre el buque y el embarcadero. Anyi dio unos pasos vacilantes.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Lilia en voz baja.

—Estoy hecha un desastre, y así me siento. Y dudo que este abrigo vuelva a ser como antes.

Lilia se estremeció. Anyi tenía la ropa tiesa y manchada con su sangre. Enlazó el brazo con el de su amiga.

—Ya te compraré otro.

—Lo bueno de que yo tenga esta pinta es que los magos superiores se sentirán culpables por no haber capturado antes a Skellin. —Suspiró—. Tú al menos estás limpia.

Lilia bajó la mirada hacia su túnica. Rothen la había llevado consigo en el barco para que ella no tuviera que regresar al Gremio con el disfraz raído. «Suponiendo que regresara. Las cosas habrían podido salir muy mal. —Aún no podía creer que su ardid hubiera dado resultado. Se volvió hacia el cadáver de Skellin, que estaba tapado con una arpillera vieja, y sintió un escalofrío—. He matado a una persona. Con magia negra». Pero no quería pensar en ello ahora.

Alcanzaron a Rothen junto a la barandilla.

—¿Querrán vernos enseguida los magos superiores, lord Rothen? —preguntó ella cuando llegaron junto a él.

Él asintió.

—Me temo que...

—¿Qué hace él aquí? —interrumpió Anyi con un gruñido.

Lilia siguió la dirección de su mirada y se le cayó el alma a los pies cuando vio que el mago de túnica negra los esperaba en el muelle.

—Kallen es... era el responsable de encontrar a Skellin —le recordó Rothen.

—Pues se ha lucido.

—¿Le contaremos lo ocurrido? —inquirió Lilia—. ¿Y si es el informador de Skellin?

Rothen achicó los ojos.

—No diremos nada antes de la reunión. —Esbozó una sonrisa lúgubre—. Tranquilas. Descubriremos quién es el informador. Si es un mago superior, en fin,

no será la primera vez que uno de nosotros esconda un secreto oscuro. Nos encargaremos de ello.

Cuando empezaron a descender por la pasarela, Lilia dedicó a Anyi un gesto tranquilizador.

—Parece muy convencido.

Anyi se encogió de hombros y los siguió. Cuando llegaron al embarcadero, Kallen se dirigió a su encuentro. Lilia hizo una reverencia, pero Anyi permaneció erguida con una mirada sombría y la mandíbula apretada.

—Lord Rothen. Lady Lilia. Anyi. —Kallen se volvió hacia Rothen—. ¿Me han pedido que viniera a recibirles?

—Sí, Mago Negro Kallen. Le daré más detalles cuando volvamos al Gremio, pero puedo decirle que Skellin ha muerto y su madre también. El cuerpo de él está a bordo, por si desea inspeccionarlo. El de Lorandra se ha hundido en el mar.

Kallen arqueó las cejas. Sin decir una palabra, subió con aire decidido por la pasarela y se acercó al cadáver. Se puso en cuclillas y levantó la arpillera, con la espalda vuelta hacia ellos, de modo que Lilia no alcanzó a ver su expresión. « Me habría gustado », pensó. Kallen regresó al muelle. Miró directamente a Lilia y sonrió.

—Tendrás que dar algunas explicaciones. —Lilia advirtió que su tono no era de desaprobación.

—No hasta que lleguemos al Gremio —dijo Rothen con firmeza—. He ordenado que mantengan a la tripulación encerrada hasta que podamos interrogarlos, y que entreguen el cadáver al Gremio.

Kallen asintió y señaló el extremo del muelle.

—El carruaje que me ha traído está allí, por si quieren utilizarlo.

Rothen hizo un gesto afirmativo. Caminaron hacia el coche en silencio. Al mirar alrededor, Lilia reparó en que los trabajadores del puerto interrumpían sus tareas para mirar a Kallen. Parecían llenos de curiosidad, pero también de inquietud. « Por otro lado, así es como reaccionan los aprendices cuando ven pasar a Sonea. Se muestran impresionados, pero también intimidados. — Entonces se le ocurrió que la gente la miraría así también algún día, cuando se graduara y tuviera que llevar túnica negra—. Antes estaba ansiosa porque llegara el momento en que pudiera abandonar la túnica de aprendiz. Ahora es algo que temo ».

Aunque la ruta hacia el Gremio no era larga, pues una calle ancha conducía directamente del puerto al recinto con solo un desvío para rodear el palacio, el trayecto les pareció interminable. Nadie pronunció una palabra. Kallen miraba alternadamente a Lilia, Anyi y Rothen, aunque fijaba la vista en Rothen durante más tiempo.

« Parece perplejo. Y preocupado. Me había imaginado que estaría más molesto por el hecho de que hubiéramos lidiado con Skellin sin consultarlo ».

Cada vez que sus miradas se encontraban, él apartaba los ojos.

Cuando llegaron, Rothen echó a andar hacia la entrada de la universidad mientras Kallen se quedaba atrás para dar instrucciones al cochero.

—El administrador está en el palacio —le gritó a Rothen mientras este se alejaba.

Rothen se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Y el Gran Lord Balkan?

—También con el rey.

—¿Regresarán pronto?

Kallen se encogió de hombros.

—Creo que estarán allí hasta tarde.

Rothen pestañeó, y de pronto sus ojos se desorbitaron.

—Usted estaba en el palacio cuando lo mandé a buscar, ¿verdad? Está pasando, ¿no?

Kallen asintió.

—Pero yo sabía que solo mandaría a buscarme por un motivo importante. ¿Puedo hablar con usted en privado?

Rothen dejó a Lilia y a Anyi en los escalones y volvió junto a Kallen. Lilia notó que la expresión de Anyi destilaba suspicacia. Miró de nuevo a los magos. Aunque movían los labios, ella no oía sus palabras. Con toda seguridad habían creado un escudo que aislaba el sonido. «Al parecer están hablando de algo importante, de algo que Rothen esperaba».

—¿Seguro que era él? —preguntó Rothen, de pronto en voz alta y clara. Kallen movió la cabeza arriba y abajo—. Entiendo. Por desgracia, debo revelar lo que he averiguado al administrador y al Gran Lord antes, así que tendremos que aguardar a que regresen.

—Quizá tarden un par de días en disponer de un momento para reunirse con usted.

—Sí, es probable. ¿Cree que el rey convocará a todos los magos superiores al palacio?

—No —respondió Kallen—. No le gusta tener a muchos magos revoloteando alrededor. ¿Quiere que informe al administrador y al Gran Lord de que ha encontrado a Skellin y desea reunirse con ellos?

—Sí, gracias.

Rothen esperó a que Kallen subiera de nuevo al carruaje. El cochero estimuló a los caballos para que comenzaran a andar. Lilia advirtió de que avivaban el paso a medida que se acercaban a la verja.

—Tiene prisa —comentó Anyi por lo bajo. Miró a Rothen—. ¿Qué es eso tan importante que deja en segundo plano la muerte de Skellin y la necesidad de identificar a sus espías en el Gremio?

—Algo muy importante —contestó Rothen con expresión muy seria—.

Pronto lo sabréis.

Anyi se quedó pensativa.

—No estaremos a punto de sufrir otra invasión, ¿verdad?

Rothen sacudió la cabeza.

—No.

—¿De invadir otro país, entonces?

—No. Basta de conjeturas. Os acompañaré a las dos a los aposentos de Sonea y luego traeré a Gol. Le he indicado que esperara en...

—¿Gol está vivo? —lo cortó Anyi.

—Sí —dijo Lilia con una sonrisa—. Nos ha ayudado a encontrarte. Se alegrará mucho de que te hayamos traído de vuelta.

Anyi torció el gesto.

—Debe de estar tan... —Suspiró—. En fin..., vamos a asearnos un poco.

Lilia sonrió.

—Al menos la espera tendrá una parte positiva.

« Oh, Dannyl. —Sonea se quitó el anillo y se enjugó las lágrimas—. Perder así a un ser querido... ». Los recuerdos y sentimientos se habían agolpado en su mente, y había sido un alivio para ella saber que el anillo de Naki impedía que Osen los percibiera. El administrador se había mostrado un tanto horrorizado. Aunque sabía que Dannyl apreciaba a su amigo ashaki, Dannyl claramente se las había arreglado para ocultar hasta qué punto era así.

Ella sospechaba que Osen ni siquiera había querido plantearse que aquello fuera posible. « No que Dannyl pudiera amar a otro hombre (sabía lo de su relación con Tayend), sino que se enamorara de un sachakano, y, para colmo, de un ashaki. Y que un sachakano tan poderoso sucumbiera a los encantos de Dannyl ».

Sintió una punzada de lástima cuando recordó la rabia de Dannyl. De haber sabido que él podía ser testigo de la muerte de su amante, no le habría sugerido que presenciara la batalla para comunicarles el resultado a Osen y a ella. « Por otro lado, dudo que Dannyl creyera que los Traidores vencerían. Estaba más preocupado por Lorkin ».

—Lo siento, Sonea —dijo una voz conocida—. Lo siento mucho.

Regin. Tendría que contarle lo sucedido. Alzó la mirada y alcanzó a ver unos ojos llorosos antes de que unas manos la empujaran contra un pecho cálido y le acariciaran la espalda.

—No había nada más que pudieras hacer —aseguró él—. Emprendió un camino valiente, y lo admiro por ello.

Cuando la rigidez causada por la sorpresa remitió, ella notó que se relajaba pegada a él, apaciguada por su calor y su interés, aunque se percató de la equivocación que Regin había cometido. « Al ver las lágrimas, ha supuesto que

Lorkin había muerto. Maldición. Cree que Lorkin está muerto, y está apenado. — Tenía que sacarlo de su error, pero su parte egoísta quería prolongar aquel momento un poco más—. Lorkin le importa. Y yo...

» ¡Basta! —se dijo—. O acabarás deseando lo que no puedes tener» .

—No es lo que piensas. Lorkin está bien —barbotó. Se obligó a apartarlo de sí para alzar la vista hacia él—. Lorkin está bien. —Le sostuvo la mirada a fin de dejar claro que no mentía—. Los Traidores han ganado.

La comprensión se reflejó en el semblante de Regin. Este se ruborizó ligeramente y sonrió avergonzado. Luego arrugó el entrecejo de nuevo.

—Entonces, ¿por qué...? —Abrió mucho los ojos—. ¿Dannyl?

—También está bien. Al igual que Merria y Tayend. Es solo que... —Sacudió la cabeza—. Ya te lo explicaré.

Notó que la fuerza del abrazo disminuía. Él comenzó a retroceder. Sonea lo tomó de las manos y les dio un ligero apretón antes de soltarlas.

—Gracias.

Los ojos de Regin brillaron por un momento, antes de que desviara la vista y adoptara una expresión grave.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Ella se volvió hacia la ventana.

—Osen quiere que encontremos a Dannyl. Luego debemos felicitar a la reina, decirle que nuestros sanadores no están lejos e intentar que nos deje mantener a un embajador del Gremio en Arvice.

—¿Cómo los encontraremos?

—Yendo en esa dirección —señaló—. En algún momento llegaremos a la calle en la que se libró la batalla. Sospecho que lo sabremos por los cadáveres de ashakis. Si las observaciones de Dannyl son correctas, la calle de delante desemboca en el paseo que conduce al palacio. Encontraremos a Dannyl en una casa del paseo. —Comenzó a bajar las escaleras.

Regin la siguió.

—Pronto anochecerá.

Mientras bajaba, Sonea meditó sobre la euforia que sentía. « No debería estar tan animada. —Pero Lorkin había sobrevivido a la batalla, y el alivio que esto le producía era abrumador. Tal vez ahora podría convencerlo de que regresara a Imardin. Al pensar esto, la preocupación la invadió de nuevo—. Querrá quedarse con Tyvara. Si está tan enamorado de ella como yo lo estaba de Akkarin, la seguirá a donde sea. Y yo no debería tener la tentación de impedirselo. —Pero no podía evitarlo—. Por otro lado, quiero que sea feliz. No le deseo por nada del mundo que pase por lo que yo tuve que pasar» .

Cuando llegaron a la planta baja, Regin la guio a través de la casa, caminando en silencio y comprobando que no hubiera otros ocupantes antes de enfilar un pasillo o entrar en una habitación. Una vez en la cocina, echaron un vistazo a la

calle por la puerta para esclavos. Estaba desierta.

Sonea salió, con Regin siguiéndola muy de cerca. La quietud reinaba en la ciudad, y el crepúsculo lo bañaba todo mientras avanzaban hacia el centro. A Sonea la asaltó de nuevo la sensación de que su túnica negra era un atuendo muy poco discreto, aunque ya no contrastaba tanto contra las paredes blancas como por la mañana. Mantenía un escudo fuerte activado en torno a los dos. La primera calle lateral por la que torcieron también estaba vacía, pero se vislumbraban figuras a lo lejos, en la siguiente vía principal.

—Bueno, tarde o temprano nos verán —dijo Sonea antes de salir de la calle secundaria. Por toda respuesta, Regin soltó una risita.

Las personas, si se fijaron en ellos, no mostraron el menor interés por su presencia. Ninguno de ellos se movió de donde estaba. Al doblar la esquina siguiente, Sonea avistó a dos Traidores más adelante, un hombre y una mujer que se alejaban cogidos del brazo. A juzgar por el modo en que caminaban, apoyados el uno en el otro, o estaban agotados o ya se habían tomado unas copas para celebrar la victoria. Sonea se encogió de hombros y echó a andar tras ellos, con Regin a su lado.

Apenas habían avanzado unos veinte pasos cuando otras personas salieron de un portal después de que los Traidores pasaran por delante. Regin se detuvo, y Sonea oyó que se le cortaba la respiración en el mismo instante en que ella se quedaba paralizada al reconocer el corte de las chaquetas de los hombres y ver relumbrar los cuchillos que empuñaban.

Eran ashakis.

—¡Cuidado! —gritó.

La pareja miró hacia atrás, descubrieron a los dos hombres y giraron en redondo para hacerles frente. Uno de los ashakis volvió la mirada hacia Sonea y Regin, hizo un gesto desdeñoso y posó la vista de nuevo en los Traidores. El otro lanzó un azote a la mujer, que se encogió y propinó un empujón a su compañero para colocarlo detrás de sí. Ambos empezaron a retroceder.

—Están débiles —dijo Regin. Sonea sabía que no se refería a los ashakis, que no se habían inmutado al ver a dos magos kyralianos.

«Deben de tener aún energía suficiente para creer que pueden ignorarnos. Tal vez den por sentado que no somos magos negros, puesto que somos kyralianos».

—¿Vas a hacer algo? —preguntó Regin—. Porque yo no pienso quedarme de brazos cruzados contemplando cómo matan a esos dos. Sobre todo teniendo en cuenta que los Traidores han vencido.

—Ojalá pudiéramos. —Lo miró—. Pero eso constituiría una injerencia.

—Estoy seguro de que los Traidores te perdonarían si salvaras a dos de ellos.

—Mis actos se interpretarán como actos del Gremio y las Tierras Aliadas.

—Me alegro. No querría pertenecer a un Gremio que no prestara su ayuda

en una situación como esta. Además, no hace falta que mates a los ashakis. Basta con que los ahuyentes.

Los dos ashakis se habían separado y caminaban en círculo en torno a los dos Traidores. La mujer dirigió la vista hacia Sonea y Regin, con los ojos desorbitados de miedo.

«Regin tiene razón. Ya solucionarán los Traidores y el Gremio el problema que esto pueda causar». Invocó energía y la proyectó contra los ashakis. Cuando los azotes impactaron, los hombres se tambalearon, pero recuperaron el equilibrio y se encararon con ella. Los Traidores, aprovechando la oportunidad, corrieron hasta la esquina de la siguiente vía principal.

Los ashakis intercambiaron una mirada, y uno de ellos comenzó a acercarse a Sonea y Regin. Tras vacilar por unos instantes, el otro lo siguió.

—No parecen asustados —observó Sonea.

Regin rio por lo bajo.

—No te conocen.

Unas descargas salieron despedidas hacia Sonea, que fortaleció su escudo. No eran especialmente intensas; seguramente solo tenían el propósito de medir su resistencia. Contraatacó con una serie de azotes de fuego para intimidarlos. Se detuvieron y ella oyó que conversaban en voz demasiado baja para entender lo que decían.

Los dos Traidores reaparecieron en la esquina, seguidos de otros cuatro. Los ashakis trastabillaron hacia delante ante el ataque que les llegaba por detrás. Al darse la vuelta, advirtieron que aquellos a quienes habían elegido como víctimas extendían los brazos hacia ellos, sujetando algo en las manos. Luego volvieron la mirada hacia Sonea y Regin.

«Acorralados —pensó Sonea—. Pero ahora les toca luchar a los Traidores». Observó cómo los Traidores debilitaban a los ashakis hasta que sus escudos fallaban, y se estremeció cuando estos cayeron bajo un ataque final. Regin emitió una exclamación de sorpresa, pero cuando ella lo miró, él se encogió de hombros.

—No hacen prisioneros, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza, recordando el suicidio del rey sachakano. Los Traidores pasaron junto a los ashakis muertos y se dirigieron hacia Sonea y Regin, encabezados por uno de los recién llegados.

—¿Eres la Maga Negra Sonea? —preguntó la mujer.

—Sí. Él es lord Regin.

—Soy la portavoz Lanna. Deberíais haberos quedado donde os indicamos. —Hizo un gesto imperioso—. Acompañadme.

Cuando la mujer dio media vuelta, Sonea se volvió hacia Regin y vio que una expresión entre irritada y divertida le cruzaba el rostro. Siguió a la portavoz Lanna, conteniendo una sonrisa, mientras los otros Traidores se situaban a los

lados, flanqueándolos como si fueran a escoltarlos hacia el centro de la ciudad.

Al oír unos pasos que se acercaban por el pasillo, Tayend levantó la vista hacia Dannyl. Estaban sentados a ambos lados de la silla de Ahati en la sala maestra, en silencio, desde que, hacía cerca de una hora, habían descendido del tejado.

—La responsabilidad y el deber nos llaman de nuevo —suspiró Tayend—. ¿Estás listo para encontrarte cara a cara con las personas que lo han matado? Si no, podemos ir a buscar la nave de Ahati y regresar a Imardin por la ruta larga.

Dannyl meneó la cabeza.

—No. Eso arruinaría la carrera de los dos. Los Traidores... Aunque me hubiera gustado que le perdonaran la vida, no lo conocían. No sabían que valía la pena perdonarlo. ¿Cómo iban a saberlo? Era un consejero del rey, que representaba todo aquello que ellos detestan. Y... —Exhaló—. A pesar de todo, quiero quedarme aquí, en Arvice. No para siempre, pero...

Merria entró desde el pasillo.

Tenía un aspecto distinto, y Dannyl tardó un momento en descubrir en qué radicaba la diferencia. «Parece mayor. No avejentada, sino madura. Su expresión es casi de severidad. Me recuerda a lady Vinara. Hum. Salta a la vista que el peso de la responsabilidad la favorece».

Pero había llegado el momento de que él se hiciera cargo de todo otra vez.

—Lady Merria —dijo, poniéndose en pie y tendiéndole la mano—. Gracias por tu ayuda.

Tras titubear por un instante, ella rebuscó en su túnica y sacó el anillo. Se lo entregó fijando en él una mirada calculadora. ¿Estaba intentando determinar si se encontraba en condiciones de retomar sus funciones de embajador? Dannyl estuvo a punto de sonreír al pensarlo.

—El rey Amakira ha muerto, al igual que los demás ashakis —le informó ella—. Se ha suicidado, y los otros han atacado a la reina Savara, con lo que han forzado a los Traidores a matarlos. Sonea y Regin vienen en camino para verte. Osen dice que debemos unirnos a ellos y solicitar audiencia a la reina.

—¿Qué están haciendo los Traidores?

—Registrando las casas de los alrededores. Ya han encontrado y eliminado a un ashaki que había permanecido escondido durante la batalla.

Tayend inspiró con brusquedad.

—Los esclavos de Ahati.

Dannyl sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Los matarán.

—¿Tú crees? —preguntó Merria—. Tal vez no.

—No podemos correr ese riesgo. Debemos ponerlos sobre aviso. —Tayend dio unos pasos hacia el pasillo.

—Si pueden huir, y a lo habrán hecho —opinó Merria con el ceño fruncido.



Tayend se detuvo y volvió la vista hacia Dannyl.

—Pero si no pueden...

—Entonces nos los llevaremos con nosotros —declaró Dannyl—. Si deciden acompañarnos. Ahora son hombres libres.

—¿Los tomarías a tu servicio, ahora que prácticamente no tienen alternativa? —preguntó Merria, aún con el entrecejo arrugado—. No parece un destino muy distinto de la esclavitud.

Dannyl sacudió la cabeza.

—Es mejor que la muerte. Pero creo que... simplemente nos ofreceremos a llevárnoslos. Lo demás depende de ellos.

—Primero tenemos que encontrarlos —les recordó Tayend—. Si siguen aquí, estarán escondidos. Y tal vez no dispongamos de mucho tiempo.

—Entonces separémonos —dició Dannyl—. Tú ve con Merria, para que te proteja. Si no os ven quizá os tomen por Traidores y os ataquen. Yo iré arriba, vosotros buscad en esta planta.

Dannyl recorrió el pasillo que conducía a la escalera. Mientras exploraba la casa de Achatí, descubrió partes de ella que nunca había visto. Todo estaba decorado con los mismos colores apagados y terrosos que le gustaban a Achatí más que el blanco radiante típico de Sachaka. A Dannyl lo asaltó la sensación de estar rodeado por la presencia de Achatí, y sintió una gran congoja.

En la parte posterior de la casa, abrió una puerta, echó una ojeada en torno a sí y soltó un grito ahogado de asombro.

«¿Por qué nunca me habló de esto?».

Dannyl había visto la biblioteca de Achatí. Era un cuarto modesto que formaba parte de sus aposentos privados, con vitrinas bellamente trabajadas que contenían libros y pergaminos. La habitación en la que Dannyl se encontraba ahora era varias veces más grande, y sus paredes estaban recubiertas de estanterías. En el centro había una mesa grande sobre la que no había nada salvo un papel doblado y lacrado.

Al otro lado de la mesa estaban dos hombres de pie. Los esclavos de Achatí.

En vez del manto característico de los esclavos, llevaban unos pantalones sencillos y un jubón. Bajaron los ojos cuando Dannyl los miró.

—El amo ha dejado esto para usted —dijo uno de ellos, señalando la carta.

Dannyl abrió la boca para hablar, pero cambió de idea. «Primero, veamos qué dice el mensaje». Se acercó a la mesa y lo cogió. Se le encogió el estómago al ver su nombre escrito en la parte delantera con la elegante caligrafía de Achatí.

Respiró hondo, rompió el sello, abrió la carta y la leyó.

Embajador Dannyl del Gremio de Magos de Kyralia:

El inconveniente de coleccionar lo mejor es que para compararlo con algo tiene que existir también lo mediocre y lo peor. Me he esforzado por erradicar la imperfección de todos los aspectos de mi vida, pero he descubierto que no siempre puedo conseguirlo cuando se trata de mi familia, mi rey o mi biblioteca.

Si lo permiten, te dono mi biblioteca. Seguramente se llevarán o destruirán el resto de mis pertenencias, y solo espero que mis esclavos puedan quedarse con algunas de ellas.

ASHAKI ACHATI,  
Ex consejero del rey Amakira de Sachaka

Dannyl cerró los ojos, tragó en seco, se aclaró la garganta y levantó la mirada hacia los esclavos.

—Bien, Lak y Vata. Es posible que no tenga mucho tiempo para explicarme, así que iré al grano. Vuestro amo ha... —Se le hizo un nudo en la garganta.

—Lo sabemos —dijeron al unísono.

—Los Traidores están registrando las casas próximas al paseo, y temo que interpreten el hecho de que continuéis aquí como una señal de lealtad hacia vuestro amo. Por lo tanto, el embajador Tayend y yo os ofrecemos la posibilidad de venir con nosotros.

—¿Tendremos que marcharnos? —inquirió Vata con los ojos muy abiertos.

—Seguramente —contestó Dannyl. Sacudió la cabeza—. Sinceramente, ignoro qué harán los Traidores. No sé si es mejor que os convirtáis en nuestros acompañantes o sirvientes..., o si esto os parecería aceptable siquiera. Pero os prometo que haremos cuanto esté en nuestra mano por protegeros.

Los dos hombres se miraron, y Lak asintió.

—El amo nos indicó que hiciéramos lo que usted nos pidiera.

—Pues os pido que vengáis conmigo —dijo Dannyl, haciéndoles una seña para que lo siguieran y encaminándose hacia la puerta de la biblioteca—. Pero no en calidad de esclavos —añadió—. Comportaos como los hombres libres que sois ahora. No como los hombres libres que eran los ashakis, claro está. Dudo que los Traidores vieran eso con buenos ojos.

—No estoy seguro de cómo ser un hombre libre —confesó Vata en voz baja.

—Ya aprenderás —le aseguró Dannyl. Se guardó la carta de Ahati en el bolsillo, y los ex esclavos salieron tras él de la biblioteca, hacia una libertad desconocida e inquietante.

## Negociando el futuro

Savara había ocupado de nuevo los aposentos principales de una mansión que había requisado para utilizarla como base. Esta vez, aquellos que habían solicitado audiencia o a quienes ella había hecho llamar aguardaban en la sala maestra. Mientras las personas acudían y se marchaban tras presentar informes sobre los avances de los Traidores en el proceso de hacerse con el control de la ciudad, Lorkin y Tyvara permanecían sentados a su izquierda, vigilando.

Los Traidores ya habían registrado todas las casas cercanas al paseo. Habían encontrado a unos pocos ashakis emboscados en su interior y se habían encargado de ellos. También habían descubierto a varias mujeres libres con sus niños. Sus esposos, padres e hijos habían estado tan convencidos de la victoria que no se habían molestado en enviar a sus familias a un lugar seguro. Algunas de las mansiones estaban llenas de cadáveres de esclavos que no habían conseguido huir antes de que sus amos los mataran para absorber su energía mágica.

Se había elegido una mansión en la que albergar a las mujeres y los niños sanos e ilesos hasta que los Traidores decidieran qué hacer con ellos. «Seguramente será lo mismo que han hecho con otras familias con las que nos hemos encontrado —pensó Lorkin—. Tendrán que hacerse un lugar entre los esclavos liberados, lo que probablemente significa que se pondrán a trabajar por primera vez en su vida».

—Hubo esclavos que atacaron a las familias de sus amos antes de marcharse de la ciudad —explicó la portavoz Shaiya a la reina—. Algunas mujeres libres la tomaron con los esclavos al enterarse de la derrota de los ashakis. Hemos enviado a todos los heridos a una mansión que está al otro lado del paseo. Algunas esclavas y una mujer libre se han puesto de parto. Todos los Traidores con experiencia como sanadores han acudido para atenderlas.

—¿Son suficientes?

Shaiya negó con un gesto.

—Necesitamos más. ¿Cuándo llegarán los kyralianos?

—Dentro de un día, más o menos.

—Iré yo —se ofreció Lorkin.

—No. —Savara se volvió hacia él—. Por lo pronto te necesito aquí.

La portavoz bajó la vista.

—Sé lo que opináis sobre Kalia, pero...

Savara sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—No me fio de ella.

—No tenéis que fiaros, solo dejar que haga aquello para lo que se formó.

Lorkin contuvo la respiración mientras Savara clavaba los ojos en la portavoz. La reina no podía revelar las malas intenciones de Kalia a los Traidores sin revelar también la facultad de leer pensamientos superficiales. «Entonces será mejor que me prepare para atenerme a las consecuencias».

—Tráela a mi presencia —ordenó la reina.

Cuando los pasos de Shaiya se extinguieron, Savara lo miró.

—Tu don podría resultarme muy útil, Lorkin. ¿Estás dispuesto a ponerlo al servicio de los Traidores?

Él la contempló parpadeando, sorprendido.

—Pues... supongo que sí. ¿Quieres que lo utilice con Kalia? No te prometo que pueda decirte gran cosa.

Savara sonrió.

—Solo quiero que me digas si percibes que miente. No aclares cómo lo sabes. No menciones tu poder a nadie a menos que yo te lo indique.

Oyeron de nuevo el sonido de las pisadas de Shaiya, junto con las de otra persona. Cuando Kalia entró en la habitación, alzó la vista hacia Savara antes de fijarla en el suelo. Se llevó la mano al corazón.

—Déjanos solos, Shaiya.

La portavoz se quedó quieta por un momento, asintió y se marchó. Savara se levantó y se acercó a Kalia hasta quedarse de pie frente a ella. La mujer no levantó la mirada. Tenía los ojos muy abiertos y la respiración agitada. Lorkin se concentró en ella hasta captar una presencia conocida, además de un sentimiento de culpa.

—Sabes lo que hiciste —le dijo Savara, y miró a Lorkin y a Tyvara—. Sabemos lo que hiciste.

El miedo y la vergüenza se apoderaron de Kalia.

—Lo que no entiendo es... ¿por qué Halana? —prosiguió Savara—. Todos la querían. No tenía enemigos. —Meneó la cabeza—. Su experiencia y sus conocimientos sobre la elaboración de piedras... Su talento... Por mucho que la odiaras, ¿por qué nos arrebataste todo eso?

—No la odiaba —replicó Kalia—. Yo... —Alzó los ojos y enseguida los bajó de nuevo.

—¿Tú qué?

—No tenía la intención de matarla.

—Pero a nosotros sí. —Savara regresó a su silla—. Carezco de pruebas, pero puedo demostrar que tuviste algo que ver con la muerte de Halana. Si me convences de que fue un accidente... —Suspiró—. Detesto admitirlo, pero te necesitamos, Kalia. Convénceme, atiende a los heridos, y yo no distraeré ni desmoralizaré a mi pueblo en estos momentos decisivos con acusaciones de un intento de asesinato contra una de las tuyas.

Kalia tragó saliva y asintió.

—Anoche, cuando estabais en la azotea —comenzó—, vi que estabais sola con... —Sus ojos se volvieron fugazmente hacia Lorkin y Tyvara—. Nadie más habría resultado herido si os atacaban. Simplemente tenía que llamar la atención sobre vos. Así que me escabullí por una puerta para esclavos, me topé con unos ashakis y los guie de vuelta hacia la mansión. Ellos os avistaron, pero cuando yo corría hacia la entrada para esclavos, Halana salió de otra. Creo que estaba colocando piedras de escudo. Ella... no los vio. La... —Se le escapó un sollozo—. Intenté avisarla, pero todo sucedió muy deprisa. No quería que ella muriera.

Savara miró a Lorkin, que sacudió la cabeza. Todo lo que Kalia había dicho era cierto. La reina clavó de nuevo la vista en ella, con cara de haber tomado un bocado de algo nauseabundo. Pero no era solo repugnancia por los actos de Kalia. «Desea castigarla, pero no lo hará. Yo en su lugar la encerraría y me enviaría a mí a sanar a los heridos. —Los conocimientos de sanación de Kalia no eran excepcionales. De pronto, un estremecimiento de comprensión recorrió a Lorkin—. Pero mi capacidad de leer la mente sí».

—Entonces jura que nunca hablarás de ello con nadie, a menos que yo te lo ordene —dijo la reina—. Y jura que jamás volverás a intentar hacernos daño a Tyvara, Lorkin o a mí.

Kalia agachó la cabeza.

—Lo juro.

—Puedes retirarte. Shaiya te indicará cómo llegar a la mansión en la que se encuentran los heridos.

Mientras la mujer se alejaba a toda prisa, Savara se frotó las rodillas con las manos, como si se las limpiara.

—Bueno, al menos tenemos algo con lo que mantenerla a raya a partir de ahora.

Unos pasos rápidos se acercaron por el pasillo, y esta vez fue la portavoz Lanna quien entró en la habitación.

—¿Estáis lista para recibir a los kyralianos?

Savara respiró hondo y soltó el aire despacio.

—¿Lo estoy? —se preguntó a su vez.

Lanna frunció el ceño.

—Primero hay algo que debo deciros.

—¿Ah, sí?

La portavoz apretó los labios en una sonrisa forzada.

—Cuando me topé con la Maga Negra Sonea, ella estaba luchando contra un par de ashakis. Tayvla y Call, la pareja que dio con ellos, me dijeron que los ashakis los habían atacado primero. Sonea intervino, lo que les permitió huir.

Lorkin se volvió hacia Savara y se quedó perplejo al ver que esta ponía mala cara al oír la noticia. La reina lo miró y soltó un resoplido suave.

—Vaya, esto echa a perder mis planes. —Dirigió la vista hacia Lorkin y descurzó los brazos—. Tu madre desobedeció la orden de quedarse donde su escolta la dejó. Yo tenía la esperanza de tratar este asunto con Sonea y obtener algo de ella a modo de disculpa.

Él arqueó las cejas.

—Dudo que consiguieras algo con esa táctica.

—Entonces, ¿cómo sugieres que la persuada de que nos haga un favor?

—Soy la persona menos indicada para darte consejos sobre eso. Ella me conoce demasiado bien.

—Pero eres su hijo. Tal vez debería aprovecharme de esa circunstancia.

Lorkin torció el gesto.

—Solo si te sientes especialmente valiente. Yo, esto..., te recomendaría que te informaras mejor sobre ella antes de poner a prueba su paciencia.

Savara lo contempló con los labios fruncidos y asintió.

—Quieres volver a verla, y regresar a tu país algún día.

—A la larga, me gustaría llevarme a Tyvara conmigo, así que estaría bien que Sachaka y las Tierras Aliadas mantuvieran relaciones cordiales.

Savara devolvió su atención a Lanna.

—Haz pasar a los kyralianos. Y también al elyneo.

A Lorkin el corazón se le aceleró ligeramente. «Ni mi madre ni Dannyl ni los demás pueden albergar dudas sobre a quién he entregado mi lealtad. Supongo que estoy a punto de averiguar qué opinan al respecto».

Su madre entró en la habitación, seguida por los demás. Formaron una fila ante Savara y se arrodillaron. Se impuso un silencio cargado de extrañeza y con un matiz de vergüenza. Lorkin sintió que un escalofrío ligero y extraño le bajaba por el espinazo. Para los kyralianos y elyneos, aquella era la genuflexión tradicional que se ejecutaba ante un monarca, pero para los Traidores era un gesto excesivo.

—En pie —dijo Savara con voz débil. Cuando los cinco extranjeros se enderezaron, sonrió—. Más tarde, Lorkin les enseñará cómo saludan los Traidores a un líder. —Recorrió la fila con la vista—. Soy la reina Savara, y ellos son Tyvara y Lorkin. Preséntense, por favor.

—Como ya sabéis por nuestra reunión anterior, soy la Maga Negra Sonea, del Gremio de Magos de Kyralia —comenzó su madre. A continuación, presentó

a los demás por orden de jerarquía, empezando por Dannyl.

«Dannyl parece..., más que incómodo, como si intentara disimular su incomodidad —pensó Lorkin—. ¿Estará herido? No, es otra cosa. Tal vez simplemente el nerviosismo por haber visto a estas personas matar a muchas otras que él... —Notó una sensación de pesadez en el estómago cuando cayó en la cuenta de que Dannyl, Tayend y Merria habían entablado amistad con la élite sachakana—. Quizá acaban de ver morir a sus amigos».

Cuando su madre pronunció el nombre de Regin, Lorkin recordó la insinuación de Tyvara de que era algo más que el ayudante y la fuente de Sonea. Regin, con expresión solemne, posó la mirada en Lorkin e inclinó levemente la cabeza. Lorkin le devolvió el saludo. «Eso no me ha aclarado nada», concluyó.

—Bien —dijo Savara, levantándose de su asiento y situándose frente a Dannyl—. ¿Tiene la intención de quedarse en Sachaka, embajador Dannyl? Me imagino que necesitaremos a un representante del Gremio aquí, una vez que lleguen los sanadores.

Lorkin advirtió que las cejas de su madre descendían de forma casi imperceptible. Como la persona de mayor autoridad entre los magos del Gremio, la pregunta habría debido ir dirigida a ella. Tal vez, al plantearse a Dannyl, Savara estaba dando a entender que lo prefería como representante del Gremio antes que a Sonea.

—Si el Gremio lo permite y vos dais vuestro consentimiento, majestad —contestó Dannyl.

Savara asintió.

—Usted nos servirá por el momento. —Se colocó delante de Tayend—. En cuanto a usted, embajador Tayend, ¿continuará representando a Elyne?

—Ya he recibido instrucciones de mi rey de solicitar mi permanencia en el cargo, majestad —respondió él—. De hecho, me ha pedido que memorice y os transmita un mensaje, en espera de una misiva más larga que os remitirá más tarde.

—¿De veras? Transmítamelo, pues.

Tayend le dedicó una reverencia cortesana.

—El rey Lerend de Elyne os felicita por vuestro éxito en la conquista de Sachaka. Espera tener la oportunidad de conoceros y de hablar con vos de las muchas maneras en que nuestros países respectivos pueden establecer relaciones de beneficio mutuo. Que vuestro futuro os depare paz y prosperidad.

Savara sonrió.

—Hágale llegar mi agradecimiento por sus buenos deseos en su próxima comunicación con él. Estoy deseando recibir su misiva más larga. No veo motivo alguno para no permitir que se quede usted como embajador. —Pasó frente a Merria y a Regin y se detuvo.

Lorkin observó el semblante de su madre cuando la reina se colocó de cara a

ella. Vio un cambio de expresión que le era muy familiar, en el que la sutil aflicción que reflejaban sus ojos casi en todo momento daba paso a la mirada fija y omnisciente que él nunca había sido capaz de sostener durante mucho rato.

—Maga Negra Sonea —dijo Savara en un tono que ya no era cordial, pero tampoco frío—. Usted desobedeció mi orden de permanecer en la casa donde la dejó su escolta.

—Así es, majestad.

—No me complació enterarme de ello.

—No esperaba que os complaciera.

—¿Por qué lo hizo?

—Los embajadores Dannyl y Tayend, así como lady Merria, creían estar en peligro. Saral y Temi se habían marchado, por lo que yo no podía pedirles permiso para acudir en auxilio de mis colegas, o solicitar protección para ellos. Cumplí con vuestra condición inicial de no ponerme de parte de los ashakis, y con el deseo de las Tierras Aliadas de no intervenir en la batalla.

—Y no obstante intervino después.

Sonea enarcó las cejas.

—¿Acaso hice mal?

Savara ladeó la cabeza ligeramente.

—¿Qué opinión les merece esto a las Tierras Aliadas?

—Aún no he tenido ocasión de preguntárselo. Saben que hay decisiones que deben tomarse con rapidez. La guerra ya estaba ganada, y quería asegurarme de que nuestros sanadores estuvieran a salvo aquí.

—Lo estarán. —Savara se apartó y regresó a su asiento—. Sin embargo, los sanadores están aún a una jornada de viaje de aquí. Mientras llegan, ¿podrían usted y los otros magos del Gremio atender a los heridos de mayor gravedad?

Sonea alzó la barbilla, y un brillo que Lorkin conocía muy bien asomó a sus ojos. Contuvo la respiración y exhaló un suspiro apenas audible.

—Por supuesto —respondió ella.

Savara asintió.

—Lorkin les acompañará a la mansión donde hemos recogido a los enfermos y heridos, después de que hable con él en privado. Pueden retirarse.

Lorkin siguió con la mirada a su madre, sus ex colegas y sus amigos mientras se marchaban. Cuando desaparecieron en el pasillo, Savara se volvió hacia él.

—¿Ha sido una imprudencia pedirles que sanen a los pacientes?

Así que ella había oído su reacción. Se encogió de hombros.

—Mi madre organizó los hospitales de Imardin. Si le encargas esta tarea, tal vez nunca vuelva a casa.

Savara arrugó el entrecejo.

—Y yo que pensaba que tú serías el verdadero motivo por el que quería quedarse. No era mi intención dificultar tu trabajo.



—¿Mi trabajo?

—Persuadir a tu madre para que regrese a Kyralia, o conseguirlo por otros medios. No es nada personal, ni tengo nada contra ella, pero sospecho que no me gustaría tenerla cerca.

—No —convino él. Hizo una pausa para reflexionar—. La forma de conseguir que mi madre vuelva a Kyralia es que Dannyl se lo recomiende al Gremio. Él quizá acceda a hacerlo si lo convengo de que es una buena idea, o tal vez como favor hacia mí. Pero me temo que el mero hecho de intentarlo lo lleve a desconfiar de mis motivos. Por otro lado..., hay algo más que podemos ofrecerle para demostrarle que nuestras intenciones son pacíficas, si a ti te parece bien.

Savara se inclinó hacia delante.

—¿De qué se trata?

Mientras Lorkin los guiaba hacia el exterior de la mansión, Sonea lo examinó con ojo crítico. Parecía más delgado, aunque tal vez era solo un efecto causado por la ropa de estilo Traidor que llevaba. La túnica de mago tendía a tapar gran parte del cuerpo y, aunque realzaba los hombros y la cintura, ocultaba lo demás. El ajustado chaleco de Traidor se ceñía a su torso. La tela del jubón y de los pantalones era tosca y no estaba teñida. En contraste con este humilde atuendo, sus dedos estaban cargados de anillos, lo que le habría dado a Sonea una impresión de lujo y ostentación, de no ser porque suponía que las gemas eran mágicas.

Lorkin se encaminó hacia el otro lado del paseo. Ella advirtió que su andar destilaba calma y seguridad, pero que él estaba siempre alerta, escrutando el entorno con la mirada. « Se siente a salvo aquí entre los Traidores y no tiene nada que temer del Gremio salvo tal vez su desaprobación, pero sabe que la ciudad no es aún del todo segura » .

Su hijo volvió la vista hacia ella y aflojó el paso hasta situarse a su lado.

—Quería ponerte en contacto contigo antes de la batalla —aseguró—, pero todo ocurrió muy deprisa. En un momento estábamos haciendo planes, y al momento siguiente salíamos corriendo a enfrentarnos a los ashakis.

—¿Qué has hecho con mi anillo de sangre?

Él le dedicó una mueca de disculpa.

—Lo llevo encima. Debería haberlo escondido, pero...

—No, prefiero que no te desprendas de él para que puedas utilizarlo si lo necesitas.

—Bueno..., supongo que es posible que, si me hubieran matado, el anillo hubiera quedado destruido también.

Un escalofrío bajó por la columna de Sonea.

—Mejor no hablemos de eso.

Él sonrió de oreja a oreja.

—Por mí, de acuerdo.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer ahora?

La expresión de Lorkin se tornó seria.

—Eso depende de Savara. Y de Tyvara. Es evidente que la reina tiene planes para Tyvara, y como las mujeres Traidoras ejercen toda la responsabilidad y el poder, y se supone que los hombres deben avenirse a todo, acabaré yendo a donde vaya ella.

—¿Estás contento con eso?

Él sonrió de nuevo.

—En general, sí. Quiero a Tyvara, mamá. Me encanta la naturalidad con que asume el papel dominante, aunque en ocasiones resulta frustrante. También me gusta ser quien cuestione su autoridad.

Sonea reprimió un suspiro.

—O sea que no regresarás a Kyralia.

Él sacudió la cabeza.

—Supongo que no en un futuro próximo. Savara sabe que me gustaría poder visitarte e ir al Gremio. Sigo queriendo transmitir los conocimientos elementales sobre la elaboración de piedras, como deseaba la reina Zarala. Tal vez el Gremio podría aprovecharlos para otros usos. Quizá se descubran cuevas de gemas en las Tierras Aliadas. Si existen, lo más probable es que estén en la parte norte de las montañas de Elyne, donde...

Se oyó un grito procedente de un grupo de personas que enfilaba el paseo desde una calle lateral cercana. Lorkin se detuvo, interponiéndose entre Sonea y ellos, y luego se volvió hacia su madre con una sonrisa.

—Por lo visto habrá un poco de jolgorio esta noche.

Sonea dirigió la vista hacia la multitud que estaba detrás de él y reparó en que hombres y mujeres iban cargados con muebles. Como no iban vestidos como Traidores, ella supuso que eran esclavos liberados. Al mirar alrededor, se percató de que se estaban formando varios grupos más de ex esclavos en la calzada. Más allá, ardía una hoguera. Oyó que Dannyl mascullaba una palabrota cuando dejaron caer los muebles al suelo y comenzaron a romperlos. Dos de los ex esclavos se encaminaron de vuelta hacia una casa próxima.

—¡Coged un poco de leña! —les gritó alguien desde la multitud.

—¡Y vino!

Sin hacerles caso, Lorkin continuó cruzando el paseo.

—Van a desvalijar las casas, ¿verdad? —preguntó Dannyl, sin dirigirse a nadie en particular.

—Probablemente —contestó Merria.

Dannyl suspiró.

—Debería haber cerrado la biblioteca con llave —murmuró.

La mansión a la que los condujo Lorkin era más grande que casi todas las demás. Un par de Traidores flanqueaba la puerta. Se quedaron mirando a los extranjeros, pero no protestaron cuando Lorkin los hizo pasar. En el interior, el caos y el ruido los envolvieron. El pasillo corto de rigor habitual estaba repleto de gente, y la sala maestra aún más. Algunos yacían en el suelo, con las heridas mal vendadas en el mejor de los casos. En torno a ellos había personas de pie que claramente no habían sufrido daño alguno; hasta cuatro por paciente. Los Traidores iban y venían a paso veloz de un pasillo lateral a otro, tropezando con extremidades y toda clase de objetos, desde cestas de comida hasta botellas de vino. Uno de los heridos sujetaba una caja grande de oro, pese a que el corte que tenía en la pierna sangraba profusamente. De algún lugar situado al otro lado de la habitación llegaban alaridos y gritos apagados.

—¡Qué desastre! —exclamó Sonea—. ¿Es que nadie está al mando aquí?

El barullo de la sala se redujo ligeramente. Varias cabezas se habían vuelto hacia ella. Una Traidora que acababa de entrar se detuvo y la fulminó con la mirada. Sonea maldijo para sus adentros. No había sido su intención hablar tan alto.

—¿Dónde está Kalia? —le preguntó Lorkin a la mujer.

—Atendiendo a alguien —respondió esta.

—¿Quién examina a los pacientes recién llegados?

La mujer se encogió de hombros y echó un vistazo alrededor.

—Alguien...

Lorkin hizo un gesto de impaciencia.

—Vete a hacer lo que tengas que hacer. Ya me ocupo yo de esto.

La mujer se alejó a toda prisa. Lorkin bajó la vista hacia sus anillos y pulsó la piedra de uno de ellos. Se quedó inmóvil y con la mirada ausente durante largo rato, antes de dar una cabezada y enderezarse. Se volvió hacia Sonea.

—Savara enviará a una portavoz hacia aquí. Se asegurará de que aquí todos obedezcan tus órdenes. En Refugio, Kalia era la encargada de tratar a los enfermos, pero quebrantó unas cuantas leyes y..., bueno ya no es la misma de antes. Solo está aquí porque necesitamos de su experiencia. —Su antipatía hacia ella era evidente—. Sabe un poco sobre sanación mágica. Creo que la mejor manera de lidiar con ella es asignarle pacientes para que los atienda, pero sin dejar que tome decisiones.

Sonea arqueó las cejas con incredulidad.

—¿Savara va a ponerme al mando?

—Solo por esta noche. —Él torció el gesto—. Me ha costado bastante convencerla. Creíamos que podríamos dejarlo en manos de Kalia, pero... —Hizo un gesto de impotencia—. No puedo contarte los detalles, pero cometió un error que ha destrozado su seguridad en sí misma. Es una buena sanadora; entregada a su trabajo. Puedes confiar en que lo hará bien. —Dio un paso hacia la salida—.

La portavoz Yvali llegará enseguida. He de marcharme. El embajador Dannyl debe regresar conmigo.

Las cejas de Dannyl se elevaron, pero no parecía preocupado cuando salió del edificio en pos de Lorkin. Sonea miró a Merria, que estaba recorriendo la sala con la vista y sacudiendo la cabeza.

—No tardaré en arreglar esto —le aseguró Sonea—. Siempre y cuando la gente haga lo que le pidamos.

Merria asintió con entusiasmo.

—Siempre había soñado con montar un hospital. Después de conocer mundo.

Sonea contempló a la joven con renovado interés. «¿Dónde la tenías escondida, Vinara? —pensó. Más de una vez había sospechado que la jefa de sanadores mantenía a su servicio a los aprendices más aventajados—. Seguramente yo en su lugar también lo haría. Pero, al parecer, dejó que esta se le escurriera entre los dedos. Tal vez un día, cuando Merria haya satisfecho sus ansias de viajar, regrese para trabajar conmigo».

Una Traidora emergió de las sombras del atestado pasillo de entrada y su mirada se cruzó con la de Sonea. Esta se puso derecha y sonrió. Dejando a un lado los planes para el futuro de Merria, se dirigió al encuentro de la portavoz y comenzó a explicarle lo que ella y los enfermos y heridos de Arvice necesitaban.

Dannyl descubrió que las hogueras de celebración no se restringían al paseo, mientras se dirigía hacia la Casa del Gremio con Tayend, Lorkin y los ex esclavos de Ahati. Estaban encendiéndolas por todo Arvice, y la idea de que aquellas piezas delicadas y costosas se estuvieran usando como leña le revolvía un poco el estómago.

«Solo son objetos», se dijo. Aun así, esto le entristecía, y no podía engañarse a sí mismo negando en su fuero interno que se estuvieran destruyendo unos conocimientos valiosos junto con las cosas que simplemente eran bellas. ¿Cómo iban a tomar conciencia unos ex esclavos, en su mayoría analfabetos, de que tal vez estaban quemando algo que podría ser beneficioso para ellos y sus descendientes? Tal vez los dos que los seguían se darían cuenta. Después de todo, se habían escondido en la biblioteca de Ahati. «¿Estará ardiendo en este momento esa biblioteca? Y si no, ¿podría persuadir a los Traidores de que la protejan?».

Se fijó en el joven que caminaba a su lado. Lorkin lo comprendería. Tal vez no podría hacer nada al respecto, pero Dannyl tenía que pedírselo al menos, por si existía alguna posibilidad de que su petición sirviera de algo.

Lo que le había impedido intentarlo era el recuerdo de Lorkin luchando junto con los Traidores; de los ashakis cayendo bajo sus azotes; la idea de que tal vez había sido Lorkin quien había matado a Ahati.

Por el silencio incómodo que se había instalado entre ambos, Dannyl supuso

que Lorkin por lo menos era consciente de que al luchar del lado de los Traidores había enturbiado su relación con Dannyl y con el Gremio. « Pero es imposible que sepa por qué, en mi caso. Solo Tayend estaba enterado de que Achatí y yo éramos más que amigos ». Tayend, por su parte, no decía una palabra.

—¿Has avanzado con tu libro? —preguntó Lorkin.

—No desde hace un tiempo —respondió Dannyl.

—¿Han llegado al Gremio las copias que hiciste?

—Aún no.

Siguieron adelante sin hablar durante varios minutos, eludiendo a otro grupo de jaraneros. Finalmente, al doblar una esquina, vieron ante sí la verja de la Casa del Gremio. Por fortuna, no había hogueras allí, pero la calle estaba a oscuras. Cuando se acercaban, Dannyl oyó que Tayend inspiraba bruscamente. Al mismo tiempo, vio que las puertas de la verja colgaban de los goznes en un ángulo raro. Alguien las había forzado.

Lorkin llevó la mano a un bolsillo de su chaleco y sacó algo. Lo sujetó entre dos dedos, a la altura del pecho, caminando hacia la verja. Se agachó para examinar el metal torcido y emitió un sonido bajo.

—Esto solo han podido hacerlo con magia —murmuró. Se enderezó y contempló el edificio del otro lado con expresión ceñuda—. La puerta está abierta. —Permanecieron de pie sin moverse mientras Lorkin miraba fijamente la puerta—. Creo que deberíamos volver a por refuer...

—Iré a echar un vistazo —dijo Lak, avanzando con paso decidido. Vata lo siguió.

—Esperad, no... —empezó a protestar Lorkin, pero los ex esclavos cruzaron el patio en silencio sin hacerle caso y entraron en el edificio. Lorkin suspiró y se volvió hacia Dannyl—. Debes de caerles bien.

Dannyl le devolvió la mirada.

—Eran los esclavos de Achatí.

Lorkin parpadeó y una expresión de pena se dibujó en su rostro.

—No sobrevivió, ¿verdad?

—Claro que no. Era uno de los consejeros más allegados al rey.

—Menuda recompensa por haberme ayudado a salir de Arvice. —El tono de Lorkin denotaba pesar.

—Te habría entregado al rey con la misma facilidad si hubiera creído que eso beneficiaba a Sachaka —dijo Tayend.

Dannyl lo miró con dureza. El elyneo no apartó la vista. « Me está retando a negarlo —pensó Dannyl, compungido—. No puedo. Aunque quisiera pensar que, si Achatí hubiera traicionado a Lorkin, se habría sentido mal por ello ».

Lorkin bajó los ojos al objeto que sostenía y sacudió la cabeza. Al estudiarlo más de cerca, Dannyl vio que la luz se reflejaba en algo que estaba en el centro.

—No está bien permitir que corran un riesgo semejante por nosotros.

Quedaos aquí. Que nadie os vea. —Eché a andar hacia la puerta. Dannyl y Tayend intercambiaron una mirada, y ambos se apresuraron a ir tras Lorkin. Cuando este reparó en ello, suspiró—. No os apartéis de mí, entonces. Manteneos dentro de mi escudo.

En el momento en que entraron en el edificio, Dannyl percibió la vibración de un escudo que los rodeaba. El interior estaba oscuro. Lorkin creó un globo de luz y lo hizo flotar ante ellos. Llegaron a una sala maestra desierta. Lorkin eligió el pasillo de la derecha. «Si los intrusos buscaban magia u objetos valiosos que robar, se habrán dirigido hacia los aposentos de la persona de mayor rango de la casa». Al llegar frente a las habitaciones de Dannyl, Lorkin entró en ellas. Estaban vacías, pero por lo visto alguien había registrado los arcones y los armarios, arrojando casi todo el contenido a un lado. Cuando dieron media vuelta para marcharse, se toparon con Lak que sujetaba un farol.

—No hay nadie en la casa —informó el esclavo—. Vata ha ido a echar una ojeada a las caballerizas y el alojamiento de los esclavos. Pero no creo que un ashaki se haya escondido aquí.

Lorkin exhaló un suspiro de alivio. Se volvió hacia Tayend.

—¿Quieres que te acompañe mientras vas a buscar el anillo de sangre?

Tayend negó con la cabeza.

—Vuelvo enseguida. —Le hizo una seña a Lak para que lo siguiera, y ambos se alejaron por el pasillo.

Imperaba un silencio absoluto. Dannyl inspeccionó la habitación. «Se han llevado muy poca cosa. ¿Para qué quería alguien túnicas del Gremio o libros viejos? ¿Debería llevarme mi material de investigación? ¿Dónde lo guardo? No hay ningún lugar seguro, pero tal vez pueda hacer algo para remediarlo». Miró a Lorkin, extrajo la carta de Ahati del interior de su túnica y se la tendió. Lorkin la cogió, la desdobló y la leyó. Se la devolvió con expresión de abatimiento.

—¿Permitirán los Traidores que me quede con la biblioteca de Ahati? —preguntó Dannyl—. Si aún no la han saqueado, claro.

Lorkin arrugó el entrecejo y jugueteó con sus anillos mientras cavilaba.

—Savara dice que te concede acceso a ellos —respondió al cabo de un rato—. Si le indicas dónde está, enviará a alguien a protegerla.

«¿Savara dice...? —Dannyl se fijó en los anillos y advirtió que Lorkin estaba tocando una de las piedras—. Interesante».

Lorkin bajó las manos a sus costados de nuevo.

—¿Podrías hacerme un favor a cambio?

Dannyl se encogió de hombros.

—Depende del favor.

—Que consigas que mi madre regrese a Imardin lo antes posible. —Hizo una mueca—. Sé que no interferirá a propósito, pero su mera presencia aquí causará problemas. No hablo en mi nombre, sino en el de los Traidores. Necesitan ser los

que mandan aquí.

—¿También sobre los sanadores del Gremio?

—¿La han puesto a ella al mando?

—En realidad, no. —Dannyl alzó y bajó los hombros—. Estarán a las órdenes de su líder, y él responderá ante mí.

Lorkin se sintió aliviado.

—Entonces, ¿no hay ningún otro motivo para que continúe aquí?

—Aparte de cerciorarse de que tú, Merria y yo estemos a salvo..., no. Pero Savara le ha encargado la organización del hospital.

—Solo por esta noche —dijo Lorkin con firmeza. Se frotó las sienes y suspiró—. ¿Puedes dar a entender a Osen que mantenerla aquí tensaría las relaciones entre Sachaka y las Tierras Aliadas?

—Puedo transmitirle tus preocupaciones y los deseos de la reina.

Lorkin sacudió la cabeza.

—Si mi madre llega a olerse que yo estoy detrás de esto, se empeñará aún más en quedarse. La idea tiene que salir de ti, Dannyl. Además... En fin... Ya no soy un mago del Gremio.

Dannyl hizo una pausa para contemplar al joven mago que había llevado consigo a Sachaka como ayudante. «Está realmente decidido a quedarse con los Traidores. Ha renunciado a todo por ellos. Y también por amor, supongo. No creo que yo hubiera sido capaz de algo así, ni siquiera por Achatí. ¿Lo habría hecho por Tayend, en la época en que éramos jóvenes y estábamos tan entregados el uno al otro? —Notó los rescoldos de ese sentimiento en su interior—. Sí, creo que sí».

Lorkin bajó la mirada a sus manos otra vez. Se quitó uno de los anillos y se lo ofreció a Dannyl.

—Esta es la razón por la que debes mandar a mi madre de regreso a casa; la razón por la que las Tierras Aliadas deberían entablar buenas relaciones con Sachaka.

Dannyl cogió el anillo y lo examinó. La montura era de plata, y la piedra engastada era transparente.

—¿Qué es?

—Una piedra de almacenaje.

A Dannyl se le cortó la respiración. Recordó las palabras de Achatí: «Si aún hubiera alguna, o alguien la fabricara, las consecuencias podrían ser nefastas para todos los países».

—Contiene la energía de solo un puñado de magos. Lo malo de las piedras de almacenaje es que nunca se sabe cuánta magia pueden acumular. Si se sobrecargan, se rompen y liberan toda su energía. Sería más seguro tener varias piedras de almacenaje con un poco de magia cada una que una sola que contenga una gran cantidad. Aun así, podrían ser la solución para defender las

Tierras Aliadas sin recurrir a la magia negra.

—Así que los Traidores mintieron. Sí que saben cómo fabricarlas —siseó Dannyl.

—No, pero tienen piedras muy similares. Me temo que yo... que nosotros les dimos la idea de intentarlo. Por el momento solo han elaborado unas pocas, pero no veo motivo para que no hagan más o mejoren el método. —Lorkin posó la vista en el anillo y de nuevo en Dannyl—. Savara dice que puedes quedarte con la piedra.

—¿Es un soborno? —inquirió Dannyl con gesto adusto.

—El primer pago por los servicios de los sanadores.

—¿Cómo se usa?

—Tocándola y asimilando su energía como cuando uno absorbe la de otro mago. Tendrás que usarla enseguida, pues no sabes cómo almacenar magia. El proceso para cargarla es el mismo: se le envía energía como a otro mago.

—Y no hay que almacenar demasiada energía en ella.

—No.

Dannyl dejó caer a su costado la mano con el anillo. Escrutó el rostro de Lorkin, ponderando todo lo que su ex ayudante le había dicho. Entonces asintió.

—Esto sin duda persuadirá al Gremio de que ordene a tu madre que regrese.

Lorkin sonrió.

—Gracias. A pesar de todo, espero tener la oportunidad de pasar un rato con ella antes de que se marche. La verdad es que la echo de menos. Y a mis amigos. Y a Rothen. Ah, hay algo que quería preguntarte acerca de lord Regin. ¿Mi madre y él están...? —Se interrumpió y se volvió hacia la puerta—. Embajador. ¿Lo has encontrado?

Tayend había entrado en la habitación con Lak y Vata. Sostenía en alto un anillo pequeño, su medio de contacto con el rey de Elyne.

—Justo donde lo dejé.

—Bien —dijo Lorkin—. Y ahora, ¿queréis quedaros aquí o regresar conmigo? —Miró a Dannyl—. Para cuando lleguemos, sabremos si la biblioteca de Achatí sigue intacta. La mejor manera de evitar que la saqueen sería ocupar el edificio, y creo que a Savara le parecerá bien tener cerca a sus principales contactos con el Gremio y las Tierras Aliadas.

Dannyl suspiró aliviado y vio que un brillo de esperanza aparecía en los ojos de Tayend.

—Recogeré algunas cosas y luego aceptaremos de buen grado tu oferta de alojamiento.



## Recompensas

« Esa expresión atormentada vuelve a reflejarse en la mirada de Anyi », advirtió Lilia cuando salió de su dormitorio. Se arrodilló junto a la silla y abrazó a su amiga. Esta se sorbió y se volvió hacia ella.

— Sé que lo enterrasteis en el bosque, pero eso no está bien. Sus restos tienen que reposar con los de su familia.

— ¿Dónde están enterrados?

— No estoy segura. Gol debe de saberlo.

Lilia la besó. Cuando los brazos de Anyi empezaban a rodearla, unos golpes en la puerta las dejaron paralizadas. Lilia se apartó con un suspiro. Se puso de pie y proyectó un poco de magia hacia la puerta para abrirla.

— Gol — dijo Anyi con evidente alivio cuando el hombretón entró seguido de lord Rothen—. ¿Cómo te ha ido?

Gol se sentó.

— Las cosas están volviendo a la normalidad rápidamente. Los ladrones, que ya no se hacen llamar « príncipes », están recuperando lo que controlaban antes... y apoderándose de todo lo que pueden. Si quieres hacerte con el territorio de Cery, tienes que espabilarle.

Anyi frunció el ceño.

— ¿Trabajaré para mí su gente?

Gol asintió.

— Aquellos a los que se lo he preguntado se han mostrado muy interesados. Te prefieren a ti antes que a cualquiera de los vecinos. El hecho de que seas hija de Cery ayuda, pero en algunos sentidos dificultará las cosas. A Cery ya no le quedaban favores que cobrarse, y debía muchos, pero tenía dinero guardado y era respetado por cumplir su palabra.

Lilia se fijó en la cara de Anyi, y se le hizo un nudo en el estómago al ver que la expresión de su amiga se endurecía.

— Lo haré. — Alzó la vista hacia Gol—. Pero solo si me echas una mano.

Gol sonrió.

—Esperaba que me lo pidieras. Aunque no es que no tenga ganas de jubilarme.

—Te estoy jubilando —repuso Anyi—. No serás mi guardaespaldas, sino mi segundo. Como lo eras para mi padre. No sé por qué no acababa con esa farsa y simplemente te llamaba así.

—Para no convertirme en un objetivo prioritario de sus enemigos —le explicó Gol.

—Pues ya no puedes seguir fingiendo que eres un guardaespaldas. No colará que haya elegido a uno que me dobla la edad.

Gol cruzó los brazos.

—Todavía puedo batirte cuando quieras.

Anyi se puso de pie.

—¿Ah, sí? Comprobémoslo...

—Siento interrumpir —terció Rothen—, pero ¿puedo sugerir que pongáis a prueba esa teoría en algún sitio que no sean los aposentos de Sonea? Además, los magos superiores no verían con buenos ojos que llegáramos tarde, sobre todo después de que insistiéramos en celebrar esta reunión lo antes posible.

Anyi posó la mirada en él con aire pensativo, y luego en Lilia. Tenía una expresión de disculpa.

—Lo siento, Lilia, pero si he de ocupar el lugar de mi padre, no puedo asistir a esa reunión.

Lilia la miró con fijeza.

—Pero... necesitamos que cuentes tu versión.

—No, no es verdad. Dará lo mismo si la contáis lord Rothen o tú —aseveró Anyi, muy seria—. Sabemos que Skellin tenía aliados en el Gremio. ¿Quién sabe qué ladrón ha adoptado o heredado esos aliados? Si esos espías no saben qué aspecto tengo, más vale que sigan sin saberlo. Y si lo saben, será mejor que no se lo recuerde.

A Lilia se le había acelerado el pulso.

—Pero... ¿cómo nos veremos? Se supone que no debo salir del recinto del Gremio. En cuanto el Gremio se entere de que había un ladrón viviendo en los túneles y de que Skellin estuvo allí, cegarán todos los pasadizos.

Anyi se acercó a Lilia y la abrazó.

—Ya encontraremos otras maneras. No habrás creído que podríamos vivir juntas aquí, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Pronto te graduarás. Entonces te dejarán salir de los terrenos del Gremio. Quizá incluso te permitan vivir en la ciudad, como otros magos. Pase lo que pase, seguiremos viéndonos. Nadie impedirá que estemos juntas. —Anyi se apartó y se volvió hacia Gol—. Me iré por la otra salida. Tú no cabes allí, y puede que

alguien te haya visto entrar, así que más vale que salgas con Rothen. Nos vemos en el local de Donia.

—¿Seguro que quieres salir por allí? —preguntó Gol.

Anyi asintió.

—No me pasará nada.

—Bueno, pero... no olvides mantener tapada la llama del farol. No sé cuánto polvo de mina se derramó.

Anyi hizo un gesto afirmativo y miró a Lilia con expectación. Esta captó la indirecta, se encaminó hacia la puerta y salió, con Rothen y Gol a la zaga. Al volverse, vio que Anyi se despedía con la mano antes de cerrar la puerta. «Espero que consiga regresar a la ciudad sin sufrir ningún percance».

No dejó de preocuparse por todo ello durante el camino al despacho del administrador. Dieron un rodeo para pasar por delante de la universidad, donde Rothen pidió un carruaje para Gol. Cuando llegaron frente a la puerta del despacho de Osen, se encontraron con Jonna, que los esperaba. Aunque la sirvienta estaba un poco pálida, sonrió y le estrechó la mano a Lilia con suavidad mientras Rothen llamaba a la puerta.

—Ya he hecho esto antes —le recordó Lilia a Jonna en un susurro.

—Pues yo no —replicó Jonna.

La puerta se abrió hacia dentro, y los tres entraron en una habitación repleta de magos superiores.

—Ah, bien —dijo Osen mientras Lilia y Jonna le dedicaban una reverencia. Arrugó el entrecejo—. ¿No hay más personas que quieran presentar testimonio, lord Rothen?

—No, administrador —respondió Rothen—. Quizá desee usted interrogar más tarde a la tripulación que permanece detenida desde hace dos días, pero por el momento creo que lady Lilia, Jonna, la criada de Sonea, y yo podemos referir los acontecimientos y tratar todas las cuestiones relacionadas sin repeticiones innecesarias.

—De acuerdo. ¿Quién empieza?

—Me parece que lady Lilia es la más indicada para explicar cómo comenzó todo —dijo Rothen, volviéndose hacia ella.

Lilia respiró hondo.

—Desde hace algún tiempo, Anyi, mi amiga y guardaespaldas de Cery el ladrón, me visita en el Gremio a través de los pasadizos subterráneos... —Al observar los rostros de los magos superiores, Lilia vio que entornaban los ojos y tensaban la mandíbula, pero cuando les habló de la llegada de Cery y de su guardaespaldas herido, algunas expresiones se ablandaron y se tornaron comprensivas. Kallen frunció el ceño, pero ella no supo si era un gesto de desaprobación por haberle ocultado este secreto, o de culpabilidad por haber ocasionado aquella situación con su incapacidad de encontrar a Skellin.

Algunos sonrieron al escuchar el plan que Cery había urdido para entregarles a Skellin en bandeja. Pero todo rastro de diversión desapareció de su semblante cuando Lilia les relató el fracaso de la trampa, la muerte de Cery y el secuestro de Anyi, y para su satisfacción, percibió desagrado en todas las caras cuando repitió la afirmación de Skellin de que tenía informadores en el Gremio.

Después cedió la palabra a Rothen, que les reveló sus planes para rescatar a Anyi sin la ayuda o el visto bueno del Gremio por temor a alertar al contacto de Skellin. Se interrumpió al llegar al punto en que Lilia subía a bordo del barco y posó la vista en ella para invitarla a narrar el final de la historia.

Le resultó más duro de lo que esperaba describir el modo en que había vencido a Skellin y a Lorandra. « Maté a alguien con magia negra. Por otra parte, el fin de Skellin no fue tan horrible como el de Lorandra ». De vez en cuando le venían a la memoria los alaridos de la mujer. Lo que había olvidado con facilidad en su día se había convertido en un recuerdo que se negaba a desvanecerse.

Cuando terminó, surgieron las cuestiones inevitables.

—Saliste del recinto y utilizaste magia negra sin permiso —la acusó lady Vinara.

Lilia asintió y agachó la cabeza.

—De hecho, no fue así —repuso Rothen—. Yo le di permiso para hacer ambas cosas.

—Debería haber obtenido la autorización de todos los magos superiores, o al menos del Gran Lord —dijo Osen, pero entonces sonrió y extendió las manos a los costados—. Por otro lado, existían razones para sospechar que había personas corrompidas entre nosotros. Lo mejor era obrar con prudencia en este caso.

—Si Lilia va a desempeñar las funciones de maga negra en el futuro, no debe depositar una confianza ciega en nosotros —convino Kallen.

Balkan asintió.

—Estoy de acuerdo. Es más importante que descubramos quién es el informador de Skellin.

—Disponemos de una nueva pista: el mago que entretuvo a Jonna cuando ella estaba buscando a Lilia —señaló Vinara. Se dirigió a la sirvienta—. ¿Quién era?

Los ojos de Jonna se desorbitaron cuando todas las miradas se centraron en ella. Entonces miró hacia el otro extremo de la habitación.

—Lord Telano.

Todos se volvieron hacia el director de estudios de sanación. Tras recorrer la habitación con la vista, él alzó las manos en un ademán de exasperación.

—Fue una casualidad —protestó—. Sí, la ayudé a encontrar a lady Lilia y me equivoqué al indicarle el aula. Eso no demuestra nada.

—Pero es interesante, sobre todo a la luz de su comportamiento reciente —dijo Vinara—. Eso explicaría por qué...

—Un momento —la cortó Osen—. Lady Lilia, Jonna, ¿tienen algo más que

declarar? —Como ellas sacudieron la cabeza, él asintió—. Esperen fuera, por favor.

—Lilia debería quedarse —dijo Kallen—. Podríamos necesitarla.

Lilia clavó los ojos en él, sorprendida. «Está claro que si fuera un espía de Skellin, no querría que me quedara». Osen escrutó a los otros magos, y a ella la asombró aún más comprobar que la mayoría asentía. Todos menos Telano. ¿Qué había dicho Vinara? «... a la luz de su comportamiento reciente...». ¿Qué había hecho él?

—Muy bien —dijo Osen—. Quédate, Lilia.

Jonna interpretó esto como su señal para marcharse. Rothen se acercó a una silla vacía y se sentó, de modo que ya nadie estaba de pie salvo Lilia. Todos habían devuelto su atención a Telano.

—Lord Telano —dijo Vinara—. ¿Era usted el informador de Skellin en el Gremio?

—No —contestó él con firmeza.

—Entonces, ¿por qué casi toda la craña que han adquirido los magos y aprendices tenía su origen en usted?

—¿Por qué le han visto mis ayudantes visitar a miembros de los bajos fondos y volver con paquetes? —inquirió Kallen.

—Me gusta fumar craña —dijo Telano, alzando las manos de nuevo—. Como a otros. Ninguna ley lo prohíbe.

—Eso pronto cambiará —aseveró Vinara en voz baja.

—Pero sí que hay una ley que prohíbe colaborar con delincuentes —señaló Osen.

—Yo no he colaborado con nadie. Resulta que solo he comprado sus productos. Muchos magos lo hacen, a menudo sin saberlo. —Hizo un gesto hacia Lilia—. Ella ha trabajado conscientemente para un ladrón, y nadie se lo recrimina.

—Ya llegaremos a eso —le aseguró Vinara—. Ya lleva un tiempo defendiéndose con este argumento, lord Telano, pero esto no justifica su intento de destruir nuestra cosecha de craña. Para ser alguien a quien le gusta consumirla, resulta... extraño.

Él sacudió la cabeza.

—Creía que los ladrones se habían infiltrado aquí.

—¿En serio? No fue esa su excusa cuando le pillamos la primera vez.

—No sabía en quién confiar. Cualquiera podía ser su cómplice. Después de todo, ahora se ha confirmado que hay un espía en el Gremio.

—Una sencilla lectura mental demostrará su inocencia —dijo lord Peakin.

Se hizo el silencio. Al echar un vistazo alrededor, Lilia vio expresiones tanto de renuencia como de esperanza. «Ya hace tiempo que desean que esto ocurra, pero les preocupan las consecuencias si se descubre que es inocente. Como

mínimo les guardará rencor por haber desconfiado de él» .

Pero ¿y si era culpable? Las consecuencias serían aún peores.

—¿Acepta usted...? —empezó a preguntar Osen.

—No —respondió Telano, y la palabra resonó en la habitación.

—Su negativa a cooperar no despeja nuestras dudas —señaló Osen.

—Entonces dégradenme. —El tono de Telano estaba cargado de aspereza.

—No. —Todas las miradas se posaron en Balkan. El Gran Lord estaba sentado con los codos sobre los brazos de su sillón, y tenía juntas las yemas de los dedos —. Ahora que Sachaka está en poder de los Traidores y se requiere nuestra atención fuera de nuestras fronteras, necesitamos zanjar este asunto. Kallen, léale la mente.

La sorpresa se apoderó del ambiente. Telano había abierto mucho los ojos, pero recuperó la compostura enseguida. Cuando Kallen se levantó, el director de estudios de sanación se puso de pie lentamente.

—Bien, si insiste en ello... Al menos tenemos algo en común —farfulló.

Lilia inspiró bruscamente.

—No... no estoy segura de que sea una buena idea —se obligó a decir, bajando la vista mientras todos centraban su atención en ella—. En algunas ocasiones me ha asaltado la sospecha de que el Mago Negro Kallen es... el contacto.

Esto suscitó un murmullo de asombro y frustración.

—Podríamos esperar a que vuelva Sonea —sugirió alguien.

Lilia se obligó a mirar a Kallen a los ojos. Este sonrió.

—Como ya he dicho, necesitaremos a Lilia. Recelar de mí pronto figurará entre sus responsabilidades. Propongo que me lea la mente también, para tranquilizar a todos.

Lilia lo contempló, presa de la duda y de un ligero sentimiento de culpa. « Si es inocente, me sentiré fatal por haber dado a entender que es el informador de Skellin, después de todo lo que me ha enseñado. Pero, si no lo es..., ¿aprovechará esta oportunidad para extorsionarme en secreto?» .

Osen movía la cabeza afirmativamente, al igual que Balkan. Kallen le hizo señas de que se acercara. Ya no había manera de evitarlo. Si esta había sido la intención del mago negro desde el principio, ella había caído de lleno en su trampa. Con la boca seca, Lilia se aproximó a él. Kallen la tomó de las manos y, sin dejar de sonreír, las alzó hacia su cabeza.

—¿Te acuerdas de lo que tienes que hacer?

Ella asintió. Luego cerró los ojos.

Cuando finalmente se apartó de él, le resultó imposible saber cuánto tiempo había transcurrido. Se sentía culpable por haber desconfiado de él, pero sobre todo se sentía aliviada. « Ahora entiendo por qué el Gremio lo eligió a él. Se odia a sí mismo por no haber podido evitar volverse adicto a la craña..., y yo no tenía

idea de que el ansia por fumarla fuera tan terrible. Tengo mucha suerte de no haberme enganchado». Él había expresado su admiración por el hecho de que Lilia se hubiera jugado la vida para salvar a Anyi, y ella había percibido la desesperación y la vergüenza que sentía por no haber sido capaz de encontrar a Skellin ni de ocuparse de él. «Se esforzó mucho por conseguirlo. Ahora lo sé. Puedo perdonarlo por haber fracasado».

También le había advertido que, si lord Telano era culpable, ella lo pasaría mal cuando le leyera la mente. Lilia se volvió hacia el mago. Este paseó la mirada por el despacho y se puso de pie con expresión ceñuda. Se puso rígido cuando ella extendió los brazos para tocarle las sienes.

No fue agradable. Él intentó bloquearla. Intentó pensar únicamente en otras cosas, cosas que la horrorizaran para que desviara su atención. Intentó mostrarle mentiras. Pero ella no se dejó engañar. Vio dónde se había iniciado todo, en las casas de braseros. Vio que los proveedores le habían aconsejado que evitara adquirir la craña a través de las Casas y que la comprara directamente en los bajos fondos. Vio que había comenzado a preocuparle que el Gremio adoptara una posición contraria a la droga, así que había empezado a incitar a cada vez más magos a consumirla para que se opusieran a una posible prohibición. Todos sus pensamientos estaban impregnados de una dolorosa ansia de craña. Telano temía no poder comprarla ahora que Lilia había matado a Skellin. La detestaba por ello. Su único consuelo era que muchos otros magos tendrían que sobrellevar el mismo sufrimiento.

Fue un alivio para Lilia retirarse de la mente del hombre y volver a la habitación. Cuando comunicó lo que había descubierto a los magos superiores, se preguntó cómo era posible que la craña hubiera tenido ese efecto en Telano, que sin duda había sido una persona de integridad intachable, pues lo habían nombrado mago superior —además de sanador—, y que en cambio Kallen no se hubiera corrompido y ella no se hubiera vuelto adicta. «Habría sido más fácil para el Gremio tomar una decisión respecto a la craña si los resultados hubieran sido siempre los mismos».

—Miente —declaró Telano—. Es su palabra contra la mía, y ella ya ha reconocido haber colaborado con un ladrón.

—Le hemos dado la oportunidad de someterse a una lectura mental sencilla —replicó Osen—. ¿Ha cambiado de idea?

Telano fijó la vista en él y enderezó la espalda.

—No. Demostraré mi inocencia de formas más convincentes.

—Ya tendrá la ocasión, cuando celebremos una Vista para juzgarle —dijo Osen. Se volvió hacia Kallen—. Llévenselo.

Con semblante huraño, Telano salió escoltado del despacho. Lilia aguardó incómoda mientras los magos superiores intercambiaban miradas.

—¿Has visto indicios de que haya otros espías en el Gremio, Lilia? —le

preguntó Osen en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

—Menos mal. —El administrador se dirigió a los demás—. Debemos esperar a que regrese Sonea para convocar la Vista, pero también anunciar la ilegalización de la craña y nuestra intención de hallar una cura lo antes posible. —Miró a Vinara—. Quiero que implique usted a Sonea en la búsqueda de ese remedio. —La mujer arrugó el entrecejo y abrió la boca para objetar, pero Osen la acalló levantando la mano—. Fue la primera en identificar el problema, y ya es hora de que ustedes dos empiecen a trabajar juntas. También es la mejor manera que se me ocurre de mantenerla ocupada para que no interfiera en los asuntos de Sachaka.

Lilia frunció el ceño. «¿Por qué habrían de...?». Vio que Vinara la señalaba con un movimiento de la cabeza, y Osen le dirigió su atención.

—Gracias, Lilia. Necesitaremos que declares en la Vista, pero por ahora, puedes marcharte.

Lilia le dedicó una reverencia y se encaminó hacia la puerta. Cuando pasó junto a Rothen, este le sonrió e inclinó la cabeza.

«Todo ha terminado —pensó ella—, dentro de lo que cabe. Anyi está tan a salvo como puede estarlo un ladrón, que no es mucho, pero la situación es mejor que cuando Skellin andaba suelto. Ahora podré finalizar mis estudios. Aunque no puedo elegir lo que haré después, ya no me importa tanto, siempre y cuando pueda seguir viéndola».

No sabía cómo lo conseguirían, pero de una cosa estaba segura: Anyi encontraría la manera.

Sonea se quitó del dedo el anillo de Osen y lo guardó.

—Vaya, eso ha sido interesante.

Regin, que miraba al exterior a través de la ventanilla del carruaje, se volvió hacia ella.

—¿Ah, sí? ¿Qué noticias tienes del Gremio?

—El mago renegado Skellin ha muerto, al igual que Lorandra, su madre. Aún no conozco los detalles. Osen dice que ya me los contará cuando llegue.

—Son buenas noticias.

—Sí, pero también hay una mala. Lord Telano estaba trabajando como espía de Skellin y se había convertido en el proveedor principal de craña para el Gremio. Han bloqueado sus poderes y lo han instalado en la atalaya.

Regin arqueó las cejas.

—¿Telano? ¿El director de estudios de sanación?

—El mismo. ¿Quién lo iba a decir? —Sacudió la cabeza—. La única consecuencia positiva de esto es que por fin han prohibido la craña.

—¿Y los magos que son adictos a ella?



—Vinara ha conseguido semillas de la planta, para que el Gremio pueda ayudar a los magos a dejarla poco a poco. Además, está buscando un remedio. Osen quiere que le eche una mano. —Sonea contempló el páramo por la ventanilla—. Ahora entiendo por qué ha insistido tanto en que yo regresara a Imardin.

Regin sonrió.

—Estoy seguro de que no es la única razón.

—¿Por qué? ¿Qué otra razón puede tener?

Él se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Lilia aún no es tan poderosa como Kallen. Tú eres la única que puede mantenerlo controlado.

—Ah. Kallen. —Sonea torció el gesto—. Hasta que lo has mencionado, yo estaba deseando llegar al Gremio.

Regin se giró apoyando el codo encima del respaldo.

—Tenía la impresión de que querías hacerte cargo de la sanación en Sachaka. Fundar un hospital, tal vez.

Sonea sacudió la cabeza.

—No, en realidad, no. Me gustaría que las cosas cambiaran para mejor en Sachaka, pero no creo que me necesiten para ello. Lo que pasa es que... no quiero estar tan lejos de Lorkin. —Suspiró—. ¿Estás ilusionado por ver a tus hijas?

Él se encogió de hombros.

—Sí, pero tampoco me necesitan. Para serte sincero, no me hace ninguna ilusión volver.

—¿No? ¿Quieres quedarte aquí?

—No exactamente, pero... —Entornó los ojos—. No estoy seguro de si lo he descubierto todo sobre ti.

Sonea lo contempló, parpadeando.

—¿Sobre mí? ¿Qué se puede descubrir sobre mí?

Regin enarcó las cejas.

—Oh, muchas cosas.

Ella se volvió hacia él con los brazos cruzados.

—¿En serio? ¿Qué has descubierto hasta ahora?

Él sonrió.

—Que te sientes atraída por mí.

Sonea clavó la vista en él y de pronto notó que el corazón se le aceleraba. «Maldito sea. ¿Cómo se ha enterado?». Respiró hondo, exhaló despacio y repasó mentalmente todas las maneras de rechazarlo con delicadeza que había pensado.

—Lord Regin, y o...

—También sé que tú te has dado cuenta de que yo me siento atraído por ti —la interrumpió Regin—. Eso te llevó un tiempo, aunque supongo que primero tuviste que perdonarme por haberme comportado como un canalla cruel e

intolerante cuando era un aprendiz.

Esto no iba a resultar fácil. « Para ninguno de los dos » , tuvo que reconocer ella.

—Regin, no me siento...

—¿Atraída por mí? —Alzó las cejas de nuevo—. Entonces, ¿lo niegas?

Tras vacilar por un momento, ella se obligó a ponerse derecha y a mirarlo directamente a los ojos.

—Sí, lo niego.

Él entornó los párpados.

—Mentirosa.

« ¿Qué estoy haciendo mal? » . Tras descruzar los brazos, ella intentó ponerlos en jarras, pero era demasiado complicado hacer eso en un coche en movimiento, así que se conformó con agitar un dedo frente a su cara.

—No te atrevas a llamarme mentirosa cuando...

Él soltó una carcajada.

—Ah, Sonea. De haber sabido que era tan divertido tomarte el pelo, habría empezado a hacerlo antes.

La sensación de pánico que había estado creciendo en el interior de Sonea remitió. « Solo está jugando conmigo. No habla en serio. —El alivio dio paso a la desilusión—. Oh, no seas tonta » , se reprendió. Suspiró, se enderezó en el asiento y se reclinó en el respaldo.

—Puede que ya no seas un canalla cruel e intolerante, pero sigues siendo igual de manipulador, lord Regin.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, vaya novedad. Espero que estés de acuerdo en que lo hago por una buena causa. —Se inclinó hacia ella—. Pero me gustaría saber qué tienes en contra de la posibilidad de que tú y yo seamos una pareja.

Ella hizo una pausa antes de responder. « Al menos quiere discutirlo de forma razonable. Tal vez deberíamos. Ventilar la idea y desterrarla de nuestras mentes » .

—Sería... En fin, a muchas personas les parecería mal. Soy una maga negra, y tú... estás casado.

—¿Eso es todo? —Meneó la cabeza—. No esperaba que fueras tan tradicional. Sonea, la mujer que lo cambió todo; el Gremio, la sociedad kyaliana, nuestra perspectiva sobre la magia negra..., ¿se preocupa por los cotilleos?

—Por supuesto. Tardé años en ganarme la confianza de la gente. No puedo arriesgarme a perderla.

—No la perderás. Les complacerá más verte sentar la cabeza con otro mago. Ella apartó la vista.

—Eso no lo sabes.

—Conozco los chismorreos de Kyrallia mejor que tú —replicó él—. Tengo el dudoso honor de haberlos padecido en mi propia piel. —Exhaló un suspiro.

Al observarlo, Sonea notó que el corazón se le encogía ligeramente. Parecía desencantado. «Tal vez tenga razón. No, no sabe lo que los últimos veinte años han sido para mí, lo que es tener que soportar que la gente juzgue todos mis actos, a todos mis amigos o amantes. —Sin embargo, cuando le lanzó furtivamente otra mirada, advirtió que él estaba en lo cierto respecto a una cosa. Sí que lo encontraba atractivo—. Por absurdo que parezca».

—Bueno —dijo él en voz baja—. ¿La idea sería aceptable si me divorciara?

—¡No! —protestó ella, aunque no estaba segura de si era una reacción a su pregunta o a su insistencia en el tema.

—Tal vez debería expresarlo de otra manera. ¿Te parecería aceptable a ti si me divorciara? —Se inclinó hacia Sonea, que se volvió hacia él—. Si no importara la opinión de los demás, ¿me aceptarías?

Tenía los ojos fijos en los suyos. A ella no le sería fácil mentirle. Titubeó y abrió la boca para intentarlo.

Pero las palabras no salieron, porque de pronto él la estaba besando. Mientras Sonea se quedaba helada, él la rodeó con los brazos para atraerla hacia sí y ella se percató de que en aquel momento le fallaba demasiado la coordinación para impedirlo. Su cuerpo, como si tuviera voluntad propia, se relajó ante la calidez de Regin.

Ella tuvo que reconocer que era un beso muy bueno. Se sintió decepcionada cuando se acabó, aunque estaba un poco sofocada. Él la miró, pero no con la confianza en sí mismo que había mostrado unos momentos antes. «Me soltará ahora mismo si se lo pido.

» No quiero pedirselo».

Intentó pensar alguna otra cosa que decir.

—Aún no te has divorciado —le recordó.

—En eso te equivocas —repuso él con una sonrisa—. El rey me concedió el divorcio antes de la partida.

—¿Qué? ¡No me lo habías dicho!

—Claro que no. Te conozco demasiado bien. Habrías adivinado mis intenciones y habrías guardado las distancias —alegó él—. Bueno, más de lo habitual.

—Lo tenías planeado desde un principio. Serás intrigante, manipulador...

—Siempre por una buena razón —dijo él antes de besarla de nuevo.

Cuando Lorkin llegó a la entrada de los aposentos de Savara, la reina alzó la vista de los papeles que estaba leyendo y sonrió. Lorkin se detuvo y se llevó la mano al corazón, pero ella hizo una mueca y agitó la mano para instarlo a pasar.

—No hagas eso. Nadie te mira. Y Tyvara te está esperando —dijo.

Él se dirigió hacia la habitación que compartía con Tyvara. Llamó con suavidad a la puerta y, al oír una respuesta débil, la abrió. La joven yacía en la estrecha cama leyendo otros documentos y vestida únicamente con un corto camisón. Lorkin cerró la puerta, apoyó la espalda en ella y esperó no tener que moverse de allí durante un buen rato.

Ella levantó la mirada y puso cara de exasperación.

—Deja de hacer el tonto.

—No puedo —dijo él.

—Muy bien. Quédate ahí. Ya te aburrirás tarde o temprano.

—Lo dudo.

Ella intentó ignorarlo, pero él se percató de que movía los ojos de un lado a otro sin posarlos en la hoja. Al final, los cerró, suspiró y lo miró de nuevo.

—Supongo que existirá un modo de conseguir que dejes de hacer el tonto que resulte placentero para ambos.

Él abrió mucho los ojos con inocencia fingida.

—¿Placentero para ambos?

—Y tanto. Ven aquí, que experimentaremos un poco con tu nuevo don. Sospecho que puede tener aplicaciones que resulten placenteras para los dos.

Al cabo de un rato, Lorkin estaba tendido en el suelo, junto a ella, utilizando la ropa de cama a modo de colchón, lo que no era muy cómodo. Si ya estaba cansado antes, ahora lo estaba mucho más, pero se trataba de un cansancio agradable, por lo que resistió el impulso de mitigarlo valiéndose de la magia.

—Definitivamente necesitamos una cama más grande —comentó Tyvara.

—Sí.

—¿Cómo están nuestros embajadores?

Lorkin contuvo una sonrisa. Savara había empezado a referirse a Dannyl y a Tayend como «nuestros» embajadores al día siguiente de conocerlos.

—Bien. Estaban en la biblioteca, contentos como niños con zapatos nuevos. Creo que acababan de encontrar algo que servirá para el libro de Dannyl.

—¿Esos dos son lo que yo creo? ¿Son pareja?

—Lo fueron. Durante mucho tiempo, de hecho. Hasta que Dannyl vino aquí. Rompieron, pero no sé por qué.

—¿Y ahora?

Lorkin se encogió de hombros.

—No lo sé. Vuelven a parecer muy unidos, aunque también lo parecían justo antes de que Dannyl viajara hasta aquí, así que no confío mucho en mi juicio sobre ellos. —Frunció el ceño—. Por otro lado, antes se palpaba una tensión entre ellos de la que ya no queda rastro.

Ella se volvió hacia él.

—¿No vas a preguntarme de qué quería hablar Savara?

Él se tendió de costado.

—¿De qué quería hablar Savara?

—Hemos hablado de sus planes para Sachaka.

—Menuda sorpresa.

Ty vara le propinó un codazo suave en las costillas.

—Escúchame. Según nuestros cálculos, las fincas de campo por el momento subsistirán valiéndose de sus propios recursos, casi sin ayuda exterior. Todavía nos quedan algunas por liberar. Estaban demasiado lejos de nuestro camino para que nos ocupáramos de ellas durante nuestro avance hacia Arvice. Cuando lo hayamos hecho, nuestro principal desafío será recuperar el páramo.

» Pero antes tenemos que arreglar la ciudad. No está preparada estructuralmente para los cambios que hay que introducir. Está formada casi íntegramente por mansiones, porque los ashakis eran autosuficientes en general. Aunque en cada mansión caben muchos ex esclavos, tarde o temprano querrán tener sus propios hogares. También nos interesa que las personas que ejercen el mismo oficio trabajen juntas. Eso significa que habrá que derribar muchos edificios y construir otros.

—Eso nos llevará años.

Ella asintió.

—Mientras tanto, tenemos que entablar buenas relaciones con las Tierras Aliadas. A Savara le preocupa que otros países se enteren de la agitación que reina aquí e intenten aprovecharse de ella. Tal vez no inicien una invasión, pues cabe esperar que las piedras los disuadan de intentarlo, pero hay otras formas, por medio del comercio y la política, de entorpecer el progreso de un país nuevo que se recupera de una guerra.

Lorkin contuvo la respiración. Esa era la misión que la reina anterior le había encomendado. Era aquello para lo que estaba mejor preparado. Conocía las costumbres y la mentalidad tanto de los Traidores como de las Tierras Aliadas.

—Savara ha decidido enviarme a Kyrulia para que siga explorando las opciones comerciales y la posibilidad de establecer una alianza —anunció Ty vara.

Él se quedó mirándola con una confusión que dejó paso a la desilusión y luego a la consternación.

—¿Me estás diciendo que...?

—Sí. —Ty vara sonrió—. Nos vamos a Kyrulia. Serás mi ayudante y mi guía.

Él suspiró. « Bueno, no es lo que esperaba, pero supongo que no está mal » .

—Ah, Lorkin. —Alargó el brazo para acariciarle la mejilla—. A ti jamás te habrían elegido para desempeñar ese papel. No has sido Traidor durante el tiempo suficiente para negociar en nombre de los Traidores.

—Y soy un hombre.

Ella asintió.

—Sí, eso también.

—Sin duda eres consciente de que ningún otro país funciona así. Las cosas que vosotros creéis que los hombres no somos capaces de hacer son las mismas que el resto del mundo cree que las mujeres no pueden hacer.

—Lo sé. Tendrán que acostumbrarse a nosotros, y nosotros a ellos. —Se rio—. Además, si algún día he de ser reina, como pretende Savara, no puedo dejar que me vean en público cediendo ante un hombre. Y menos aún si es kyraliano.

A Lorkin el estómago le dio un vuelco.

—¿Estás... estás planeando convertirte en reina?

—Es Savara quien planea convertirme en reina. —Levantó y bajó los hombros—. No estoy segura de que quiera serlo. Pero pueden cambiar muchas cosas. Si eso llega a ocurrir, será dentro de mucho, mucho tiempo, espero. Confío en que ella viva tantos años como Zarala. Ser reina implica una gran responsabilidad, y hay muchas cosas que quiero hacer antes. Tener hijos, por ejemplo. —Ladeó la cabeza ligeramente—. ¿Te parece un proyecto de vida atractivo?

Él sintió vértigo al plantearse las posibilidades. «Todo esto parece un poco irreal. Yo solo quiero estar con Tyvara. Y..., sí, tener hijos algún día sería estupendo». Posó la vista en ella y una sensación reconfortante lo invadió de nuevo.

—Me parece maravilloso. Bueno, salvo el detalle de que tú y yo vamos a estar al mando de un país entero. Pero supongo que si los Traidores toleran la idea de tener un rey kyraliano..., no hay problema, lo soportaré si eso significa que pasaré el resto de mi vida contigo.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tú no serás rey. Nosotros no tenemos reyes.

—¿Ni siquiera reyes consortes?

—No. ¿De verdad albergabas la esperanza de ser rey?

—Claro que no. No se me ocurre nada peor. —Sonrió de oreja a oreja—. Aunque la verdad es que me parece injusto. Apuesto a que el esposo de la reina tiene que trabajar sin descanso sabiendo que nunca se jubilará, entrevistarse con personas fastidiosas, asistir a ceremonias y actos aburridos y escuchar las quejas de su mujer sobre lo dura que es la vida y a la vez obedecer hasta su último capricho y cuidar de sus hijos mientras ella hace cosas de reina. Y además sin que nadie reconozca su mérito. —Seguramente lo mismo que tenía que soportar la reina de Kyralia, pensó de pronto.

Tyvara hizo un gesto despreocupado.

—Ninguno de ellos se ha quejado.

Lorkin soltó un resoplido.

—Los Traidores no sois tan igualitarios como presumís. Pero, como tú dices, pueden cambiar muchas cosas.

Ella le asestó otro codazo en las costillas, esta vez con fuerza.

—No tantas. Y ahora, adcentemos la cama y durmamos un poco, que mañana tenemos mucho que hacer.

## Epílogo

—Estabas soñando con Cery otra vez, ¿verdad?

Sonea alzó la vista hacia Regin, que le tendió una taza de raka humeante. Ella se incorporó en la cama y la cogió. El sabor de la buena raka sachakana inundó sus sentidos y ella notó que los últimos retazos del sueño se desvanecían.

—Lo echo de menos. —Suspiró y se enjugó los ojos. Saber que jamás volvería a ver a Cery era como descubrir que alguien le había robado una parte esencial de su ser—. Aunque no lo veía muy a menudo antes de que asesinaran a su familia. Desearía haber podido hacer algo. —Al ver que él abría la boca, sacudió la cabeza—. No, no hace falta que me lo recuerdes. No fue culpa mía. Puede que las cosas no hubieran sido distintas aunque yo hubiera estado aquí...

—... y no podías estar en dos lugares a la vez —terminó la frase Regin—. Al menos no es algo que el Gremio haya aprendido a hacer por el momento.

—Me temo que el objetivo de hallar una cura para la adicción a la craña y encontrar un método para elaborar piedras sin cuevas de gemas es más importante. —Tomó un sorbo de raka y se volvió hacia las cortinas—. ¿Qué hora es? Apenas está amaneciendo. ¿Por qué te has levantado?

—Ha llegado un mensaje. El rey ha convocado a los magos superiores a palacio.

Ella bajó los pies al suelo y se levantó.

—¿A qué hora?

—No tan temprano que yo no tenga tiempo para esto. —La atrajo hacia sí y la besó.

—Hum. —Lo abrazó cuando él hizo ademán de separarse de ella—. ¿Tienes tiempo para algo más?

—Ahora no. El rey me hizo un favor, y no debería pagárselo haciéndote llegar tarde. —La empujó hacia el armario ropero y se metió de nuevo en la cama.

Sonea se vistió a toda prisa y tomó con rapidez unos tragos más de raka antes de salir de los aposentos de Regin. Irse a vivir con él había sido la manera de



atajar el rumor de que eran amantes. Al convertirse en un hecho evidente, había dejado de ser un rumor. A Sonea no le cabía la menor duda de que Lilia estaba encantada ahora que tenía sus aposentos para ella sola. Anyi la visitaba de vez en cuando con la ayuda de Jonna, disfrazada de sirvienta. El Gremio había solventado por fin el problema de los pasadizos subterráneos cegándolos. Aunque Sonea iba a ver a Lilia con regularidad y se mantenía al tanto de sus progresos, era más que nada porque le preocupaba que la chica no se hubiera recuperado de cuanto le había ocurrido.

«Después de todo, mató a alguien con magia negra. No es tan fácil sobrellevar eso como la mayoría cree, ni siquiera cuando la víctima era una mala persona».

Una puerta se abrió más atrás, en el pasillo. Sonea reconoció a lady Indria, la sustituta de lord Telano, y aguardó a que la mujer llegara junto a ella.

—¿Tienes alguna idea de a qué viene esto? —preguntó la mujer.

—Aún no —respondió Sonea con una sonrisa—. ¿Qué tal te desenvuelves en tu nuevo cargo?

Indria se encogió de hombros.

—En cierto sentido es más difícil de lo que imaginaba, y en cierto sentido más fácil. Doy clases desde hace años, así que entiendo las quejas y necesidades de los profesores. Pero hay una gran cantidad de papeleo del que antes no tenía que ocuparme.

Sonea soltó una risita.

—Ya. El único consejo que puedo darte es que te consigas un ayudante. O tres.

—Lo haré. —Cuando salieron del alojamiento de los magos, Indria echó un vistazo alrededor—. No ayuda mucho que Telano lo haya dejado todo patas arriba —añadió por lo bajo—. Supongo que al final ya no le importaba. ¿Estáis más cerca de encontrar un remedio contra la craña?

Sonea meneó la cabeza.

—No.

Indria suspiró.

—Estas cosas llevan su tiempo. ¿Cómo van los hospitales?

—Están llenos de adictos con alteraciones por abstinencia. Algunos responden a la magia sanadora, otros no. Por fortuna, los magos resistentes a la craña han sanado de forma automática, así que solo tenemos que atender a los cerca de cuarenta que no lo son.

Siguieron conversando sobre el problema persistente de la craña mientras atravesaban el jardín. Cuando llegaron frente a la universidad, vieron a Osen, Balkan y Kallen de pie junto a un carruaje, detrás del cual aguardaba otro. Osen levantó la mirada, las avistó y les hizo señas.

—Hay sitio para usted aquí, lady Indria —dijo Osen—. Los demás se han

adelantado. Nosotros iremos en el siguiente.

Mientras Indria subía al vehículo, Osen guio a los demás al segundo. Una vez que estaban todos dentro y el coche se puso en marcha, Sonea miró a Osen y arqueó las cejas. Él le devolvió la mirada e hizo un gesto de negación.

—No, no sé exactamente por qué nos han convocado, pero el consejero real me asegura que no se ha producido una invasión y que Lorkin está bien.

Sonea sonrió. «Temen que me vaya corriendo a Sachaka si tengo la más mínima sospecha de que mi hijo esté en apuros. Aun así, me alegra saber que esto no tiene nada que ver con él».

—¿Ha leído ya las notas de investigación de Danny!? —preguntó Kallen al administrador.

—A medias. —Osen enarcó las cejas—. De hecho, son fascinantes, sobre todo las historias de los dúneos. Estoy deseando leer el libro completo en cuanto lo termine y lo publique.

—Antes tendrá que escribir un capítulo sobre la guerra civil sachakana y las gemas mágicas —observó Kallen.

—Y yo tengo la sensación de que habrá otro capítulo que añadir después de eso —terció Balkan.

Osen miró al Gran Lord con los ojos entornados.

—¿Seguís preocupado por el azote de mina y ese artificio que según el espía del rey tienen en Igra?

—El lanzabolas —asintió Balkan—. Dargin cree que es lo que permitió a los sacerdotes igreses conquistar todos los países vecinos.

—Yo más bien creo que los magos igreses no eran muy poderosos o hábiles —replicó Osen—. No entiendo que una bola disparada por un tubo suponga un peligro para un mago, si este se escuda como es debido.

—Intuyo que funciona de forma parecida a la innovadora idea de Lilia de practicar los cortes con magia en vez de con un cuchillo cuando se hace magia negra. Una fuerza concentrada y proyectada con rapidez suficiente puede atravesarlo todo menos el escudo más resistente.

—El espía dice que un ejército igrés tendría muy pocas posibilidades de sobrevivir a una travesía del desierto —le recordó Kallen—. Y sabemos que ellos no poseen conocimientos de magia negra ni piedras mágicas.

Mientras Balkan sacudía la cabeza, Osen se volvió hacia la ventanilla con cara de impaciencia.

—No son los igreses los que me preocupan —dijo Balkan—. El fuego de mina que utilizó Cery el ladrón era distinto del que suelen...

—Tendremos que dejar la discusión para otro día —dijo Osen, apartando la vista de la ventanilla—. Hemos llegado.

El carruaje aminoró la velocidad hasta detenerse, y la portezuela se abrió. Osen exhaló un pequeño suspiro de alivio cuando Balkan se apeó. Kallen, Sonea y

él lo siguieron. Se encontraban en un pequeño patio interior del palacio adonde llevaban a los magos cuando el rey no deseaba perder el tiempo con recibimientos formales. El otro carruaje ya se alejaba, y sus ocupantes habían entrado en el edificio.

Un ujier del palacio los hizo pasar por una puerta a una sala suntuosamente decorada, y luego los guio por un pasillo hasta un comedor. Sonea ya había comido allí en varias ocasiones, con otros magos superiores, unas veces como invitada del rey, otras para reunirse con visitas extranjeras importantes. Hoy no había otros comensales más que los magos superiores y cuatro de los consejeros no-magos del rey. Rothen sonrió e inclinó la cabeza cuando ella lo vio sentado en un extremo de la mesa. Mientras Osen, Balkan, Kallen y ella ocupaban las cuatro sillas libres, un hombre entró en la estancia con paso decidido, y todos se pusieron en pie.

—Majestad —empezó a decir Osen.

El rey agitó la mano.

—Siéntense. Tienen decisiones importantes que tomar, y considerando la rapidez con que deliberan los magos, será mejor que empiecen sin más demora.

Sonea reprimió una sonrisa al oír su tono cáustico. El monarca se dirigió a la cabecera de la mesa y apoyó las palmas de las manos en su superficie.

—Ayer llegó la nueva embajadora sachakana. Como bien saben, es una maga negra... o, como dice ella, una maga «superior». Saben también que el hecho de que ella no sea miembro del Gremio la convierte en maga renegada. Así pues, su mera presencia infringe dos de nuestras leyes más serias sobre la magia.

» Por lo tanto, o la envío de vuelta a Sachaka, o modificamos nuestras leyes.

Hizo una pausa para pasear la vista en torno a la mesa, mirando a cada mago a los ojos.

—Como no tengo la intención de expulsarla, será mejor que cambiemos nuestras leyes. Por eso están ustedes aquí. Llevan meses discutiendo sobre esto, y es hora de que lleguen a un acuerdo. Antes de que termine el día, entre ustedes y mis consejeros elaborarán nuevas leyes que permitan que magos extranjeros y ajenos al Gremio vivan y comercien aquí de forma legal pero con restricciones eficaces y viables. Dichas restricciones deben regular tanto el uso de la magia negra como la posesión de gemas mágicas. Sus antecesores tenían buenas razones para temer la magia negra, pero nosotros necesitamos un método de control mejor que la prohibición.

» Por otro lado, algunos me han recalcado que las gemas ponen la magia al alcance de los no-magos, y que no queremos que estos sigan el ejemplo de los igreses y decidan erradicar a los magos de las Tierras Aliadas. Aunque creo que sería improbable que lo lograran, no quiero tener que enfrentarme a un levantamiento civil. Por eso debemos instaurar algunas normas relativas a las

gemas, aunque solo sea para evitar que los ladrones las consigan. Que la historia del renegado Skellin les sirva de advertencia: debemos mantener la magia alejada de los bajos fondos.

» También confío en que estas leyes contribuyan a mejorar el comportamiento de los magos del Gremio. La corrupción entre las filas del Gremio que la craña ha destapado pone de manifiesto que algunos magos no son inmunes al vicio o a enriquecerse a costa de otros. Ha llegado el momento de poner coto a sus excesos y actividades. —El rey irguió la espalda—. Tienen mucho que discutir, así que los dejo. Preséntenme un resumen de sus avances al mediodía. —Tras echar una última ojeada en torno a la mesa, dio media vuelta y salió del comedor con grandes zancadas.

Todos se quedaron callados, escuchando los pasos del rey apagarse en la distancia, hasta que Osen carraspeó y miró a los consejeros.

—Si les parece aceptable, yo presidiré las conversaciones.

Los consejeros asintieron. Cuando Osen comenzó a hablar, una tristeza inesperada invadió a Sonea. «Todo vuelve a cambiar, como sucedió tras la Invasión ichani, cuando sabíamos que debíamos aceptar la magia negra como nuestro único medio de defensa, y renovar el Gremio admitiendo a aprendices de clase baja. Esto tuvo muchas consecuencias imprevistas, como las luchas entre ladrones o la de las barriadas por la ciudad. Podemos intentar dictar leyes que controlen los cambios que traerán consigo las gemas mágicas y la alianza con Sachaka, pero tendrán efectos que no somos capaces de predecir» .

Lo único que podían hacer era intentarlo. Y, en su caso, tratar de asegurarse de que, cuando Lorkin regresara a Kyrallia, aunque solo fuera de visita, él y la familia que quizá tendría algún día estuvieran a salvo y fueran bien recibidos.

## Glosario

### ANIMALES

**Anyi** – mamífero marino con púas cortas

**Blinga** – criatura parecida a la ardilla que roba comida

**Ceryni** – roedor pequeño

**Cuáneo** – molusco poco común

**Enka** – animal domesticado con cuernos; se cría por su carne

**Eyoma** – sanguijuela marina

**Farén** – término general para designar a los arácnidos

**Gorín** – animal domesticado de gran tamaño, criado por su carne y para tirar de barcas y carromatos

**Harrel** – animal domesticado pequeño; se cría por su carne

**Inava** – insecto del que se cree que da buena suerte

**Limek** – perro salvaje depredador

**Mosca de la savia** – insecto arbóreo

**Muluk** – ave nocturna salvaje

**Pollillas aga** – insectos que se alimentan de ropa

**Rasuk** – ave domesticada apreciada por su plumaje y su carne

**Ravi** – roedor, más grande que el ceryni

**Reber** – animal domesticado; se cría por su lana y su carne

**Sevli** – reptil venenoso

**Yil** – variedad de limek domesticado que se usa como animal rastreador

**Zill** – mamífero pequeño e inteligente que a veces se utiliza como animal de compañía

### PLANTAS / COMIDA

**Aguablanca** – licor puro hecho a partir de tugores

**Bol** – licor fuerte hecho de tugores (también significa «escoria de río»)

**Brasi** – vegetal verde, de grandes hojas y capullos pequeños  
**Cabas** – verdura hueca en forma de campana  
**Carroña** – término que en argot designa la droga llamada craña  
**Cascavea** – especia que se cultiva en Sachaka  
**Cepa anívopa** – planta sensible a la proyección mental  
**Costrafresca** – corteza con propiedades descongestionantes  
**Craña** – planta de la que se obtienen una droga soporífera y un perfume  
**Crot** – alubia grande y violeta  
**Curem** – salsa suave de frutos secos  
**Curren** – cereal comestible de sabor fuerte  
**Dall** – fruto alargado de carne anaranjada, ácida y con semillas  
**Dunda** – raíz masticable que se emplea como droga estimulante  
**Flor de crema** – flor que se emplea como somnífero  
**Gan-gan** – arbusto floral procedente de Lan  
**Gotas dulces** – caramelos  
**Iler** – droga estimulante, con fama de poseer efectos afrodisíacos  
**Jerra** – judía larga y amarilla  
**Kreppa** – hierba medicinal de olor nauseabundo  
**Madera de noche** – madera noble  
**Marín** – fruto cítrico rojo  
**Monyo** – bulbo  
**Mostaza silvestre** – planta que se cultiva en Sachaka  
**Myk** – droga que nubla la mente  
**Nalar** – raíz de sabor picante  
**Nemmin** – droga que induce al sueño  
**Pachi** – fruto dulce y crujiente con el que se elabora un vino  
**Pastaconos** – pasteles tamaño bocado  
**Pemeino** – especia parecida a la pimienta  
**Piorre** – fruta pequeña y de forma acampanada  
**Raíz de hus** – hierba que se utiliza para limpiar heridas  
**Rala / sula** – bebida estimulante hecha de grano tostado, originaria de Sachaka  
**Salsa chebol** – salsa densa para la carne hecha de bol  
**Shem** – tallo silvestre comestible  
**Sumi** – bebida amarga  
**Telk** – semilla de la que se extrae aceite  
**Tenn** – cereal que puede cocinarse recién recolectado, partirse en trozos pequeños o molerse para hacer una harina  
**Tiro** – fruto seco comestible  
**Tugor** – raíz parecida a la chirivía  
**Uldas** – plantas carnívoras

**Vare** – bayas con las que se elabora la mayor parte de los vinos

## VESTUARIO Y ARMAMENTO

**Abrigolargo** – prenda de vestir que llega hasta el tobillo

**Cuana** – cuentas pequeñas en forma de disco hechas de concha

**Incal** – símbolo cuadrado, parecido a un escudo familiar, que se cose en la manga o el puño

**Kebin** – barra de hierro con un garfio que llevan los guardias para enganchar con él el cuchillo de un agresor

**Nagua** – prenda interior de las mujeres kyralianas

**Viero** – instrumento de cuerda de Elyne

## LOCALES PÚBLICOS

**Agujero** – edificio construido con materiales de desecho

**Casa de baño** – establecimiento en que se toman baños y que ofrece otros servicios de aseo personal

**Casa de bol** – local que ofrece bol y alojamiento a corto plazo

**Casa de fermentado** – local donde se elabora el bol

**Casa de queda** – edificio en el que se alquila una habitación por familia

## PAÍSES Y PUEBLOS DE LA REGIÓN

**Dúneos** – tribus que habitan en el desierto volcánico del norte de Sachaka

**Elyne** – vecino de Kyralia y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

**Kyralia** – vecino de Elyne y Sachaka que estuvo bajo dominio sachakano

**Lan** – tierra montañosa poblada de tribus guerreras

**Lonmar** – tierra desértica donde se practica la estricta religión Mahga

**Sachaka** – sede del otrora gran Imperio sachakano, la mayoría de cuyos habitantes son esclavos de los más poderosos

**Vin** – nación isleña famosa por sus hábiles marineros

## TÍTULOS Y CARGOS

**Amo** – sachakano libre

**Aprendiz** – persona de Kyralia que recibe formación en magia y que aún no ha aprendido magia superior

**Ashalí** – hacendado sachakano

**Burgomaestre** – plebeyo que tiene a su cargo una comunidad rural (responde ante el lord del señorío)

**Consejeros del rey** – magos que asesoran, sanan y protegen al rey de Kyralia

**Gran Lord** – líder oficial del Gremio de Magos de Kyralia

**Ichani** – sachakano libre que ha sido desterrado

**Lord / Lady** – mago del Gremio que no posee un título superior

**Líderes de las disciplinas** – profesores encargados de impartir las disciplinas de sanación, habilidades de guerrero y alquimia

**Maestro** – sachakano libre

**Mago negro** – uno de los dos magos a los que se permite saber magia negra

**Rector** – mago encargado de orientar y controlar a los aprendices dentro y fuera de la universidad

## OTROS TÉRMINOS

**Acceso** – pasillo principal que conduce a la sala maestra en las casas sachakanas

**Alojamiento de los esclavos** – zona de las casas sachakanas donde viven y trabajan los esclavos

**Finoli** – término de argot que en el Gremio designa a los aprendices y magos procedentes de las Casas

**Gema de sangre** – piedra preciosa artificial que permite a su creador escuchar los pensamientos del portador

**Los Slig** – pueblo que vive oculto en los túneles situados debajo de Imardin

**Mal del esclavo** – enfermedad de transmisión sexual

**Obin** – vivienda aislada construida en los terrenos de una casa del valle de Naguh

**Piedra de almacenaje** – gema capaz de acumular magia en su interior

**Plebi** – término de argot que se utiliza en el Gremio para designar a los aprendices procedentes de las clases medias o bajas

**Sala maestra** – estancia principal de las casas sachakanas en la que se recibe a las visitas

**Sangre de la tierra** – nombre que las tribus dúneas dan a la lava

**Viero** – instrumento de cuerda de Elyne



## Guía de Lord Dannyl para el argot de Las Barriadas

### LAS BARRIADAS

**Abuela** – chulo, proxeneta

**Apagar** – convencer a alguien para que guarde silencio

**Batea** – contrabandista

**Blinga** – alguien que traiciona a los ladrones (el acto se llama « hacer la de blinga» )

**Botar** – rechazo / rechazar (« no nos botes» )

**Brillo** – atracción (« ella le tiene un brillo» significa « ella le atrae» )

**Buen lado** – digno de confianza / con el corazón en su sitio

**Buen toque** – intento razonable

**Caraboniga** – tonto

**Clicar** – tener una idea, ocurrírsele algo

**Cliente** – persona que tiene una deuda o un acuerdo con un ladrón

**Contra** – fulana

**Cuchillo** – asesino de alquiler

**Cuerda** – libertad

**Desagüe** – vendedor de artículos robados

**Desbandado** – difícil

**Dinero de sangre** – pago por un asesinato

**Enfuegado** – furioso (« se puso todo enfuegado por aquello» )

**Enseñar** – presentar

**Espacio** – concesión / permiso

**Estilo** – forma de llevar a cabo los negocios

**Gorrero** – hombre que frecuenta los burdeles

**Hecho** – asesinado

**Ir por** – estar buscando

**Jarra** – boca (de un recipiente de bol, por ejemplo)

**Ladrón** – líder de un grupo criminal

**Losdes** – habitantes de las barriadas

**Manopla** – guardia sobornable o bajo el control de un ladrón

**Mensajero** – matón que avisa o cumple una amenaza

**Mina de oro** – hombre que prefiere a los chicos jóvenes

**Ojar** – montar guardia

**Parientes** – personas de confianza de un ladrón

**Pesados** – gente importante

**Pescar** – proponer / pedir / buscar (además, un pesca es alguien que huye de la Guardia)

**Pillado** – capturado

**Pinchar** – reconocer / comprender

**Preocupar** – esconder (« él preocupa su negocio» / « ya te preocupo yo eso» )

**Rascada** – problema (« tuve alguna rascada por aquello» )

**Sifón** – espía, normalmente encubierto (sifonar también es reconocer a alguien)

**Vigía** – persona que no quita ojo a algo o a alguien

**Visitante** – persona que roba

**Yep** – llamada de atención o bien expresión de sorpresa o duda